

LAURA TOVES

MECIDA POR EL VIENTO



Click
EDICIONES

Índice

Portadilla
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Epílogo
Agradecimientos

[Notas](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Laura Toves
Mecida por el viento

Click←
EDICIONES

A todos aquellos que tenéis ilusión por la vida, aquellos que ante las dificultades queréis seguir adelante. También para los que necesitáis un hilo de esperanza, este libro va por vosotros

Capítulo 1

Es una tarde de primeros de diciembre fría y lluviosa, triste y gris. Desde el coche diviso a lo lejos la diminuta capilla, cuyas blancas paredes quieren sobresalir entre la espesa cortina de lluvia que cae sin cesar. Aparco y camino lentamente por el sendero de piedra por el que tantas veces hemos paseado. Confieso que en esta ocasión me parece grande en su pequeñez, segura en su fragilidad. Conforme avanzo diviso las finas ramas de lo que en primavera se convierte en una hermosa y floreciente hiedra, ahora triste y melancólica. La campana, en lo alto, parece querer alcanzar las nubes en su incesante empeño en llamarnos y conducirnos a Dios.

El repiquetear incansable de la lluvia martillea mis oídos, un martilleo que acompaña mi triste caminar hacia la capilla. Me vienen a la cabeza los primeros compases del *Introitus* del *Réquiem de Mozart*,¹ siempre misteriosos, siempre trágicos.

Los instrumentos de viento madera predominan con su conmovedor fraseo sobre el tenue acompañamiento de la cuerda; un comienzo que se transforma en un profundo lamento del propio compositor, que en su lecho de muerte se resiste, pelea y lucha por evitar su fatal destino.

—¡Cuántas veces lo he interpretado!, ¡cuántas veces me ha emocionado!, ¡cuántas veces lo he llorado! —El camino está surcado de árboles centenarios a diestro y siniestro, y al llegar a la puerta, enmarcada por un arco de medio punto, me detengo a contemplar las doce tallas de madera superpuestas que lo componen; los doce apóstoles representados en sencillas figuras. Inspiro profundamente y atravieso la puerta con paso decidido, no sin antes dejar el paraguas en la entrada.

—Hoy no hay nadie —me digo a mí misma al verla vacía.

Hay cuatro filas de bancos, a derecha y a izquierda, y un estrecho pasillo que finaliza en un pequeño y sencillo retablo de madera con la imagen de la Virgen con el Niño, cuidadosamente iluminada. Atrapada en su mirada, Ella siempre me transmite calma y sosiego, me infunde paz... ¡Qué bien se está aquí! Me siento al final, como siempre he hecho, y cierro los ojos con la intención de serenar mi profundo dolor. En ningún otro sitio me he sentido tan

llena, tan plena, con ese sentimiento de quietud que embarga todo mi ser. Pero hoy es un día muy distinto, hoy mi corazón y mi alma desgarrada por el dolor buscan un consuelo que no llega.

—Querida Madre, aquí estoy ante Ti para que me infundas ese valor que tuviste cuando tu Hijo murió en la cruz. Ahora entiendo más que nunca tu sufrimiento, tu angustia, tus lágrimas. Apacigua mi corazón afligido, porque no soy capaz de sobrellevar tanta pena. No sé muy bien por qué ha pasado ni cuál es el propósito de todo esto, pero te necesito. Cuídame, abrázame..., ¡sáname!

Inspiro hondo, muy hondo, y me quedo quieta intentando aguzar el oído, en actitud de escucha. Abro mi alma y espero. Al cabo de un rato me levanto, me acerco sigilosamente al retablo y enciendo tres velas, una por mi querido marido Juan, y dos por mis dos amados hijos, Martín y Javier, mientras unas lágrimas recorren mis mejillas. Saco un pañuelo del bolso, las seco, y salgo sigilosamente, no sin antes despedirme con una amarga reverencia. Cojo el paraguas, cierro la puerta y me dirijo al coche.

—Vaya, hoy no para de llover..., espero llegar a tiempo.

Hay ciudades en las que la lluvia ocasiona verdaderos problemas de tráfico, y Madrid no es una excepción. En las vías de acceso, calles y avenidas, las innumerables gotas de agua ralentizan el incesante ritmo de vida. Y mientras me lleno de paciencia, escucho Radio Clásica. Hoy están retransmitiendo el *Concierto para la noche de Navidad*, de Corelli.²

Siempre he disfrutado con las bellas melodías de esta obra, en concreto las que dan forma al diálogo entre los dos violines y el violonchelo, acompañados sutilmente por el resto de la cuerda. Es una música pequeña, como pequeño, sencillo y humilde era el pesebre donde Cristo nació. Al mismo tiempo es cálida y rebosante de momentos íntimamente delicados, como lo fue la adoración de los pastores que allí se encontraban.

En ciertos momentos pierdo la mirada en el difuso horizonte que la lluvia me deja ver. A pesar de la gran tristeza que albergan mi corazón y mi alma, la música consigue mantenerme a flote y, en cierta forma, ahora alimenta mi motor. Desde la adolescencia me ha gustado el tiempo previo a la Navidad, ha tenido un encanto especial que hoy en día, y a pesar de las desgracias personales, se transforma en un renacer muy profundo en mi interior. Año tras año, este sentimiento florece en mí con gran intensidad. Después de los meses tan duros que llevo arrastrando, parece que comienzo a experimentar un poco de luz, un pequeño hilo de esperanza en medio de tanto dolor y oscuridad.

Por fin soy capaz de llegar a la zona que rodea la iglesia de los Jerónimos. Intentaré aparcar en el *parking* de las Cortes; espero que aún queden plazas libres. Por suerte, así es. Apago el motor y saco el violonchelo del coche... ¡Bufff!, debí escoger otro instrumento cuando empecé en el mundo de la música..., aunque sé que no me equivoqué, y que solo pienso en arrepentirme mientras cargo con él por las estrechas e incómodas escaleras del aparcamiento. Cuando salgo a la calle, diviso la iglesia, que se ve majestuosa a la luz de la luna y de algunos focos colocados estratégicamente, iluminándola de forma caprichosa. Su estilo gótico resalta sobremanera; me llama la atención la fachada de piedra serpenteada con ladrillo, aquí y allá. Por suerte llego casi a la hora del ensayo; no está mal después del tráfico tan horrible que he encontrado..., y al menos la lluvia ha cesado.

—¡Por fin estás aquí, Olivia! Creí que no llegarías a tiempo.

—¡Uf!, menuda tarde llevo. El tráfico y la lluvia no son buenos compañeros de juego cuando tienes prisa. ¿Estamos todos?

—Sí. Bueno, ya sabes, Antonio siempre tiene que aparecer el último..., ¡está siendo fiel a sí mismo! Si quiere salir al escenario, ya puede ir viniendo...

—¡Cómo no! —interrumpo mientras saco el violonchelo del estuche junto con el arco y la correa.

Nos colocamos en el segundo atril; yo, en la parte exterior, esto es, junto a los bancos del público, y mi compañera de atril, Carmen, en el interior, junto a las violas. La ventaja de estar en el exterior es que evito pasar las páginas de las partituras en pleno concierto..., algo que odio tremendamente, no me preguntes por qué, pero así es.

—¡Chicos!, os traigo un pequeño detalle para que lo colguéis del clavijero —me dirijo a mis colegas de cuerda—. Son unos pequeños colgantes de fieltro con distintos motivos de Navidad: campanas, árboles, estrellas, corazones, botas, bolas..., estamos a primeros de diciembre y tenemos que ir preparando el espíritu navideño. ¡Venga, elegid el que más os guste! Colgados sobre las clavijas del violonchelo quedan originales y no molestan al tocar. ¡Yo me quedo con esta estrellita roja!

Capítulo 2

Acabo de llegar a la *suite* del hotel y el desfase horario empieza a pasar factura. Son las seis y media de la tarde, hora de Madrid. Después de una ducha rápida decido ir a dar una vuelta aprovechando el relativo anonimato que esta ciudad me brinda. El mes de diciembre es frío; me pongo el abrigo, la bufanda y el gorro de lana, y me dirijo a los ascensores. Afortunadamente a estas horas no hay demasiado trasiego de gente en el hotel y consigo salir rápidamente a la calle.

Camino por las aceras mojadas de Madrid sin ningún rumbo concreto, solo quiero despejarme. Me duele un poco la cabeza y necesito evadirme del vertiginoso ritmo de vida que llevo. La gira europea para promocionar el nuevo disco está dando su pistoletazo de salida; el concierto es dentro de tres días y mañana a primera hora comenzamos con todos los preparativos. A medida que avanzo por el paseo del Prado distingo la iluminación de una iglesia bastante grande. Me acerco y veo un cartel con la foto de una orquesta que me llama la atención, de hecho, más bien me impacta.

Y digo *me impacta* porque no está tomada desde el frente, sino que se ha utilizado un plano picado para no otorgar protagonismo a ninguno de los músicos; el foco de atención son los instrumentos. De hecho, los rostros de los intérpretes y del director apenas se aprecian. La orquesta se halla en el interior de lo que parece una catedral, en la parte reservada al coro, y destaca un llamativo juego de altas y estilizadas columnas que rodean el escenario y al público allí congregado. El suelo se compone de rombos blancos y negros que aportan un toque geométrico divertido y a juego con la indumentaria.

—¡Guaau!, ¡qué foto más alucinante!, ¡la idea me gusta!

Tomo nota mentalmente para las próximas sesiones de fotografías; darían un toque muy especial, poco visto.

Por lo que logro entender, se anuncia un concierto hoy mismo a las ocho de la tarde —aprender español es mi asignatura pendiente...—. Veo que se trata de la Orquesta Filarmónica de Madrid, que va a interpretar la *Sinfonía n.º 8* de Dvořák.³ Hago ademán de seguir con mi camino. «¿Por qué no?», pienso, doy media vuelta y decido entrar en la iglesia.

Mmm, me seduce el agradable olor a incienso, ¡qué bien huele! Ahora mismo ni siquiera hay nadie en su interior, y la suave iluminación en la nave central deja entrever lo majestuosa que es. La zona del altar y del retablo destaca de forma llamativa sobre el resto. De estilo gótico, la acompañan los típicos arcos apuntados, bellamente decorados con formas geométricas. Los techos, tan altos, invitan a una cierta elevación espiritual. Resaltan sobre los muros laterales unas enormes vidrieras policromadas que durante el día deben inundar el interior de una luz y claridad especiales. La bóveda de crucería está serpenteada de arcos a modo de nervios que la sustentan, y del techo cuelgan unas solemnes y enormes lámparas. Conforme recorro la iglesia hacia el retablo, observo con detenimiento el ornamentado altar y, detrás, un enorme óleo; debe medir más de ocho metros de alto y unos cuatro de ancho, y describe alguna escena bíblica que no alcanzo a reconocer. En la parte superior descubro a Jesucristo portando la cruz, rodeado por un conjunto de ángeles que se entrelazan entre sí y sobresalen esplendorosos entre las nubes. En la zona inferior se encuentran unos cuantos personajes bíblicos que rodean a un hombre mayor con barba y túnica roja. Me quedo admirándolo con atención cuando de repente escucho a lo lejos, y de forma tenue, melodías que provienen de una sala interior.

Cierro los ojos y me concentro en la música; esta inesperada atmósfera me seduce por completo, y no me queda más remedio que aguzar el oído todo lo que puedo para captar todos sus matices y colores. En este preciso instante decido quedarme..., el sonido, el olor a incienso..., paz.

No se cómo, pero todo este conjunto de sensaciones me invita a tomar asiento en el primer banco, y ahí me quedo en silencio, quieto, como si fuera un ermitaño, escuchando a lo lejos el sonido de maravillosos dibujos musicales, embargado de quietud, paz y serenidad. Ciertamente, esto es lo que necesito después del largo viaje desde Canadá. Cierro los ojos, mi respiración empieza a espaciarse y a hacerse cada vez más profunda, y así permanezco lo que me parecen unos pocos minutos, hasta que empiezo a escuchar el murmullo de gente entrando en la iglesia.

Abro los ojos, me giro y observo las luces encendidas en toda la nave central. Miro mi reloj de pulsera, son las ocho menos cuarto de la tarde, en breve dará comienzo el concierto. De improviso me fijo en la plataforma y en el atril del director, situado enfrente y en el centro. Un director de orquesta coordina a todos los músicos y les inspira cómo interpretar la obra, cómo hacer llegar al público el alma del compositor; por eso se encuentra en el

centro. Alrededor de él se distribuyen el resto de las sillas y atriles, hasta este momento vacías. Al fondo veo unos timbales que despuntan iluminados por los focos de la iglesia, de forma majestuosa. Toda esta disposición permite escuchar perfectamente la orquesta, sin necesidad de micrófonos. Observo que el recinto se ha llenado en apenas quince minutos; he tenido suerte, podré contemplar a los músicos de cerca. Tengo curiosidad por ver qué hace cada uno, de primera mano.

* * *

—¡Bueno, allá vamos!

—Sí, Carmen —contesto pensativa.

Estos momentos de máxima concentración previa me recuerdan a Juan y a mis hijos... Siempre me acompañaban a todos los conciertos. Siento melancolía y mi mirada se pierde en lo infinito.

—¡Al escenario, Olivia!

Percibo un leve empujón que me saca de mi letargo. Salgo al escenario rodeada de mis compañeros de cuerda con el violonchelo en una mano, el arco y la correa en la otra.

Se oye un fuerte aplauso mientras me dirijo hacia mi silla y espero de pie, de cara al público, a que toda la orquesta esté dispuesta en el escenario para podernos sentar. Dejo la correa en el suelo e introduzco la anilla bajo la pata de la silla. Saco la pica, me coloco, tenso el arco y aguardo a que llegue el concertino.

* * *

Mientras veo salir a los músicos me fijo en su indumentaria; ellos con trajes negros impecables, de hechuras casi perfectas, ellas con vestidos negros y de largo hasta los pies. Algo distinto y en movimiento llama mi atención. Los violonchelos están sentados justo enfrente de mí, y del clavijero cuelgan pequeños adornos navideños que aportan un toque distinto y divertido en contraposición a la rigurosa etiqueta en el vestir.

Justo delante de mí se sienta una mujer con una estrellita roja en las clavijas de su violonchelo. Me quedo mirándola fijamente..., no debe de tener más de treinta años. Su cabello posee delicadas tonalidades castaño claro y se lo ha recogido en un elegante moño bajo. Su vestido es largo, de encaje en color negro, marga corta, escote redondo y espalda al aire. Lleva unos discretos pendientes plateados y combina el conjunto con unos zapatos de salón negros. No me explico cómo ni por qué, pero siento como si todas las luces de la iglesia se hubiesen apagado y un foco la alumbrase exclusivamente a ella; el resto es una nebulosa. No salgo de mi asombro, su magnetismo me cautiva como nadie lo ha hecho hasta ahora, ¿cómo es posible? No logro apartar mi mirada de ella, y cuando examino sus ojos advierto cierto semblante de melancolía... ¿Por qué experimento esta atracción? ¡Es como si todo lo demás fuese totalmente accesorio!

El público empieza a aplaudir con la salida del concertino al escenario. La orquesta entera se levanta en bloque, se dirige al público y vuelve a sentarse.

El oboe lanza un la para ciertos instrumentos de viento que ajustan su afinación, y a continuación un si bemol para los que así lo requieren. Acto seguido vuelve a dar el mismo la para que lo tome el concertino. Ahora solo se escucha esa nota que emana sutilmente de su violín y que brinda al resto de los instrumentos de cuerda. A los pocos segundos se sienta y los músicos comienzan a emitir el sonido peculiar, agradable y tan característico de la afinación de los instrumentos de cuerda. Cuando terminan, se oyen los pasos decididos del director, que aparece en escena rompiendo el silencio reinante mientras todos se levantan para saludarle. La concurrencia aplaude conforme él avanza hasta la parte central del escenario, donde devuelve el saludo con una leve inclinación. Se gira, sube a su plataforma y se prepara. El concierto va a empezar.

Vuelvo a prestar mi atención a esa mujer. Tiene una pose realmente elegante, con el violonchelo apoyado en el suelo por la pica, el mástil por encima de su hombro izquierdo y el arco en la mano derecha, aparentemente relajada, esperando el inicio del concierto. Me encuentro a escasos dos metros de ella; está concentrada, mirando al director, que levanta los brazos y estira las manos en señal de inicio. Ella coloca la mano izquierda sobre el mástil y mantiene el arco muy cerca de las cuerdas. Observo cómo la estrellita roja que cuelga del clavijero se balancea juguetona, hecho que me hace gracia y me roba una sonrisa.

Capítulo 3

Para mi sorpresa, el primer movimiento de la obra, el *allegro con brio*, viene marcado por una larga, solemne y conmovedora melodía que llevan a cabo los violonchelos acompañados de los clarinetes, fagots y trompas, con el apoyo de un *pizzicato* de las violas y los contrabajos. Ella levanta sus cejas y mueve la cabeza con sensibilidad, sintiendo cada nota, cada giro, cada matiz, y se balancea tenuemente de una pierna a otra mientras la música fluye grácilmente hasta que la batuta da paso a la flauta, que toma el tema principal. El violonchelo y ella parecen una misma alma de la cual brota el sonido con verdadero sentimiento y calidez. Tampoco había tenido la oportunidad de escuchar tan de cerca su melodía hermosa y conmovedora. Me siento absolutamente incapaz de apartar mi mirada de ella, estoy totalmente cautivado; nunca he percibido una atracción tan fuerte, tan excitante a primera vista. Me quedo hipnotizado. ¿Por qué? Es increíble cómo el compositor entrelaza los distintos temas que interpreta cada instrumento: cuando uno comienza, el otro se desvanece para acompañarlo. Y la intensidad del sonido, sin ningún tipo de amplificación, es increíble.

Me quedo conmovido ante la interpretación, ante el maestro que la ha compuesto, ante la riqueza de sonidos, las modulaciones, las cadencias, las melodías en sí mismas y las armonías que las acompañan. Realmente disfruto de un momento delicioso como espectador de primera mano, tan cerca de todos estos músicos maravillosos, observando lo que sucede en cada momento. En ciertos pasajes elevo la mirada al retablo, ahora lo veo de forma distinta a como lo miré por primera vez al entrar en la iglesia. Es más cálido, pareciera que el Jesucristo que porta la cruz con tanto sufrimiento me transmitiese ese sosiego tan deseado en mi vida, esa no preocupación por las vicisitudes diarias..., lo que tenga que venir, vendrá: «Sean —te llamo por tu nombre—, respira profundamente y confía, serena tu alma. Aquí tienes tu oportunidad. Tómala...».

Cuando el primer movimiento termina, se hace el silencio. Salgo de mi concentración. Ella fija su mirada en el director, esperando que dé el compás de inicio del segundo, el *adagio*. Está verdaderamente concentrada en la

interpretación. Me rodea una atmósfera de serenidad, de quietud y sosiego. ¡Lo que son las cosas! Al entrar en la iglesia me sentía tenso y agitado por el devenir de los acontecimientos de mi vida, y sin buscarlo me encuentro con esta exquisita música que me tranquiliza. Justo lo que necesito. A veces parece que todo sucede por algo, y hoy es uno de esos días en que han dado en el clavo. El ritmo de la melodía que escucho me enseña que debo cuidar más mi estilo de vida y no dejarme llevar, encadenado a ella. Mis ojos vuelven a centrarse en esta mujer, en cómo sobresale en los momentos en que debe hacerlo y luego, generosamente, cede el testigo a otro instrumento sin por eso dejar de brillar. Al contrario, veo que es justo en esos momentos, en los que está y aparentemente no está, cuando pone especial interés en la ejecución. Se regala sin titubear en pos del bien común. «¡En mi mundo muchos deberían aprender esta importante lección!», pienso, apesadumbrado, «¡incluso yo!». Poco a poco, la música fluye hechizando todos mis sentidos. ¿Será verdad aquello de que la música apacigua a las fieras? Depende de cuál sea la música, ¿no?

Al comienzo del tercer movimiento, el *allegretto grazioso*, reconozco el ritmo de un vals, brillante en su exposición, 1, 2, 3... 1, 2, 3... En cierto modo dan ganas de ponerse a bailar. Me siento radiante y al mismo tiempo optimista, como si me hubiese quitado una tremenda carga de encima, disfrutando del momento. Con el movimiento anterior me liberé de tanta tensión y ahora empiezo a saborear el concierto. Todo lo que estoy recibiendo es una verdadera bendición. Escuchando este movimiento recuerdo la música folclórica que escuché años atrás en una gira por la República Checa; bellas melodías que añoran los hermosos paisajes y rincones pintorescos de ese país. Me vienen a la mente imágenes tan reales que me transportan por el río Moldava a su paso por Praga, con el castillo y el puente de Carlos bellamente iluminados.

En precisos y calculados momentos, los violonchelos conducen la narración de la historia que quiere contarnos el compositor. En otros pequeños intervalos de tiempo hay compases de espera en los que capto nuevamente la mirada de ella, tan solo unos segundos, dos o tres a lo sumo.

A pesar de que estoy sentado más cerca de los instrumentos graves, veo con claridad el divertido juego que mantienen unos y otros. Es tan distinto escuchar la grabación de un concierto a verlo en directo... En el directo aprecias la dificultad en la ejecución y la importante labor del director para que todo esté sincronizado a la perfección y la música fluya. ¿Cuántas horas de

ensayos habrán necesitado?, ¿cuántas de estudio personal requiere un músico para llegar adonde están ahora mismo todos ellos?

Para expresar y comunicar todo aquello que los compositores escriben, apuesto a que, además de dominar técnicamente el instrumento, es precisa mucha más compenetración, trabajar en equipo... ¿Por qué hoy en día la música clásica no se valora?, ¿por qué no hay composiciones actuales tan ricas en matices, armonías y melodías? Ciertamente no es elitista, al contrario, tiene un gran potencial para conmover, sensibilizar y transmitir. Solamente hay que dejarse llevar por ella, abandonarse y disfrutar de todas las sensaciones que se van experimentando al escucharla. Pero dejaré ahora estos pensamientos para otro momento... Ella me los roba, y mi mente se queda desnuda mirándola, como si nada más existiese entre nosotros... ¿Nosotros? ... Sí, *nosotros*. No es especialmente bella, pero sí bastante atractiva; emana armonía, sentimiento, calidez..., como si no tuviese doblez alguna. Si alguien me hubiera dicho que me sentiría atraído por una mujer así, nunca le hubiese creído; en mi mundo son la frivolidad y la superficialidad lo que destaca, aparentar lo que uno no es, venderse cuanto más mejor, aunque sea a base de mentiras.

El director baja los brazos al finalizar el tercer movimiento y se detiene hasta que se hace un silencio absoluto. En ese preciso instante, algunas personas carraspean o tosen.

¿No es increíble cómo las personas pueden controlar cuándo toser y hacerlo justo entre movimiento y movimiento? Creo que yo sería totalmente incapaz.

Ahora, el director levanta los brazos para iniciar el cuarto y último movimiento, el *allegro ma non troppo*. Durante unos segundos mi mirada se encuentra con la suya por primera vez, y siento que nos une un tenue y delgado hilo rojo que me cautiva. Me fijo en sus preciosos ojos marrones, rebosantes de inmensidad y pasión. De repente, un escalofrío recorre todo mi cuerpo y noto cómo se me eriza el vello, ¡es increíble!, ¡es enérgico, poderoso, intenso! En la vida pensé que fuera posible sentir algo así a primera vista. Estoy embriagado por el dulce olor a incienso y por una magnífica interpretación musical, lo que nunca hubiera imaginado. En apenas unos instantes, ella desvía su mirada hacia el director. La mía sigue prendida en sus ojos cuando de pronto sucede lo inesperado. Vuelve a fijarse en mí, tan solo durante un par de segundos, pero lo hace.

* * *

¿Quién será este hombre que me observa tan detenidamente? Parece como si me devorase con los ojos. Estoy inquieta. No le conozco de nada, no me suena haberle visto en mi vida, pero tengo la sensación de que hay algo en mí que le fascina. Curioseo nuevamente durante unos brevísimos instantes y enseguida me centro en el director, que está dando los primeros compases del último movimiento. Afortunadamente, no tengo que tocar al inicio y me da tiempo a centrarme en la obra. ¿Centrarme?, ¿cómo? Con el rabillo del ojo puedo intuir su mirada fija en mí y no logro comprender por qué me mira. Tal vez lleva haciéndolo desde el comienzo del concierto, pero ¿por qué? Me obligo a apartar estos pensamientos y me concentro en la música.

* * *

El último movimiento comienza con una enérgica fanfarria de trompetas que da paso a los violonchelos, que presentan con énfasis y solemnidad el tema principal. Ella baila con el violonchelo, con la intencionalidad de sus gestos, con los movimientos del arco y la articulación de la mano izquierda al tiempo que imprime vitalidad a la melodía, marcando los acentos en su debido y exacto momento.

Demuestra con su rostro y su expresión corporal una gran intensidad y solidez en la interpretación. Está completamente metida en su papel; en los fuertes imprime firmeza y tensión, en los cantables recita una canción, y digo *recita* porque realmente está narrando la historia, con sus sentimientos y sensaciones. Me maravilla el movimiento de su brazo derecho con el arco, de un lado al otro del instrumento, y la flexibilidad con la que los dedos articulan su inclinación, de forma precisa y certera. El sonido que emite tiene calidez, con todos sus matices y colores. Hay momentos en los que puede llegar a ser brillante y otros en los que la expresividad es sencillamente fascinante, parece que impulsa el alma para que conmueva al más imperturbable de los humanos.

La estrellita de fieltro que cuelga graciosamente del clavijero capta mi atención; se mueve al mismo son que ella, de aquí para allá, de allá para acá, como si fuese el péndulo de un reloj de pared. Me roba una sonrisa... Cuando finaliza la ejecución del último movimiento, el público estalla en vítores de

emoción, aplaudiendo enérgicamente y proclamando *bravos* por doquier. Me siento embriagado y no puedo por menos que acompañar a toda esta gente aquí congregada demostrando gran entusiasmo; ha sido una interpretación brillante.

El director se da la vuelta y hace varias reverencias mientras los aplausos continúan con fervor. En esta iglesia no puede entrar y salir del escenario como acostumbran en las salas de conciertos, resultaría bastante incómodo dado el escaso espacio que hay entre los músicos y la gente. Por tanto, no le queda más remedio que seguir recibiendo elogios.

Saluda al concertino y acto seguido se da media vuelta, pide sentarse a los músicos y empieza a levantar a las distintas secciones para que se lleven su enhorabuena particular. Finalmente invita a toda la orquesta a ponerse en pie, se gira y vuelve a hacer una reverencia armoniosa. Se le ve totalmente satisfecho y alegre. Y aunque parezca mentira, en pleno mes de diciembre y en una iglesia, está sudando, ¡menudo esfuerzo ha realizado! Abandona el improvisado escenario y a continuación empiezan a retirarse los músicos. Mi mirada se posa nuevamente en ella. La veo sonriente, pero no efusiva, al contrario que sus compañeros. Noto ciertas notas de melancolía en su mirada. Se sienta y coloca el violonchelo casi de forma horizontal para recoger la pica, cuando de repente la estrellita roja cae al suelo. Agarra la correa y el arco, y sale del escenario sin darse cuenta de lo sucedido. Rápidamente doy dos pasos y recojo el pequeño adorno con suavidad. Lo sostengo entre mis dos manos mirándolo fijamente, pensando en qué hacer.

La gente está abandonando la iglesia, así que la guardo en el bolsillo de mi abrigo. Echo un vistazo al escenario y al retablo, doy media vuelta y comienzo a andar sigilosamente hacia la salida, reflexionando sobre todo lo acontecido en esta última hora. Hay un papel sobre uno de los bancos y decido llevármelo. Parece ser el programa del concierto, pero apenas entiendo nada, todo está escrito en español. Busco alguna palabra que pueda darme idea de dónde es la orquesta y encuentro algo que puede servirme: la dirección de una página web: www.orquesta-filarmonica-madrid.es.

—¡Fantástico!, ya tengo por dónde empezar —exclamo satisfecho.

Me quedo pensativo mientras me lo guardo en el bolsillo, junto con la estrellita.... ¿Y por qué esperar a teclear una dirección cuando puedo buscarla ahora mismo? Miro mi reloj, son las nueve... Una hora perfecta aquí en España, ¡claro!, reflexiono con cierta ironía graciosa.

En la puerta principal de la iglesia no veo a nadie, el público ya se ha ido y los músicos no salen. Así pues, decido bordearla en busca de otra salida.

Afortunadamente veo a algunos de ellos en la parte trasera, los reconozco fácilmente por los estuches que llevan a la espalda. Me acerco apresuradamente, confiando en poder encontrarla.

Capítulo 4

—¡Uf!, ¡estoy agotada! —comento mirando hacia el techo. Me apoyo en la pared de la sacristía, donde hemos dejado los estuches de los instrumentos.

—Te noto realmente cansada, Olivia —observa Carmen, mi compañera de atril—. ¿Descansas bien por las noches?

—Pues no demasiado, la verdad —reconozco mientras guardo el violonchelo, la correa y el arco en el estuche—, algunas veces sí duermo profundamente, pero hoy no se ha dado el caso.

—¡Olivia!, ¡Carmen! —oímos en voz alta—. Estamos pensando en ir a tomar unas cañas, ¿venís?

Es Antonio, un compañero violonchelista, yo diría que el más juerguista de todos, pero también ¡el más informal! Casi siempre llega tarde a las citas..., menos a los conciertos, claro, porque si no, no saldría al escenario. Me contagia su alegría en los momentos de mayor tristeza, y por eso y por su amistad le aprecio verdaderamente. Miro a Carmen y ambas asentimos.

—De acuerdo, vamos con vosotros —accedo—, pero yo me iré pronto, estoy cansada.

—¿Dónde estáis pensando ir? —pregunta Carmen.

—Aquí al lado, mejor por los alrededores para no tener que cargar con los instrumentos demasiado tiempo, ¿no?

—Sí, mejor —respondo.

—¡Señores! —El director se dirige a todos—. Les agradezco la entrega de esta noche. Hemos hecho música, y música de la buena. Debemos sentirnos orgullosos de haber abordado la sinfonía con verdadera humildad y respeto. Todas y cada una de las notas tienen su verdadera importancia y las hemos interpretado de forma magistral. Mi más sincera enhorabuena. Nos vemos en el próximo ensayo, este sábado a las diez.

Todos le aplaudimos, unánimemente. Me siento orgullosa de tenerle como director; posee un gran talento musical, pero, sobre todo y ante todo, valoro su calidad humana. Su carisma, cierta dosis de psicología..., es un líder nato, sabe hacer equipo. Me cambio los zapatos de salón por unos más cómodos, guardo los otros en el bolso y me cuelgo el violonchelo a la espalda. Una de

las cosas que odio de los conciertos en las iglesias es que no podemos cambiarnos de ropa, con lo cual voy y vengo con la de gala. Normalmente suelo vestir más relajada, pero no sé por qué hoy me puse este bonito vestido de encaje. Hacía bastante que no me arreglaba tanto para un concierto..., sinceramente, no había tenido ganas. Salimos despacio de la iglesia, por la puerta trasera.

—Hummm, hace frío... —Me estremezco, me ajusto bien el abrigo y me coloco la bufanda alrededor del cuello. Nos quedamos en la puerta mientras esperamos a los que faltan. Cuando parece que ya se ha decidido el sitio, escucho a mis espaldas a alguien que me habla en inglés.

—¡Buenas noches, señorita!

Es una voz grave, masculina. Me giro con sorpresa y enseguida le reconozco, es el hombre que estaba sentado en el primer banco y que no paraba de mirarme.

—¡Hola! —vuelve a decir, esta vez en español, al ver mi cara de estupefacción.

En ese momento siento una intensa agitación, y me estremezco. Tiene una bonita sonrisa que le llega de oreja a oreja y deja entrever unas pocas arruguillas alrededor de sus preciosos ojos pardos. Viste un abrigo de color caqui y vaqueros azul oscuro. Lleva un gorro de lana y una bufanda a juego, en tonos verde musgo. Su figura es elegante, muy elegante diría yo, y no sé por qué me inspira cierta confianza, a pesar de no haberle visto nunca hasta el día de hoy.

—¡Hola! ¿Nos conocemos? —acierto a decir en inglés.

Vaya, me temo que voy a tener que desempolvar mis conocimientos de este idioma si quiere mantener una larga conversación precisamente ahora, con el frío que hace...

—Disculpa que te moleste —prosigue—, tengo algo tuyo que quisiera devolverte.

Veo que introduce la mano en el bolsillo de su abrigo y, entonces, saca la estrellita roja que tenía colgada en el clavijero. Me quedo asombrada, sin entender cómo ha podido llegar a sus manos... Y reparo en que es posible que se me haya caído al suelo en algún momento del concierto y él la haya recogido al finalizar.

—¡Ah!, mu-muchísimas gracias... —tartamudeo. ¿Por qué me siento inquieta? Esto no me gusta.

—Sean —interrumpe al instante—. Mi nombre es Sean.

—Pues entonces muchas gracias, Sean, te lo agradezco enormemente, me gusta mucho llevar esta estrellita —atisbo a decir de forma entrecortada. Parece que no me salen las palabras con fluidez; me ha pillado totalmente desprevenida.

* * *

«¡Qué hermosa es en las distancias cortas!», pienso mientras la veo esforzarse por comunicarse en inglés. No lo habla mal, pero o bien está nerviosa o hace bastante tiempo que no lo utiliza. Esta situación es divertida y no puedo dejar de sonreír, atrevidamente. Su cara denota un claro desconcierto que me encanta. Inicialmente mi intención era devolverle la estrellita e irme de vuelta al hotel, pero justo en este instante siento que necesito conocerla un poco más. Experimento una conexión muy especial; es inevitable rendirme a su mirada y sonreírle. ¡Va a pensar que estoy completamente hipnotizado!

—Por cierto...—comienza a decir—, mi nombre es Olivia.

—Olivia, bonito nombre —revelo—. Me gustaría, si no tienes inconveniente, invitarte a tomar una copa —me atrevo por fin a sugerir... Ella me mira extrañada.

—¡Olivia! —la llama una compañera—. Nos vamos ya, ¿vamos?

* * *

La verdad es que estoy más que sorprendida por la situación, me quiere invitar a tomar una copa así, de primeras, ¡sin conocernos de nada! Procuero no salir con desconocidos, en el fondo soy un poco recelosa y, además, con el violonchelo a cuestas no me apetece andar de aquí para allá. Al fin y al cabo, son más de ocho kilos y, aunque están bien distribuidos sobre la espalda, no me siento con fuerzas para pasarlo alegremente. Así pues, me acerco a Carmen y le pregunto.

—¿A dónde vais?

—Al final, al Casablanca, que está aquí al lado, a mano izquierda —responde rápidamente—. ¿Quién es ese hombre? —me dice en voz baja, sorprendida y sin apartar la mirada de él.

—Pues no lo sé, le he visto en el concierto, en el primer banco, y ahora ha venido a devolverme la estrellita roja que se me ha debido de caer en algún momento. Al parecer quiere invitarme a una copa. Por cierto, solo habla inglés —le explico. Ella se fija más detenidamente en él.

—Es muy guapo, ¿no crees?

—¡Shhh!, Carmen, por favor, ¡que nos va a oír! —la apremio.

—¡Pero si tiene pinta de no enterarse de nada! ¿No dices que solo habla inglés?

—Pues aparentemente sí —cuchicheo sonriente.

—Bueno, es un pequeño defecto que no impide que sea tan guapo, ¿no te parece? —contesta guasona.

—¡Ay, Carmen!, ¡no tienes remedio! No he reparado en ello, si te soy sincera. —Carmen me lanza una mirada burlona, como si no me creyese.

—Bueno, decídetes ya de una vez, que nos vamos, ¿te vienes con nosotros o no?

Evidentemente, prefiero estar resguardada entre mis colegas, así que miro a Sean y sugiero:

—Nos vamos a tomar unas cervezas a un bar que hay aquí cerca, ¿te unes?

* * *

¡Vaya! Mi intención era charlar con ella a solas, y aunque el plan que ofrece no es el que tenía pensado, acepto. He notado que desconfía de mí, por lo que de esta forma podré mantener una conversación sin que se sienta incómoda. Además, me interesa saber qué demonios han hablado entre ellas sobre mí, ¡se ha notado demasiado, aunque no entienda una palabra de español! Así pues, contesto con decisión:

—Sí, claro, por supuesto, os acompaño.

* * *

Carmen se queda mirando a Sean fijamente, y no me queda otra que presentarles.

—Sean, ella es Carmen, mi compañera de atril y mi muy buena amiga.

—Hola, Carmen —saluda él con una ligera inclinación de la cabeza.

—Encantada, Sean, es un verdadero placer conocerte, ¿te ha gustado el concierto? —le pregunta Carmen en inglés.

—Me ha parecido maravilloso, sinceramente. Os doy mi enhorabuena. Ahí dentro he vivido una experiencia muy enriquecedora que además me ha servido de mucho. —Y su mirada se cruza con la mía.

—Me... me alegro —contesto un poco nerviosa.

—¿Vamos? ¡Nos están esperando! —apremia Carmen, que se adelanta y empieza a charlar con un compañero de la orquesta.

Sean y yo caminamos juntos, detrás del resto. Mis sensaciones están a flor de piel en este preciso momento, acostumbrada a una vida ciertamente monótona y sin sorpresas de ningún tipo. Me pregunto qué tipo de conversación puedo mantener con él, sobre todo teniendo en cuenta que debo hablarle en inglés... tampoco quiero entrar en temas personales. ¿Charlamos sobre el tiempo?, ¿el concierto?, ¿lo humano y lo divino?... Al final decido lo más sencillo y lo que menos me obligue a utilizar su idioma.

—¿De dónde eres, Sean?

—De Canadá, de Toronto —contesta con aire alegre.

Me quedo pensativa... No sé bien dónde ubicarlo exactamente en mi mapa mental de Canadá, aunque por supuesto sé que es una de las ciudades más grandes de ese país, o la más grande. Él me lee el pensamiento.

—Toronto es la capital de Ontario, y está justo en la orilla norte del lago Ontario, ¿sabes?, muy cerca de las famosas cataratas del Niágara.

—Hummm... —asiento con un movimiento afirmativo—, no conozco Canadá, aunque en ocasiones me ha llamado la atención, especialmente por la interesante mezcla entre naturaleza salvaje y civilización. Aún no he tenido la oportunidad de visitarlo —afirmo con mucho interés.

—Bueno, en realidad nunca se sabe, quizás se presente la oportunidad algún día.

La verdad, ese día se me antoja bien lejano. No tengo ni el ánimo ni las fuerzas ni la motivación necesarios para emprender un viaje turístico nada más y nada menos que al otro lado del charco. Viajar es algo que siempre me ha encantado, aunque no he podido hacerlo como me hubiese gustado.

El colegio de los niños se llevaba buena parte de nuestros ingresos, por lo que la simple idea de plantearnos un viaje los cuatro juntos, y encima al extranjero, era prácticamente un lujo. Nos contentábamos con ir a la playa en verano y hacer ocasionalmente algún que otro viaje por Europa. Hasta que...

—Hemos llegado —Sean interrumpe mis pensamientos—. Tus colegas ya están dentro del bar.

—Perfecto, vamos pues —respondo mientras salgo de mi ensimismamiento.

El bar de copas Casablanca recrea el ambiente marroquí de los años cuarenta con un toque contemporáneo y cosmopolita. Las paredes se encuentran alicatadas hasta media altura con azulejos en tonalidades lapislázuli. La altura restante hasta el techo está pintada en color blanco y sobre ella destacan diversos fotogramas de [Humphrey Bogart](#) e Ingrid Bergman.

Las mesas y las sillas tienen detalles inspirados en la típica artesanía local de la época. Sobre ellas se acomodan unas lámparas bajitas de bronce con cortinillas metálicas que proyectan sombras caprichosas. El suelo imita el latón antiguo, con motivos geométricos, y del techo cuelgan largas lámparas de araña que iluminan de forma especial el local, lo suficiente como para poder disfrutar de un rato agradable.

En el interior hay unos cuantos músicos. Sean y yo nos acercamos a la barra, que es larga, de madera y sobria, para pedir nuestras consumiciones. Apoyo el violonchelo en el suelo, afortunadamente no hay apenas gente, salvo nuestro grupo. Miro alrededor y observo que hay varias mesas libres y espacio suficiente donde colocarlo a la vista.

—¿Qué te apetece tomar? —pregunto.

—Creo que tomaré una cerveza.

—¿Una jarra o una caña? —Sean eleva las cejas, parece que no me ha entendido, así que le explico—: Una jarra es medio litro de cerveza y una caña son doscientos mililitros.

—Una caña —contesta pronunciando en español y de forma divertida la palabra *caña*.

—Una caña y una clara —pido al camarero.

Me quedo mirando la bonita colección de botellas de alcohol que hay en la pared, esperando a que nos sirva. Empiezo a repiquetear con los dedos sobre la barra, señal de impaciencia y nerviosismo. No sé qué pasa, pero no estoy cómoda con esta situación. Sinceramente, ahora mismo solo deseo irme a casa.

—Olivia, ve a aquella mesa y siéntate, yo llevaré la bebida, tienes cara de cansada.

«Si tú supieras...», pienso para mis adentros. Cojo el violonchelo y me dirijo a una tranquila mesa que hay cerca de la pared, bajo un fotograma de Ingrid Bergman. Me quito la bufanda y el abrigo y me siento. Dirijo mi mirada a la imagen. Su expresión de tristeza y de melancolía hace que en cierta forma me sienta identificada con ella. Me quedo abstraída mirándola cuando noto que Sean se acerca.

—Aquí está la bebida.

La deja sobre la mesa y me acerca la clara. Se da media vuelta y regresa a la barra, y conforme se aleja le observo. Debe medir más de 1,85 metros, su complexión es normal y tiene una espalda bien moldeada. Imagino que el torso también lo estará.

—¡Olivia! —interrumpe Carmen. No la había visto acercarse.

—¿Qué pasa? —contesto sobresaltada.

—Shhh, ¡no hables tan alto! —susurra—. Os dejamos a solas, estaremos aquí cerca. Avísame si necesitas algo.

—De acuerdo.

La miro preocupada, ¿qué pensará que va a pasar como para que se mantenga a una distancia prudente? Veo cómo se va, tranquilamente, al encuentro del resto de los colegas mientras Sean se acerca con algo de picar.

—Traigo algo típico de España para acompañar la bebida: patatas con alioli y aceitunas —comenta con aire decidido—. ¡He sido capaz de hacerme entender! —afirma entusiasmado—. He pensado que estarás hambrienta a estas horas.

—Hummm, verdaderamente hambrienta.

Ciertamente así es. Desde mediodía no he probado bocado, y ya es bastante tarde. La relajación tras el concierto siempre me abre el apetito. Las patatas tienen una pinta estupenda, servidas en una cazuela de barro redonda, con su alioli recubriéndolas y salpicadas de perejil fresco aquí y allá. ¡El perejil me encanta! Están delicadamente colocadas en la cazuela proporcionando un verdadero espectáculo a la vista. Es increíble cómo un plato tan sumamente sencillo puede a la vez ser tan especial. Las pruebo y me deleito con la patata, cocida en su punto, fresquita y con ese regusto a ajo y perejil tan delicioso. Me doy cuenta de que Sean me está mirando con detenimiento, sin probar bocado, con una ligera sonrisa. Me hace sentir como si fuese única, como si no existiese nada más que yo. Siento un calor repentino que comienza a subirme a las mejillas y percibo que me estoy sonrojando sin

poder controlarlo. Sospecho que soy su centro de atención y no me gusta, no me siento cómoda.

—Pruébalas, Sean, están espectaculares —afirmo mientras doy un sorbo a la clara con el fin de desviar la atención sobre mis mejillas.

Coge un palillo y pincha una patata. La prueba y asiente con deleite mientras mastica.

—¡Buenísimas, están exquisitas! —exclama.

—Las aceitunas también son muy buenas. —Percibo el sabor del laurel, el tomillo y el hinojo que forman parte del aliño.

Capítulo 5

España es una tierra ideal para comer o cenar a base de tapas. Me encanta degustarlas cada vez que vengo, y disfruto con ellas. Pero hoy es un día especial, confieso que la compañía es más que agradable. No puedo dejar de contemplarla, es decidida y tremendamente pasional cuando interpreta música con su violonchelo, y sin embargo ahora parece que estoy delante de una mujer tímida y vergonzosa. ¿Cómo puede cambiar tanto?, ¿se transforma en su faceta profesional?, ¿es realmente así, tal cual la veo ahora? A la vez percibo esa elegancia innata que tiene al caminar, al tocar y al comer; coge delicadamente la comida y se la lleva a los labios con gran exquisitez. Tengo que conocerla más... Me atrae como nadie lo ha hecho hasta ahora, no es solo una atracción física, también deseo conocer su personalidad, su forma de ser, su vida. Una fuerza dominante me incita a profundizar más. Parece tan frágil... Su mirada refleja cierto aire de melancolía; es como si escondiese algo que la atormenta y entristece, y que inevitablemente la reprime.

Me siento poderosamente atraído hacia ella y experimento la necesidad de buscar ese contacto visual de forma desesperada. ¿Se trata únicamente de un sentimiento de protección o hay algo más? Necesito descubrirlo.

—El concierto me ha parecido un brillante espectáculo musical, en serio, nunca había tenido la oportunidad de escuchar y ver en directo a una gran orquesta sinfónica desde tan cerca.

—Me alegro, Sean. Detrás de cada concierto hay muchas horas de ensayo individual y de conjunto para unificar criterios en la interpretación de la obra, trabajar la expresividad, el fraseo y la musicalidad. Nuestro objetivo no es otro que disfrutar con la música y entusiasmar al público en cada actuación.

—No lo dudo —afirmo totalmente convencido.

En realidad, su mundo y el mío son bastante parecidos, y aunque existen matices que los distinguen, el trasfondo es el mismo. Yo también debo ejercitar mi voz a diario para estar en forma, y dedicar muchas horas a la preparación de los discos y la promoción de las giras. Muchas veces me pongo de los nervios pensando en el ritmo de vida frenético que llevo, y lo que más cuesta es sobrellevar la soledad que siento cuando estoy alejado de

los míos, mis hermanas, ¡Chloe! En este momento recuerdo que tenía que haberle mandado un mensaje.

* * *

Se produce un silencio incómodo. Podríamos hablar de multitud de temas intrascendentes, o no, pero en verdad estoy bastante cansada, y aunque este encuentro inesperado me ha sorprendido gratamente, tengo ganas de regresar a casa. De repente suena la música de un teléfono móvil que no reconozco, debe de ser el de Sean. Veo que lo saca con rapidez de su bolsillo y contesta.

—Sí..., OK. El viaje ha sido un poco largo, pero ya estoy instalado..., sí, yo también..., mañana he quedado pronto para comprobar que todo esté controlado... OK, nos vemos. Ahora te tengo que dejar..., luego te llamo..., de acuerdo. ¡Adiós!

—¿Todo bien? —pregunto mientras lo guarda de nuevo.

La conversación que ha mantenido me ha parecido un poco brusca. Creo que se ha sentido incómodo, no sé si por mí o por la llamada. Parecía la voz de una mujer.

—Sí, todo bien, Olivia.

—¿Estás de paso por Madrid?

—Sí, más o menos, me quedaré unos pocos días, luego me marcho a París y de ahí viajaré unos cuantos más por Europa.

Mmmm, ¡qué gusto ir a París! Nunca he estado y es una de las ciudades que me encantaría conocer, sobre todo en Navidad. Con la iluminación navideña seguro que es un verdadero espectáculo visual. Dejo estos pensamientos para otro momento y continúo conversando.

—¿En serio?, ¿a qué te dedicas?

* * *

Olivia me hace una bonita pregunta.... Por ahora quiero mantener mi profesión en el anonimato. Además, en Madrid no soy tan conocido y puedo gozar de cierta intimidad. Quiero que ella me conozca por mí mismo y no por todo lo que me rodea.

—Soy representante de cantantes internacionales de música pop —miento—. Les aconsejo en sus decisiones, compromisos, promociones de discos, giras, programo espectáculos... Ahora mismo estoy buscando recintos para el lanzamiento del álbum de uno de ellos.

* * *

Me quedo mirándolo, atónita. No sé por qué me da la sensación de que cumple el cliché de artista más que el de representante.

Lleva un peinado bien cuidado, barba de tres días perfectamente arreglada, las uñas muy pulidas... Se le ve guapo y elegante. Alzo las cejas.

—¡No me digas! Para nada hubiera imaginado que estás metido también en el mundo de la música —confieso mientras pincho un trozo de patata.

—Pues sí, en realidad vivimos en el mismo mundo.

—Oh, vamos, por amor de Dios, no digas eso... Una cosa es ser músico profesional y otra distinta es ser representante. Tu trabajo es puramente mercantilista —agrego.

—No te creas, te sorprendería saber que también acudo a los estudios de grabación y que la mayoría de los artistas comparten conmigo los temas antes de grabarlos, para conocer mi opinión.

—¡Qué interesante! Seguro que tienes un montón de anécdotas que contar. ¿A quién representas? —pregunto traviesa.

—¡Ohhh, no! ¡Eso sí que no! Permíteme que los dejemos en el anonimato —responde a carcajada limpia—, pero te aseguro que por este camino tendríamos muchas horas de conversación. Creo que podría contar tantas historietas que darían de sobra para escribir un libro —sonríe mientras habla, levantando sus cejas para enfatizar su última frase.

—Estoy plenamente convencida —añado, complacida. También sonrío.

No sé por qué, pero su presencia, su delicadeza y su forma de hablar me hacen sentir cómoda, hasta el punto de que comienzo a olvidarme del cansancio que tengo; aún no logro dormir muchas horas seguidas, me desvelo con frecuencia y me encuentro cansada en mi día a día.

—¿Qué significa *filarmónica*? —Cambia de tema.

—Orquesta Filarmónica de Madrid. —Me río con su pronunciación, ¡es de lo más simpática!—. Hoy en día es algo similar a *sinfónica*, aunque

antiguamente las orquestas filarmónicas las integraban mayoritariamente músicos no profesionales apasionados por la música clásica —aclaro.

Sin pensarlo, miro por el rabillo del ojo a mis compañeros que se encuentran al final de la barra. Se lo están pasando francamente bien, pues desde donde yo estoy, a unos pocos metros, oigo sus risas. Sonrío para mis adentros, absorta. Vuelvo a fijarme en Sean. Noto que empiezo a tener la cabeza cargada por el esfuerzo de entender todo lo que me cuenta en inglés y, sobre todo, por lo que me supone intentar hablarlo con cierta fluidez. Al menos nos estamos entendiendo. Me encantaría frotarme los ojos, claro síntoma del agotamiento que llevo acumulado, pero me reprimo; ¡con todo el maquillaje que me he puesto sería un completo desastre!

—¿Cómo empezaste a tocar el violonchelo? —interrumpe mis pensamientos.

—Bueno, la verdad, es una historia un poco larga, pero, resumiendo, fue hace muchos años, cuando tenía ocho. Mis padres, aficionados a la música clásica, me llevaron a un concierto de la orquesta de la Comunidad de Madrid, en una iglesia, no recuerdo exactamente dónde. Cuando entramos había bastante gente, y avanzamos hacia la zona del altar. Para nuestra sorpresa, el primer banco estaba vacío y allí nos sentamos. Y qué casualidad que cuando la orquesta entró en el escenario el primer violonchelo se colocó enfrente de mí. Me quedé literalmente fascinada durante toda la actuación, mirándole. Al finalizar, recuerdo que les dije a mis padres que quería aprender a tocar ese instrumento que tanto me había llamado la atención. Y ese fue el comienzo, me apunté a la escuela de música de mi barrio y de ahí pasé al conservatorio.

—¡Vaya, un auténtico flechazo! —bromea.

—Oye, Sean —le interrumpo—, estoy pasando un rato muy agradable contigo, pero debo irme a casa, estoy muy cansada y necesito descansar. Me alegro mucho de que hayas disfrutado del concierto.

—Por supuesto, no te entretengo más, descansa.

Noto su desilusión. Sin duda se ha encontrado muy cómodo a mi lado, pero lo cierto es que no me apetece seguir más tiempo aquí.

—Voy a pagar y me marchó. —Me levanto de la silla, pero Sean lo hace más rápido.

—Por supuesto que no, Olivia, ya lo he hecho yo, ¡faltaría más! Es lo menos que puedo hacer.

—Biennn..., pues muchas gracias, Sean, ha sido un placer conocerte.

Me pongo el abrigo y la bufanda, y cuando voy a coger el violonchelo se adelanta y me ayuda, con mucho cuidado, a ponérmelo en la espalda. Me acerco a mis compañeros y me despido de ellos.

—¿Cómo ha ido todo? —me pregunta Carmen.

—Bien, bien, muy educado —contesto—, me voy a casa. Estoy agotada.

—De acuerdo, nos vemos el sábado, en el ensayo.

—OK, chao. —Le doy un beso y me despido del resto—: ¡Adiós, chicos!

Avanzo hasta la puerta, donde Sean me está esperando. ¿A dónde demonios cree que va?

—Salgo contigo, Olivia, me voy al hotel, ¿a dónde te diriges?

—He dejado el coche en un aparcamiento que está aquí al lado.

—Entonces te acompaño, si no tienes inconveniente.

—Bueno..., perfecto. —Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

Abre la puerta y me cede el paso caballerosamente; el aire fresco me sienta fenomenal. El bar no tiene el ambiente cargado, pero lo agradezco. Empezamos a caminar lentamente. Menos mal que es cuesta abajo.

—¿Tienes el hotel cerca?

—Sí, en el paseo del Prado, aquí al lado.

—Yo tengo el coche en un garaje muy cercano.

Al llegar a la entrada nos detenemos. Se planta delante de mí. Es realmente guapo, su mirada es limpia y apasionada. Me contempla con delicadeza.

—Olivia, voy a estar en Madrid unos pocos días, me gustaría volver a verte, si tú quieres.

—Ah..., bueno, vemos cómo podemos hacer...

—¿Me das tu teléfono? —pregunta con aire dubitativo.

Dudo unos instantes, pero me decido. Al fin y al cabo, parece un buen tipo.

—Bien, toma nota...

Él guarda mi número en la agenda del suyo.

—Te llamo ahora mismo y así tienes el mío —dice mientras marca en el teclado.

Recibo su llamada y guardo el número en mis contactos.

—Bueno, Sean, hasta otro momento —me despido, y repentinamente le doy dos besos, uno en cada mejilla, para su sorpresa.

—Gracias por la velada, Olivia. Estamos en contacto.

—¡Adiós! —Y empiezo a bajar las escaleras.

Por fin llego a casa. Estoy tan agotada que siento como si una apisonadora me hubiese pasado por encima. Tengo que descansar. Afortunadamente lo que he tomado en el bar me ha quitado el hambre, así que dejo el violonchelo en el salón y me dirijo a la habitación. Mientras me quito el vestido y guardo los zapatos, veo mi imagen reflejada en el espejo. Llevo tiempo sin fijarme demasiado en ella, y ahora es cuando me doy cuenta de mi aspecto. A pesar del bonito vestido, del maquillaje y del recogido, la persona que tengo frente a mí es una mujer triste y sin alegría. Comienzo a desmaquillarme y, conforme lo hago, las ojeras salen a relucir como si quisieran seguir su propia vida.

—¡*Mamma* mía! ¡Menudo semblante! Seguro que con una cura de sueño mejoro. Espero poder dormir esta noche de un tirón.

Cojo el teléfono móvil para quitar el despertador; mañana pretendo levantarme tarde. Aunque tengo que hacer mis ejercicios diarios, les dedicaré menos tiempo. Veo que tengo un mensaje, toco el icono y lo abro.

Carmen (23:35)

¿Qué tal has llegado? Nosotros acabamos de salir del bar. Te hemos echado de menos. ¿Qué tal nuestro amigo «misterioso»?

Olivia (23:52)

Gracias. Todo bien, pero muy cansada. Me voy a la cama.
Buenas noches.

Carmen (23:53)

Ya hablamos. Buenas noches.

Dejo el teléfono en la mesita de noche y me dirijo al cuarto de baño para lavarme los dientes. Una vez que termino, me acuesto, apago la luz y me arropo con el edredón.

* * *

Mientras camino en dirección al hotel, repaso mentalmente todo lo sucedido. Guardo las manos en los bolsillos del abrigo en un intento por mantenerlas en calor cuando percibo que, en uno de ellos, hay un papel. Lo

saco extrañado y descubro el programa del concierto que tanto me había llamado la atención por la foto de la orquesta. ¡Bingo! Ahí está la dirección de la página web. Inmediatamente la tecleo en mi teléfono móvil y encuentro lo que necesito; los horarios de los ensayos, o eso es lo que parece. En cuanto llegue a la habitación lo miraré en el ordenador, con el traductor.

Capítulo 6

Suena el despertador a las ocho y cuarto. Hay poca luz en la habitación, está amaneciendo. Supongo que en Madrid es normal en esta época del año. Odio lo impersonales y solitarios que resultan los hoteles, pero esta es mi vida cuando me encuentro de gira. Me levanto y me dirijo hacia la ventana. Es viernes y el tráfico ruga a estas horas serpenteado por las luces de las farolas, los faros de los coches y los edificios. En el horizonte distingo las típicas e inconfundibles intensidades en el colorido del amanecer; desde el azul más oscuro en el oeste al más claro, mezclado con tonalidades anaranjadas y rojizas, en el este. Diviso algunas nubes, no demasiadas, al menos no tiene pinta de ponerse a llover. Debe de hacer frío, por lo abrigados que veo a algunos viandantes.

Miro el teléfono; no tengo ningún mensaje. Pienso en Olivia..., me encantaría desearle los buenos días, pero me contengo. Debo concentrarme en el concierto. Ethan, mi mánager, me ha dejado la agenda en el escritorio. Parece que hoy tengo el día completo con la supervisión del montaje de escenario y la prueba de sonido.

Me siento, enciendo el ordenador y reviso los correos. Cuando acabo, busco la página web de la orquesta y una sonrisa aparece en mi rostro al recordar todo lo sucedido la tarde anterior; hoy mis sensaciones son más intensas que ayer. Compruebo los horarios de los ensayos; habitualmente empiezan a las diez y terminan a las dos. Reviso la dirección de la sede y veo con cierta decepción que se encuentra en una población cercana a Madrid, muy cerca, pero no en la capital. Decido apagarlo, me pongo ropa deportiva y salgo del hotel para empezar mi entrenamiento matutino. Me dirijo al Retiro, un espacioso parque que constituye el pulmón verde de Madrid y que alberga en su interior un extenso circuito para corredores. Enciendo los auriculares y los conecto al teléfono móvil para escuchar música con un ritmo muy marcado y continuado que me acompañe.

De pronto suena el teléfono:

—Hola, Ethan..., sí, en cuanto acabe me preparo, desayuno y soy todo tuyo..., ¿a las diez?, de acuerdo.

Cuelgo y continúo mis ejercicios conforme la claridad del día se abre camino a través de la espesura de los centenarios y frondosos árboles que me rodean. Regreso al hotel en tiempo y forma y me ducho. Al poco rato, cuando Ethan entra en mi habitación, estoy preparado.

—Hay unos cuantos fans en la puerta del hotel esperándote.

—Perfecto, les saludaré y firmaré autógrafos.

—Bien, no te demores demasiado, tenemos la agenda muy apretada hoy.

Cuando salimos, veo un grupo pequeño de fans detrás de una valla. Me acerco a ellos y me hago unas cuantas fotos con suma tranquilidad. Les saludo amablemente y firmo unos autógrafos. Ethan y dos personas de seguridad me rodean con mucha cautela; siempre hay que estar prevenido y pocas cosas se dejan a la improvisación..., menos de las que yo quisiera, pero es el precio que hay que pagar por ser un artista conocido a nivel internacional. Después de unos minutos con ellos subo al coche que nos lleva al teatro por las calles de Madrid. La ciudad brama, es día laborable, aunque la circulación no es demasiado lenta. Durante el tiempo que estoy distraído observando lo que acontece a mi alrededor, mi mente recapitula todo lo sucedido ayer en la tarde-noche, dentro y fuera de la iglesia y en el bar. No puedo dejar de pensar en Olivia, la represento mentalmente en cada gesto, en cada palabra, en los momentos de mayor concentración durante el concierto..., sentimental, pasional, expresiva, delicada, conmovedora..., y fría, esquiva, reservada, prudente y discreta fuera de él. Sin embargo, no me parece una representación de su faceta artística, sino más bien estaría por afirmar que ella es así, y algo la hace ser lo que no es. Sus ojos están tremendamente afligidos. La vida nos lleva por caminos sorprendentemente inesperados; nosotros somos dueños de escoger entre uno u otro, y nuestra historia dependerá de la alternativa elegida.

Hasta ahora estaba totalmente convencido de que todo iba bien. ¡No solo bien, diría que fenomenal!

Mi carrera profesional va como un tiro con el último disco, y mi trayectoria como artista y cantante está claramente reconocida en todo el mundo. Mi vida familiar es buena; siempre me han apoyado en los momentos difíciles desde el inicio de mi carrera como cantante, y ahora disfrutan de mis éxitos conmigo. Son mi sustento y mi apoyo, y no podría imaginar una vida alejado de ellos.

Todo este tiempo he creído que mi parcela personal con Chloe era formidable..., hasta ayer. No sé qué voy a sacar en claro de todo esto, pero mi vida *perfecta* se está empezando a tambalear en su faceta más íntima y

fundamental, la de la persona. Si en algún momento pudiese empezar una relación con Olivia, sé que todo sería más complicado, puesto que ella está en Madrid y yo en Toronto. A ello habría que sumar mis continuos viajes cuando estoy de gira. Pero merecería la pena, aunque reconozco que ahora mismo veo un abismo infranqueable.

No puedo dejar de pensar que quizás se esté presentando una oportunidad única para ser valorado por lo que soy, y no por lo que represento o hago. ¿Acaso por este motivo se ha cruzado en mi camino?, ¿qué he de aprender de esto?, ¿qué puedo ofrecerle más que inestabilidad en su ordenada vida? El futuro es extremadamente incierto, pero estoy decidido a explorarlo.

El coche se para justo delante del teatro. Me dispongo a salir y a comenzar una nueva jornada de ensayos para el concierto del domingo. Solo tendremos que dar los remates finales al escenario, ya que el equipo lleva varios días organizando todo lo necesario y preparando el sonido y la iluminación. Abandono mis pensamientos y me centro en mi faceta profesional.

* * *

Me despierto, por una vez, sin la ayuda del dichoso despertador. Estiro las piernas y los brazos y bostezo. Esta noche he podido dormir de un tirón, toda una novedad en los últimos tiempos. Me levanto y después de ir al baño me dirijo directamente a la cocina a preparar una buena taza de café.

¡No sé qué haría si por las mañanas no tuviese un buen café recién hecho! Su aroma despierta mis sentidos sin necesidad de probarlo y me estimula para comenzar el día. Mientras pongo pan en la tostadora cojo el móvil y reviso los mensajes. Nada nuevo digno de reseñar. Exprimo un par de naranjas hasta sacar todo su jugo y me dispongo a deleitarme con el desayuno. Creo que es mi comida preferida y por ello me tomo mi tiempo para disfrutarlo.

Repaso la agenda para hoy, afortunadamente nada programado salvo estudio diario. Aprovecharé también para correr; el ejercicio ayuda a despejar mi mente y me hace sentir mejor. Llevo practicándolo con más frecuencia desde hace más de un año y me está ayudando, en buena medida, a superar mi situación personal. Cuando acabo, recojo el plato y la taza del desayuno y comienzo a efectuar el calentamiento previo de dedos, muñecas, codos, brazos, hombros y rostro. Empiezo con escalas y ejercicios varios, para a

continuación repasar ciertos pasajes del último concierto cuya técnica o calidad sonora me parece que debo mejorar.

—Hummm... —suspiro después de hora y media seguida. Me levanto para estirarme y consulto el teléfono móvil. Hay un mensaje de Carmen:

Carmen (11:16)

Hola, buen día. ¿Cómo vas? Me tienes que contar con pelos y señales todo lo de ayer con ese hombre. ¡Está buenorro!

Me hace gracia su último comentario. Carmen es muy buena compañera, generosa y atenta. Gracias a ella he podido ir superando las adversidades. En realidad, es mi mejor amiga y confidente. Tengo la inmensa suerte de que esté a mi lado.

Olivia (11:27)

¡Carmen! Eres incorregible del todo.
Sean es agradable, pero ya está, no hay nada de particular.
Estoy estudiando, *please*, luego hablamos.
Besos

Prosigo mi estudio con mucha calma, a pesar de que me quedan al menos un par de horas más, con la precaución de mantener el teléfono en silencio para no distraerme; me fastidia escuchar interrupciones constantes mientras estoy concentrada.

Aprovecho para darle un buen empujón al repertorio del concierto, mañana tengo ensayo y debo interpretar mejor algunas partes. Yo y mi autoexigencia...

Cuando acabo, decido salir a correr; consigo despejarme y me siento realmente bien cuando finalizo el ejercicio. Mientras corro, además, escucho meditaciones que en otro momento del día no podría por falta de tiempo o por pura pereza. En esta ocasión es una meditación de preparación, desde el punto de vista católico, para la Navidad. Siempre me ha gustado esta época, sí, y soy de las que disfrutan esos días a pesar de los recuerdos dolorosos que la ausencia de mis seres queridos me trae. El nacimiento de Cristo Jesús en mi interior me ayuda a sobrellevar su añoranza y a no entristecerme a más no

poder. Leer los pasajes de la Biblia que relatan Su nacimiento, Su fragilidad y humildad me infunden aires renovados, mirar el futuro con optimismo, querer dar ese paso adelante y no quedarme estancada. Con estos pensamientos comienzo a recordar el concierto de ayer y el momento en que conozco a Sean. Lo sucedido fue algo totalmente fuera de lo normal en mi rutinaria vida, y he de reconocer que me sorprendió, primero cuando me fijé en él durante el concierto y luego cuando salió a mi encuentro para devolverme el colgante de fieltro con la estrellita roja.

Y lo que menos esperaba era que se viniese al bar; me pareció un hombre agradable y sobre todo muy atento y educado. Me conmovió lo impactado que estaba después de escucharnos, no es habitual que alguien se acerque y relate su sensibilidad con tanta intensidad, y menos un hombre. En fin, ha sido una anécdota más que agradable.

A la mañana siguiente suena el despertador a las ocho y media. Me ducho, hago la cama, me visto y desayuno, y a continuación arranco el coche para ir al ensayo. Habitualmente ensayamos de lunes a viernes, pero como el jueves tuvimos concierto, el viernes hemos descansado y aplazado el ensayo hasta hoy, sábado. Llego con tiempo suficiente para afinar el instrumento y estar lista antes de que empiece.

—Hola, Carmen.

—Hola, Olivia, ¿cómo va todo?

—Bien, he podido descansar —le digo con una brillante sonrisa, mientras me coloco en la silla y sitúo las partituras en el atril.

—¡Eso es una fantástica noticia!

—Pues sí, parece que últimamente consigo dormir más horas seguidas, y lo estoy notando.

—¿Has sabido algo de Sean?

—¿Por qué iba a saber algo de él? —pregunto con indiferencia.

—Bueno, no sé, me dio la sensación de que estaba muy interesado en ti.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—No digas tonterías, Olivia, no había más que miraros. O más bien, no había más que mirarle a él. Solo tuvo ojos para ti. ¿No te diste cuenta?

Me quedo pensativa mientras arqueo las cejas en señal de asombro, desde luego no había caído en ello.

—Si te soy sincera, Carmen, creo que no estoy preparada para este tipo de cosas ni para ir más allá. Además, está de paso por Madrid, vive en Toronto y viaja bastante...

—¿Sabes? —me interrumpe—. Querer es poder. Cuando la vida te lleva por un camino, es bueno reflexionar por qué es así. Sobre todo, no descartes las oportunidades que se presentan.

En realidad, está exagerando en lo relacionado con Sean. No tiene ningún fundamento, pero me quedo con la reflexión y la guardo en mi interior para meditarla más adelante. El director empieza a comentar algunas cosillas que quiere corregir, y acto seguido comienza el ensayo, lo cual me obliga a apartar todo pensamiento de mi mente.

Durante los primeros minutos hacemos unos cuantos ejercicios de afinación, pues los instrumentos tardan un tiempo en ajustarse a la diferencia de temperatura y humedad. Y a continuación repasamos ciertos cambios de carácter en algunas secciones. Si algo tengo que destacar de nuestro director es la forma en la que nos transmite cada matiz, y la concentración debe ser máxima si queremos evitar repetir y repetir cada pasaje hasta que salga a la perfección. Aun así, a veces no queda más remedio que hacerlo, por lo que es primordial tener paciencia y voluntad para volver a ellos todas las veces que sea preciso.

Capítulo 7

Ayer el día fue mortífero, nos encontramos con algunos problemas totalmente inesperados en el sonido que retrasaron la prueba acústica más de lo deseado. El equipo de producción lleva bastante tiempo analizando todas las necesidades para ir las cubriendo poco a poco. No solo las relativas a los equipos de sonido, sino también otras cuestiones, como la iluminación, el acondicionamiento del escenario y sus accesos, los camerinos, el *catering*, el *backstage*, los alojamientos y traslados del personal, la seguridad, proyectores, pantallas... y por supuesto los instrumentos musicales que se van a utilizar en el concierto, que deben encontrarse en perfecto estado. Afortunadamente, a mi llegada ya está todo preparado y mi camerino en orden. Aprovecho para hacer ejercicios de respiración con el diafragma y, después, los correspondientes de técnica vocal. Todos ellos forman ya parte de mi rutina.

Una vez solucionados los problemas de sonido y comprobada la iluminación, damos un repaso general al repertorio: tempos, entonación, ritmo..., y a la coreografía con las bailarinas. Poner cuerpo y alma en cada ensayo asegura un buen concierto, y para que esto ocurra vuelvo a hacer cada movimiento minuciosamente, hasta que todos están totalmente integrados, de tal forma que no tengo necesidad de pensar cuál será el siguiente. Y esto solo se consigue a fuerza de repetir y repetir sin forzar la voz. Al final de la jornada caigo rendido en la cama de la habitación del hotel, tras una ducha rápida para relajarme. Miro los mensajes en el teléfono. Nada especialmente importante. Aprovecho para llamar a Chloe, ya que anoche no lo hice.

—Hola, cariño, ¿qué tal estás?

—Hola, amor. Echándote mucho de menos. Hace un tiempo horrible hoy. Espero que por Madrid haga mejor temperatura.

—No te creas, es baja, aunque hoy al menos ha salido el sol.

—Mmmm, ya veo. ¿Qué tal la preparación del concierto?

—Hemos encontrado algunos problemillas de sonido que ya se han solucionado; todo está controlado y listo. Mañana descansaré la voz, nada de ensayos.

—Bien, suena fantástico. Me hubiese gustado acompañarte, mi amor, pero esta vez ha sido imposible, ya lo sabes.

—Sí, no te preocupes, Chloe. La gira es corta, pronto estaré de regreso. Siento no poder celebrar la Nochebuena contigo este año. Definitivamente no ha sido posible adaptar las fechas de los conciertos. Pero celebraremos la Nochevieja.

—Eso sí que lo siento enormemente... Al final la pasaré con mi hermana y algunos amigos. Ya sabes, su tradicional fiesta navideña por todo lo alto.

—Ya me imagino. —Sonrío abiertamente. Su hermana es una verdadera especialista en fiestas, siempre selecciona cuidadosamente a los invitados con el fin de garantizar un completo éxito, año tras año—. Seguro que disfrutarás de la fiesta.

—Bueno, sin ti no va a ser lo mismo, pero al menos me servirá para no perder el tiempo yendo compras, pensando en ti en cada momento.

Vuelvo a sonreír. Chloe es incapaz de estar sola, siempre se las arregla para conseguir compañía, sobre todo en fechas señaladas. Hace bien; mi trabajo es así, unas veces podremos disfrutar de unas Navidades juntos, otras no.

—Bueno, cariño, te dejo ya. Voy a acostarme, estoy muy cansado.

—De acuerdo. Estamos en contacto. Te quiero.

—Te quiero. Chao.

Y cuelgo. Chloe es divertida, cariñosa, muy buena amante, aunque un poco superficial. En el mundo en el que me muevo es difícil encontrar gente que no adore las cosas. Hasta ahora me he sentido querido y estoy enamorado de ella. Sin embargo, lo que me ha sucedido aquí ha hecho tambalear mis sentimientos, mi forma de pensar, mis ilusiones, mis sueños. Siento la necesidad de explorar hasta descubrir qué es lo que tengo delante de mí. Busco nuevamente la información de la orquesta para asegurarme de las horas de los ensayos. Apago la luz y observo las divertidas y caprichosas sombras que la iluminación que entra por la ventana proyecta sobre el techo y la pared. Al rato caigo rendido.

* * *

—Señores, hacemos una pausa para tomar un café. Nos vemos en media hora —anuncia el director.

¡Por fin el merecido descanso! El ensayo de hoy está siendo tremendamente minucioso y, no sé por qué, necesito ese café de forma desesperada. Destenso el arco, guardo la pica del violonchelo y lo dejo en el suelo con mucho cuidado. Aquí no es necesario protegerlo en el estuche durante los descansos; los instrumentos no corren peligro. Me entretengo señalando algunos matices en mi partitura mientras todos mis compañeros van saliendo a la calle en dirección al bar al que siempre acudimos.

—Vamos, Olivia, que se nos pasa el tiempo —apremia Antonio.

—Sí, voy en un par de minutos. Continúad vosotros, ¿vale?

—De acuerdo, ¡no te demores!

* * *

Veo a los músicos que van saliendo del ensayo. Afortunadamente he llegado en el momento adecuado, de haberlo preparado no me hubiese salido tan bien. Aparentemente, nadie se percata de mi presencia. El vestíbulo del recinto tiene una enorme cristalera de varios metros de largo que asciende desde el suelo hasta el techo. Desde allí se vislumbra a la perfección la sala y, por ende, a los músicos. Hay unas pocas mesas y sillas, una máquina de bebidas, un tablón de anuncios y unas cuantas fotografías enmarcadas de la orquesta. Mientras las repaso, observo la misma que me llamó tanto la atención en el programa del pasado concierto, un perfecto plano picado tomado desde el techo y hacia el escenario, con la orquesta magistralmente distribuida en semicírculo, rodeando al director. Sonrío y giro sobre mis talones. Veo a Olivia sentada en su silla, inclinada sobre su atril, tomando algunas indicaciones que escribe sobre la partitura. Lleva unos pantalones vaqueros de pitillo, botines marrones y un jersey degradé de color caqui con escote redondo. Lo acompaña con un pañuelo estampado en tonos blancos y verde agua, y su media melena lisa le llega unos pocos centímetros por debajo de los hombros. La veo tan frágil, tan solitaria..., me conmuevo.

Cuando finaliza, se pone su parca de color marrón claro y se dirige cabizbaja hacia la salida, aparentemente con la mente en blanco, con rumbo fijo hacia donde sus compañeros la deben estar esperando. Me acerco a las escaleras para encontrarme con ella y cuando termina de subirlas se topa inesperadamente conmigo. Al principio no me reconoce, me mira extrañada y con sorpresa.

—Disculpa, lo siento. No te he visto.

—¡Buenos días, Olivia! —exclamo tranquilamente—. ¡Soy yo, Sean!, ¿me recuerdas?

En ese momento me reconoce. Nuestras miradas se cruzan unos segundos y noto nuevamente ese escalofrío que me recorre el cuerpo. Siento la misma conexión, nuevamente, que me hace encontrarme bien, feliz a su lado. Nada más me falta estando ella.

—Ho-hola, Sean, buenos días —dice titubeando.

¡Menuda cara de sorpresa pone! Supongo que soy la última persona que en estos momentos esperaría encontrarse aquí.

—¡Hola! —Muestro mi más encantadora sonrisa. Se queda callada. Así pues, continúo—: Tengo interés por ver cómo preparáis los ensayos. Creo que algunos aspectos podrían ser interesantes para mis clientes. Si no tenéis inconveniente, me gustaría verlo desde aquí arriba; no es necesario que entre en la sala, llevo aquí un par de minutos y se escucha bastante bien.

En realidad, prefiero la perspectiva desde aquí arriba, pues puedo verla con más claridad que en el interior de la sala de ensayo, por el sitio que ocupa en la orquesta. Desde este lugar observo la orquesta dispuesta al revés que en un concierto normal; el director al fondo y, alrededor de él, los músicos. Por tanto, lo que tengo más cerca son la percusión y el viento metal. A continuación, el viento madera, y después, la cuerda. Los violonchelos, que habitualmente se sitúan a la derecha del director, o al menos así es en esta orquesta, los diviso a lo lejos y a la izquierda.

—No creo que haya inconveniente, no se trata de un ensayo a puerta cerrada —comenta extrañada.

—Perfecto, ¿te invito a un café?

—Bueno, en realidad he quedado con mis colegas, me están esperando. Solo tengo veinte minutos.

—Creo que cuando lleguemos estarán a medio terminar. He visto una cafetería aquí, en la esquina, ¿por qué no tomas ese café conmigo?

* * *

«¿Qué tendrá que ver esto con el tipo de conciertos de los artistas a los que representa?», me pregunto inquieta. No entiendo... Sin embargo, por

alguna razón, Sean me inspira confianza y me encuentro a gusto. En general soy bastante cautelosa con los desconocidos, pero decido ir con él.

—Vamos, pues. —Sonrío. Y salimos.

El día es frío, aunque luce el sol y apenas hay nubes. Así es Madrid, tiene una luz especial que hace que los inviernos sean menos tristes. Agradezco inmensamente los rayos de sol que acarician mi rostro. Cierro los ojos unos segundos y saboreo estos momentos tan especiales mientras nos dirigimos a una pequeña cafetería que hay a unos cincuenta metros. Es bastante antigua y no ha sido reformada. Solo tiene cuatro mesas con sus sillas, todas de madera, y una barra de unos tres metros de largo. Las paredes son lisas y están pintadas de blanco. En una de ellas hay un gran televisor de pantalla plana y en las otras fotografías de un equipo de fútbol; algunas se ven actuales y otras más antiguas, por el diseño de la ropa deportiva. Dos personas disfrutan de su café en una de las mesas. Detrás de la barra, una señora de mediana edad nos mira fijamente, esperando a que le digamos lo que queremos tomar.

—¿Qué os pongo, pareja? —Prefiero pasar por alto lo que acabo de escuchar.

—Sean, ¿qué te apetece tomar?

—Un café con leche, sin azúcar.

—Por favor, dos cafés con leche, uno de ellos sin azúcar.

—¿Cómo has encontrado la dirección? —pregunto inquieta.

—En realidad ha sido muy sencillo, en el concierto había folletos en los que aparecía la página web. Cuando llegué al hotel me di cuenta de que llevaba uno en el bolsillo y en ese momento se me ocurrió venir a ver un ensayo.

—¿Y te está gustando?

«Sí que se ha tomado interés», pienso.

—Bueno, solo he estado un par de minutos, pero me ha resultado muy interesante. La disciplina en los ensayos se lleva a rajatabla. Con tantos como sois...

—La disciplina es muy importante, si no, sería imposible coordinar a tantas personas —le interrumpo.

Él me sonrío, un poco sorprendido. Tiene una sonrisa francamente bonita. Es guapo, he de reconocerlo, y sonriendo su aspecto es más que interesante.

Me he puesto a la defensiva porque no estoy acostumbrada a este tipo de encuentros totalmente fortuitos. Me fio poco de los desconocidos, y eso hace que me cueste empatizar. Realmente no sé qué contarle o qué preguntarle. No

me interesa nada lo suyo. Remuevo mi café con la cucharilla de forma insistente y me quedo mirando, pensativa, cómo da vueltas y vueltas alrededor de ella.

—Lo que no sabía muy bien era el horario del ensayo, me he arriesgado viniendo a media mañana.

—Sí, has tenido suerte. Justo en el momento del descanso.

—¿Cuándo acabáis?

—A las dos.

—¿Puedo invitarte a comer? Bueno, si no tienes inconveniente, claro está. He visto un hotel cercano. Podríamos comer en el restaurante.

—Pues ahora no sé qué decir, Sean... —Le miro con franqueza. Esto ya empieza a levantar un poco mis sospechas sobre sus verdaderas intenciones.

—Di que sí. —Sonríe... ¿de forma seductora? En realidad, no me siento atraída por él y tampoco tengo muchas ganas de salir con desconocidos.

—De acuerdo... —¿Por qué he tenido que contestar así? Si en verdad no tengo ganas...

—¡Fenomenal! Me encantaría seguir charlando contigo.

Cojo el móvil y mando un mensaje a Carmen para que sepa que no voy a ir a tomar el café con ellos. Miro la hora, apenas quedan unos minutos para reanudar el ensayo. Esta situación inesperada me está descolocando. Mi realidad ordenada, tranquila, sin grandes emociones, se agita por momentos. Sin embargo, me encuentro a gusto con él. Su cercanía me apacigua en cierta forma, me infunde tranquilidad, extrañamente, a pesar de lo inesperado. En estos pocos minutos que compartimos atisbo ciertos trazos de vida, me siento quizás un poco la que era yo hace apenas un año, cuando disfrutaba con Juan. Este pensamiento me entristece. En un solo instante pasé de ser esposa y madre a convertirme en una mujer viuda y sin hijos. La realidad de mi vida cambió sin darme cuenta, y aún un año después soy incapaz de digerir mi nueva situación.

—¿Ensayáis habitualmente los sábados? —Su pregunta me saca de mis pensamientos.

—En realidad, no, los ensayos son de lunes a viernes, de diez a dos, pero en esta ocasión el del viernes lo hemos pasado al sábado, al haber tenido el concierto entre semana. Has tenido mucha suerte de encontrarnos aquí.

—Ciertamente.

Miro por la ventana, veo que mis colegas ya están regresando. Sean dirige su mirada al mismo sitio.

—Vamos, no quiero que llegues tarde. La puntualidad es la puntualidad.

Y acto seguido saca unas monedas del bolsillo y paga los dos cafés. Cuando entramos nuevamente a la sede, bajo tranquilamente las escaleras y le dirijo una sonrisa a modo de despedida. Sean la devuelve, agradecido.

¿Por qué habré contestado afirmativamente? Ha sido un acto reflejo totalmente momentáneo que no ha dejado de sorprenderme. Curiosamente, y a pesar de mi respuesta totalmente impulsiva, no me arrepiento.

Mientras se reanuda el ensayo me concentro e intento quitarle de mi mente, tanto a él como a su invitación para comer juntos, a mi pesar sin demasiado éxito; no puedo evitar mirarle en ciertos momentos, a través de la cristalera.

Le veo sentado detrás de ella, aunque no distingo bien su rostro, tan solo su silueta, pues la zona donde ensayamos se encuentra muy iluminada y el cristal hace efecto espejo. Probablemente se esté dando cuenta de que miro en dirección a él, así que me obligo a no seguir haciéndolo y decido concentrarme en la música, disfrutar de esta preciosa sinfonía. «¡Qué hermosa es!», pienso para mis adentros.

* * *

El anonimato del que disfruto con Olivia es toda una novedad para mí. Ella no sabe quién soy y eso me gusta, porque me brinda la oportunidad de comportarme naturalmente, sin la fachada de la popularidad. La noto bastante confusa conmigo y creo que es normal; en mi mundo ocurriría todo lo contrario.

No sé si por suerte o por desgracia, generalmente las mujeres se lanzan de forma calculada y directa a mis brazos buscando fama y dinero. Me cuesta tanto encontrar chicas *normales* que cuando descubro a alguna me empeño a fondo en conocerla. Quizás suene un poco pretencioso, pero me sobran las interesadas. Por este motivo no quiero revelar mi identidad, al menos por el momento. Olivia es un dulce y tierno tesoro por descubrir, y esto hace que mi instinto voraz se despierte de manera virulentamente posesiva. Verla interpretar la música con su violonchelo es todo un espectáculo. Me quedo con esta escena y la guardo en mi interior para usarla como fuente de inspiración en mis próximos conciertos. Los minutos pasan más deprisa de lo que yo quisiera, escucho diversos pasajes que se repiten y se vuelven a repetir con

las nuevas indicaciones del director, que no abandona su empeño para que todo salga conforme desea; no deja el más mínimo detalle a la improvisación creativa de los músicos.

Disfruto nuevamente de sensaciones parecidas a las que experimenté en la iglesia, a pesar de no existir en estos momentos la formalidad en el vestuario ni la localización tan especial. De repente noto que el teléfono vibra. Alguien me está llamando. Salgo rápidamente a la calle.

—Hola, Ethan.

—Ya hemos conseguido arreglar los temas de sonido. Mañana estará todo a punto.

—Gracias, Ethan. Haremos un magnífico concierto que seguro que supera las expectativas de los fans.

—Seguro. No lo dudo. ¿Va todo bien? Te noto un tanto cortado.

—Todo va estupendamente, solo que no podía hablar y he tenido que salir a la calle.

—¿Dónde estás?

—No te lo podrías creer; estoy en el ensayo de una orquesta sinfónica, recogiendo bastantes ideas que se podrían aplicar perfectamente a la *big band*. Ya te contaré con más calma... ¿Ethan? —No le escucho.

—Sí, sí, estoy aquí. Simplemente me has sorprendido.

—¿Y eso? Ya te daré más detalles. Solo decirte que estoy viviendo algo totalmente distinto y novedoso para mí.

—Ah, bueno, espero esa explicación...

—Sí, no te preocupes. Chao.

—Chao.

Ethan no es solo mi mánager, también es la persona en la que más confío, sobre todo durante las giras en las que me encuentro lejos de la familia y de Chloe. Me conoce a la perfección y estoy seguro de que algo ha notado en mi comportamiento desde el jueves. En algún momento tendré que explicarle. Además, sus opiniones siempre son muy valiosas para mí; aporta ese punto objetivo que tantas veces me falta.

Vuelvo a entrar, me siento y continuo escuchando y alimentando mi vista con una verdadera lección de musicalidad, profesionalidad, disciplina y sensibilidad. El buen hacer del director es completamente imprescindible, y ahora siento verdaderamente su valor añadido.

No solamente dirige a los músicos, les indica cómo ejecutar la obra y trabaja para que todo salga como debe, sino que además su intuición musical y

la manera de involucrar a cada músico, conocer su personalidad y todo lo que puede dar de sí mismo es fundamental para que el resultado sea el esperado. Su carisma y empatía con ellos son totalmente imprescindibles.

Capítulo 8

—¡No me digas que ha aparecido por aquí, Olivia! —me dice Carmen cuando finaliza el ensayo.

—Pues sí, estoy exactamente igual de sorprendida que tú.

Descubro una mirada burlona en Carmen que no termino de comprender.

—¿No te has dado cuenta? Entiendo que después de todo lo que has pasado no seas capaz de interpretar las acciones de un hombre. ¿No ves que te está buscando? Es tan claro y evidente...

—No seas así, Carmen, no todos son como tú piensas... Solo está interesado en la música. El pasado concierto le llegó al corazón.

—Ya, en la música... —me corta tajantemente—. Vamos, Olivia, no seas ingenua. Yo que tú me andaría con cuidado, sobre todo si aún no estás preparada para esto.

—De verdad, ¡no soy tan cándida como piensas!

—Olivia, permíteme que te diga que me halagaría profundamente que un hombre me mirase de la forma en que Sean lo hace. Saltan chispas a simple vista. Si no fuese así, hoy no habría venido. Los hombres son primarios y esto no me lo puedes negar.

Me quedo callada y totalmente impactada ante la crudeza de las palabras de Carmen. Ella siempre tiene una visión muy objetiva de las situaciones, no puedo negarlo. Y si tiene razón, he de reconocer que yo no estoy preparada para algo nuevo. La pena y la tristeza se han instalado en mi corazón, y ahora mismo no me planteo otra opción, y sinceramente tampoco creo que pueda llegar a sentir todo lo que el amor trae consigo, al margen de la sensación de traición e infidelidad que seguramente se apoderaría de mí. Además, en el caso de poder plantearme una nueva relación, creo que sería inevitable la comparación, y eso ni es sano ni Sean lo merecería.

Mientras guardo el violonchelo se me encienden las alarmas y empiezo a replantearme la comida con él. Siendo justos, creo que ahora no debería negarme después de haberle dicho que sí.

Ahora bien, no voy a hacer absolutamente nada que pueda darle esperanzas, si sus intenciones son las que Carmen cree que son. Salimos juntas

a la calle. Sean nos espera. Lleva su inconfundible gorro de lana que le cubre toda la cabeza, salvo el rostro, una cazadora de ante gris claro y un pantalón de algodón de tipo chino de color marrón tierra. Calza unas deportivas blancas de piel. Las dos veces que le he visto conjunta verdaderamente bien sus prendas, y se nota que son buenas, con estilo y, por supuesto, caras.

—Hola, Carmen —saluda Sean, y le da un par de besos, uno en cada mejilla.

—Hola, Sean, ¡qué sorpresa verte por aquí! —responde ella, y dirige su mirada hacia mí.

Él se da cuenta perfectamente de la percepción de Carmen.

—Estoy realmente encantado de veros y, sobre todo, de comprender de primera mano cómo trabaja una orquesta sinfónica. Aprendo mucho, es realmente impactante la disciplina y la sensibilidad de los músicos para hacer algo realmente grandioso.

—Me alegro mucho —contesta Carmen mirándome de nuevo.

—¿Dónde has dejado el violonchelo? —me pregunta Sean.

—Aquí, en la sede de la orquesta. Esta tarde estará abierto. Podré recogerlo cuando terminemos. Así es más cómodo.

—Bueno, pues yo os dejo —se despide mi amiga.

—¡Adiós, Carmen! Es todo un placer.

—Gracias, Sean. Olivia, hablamos más tarde, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. Un beso.

Carmen nos deja, no sin antes mirarnos curiosamente. Y me guiña un ojo. Hago como que no me he dado cuenta y acto seguido nos dirigimos al pequeño hotel que hay a unos cien metros. Por el camino se abre un incómodo silencio que me atrevo a romper.

—Al final se está arreglando el día. Hace frío, pero ha salido el sol.

Hablar del tiempo siempre es un recurso que funciona para romper el hielo.

—Sí, al menos no está nublado ni llueve. En Toronto, en esta época del año, no tenemos días tan soleados.

* * *

Mientras seguimos andando me siento extrañamente a gusto con ella. Y digo extrañamente porque no hace ni veinticuatro horas que nos conocemos, si

descontamos el día de ayer. Olivia me atrae de una forma increíble y no entiendo por qué. He estado con demasiadas mujeres realmente hermosas y he deseado irme a la cama nada más conocerlas, pero la situación ahora mismo es completamente distinta, ¿por qué? Olivia tiene un equilibrio personal y físico que la hace irresistible. Desborda sensibilidad en todo su ser, y el conjunto es especialmente interesante. ¿Quizás sea porque noto cierto desinterés hacia mí? A eso estoy poco acostumbrado, pero reconozco que me gusta y me enciende. Muchas mujeres bonitas se han acercado atraídas por mi condición de famoso y, por qué no reconocerlo, por mi atractivo físico. Sin embargo, ella ignora lo primero, afortunadamente, y no atisbo a percibir lo segundo.

Y eso despierta mi instinto cazador. Debería sentirme mal, le estoy siendo infiel a Chloe tanto con mi pensamiento como con mis actos...

—Ya hemos llegado.

Abro la puerta y cedo el paso a Olivia caballerosamente. El encargado del restaurante se dirige a nosotros. Ella toma la iniciativa por cuestiones idiomáticas.

—Buenos días. Queremos una mesa para dos.

—Por supuesto —muestra su sonrisa más radiante—. Acompañenme por aquí.

* * *

Nos lleva a una mesa junto a las cristaleras que dan a un hermoso jardín en el que destacan plantas típicas del invierno, entre ellas hermosas flores de pascua con sus coloridas hojas rojas, muy propias en diciembre. Aquí y allá se entrelazan los delicados y floridos pensamientos de distintos colores: blancos, azules, violetas, amarillos y rosas combinan entre sí aportando un bonito aspecto jaspeado.

También hay arbustos y pequeños árboles que aún mantienen los colores del otoño: el rojo, el vino, los naranjas y marrones, como las bayas de los rosales, los madroños y las hortensias. No soy especialista en botánica, ni mucho menos, pero algunas especies las conozco gracias a la herencia de mi padre, al que le encantaba la jardinería. Sean me invita a tomar asiento separando educadamente la silla. A continuación se acomoda justo enfrente de mí. El jardín, que queda situado a la izquierda, atrae mi atención tanto que

permanezco contemplándolo hasta que el camarero se acerca con la carta. Me entrega primero una a mí y luego otra a Sean. Afortunadamente no tendré la necesidad de traducirla al inglés. ¡La carta está en ambos idiomas!

—¿Te parece que pidamos un plato para compartir y luego cada uno un plato principal?

—Me parece bien —contesto sin mucho interés.

Me fijo en el mantel blanco y reluciente y en las exquisitas copas, de un cristal muy fino. Me siento francamente abrumada por el sitio y la ocasión. Estoy empezando a arrepentirme.

—Estupendo —interrumpe mis pensamientos.

El camarero se acerca a la mesa y se dirige a Sean.

—¿Qué desean beber?

—Yo quiero agua —contesto.

—¿Te apetece vino? —me pregunta Sean.

—Creo que tomaré solo una copa de vino tinto, por mí no pidas una botella.

—De momento, agua, y cuandoelijamos los platos principales pediremos el vino —le dice en inglés al camarero.

Afortunadamente le entiende a la perfección. Miro la carta. La verdad, no tengo demasiada hambre, y me decido por el carpacho.

—Queremos una ensalada de remolacha asada y mandarina para compartir. Para la señorita, el carpacho de buey con parmesano, y para mí el rosbif. Lo regaremos con dos copas de vino. ¿Cuál nos recomienda?

—Una elección perfecta, caballero. Para el carpacho les recomiendo un vino tinto con cuerpo medio, un vino joven Viña Sastre con denominación de origen Ribera del Duero. Y con el rosbif, un tinto con más cuerpo y notas frutales que complementan a la perfección textura y sabor. Les aconsejo un cabernet sauvignon.

Sean me mira esperando mi consentimiento, que cedo con una leve inclinación de cabeza. Mientras esperamos me encuentro una y otra vez con su mirada. Una mirada profunda, penetrante, que inspira confianza e interés. Siento que desea, en cierta forma, acercarse a mí, y eso me mantiene alerta.

—¿Toda tu familia proviene de artistas o eres tú el único que trabajas en esta industria? —interrumpo el molesto e inevitable silencio.

—No, no, para nada. Yo soy el único que me dedico al mundo de la música.

—¿Y dónde viven?

—Tengo una hermana mayor, Sylvie. Está casada y vive en una población a unos treinta kilómetros de Toronto llamada Brampton, y tiene dos hijos adolescentes. Mi hermana menor, Catherine, también está casada y reside en Kingston, un bonito lugar para vivir, trabajar y crear una familia, a unos doscientos sesenta kilómetros de Toronto. Tiene una adorable niña pequeña, mi ahijada.

—Suena todo muy bonito, aunque he de reconocer que ahora mismo no me hago a la idea de la localización exacta de ambas ciudades.

—Normal —sonríe—, en realidad añoro mucho tener una vida familiar estable como las que ellas han conseguido, pero actualmente es algo que no me puedo plantear; mi actual existencia es demasiado estresante y absorbente. Pero todo llegará, estoy plenamente convencido.

—Claro que sí, ¿por qué no?

—Llegará el día en que tenga que hacerlo. Percibo que cada vez está más cerca.

—¿Qué te hace pensar en ello? —me intereso.

—Añoranza y anhelo. Todo tiene su momento. No creo que tarde en centrar mi vida; no podré mantener durante mucho tiempo el ritmo que llevo, con continuos viajes al extranjero. Al final te sientes fuera de lugar, no perteneces a ningún sitio, no puedes llevarte a tus familiares contigo siempre que quieres, la soledad es grande y cada vez siento más la necesidad de establecerme de forma definitiva en Toronto.

—Entiendo...

—Estoy conectado por el móvil, pero no es lo mismo, resulta imposible mantener una relación sólida en la distancia. Y me pregunto con frecuencia si en mi vida me aguarda un propósito común con alguien, hacia dónde voy, cuál es mi camino. Son preguntas a las que hoy por hoy me cuesta dar una respuesta convincente y decidida.

—Una interesante reflexión, Sean. Pregúntate a ti mismo qué es lo que deseas hacer con tu vida, si realmente sientes que lo que haces es lo que realmente te aporta y te hace feliz, si ayudas a los demás, si tiene sentido un proyecto con tu pareja, si la paternidad es algo que ya ha llamado a tu puerta. Quizás en el abandono que dices que vives tengas tiempo para meditar sobre todas estas cuestiones. ¿Realmente lo aprovechas?

Sigo notando su mirada intensa posada literalmente sobre mis ojos. Me incomoda. No me siento relajada, hay algo que me inquieta y no sé qué es. Se

queda unos segundos callado. Aprovecha para comer un poco; mastica lentamente y saborea la comida. Creo que está disfrutando con ella.

—Sinceramente creo que debería aprovecharlo más —me responde—. Muchas veces, en mi soledad, pienso más en las desventajas de viajar tanto y en la añoranza de la familia que en profundizar seriamente en mi camino y en lo que quiero hacer, más allá de proyectos profesionales. Cuesta adentrarse en uno mismo, quizás por miedo a lo que me pueda encontrar, quizás no me gusta cómo soy, quizás sea más sencillo ocupar el tiempo con la televisión, el deporte o estar en contacto con la familia.

—Pues ahí tienes la respuesta. Al final, cuando necesitamos tiempo de calidad para nosotros mismos, no somos capaces de satisfacerlo. Huimos de lo más importante en pos de lo más simple y fácil. Regálate esos momentos, de verdad, descubrirás mucho sobre ti.

* * *

Me quedo mirando a Olivia sin poder apartar mi mirada de ella, como si me tuviese totalmente hipnotizado. En las pocas horas que hemos coincidido y charlado hemos tocado un tema fundamental. En absoluto lo hubiese imaginado, me sorprende y me agrada, y reconozco que me atrae mucho, mucho más de lo imaginable. Doy un sorbo al vino, está realmente delicioso, al igual que el rosbif. Agito la copa ligeramente entre mis dedos, el vino fluye de un lado a otro y observo cómo caen las lágrimas a través del fino cristal. Aunque fijo mi vista en él, mi punto de enfoque se detiene en ella, que está justo detrás. No la pierdo de vista; está dando buena cuenta del carpacho y de la ensalada, en silencio, cuando detiene su mirada y se queda observando el vacío. La persigo hasta el jardín, situado a mi derecha. La vista es realmente bonita. Vuelvo nuevamente mi atención sobre ella. Su rostro refleja melancolía y una inmensa tristeza, hasta el punto de que empiezo a sentirme tremendamente protector. Su fragilidad es mi alimento, su desconsuelo mi energía, su sufrimiento mi motor. No se trata únicamente de un sentimiento de protección ante la fragilidad, es también ternura, una sensación de conexión con su alma y su corazón. Debo encontrar la manera de que abra su interior ante mí, pero para ello he de crear una relación de confianza lo suficientemente estrecha como para que se sienta tranquila y cómoda. Al fin y al cabo, soy todo un desconocido que está pasando por su vida y que se irá en

breve, muy a mi pesar. No puedo dejar la gira en estos momentos, ni siquiera por ella.

—Hermoso jardín —añado. Advierto cómo las hojas caducas nos dejan una verdadera explosión de colorido en estas fechas.

—Sí, me encanta, y disfruto mucho de ello. El restaurante de este hotel es impresionante, no solo por la calidad del servicio, la exquisita comida, sino por el minimalismo en su decoración, que pone el foco en este bello paisaje. Nunca mejor dicho, menos es más —añade—. Sean, ¿cuánto tiempo vas a estar en Madrid?

—Me quedan dos días más antes de viajar a París —Recorro mentalmente las ciudades que visitaré en los próximos días: París, Londres, Düsseldorf, Berlín, Praga, Viena, Roma y de vuelta a Madrid para coger un vuelo rumbo a Canadá. No llega a cuatro semanas recorriendo ciudades hermosas, pero sin tiempo para disfrutar de cada una de ellas—. A finales de diciembre regreso a Madrid para coger el vuelo de regreso a Toronto.

—Lástima que sea por trabajo... Me encantaría viajar por Europa y conocer bellos lugares —admite.

—¿De veras? —alzo mis cejas.

—Para alguien que no está acostumbrado a salir tanto por el extranjero, una estancia en Europa suena más que interesante. Pero recuerda, Sean, déjate espacio para ti mismo, para dar respuesta a tus anhelos.

—Lo haré, y me acordaré de ti cada vez que lo haga.

—¡No deberías! —expresa con convicción— Tienes que pensar en ti y en tu vida, no en mí, ¡no te equivoques! —Sonríe.

—¡Tienes razón! Quiero seguir tu consejo, pero debes admitir que cuando suceda recordaré a la persona que me ha enseñado a aprovechar el tiempo. ¡Esto tienes que concedérmelo!

—¡De acuerdo! —Estalla en risas.

—Así estás preciosa

—¿Cómo? —desaprueba.

—Tu rostro se ilumina cuando sonríes.

—Muchas gracias.

Veo que alza las cejas, totalmente sorprendida.

* * *

Hemos acabado, la comida estaba realmente deliciosa. Y he de reconocer que la conversación ha sido totalmente inesperada. Me he sentido cómoda, a pesar de las exquisiteces del lugar y del servicio; no estoy acostumbrada a comer en hoteles de este estilo. Percibo cómo mi teléfono vibra en el interior de mi bolsillo, menos mal que lo he puesto en silencio. En realidad, lleva así desde que empezó el ensayo; se me olvidó volverlo a poner en su estado habitual.

—Sean, voy a los aseos.

—¿Quieres algún postre?, ¿algo para compartir?

—Lo que a ti más te guste —asiento con agrado.

Me levanto y camino en dirección a la puerta que se encuentra al fondo a la derecha. Afortunadamente no hay nadie y está muy limpio. Saco el teléfono y veo el mensaje de Carmen.

Carmen (15:30)

¡Cuéntame! Me tienes en ascuas.

No me lo puedo creer... Esta mujer siempre está ávida de información. Entro en el baño. Dejo mi mente en blanco. Cuando finalizo, cojo el móvil y contesto.

Olivia (15:33)

Conversación sorprendentemente profunda. Parece agradable.

Carmen (15:34)

Ya me darás más detalles. Sigues con él, ¿verdad?

Olivia (15:34)

Sí, luego te cuento. ¡Chao!

* * *

Mientras espero que regrese me quedo pensativo, mirando al jardín, está claro que invita a la reflexión. Me interrumpen los pasos de Olivia acercándose a la mesa.

—Espero que te guste este postre: espuma de cava con frambuesas. Es ligero, pero a la vez refrescante.

—¡Me encanta! Has tenido una idea excelente. Este restaurante es fantástico, de hecho no lo conocía, obviamente, porque nunca he entrado en este hotel. El jardín es fascinante, y la cocina realmente distinguida.

—Sí, a mí también me ha gustado muchísimo. Pero con lo que más he disfrutado es con la compañía. —Hago un primer intento, a ver cómo responde.

—Sí, ha sido agradable. —Recoge el guante.

—¿Solo agradable? —pregunto fascinado.

—Bien..., muy agradable. —Sonríe.

—Con esto es suficiente por el momento —replico con mi mejor sonrisa.

* * *

Ciertamente me ha encantado estar con él. Sean es un anfitrión caballeroso, elegante y atento. Pero no quiero darle esperanzas de algo para lo que ni estoy preparada ni tiene sentido; nuestras vidas son tan dispares... Hoy por hoy no me imagino estar con otro hombre que no sea Juan, reflexiono con tristeza.

—¿Qué te preocupa, Olivia? Te evades con cierta melancolía y con bastante frecuencia. ¿No te agrada mi compañía?

Alzo mi vista como si tuviera un resorte y fijo mi mirada en la suya, hasta quedar seducida. No puedo evitar que asome a mis ojos una pequeña lágrima que reprimo como puedo, bajando la vista. Sean se da cuenta, me coge la mano derecha y la deposita entre sus manos. Este gesto hace brotar alguna lágrima más. Sigo mirando al plato, al vacío, pensando en qué decir... En realidad no tengo por qué contarle mi vida.

—Olivia, no te alejes, por favor, puedes confiar en mí...

—No es cuestión de acercarme o alejarme, Sean. No te conozco, no creo que te vuelva a ver, ¿no es así?, y, sinceramente, no me apetece hablar de ello —replico con franqueza.

Levanto mi mirada y veo una expresión de ternura en su rostro, seguida por la sorpresa que le producen mis ariscas palabras. Lentamente separo mi mano de entre las suyas y la coloco fuera de su alcance.

—Sea lo que sea, te está oprimiendo.

—¡Ya está bien, Sean! —zanjo bruscamente la conversación y me levanto con intención de irme—. Es tarde, tengo cosas que hacer.

—Espera al menos a que pague y te acompaño. —Le hace una señal al camarero para que traiga la cuenta.

Me quedo contemplando el jardín sin fijarme en nada en concreto. Tengo unas ganas tremendas de marcharme. El camarero le entrega la cuenta y Sean paga con American Express, lo cual no me sorprende en absoluto. A continuación se levanta y me ayuda cortésmente retirando mi silla mientras me pongo de pie, y me tiende el abrigo galantemente. Salimos del restaurante, enmudecidos, y ponemos rumbo a la sede de la orquesta para recoger el violonchelo. Por el camino permanecemos en el más rotundo silencio.

En ocasiones el silencio es mucho más descriptivo que las palabras. Sean no quiere incomodarme más de lo que lo ha hecho, y lo entiendo. Cuando llegamos a la puerta, veo que está abierta. Entramos los dos. Hay un par de músicos ensayando; por lo demás, todo está en silencio. Bajo las escaleras, entro en la sala, les saludo y recojo el violonchelo. Al volver a subir observo a Sean, que mira con atención algunos cuadros que hay en las paredes.

—Tenéis fotos con mucha fuerza.

—¿Tú crees? A mí me parecen bastante normales —respondo.

—No, ¡qué va!, tienen una luz y una pose perfectas. Además, el ángulo desde el que se toman es siempre distinto al convencional. No solamente de frente, también hay picados y contrapicados. ¡Me encantan! ¿Las hace siempre el mismo fotógrafo?

—Pues, la verdad, no tengo ni idea, pero si tienes interés, pregunto y te paso sus datos.

—Estaría genial, si me puedes hacer el favor.

Afirmo con un leve movimiento de cabeza y miro en dirección a la salida. Creo que estoy siendo brusca, pero en estos momentos es lo que deseo. Salimos y nos encaminamos hacia donde tengo el coche estacionado, a unos pocos metros. Afortunadamente hoy encontré aparcamiento con facilidad.

Cuando llegamos, abro la puerta de los asientos traseros y coloco el violonchelo con cuidado. También dejo el pequeño bolso bandolera que utilizo cuando transporto el instrumento, pues es lo más cómodo para llevar las manos libres.

—Bueno, Sean, ha sido un placer conocerte, de verdad.

Evito su mirada directa. Me recuesto sobre el coche, Sean se sitúa justo enfrente de mí, estamos muy cerca... Siento nuevamente el escalofrío que me

resisto a experimentar, pero es totalmente irremediable. No sé qué tiene, pero me atrae. No puedo negarlo. Sigo mirando al suelo... De repente él me coge la barbilla y la dirige hacia su rostro. Estamos separados por escasos centímetros y noto que mi pulso se acelera rápidamente.

—El placer es mío...

* * *

Me muero de ganas de darle un beso, pero he de contenerme, me ha rechazado claramente y no quiero sufrir otro desprecio más. Sin embargo, esta despedida me está costando... Siento dolor, verdadero dolor al pensar que no podré estar con ella durante bastante tiempo, quizás nunca volvamos a vernos. ¿Esto es amor, solo pasión, locura? No lo sé aún, pero es algo realmente fuerte y profundo, a pesar del poco tiempo que hemos pasado juntos, a pesar de no conocerla, a pesar de vivir en dos mundos tan parecidos pero a la vez tan distintos, y separados por seis mil kilómetros. ¿Será capaz de perdonar y olvidar lo que la aprisiona con tanta intensidad? Experimento un sentimiento muy muy profundo en mi alma, y también una poderosa atracción que apenas puedo contener.

¿Me acerco más? ¿Seguirá rechazándome? ¿Me despido con un beso?, ¿con un simple adiós? Le he brindado mi apoyo y lo ha desdeñado de la misma forma que se ha apartado de mí. Su posición es ecuánime, firme y sin resquicio alguno.

* * *

—Gracias por todo. —Sonrío, y noto que inclina su rostro y lo acerca al mío como si me fuera a besar; la inclinación es la exacta para fundirnos en un beso apasionado. Se queda así unos cuantos segundos, con su mirada que me hechiza y me envuelve en un halo de estupor. Estoy segura de que mis mejillas desnudas de maquillaje están sonrojándose por momentos. Mi pulso corre estrepitosamente; es indudable que lo está notando... Por el momento mi cabeza controla mis actos, aunque no sé por cuánto tiempo más—. Espero que todo vaya muy bien y que tus proyectos salgan como los tengas planeados. —Rompo la magia súbitamente. La atracción me está superando sin remedio.

—Muchas gracias, Olivia.

* * *

Me separo unos segundos, deliberadamente, lo suficiente como para no arrepentirme de lo que pueda hacer. Me está costando un esfuerzo titánico estar tan cerca y no abrazarla, no besarla, no sentir su calor, no recibir su ternura. Olivia extiende la mano en señal de despedida. Me sorprenden las barreras que está poniendo cuando la costumbre española es dar un par de besos, uno en cada mejilla. ¿Es posible que sea así porque siente algo por mí, y lo que sea que la aprisiona no la deja comportarse tal y como es en realidad? Le tomo la mano y la llevo a mis labios, que posan un delicado beso sobre sus fríos nudillos. Pero ella la retira inmediatamente, me dice adiós con la mirada y da media vuelta. Abre la puerta del coche y entra en su interior.

Arranca, se pone el cinturón de seguridad y baja la ventanilla.

—Ha sido un placer, Sean. Te deseo toda clase de éxitos —insinúa con una amplia sonrisa.

—Nos volveremos a ver, Olivia. Seguro. ¡Adiós!

Capítulo 9

Pongo la primera marcha, a continuación la segunda y me alejo lentamente, sin mirar por el espejo retrovisor. Estoy realmente disgustada y con un mar de sentimientos enfrentados. No entiendo cómo he podido sentir esa atracción física cuando sigo llorando enormemente la pérdida de Juan. Ya se ha cumplido un año y hasta ahora no he sido capaz de levantar cabeza. No puedo soportar despertarme cada día y no tenerle a mi lado, no conservar a mis hijos conmigo..., el dolor es intenso. Pienso en él en cada momento, por eso estoy hastiada por haber sentido algo por Sean. A mi modo de ver estoy traicionando a Juan, y esa afectividad no cesa, me ahoga y no me deja seguir adelante.

Durante este tiempo me he refugiado en la música como nunca lo había hecho, me he guarecido en mi interior y he dejado de salir, de relacionarme más que con la familia y mis amigos más íntimos. Han sido unos meses tan insufribles que me han hecho desear en más de una ocasión haberme ido con ellos... «¿Por qué me has dejado aquí?», imploro. Las lágrimas salen a borbotones de mis ojos. ¿Por qué me pones pruebas tan difíciles de superar?, ¿por qué no alcanzo a entender qué es lo que esperas de mí?, ¿por qué no comprendo lo sucedido, cuando amaba con locura a Juan y a los niños? Me he quedado vacía, yerma, sin un proyecto común, sin alguien a quien desear, a quien amar, por quien vibrar. Y, sin embargo, ahora pones a Sean en mi camino y no entiendo por qué, si vive tan lejos de mí, si, sinceramente, no creo que le vuelva a ver. Es totalmente incongruente y no tiene ningún sentido. ¿Es acaso algo fortuito? Cada vez estoy más perdida... ¡Oh, Padre, escúchame!

Conduzco sin saber muy bien mi destino, sumida en mis pensamientos. No sé por qué, pero de tanto llorar percibo que mi tristeza se va aplacando y la tensión que me tiene sobrecogida se atenúa.

Repentinamente advierto que estoy llegando a la capillita en la que Juan y yo hemos celebrado momentos verdaderamente intensos de comunión espiritual. Alcanzo el garaje y aparco con facilidad. Salgo del coche y subo andando por el caminito. Cuando entro, tan solo hay dos personas. Me santiguo

y ocupo el último banco de la izquierda, el que solía compartir con él. Dejo el bolso a mi lado, no sin antes poner el teléfono en silencio.

Comienzo a respirar hondo, cierro los ojos y compruebo cómo, poco a poco, disminuyen mi frecuencia cardíaca y mi presión arterial. Mi respiración se hace cada vez más regular y profunda, y noto cómo libero el cuerpo y la mente. Paulatinamente voy recuperando el control y la confianza en mí misma, hasta que aparto todo pensamiento y abro mi corazón esperando que el Padre me revele qué quiere de mí. En realidad no quiero pedir, sino abandonarme a Él, en actitud de escucha. Necesito de Él, necesito encontrarle, escucharle y hablarle. Los minutos pasan sin darme cuenta... cuando unas frases del Evangelio de Mateo⁴ me sobrevienen:

Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

—Querido Padre, te ofrezco todo mi sufrimiento, aquí te lo dejo; solo quiero descanso y consuelo, sosiego y paz —murmuro.

Abro los ojos y miro el reloj. Lo que parecían apenas unos minutos se ha convertido en más de media hora.

Me he quedado sola en la capilla... Me levanto y enciendo las mismas tres velas de siempre. Hago una reverencia y salgo despacio, con sigilo. Mientras bajo por el caminito en dirección al coche me encuentro mucho mejor. Al menos estoy algo más tranquila y en paz.

He hallado descanso para mi alma, tal y como Mateo proclama. Abro la puerta, entro en el coche y arranco el motor, rumbo a mi casa. Doy gracias infinitamente. De pronto noto el teléfono vibrar..., será un mensaje o una llamada. Pienso que ya lo revisaré cuando llegue a casa y continúo conduciendo.

* * *

Cojo un taxi y me dirijo al hotel. Me siento abatido y entristecido, es cierto, ¿para qué voy a negarlo? No esperaba esta reacción de Olivia, de hecho estoy por afirmar que alberga algún tipo de sentimiento hacia mí. Sea lo que sea lo que la retiene, debo saber qué es. Ahora mismo las emociones no

me dejan ver con claridad. Mañana tengo el concierto y he de centrarme en ello y borrar esta agitación. La retomaré en otro momento. ¡Si resultara fácil apartar un tema y seguir con otro, la vida sería mucho más sencilla! Pero no es así. Durante todo el trayecto no hago más que repasar los momentos que he disfrutado con ella, desde que la vi por primera vez, tan sublime y sensual, hasta hace pocos minutos, cuando rehuía mi mirada, tan frágil y escurridiza. Subo a mi habitación, me pongo ropa deportiva y salgo a correr; es el mejor antídoto contra la locura que me consume. Mientras recorro las calles hasta llegar nuevamente al parque del Retiro, pienso en Chloe y en Olivia, en Olivia y en Chloe. No podría decir que la relación con Chloe se está deteriorando y ello ha impulsado mi búsqueda de Olivia. Todo lo contrario, hasta que no vi a Olivia en la iglesia no supe que tan solo estaba conforme con mi vida y relativamente poco enamorado de Chloe. No he buscado lo que no tengo, no he perseguido un sueño. Simplemente lo he encontrado de forma totalmente inesperada, y esto es lo más increíble de la situación; hasta ese momento y con la cantidad de relaciones sentimentales que he tenido, jamás he sentido algo tan profundo por alguien. Me vienen a la memoria el yin y el yang, el símbolo de la armonía, del equilibrio y de la complementariedad. Así me siento con Olivia, hasta tal punto que no puedo dejar de pensar en ella. Es una auténtica locura, una pasión obsesiva e irremediable. El teléfono suena y lo cojo.

—Hola, amor.

—¡Hola! —contesto, con la respiración agitada—. Me has pillado corriendo.

—Bueno, si quieres te llamo más tarde.

—No te preocupes, Chloe. ¿Qué tal estás?

—Un poco contrariada, la verdad, los preparativos navideños me están dando un verdadero quebradero de cabeza. Quiero hacer regalos para la fiesta que va a celebrar mi hermana y no sé bien qué comprar. ¡Si ya tenemos de todo!

—A lo mejor en lugar de comprar algo, tu regalo puede ser acompañar a tu hermana con más frecuencia. —Chloe tarda en contestar.

—Vaya, sí que me has sorprendido.

—Bueno, siempre buscamos cosas materiales cuando a veces lo que más necesitamos no es lo material, ¿no te parece? —pregunto. Cuán distintas son...

—Pues lo pensaré, Sean. No esperaba en absoluto esta respuesta. Me has dejado con un dilema mucho mayor, si cabe.

—Bueno, ¡eso es fantástico!, ya tienes algo interesante en lo que entretenerme. —Mi tono de voz suena demasiado sarcástico.

—¿Se arreglaron los problemas de sonido?

Cambia de tema. Cuando no quiere hablar de algo, lo zanja y punto, no quiere saber más. Probablemente no le haya gustado nada mi sugerencia.

—Está todo preparado. Nada que Ethan no sepa manejar con eficiencia, como siempre.

—Eso es fenomenal...

La noto pensativa, como si estuviese atendiendo a otra cosa.

—¿Va todo bien?

—Eh..., sí, cariño, todo bien. Te echo de menos.

—Yo también —miento.

—Los días pasan muy lentamente sin ti.

—Estoy seguro de ello. Sin embargo, a mí se me están pasando mucho más rápido de lo que quisiera. —Esta vez es verdad.

—Bueno, amor, que tengas un excelente concierto, me alegro de que estés bien, vuelve pronto, por favor.

—Cuando te quieras dar cuenta, me tendrás allí. Disfruta con tus compras y con la celebración de la Navidad en casa de tu hermana. Estaremos juntos en Nochevieja.

—Eso espero, Sean. No me gusta pasar estas fechas sin ti, me pongo melancólica.

—¡Aja! —exclamo—, celebro ser imprescindible para ti, querida.

—Ya sabes que es así. En fin, no hay pena que no solucione una buena tarde de compras con mis amigas.

—Fenomenal. Disfruta. Te dejo ya.

—¡Adiós, amor! Te quiero.

—Y yo —vuelvo a mentir.

Bueno, no sé si es o no una mentira... Hasta ahora pensaba que la quería, que estaba completamente enamorado de Chloe.

Cuelgo la llamada y continúo haciendo ejercicio. Mi meta es conseguir quitarme a Olivia de la cabeza para centrarme en el concierto de mañana.

Ya de regreso, me ducho y logro por fin relajarme. Enciendo el ordenador y reviso los correos. Ninguno urgente, aunque sí algunas cuestiones que requieren mi atención ahora mismo. No hay nada mejor que estar con la mente ocupada para apartar los temas más profundos que no tienen respuesta. Así

pues, me concentro y paso un buen rato atendiendo temas meramente profesionales.

* * *

Abro la puerta de casa y dejo el violonchelo. Guardo las llaves y el bolso en el pequeño recibidor de madera. Me quito el abrigo, lo cuelgo en el armario y saco el teléfono del bolso para ver quién me ha mandado un mensaje... ¡Es Carmen! ¿Cómo no?

Carmen (18:12)

¡Hola! ¿Qué tal ha ido todo?

Olivia (21:03)

¡Hola, Carmen! Perdona que haya tardado tanto en contestar. Necesitaba espacio para aclarar mis pensamientos.

Carmen (21:05)

Pero ¿qué ha pasado?, ¿a dónde habéis ido?

Olivia (21:05)

Hemos comido en el hotel que hay al lado de la orquesta. Ha sido muy agradable, y la comida estaba muy buena. Ha llegado un momento en que quería saber más de mí y he sido... ¿brusca? Creo que quiere más, bastante más. No estoy preparada.

Suena mi teléfono, es Carmen. Pongo los ojos en blanco y cojo la llamada.

—Perdona, no podía seguir esta conversación por escrito. ¿Te ha dicho algo abiertamente?

—Bueno, digamos que han sido más sus actos que sus palabras, ¿sabes? Me ha cogido la mano en el restaurante, y luego, mientras nos despedíamos, creo que ha estado a punto de besarme. Me parece que no lo ha hecho porque he sido bastante grosera.

—Eso ya lo venía venir..., no es nada nuevo. Solo con ver cómo te mira y te busca es suficiente para darse cuenta de sus intenciones.

—Bueno, Carmen, yo no he sido consciente hasta este mediodía — respondo molesta.

—Te entiendo. Has pasado momentos muy duros y no estás receptiva para algo nuevo. Solo quiero saber una cosa: ¿te gustaría estar con él?

Me quedo pensativa..., en realidad es una pregunta que no me he hecho. No me he imaginado nunca vivir con otro hombre que no sea Juan, ni siquiera en los momentos más tensos tras diez años de matrimonio. Hace tantísimo tiempo que no me he puesto en valor que he sido incapaz de identificar las señales.

—En otras palabras, ¿te atrae?

—No estoy preparada, si eso es lo que quieres saber. Es educado y agradable, pero ni le conozco ni creo que le vuelva a ver. Está de paso por Madrid, viaja mucho y tiene su residencia en Toronto...

—Y es guapo —interrumpe.

—Es muy guapo —recalco cada una de las palabras—. De todas formas, no puedo imaginarme una existencia con Sean, de verdad, echo tanto de menos a Juan que solo pensarlo me hace sentirme infiel.

—Te lo pregunto otra vez, ¿te atrae?

—Sí —contesto después de meditarlo durante unos segundos—. He de reconocer que he sentido algo... algo muy fugaz como hacía muchísimo tiempo que no sentía. Pero ya está. Es mejor que se haya terminado de esta forma. Su vida y la mía son tan distintas que no podríamos compaginarlas.

—Tendrás noticias de él, seguro.

—Lo dudo, Carmen.

—Bueno, ya lo verás. Descansa, Olivia, ha sido un día largo. Nos vemos.

—Un abrazo, Carmen, te quiero.

—Y yo, chao.

Me preparo una cena rápida: tortilla francesa con jamón york y un poco de fruta, y me voy a la cama, aunque sea muy pronto. Estoy cansada y aturdida, necesito dormir y no pensar, relajarme, serenar la mente y el cuerpo. ¿Por qué me está pasando esto a mí? No sé qué es peor, la desolación y la pena en las que estoy sumergida desde hace un año o el desasosiego. ¿Puede ser la excitación por todo lo sucedido con Sean? Me encuentro en una encrucijada de la que deseo salir cuanto antes. Me siento cómoda recordando a Juan y no

quiero meterme en líos precisamente con alguien como Sean. Además, apenas le conozco.

¡Vaya! ¡Me estoy volviendo loca!

Y en medio de todas estas cavilaciones me voy quedando dormida, gracias a Dios.

Capítulo 10

Amanezco temprano, como siempre. A pesar de lo mal que acabó todo con Olivia, me siento con fuerzas como para conquistarla desde la distancia. No podré verla hasta que termine la gira y regrese a Madrid para coger el vuelo a Toronto, tan solo estaré un día aquí. Intentaré contactar con ella a mi regreso. Exploraré lo receptiva que pueda estar conmigo después de casi cuatro semanas. Me hago el firme propósito de no mantener contacto hasta ese momento, con el fin de darnos tiempo a los dos, ¿o a mí? Además, necesito estar concentrado en mi carrera.

—¿Sí? —contesto al oír golpes suaves en la puerta de la habitación.

—Soy Ethan.

—Buenos días. —Abro y me aparto para dejarle entrar.

—Buenos días, Sean. ¿Estás ya preparado?

—Sí.

—Bien, te comento el programa. En quince minutos salimos en dirección al stand que hemos preparado en el interior de Marks Disco Store. Ahí haremos la firma de discos que tenemos agendada. El evento durará aproximadamente dos horas, de once a una. Las fotografías las tomará Kevin, el fotógrafo oficial, las publicaremos más adelante en las redes sociales. Además de dar la oportunidad de adquirir el disco, ofreceremos artículos publicitarios: camisetas, gorras, tazas, bolsas de deporte y fotos. Por otra parte, las primeras cincuenta personas tendrán entradas vips para el concierto de esta tarde.

—De acuerdo.

Sigo la conversación de Ethan mientras me pongo la cazadora de piel y me miro al espejo con elegancia. ¡Vamos allá!

Salimos del hotel. Afortunadamente, Madrid no es una ciudad que agobie a artistas no tan conocidos mundialmente. Aún puedo disfrutar de cierta privacidad, y en esta ocasión no hay admiradoras esperando; hemos sido prudentes en no comunicar dónde me alojo. El trayecto es corto y llegamos a tiempo. Tenemos un espacio reservado en exclusiva que Ethan se ha ocupado de preparar.

En la entrada hay un *photocall* con imágenes del nuevo trabajo discográfico. Saludamos a los dueños de la tienda y a los vendedores allí reunidos. Nos hacemos las fotos de rigor para, a continuación, acomodarnos en la mesa sobre la que firmaré los discos.

Se abren las puertas y empieza a entrar la gente. Ethan se ha encargado de dar a conocer el evento en las redes sociales, a través de la página web y el club de fans. Están todos esperando con impaciencia. Para la ocasión me he puesto unos vaqueros de color azul oscuro, jersey de cuello de pico y coderas beis y una cazadora de piel negra. Calzo botas negras de cordones. Todo transcurre con normalidad, las fans se comportan como de costumbre, y yo me encuentro relajado. Cuando el evento termina, nos vamos a almorzar a un restaurante cercano.

—Esta tarde te recojo del hotel a las seis. El concierto comienza a las ocho. Todo el equipo estará desde muy temprano preparando lo necesario para que no tengamos ninguna sorpresa de última hora.

—Perfecto, Ethan, gracias por ocuparte de todo —le digo. Respiro hondo y empiezo a relajarme tras estas dos horas intensas.

—Bien, cuida tu voz y no hables nada hasta que lleguemos al camerino. Si puedes dormir algo o al menos tumbarte en la cama, mejor.

—Sí, no te preocupes. Lo tengo todo controlado.

Ethan siempre cuida de mí más de lo que lo hago yo.

—Por cierto, Sean, ¿qué tal te ha ido con esa mujer?

—Ya veo que estás en todo...

—Bueno, es mi trabajo... Bien, de acuerdo, ¡no me mires así! Ya sé que está fuera de lo estrictamente profesional, pero también nuestra relación se sale de lo meramente artístico.

—Lo sé.

—¿Y?

—Voy a ser conciso. He encontrado a la mujer de mi vida.

—¡Vaya! Eso sí que me sorprende viniendo de ti. Sí que has sido explícito. ¿Y qué pasa con Chloe?

—Buena pregunta. Creo que lo nuestro, de todas formas, no iba a durar mucho tiempo. Tenemos escalas de valores muy distintas.

—¡Bingo! Veo que te has dado cuenta.

—¿No te extraña? —Alzo las cejas.

—Oh, vamos, Sean, Chloe es una buena mujer, pero igual de superficial que lo han sido todas las demás que han pasado por tus brazos, no lo puedes

negar. Tremendamente hermosas, pero con la cabeza no muy bien amueblada.

—Es un bonito resumen...

En cierto modo, Ethan tiene razón, la fama llama a la fama. La inmensa mayoría de las mujeres que han desfilado delante de mí no han estado enamoradas, más bien diría que les ha atraído el tipo de vida que se han podido permitir a mi lado. Por eso, y por otras cosas, Olivia me fascina.

Mi anonimato es fundamental en esta ocasión. Probablemente si supiese quién soy saldría corriendo. En realidad, creo sinceramente que ahora tampoco es algo que le preocupe, más bien no parece interesarle nada.

—Suelo ser bastante objetivo, dadas las circunstancias.

—Ethan, no hay nada con Olivia, me ha rechazado las pocas veces que he podido acercarme a ella.

—¡Ajá! Tu autoestima ha debido de salir algo perjudicada.

—Ciertamente, sí, pero no hay nada más. Por tanto, seguiremos con lo programado hasta ahora y ya se verá —zanjo la conversación.

—¡Tema resuelto! —puntualiza Ethan.

* * *

Me levanto extrañamente relajada teniendo en cuenta cómo me acosté ayer. Salir de mi zona de confort, de mi rutina y de la gente de la que suelo rodearme ha sido algo totalmente inesperado. En realidad, conocer a Sean ha hecho tambalearse mi mundo interior en apenas cuarenta y ocho horas. Es cierto que últimamente el dolor ha ido perdiendo intensidad, y que he ido superando la tristeza que me envolvía. Quizás por ese motivo ahora esté más receptiva a lo que la vida me depara. Sin embargo, nunca hubiera pensado que me podría suceder algo así...

No, definitivamente no estoy preparada aún para mirar a otra persona porque sé que lo haría con el único objetivo de buscar protección. Por fortuna ya se marcha y solo Dios sabe si le volveré a ver. Miro el teléfono e instintivamente busco su contacto. Me quedo pensativa durante unos segundos... y lo dejo. No quiero provocar nada. Mejor así, necesito tener tiempo y ordenar mis sentimientos. Hoy es domingo y, por tanto, día libre. Aprovecharé para estar tranquila en casa, organizar papeles y leer un buen libro.

Capítulo 11

No hay mejor cura que el tiempo. El tiempo lo pone todo en su lugar, el tiempo enseña a no sentir tristeza, aunque la desolación sea inmensa. En el transcurso de estos meses he pasado por la negación ante la muerte de Juan y de mis hijos, la realidad de su pérdida, la depresión que me ha separado de los que siguen aquí, a mi lado, y me quieren, y la aceptación. Sí, la aceptación de tener la oportunidad de vivir algo nuevo, a pesar de la nostalgia.

Durante este tiempo me he refugiado en la música, que es mi pasión, mi vida, cuando no he sabido hacia dónde caminar. Me he dedicado a ella en cuerpo y alma, he expresado a través de ella mis estados de ánimo, la melancolía, la tristeza, el abandono... e incluso la ira. La expresividad que he conseguido no la había alcanzado antes. El violonchelo es muy apasionado y nadie como él sabe narrar el lamento humano. Una misma obra suena distinta dependiendo del talante con el que se aborde, pero, sobre todo, siempre he disfrutado de su estudio a pesar de las muchas horas y esfuerzo que requiere. Qué duda cabe que el sacrificio es enorme. Amo sus sonidos graves, profundos e intensos, y los ricos y sonoros agudos. Para mí es muy especial, y he de reconocer que gracias a él he podido superar la pérdida. En estos momentos mi alma se encuentra extrañamente sosegada.

Me doy cuenta de que en estos últimos meses he empezado a caminar por mí misma sin sentir su ausencia en cada momento, siento que puedo comenzar a volar. Y eso me alegra en cierta manera. Incluso me animo a salir un poco, a relacionarme. Creo que es una buena señal. Ya no me culpabilizo por haber resultado viva de esta fatídica tragedia. La vida continúa, los días pasan sin demasiadas emociones, pero tranquilos, serenos. Ensayos, más ensayos, alguna salida con mis compañeros de la orquesta... y poco más. Mi día a día transcurre sin apenas darme cuenta mientras celebramos la Navidad.

La decoración navideña ya está presente en toda la ciudad; las luces de colores sumergen las calles y plazas en ese ambiente tan típico de las fiestas. Muchas de ellas han sido diseñadas por grandes modistos y diseñadores nacionales y combinan el rojo, el amarillo, el verde o el azul: árboles, balcones, monumentos, edificios, escaparates de las tiendas y jardines lucen

realmente bonitos, aunque personalmente me gustan los diseños más tradicionales. De todas formas, disfruto mucho paseando, sin rumbo fijo, admirando los colores que me rodean.

Repentinamente me doy cuenta de que me he quedado fascinada mirando un Nacimiento perfilado todo de pequeñas luces; la Virgen, san José, el Niño Jesús y el buey y la mula, en tamaño real. Está muy conseguido y luce y reluce de forma magnífica con un brillante color plata. He debido de quedarme parada delante de él durante un buen rato, sin hacer caso de nada de lo que sucede a mi alrededor, como si nada más existiese, cuando noto vibrar el teléfono móvil que está en el bolsillo derecho de mi abrigo. Despierto de mi ensimismamiento al instante y lo cojo. No salgo de mi asombro y alzo mis cejas, atónita. Es un mensaje de Sean. Casi ni me acordaba de él...

Sean (19:18)

Hi, Olivia. Voy a estar en Madrid un par de días. Me gustaría verte. Aterrizo mañana.

Oh, vaya..., me siento totalmente confusa. Guardo nuevamente el móvil en el bolsillo, sin saber muy bien qué contestar. Mejor lo pensaré mientras regreso a casa. Me dirijo a la parada del autobús y cojo el primero que llega. Afortunadamente puedo sentarme y observar las calles de Madrid con la mente en blanco.

* * *

Me quedo mirando el teléfono, pero no contesta, aunque veo que ha leído el mensaje. ¿Por qué?... En estas casi cuatro semanas que llevo de gira he intentado en cada momento no pensar en ella, sin mucho éxito. Ni los conciertos ni las firmas de discos ni las fiestas donde he tenido más compañía femenina de la que quisiera han logrado que la olvide. Mi meta era regresar a Madrid después de un trabajo bien hecho, con la idea de hablar con ella. Su sensual recuerdo tocando el violonchelo, su intensa pero distante mirada, su pasión por la música, sus interesantes reflexiones, su correcta educación..., toda ella me atrae, pero sobre todo su elegancia y sencillez. ¿Me estaré obsesionando? La gira ha sido un completo éxito; las recepciones con los fans

han resultado fantásticas; las sesiones de fotografía, fabulosas, y he disfrutado de los conciertos ¡tanto o más que el público! Me encuentro realmente satisfecho y Ethan ha hecho una labor increíble organizando todo para que saliese a la perfección. Estoy cansado, pero radiante, y tengo bastantes buenas expectativas con Olivia. Supongo que el optimismo todo lo contagia. Vuelvo a mirar el teléfono..., no hay respuesta. Respetaré sus tiempos. Voy empaquetando mis efectos personales; Ethan se hará cargo del resto, como siempre. Conecto el ordenador y reviso los correos. Todo parece estar en orden. Enciendo la televisión y escucho las noticias que pasan por el mundo. No quiero entretenerme demasiado; el vuelo a Madrid sale temprano.

* * *

Llego a casa y me preparo una ensalada mientras repaso mentalmente las cosas que tengo que hacer mañana. Es domingo, día de descanso. Consulto nuevamente el teléfono... y decido contestar a Sean.

Olivia (20:13)

Hola, Sean. ¿Cómo estás?
¿Qué planes tienes?

Sean (20:15)

Llego a media mañana. ¿Nos vemos para comer?

Me quedo pensativa por unos instantes. La última vez no acabamos muy bien que se diga. No sé qué intenciones tendrá.

Olivia (20:16)

La verdad, Sean, me siento
incómoda contigo.
Perdona que sea tan directa.

Sean (20:17)

¿Me concederás una comida
para disculparme?

Por un lado, pensar en verle me hace sentir inquieta y molesta; no tengo necesidad de contarle mi vida a alguien que no conozco y al que probablemente no vuelva a ver. Su presencia me abruma como pocas personas lo han hecho hasta ahora. Sean es muy directo y realmente no sé de qué va. Me tomo unos pocos minutos para reflexionar, y por fin lo hago.

Olivia (20:25)

Sean, ¿qué quieres?

Sean (20:26)

Simplemente tengo ganas de verte. Si te parece lo hablamos durante la comida.

Vamos a darle una oportunidad..., no sé bien si para disculparse o para qué, pero contesto al instante.

Olivia (20:26)

De acuerdo.

¿Te gusta la comida italiana?

Conozco un buen restaurante.

Sean (20:20)

Claro que sí. Pásame la localización.

Inserto en el mensaje la localización de mi restaurante italiano favorito, muy cerca del Teatro Real, en pleno centro de Madrid. Acto seguido llamo y reservo una mesa para mañana a las dos. Confieso que me acuesto un poco intranquila y, a la vez, ¿ansiosa?

No tenía en mente volver a verle después de la forma tan desagradable en que acabamos la última vez. No sé qué ve en mí ni cuáles son sus intenciones, y mañana pretendo averiguarlo; no estoy para paños calientes a estas alturas de mi vida.

* * *

El vuelo aterriza en Madrid a la hora prevista y llego al hotel en transporte privado, no sin antes sufrir los inoportunos atascos del centro de la ciudad. Me instalo rápidamente y me ducho, aún tengo un poco de tiempo. Mientras me visto veo que el restaurante no está lejos del hotel, tardaré poco en llegar en taxi, con permiso del tráfico. Me deja en una zona peatonal cercana, según veo en la geolocalización. Le doy una buena propina al taxista y continúo mi trayecto andando mientras disfruto de la decoración navideña de las calles de la capital; cerezos en flor artificiales brillantemente iluminados, cadenas y arcos relumbrantes, guirnaldas en distintas tonalidades... Las gentes pasean bien abrigadas, algunas ataviadas con gorros de Papa Noel o con diversas pelucas, otras con bolsas y más bolsas repletas de las típicas compras de estas fechas, y otras, sencillamente, se dirigen a sus destinos sin mirar atrás.

Esta parte de Madrid es muy comercial y los escaparates lucen rebosantes de adornos y brillantes colores. Es curioso cómo las ciudades se transforman por completo y centellean con lo mejor que tienen, al igual que nosotros transformamos nuestros hogares en Navidad.

Continúo hacia mi destino hasta que por fin lo alcanzo. La fachada es muy pequeña, apenas el espacio de la puerta de entrada, de dos hojas de cristal y cercos de cobre; una combinación que me llama la atención. Dentro, el aspecto es rústico, el mostrador y las mesas son de maderas envejecidas y en las blancas paredes apenas hay algún tipo de decoración, solo unos sencillos cuadros con láminas de paisajes y flores realizados en acuarela. Me sorprende lo pequeño y acogedor que es. Huele increíblemente bien a *pizza* y dispone de no más de siete mesas para dos o cuatro personas. Allí la veo sentada, erguida, disfrutando de una cerveza y tecleando Dios sabe qué en su teléfono móvil. Levanta la mirada y con porte sereno me saluda, para mi pesar, sin demasiada efusividad. Yo sonrío ampliamente y me acerco con decisión.

—¡Hola, Olivia!, ¡qué alegría volver a verte!

—Hola, Sean.

Se levanta para darme un beso en cada mejilla.

—¿Qué tal estás?, tienes buena cara.

—Sí, hoy es domingo, ¡día de descanso! He dormido mucho y eso se nota. El viaje, ¿bien?

—¡Fantástico! He aprovechado al máximo para hacer contactos y cerrar acuerdos.

—Me alegro.

—¿Has pasado la Navidad en familia? —pregunto.

—Oh, sí..., estuve con mis hermanos. Todo tranquilo. Pero siéntate, anda. —Y señala la silla que hay enfrente de ella.

Está guapísima, lleva el cabello suelto con unas suaves ondas que enmarcan fenomenalmente las finas facciones de su rostro. Hoy se ha puesto un suéter calado de punto, de manga larga y cuello redondo, de color verde, que realza sus ojos marrones. No lleva joyas, únicamente unos sencillos pendientes de perla, y las manos están desnudas, sin anillos ni pulseras. No la he visto en ningún momento con las uñas pintadas; las lleva siempre muy cortas, imagino que por su profesión.

—¡Sean!

—¡Disculpa, Olivia!

Me he debido de quedar unos segundos más de la cuenta observándola sin decir nada, extasiado, deseándola. No me cansaría nunca de admirarla; es la elegancia y la sencillez personificadas... Aunque su rostro sigue expresando melancolía y tristeza.

La camarera se acerca para preguntar qué deseo beber. Indico a Olivia lo que quiero, en inglés.

—El caballero quiere una cerveza igual que la mía.

—Perfecto. Les dejo la carta, para que vayan eligiendo.

—Muchas gracias. —Y se retira.

—Sean, este restaurante italiano es muy pequeño, pero quizás hagan unas de las mejores *pizzas* de Madrid. Son originales, exquisitas y con ingredientes de primera calidad. Podemos elegir masa fina o gruesa. Si te parece, te voy diciendo los ingredientes y elegimos.

—Perfecto.

* * *

Me fijo detenidamente en su rostro; sin ser un hombre espectacular, es guapo, tiene facciones muy agradables, el corte de pelo le sienta fenomenal y lleva la típica barba de tres días que tan de moda está. Juraría que antes no me había percatado, ¿será posible? Al besarle he podido oler su perfume,

hummm, denota salvaje personalidad y seducción. Creo que debe contener notas de musgo, madera e incienso. ¡Me chifla el incienso! No quiero ni imaginarme la marca ni el precio. El resultado es una fragancia masculina tremendamente embriagadora, y lo sabe.

Siempre se muestra seguro, no vacila, tiene las cosas claras, lo intuyo, y si deja algunas decisiones a mi elección es por pura caballerosidad. Su manera de andar, su forma de vestir, su tono de voz, la pasión que pone en lo que hace..., todos sus poros emanan pura seducción. Además, sabe empatizar con la gente e incluso me atrevería a decir que es divertido, generoso e inteligente; destaca sobre los demás.

Solo hay que observar cómo le miran las mujeres con las que se cruza. Hasta ahora no lo había notado, pero las pocas que hay en el restaurante no le quitan ojo, incluso la camarera, que en estos momentos se acerca con la cerveza de Sean y la deja, con cuidado, en la mesa, parece comerle con la mirada. Lo tiene todo, además de un porte físico bien trabajado. ¿Tendrá algún defecto? Seguro que sí, no puede ser tan apetecible sin que haya alguno, estoy convencida de ello, y más cuando debe andar en los treinta y tantos años y no está casado, ni tiene hijos..., ni sé si tiene novia... Estoy convencida de que ha tenido cientos. Pero lo que más me llama la atención es su atractiva sonrisa. Imagino que habrán pasado por su vida multitud de mujeres a cuál más hermosa; sinceramente no sé qué pretende ni qué ha visto en mí. No creo que se interese solo por una bonita charla; espero que no me vea como otra más en su supuesta y abultada lista de conquistas.

Aparto todos estos pensamientos de mi cabeza y comienzo a traducir los ingredientes de las *pizzas* con ayuda del traductor del móvil. Las hay muy típicas, como la napolitana, la de cuatro quesos, la margarita, la carbonara o la barbacoa, y otras más sugerentes. Mientras elegimos me fijo en sus ojos de color pardo, son realmente bonitos y muy expresivos. La camarera se acerca para tomarnos nota con una reluciente y acaramelada sonrisa, sin quitarle los ojos de encima. ¿Por qué no le hace ni caso? Parece estar totalmente ajeno a la situación, o si no lo está, desde luego lo disimula con mucha discreción.

—Hola —le digo a la camarera, que no hace más que dirigirse a Sean, intentando llamar su atención—. Tomaremos como aperitivo provolone fundido al horno con tomates secos y orégano y una ensalada *caprese* con *burratina*, mézclum de lechugas y tomate.

—Perfecto, señorita.

—Y luego una *pizza* mediana, de masa fina, con dos sabores: una Parmigiana y otra Tartufata.

—Acertada elección. Lo vamos preparando.

—Estupendo, ¡gracias! —y se da media vuelta, no sin antes regalarle una seductora sonrisa a Sean. Lo que hay que ver...

Al cabo de unos minutos tenemos la comida en la mesa y comenzamos a disfrutar de ella. Ciertamente, todo está delicioso. Resulta que a Sean le encanta la cocina italiana, por lo que la elección del restaurante no podría haber sido mejor.

Charlamos amistosamente sobre su viaje por Europa y me cuenta curiosidades que desconocía. Confieso que me lo estoy pasando bien e incluso me río con algunos chistes y situaciones cómicas que relata. Me encantan su tono de voz y su forma de expresarse, aunque he de reconocer que a veces pierdo un poco el hilo de la conversación. Siempre he querido mejorar mi nivel de inglés y, aunque me manejo bien, cuando lo habla coloquialmente hay expresiones que me cuestan. Pese a ello se le ve muy bien, contento, disfrutando de la comida y de la compañía. Yo, en cambio, le miro a veces distraídamente mientras me vienen a la cabeza recuerdos de otro tiempo, no muy lejano, en el que era Juan quien estaba sentado enfrente de mí. Su ausencia me enloquece hasta un extremo que ni yo misma hubiese imaginado. Soy consciente de que Sean sabe que en ocasiones me evado de su conversación, y cuando esto sucede procura llamar mi atención enfatizando una frase o palabra, ¡qué discreto es y qué bien sabe manejar la situación!

Juan y yo llevábamos diez años casados y atravesábamos uno de nuestros mejores momentos, ya sin la fogosidad del primer enamoramiento, pero con unos sólidos vínculos y un eterno sentimiento de pertenecer por entero el uno al otro que me cuesta olvidar. Y lo peor es sufrir no solo su partida, sino también la de los niños, cuyas florecientes vidas de tan solo siete y nueve años quedaron truncadas junto con la de su padre en un abrir y cerrar de ojos. Me entran ganas de llorar amargamente, pero la concentración que debo mantener para seguir la conversación de Sean y, sobre todo, la educación y el respeto que siento por él, me obligan a prestarle atención. Presiento que se ha dado cuenta, no puedo evitar que se me vean los ojos vidriosos.

—Olivia, ¿estás bien?

—Sí..., no te preocupes, es únicamente un pequeño recuerdo que me ha venido a la cabeza.

—Bien, si deseas compartirlo...

—No es que no quiera charlar contigo de mi vida, sencillamente no entiendo qué utilidad puede tener cuando lo más probable es que no vuelva a verte más. Esta situación, objetivamente, no es cómoda para mí. No siento inclinación a compartir algo contigo. Perdona que sea tan directa y sincera.

Me mira fijamente sin saber muy bien qué decir o, más bien, midiendo sus palabras. Yo bajo la mirada a los platos, vacíos ya de comida, por cierto, deliciosa. Coloco mis brazos sobre la mesa lo más cerca posible de mí que puedo. Nuestras miradas se cruzan nuevamente. Siento algo que no sé explicar, no sé si compasión, interés..., pero es cercano, es cálido, es respetuoso. Nos quedamos mirándonos en un incómodo silencio. Como si quisiéramos descubrir con la mirada lo que pretende el uno del otro. Me estoy dejando llevar porque, sinceramente, no sé qué esperar de esta situación.

En mitad del silencio, Sean expresa su pensamiento con su intensa mirada, acerca su mano a la mía y la acaricia con suma delicadeza. Sonríe con cautela, su sonrisa es sincera. Me cautiva y me hechiza, no puedo reaccionar, es como si una losa se hubiese vencido sobre mí. Repentinamente, una pareja entra en el restaurante y rompe el hechizo que nos tenía encadenados, forzando que aparte mi mirada de la suya para dirigirla al vacío. Tengo que saber qué quiere, por qué insiste tanto en verme, si soy un pasatiempo o si desea algo más. ¿Y a mí qué más me da? Debería darme igual o no importarme, pero el caso es que necesito saberlo. ¿Qué es lo que me pasa? Cuando la razón y el corazón no van a la par, comportan demasiado peligro..., el peligro de que las emociones hagan y deshagan a su libre albedrío, me hagan tomar decisiones equivocadas de las que podría arrepentirme en el futuro. Y, sencillamente, hoy por hoy mi equilibrio emocional deja mucho que desear. Por eso he de saber qué busca en mí.

—Sean... No entiendo nada, no logro comprenderte, no sé qué quieres de mí. Esta realidad me inquieta enormemente y, sinceramente, me gustaría que me contases la verdad de todo esto, ¿qué quieres?

Touché!, doy en el clavo, veo cómo Sean se sobresalta. Si hubiese tenido comida en la boca, seguro que se habría atragantado. No esperaba mi reacción, está claro por la cara de estupefacción que ha puesto. Desvía su mirada hacia el plato vacío y restriega las manos y luego las frota sobre su rostro. Por primera vez veo inseguridad y nerviosismo, ¿es posible?

Capítulo 12

—Olivia, verdaderamente he conocido a muchas mujeres bellísimas en mi vida —habla con cautela, sopesando cada palabra que sale de su boca—. Creo que eso salta a la vista y no te voy a engañar. Pero ninguna que sea tan natural, tan sencilla, tan sincera y directa, con tanto talento artístico y musical... y tan misteriosa. Desde el primer momento que te vi en aquella iglesia, quedé perdidamente fascinado. Y te preguntarás por qué, pero no lo sé. Solo estoy seguro de que el poco tiempo que hemos pasado juntos lo he disfrutado enormemente. Yo mismo estoy sorprendido porque no puedo dejar de pensar en ti. Me siento íntimamente ligado a ti; eres adictiva, eres profunda, eres penetrante. No me ha pasado nunca y no quiero dejar pasar el tiempo sin explorar qué hay realmente entre nosotros. Me encantaría vivir aquí, en Madrid, cerca de ti, conocerte y disfrutar de la vida a tu lado. La intensidad de lo que siento es tan profunda que ni yo mismo logro comprenderlo...

—Sean... —le corto—. Por favor, no sigas.

Me llevo las manos a la cara, miro el plato, no sé cómo explicarle que no estoy preparada, que esta aventura me parece una auténtica locura y que es mejor dejar las cosas como están y que cada uno siga su camino.

Él se queda callado, esperando mi respuesta. Alzo mi mirada y la dirijo a sus ojos. Expresan profundidad, admiración, interés sincero.

—Sean —hablo en voz baja, susurrando. Me cuesta mucho pronunciar las palabras exactas para no hacerle daño. No se lo merece—. Te agradezco enormemente la confianza que pones en mí y sobre todo tu caballerosidad. En todo momento me he sentido cuidada y halagada.

—¿Eso es todo?

—No, no lo es..., mira..., en estos momentos no me siento preparada para comenzar algo nuevo con nadie. Lo siento mucho, de veras, quiero que sepas que, si en algún momento estuviera dispuesta, tú serías la persona con la que querría estar.

—Olivia, no sé qué es lo que te ha pasado ni por qué estás atravesando esta etapa tan dura. Quiero estar contigo y esperaré a que te sientas preparada. —Me coge la mano otra vez y la deposita con suavidad entre las suyas. Su

mirada me da seguridad y serenidad, y él continúa—: Olivia, no quiero perderte. Estaré lejos de ti un tiempo que quizás sea largo, pero me gustaría seguir en contacto contigo, si tú quieres.

Vaya..., menuda declaración... ¿Y ahora qué le digo? Pienso unos instantes y le contesto.

—Sean, de verdad, tus palabras me honran, pero sinceramente no creo que esto funcione. Estoy cómoda contigo, pero ni es el momento ni me gustan las relaciones a distancia —sentencio.

Nos quedamos callados de nuevo. Sean sigue con mi mano entre las suyas. Está pensando. Yo me quedo mirando al vacío, sin fijarme en nada en particular. Mi corazón se ha acelerado y respiro agitadamente. Intento levantar la mano que tan celosamente sostiene, pero no me deja. Le vuelvo a mirar esperando una respuesta. La camarera se acerca para llevarse los platos, ya vacíos, y aprovecho para pedirle la cuenta.

—Esta vez pago yo —decido. Sean no pone ninguna objeción y enmudece.

Después de pagar salimos del restaurante. El silencio es incómodo. ¿Qué pretenderá que hagamos ahora? Está todo dicho... De repente, sin que me dé cuenta, se gira hacia mí y se coloca demasiado cerca; estamos pegados el uno frente a otro. Su mirada me penetra profundamente, está buscando algo que no encuentra. Mi respiración vuelve a acelerarse cuando se aproxima unos centímetros, los suficientes como para sentir su calor y su magnetismo. Pone sus ojos en mis labios, pero en lugar de besarme me rodea con sus brazos y me estrecha contra su cuerpo en un cálido abrazo que me vuelve loca.

Es tierno, respetuoso, y me siento extrañamente cobijada bajo sus fuertes y corpulentos brazos. Apoyo mi rostro y mis manos en su pecho y cierro los ojos... ¡Qué bien me encuentro! No logro entender lo que me pasa..., mi cabeza me dice que me separe, pero mi cuerpo no reacciona porque en el fondo se encuentra arropado.

Y en ese preciso instante inclina levemente su rostro y comienza a mirar mis labios con más deseo. Respira hondo y noto que se controla. Nuestras miradas se vuelven a fundir en una sola, seduciéndonos, consumiéndonos. Siento una profunda atracción y soy incapaz de apartar mis ojos de los suyos. En realidad me está pidiendo permiso para lo que va a venir a continuación, y al no rechazarle vuelve a encapricharse de mis labios y los besa tiernamente, mientras presiona mi nuca con su mano para que no se separen de los suyos. Cierro los ojos y disfruto de este instante sin alejarme de sus dulces labios.

Por un momento pierdo la cabeza y todos los sentidos se ponen en alerta máxima cuando por fin consigo apartarme de él. Sé que está deseando repetirlo por la forma tan ardiente y apasionada con la que me observa; además, veo con turbación que mi cuerpo ha respondido al suyo. Lo desea tanto que creo que le duele no hacerlo, pero reconozco que no puedo prolongar más esto.

Sigo teniendo tan presente a Juan que siento que le estoy engañando. Me separo con un simple gesto y Sean, tan cortés como siempre, me deja. Miro al suelo, no sé qué decir. Estoy muy nerviosa, mi corazón late estrepitosamente y mi autocontrol amenaza con desmoronarse. Hasta que, finalmente, después de un par de respiraciones profundas, me calmo.

—Sean, no puedo, de veras. Perdóname.

—¿Sabes? Tu cuerpo no me dice precisamente eso, sino más bien lo contrario —contesta secamente.

—No, Sean, no —me reafirmo con toda la entereza de que soy capaz, gesticulando con mis manos para ayudarme.

Me observa con detenimiento y tras unos segundos se separa de mí, supongo que armándose de un valor que no sé cómo ha encontrado.

—No pasa nada, Olivia, dejémoslo así. ¿Quieres que paseemos un poco? Aquí cerca hay unos jardines muy bonitos.

—De acuerdo, un paseo y aire fresco me vendrán bien.

Nos dirigimos hacia los jardines de Sabatini, junto al Palacio Real. Paseamos tranquilamente entre los parterres y los setos, cuidadosamente podados, que hay en torno a un pequeño estanque.

Aún es de día, el sol brilla y la tarde no es muy fría. Diviso algunas estatuas de antiguos reyes, maravillosamente esculpidas. Continuamos nuestro camino, uno al lado del otro, callados, pensativos, pero juntos. Su cercanía me da confianza y me arropa, como si fuera una cría.

* * *

¡Qué maravillosa experiencia ha sido besarla! La emoción ha embriagado todo mi ser como nunca me había sucedido, y sus cálidos y tiernos labios han seguido a los míos con verdadera pasión. Ella no es como se está mostrando ante mí, no es fría, melancólica e introvertida, ¡todo lo contrario!, es la mujer más apasionada a la que jamás he besado. ¿Qué podría hacer para que confie

en mí y me cuente lo que tanto la entristece? No dejo de pensar en ella, se ha convertido en algo verdaderamente adictivo que se ha colado en el centro de mi existencia, y extrañamente no me siento mal por estar siendo infiel a Chloe. Ahora entiendo que mi relación con ella no es lo suficientemente sólida. Soy consciente de que muchas de las relaciones sentimentales se basan en una atracción repentina que se va marchitando si no se sostienen sobre algo más sólido. Y la que mantengo con Chloe es una de ellas, tristemente.

Me da rabia que vivamos tan alejados, no tengo ni idea de cuándo podré volver a verla; la gira por Europa ha acabado y no hay previsión de regresar en un futuro cercano. Mañana vuelvo a Canadá para terminar de pasar allí las Navidades, en familia, y descansar. Los próximos compromisos profesionales son en mi país, para seguir promocionando el disco pasadas las fiestas. Con gusto me quedaría unos días más en Madrid, pero no puedo permitírmelo. El deber para con la familia y Chloe me llama. Revisaré mi agenda con Ethan y veré si más adelante puedo hacer una escapada. Buscaré una excusa y vendré a ver a Olivia, seguro.

* * *

Mientras caminamos, callados, se me ocurre que quizás podría llevar a Sean al Faro de Moncloa; aún queda un poco de luz, y, en cualquier caso, también se puede observar Madrid con la iluminación nocturna, ahora que es Navidad.

—Sean, ¿te apetece visitar el Faro de Moncloa? Está muy cerca de aquí. Es un mirador desde el que se pueden contemplar unas bonitas vistas de la ciudad. ¿Lo conoces?

* * *

—Me parece estupendo —contesto totalmente sorprendido.

No me esperaba nada de Olivia, ni tan siquiera seguir con ella a lo largo de la tarde. Más bien aguardaba una triste despedida de un momento a otro.

* * *

—Podemos ir en metro, no tardaremos nada. Luego hay que caminar un poco.

—¿Por qué no en taxi?

—Bueno, perfecto. —Este hombre no está acostumbrado al transporte público...

Nos dirigimos a la salida de los jardines de Sabatini y en seguida cogemos un taxi que en unos pocos minutos nos deja en la puerta del Faro. Al acceder, compramos las entradas. Tenemos suerte, no hay casi gente. Imagino que los madrileños estarán ahora haciendo las típicas compras navideñas.

* * *

Subimos por un ascensor panorámico con algunas personas más. Llevo un gorro de lana para impedir ser reconocido, es lo que menos necesito ahora. No sé el tiempo que podré mantener este *pequeño* secreto; me gustaría que de momento no supiese quién soy. Seguro que saldría corriendo nada más saberlo, viendo su discreción y su estilo de vida.

Este es otro hándicap del que tendré que ocuparme más adelante, si todo marcha bien, aunque no debería postergarlo. Nada me destrozaría más que se alejase definitivamente, sé que no puedo mantenerla aparte de mi vida. Con estos pensamientos llegamos a la azotea y recorreremos despacio las enormes cristaleras.

—Ahí a la izquierda tienes la catedral de la Almudena, y pegada a ella, el Palacio Real. Un poco más a la izquierda, el Teatro Real. Por esa zona hemos estado este mediodía —me explica, como si fuese una guía turística.

—Es una zona muy bella; en Toronto no tenemos edificios antiguos, y menos tan singulares, sin lugar a dudas.

—Entiendo... Un poco más a la izquierda está el Edificio España, en un tiempo fue el más alto de Madrid. Y a continuación el de Telefónica, en su momento también uno de los más altos. Es la sede social de una compañía de telefonía. —Disfruto de la vista y pongo verdadero interés—. Después está el Círculo de Bellas Artes. Es un centro cultural muy importante, siempre hay actividades relacionadas con las artes, la literatura, la música, la filosofía... Tiene una azotea con unas preciosas vistas de los alrededores. Además, es un lugar muy típico para cenar en verano, cuando las temperaturas nocturnas nos

dejan respirar un poco. Se come muy bien en el restaurante, y contemplar la puesta de sol desde allí es realmente hermoso.

—¡Eso me gusta más! —Sonrío.

—Estoy segura. —Sonríe ella también, y continúa con su explicación—. Seguidamente está el palacio de Cibeles, sede actual del Ayuntamiento de Madrid. Es un edificio histórico y tiene también un restaurante en la azotea, por si quieres ir en alguna ocasión. No debes perdértelo, es también muy famoso —apunta.

—Fenomenal, otro motivo más para regresar a Madrid. Serías una perfecta anfitriona. —La miro directamente a los ojos. Está cerca de mí, muy cerca, y mi instinto de seductor nato se acrecienta.

—Bueno, en realidad no soy una experta en la materia, a pesar de ser madrileña y de vivir aquí desde que nací —contesta mientras se gira para seguir mostrándome las vistas, creo que para desviar su mirada de la mía.

—A la izquierda, esa zona amplia y verde, es el parque del Retiro.

—Sí, el hotel está muy cerca. Por las mañanas salgo a correr por sus avenidas.

—Ah, genial, pues ya lo conoces. Las torres que ves al lado son las dos torres de Colón. En su época también fueron de las más altas de la ciudad. Su construcción es bastante más moderna, quizás se puedan asemejar al estilo urbanístico en Canadá, ¿no?

—Mmmm..., probablemente. Creo que las he visto cuando he paseado por esa zona.

—Están junto a la plaza de Colón, uno de los lugares que seguro que conoces. Hay una estatua muy alta de Cristóbal Colón.

—Sí, la he visto.

—Y ya, el último edificio es Torrespaña. Aquí lo llamamos *el Pirulí*, por esa forma que tiene. —Intenta explicarme qué es un pirulí en inglés, pero al final recurre al traductor del móvil, ¡es más rápido!

* * *

Ya está anocheciendo. Disfrutamos en silencio de las vistas. Me sobreviene un escalofrío y me encojo. Noto que Sean me abraza para darme calor; está detrás de mí, tiene su rostro pegado al mío y me envuelve con sus brazos. Lo hace con tanto mimo y cariño que me siento protegida y no le

rechazo. Me doy cuenta de lo cómoda y cuidada que me encuentro, creo que me estoy refugiando en él. Y lo que más me sorprende es esta sensación tan agradable..., quizás más que agradable. Permanece quieto sin intentar nada más, paciente. Cierro los ojos y me relajo.

Multitud de sensaciones recorren mi cuerpo de arriba a abajo, siento emoción, no puedo evitarlo. Permanecemos así unos instantes, empiezo a acordarme de Juan y revivo momentos en los que estuvimos así los dos. ¡Cuánto le echo de menos! Pongo mis manos sobre las de Sean y siento que me abraza con más intensidad. Sigo con los ojos cerrados disfrutando del momento. No intenta girarse para besarme, no, sigue en la misma posición. Unas lágrimas se escurren por mi mejilla... Su recuerdo está tan vivo y presente que en realidad es como si fuese él quien me abrazara. Me las seco con las manos. Sean se da cuenta y continúa su abrazo con la más delicada ternura. Permanece callado y deposita un tierno beso en mi cara. No hay palabras que puedan expresar emociones cuando son tan profundas, sinceras e intensas. Y este es uno de esos momentos. Abro los ojos... Ya es de noche. Tengo que agradecer a Sean su caballerosidad.

Me separo un poco, lo suficiente como para volver a la cruda realidad. Aquí estoy, con Sean, mientras mis recuerdos, mis pensamientos y mi corazón están en otro lugar y con otra persona... ¿Por qué te fuiste?, ¿no ves que no sé vivir sin ti? Desde que sucedió vivo por inercia y no soy capaz de salir de tu hechizo, ¡te quiero tanto...! Más lágrimas salen de mis ojos. Las detengo con la mano. He de cortar esto ya.

—Debió de ser alguien muy importante para ti... —susurra él en mi oído. Me sorprende. Seco mis lágrimas y me separo más.

* * *

—No tienes por qué contármelo si no quieres.

¡Ojalá algún día pueda ser para ella lo mismo que ha sido él!, pienso para mí. Tanta tristeza solo ha podido provocarla un sentimiento de amor verdaderamente profundo e inigualable. Reconozco que no lo he sentido por ninguna de las personas con las que he estado.

—Sean, si no te importa, me gustaría marcharme a casa. Creo que no soy una buena compañía ahora mismo.

—Por supuesto, Olivia, vamos bajando, si quieres.

Permanecemos callados, nuevamente, mientras entramos en el ascensor. ¡Hay silencios que lo dicen todo! Son expresivos, y a veces están repletos de sentimientos y de carga emocional. Con ellos no hay nada más que decir, y esta es una de esas ocasiones en las que el silencio es el protagonista. Aunque me encantaría seguir con ella hasta la noche, entiendo que ha sido un día complicado y necesita tomar distancia.

Lo que tenía que decir está dicho y he intentado en todo momento no agobiarla ni atosigarla. Por ahora es suficiente. ¡No, no lo es! Pero ¡debe serlo! No me queda más remedio. Cogemos un taxi que nos lleva a la parada de autobuses. Cuando llegamos, Olivia sale y yo también, para despedirme de ella.

—Espero que algún día tengas la confianza suficiente como para contarme lo que te atormenta.

* * *

Me quedo mirándole unos segundos y bajo la vista con rapidez. Este no es el momento, ya veremos si puede serlo más adelante. Dios dirá.

—Que tengas un buen viaje de regreso. Te deseo un feliz Año Nuevo. Disfrútalo con tu familia. —Le doy un beso en la mejilla, como despedida.

—Feliz Año Nuevo, Olivia. Seguiremos en contacto, no lo dudes.

* * *

Me devuelve el beso y permanezco unos instantes con mi mejilla pegada a la suya. Le abrazo con mucha ternura y respiro profundamente, saboreando cada segundo, cada instante, para recordar su aroma, su ternura, su calidez. Nos separamos y de repente un mundo se interpone entre los dos. Un mundo y seis mil kilómetros de distancia, de costumbres y de diferentes estilos de vida. Un mundo de pensamientos inconexos, de hechos profundamente dolorosos, de relaciones inconclusas.

Capítulo 13

Camino hacia la terminal de autobuses. Reconozco que hay algo de él que me atrae..., pero no es el momento, aún no me he despedido de Juan. Su ausencia me produce un enorme dolor y mi corazón le añora tanto que no es capaz de recomponerse: todo me recuerda a él. Aún se presenta en mis sueños como si estuviese durmiendo a mi lado, cada noche, incluso me sorprende hablándole como si todavía permaneciese conmigo. Hoy por hoy creo que no soy capaz de desligarme: teníamos tantos anhelos y proyectos en común que me siento perdida.

Miro sin reconocer nada concreto a través de la ventana del autobús. Es de noche, hay bastante gente por la calle disfrutando del bonito alumbrado navideño. Sin embargo, no me fijo en lo que veo y sigo sumida en mis pensamientos.

—Dios Padre, por favor, ayúdame a salir de esta situación. Quiero poder recordarle como lo que era, con ternura y cariño, pero no deseo que siga gobernando todo lo que hago. He sido muy feliz... y ahora he de continuar con mi día a día. Necesito tranquilidad y seguir mi camino, el camino que Tú tienes pensado para mí. Por favor, ayúdame —susurro para mis adentros.

Cierro los ojos y empiezo a hacer respiraciones cada vez más profundas y lentas.

—Siento Tu presencia muy hondamente en mí, sé que me quieres y sé que me vas a conducir, suavemente, estoy segura.

Me voy tranquilizando, reposo la cabeza en el cabecero del asiento y permanezco en un estado de somnolencia.

* * *

Llego a la habitación del hotel, dejo el abrigo, me quito el calzado y me dirijo a la ventana, a oscuras. Miro hacia el exterior. Madrid está ciertamente bonita con multitud de luces de colores que decoran las calles y avenidas.

Debería estar contento, la gira ha sido un éxito y regreso a casa para pasar las fiestas navideñas con mi familia y con Chloe. Pero no es así, mi

corazón siente tristeza y no satisfacción. Saco el teléfono de mi bolsillo y miro los mensajes. Tengo unos cuantos por leer, pero ninguno de Olivia.

Guardo nuevamente el móvil. Ahora no me apetece contestar a nadie. Me quito los pantalones y el jersey y me tumbo en la cama, boca arriba. Cierro los ojos mientras mi mente recorre todo lo vivido desde que decidí, por casualidad, entrar en aquella iglesia. La vida me sorprende en las situaciones más inesperadas; cuando no lo buscas, lo encuentras, y cuando lo buscas, se te escurre de las manos, como el aceite, no sin antes haberte impregnado y calado completamente, sin ningún tipo de escapatoria. No tengo hambre, me levanto, me lavo los dientes, termino de desnudarme y me voy a la cama. Aunque mi mente sigue dando vueltas a la situación, el sueño y el cansancio me vencen poco a poco.

A la mañana siguiente me despierto sobresaltado tras oír varios golpes en la puerta de la habitación, en señal de llamada.

—¿Sí? —pregunto con voz ronca, la típica cuando aún no has hablado con nadie.

—Buenos días, Sean, ¿abres?

Es Ethan. Intuyo una inquisitoria conversación que debería esperar a después de un buen desayuno; tengo hambre. Me levanto y abro la puerta.

—Buenos días, Ethan, ¿qué madrugador!

—¿Cómo madrugador?, ¿no sabes la hora que es?

Miro el reloj del teléfono y me quedo totalmente sorprendido, ¡son las diez y cuarto!

—Uff, no me he dado cuenta. He dormido francamente bien y demasiadas horas para lo que yo acostumbro.

—Ya veo..., ¿qué tal te fue ayer?

Permanezco callado, doy media vuelta y voy al servicio dejando a Ethan con la palabra en la boca. No suelo ser tan mal educado con él, pero no considero que ayer avanzase lo más mínimo. Quizás tenía otras expectativas muy distintas, fruto de mis emociones y mis sentimientos. Mientras me aseo, oigo sonar nuevamente la puerta.

—¡Servicio de habitaciones! —escucho a lo lejos.

Ethan le deja pasar, aguzo el oído y reconozco el chirriar de las ruedas de la mesa camarera.

—El desayuno, señor.

—Déjelo aquí —dice Ethan.

—Ya está todo. Que tenga un buen día, señor.

—Gracias.

Cuando la puerta de la habitación se cierra, salgo del cuarto de baño y me siento a saborear el succulento desayuno: una pequeña selección de zumos naturales, cruasanes, quesos y fruta tropical cortada y dispuesta elegantemente sobre una bandeja, café y leche.

—¿Has desayunado, Ethan?

—Sí, no te preocupes. Solo tomaré un café.

Me siento y empiezo a comer con cierta avidez. Ayer no cené y mi estómago estaba protestando con energía.

—En menos de una hora tenemos que irnos al aeropuerto; el avión sale a la una y media. Tenemos asientos reservados en *International Business Class*. Llegaremos a Toronto a mediodía.

—Perfecto, Ethan, muchas gracias por ocuparte de todo —comento mientras degusto el delicioso desayuno. Lo mejor, sin duda alguna, el jamón ibérico y el café.

En cuanto termino, recojo las pocas pertenencias personales de aseo y ropa y salimos hacia el aeropuerto. En el taxi, Ethan empieza la tan esperada conversación.

—¿Qué tal te fue ayer? —insiste.

—Mejor de lo esperado, pero sin ningún avance.

Ethan me mira y alza las cejas en señal de asombro.

—¿Y?

—Es bastante introvertida como para expresar sus sentimientos y emociones. En ese sentido no he conseguido nada en absoluto. Sin embargo, estoy esperanzado porque he empezado a entrever algo de apertura por su parte.

—¿Qué piensas hacer con Chloe?

Me quedo pensativo. Por un lado, me divierto con ella, por otro, mi corazón está con Olivia. ¿Qué hacer, pues?

—Quiero ser fiel a mí mismo, Ethan. No me gustaría seguir con Chloe si no puedo entregarme por completo a ella. No sería ético ni bueno para ninguno de los dos. Cuando regrese lo sabré.

—Bien, eso está bien, Sean. Te necesito en plenas facultades para continuar con la promoción del disco después de las fiestas navideñas.

Y de esta forma me despido de Madrid sin saber muy bien cuándo podré regresar.

¡Quién me iba a decir entonces lo que iba a pasar!

* * *

Amanezco pronto, por costumbre. Tengo unos pocos días libres en la orquesta; hasta después de Año Nuevo no reanudaremos los ensayos. Me ducho con total tranquilidad, sin pensar en nada, y en cuanto me seco y me doy crema por todo el cuerpo, me pongo ropa cómoda y, como cada mañana, voy a la cocina a prepararme el café. Mientras se hace pongo el pan en la tostadora y vierto zumo de naranja en un vaso.

—Hummm... ¡Creo que me encanta el olor del café casi más que el propio café! ¿Será posible?

Cuando acabo de desayunar, recojo todo y me preparo para comenzar con mis ejercicios diarios de calentamiento. Antes, reviso los mensajes del teléfono.

Carmen (09:37)

¡Buenos días! ¿Cómo se presenta la semana? Al final, ¿qué vas a hacer en Nochevieja?

Olivia (09:45)

¡Hola! Pues aún no lo tengo decidido, probablemente me reúna con mis hermanos.

Carmen (09:46)

Perfecto. Porque te iba a decir que vinieras conmigo, pero si ya lo tienes decidido, ¡genial! No quiero que estés sola.

Olivia (09:47)

No te preocupes, que no estaré sola.
Pero muchas gracias por la invitación.
¿Sabes con quién estuve ayer?

Carmen (09:48)

No me lo puedo creer...
¿Ha vuelto Sean?

Olivia (09:48)

Sí, ha sido visto y no visto; ya habrá salido para Canadá.

Carmen (09:49)

¿Y?

No contesto... No sé muy bien qué contar en realidad, porque no hay ninguna novedad. De repente suena el teléfono. Es Carmen.

—No podías esperar mi respuesta, ¿eh? —respondo con tono burlón.

—¡Olivia!, pero ¿qué me estás contando?

—Pues nada en realidad. Estuvimos comiendo y luego dimos una vuelta. Nada más.

—A ver, no me interesa dónde estuvisteis, sino qué hicisteis o qué te contó.

Me quedo callada. ¿Qué cuento? Si es que no pasa nada...

—Le gusto...

—¡Eso es obvio! —exclama.

—Bueno, ya, será obvio para ti, pero no para mí.

—Estás en un mundo aparte, Olivia, perdona que te diga.

—Tal vez sea cierto. Me ha dicho que le atraigo mucho. Que me va a esperar..., no sé bien dónde, ¿en Toronto? ¡Esto es de locos! A decir verdad, no estoy preparada para empezar nada, ni tampoco le he dado más explicaciones.

—¡Viva la sinceridad!

—Carmen, apenas he compartido con él unas horas, ¡no le conozco de nada, no tengo intención de conocerle más ni me apetece contarle mi vida! ¡Punto final! —le digo exaltada. ¡No me reconozco ni a mí misma!

—Entendido, no se hable más, simplemente estaba preocupada por ti. Como bien dices, no sabes nada de él ni si sus intenciones son honestas, ¿y si es un maniaco sexual?

—¡No me lo puedo creer! —Estallo a carcajada limpia.

Hace tiempo que no me río tanto. Carmen tiene esa facilidad para entenderme y quitarme presión. Si ella me faltase, no sabría muy bien qué hacer.

—Me alegra escucharte.

—Y yo. Es sano.

—Bueno —Carmen decide dar un giro a la conversación—, comienza un nuevo día. Cambiamos de repertorio; hay que empezar a estudiarlo ya.

—Sí, ahora me pongo a ello —comento, haciéndome la interesada.

—OK, Olivia, te dejo, yo también me pongo a ello.

—¡Chao, *bambina!*

—¡Adiós! —Y cuelga.

Dejo el teléfono en la mesa y saco las partituras. Me encanta el nuevo repertorio: la *Obertura Las Hébridas*, de Mendelssohn,⁵ y la *Sinfonía número 4*, de Tchaikovsky, ¡menuda programación!

La *Obertura* es inmensamente bella; la música te lleva a sentir el suave mecer de las olas del mar y cómo se topan con las rocas que dan acceso a la gruta de Fingal, en las islas Hébridas escocesas. El cuadro que se describe es sumamente colorista y romántico, y si cierro los ojos quedo seducida imaginando el mar, las olas y la gruta... tal cual las vio Mendelssohn en su momento. Incluso puedo oler el aroma salado del mar y de las algas, escuchar el graznido de las gaviotas revoloteando por doquier... Y esto me hace sentir bien, me relaja.

¡Y qué decir de la *Sinfonía número 4* de Tchaikovsky!⁶ La compuso en una época profundamente tumultuosa a nivel personal y vital, víctima de un matrimonio desdichado que le llevó incluso a un intento de suicidio. Como consecuencia, su música respira constantemente el abandono ante su propio destino, y transmite sentimientos turbulentos muy profundos, con mucha fuerza, sumidos en una espiral que le empuja hasta desgarrarse. Desde luego, va a ser todo un reto para mí, pues podré sentirme plenamente identificada. Apoyo las partituras en el atril, me coloco y empiezo mis ejercicios diarios de calentamiento. Poco a poco me sumerjo en mi mundo interior, donde no hay cabida para nada ni nadie más: solo existen la música y yo.

Y así pasan los minutos y las horas, sin nada que pueda distraerme, ni el ruido de un coche que pase por delante de casa ni el de los hijos de algún que otro vecino que se hayan despertado y jueguen ruidosamente en esta época festiva. Afortunadamente tengo insonorizada la habitación donde practico, para no molestar al vecindario con tantas horas de ensayo.

Capítulo 14

Camino del aeropuerto reviso los correos, archivo algunos y contesto otros cuantos. Nos dirigimos a los mostradores de facturación de *International Business Class* y esperamos un rato en la sala vip con un buen café. Transcurren unos veinte minutos hasta que nos avisan para embarcar. El vuelo sale con estricta puntualidad y según vamos cogiendo altura mi mente regresa a cada momento que he disfrutado con ella. Sonrío con los buenos, una sonrisa que también refleja esperanza; el destino y un poquito de ayuda seguro que nos traerán algo bueno. Al menos que no se diga que no lo he intentado. Me hubiese gustado conocer lo que la entristece, pero ha sido imposible, Olivia se ha cerrado herméticamente a cualquier tipo de explicación, quizás con toda razón. Para ella soy un completo desconocido al que probablemente no volverá a ver. Sin embargo, atisbo en ella una profunda pasión.

La forma de sostener el violonchelo, fundiéndose con él con suma delicadeza unas veces y con energía y decisión en otras, me obsesiona hasta tal punto que no puedo dejar de pensar en cómo me sentiría si estuviese en su lugar; la posición natural que mantienen su cuerpo y el instrumento hace que se transformen en un todo indisoluble. Así es como me gustaría sentirme con ella, como si fuésemos un solo cuerpo mientras nos mecemos armoniosamente, sintiéndonos libres de principio a fin, pero unidos en el fraseo de la melodía, que va tornándose cada vez más apasionada y profunda.

—Señor, ¿qué bebida desea tomar? —La azafata interrumpe mis pensamientos.

—Un *whisky*, solo, sin hielo, por favor. ¿Tienen Crown Royal Northern Harvest? —pregunto sin demasiado entusiasmo.

—Sí, por supuesto, señor.

Mientras lo prepara sigo mirando por la ventanilla. Ahora sobrevolamos las nubes. Da la sensación de que estamos paseando sobre un campo de mullidos algodones. El sol brilla con todo su esplendor, regalándome agradables sensaciones... si no fuera por mi melancólico estado de ánimo.

—Aquí tiene, señor. —La azafata me entrega un vaso con el whisky, acompañado de unos pocos frutos secos, y se marcha para ofrecer bebidas al

resto de los pasajeros.

Doy un sorbo. Es cierto que el alcohol ayuda a olvidar, o al menos te acompaña en esos momentos de soledad en los que no precisas la compañía de nadie para poder sumergirte en tus propios pensamientos. Debería estar contento, después de la gira se han abierto nuevas posibilidades para el futuro. Sin embargo, el corazón manda cuando uno se deja guiar por él. Y no entiendo cómo puedo sentirme así, he perdido irremediablemente la cabeza y el corazón. Me siento encadenado a Olivia y la desesperación se apodera de mí conforme me alejo más y más de ella. Lo que más me asusta es mi absoluta incapacidad para controlarme. Más bien me cuesta horrores soportar su lejanía y la incertidumbre de un futuro juntos cuando pertenecemos a mundos tan distintos, aunque tan vinculados por la música. Estoy decidido a ir a por todas con ella. Jamás me perdonaría no intentarlo. Tengo que pensar tranquila y fríamente en cómo encarar la situación y dar los próximos pasos. Poco a poco los sentimientos de melancolía y soledad se van transformando en oportunidades y esperanza. De todos los instantes vividos junto a Olivia me quedo con su expresión corporal en aquel concierto en la iglesia. Sus gestos, su cara, sus manos, su cuerpo...; cuando se expresa con el violonchelo, sale a la luz su yo más íntimo, sin máscaras ni disfraces. Es honesta, sencilla, leal, sincera..., cualidades que admiro profundamente. No sé cómo voy a salir de esta, me esperan días intensos en Toronto, con la familia, con Chloe, y con la preparación de mis próximos compromisos profesionales. Se me hace muy cuesta arriba sin tener la certidumbre de qué futuro me quiero plantear con Olivia, siempre y cuando ella quiera, por supuesto.

Hay algo que me pesa horrores: mi anonimato no va a poder continuar durante mucho tiempo si quiero algo serio. Esta situación me tensa, no me gustaría seguir engañándola. Sé que cuanto más tarde se lo cuente, peores serán las consecuencias, de eso no cabe la menor duda. Necesito que ella vea quién soy en realidad y no qué represento; eso vendrá más adelante, porque para poder tomar una decisión acertada sobre el futuro es totalmente imprescindible que me conozca en mi globalidad. Mientras tanto sigo dando pequeños sorbos de *whisky*, que por cierto es magnífico, y mirando por la ventanilla, atrapado sin salida.

* * *

Hoy me he despertado extrañamente animada. Después de una buena ducha y un delicioso desayuno, me he puesto a estudiar. Al cabo de una hora sin parar, de pronto Sean ha aparecido en mis pensamientos. ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo es posible? He dejado de tocar, aunque seguía sosteniendo el arco, he alzado las cejas y fijado mi vista en el atril, pero ya no veía las partituras ni distinguía las notas musicales, sencillamente estaba mirando al vacío. Me venían a la mente pequeños *flashes* de los momentos vividos con él: la primera vez que le vi durante el concierto en la iglesia, el momento en que me devolvió mi estrellita de fieltro, las sensaciones en el bar Casablanca, donde se le veía totalmente perdido, la sorpresa que me dio el día que se presentó en el ensayo, la íntima y deliciosa comida en el hotel... Mis labios se iban curvando en una leve sonrisa, a pesar de que también he recordado el poco afortunado final de ese día. Sin embargo, en el restaurante italiano él mostró sus cartas y he de reconocer que me sorprendió con ese beso totalmente inocente. No me lo esperaba en absoluto... y me gustó. Admiro el increíble respeto que ha mostrado en cada momento; durante el paseo por los jardines de Sabatini, por ejemplo, sobre todo con su tierno abrazo en la cima del mirador de Moncloa. Me sentí extrañamente protegida y amparada....

Enseguida he salido de mi ensoñación. Pero ¿qué hago recordando esos momentos?, me he dicho. No tiene ningún sentido, es una auténtica locura. He dejado el arco sobre el atril para coger el teléfono, desbloquearlo y mirar si tenía mensajes. No había ninguno. Pero me sentía en deuda con él, y he querido agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

Olivia (10:08)

No sé cuándo leerás este mensaje.

Te escribo para agradecerte tu compañía estos días. Quiero que sepas que me he sentido muy cuidada en todo momento. Te deseo lo mejor.

Después he vuelto a coger el arco para continuar con el ensayo.

Capítulo 15

Aterrizo en el aeropuerto internacional Toronto Pearson a la una de la tarde, hora local. Son las siete de la tarde de Madrid, por lo que aún me queda un día largo por delante. La temperatura es de 3 °C y hoy es 30 de diciembre. Aunque salí de allí con otro estado de ánimo, llego a Toronto con ganas de ver a la familia y los amigos; llevo casi un mes fuera y les echo de menos. Recojo mi maleta y me dispongo a salir del aeropuerto cuando escucho una voz conocida.

—¡Sean! ¡Sean!

—¡Hola! —Sonrío. Es Chloe.

—¡Hola, cariño! —Nos fundimos en un intenso abrazo—. ¡Cuánto te he extrañado! Te esperaba hace un par de días. Ethan me dijo que harías escala en Madrid y te demorarías, ¿no me lo podía creer!

—Bueno, pero ya estoy aquí. Tenía ganas de volver a casa.

—Sí, por Dios. He estado preparando una gran fiesta para pasar el fin de año, pero ¡es una sorpresa!, no puedo darte más detalles. Quiero hacerte feliz, amor. —Sigue abrazándome tanto que apenas me deja respirar. Intento aparentar normalidad, porque en lo único que pienso es en Olivia. Tengo que empezar a manejar esta situación, no quiero hacer sufrir a Chloe—. Sean, ¡te quiero! —dice totalmente exaltada y llena de ilusión—. ¡Creí que no podría soportar ni un día más sin verte! —añade dando pequeños saltitos de emoción.

S sonrío mientras me come a besos y abrazos. Ciertamente está contenta. ¡Ojalá pudiese corresponderla de la misma forma! Hace poco más de un mes hubiera sido así, sin embargo ahora es todo lo contrario. Debo replantearme nuestra relación porque hoy por hoy no me satisface y no deseo alargar algo que no funciona de forma innecesaria. Chloe no se lo merece en absoluto. Salimos del aeropuerto en dirección a mi domicilio. Tengo ganas de ponerme cómodo; en pocas horas estaría durmiendo con el horario de Madrid y aquí me queda aún gran parte del día.

Necesito descansar, porque mañana, 31 de diciembre, he de aguantar el tipo en la fiesta por todo lo alto que Chloe ha preparado. Acabo de darme cuenta de que no he conectado mi teléfono al salir del avión. Me despido de

Ethan y subimos al automóvil de Chloe, y mientras conduce empiezo a revisar los mensajes.

—¡Me ha dicho Ethan que la gira ha sido todo un éxito! ¡No sabes cuánto me alegro, Sean!, siempre he confiado en ti. Seguro que va a suponer un antes y un después en tu carrera; empiezas a ser no solo famoso, sino también reconocido a escala internacional. ¡Y eso me hace muy feliz, cariño!

—Estoy completamente seguro —contesto sin demasiado interés.

Termino de leer algunos mensajes de Ethan sobre la promoción del nuevo disco y de repente veo lo que en absoluto me esperaba: uno de Olivia. Me quedo paralizado, hasta el punto de no saber si abrirlo o no, la respiración se me acelera y siento que el corazón comienza a llevar su propio ritmo, bastante más rápido de lo deseable.

—¿Sabes? He aprovechado estos días para ir de compras; la celebración de mañana te va a sorprender, amor. ¡Y el vestido nuevo que voy a llevar te encantará! Te he echado tanto de menos..., ya sabes —dice con voz ronca.

Por supuesto que entiendo por dónde va, pero ahora mismo no puedo seguirla. He abierto el mensaje de Olivia y me parece, cuando menos, esperanzador. ¿Qué responderle? ¡Le diría cuánto la quiero! Pero no puedo, no en este momento.

—¡Sean!, ¿me estás escuchando?

—Disculpa, Chloe. Me parece fantástico todo lo que has preparado. Solo estoy contestando algunos mensajes. Enseguida estoy contigo.

Chloe se queda callada y enciende la radio; pone música y curiosamente escuchamos un tema mío. Aquí, en Toronto, es bastante habitual; mis canciones aparecen con frecuencia en distintas cadenas. Aprovecho este pequeño momento en el que ella no habla y contesto a Olivia.

Sean (14:05)

Olivia, ha sido todo un placer.
Estos días he podido disfrutar
de tu compañía.

Y me lanzo a la piscina.

Sean (14:06)

Me encantaría poder estar contigo más tiempo, lo sabes. No

pienso renunciar a ti. Seguiremos en contacto.
Te quiero.

Envío los mensajes. Demasiado directos, ¿no? No puedo evitarlo. Seguramente conteste pronto, son las ocho y siete minutos de la tarde en Madrid, aún debe estar despierta. Miro a Chloe y guardo el teléfono.

—Estoy completamente seguro de que la fiesta va a ser más que emocionante, y disfrutaré viendo tu último modelito —afirmo con voz ronca.

—Mmmm..., no hace falta esperar a mañana, ¿no?, ya hemos llegado. — Me mira muy profundamente y yo le devuelvo la misma mirada.

Sacamos los bultos del maletero y entramos en casa. Me la encuentro aireada y en perfecto estado de orden. Se nota que [Lily](#) ha dispuesto todo para mi regreso. Es de agradecer. Esta mujer es un tesoro.

Entramos y dejamos el equipaje de mano en el vestíbulo. De repente noto que Chloe se acerca mucho y muy peligrosamente, hasta el punto de no existir aire entre nosotros dos, me abraza y me besa con verdadero ardor. No tenía pensado hacer esto, pero no puedo resistirme; la rodeo y la beso con fuerza. Empezamos a quitarnos la ropa de forma desesperada y nuestras manos no hacen sino acariciar al otro con desmedido deseo.

—Cuánto te he echado de menos, Sean. —Suspira entrecortadamente—. No veía el momento de volver a estar contigo.

Sus palabras resuenan entre beso y beso, y de repente soy consciente de mi desnudez delante de ella. Me la sigo comiendo a besos, no puedo parar, pero empiezo a darme cuenta de que en mi mente no estoy precisamente con Chloe y no me parece que esté bien. Por respeto, paro de abrazarla y besarla.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunta ella.

—No, no es nada, Chloe, simplemente no me esperaba este recibimiento tan caluroso. Estoy algo cansado.

—Bueno, a eso le podemos poner remedio. Relájate, que yo me encargo de todo.

Terminamos en el sofá, deseándonos y disfrutando el uno del otro, deleitándonos con ardientes caricias, pero sin entrelazar nuestras almas. Me falta sentirme plenamente suyo y sentirla plenamente mía, gozar ambos en estrecha armonía. De sopetón, el teléfono suena y aprovecho para separarme de Chloe. Es Ethan.

—Hola, Ethan.

Me levanto del sofá y me dirijo a mi habitación para tener un poco de intimidad mientras Chloe se va a la cocina y comienza a preparar algo para el almuerzo. Aunque aquí es bastante tarde para comer, estoy hambriento.

—¿Qué tal te encuentras?

—Ahora un poco cansado, a estas horas estaríamos durmiendo en Madrid, pero esperaré a la noche para regular mi horario lo antes posible.

—Me alegro. Eso mismo haré yo. Escucha, hemos recibido muchos mensajes de agradecimiento por la gira europea. Ha sido un completo éxito, Sean. Por el momento haremos un breve parón por las fiestas, pero continuaremos en dos semanas, ¿te va bien?

—Sí, por supuesto. Seguiremos según lo programado. Una cosa. ¿en qué momento podré disponer de una semana libre?

Ethan se queda callado unos segundos.

—¿Estás pensando en regresar a Madrid? —pregunta con cierta inquietud.

—Sí —respondo secamente.

—Te ha calado muy hondo, ¿verdad?

—Demasiado hondo, diría yo.

—Déjame revisar la agenda. Creo que a finales de febrero tendrás unos días libres. Los conciertos y demás promociones publicitarias habrán acabado para entonces. Podrás descansar antes de que comience la gira por Estados Unidos, a finales de marzo.

—Perfecto, Ethan. Concreta las fechas y reserva vuelo y hotel.

—Estupendo. No quiero entrometerme, pero... ¿qué va a ocurrir con Chloe?

Hago una pausa de pocos segundos.

—Es asunto mío, Ethan, y es pronto para saber qué puede pasar, pero sí te puedo decir que mis sentimientos han cambiado radicalmente, es muy probable que deje esta relación.

—¿Sin saber qué puede pasar con Olivia?

—Eso es, aunque no resulte como a mí me gustaría, debo ser fiel y honesto con lo que siento.

—Me parece bien.

—Estupendo, Ethan, ponte en marcha ya.

—Te mantengo informado.

Regreso a la cocina. Huele fenomenal. Chloe ha preparado el almuerzo: sándwich de *boeuf fumé* —pan integral, carne de buey ahumada con mostaza y

pepinillos—, acompañado con una ensalada de col. Nos sentamos tranquilamente mientras le cuento los detalles de la gira; los que creo que debo contarle y no precisamente los sucedidos en Madrid. Chloe es tremendamente alegre y su sonrisa siempre me ha cautivado. Ahora mismo disfruto mucho de su compañía; durante las giras, la soledad le vuelve a uno hogareño, o al menos así me sucede a mí. Me encuentro bien, pero el enfoque ha cambiado drásticamente. He de ser consecuente con ella, lo sé. Solo tengo que encontrar el momento adecuado para decírselo, no antes de mañana, después de lo mucho que se ha esmerado preparando la fiesta de fin de año.

Mi casa está situada en la parte norte de Toronto, en concreto en Lawrence Park, considerada como una de las áreas residenciales más exclusivas. No es de las casas más ostentosas, ni mucho menos, pero esta zona me aporta la tranquilidad y privacidad que necesito.

Es de una sola planta, muy espaciosa, con cuatro dormitorios, una gran cocina con *office* y una cómoda sala de estar con chimenea. Además, está rodeada por una bonita zona ajardinada y tiene una piscina climatizada. De las cuatro habitaciones, la principal posee su propio baño y un gran vestidor, otra la utilizo a modo de despacho, y las otras dos son para los invitados o para mis hermanas y sus familias o amistades. También hay un garaje para dos coches separado de la planta principal.

Para mí es más que suficiente; no necesito más espacio, y pese a que, por mi condición de persona famosa, mi existencia precisa de una serie de requisitos indispensables en cuanto a privacidad se refiere, vivo de forma bastante sencilla; me gusta saborear los pequeños placeres sin grandes lujos ni excentricidades y eso me ayuda a mantener los pies en el suelo. En este mundo es muy fácil caer en extravagancias totalmente innecesarias que pretenden dar sentido a la vida, cuando en realidad no hacen sino alejarte de ella. Y cuando la fama, las giras y los eventos se acaban es cuando se cae en el pozo. Quiero evitar esto a toda costa y disfrutar de mi privacidad todo lo posible.

Pasamos la tarde en casa comentando lo que nos ha sucedido en este tiempo; me doy cuenta de lo superficial que es Chloe. No es algo que no supiera de antes, pero ahora veo las cosas desde otra perspectiva, comparar su día a día con el de Olivia me abre los ojos. Soy plenamente consciente de que, al margen de mis sentimientos por ella, mi forma de pensar y de ser se acercan mucho más al estilo de Olivia que al de Chloe. Tengo que decírselo cuanto antes, soy incapaz de engañarla aun sin tener nada con Olivia. En esta ocasión se trata de mí y de lo que quiero para mi vida. ¿Me gustaría vivirla con

Olivia? Por supuesto que sí. Pero si no fuera así, tampoco veo un motivo para compartirla con alguien con quien no me identifico. Decido esperar a que pase la fiesta de Nochevieja; no quiero estropear algo que ha preparado con tanto cariño y esmero para mí.

—Sean, te encuentro distinto, como si te hubieras alejado de mí.

—No, es solo que estoy cansado, mi cielo. Ha sido una gira con muchos conciertos en unos cuantos países y escasos días de diferencia entre unos y otros. Pero estoy muy contento con el resultado.

Chloe me mira pensativa, creo que intuye que hay algo extraño, pero de momento no indaga más.

—Por supuesto. Te dejo ya, querido, descansa. Nos vemos mañana por la tarde. Ponte elegante para la fiesta —sugiere con una sonrisa mientras me guiña un ojo.

—¡Faltaría más! —respondo. Nos damos un beso. No siento mariposas.

—¡Recuerda que tienes que estar a las siete en el Hotel Grand Columbia!, ¡no me hagas esperar! —Y se despide sonriente mientras se ajusta el abrigo antes de salir de casa.

Me despido también sonriendo y conforme sale de la parcela cierro la puerta y aprovecho para ir a mi habitación. Lily ha colocado la ropa en el vestidor y la parte que falta debe de haberla dejado para lavar o planchar. Son las nueve y media de la noche, me dispongo a cepillarme los dientes y ponerme el pijama, necesito un buen sueño reparador. Mañana me espera un día intenso y tengo que descansar.

Capítulo 16

Mi vida transcurre con monotonía, sin que ocurra nada extraordinario. Me levanto pronto, salgo a correr media hora, después me ducho, desayuno, y ensayo hasta la hora de la comida. Almuerzo en soledad mientras veo las noticias y descanso un rato para retomar el ensayo durante un par de horas más, y dejo para media tarde las diversas tareas que tenga pendientes. A diario no salgo ni mantengo demasiado contacto con el exterior, me he acostumbrado a estar sola y a gusto conmigo misma, y no necesito sentirme entretenida por personas. Los días que voy a la orquesta estudio únicamente por las tardes, y los sábados ensayo con el cuarteto de cuerda durante toda la mañana. Cuando se acerca algún concierto, el ritmo de trabajo aumenta hasta acaparar prácticamente todos los días. Mi existencia está copada por la música, mucho más desde que estoy sola. Últimamente me encuentro más animada, al menos no siento ganas de llorar cada dos por tres o de lamentarme por los golpes que me ha dado la vida.

Hasta hace poco más de un año, todo era maravilloso. Disfrutaba de Juan, Martín y Javier y de mi pasión y mi trabajo por la música. Al final las heridas van apaciguándose con el tiempo, me voy serenando, lo cual no quiere decir que me olvide o que no recuerde mi existencia anterior. Las lágrimas ya no brotan a cada momento y empiezo a ser capaz de mirar hacia delante. Me ha costado muchísimo salir de la depresión en la que me encontraba; durante un tiempo más largo de lo deseado la esperanza de seguir adelante se esfumó, ¿para qué si no podía disfrutar con los seres que más quiero?, ¿cuál era el sentido de mi vida aquí, sola, triste y vacía? Constantemente me hacía esas preguntas, resonaban y resonaban sin parar. Un año antes me sentía plenamente realizada, podría decir que había encontrado la felicidad. Estaba enamorada de Juan y amaba profundamente a mis hijos.

Después de diez años de matrimonio habíamos alcanzado una madurez en el amor hermosa y bonita. Le quería con locura y me sentía plenamente amada. Siempre me cuidó y estuvo atento a mí; su forma de darse fue increíble.

Hace pocos meses cambié de domicilio, el piso donde vivía era demasiado grande para una persona y además me traía demasiados recuerdos

dolorosos. Tenía cuatro dormitorios, lo suficientemente espacioso para todos los que éramos entonces. Lo vendí con relativa facilidad y me mudé a uno con dos habitaciones en el casco urbano del pueblo. El tamaño es el justo para mí. Lo que más me gustó fue la tremenda luminosidad que hay durante el día, gracias a los grandes ventanales tanto del salón como de los dormitorios. En el mío dispongo de un amplio vestidor y un baño, y el otro lo he preparado como cuarto de música, que insonoricé en cuanto compré el piso para evitar molestar a los vecinos.

En el cuarteto de cuerda tenemos una programación permanente en distintos centros culturales y amenizamos eventos privados en hoteles y otros lugares. Con todo esto tengo ya más que suficiente; hace un tiempo daba clases a chavales en escuelas de música, pero lo dejé en cuanto la actividad concertista empezó a ocuparme demasiado tiempo; tenía que reservar también espacio para Juan y mis hijos. Hoy en día tampoco quiero complicarme más la existencia; con lo que gano y la pensión de viudedad vivo tranquila. Además, me quedó bastante dinero de la venta de la casa anterior incluso después de amortizar la hipoteca pendiente, que no era muy grande.

Mientras pienso en todo esto, suena mi teléfono. Lo cojo y miro el mensaje que acabo de recibir:

Marcos (19:05)

Hola, Olivia, ¿cómo vas? Me han llamado para un evento.

Quieren un trío de piano con violín y violonchelo. Es en el hotel Ritz, el día 4 de enero. ¿Te viene bien?

Mis compañeros del cuarteto también son compañeros de la orquesta; Marcos, el violín concertino; Cecilia, violín segundo, y Xavier, viola. Xavier y Cecilia son pareja desde hace más de cuatro años, y Marcos ahora está divorciado y sin compromiso. Todos han sido un gran apoyo para mí este último año. Aparte de Carmen, Marcos ha estado siempre ahí para lo que necesitase. Lo respeto y valoro mucho como profesional, es un excelente violinista de enorme talento y sensibilidad y pone pasión en todo lo que hace. Se entrega sin límites y es muy exigente con cada proyecto en el que participa; siempre es un enorme placer tocar con él.

Reviso la agenda. No tengo nada programado para esa noche. Será una bonita forma de pasarla.

Olivia (19:07)

Genial. Lo tengo libre. ¿De qué se trata y cuál será el repertorio?

Marcos (19:08)

Es un acto para promocionar un libro. Amenizaremos la recepción. El libro está ambientado en el clasicismo. Quieren música acorde. He pensado en el *Trío en sol mayor*, de Mozart.

Olivia (19:09)

Bien, lo tenemos ya montado de otras veces. Quedamos entonces el día 1 por la tarde. ¿Tenemos disponible el local de la orquesta para ensayar con el piano?

Marcos (19:09)

Sí, ya lo he hablado y tengo las llaves. Nos acompaña Rebeca al piano. Nos vemos a las cinco.

Olivia (19:10)

OK. Besos

Como esa semana no tenemos ensayos con la orquesta, podremos dedicar tiempo suficiente.

Mientras me mantengo ocupada, menos pienso en mí y en mi vida tal y como es ahora. Voy viviendo el día a día sin ningún tipo de programación o proyección de futuro, pero por el momento es suficiente. Así lo quiero y así voy decidiendo en el corto plazo qué hago o dejo de hacer.

No dedico tiempo a la diversión, porque tampoco me apetece demasiado, todo me recuerda a Juan y ahora no concibo esa faceta sin él. Me quedo pensativa durante unos instantes y decido salir a dar un paseo, aunque haga frío. Pasar tanto tiempo sentada no es bueno, aunque me haya dado mi carrera matutina. Mientras camino hago memoria auditiva del trío que vamos a interpretar; me parece fantástico y muy interesante para mí. En esta obra el violonchelo es un perfecto compañero para el violín y no un bajo continuo que acompaña. Lo hemos tocado en ocasiones anteriores, por lo que en una semana nos dará tiempo a tenerlo a punto.

* * *

Suena el despertador a las ocho y media de la mañana. Miro por la ventana. Hace tiempo que ha amanecido y una bonita nevada cubre las calles y la parcela. Tenía pensado salir a hacer ejercicio, pero me temo que tendré que suspenderlo. Necesito un buen café para comenzar el día y voy directa a la cocina. Mientras lo preparo suena el teléfono.

—¿Sí? —respondo. Es mi hermana Sylvie.

—¡Hola, Sean!, ¡qué bueno escucharte!

—¡Hola, Sylvie!, ¿cómo estás? —contesto con emoción. Sylvie es mi gran amiga además de hermana. Siempre ha cuidado de mí y hemos tenido una relación especial. Nos queremos muchísimo y adoro a sus dos hijos, los amo con locura.

—Todo bien, gracias a Dios. ¡Tengo unas ganas locas de verte!

—¡Y yo también!

—Salimos en unos minutos a Toronto, para estar contigo y con Catherine este fin de año. Esta tarde nos vemos. ¿Qué tal ha ido la gira?

—Ha sido maravillosa, Sylvie, muy cansada, pero todo un éxito. Estamos muy contentos con el seguimiento que ha tenido tanto de público general como de fans.

—¡Me alegra muchísimo! —confiesa entusiasmada— Estoy muy orgullosa de ti. Te lo has ganado a pulso, nadie te ha regalado nada, lo sabes.

—Lo sé.

—Perfecto. Nos vemos entonces esta tarde.

Los comienzos fueron duros. De adolescente me presentaba a concursos continuamente y nunca conseguía que nadie se fijase en mí, hasta que en un determinado momento sucedió lo inesperado: gané un concurso en mi ciudad. A partir de ese momento ya no tuve cantar en locales pequeños y sin ninguna repercusión. Todo empezó a crecer como la espuma y pronto mi carrera empezó a ser nacional, en Canadá. De ahí, el salto a Estados Unidos fue algo totalmente natural. Poco a poco fui adquiriendo notoriedad hasta que lancé mis primeras giras internacionales, que sorprendentemente marcharon mejor de lo esperado. Me centré en aquello que más me gustaba; el soul y el *jazz*, y ahora es cuando puedo programar los discos con más tranquilidad, sin tener que sacarlos cada año o cada dos, de forma obligatoria, para que no disminuya la expectación. En este momento estoy en lo más alto de mi carrera artística y puedo elegir mejor los temas, me implico totalmente en la producción, en la

composición y en los arreglos. Pero, sobre todo, siempre decido lo que yo represento y siento, es en esos temas donde sé que puedo dar más de mí y transmitir con mayor intensidad.

Esta es mi vida y mi pasión, y soy agraciado porque he podido hacer lo que más me gusta. He llegado donde jamás hubiese pensado llegar. Vivo muy bien, pero siempre siendo consciente de mis humildes raíces. Mi forma de vida es sencilla y así quiero que siga. No puedo hacer nada que no vaya con mi estilo ni conmigo, deseo disfrutar con lo que hago y con cómo lo hago.

Para la fiesta de fin de año me pongo mi esmoquin a medida de color azul muy oscuro, recto y con solapas redondas de seda de gran abertura. Lo acompaño con una camisa blanca de hilo, lisa, con el cuello bajo y de puño doble, para los gemelos. La pajarita es negra, de seda y de lazo. Como la chaqueta es de corte recto, utilizo un fajín a juego con la pajarita. El pantalón tiene un corte clásico, con la típica cinta lateral a juego con la solapa de la chaqueta. He de reconocer que me queda como un guante. Salgo de casa y me dirijo al hotel donde Chloe ha preparado la fiesta. Al acceder por la puerta principal escucho música en el interior, a modo de hilo musical; son temas míos, de los más conocidos, y en cuanto entro al salón me espera ella, con un vestido totalmente deslumbrante y atrevido. Es de color rojo, de talle recto y largo hasta los pies, sin mangas, deja su espalda al aire hasta un poco más bajo de la cintura y unos suaves volantes caen desde los hombros por la parte de atrás y llegan hasta el suelo. Está seductora a más no poder. Se ha hecho un bonito recogido en el cabello que deja al descubierto su rostro perfecto y su sensual espalda. Me recibe con una sonrisa de oreja a oreja, tendiéndome una copa de champán.

Me acerco a ella sonriendo con paso decidido y le doy un beso tierno en los labios, que se ha pintado de color carmesí. En el salón se encuentra la familia más cercana, mi hermana Sylvie con su marido y sus dos hijos, mi hermana Catherine, su esposo y su hija. Diviso al hermano de Chloe con su novia, y a Ethan con una nueva acompañante que aún no tengo el gusto de conocer. También veo a algunos amigos cercanos. En total somos unas veinte personas, una cantidad adecuada para disfrutar de una fiesta de fin de año.

El salón está finamente decorado en tonos champán, con detalles y complementos que combinan con el blanco aportando elegancia y luminosidad. No pierdo de vista diversas estrellas blancas, coronas y bolas de distintos tamaños a juego. En un lateral hay un gran árbol de Navidad con discretos acentos en los mismos tonos, que realzan y enfatizan el ambiente festivo. Todo

es armonía, elegancia y exquisitez. La mesa central, grande, rectangular, aparece engalanada con centros de velas, piñas y bellotas pintadas en tonos metálicos que combinan con el resto de la decoración. El mantel es de color beis, liso, y se alarga hasta el suelo; la vajilla combina el blanco y el champán de forma delicada, y la cristalería y la cubertería son elegantes y finas.

—Querida familia, amigos y Chloe. Muchísimas gracias por esta gran sorpresa. Para mí es muy importante que estemos todos aquí reunidos. Sabéis que las giras por el extranjero son duras; estar lejos de vosotros me duele. — Me dirijo a Chloe—: Querida, te agradezco todo tu esfuerzo por hacer esto posible para mí, eres muy especial. —Le doy un tierno beso en los labios y alzo mi copa dirigiéndome al resto—. A todos vosotros, por estar aquí conmigo, por ser lo más importante en mi vida, os quiero. La soledad que siento en mis giras sería insoportable si no supiese que aguardáis mi regreso. Quiero que sepáis que no concibo mi existencia sin una familia tan maravillosa y unida, sin unos amigos que están en mi corazón, en lo más profundo. —Doy varios golpes sobre mi pecho y me emociono..., no soy capaz de seguir sin que me tiemble la voz—. Vosotros lo sois todo. ¡Feliz Año Nuevo!

Brindamos por un nuevo año que esperamos que venga repleto de éxitos, y a continuación nos sentamos para comenzar la cena. Todo discurre de forma tranquila y entrañable. Gracias a Dios, nos llevamos bastante bien, lo cual ayuda a que la velada transcurra a la perfección. Para mí no hay nada más bonito que disfrutar de todos ellos, sobre todo después de casi un mes sin verlos.

La cena la sirven los empleados del hotel. No falta el tradicional pavo relleno acompañado de un fino puré de patatas y una exquisita salsa de arándanos y verduras a la plancha. El ambiente es agradable y muy familiar, como a mí me gusta. Reconozco la valía y la excelente de idea de Chloe, pero lamentablemente no puedo disfrutar con ella pensando al mismo tiempo en Olivia; Chloe no merece que no esté en cuerpo y alma.

Terminamos justo a tiempo para recibir el nuevo año disfrutando de los fuegos artificiales que tienen lugar sobre el Toronto City Hall; nuestro emplazamiento es privilegiado para deleitarse con ellos. La tradición marca reunirse en Nathan Phillips Square, donde además hay bailes y conciertos durante toda la noche, pero nosotros preferimos la tranquilidad que nos ofrece nuestra ubicación. Chloe se acerca a mí y nos damos la mano mientras vemos el espectáculo, aparentemente felices. Reconozco que siempre me ha gustado

verlos, y si estoy bien acompañado, mejor que mejor. Este año es distinto, obviamente, pero no es el momento de hablar con ella. Cuando los fuegos finalizan, agotamos nuestras copas de champán y nos besamos cálidamente.

—Te amo, Sean. Pido para que esta magia que vivimos no se rompa nunca. —Sonríe mientras habla.

La veo totalmente feliz. Y me vuelve a besar en los labios. Nos fundimos en un suave abrazo hasta que empieza a sonar la música; y el baile comienza. Pasamos todos al salón y allí continuamos el resto de la noche, saboreando cada momento. Aunque mi cuerpo está en Toronto, mi mente ha viajado a Madrid. Cojo el teléfono y escribo:

Sean (00:24)

Feliz Año Nuevo, Olivia. Te deseo todo lo mejor, te lo mereces. Confío en que me hagas partícipe de tu vida cuando tengas para mí un rincón en tu corazón. Te quiero.

Capítulo 17

Son las seis de la tarde del día 31 de diciembre. Este año no quiero ir a ninguna fiesta ni a ninguna casa, tampoco quiero recibir a nadie. Necesito sosiego para mis recuerdos, en cierto modo tan dolorosos, en cierto modo tan alegres, añorando los buenos momentos con Juan y los niños. Ya es de noche, no enciendo ninguna luz y prendo un par de velas que rodean la imagen de la Virgen con el Niño. Permanezco en silencio durante un buen rato, agradeciendo las cosas buenas que me suceden, a pesar de lo abatida que he estado todo este tiempo. Ha sido insoportablemente doloroso, melancólico y lúgubre. Me he querido morir en multitud de ocasiones, he vivido de forma totalmente lastimera, sin poder levantarme de la cama, queriendo sufrir el mismo destino que mi familia, haciéndome siempre la misma pregunta: ¿por qué ellos y yo no? Los sentimientos de rabia e incredulidad estaban a la orden del día, al margen del agotamiento mental y físico, que me sobrepasó; me sentí bloqueada emocionalmente.

El tiempo, sentirme apoyada por mis amigos y mis hermanos, y centrarme en la música han suavizado el dolor, y hoy lo vivo de otra forma, aunque no por ello con menos intensidad. Solo he ido dejando atrás lamentos y desolación y acordándome de los buenos momentos, de lo feliz que he sido..., hasta que un día he despertado con ganas de seguir adelante. Ahora mismo siento más añoranza que dolor. Y también me vienen a la cabeza los días que he vivido con Sean; he de reconocer que me he divertido y me ha sorprendido gratamente.

Sonrío recordando los más especiales... a pesar de que también me hizo sentir tremendamente incómoda cuando me expresó sus sentimientos. Mi corazón sigue estando prisionero, ha transcurrido poco más de un año desde el fatídico accidente de tráfico.

Apago las dos velas y enciendo la luz tenue de la pequeña lámpara que tengo sobre la mesita de los sofás. No voy a cenar nada especial: una crema de calabacín con zanahoria y patata, y de segundo unos finos y tiernos filetes de rosbif que sobraron de la comida de Navidad y había congelado. En otra época habría preparado una cena especial, con sus deliciosos aperitivos y un

suculento plato principal, pero no ahora... De postre, saboreo una rodaja de piña natural que acompaño con unas gotitas de Cointreau. Ni siquiera tomo las tradicionales doce uvas al compás del reloj de la Puerta del Sol, ni abro un mini de champán para brindar por el nuevo año. Me limito a ver cómo lo hacen los demás en los distintos programas de televisión que veo, sin prestarles demasiada atención. Al cabo de un rato, y una vez recibidos unos cuantos mensajes de felicitación por el nuevo año, apago el teléfono móvil y me voy a la cama, bostezando al mismo ritmo de mis pasos conforme entro en mi habitación. Me reconforta zambullirme en el interior del edredón. Mentalmente deseo buenas noches a Juan, a Martín y a Javier, y permanezco despierta hasta que encuentro la postura correcta para dormirme. En ese momento caigo rendida.

A la mañana siguiente me despierto relativamente pronto, en torno a las nueve. Me desperezco y voy al baño para beber agua. Cojo el teléfono móvil, lo enciendo y leo los mensajes de Sean de los días 30 y 31...

¡Qué bárbaro!, ¡este hombre no cesa en su empeño!... Pero me hace sonreír. Y decido contestarle de una forma totalmente neutra:

Olivia (09:10)

Feliz Año Nuevo, Sean. Disfrútalo con la familia y seres queridos.

Un abrazo

Dejo el teléfono, me pongo ropa deportiva y desayuno ligeramente para a continuación salir a correr; hoy estaré completamente sola mientras el resto de la ciudad duerme.

* * *

Aprovecho un breve descanso musical para acercarme a Sylvie y a Catherine, que permanecen sentadas, calmando sus doloridos pies tras varias horas bailando con tacones imposibles.

—¡El eterno sufrimiento de las mujeres! —comento conforme alzo las cejas—. ¿Es necesario padecer para estar bellas? De verdad, ¡no lo necesitáis!

—¡Ay, hermanito! —habla con descaro Catherine—. De veras me encantaría, pero estarás de acuerdo conmigo en que un buen zapato con tacón es muy elegante y realza la figura.

—Sí, mientras no tengáis que sufrir tanto. ¡Nunca lo he entendido!

—Apuesto a que si Chloe no llevase unos buenos tacones con ese impresionante vestido, no lo luciría de la misma forma —se ríe Sylvie.

Se me quita la sonrisa de la cara cuando la menciona. Debo encontrar el momento adecuado para hablar con ella.

—¿Qué sucede con Chloe, Sean? —pregunta Catherine.

No sé si es el momento de conversar con mis hermanas, pero me decido aprovechando que Chloe está entretenida con algunos amigos y se la ve contenta y distendida.

—Venid las dos, tengo que contaros algo. —Las llevo a un rincón aparte, donde nadie nos pueda escuchar. Los músicos han parado unos minutos para descansar, así que podemos conversar sin tener que levantar la voz—. He conocido a alguien en Madrid. —Sylvie y Catherine me miran fijamente, con asombro—. Fue totalmente circunstancial, la tarde que llegué para comenzar la gira. Necesitaba relajarme y decidí pasear un rato. Al pasar por delante de una iglesia, vi que anunciaban un concierto de música clásica. No sé por qué, pero entré. Y la vi. Formaba parte de la orquesta, tocaba el violonchelo. La casualidad hizo que me sentase a escasos dos metros de ella; me quedé totalmente prendado viéndola tocar. Al finalizar no pude resistirme, tenía que conocerla. Es muy especial, la conexión que he sentido ha sido muy, muy profunda. —Las miro y veo que tienen su plena atención puesta en mí, totalmente atónitas.

—Sean..., ¿es algo pasajero? Llevas bastante tiempo con Chloe y pensaba que las cosas iban bien entre vosotros —argumenta Catherine—. De hecho, he dado por seguro que en breve anunciaríais vuestro compromiso...

—Eso pensaba yo hasta que conocí a Olivia. Al sentir lo que siento por ella he comprendido que mi relación con Chloe es por entero efímera y superficial. Conocerla ha cambiado mi escala de valores por completo.

Me fijo en que mis dos hermanas están atónitas, cuando menos. No entienden nada de lo que les estoy contando...

—¿Cuándo vamos a tener el gusto de conocerla? —pregunta Sylvie.

—No lo sé —respondo al mismo tiempo que me encojo de hombros y suspiro, con pesar—, en realidad, no hay nada entre nosotros dos.

—¿Y entonces? Ahora sí que no entiendo nada en absoluto. ¿Me estás diciendo que vas a dejar a la maravillosa Chloe por... nada?

—Sí y no, Catherine. Independientemente de dónde acabe esto, me he dado cuenta de que Chloe no es para mí y de que yo no soy para ella. Voy a poner todo mi empeño en conseguir a Olivia, cueste lo que cueste. No estoy dispuesto a perder esta oportunidad.

—Bien, hermano. ¿Cuándo piensas comunicárselo a Chloe? Ella está muy enamorada de ti, ambas la conocemos y estamos encantadas, ya sabes. Avísanos cuando se lo digas; va a ser una situación embarazosa para todos — advierte Catherine.

—Seréis las primeras en enteraros. Quiero hacerlo cuanto antes. Pero dejemos esta conversación para más adelante, solo os quería ir poniendo sobre aviso. Ahora no es momento de comentar nada más.

Los tres regresamos al salón, donde cada vez quedan menos invitados. Las he dejado completamente sorprendidas, lo sé. Soy consciente de que esta situación no será nada fácil para nadie, pero necesito aclararla cuanto antes, estoy completamente decidido. Recojo a Chloe, que está charlando animadamente con Ethan y algunos amigos comunes. Mis hermanas y sus familias ya se van y poco a poco todos empezamos a salir del hotel.

—Ha sido una fiesta impecable, Chloe. Muchísimas gracias por tu dedicación —le digo, y le doy un beso en la mejilla, sonriendo.

—Sean, te noto... ¿distante? —pregunta ella sorprendida.

—No, cariño, solo estoy agotado. Aún no he descansado bien del viaje. ¿Vamos a casa?

—Sí, por favor.

—¿Te he dicho que estás impresionante con ese vestido rojo? Me has dejado sin palabras.

—Cariño, si realmente es así, imagínate cómo te voy a dejar en cuanto me lo quite...

—Mmmm, eso quiero verlo. —Y nos vamos en coche a mi casa, a pasar lo poco que queda de la madrugada los dos juntos.

A la mañana siguiente me despierto cerca del mediodía. Chloe está a mi lado, plácidamente dormida. Me quedo mirándola unos instantes. Es extraordinariamente hermosa, muy cariñosa, esbelta..., y me quiere infinitamente. Reflexiono una vez más sobre la ardua decisión que he tomado, y me pregunto a mí mismo si estoy actuando bien. Estoy a punto de dejar a una mujer que está verdaderamente enamorada de mí, que hasta ahora me

satisfacía completamente, por alguien que probablemente no llegue a tener en mi vida. ¿Sería capaz de vivir con Chloe a pesar de no estar enamorado de ella? Sé que lo he hecho, plenamente convencido de mi amor por ella. ¡Un momento! ¿Amor o más bien cariño, estabilidad? Llevamos juntos poco más de un año, y a pesar de que tras la chispa inicial hemos ganado en serenidad, con Olivia he sentido esa chispa, pero, además, todo ha sido, sencillamente, mucho más penetrante e intenso, he experimentado un sentimiento de conexión muy íntimo. No sería fiel a mí mismo ni a Chloe si siguiese adelante con una mentira que no me llena y no siento profundamente. Debo dejarla libre para que encuentre su camino. La decisión está tomada. Cuanto antes se lo diga, mejor.

Me levanto y me dirijo a la cocina. Hago café y cocino unos panqueques de trigo para degustar con jarabe de arce, acompañados de lomo de cerdo ahumado. Me doy la vuelta para sacar la leche del refrigerador y me sorprendo al encontrarme a Chloe, que me mira desde la puerta. Está sonriendo y me observa con verdadero ardor.

Lleva puesta mi camisa, que le llega hasta la mitad de los muslos, perfectamente torneados. Tiene los primeros botones desabrochados. Está sensacional, sensual, irresistible...

—Hummm, el olor del café me ha despertado. Al llegar te he visto tan concentrado que no he podido más que pararme y admirarte. Te quiero, Sean.

—Me alegro de que te hayas despertado con tan buen humor. ¡Te he preparado un delicioso desayuno que casi va a ser el almuerzo de hoy!

—¡Ohhh, cuánto te he echado de menos, cariño!, ¡he tenido que apaciguar mi deseo de tenerte con las típicas compras navideñas! Ni se te ocurra dejarme aquí la próxima gira que dure más de quince días. ¡No creo que pueda resistirlo más! —comenta en tono burlón.

—Vamos, cariño, ven, desayunemos juntos.

Damos cuenta del café, los panqueques y el lomo de cerdo ahumado con verdadera ansia.

—¡Parece que no haya comido en un siglo!, ¡qué hambre! Pero, sobre todo, de lo que más estoy disfrutando es de compartir este momento contigo, Sean.

—Claro que sí, Chloe. ¡Vamos, come!

Cuando acabamos, recogemos los platos y vasos mientras charlamos sobre la gira, sobre todo de curiosidades de los distintos países que he visitado en este último mes. Nos duchamos juntos y a continuación nos

vestimos. No tengo nada urgente que hacer estos días. Ethan me ha dejado la agenda libre para que pueda descansar; en breve reanudaremos los conciertos por Canadá y Estados Unidos. Miro por el ventanal de mi habitación; hay bastante nieve en la calle. Observo al vecino de la parcela de enfrente despejar con una pala la entrada a su vivienda. Al menos la mía está sorprendentemente limpia, justo lo suficiente como para que podamos salir. En el salón, Chloe revisa los mensajes en su teléfono. Ahora es el momento, lo sé. Me aproximo con precaución y noto que mi respiración empieza a acelerarse.

—Chloe, siéntate a mi lado. Tenemos que hablar —digo en tono serio—. Vamos, siéntate.

—¿Qué pasa, Sean? —Me mira con semblante interrogativo. Deja el teléfono sobre su bolso y se sienta junto a mí.

—Chloe, lo que te voy a decir no es nada fácil para mí. Tampoco lo va a ser para ti.

—No te entiendo —me interrumpe. La veo lógicamente preocupada.

—Déjame continuar, por favor... He retrasado mi vuelta porque he conocido a alguien en Madrid.

Me mira sin comprender, pero intuyendo por dónde va a ir la conversación. Permanece callada.

—No ha pasado absolutamente nada, puedes estar tranquila. Es más, no tengo ninguna seguridad de que todo esto vaya a seguir adelante. Pero conocerla me ha llevado a reconsiderar nuestra relación.

—Sean, ¿acaso estás poniendo fin a lo nuestro? Porque si es así, no entiendo nada en absoluto. ¿Todo lo que hemos vivido ha sido una auténtica mentira? —Levanta el tono de voz considerablemente.

—No, Chloe, no lo ha sido, de hecho, te quiero..., pero no lo suficiente. No siento una conexión real contigo. Hasta ahora no he sido consciente de ello.

—Mira, Sean, ¿te has quedado prendado de un sueño!, ¿acaso no es así?, ¡despierta! La vida no es un sueño, es vivir el día a día con la persona a la que quieres, tanto en lo bueno como en lo malo, y me estás diciendo que me quieres. ¡Sigo sin entender nada! —Está enfadada y gesticula con sus brazos bruscamente. En estos momentos me esfuerzo por mantener la calma.

—No se trata de ningún sueño, ni siquiera de una promesa de lo que pueda llegar a ser. Ya te he dicho que ni me he acostado con ella ni hemos llegado a realmente nada, es más, me atrevería a decir que no he despertado ningún sentimiento profundo en ella.

—¿Entonces?, ¿vas a dejarlo todo por algo así? Perdóname que te diga, Sean, ¡pero estás loco! —responde con sarcasmo. Se levanta enojada y empieza a andar de un lado para otro del salón. La observo detenidamente, sin pronunciar palabra. He de dejar que acepte lo que está escuchando. Se queda en silencio, meditando qué decir—. Sean, me decepcionas. No me puedo creer que tires por la borda todo lo que tenemos por algo efímero. ¿Qué hay de la fidelidad?, ¿qué hay de nuestros sueños?, ¿cómo eres capaz de hacerme esto? Te amo, Sean, te amo hasta lo más profundo, me he entregado plenamente en esta relación y me has hecho creer que todo era fantástico..., sinceramente, me decepcionas.

—Chloe, esto me está costando mucho decirlo, igual que a ti aceptarlo. No te lo estaría contando si no estuviese completamente convencido. Ya no se trata de si llego o no a tener algo con esta otra persona, sino más bien de que no siento lo que debería como para comprometerme contigo para el resto de mi vida. Lo lamento mucho, de veras, no sabes cuánto. Mi intención no es hacerte daño, quiero dejarte libre para que puedas encontrar a alguien que esté verdaderamente enamorado de ti. —Me levanto y me acerco a ella.

—¿Qué he hecho mal?, ¿por qué no soy ahora suficiente para ti?

—No has hecho nada mal, esto va de mí y de mis sentimientos. Tú siempre has estado magnífica.

¡Zas! De repente noto la bofetada que me acaba de dar en la mejilla. Ha sido tan fuerte que he tenido que dar un paso hacia atrás. Me toco el pómulo, totalmente dolorido.

—¡Canalla!, ¡en cuanto has tenido la más mínima oportunidad te has ido con otra! —Me empuja para poder ir directa a la habitación y recoger sus cosas. Cuando sale, agarra el bolso y el teléfono. La miro y no hago más que sentirme profundamente abatido..., esto no es fácil, nada fácil. —¡Te arrepentirás de esta decisión, Sean!, ¡lo juro! —Está aún más enojada.

Se pone el abrigo y desaparece de mi casa dando un portazo nada más salir. La pared retumba y se hace un molesto e incómodo silencio. Comienzo a dar vueltas por el salón. Espero no haberme equivocado. Chloe es, sinceramente, magnífica, espléndida. He disfrutado mucho con ella, lo hemos pasado a lo grande. Reconozco que me salen un par de lágrimas. Cojo mi teléfono y envío el mismo mensaje a Sylvie y a Catherine:

Sean (14:24)

Acabo de terminar mi relación con Chloe. No quiero hablar ahora. Ha sido muy duro.

Regreso a mi habitación y me pongo ropa deportiva. Aunque haya nieve, afortunadamente la carretera está más o menos despejada. Necesito quemar adrenalina.

Salgo a la calle y comienzo a correr, con cuidado, al ritmo suficiente para poder dejar la mente en blanco. Ahora mismo no quiero pensar, solo deseo olvidar. Espero no arrepentirme, confío en mi intuición. Hasta ahora no me ha jugado malas pasadas, más bien todo lo contrario. A pesar del mal momento, sé que mi comportamiento es coherente con lo que siento. Alargar esta situación nos haría daño a los dos y la tensión no haría más que crecer irremediabilmente. Al fin y al cabo, las relaciones son de dos, y si uno no quiere..., sencillamente no hay nada más que hacer.

Capítulo 18

Llego al local de la orquesta para el ensayo del trío. Rebeca está sentada frente al piano y Marcos sacando el violín de la funda.

—¡Ya estoy aquí, disculpad! —anuncio mientras avanzo con rapidez y la respiración entrecortada. Me siento y coloco las partituras en el atril.

—Bien, danos un la, Rebeca, vamos a afinar.

Escuchamos el inconfundible sonido y Marcos y yo afinamos nuestros instrumentos tomando como base exactamente esa misma nota. Una vez que lo tenemos, afinamos el resto de las cuerdas.

—El objetivo de este ensayo es ir cogiendo equilibrio en la calidad sonora, enfatizar los diálogos de cada uno y cuidar al máximo la afinación —puntualiza Marcos—. Así pues, señoritas, ¡comenzamos!

Y empieza a sonar la música. Los tres estamos totalmente concentrados y metidos en la obra. La edición de la partitura que utilizamos es la misma, para evitar discrepancias que pueda haber entre las distintas ediciones y posteriores revisiones. Días atrás hemos estado trabajando nuestra parte individual y escuchando distintas grabaciones con la partitura general. De esta forma se captan todos los matices que el compositor ha querido incorporar en su composición; los detalles son de máxima importancia. Tocamos, paramos, corregimos y repetimos, y así sucesivamente hasta que nos sentimos satisfechos con la interpretación tan personal que vamos haciendo de la obra. Y así se suceden los minutos y las horas. Terminado el ensayo, recogemos y nos vamos después de cerrar el local.

—¿Os apetece tomar algo? Me ha parecido ver que el bar de la esquina está abierto —comenta Marcos.

—Si no os importa, yo no me quedaré, tengo bastante prisa hoy. ¿Nos vemos mañana a la misma hora?

Rebeca suele tener prisa, su vida es complicada y tiene el tiempo totalmente milimetrado. Yo acepto la propuesta.

—Te acompaño, Marcos.

—Genial, Olivia. Rebeca, proseguimos mañana. ¡Chao!

—¡Adiós! —se despide ella.

Marcos y yo nos dirigimos al bar a paso lento.

—¿Qué tal has pasado la Nochevieja? —le pregunto.

—Bien, salí con algunos amigos después de las doce campanadas y estuvimos en un *pub* que habíamos alquilado. El ambiente era estupendo y no estaba lleno de gente, que es lo que queríamos. ¿Y tú?

—Yo... en realidad no tenía ganas de ninguna diversión, estuve en casa y me fui pronto a dormir.

Marcos me mira pensativo. Tiene unos ojos marrones preciosos, pues aunque el color es de lo más normal, resultan increíblemente expresivos; muestran con calidez su enorme sensibilidad.

—¿Qué tal te encuentras? Te noto más serena, ¿no?

—Sí, no puedo negarlo.

Entramos en el bar. Está medio vacío, normal en un día como hoy. Lo raro es que hayan abierto.

—¿Qué te apetece tomar?

—Creo que una tónica.

—Por favor, una tónica y una cerveza sin alcohol —le dice Marcos al camarero—. Me alegro un montón, Olivia. —Parece sincero.

—Sí, yo también. Creo que empiezo a sentirme más tranquila.

—¡Eso es genial!

Pasa su brazo por encima de mis hombros y me acerca a él. Estamos muy juntos, uno pegado al otro. Me mira intensamente, demasiado intensamente, y yo le sostengo la mirada sin saber muy bien qué decir. Marcos es increíblemente guapo, y su sonrisa, hechizante.

—Sí, el tiempo calma el dolor.

Aparto mi mirada de él y aprovecho para dar un sorbo a la tónica. Sigue abrazándome..., me aprieta con un gesto cálido y me suelta.

—Olivia, ya sabes que estoy aquí para lo que necesites. Si un día quieres salir como ahora, llámame. Si te despiertas y no te ves con fuerzas para levantarte de la cama, llámame. Si tienes ganas de llorar, hazlo, pero llámame. Al final, las penas, cuando se comparten, se hacen más llevaderas.

—Lo sé, Marcos, lo sé. Te lo agradezco. Pero créeme que no lo he hecho hasta ahora porque necesitaba estar sola. —Me mira con afecto y me separo más de él; estamos demasiado juntos—. Ahora mismo me encuentro mejor, ¡muchas gracias!

—Me alegro muchísimo por ti. Durante mucho tiempo no has sido ni la sombra de lo que eras. Sé que has pasado por algo tremendamente terrible; no

sé cómo lo hubiera encajado yo si me hubiese pasado lo mismo, pero ¡apóyate en tus amigos!

Marcos está realmente preocupado y me hace sentir acompañada, muy acompañada. Me observa con verdadero interés y habla despacio y muy calmado. Yo intento no mirarle a los ojos y desvío constantemente los míos hacia la bebida, que agito con distracción. Se está comportando de una forma bastante intimidante. Él es un seductor nato, y en estos momentos sabe cómo crear un clima en el que me sienta cómoda. Es un maestro de la expresión en todos los sentidos, no solo en el plano musical. Verle tocar el violín es un espectáculo, no solo toca con las manos, también con el corazón y el alma. Reconozco que nos compenetramos a la perfección; hay muchísima química en nuestras interpretaciones, que, indiscutiblemente, cautivan al más profano. Continuamos charlando un rato más hasta que nos acabamos la bebida y nos despedimos hasta el ensayo de mañana.

Según entro por la puerta de casa, suena mi teléfono. Lo miro. ¡Es Carmen!, ¡qué mujer!

—¡Hola, Carmen!

—¡Hola, Olivia! ¿Qué tal va todo?

—Me pillas entrando en casa, espera, que dejo el bolso... ¡Ya estoy!

—¿Dónde has estado?

—Ensayando con Marcos y Rebeca. Nos han contratado para tocar en el hotel Ritz, en la presentación de un libro nuevo.

—Ah, fenomenal —responde con cierto interés—. ¿Qué tal le va a Marcos después de su divorcio?

—Yo le veo estupendamente. Hace ya tiempo, y además fue él el que lo pidió, ¿no?

—Sí, creo recordar. Me da la sensación de que le gustas.

—¿Ya estamos otra vez? —cuestiono con ciertas reservas—. Parece que guste a bastante gente, según tú.

—Nooo, ¡qué va!, lo de Sean ya lo sabemos, él mismo te lo ha dicho. Pero lo de Marcos es algo que me huelo desde hace algún tiempo. Tengo que reconocer que, si es así, está siendo muy paciente contigo.

—Vaya, veo que no me puedo quejar en absoluto —afirmo. Solo con mencionar a Sean me vienen a la mente escenas vividas estos últimos días que recuerdo con cierta nostalgia. De pronto pienso que en realidad no le conozco de nada, y que todos podemos ser maravillosos cuando nos esforzamos en momentos controlados. Es en el día a día cuando conoces verdaderamente el

carácter y las inclinaciones de cada persona. A Marcos le trato bastante, y por eso me sorprende lo que me dice Carmen—. ¿He estado tan ciega este último año?

—No, ¡para nada! —se mofa.

—En serio, Marcos y yo tenemos una sintonía muy buena, pero solo en lo profesional; no ha traspasado nunca el plano personal y emocional y no tiene por qué hacerlo ahora, ¿no te parece?

—Bueno, en realidad antes estabas felizmente casada, lo cual hacía más complicado mantener una relación. Ya sabes, si no hay crisis en el matrimonio, las probabilidades son escasas. Pero ahora te estás reponiendo de la terrible pérdida que has sufrido, ¿por qué no en este momento?

—No lo veo —afirmo, plenamente convencida. Nunca he pensado en Marcos de otra forma distinta a la profesional y ahora mismo tampoco me atrae.

—Otra cosa. —Cambia de tema—. Te llamo para sacarte de esa vida tan enclaustrada que llevas. Tengo dos entradas de teatro, ¿te apetece acompañarme?

—Sería fantástico, Carmen, te lo agradezco, ¿para cuándo son? —pregunto con ilusión.

—Para mañana. Es una sesión a primera hora de la tarde, así que no creo que interfiera en tu ensayo, ¿no? Acaba a eso de las seis. Se trata de una comedia muy divertida.

—¡Genial, Carmen!, ¡muchísimas gracias! Mándame la ubicación y la hora a la que empieza y ¡ahí estaré!

—¡Fenomenal!, hasta mañana entonces, que descanses esta noche. Chao.

—Chao. —Cuelgo la llamada.

Esta Carmen es estupenda, siempre atenta. Me conoce como la palma de su mano y por eso sabe lo que me gusta y lo que me conviene en cada momento. Reviso los mensajes del teléfono. Nada nuevo. Sin pensarlo, abro la conversación que mantengo con Sean y reviso lo último que me escribió:

Sean (00:24)

Feliz Año Nuevo, Olivia. Te deseo todo lo mejor, te lo mereces. Confío en que me hagas partícipe de tu vida cuando tengas para mí un rincón en tu corazón. Te quiero.

Me siento pausadamente en el sofá después de leerlo y releerlo, y empiezo a recordar nuevamente los momentos vividos juntos. Sonrío con ternura mientras fijo mi vista en el cuadro de la Virgen con el Niño. Y por primera vez pienso en él sin acordarme de Juan. Y por primera vez pienso en él sin que la culpa inunde mi corazón. Y por primera vez el pensamiento viene acompañado de un agradable sentimiento de nostalgia. Ha expresado claramente su afecto hacia mí sin tapujos. Ha dado el primer paso, claramente. ¿Cómo puede estar tan seguro? Yo no le he dado pie a nada, todo lo contrario. Y, sin embargo, ahí está su mensaje, claro y rotundo. Ignoro si hay otra persona esperándole en Toronto, ignoro cuál es su vida allí. Ignoro qué estaría dispuesto a dar por los dos. Ignoro qué estaría dispuesta a dar yo por un posible nosotros. Hoy por hoy, la situación es la que es, y la distancia no es sostenible.

Son tantas dudas e interrogantes que empiezo a pensar que no tiene ningún sentido seguir deliberando sobre esto, ¡es una tontería! Decido aparcar los sentimientos que empiezo a albergar para cuando puedan ser más útiles, ahora no hay espacio para ellos.

Me levanto y me dirijo a mi habitación para acostarme. Mañana será otro día, iré al teatro y después al ensayo. Hace mucho tiempo que no disfruto de una buena obra; no es que antes fuera con frecuencia, ni mucho menos, pero el teatro siempre me ha gustado. Los directos del teatro representan un verdadero estímulo para que el actor pueda seguir la interpretación de principio a fin, sin cortes intermedios, sin grabar primero la escena final y luego la del principio. En este sentido se asemeja más a la expresión musical de un concierto en directo. Apago la luz y me quedo dormida inmediatamente.

Capítulo 19

—Dime, Ethan.

—Hola, Sean, buenos días. Tengo ya la programación de conciertos y demás eventos para continuar con la promoción del disco.

—Perfecto. Anticípamela.

—Desde el 10 de enero hasta el 25 de febrero tienes conciertos en Vancouver, Surrey, Edmonton, Mississauga, Calgary, Winnipeg, Toronto, Ottawa, Hamilton, Quebec y Brampton. Una vez que finalicemos esta etapa, tendrás libres esos días que me pediste. A finales de marzo continuaremos con la gira en Estados Unidos, que se alargará hasta la última semana de julio.

—Bien hecho, Ethan.

—Además de los conciertos, está ya programada la publicidad en los diferentes medios, tanto en *on* como en *off*: radio, televisión, prensa, revistas, redes sociales, portales digitales..., los días previos a cada concierto.

—Eres el mejor. Por cierto, no sé si te habrá llegado la noticia, pero he roto mi relación con Chloe.

Ethan se queda callado durante unos segundos que se me hacen eternos.

—No pensé que fueras a llegar tan lejos. —Su tono de voz es sombrío—. No me lo esperaba tan pronto.

—Esto no tiene que ver con Olivia, sino más bien con que no siento una conexión real con Chloe. Lo de Olivia ya se verá, tengo expectativas, pero conocerla me ha hecho comprender lo esencial para que una relación siga adelante, aunque pueda parecer una verdadera majadería.

—¿Qué tal te encuentras?

—Pues extrañamente pletórico... No te voy a decir que no la echo de menos, pero es un sentimiento que proviene más de la rutina que del verdadero amor.

—¡Shhh, te estás volviendo un empalagoso total! Si es lo que tú piensas y estás plenamente convencido de ello, me parece fenomenal. No voy a negar que esta repentina decisión me sorprende.

—Lo sé, Ethan —le corto mientras alzo las cejas y con la mano que tengo libre me froto los ojos con firmeza—, es una decisión muy meditada desde que

comenzó la gira europea.

—Si tú estás bien, yo estoy bien. ¿Quién más lo sabe?

—Se lo anticipé a mis hermanas en Nochevieja y les he confirmado que ya es un hecho consumado. No se lo he dicho a nadie más. Ignoro con quién puede haber hablado Chloe.

—Si te parece, podemos enviar un comunicado oficial para acallar rumores, especulaciones e incluso comentarios malintencionados. ¿Se lo comentas a Chloe?

—Considero que es lo más adecuado. Hablo con ella y te cuento.

—OK, espero tu llamada.

Acto seguido marco el teléfono de Chloe. Contesta al cuarto tono.

—Hola, Sean, espero que me llames por un buen motivo, no me apetece en absoluto tener más contacto contigo.

—Hola, Chloe —saludo con cautela—. Te llamo porque hemos pensado en trazar un plan que evite rumores y especulaciones. La idea es distribuir a los medios una nota de prensa comunicándoles nuestra ruptura. ¿Te parece bien? Sería un texto neutro y correcto, y naturalmente lo revisarías antes de que saliera a la luz. —Chloe tarda unos segundos en contestar.

—Bien —dice por fin secamente.

—Muchas gracias, Chloe, en cuanto esté redactado te lo enviaré para que des tu visto bueno. Otra cosa que te quería comentar... Sé que esto es duro. Me gustaría pedirte que respetes el acuerdo de confidencialidad que firmaste al inicio de nuestra relación —le informo con prudencia.

—Sean, nunca te haría daño de manera deliberada. Te quiero demasiado. ¿Has terminado ya con lo que me querías decir? —me corta.

—Sí —respondo—, yo te he querido mucho, pero me he dado cuenta de que no de la manera que mereces.

—Vamos, Sean, ¡no digas tonterías!, no hace falta que justifiques que te has enamorado de otra. Ya lo he asumido. No remuevas más la mierda. Adiós.

Me quedo pensativo. Me duele haber hecho esto, y mucho. Mando un mensaje a Ethan:

Sean (11:34)

Vía libre al comunicado de prensa. Mándame un borrador antes de lanzarlo a los medios. Quiero zanjar esto lo antes posible.

Dejo el teléfono y me pongo ropa térmica deportiva. Quiero correr durante un buen rato. A pesar de que hay nieve en las calles y de los cinco bajo cero de temperatura, afortunadamente no ha helado del todo. Necesito desconectar mi mente, escuchar mi respiración y estar solo conmigo mismo. Se avecinan tiempos difíciles con la gira en marcha.

Cuando regreso a casa, tengo dos llamadas perdidas, una de Catherine y otra de Sylvie. Las llamo y las tranquilizo. Para ellas también es un duro golpe, más por lo inesperado. Ambas coinciden conmigo en que Chloe es demasiado superficial, aunque una buena mujer. Hemos pasado estupendos momentos, sobre todo al principio, cuando la chispa del amor y la atracción sexual eran más que evidentes. Con el paso del tiempo estas cosas se suavizan y dejan paso al amor más profundo, si lo hay, y a la compenetración en el día a día. Afortunadamente, ella siempre ha vivido en su casa y yo en la mía; nunca me gustó que mis novias vivieran conmigo. A Chloe no le importaba, aunque a cambio exigía lujos en viajes, ropa, enseres, restaurantes... No quiero engañarme diciendo que a mí no me gustan, todo lo contrario, pero la diferencia está en si puedes vivir sin ello, si en tu yo más profundo no necesitas del lujo para sentirte mejor. En realidad, soy una persona sencilla, de orígenes humildes, y aunque la fama y la protección de mi intimidad exigen privacidad tanto en viajes como en restaurantes y demás, no me considero un esnob; las extravagancias sin sentido no van conmigo.

Mi madre era enfermera de quirófano y mi padre trabajaba como director del departamento de finanzas para una multinacional dedicada a la fabricación de componentes informáticos. Nos pagaron con mucho esfuerzo colegios privados y carreras universitarias. Lo hicieron de todo corazón, sin reproches, educándonos en la responsabilidad ante las cosas y las personas. Lástima que se fueran pronto. Mi padre, víctima de un cruel cáncer de páncreas que se lo llevó en apenas unos meses. Mi madre murió un par de años después, a consecuencia de un derrame cerebral. Se acostó una noche y ya no volvió a despertar. Ambos eran jóvenes en el momento de su muerte: él tenía cincuenta y nueve años y ella cincuenta y siete. Se habían conocido en la universidad, en una fiesta, y desde ese momento no se volvieron a separar. Como todo matrimonio, tuvieron sus etapas buenas y sus etapas, digamos, no tan buenas, pero lo que siempre admiré de ellos fue su capacidad para reconciliarse y perdonar de corazón, sin duda fruto del intenso y profundo amor que se profesaban. Tengo su modelo de pareja grabado a fuego en mi corazón, aunque

sumido en el olvido durante demasiados años. Pero hoy, gracias a Olivia, lo he recuperado.

El ritmo de vida, la fama, la rutina de las giras han hecho que no persiga ni mantenga genuinamente mis valores más profundos, aquellos que mis padres me enseñaron y que quiero conservar a toda costa para mí y mi futura familia. Antes no era infeliz y mi relación con Chloe me saciaba, pero últimamente me daba cuenta de que no podría tener con ella lo que tuvieron mis padres. Siento mucho, muchísimo haber acabado de esta forma. Ella no se lo merece, no hay duda, pero romper era la única manera de permanecer fiel a mis convicciones. Mis padres nos transmitieron valores como el esfuerzo, el respeto, los vínculos familiares, el amor y el sentido del deber.

Por eso, aunque desde mi adolescencia ya tenía claro que quería dedicarme al mundo de la música, decidí no abandonar los estudios, me matriculé en la universidad de Toronto y me gradué en Psicología; nunca sabes lo que la vida te puede deparar.

Mientras permanezco en estas cavilaciones, suena un pitido en mi teléfono. Veo que es Ethan. Ya tiene el borrador del comunicado de prensa.

Ethan (21:05)

Chloe y Sean desean emitir el siguiente comunicado a la prensa y a los fans: Tras más de un año de relación sentimental, hemos decidido ponerle fin desde la admiración y el cariño que nos profesamos mutuamente. Con este comunicado queremos evitar cualquier posible especulación sobre esta decisión y pedimos respeto por nuestra vida personal y profesional.

Me parece neutro y correcto. Se lo reenvío a Chloe y espero sus comentarios. Mientras tanto, entro en el despacho y reviso los detalles de la gira que empezará en breve. Reconozco que Ethan es un gran profesional y está pendiente hasta del más mínimo detalle. Pero me cuesta centrarme, sigo sin quitarme a Olivia de la cabeza. Ojalá ella hiciese lo mismo, pero mucho me temo que no sea el caso; de hecho, su mensaje de felicitación de fin de año ha sido de lo más indiferente. ¿Qué plan podría ofrecerla para finales de febrero y primeros de marzo? Tengo en mente algún viaje donde podamos estar los dos juntos, en un sitio neutral, para que ambos podamos pensar y reflexionar. El tema está en cómo plantearse para que acepte.

Miro de nuevo el teléfono. Veo que Chloe se toma su tiempo para revisar el comunicado. Esperaré y, si mañana no he recibido respuesta, la llamaré. Tampoco deseo presionarla en estos momentos.

Capítulo 20

El día 4 de enero todo está preparado en el hotel Ritz para nuestra actuación. Llegamos una hora antes y comprobamos que ya han colocado el piano en el escenario. Además, han puesto dos sillas sin brazos que parecen bastante cómodas. El suelo es de moqueta, por lo que no me hará falta la correa para sujetar el violonchelo; eso me dará más libertad en la interpretación.

La sala es realmente elegante, decorada con tonos tenues que le dan un toque especialmente acogedor, discreto e ideal para la presentación de un libro y para amenizar el acto con música. En la cabecera hay una mesa rectangular con micrófonos y portadas del libro en formato dossier. Enfrente se han dispuesto seis filas de diez sillas para el público y los medios de comunicación que han confirmado su asistencia.

Colocamos los atriles y hacemos una pequeña prueba acústica para comprobar la sonoridad. Aunque es un poco seca, el sonido se propagará perfectamente, solo tendremos que hacer más hincapié en los matices. Además, la climatización es la adecuada y hay bastante luz. Rebeca está más que satisfecha con el piano: es de media cola, un Steinway, nada más y nada menos. Con él los matices y la precisión son increíblemente buenos, por no hablar de la calidad sonora. Marcos mira el programa con interés. Habrá una presentación formal; a continuación, una mesa redonda con preguntas del público asistente, y para finalizar, un cóctel que nosotros amenizaremos. Como colofón final llevamos preparada una versión muy especial del villancico *Noche de paz*.

—Bien, podemos retirarnos tranquilamente y tomar un aperitivo, falta media hora para que empiece la presentación y más de una hora para que nosotros intervengamos —analiza Marcos.

—Perfecto —respondo—. ¿Tomamos ese aperitivo?

—¡Vamos! —replica Rebeca.

Nos retiramos al bar. Yo pido un zumo de tomate con sal y pimienta, Rebeca una cocacola y Marcos una caña. Acompañamos nuestras bebidas con patatas fritas y unas estupendas olivas. Charlamos sentados, de forma animada.

Me fijo en el tipo de personas que acuden al hotel; distinguidas, elegantes y refinadas. Otras, sin embargo, visten de forma un tanto estafalaria; el dinero y el gusto no siempre van de la mano.

Poco a poco, el salón se va llenando, y por último vemos aparecer al escritor, rodeado de su editor y algunas personas más. Me parece curioso contemplar de cerca a personajes que habitualmente aparecen en revistas y en la televisión. Unas veces te llevas un desencanto, otras te sorprende positivamente comprobar que en realidad son más de lo que te esperabas. Su forma de hablar y de conducirse pueden o no llamar tu atención, su manera de relacionarse puede ser más o menos amigable. En cualquier caso, me gusta hacer esas comparaciones, y en eso me quedo pensando.

—¡Olivia!, ¡vamos!, ya es hora de cambiarnos para estar preparados —escucho decir a Rebeca.

Para esta ocasión no afinaremos antes de salir a escena porque tenemos que hacerlo en el mismo tono en que esté el piano. Vamos vestidos de negro, como es de rigor, aunque hemos aplicado el *menos es más*: Marcos lleva un pantalón de corte recto y una camisa con cuello mao que luce elegantemente. Rebeca lleva un pantalón y una blusa asimétrica con volante que deja un hombro al descubierto. Y yo un vestido con falda amplia y encaje transparente en el escote y las mangas. El conjunto resulta totalmente armonioso y equilibrado. Tanto Rebeca como yo calzamos unos salones negros con bastante tacón y medias negras.

—Estás espectacular —me dice Marcos.

—Gracias —sonrío—, tú estás muy elegante. ¡Me encanta esa camisa!

—Lo sé, sienta muy bien. —Se le ilumina el rostro.

—¡Vamos, vamos!, dejaros de carantoñas, ¡par de dos!, que tenemos que salir al escenario ya —replica Rebeca.

Acto seguido salimos y una discreta pero cálida oleada de aplausos nos recibe.

Nos situamos en un lateral del salón, con cuidado. El público asistente se ha levantado de sus sillas y habla en corrillos o bien nos mira, esperando que comencemos.

—Y ahora, señoras y caballeros, para finalizar tenemos el placer de amenizar esta velada con música selecta y refinada; mientras, les damos la oportunidad de degustar unos magníficos canapés. Muchísimas gracias por haber venido, esperamos que disfruten.

Se oyen más aplausos esta vez, mientras procedemos a situarnos en nuestros sitios. Rebeca nos da un la para que Marcos y yo lo cojamos con nuestros instrumentos. Se hace un silencio y comenzamos el recital. En este momento, la concentración es máxima, y la compenetración entre los tres, vital. Ejecutamos con la máxima expresividad los primeros compases conforme nos vamos dando las entradas con la mirada y la intención de los movimientos de nuestros cuerpos. En contra de lo que pensábamos, observamos que el público está callado y totalmente atento a la interpretación, hasta tal punto que los camareros dejan de pasar entre unos y otros. Es realmente hermoso que esto suceda, sobre todo cuando no estaba previsto. La idea era entretener como música de fondo. La conexión con el público aporta mayor solidez a la expresión; cuanto más integrada está, más profunda es y el vínculo se hace más especial y particular. La obra tiene tres movimientos y dura aproximadamente unos veintiséis minutos.

Una vez que finaliza, se escuchan sonoros aplausos y vítores. Nos levantamos y saludamos con una reverencia. No nos esperábamos una acogida tan cálida en un concierto al que no hemos acudido ex profeso a interpretar nuestra música, sino para amenizar un cóctel. Es extraño, pues además nuestra intención no era precisamente la de restar protagonismo a la presentación del libro. Pero estoy contenta, porque hemos sido un selecto broche final. El editor se acerca a nosotros y habla en voz alta, dirigiéndose al público.

—Muchísimas gracias a estos fantásticos músicos por la brillante interpretación que han hecho del *Trío en sol mayor* de Mozart, KV 564.⁷ Y muchísimas gracias a todos vosotros por la especial acogida con que les habéis recibido. Sin duda ha sido una elegante forma de finalizar la presentación del libro, que esperamos que sea un completo éxito de ventas. Como colofón final, los músicos han preparado una obra típica navideña: *Noche de paz*.⁸

La concurrencia aplaude de manera entusiasta. Nos sentamos y nos disponemos para interpretar esta obra tan conocida y tan bella. Para mí es especial, hermosa, y siempre me ha emocionado porque, a mi modo de ver, encierra en sí misma el espíritu de la Nochebuena: la sencillez del nacimiento del Niño Jesús en un humilde pesebre. Comenzamos tenuemente con las primeras notas y así continuamos, de forma sublime, hasta el delicado final. El público aplaude efusivamente, saludamos y procedemos a retirarnos mientras continúa el cóctel.

—No me esperaba esta reacción en absoluto —comento con sorpresa—, pensaba que seríamos música de fondo.

—Sí, ha sido totalmente imprevisto —afirma Marcos.

—¡Enhorabuena! —nos felicita el editor, nuevamente y en privado.— Ha sido asombroso. Me quedo con vuestros datos para eventos que prepararemos en un futuro.

—Muchísimas gracias —responde Marcos—, nos encantará.

—Mis felicitaciones. —Y nos da la mano a los tres—. Seguro nos vemos. —Acto seguido se va para atender al público.

Guardamos los instrumentos y aprovechamos para cambiarnos y ponernos cómodos.

—Bueno, compañeros, tengo prisa, me voy. Mi familia me está esperando en casa —nos dice Rebeca—. ¡Adiós!

—Adiós, Rebeca, todo un placer, como siempre —responde Marcos.

Ella sale apresuradamente del hotel y Marcos y yo nos quedamos recogiendo nuestras cosas.

—¿Tienes prisa, Olivia?

—Bueno, hoy sí, Marcos, en realidad me gustaría llegar pronto a casa. Estoy cansada.

—Perfecto, entonces, te acompaño al coche, ¿dónde lo tienes?

—He venido en metro. Ya sabes, en Navidad el tráfico es bastante complicado.

—El mío está en un aparcamiento, ¿quieres que te lleve a casa? No tengo especial prisa.

—Pues, vaya, no quiero entretenerte. Seguro que tardo menos en transporte público.

—Pero no irás tan cómoda cargando con el violonchelo —insiste tajante.

—Tienes razón. Venga, llévame a casa, pero ¿seguro que no es una molestia para ti?

—En absoluto.

Caminamos hasta el aparcamiento; está relativamente cerca. Cuando llegamos al coche, abre el maletero y me ayuda a guardar el violonchelo en su interior. En ese momento acaricia con suavidad mi mano derecha de forma intencionada. Nos quedamos unos instantes quietos, mirándonos. Yo aturdida ante esta situación inesperada, Marcos con pasión.

—Lo siento —digo, y retiro mi mano.

—Lo siento yo también, no era mi intención —miente. E inmediatamente después cierra el maletero y entramos en el coche.

Permanecemos callados en un tenso silencio. Tengo la sensación de que ha sido premeditado, y mi reacción inmediata es quedarme quieta, sin hablar. Marcos sabe la dirección de mi casa, no es la primera vez que viene, por lo que no es necesario que se la diga. Hay un poco de tráfico y el regreso se ralentiza.

—Te voy a retrasar..., hay bastante tráfico.

—No te preocupes, Olivia, lo hago porque quiero y no me importa en absoluto —me dice con total tranquilidad.

Observo mis manos, estoy nerviosa por primera vez delante de Marcos. Ha sido algo imprevisto que me ha alterado. En este momento me acuerdo de Sean. Le echo de menos en contra de todo lo que podría imaginar. Me gustaría tenerle a mi lado ahora mismo. Hace años que conozco a Marcos y sé que no quiero estar con él. Siempre le he considerado un amigo y no deseo que esa situación cambie; admiro el gran profesional que es con el violín, pero nada más.

—Bueno, dentro de pocos días comenzamos con los ensayos de la orquesta. —Él interrumpe mis pensamientos, que están lejos, muy lejos, a muchos kilómetros de distancia.

—Sí, parece que nunca descansamos entre unas cosas y otras, ¿verdad?

Salimos del coche. Saca el violonchelo y me lo cede con delicadeza.

—Muchas gracias, Marcos —agradezco, y le miro a los ojos.

—Un placer —responde con voz queda. Si por él fuese, estoy convencida de que me comería a besos—. Nos vemos, Olivia, que pases una buena noche. —Da la vuelta y se mete en el coche. Arranca y se va.

Respiro profundamente, levantando los hombros, totalmente aliviada, aunque con pesar; hasta ahora hemos congeniado de forma excelente tocando en cuartetos, tríos e incluso duetos, y no me gustaría que estos sentimientos enfrentados influyesen en nuestra proyección artística. Nos compenetramos a la perfección siempre que tocamos juntos, y se nota en la interpretación y expresividad que estamos muy a gusto y relajados, en armonía. Hago memoria y no logro comprender a partir de qué momento sus sentimientos hacia mí han traspasado la línea profesional. En realidad, no me sorprende, porque llevo un año al margen de todo, excepto de la música. Es posible que ya haya mostrado indirectamente su afecto y no me haya dado cuenta. ¿Y por qué ahora?

Creo que es una señal inequívoca de que me encuentro mejor, más en el mundo que encerrada en mi pena y en mi interior. No estoy segura de que esto sea tranquilizador, me siento insegura, indecisa, sin un rumbo fijo en lo sentimental. Y no lo digo porque necesite de alguien para devolverme la confianza en mí misma... o eso creo. Con Juan me sentía siempre protegida, confiaba en su buen criterio y olfato, y para mí era muy cómodo encontrarme con ciertas cuestiones, en las que estábamos de acuerdo, totalmente resueltas. Ahora, sin embargo, debo ocuparme de cada uno de los temas que él llevaba: bancos, contabilidad doméstica, negociaciones varias... También echo de menos a Martín y a Javier, mis dos hijos. Para mí eran lo más bonito del mundo, los amaba con verdadera pasión, estaba muy unida a ellos.

Parece que las hijas suelen tener un vínculo especial con los padres y los hijos con las madres, y en nuestro caso así era, me trataban como a una verdadera princesa. No puedo dejar de pensar en sus miradas de intenso amor hacia mí, en cómo buscaban mi cobijo cuando se sentían mal. Nos encantaba jugar juntos por las tardes, cuando regresaban de la escuela, una vez finalizadas sus tareas. Y yo disfrutaba de su contacto diario y de seguir de cerca su crecimiento, sus problemas, sus inquietudes, sus alegrías. Recordándoles me entristezco y no puedo evitar llorar a lágrima viva, ¡qué dolor tan profundo, tan intenso, tan desgarrador!

Me doy cuenta de que estoy abstraída en la puerta de casa, con las llaves en mi mano, incapaz de entrar. Decido abrirla y entro, dejo el violonchelo en el salón y me voy a mi habitación bastante triste y apenada. Debería estar contenta por la actuación de esta tarde, ha sido espectacular, pero así es mi vida. Mientras me desvisto para ponerme el pijama intento encontrar la serenidad que se me escapa una y otra vez. Apago la luz y me acuesto, deseando encontrar el sueño reparador que tantas noches me abandona.

Capítulo 21

Por fin Chloe da su consentimiento al comunicado de prensa. Inmediatamente se lo digo a Ethan para que lo lance lo antes posible; me gustaría que este revuelo influyera lo menos posible en mi gira por Canadá, donde indudablemente, y después de Estados Unidos, hay muchos más fans que en otros países. Hablo con mi hermana Catherine y lo arreglo todo para ir a pasar unos días con ella y su familia a Kingston. Vive a algo más de dos horas en coche de Toronto, lo suficientemente lejos, pero también lo bastante cerca como para que Ethan pueda localizarme si me necesita en algún momento.

Conduzco sin que haya ningún contratiempo en el trayecto. Y cuando llego me están esperando. La hija de Catherine, que es mi ahijada, viene corriendo a darme la bienvenida. Mi hermana sale detrás de ella.

—¡Tío Sean! —exclama mientras corre hacia mí y me abraza. Su rubia, lisa y larga melena ondea con el viento. Está preciosa.

—¡Eh, Mia!, ¡qué alegría verte tan alta!, ¡ya casi como mamá!

—¡Dentro de poco ella será la *chiquitina* de casa! —exclama riéndose.

—¡Claro que sí! Pero eso significa que tendrás que cuidarla.

—Mmmm, no lo había pensado, tío Sean... La cuidaré mucho, mucho, mucho. —Sonríe.

Catherine viene a nuestro encuentro con una amplia sonrisa.

—Bienvenido, Sean, nos hace mucha ilusión tenerte en nuestra casa. Noah se reunirá con nosotros en cuanto salga de la oficina. He preparado la comida que mamá te hacía y que tanto te gustaba: *peameal bacon*.

—¡Guaau!, ¡muchísimas gracias, hermana!

Mamá hacía esta comida con cierta frecuencia, y a mí me encantaba. Es una pieza de lomo de cerdo que se corta en finísimas rodajas, previamente encurtidas y enrolladas en harina de maíz, que le dan un típico color amarillo en los bordes. Se toma acompañado de pan crujiente. No sé si voy a poder esperar a que llegue Noah para degustarlo...

—También he hecho una ensalada de arroz, champiñones, lechuga, zanahoria y cebolleta, ¿te hace?

—Sí, por supuesto. Siempre has sido una gran cocinera.

—Tuve en mamá una gran maestra.

—Claro que sí.

Entramos y dejo la maleta en la habitación de invitados. Es una casita de una planta que da al río San Lorenzo, con unas vistas totalmente privilegiadas.

Mientras preparamos la mesa y esperamos a Noah, nos sentamos en unas butacas preciosas que hay en el *office*, frente al espacioso ventanal con vistas al río. La temperatura es la habitual para la época del año: siete grados bajo cero. Está nublado y el jardín completamente nevado. Mia juega a nuestro lado mientras nosotros charlamos, tranquilamente, tomando una cerveza.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Catherine.

—Bien y mal —contesto con semblante serio—. Estoy tranquilo con mi conciencia, pero me siento mal por Chloe. En realidad, ella no ha hecho nada para desencadenar la situación. Solo espero que todo esto me afecte lo menos posible; la gira comienza en breve.

—Bueno, supongo que levantará cierta expectación, porque se os veía bien, en serio.

—Sí, y echo de menos su compañía, no lo voy a negar. No sé si no me arrepentiré alguna vez de lo que he hecho, Catherine, pero ahora me encuentro a gusto conmigo mismo.

—Por supuesto, nunca has hecho las cosas sin reflexionar sobre las consecuencias. —Me anima con una amplia sonrisa.— Ya sabes que te apoyo en todo esto, Sean.

—Te lo agradezco, hermana. —Y nos fundimos en un afectuoso abrazo.

—Tío Sean, ¿me vas a llevar en la gira? —interrumpe Mia. Me quedo mirándola con asombro. Jamás me lo había pedido.

—Querida, seguro que tío Sean estaría encantado de llevarte, pero cuando seas un poco mayor.

—Para mi dulce princesa tengo reservadas unas entradas muy especiales para el concierto que daré en Ottawa, ¡en primerísima fila!

—¡Son entradas de honor, Mia!

—¡Biennn! —aplaude ella entusiasmada— ¡Y podré cantar todas tus canciones!

—¡Claro que sí, mi princesa!

La cojo en brazos y la levanto. No para de reírse a carcajadas. ¡Quién volviese otra vez a ser niño, sin preocupaciones, sin dobleces, sin las cicatrices que te deja la vida!

En estos momentos llega Noah a casa y nos disponemos todos a comer, en familia. El *office* es lo suficientemente amplio, y mientras degusto el delicioso *peameal bacon* que ha cocinado Catherine me quedo mirando al vacío, a través de la ventana. Ha empezado a nevar otra vez, y bastante fuerte.

—Creo que esta tarde la pasaremos disfrutando de una buena charla alrededor de la chimenea —comenta Noah.

—Nada me gustaría más que una tarde en casa, después de tanto trajín —secundo con verdadero interés.

Suena el pitido de un mensaje en mi móvil. Lo miro. Es Ethan confirmando que el comunicado ya está en prensa y en mis perfiles de redes sociales. Empieza el juego, me digo.

Una vez que terminamos la deliciosa comida, recogemos y lavamos los platos, vasos y cubiertos entre mi hermana y yo. Nos gusta hacerlo así cuando somos pocos, de este modo aprovechamos para charlar de tú a tú.

—¿Qué tal te va todo, hermana?

—Bueno, ahí vamos. Noah está atravesando una etapa complicada en el trabajo, ya sabes, hay cierta inestabilidad en el sector. Por ahora no pensamos que pueda costarle el puesto. En cualquier caso, no creo que tardase tiempo en encontrar algo similar, el suyo es un trabajo muy especializado y muchas empresas darían lo que fuese por tenerle.

—Pues a lo mejor ha llegado el momento de cambiar, si no le va bien.

—De momento está tranquilo con el equipo y los proyectos, no le veo con ganas de volver a empezar. Esperaremos a ver cómo transcurren los acontecimientos.

—¿Y Mia? Está hecha toda una mujercita, con solo nueve años.

—Está entrando en la etapa del cambio, pero aún se resiste un poco, y seguimos disfrutando de su alegría, su compañía y su cariño. Cuando menos me lo espere, estará saliendo con sus amigas a Dios sabe dónde. ¡Qué miedo me da esa etapa!, ¡es tan inocente todavía!

—Al final la vida te curte, y sin duda lo hará con ella. Lo importante es que tenga una buena educación para saber decir no a tiempo ante situaciones desfavorables.

Me encanta Mia, siempre he estado muy orgulloso de ella. Es inteligente y generosa y muy guapa. Se parece mucho a su madre, sobre todo en el cabello rubio y la dulce sonrisa. Y sus preciosos ojos azules son de su padre. En estos momentos se abre el Sean hogareño y sencillo, un Sean totalmente distinto al

que se muestra en los conciertos, promociones publicitarias, entrevistas a medios, etcétera. Es como si existiesen dos versiones de mí mismo.

—Ya hemos acabado. Si te parece, vamos al salón. Noah debe de haber encendido la chimenea.

—Perfecto.

Pasamos al salón, que está adornado con los típicos ornamentos navideños, y nos sentamos en el sofá, al abrigo de la chimenea. El crepitar de las llamas me transmite paz y sosiego, especialmente cuando me acompañan mi familia y con una buena copa de *whisky* Canadian Club Sherry Cask, uno de mis favoritos.

—¿Qué hay de la mujer española que has conocido? —pregunta Catherine.

Me quedo pensativo, muy pensativo, antes de contestar. ¿Qué podría contar?, ¿que es maravillosa?, ¿que me siento feliz a su lado?, ¿que la atracción es muy profunda?, ¿que no hago más que pensar en ella?

—Me he quedado perdidamente prendado de ella, Catherine. Todos y cada uno de los días pienso en ella, todos y cada uno de los días ideo formas de volverla a ver. No me gustaría agobiarla, pero no puedo remediarlo.

—¿Por qué la ibas a agobiar? Tú no eres precisamente así.

—Eso creía yo, hasta ahora. No te puedes imaginar las ganas que tengo de verla. Si por mí fuese, insistiría todos los días. Pero no debo hacerlo. Vivimos en mundos distintos a pesar de que disfrutamos de una misma pasión: la música.

—Ella es artista también, nos dijiste que tocaba el violonchelo, ¿no es así?

—Sí, en una orquesta sinfónica en Madrid, y lo hace muy bien y con verdadera pasión. Apuesto a que te encantaría escucharla, Catherine, es muy buena.

—¿Pero...? —advierte mi hermana.

—Siempre hay un pero, ¿verdad?

—Efectivamente.

—El pero de Olivia lo desconozco. Ha debido de suceder algo muy drástico y demoledor en su vida. Está verdaderamente herida, muy triste, abatida. No he logrado saber de qué se trata.

—¿Ella no te lo ha contado?

—No, en absoluto. Cuando he querido ahondar, me ha rechazado de plano. Es normal, Catherine, no me conoce de nada, hemos pasado muy pocas

horas juntos y apenas le he dado un tierno beso, nada más.

—Vaya..., ¡cuéntame más!

—Para mí ha sido absolutamente fascinante conocer su faceta personal y profesional. Tiene una gran sensibilidad, es educada, atractiva (por qué no voy a decirlo), y no sé por qué, Catherine, pero me he imaginado con ella como esposa y madre de mis hijos. Me cuesta hablar de esto y reconocerlo. En toda mi vida había tenido estos sentimientos por ninguna otra mujer, y no será porque no haya habido bastantes, Dios lo sabe.

—¿Y ella qué opina?

La pregunta de Catherine es de lo más inteligente. Las relaciones son cosa de dos, y si uno no quiere, no hay relación. Punto final.

—No sabría bien qué decirte. Le he dejado saber mis sentimientos y los ha rechazado absolutamente, sin más. Ha querido salir conmigo, pero ha puesto demasiadas barreras a todo contacto físico. Tal vez ha perdido recientemente, no sé, un amigo, un familiar..., no he logrado saberlo, o quizás ha sufrido algún tipo de acoso y ahora está cerrada a toda posible relación.

—Pobrecita, Sean.

—Sí. Voy a seguir intentándolo, a pesar de la cantidad de kilómetros que nos separan, son apenas ocho horas y media de vuelo, no es tanto. Solo tengo que encontrar el momento adecuado. Probablemente vuelva a Madrid a finales de febrero, en cuanto acabe la gira por Canadá y antes de comenzar la estadounidense.

—¿Ella estaría dispuesta a dejarlo todo por seguirte?

Catherine ha dado en el clavo. Me quedo pensativo, no sé qué responder.

—Aún no he llegado ni a pensarlo. No tengo ni idea.

—Es importante que sepa el gran esfuerzo que tendría que hacer y lo que debería abandonar por ti. Sería bueno que trataras con ella este tema en cuanto te acepte, Sean. Si tardas en hacerlo, será peor.

Me quedo callado. Miro a mi hermana con la cara desenchajada.

—¿Adivino por tu expresión que ni siquiera le has dicho quién eres?

No contesto. No sé qué decir.

—Dime que no estoy en lo cierto —señala con sorpresa—. Sean, ¿no sabe quién eres? —me interroga con acaloramiento.

—No. —Es lo único que puedo decir—. Ignora por completo quién soy.

—¡Oh, por Dios, Sean!, ¿qué estás haciendo? Esa es la peor forma de empezar una relación en serio. ¡No conoces sus sentimientos, si estaría

dispuesta a dejarlo todo por ti, estáis a ocho horas y media de avión y ni siquiera sabe quién eres!

—Así es, hermanita, así es. No me ha dado tiempo a más con ella.

—¡Ni a menos!

—¿Tú sabes lo que es sentir por primera vez, desde que empecé en este mundo, que alguien podría estar conmigo por lo que soy y no por lo que me rodea?

—Pero si me has dicho que ella no ha sido receptiva...

—No lo ha sido del todo, pero sí he sentido que la atraigo, si no, no habría accedido a salir conmigo a solas. Es cuestión de tiempo, Catherine, es cuestión de tiempo —me digo también a mí mismo.

—Pues ya tienes tareas para la próxima vez que la veas, si quieres que algo que aún no ha empezado pueda comenzar y que sea fructífero. Uno: decirle quién eres. Dos: averiguar si ella siente lo mismo por ti. Y tres: estar seguro de que podrá seguirte allá donde vayas.

¡Qué razón tiene mi hermana! Siempre la he admirado por mantener los pies en el suelo. Lleva una vida sencilla, pero con un camino claramente definido. Cambiamos de conversación y seguimos charlando animadamente mientras la tarde transcurre lenta y pausadamente. Disfruto mucho de su compañía; no siempre tengo la oportunidad de saborear, en confianza, las pequeñas cosas del día a día.

A la mañana siguiente, una llamada de Ethan me despierta bastante temprano.

—Sí... —contesto adormilado—, ¿qué pasa?

—Ya tenemos las primeras respuestas al comunicado.

—Dispara...

—Lo esperado. Especulaciones sobre si hay terceras personas, incredulidad ante lo sucedido, etcétera. Ha habido bastantes menciones en redes sociales, aunque por lo general se está respetando tu intimidad y la de Chloe. Solo espero que ella cumpla con su parte del acuerdo de confidencialidad y no haga ningún tipo de declaración al respecto.

—Estoy plenamente convencido de que lo respetará; no tiene malas intenciones.

—En eso confío, es lo peor que podría suceder en estos momentos. En cuanto empecemos con la gira, la semana que viene, he de centrarme en transmitir tranquilidad, seguridad y profesionalidad.

—Exactamente, Ethan. Muchas gracias por todo. Adiós.

—Adiós.

La estancia en casa de mi hermana se alarga unos días que transcurren con la tan deseada monotonía y tranquilidad que busco. Disfruto de su marido y su hija, damos largos paseos cuando el tiempo lo permite, hacemos deporte, charlamos de muchas cosas, les ayudo en las tareas cotidianas y poca cosa más. En realidad, es una vida muy sencilla, totalmente necesaria entre gira y gira para mantener el equilibrio. Si no, me volvería completamente loco. Sigo sin saber nada de Olivia, y muchas veces pienso en llamarla o escribirle. Por un lado quiero darle margen y por otro no deseo que se olvide de mí.

Nunca sabes cómo actuar de la mejor forma en estas situaciones tan sumamente delicadas. De una cosa estoy seguro: tengo que idear un plan para decirle a qué me dedico. Y va tomando forma en mi mente una idea predilecta.

Capítulo 22

Una vez finalizadas las fiestas navideñas, comienza la rutina diaria de ensayos con la orquesta. En vacaciones todos hemos estudiado nuestras partes individuales de la *Obertura Las Hébridas*, de Felix Mendelssohn, y la *Sinfonía número 4* de Tchaikovsky. Son piezas muy exigentes, pero hermosas. Cuando llegamos al ensayo, nos encontramos con la pieza que faltaba para completar la primera parte del programa, nada más y nada menos que el *Concierto para violín en mi menor*, opus 64, de Félix Mendelssohn⁹, que interpretará Marcos. ¡Seguro que ya lo sabía y no me ha dicho nada!, ¿será posible?, ¡es el concierto de los conciertos del Romanticismo! Sus melodías son profundamente hermosas, incluso en los momentos de mayor desgarró. Definitivamente es una obra que transmite muchas sensaciones de alegría y felicidad, pero también de angustia y sufrimiento. Si Marcos la ha aceptado es porque debe de encontrarse en un buen momento personal, no me cabe la menor duda. Hay que estar verdaderamente inspirado para transmitir una sensibilidad tan apasionada.

—¡Tienes buena cara, Olivia!

—¿De veras? —contesto sorprendida—. Bueno, he pasado unos días bastante tranquila, sin mayores sobresaltos, salvo por lo sucedido con Marcos. Carmen me mira más sorprendida aún.

—¿Qué? Explícame qué ha pasado exactamente.

—Estoy prácticamente segura de que alberga ciertos sentimientos hacia mí después de lo que ocurrió el día de la presentación en el hotel.

—¿Qué pasó?

Cojo de la mano a Carmen y nos vamos a un rincón, con el fin de que nadie nos escuche.

—Me acompañó a casa y, al guardar el violonchelo en el maletero de su coche, me acarició la mano y se acercó a mí con demasiada ternura; de hecho, me miró con ojos intensamente apasionados..., tuve que detenerle.

—¿Que Marcos ha hecho eso? Ya me parecía a mí que sentía algo por ti, ¡no me puedo creer que se lanzase!

—Pues créetelo. Me pilló tan sumamente fuera de juego que no sé cómo conseguí la cordura necesaria para poner los puntos sobre las íes. Obsérvale y me cuentas qué ves, ¿OK?

No disponemos de más tiempo para charlar, debemos afinar cuanto antes los instrumentos y ponernos manos a la obra. Carmen se fija de vez en cuando en Marcos; sin embargo, él no parece reparar en mí más de lo que se considera aconsejable en un ensayo por motivos profesionales, hasta que, en un determinado momento, aprovechando un pequeño parón, me mira con ternura y me sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa. Carmen capta el momento, aunque disimula para que Marcos no sospeche. Cuando hacemos la pausa para el café, nos dirigimos unos pocos a la misma cafetería de siempre, donde nos conocen sobradamente y saben cómo nos gusta el café a cada uno. Por el camino, Carmen y yo vamos juntas.

—Está claro que últimamente haces furor entre los hombres, sobre todo entre los más guapos... ¿Sabes algo del canadiense?

—Pues nada desde el día 31 de diciembre... —Frunzo el ceño mientras hago memoria.

—¿Y?

—Me mandó un mensaje para felicitarme el año... ¿Por qué me miras de esa forma?, ¿acaso todo te parece gracioso? —pregunto con semblante serio; no entiendo su reacción.

—¡Ja, ja, ja! —se ríe Carmen—. Me encanta cómo te pones, Olivia. Me río porque me parecen situaciones muy cómicas. Es como si no te enteraras de lo que sucede a tu alrededor. Siempre en tu mundo...

—Vaya, muchas gracias, ¡ten amigas para esto! —Sonrío.

—No, en serio. ¿Te dijo algo prometedor Sean?

—Creo que sí. Si quieres busco el mensaje y te lo enseño.

Abro la aplicación en el móvil y se lo muestro, junto con mi contestación:

Sean (00:24)

Feliz Año Nuevo, Olivia. Te deseo todo lo mejor, te lo mereces. Confío en que me hagas partícipe de tu vida cuando tengas para mí un rincón en tu corazón. Te quiero.

Olivia (10:10)

Feliz Año Nuevo, Sean. Disfrútalo
con la familia y seres queridos.
Un abrazo.

—Olivia, este hombre está muy enamorado de ti, si no, no se puede explicar su comportamiento para el poco tiempo que habéis estado juntos. Piénsate qué le vas a decir, porque presiento que esto no va a acabar aquí. En cuanto pueda, seguro que vuelve, te llama o Dios sabe qué.

—Ya... —Me quedo pensando—. En realidad, Carmen, hasta ahora tenía claro que no estaba preparada para nada nuevo. Sin embargo, soy consciente de que últimamente me encuentro mejor y quizás algo receptiva. De todas formas, esto no tiene sentido y por eso es un tema que está fuera de mis pensamientos. —Carmen me mira buscando que me reafirme en lo que acabo de decir—. En serio, ¿no ves que no tiene sentido?

—En el amor todo tiene sentido, Olivia.

No tengo una respuesta convincente para darle, así que respiro hondo y entro en la cafetería. Marcos está sosteniendo la puerta. Una vez dentro, y mientras nos preparan los cafés, cambio de conversación.

—¡Qué calladito te lo tenías, Marcos! —le digo con tono burlón.

—Bueno, no quería desvelar nada antes de que el maestro lo anunciara. Es un concierto muy exigente que llevo tiempo perfeccionando, desde septiembre pasado, cuando me propuso hacerlo —se disculpa.

—No te preocupes, estaba bromeando —sonrío—, para mí es un verdadero placer acompañarte, ya lo sabes.

—Seguro que sale todo fenomenal —comenta Carmen.

—Claro que sí —puntualizo.

—Además, es una sala excepcional, nada más ni nada menos que el Auditorio Nacional —apunta Carmen—. ¿Cómo lo llevas?

—Bastante bien, en realidad. Estoy ansioso por empezar los ensayos.

Marcos fija su mirada en mí y yo le sonrío. Me alegro un montón por él. Su técnica es extraordinaria, y su gusto en la interpretación, insólito. Se merece lo mejor. Lo que no entiendo es por qué no se ha lanzado antes en solitario, tiene madera para hacerlo. Así como considero que yo no poseo alma de solista, él sí; escucharle es todo un espectáculo para los sentidos.

* * *

Vengo de correr como he podido, entre la nieve y con bastante frío; aun con la ropa térmica, estaba al límite. Once grados bajo cero y un viento que cortaba mi rostro como cuchillos. He tenido que echarle mucho valor para continuar. Pero la gira empieza mañana y debo seguir concentrado al cien por cien. Me ducho con agua muy caliente y cuando salgo me seco y aprovecho para atender un rato los correos desde el portátil.

No he sabido nada de Chloe ni tampoco ha hecho ningún tipo de declaración a los medios, por lo que estoy bastante tranquilo. Pienso en Olivia, como todos y cada uno de los días, y echo un vistazo a la página web de la Orquesta Filarmónica. Agradezco infinitamente poder leerla en inglés. Entro en la sección «Programación» y me sorprendo al ver que el próximo concierto es el viernes 28 de febrero a las siete y media de la tarde, en la Sala Sinfónica del Auditorio Nacional de Música de Madrid.

¡Es genial!, no me puedo creer que todo encaje a la perfección. Pulso sobre el enlace para comprar las entradas y me redirige directamente a la página del Auditorio. Visualizo el plano de la sala y veo que, afortunadamente, aún quedan unas cuantas libres. Mi primer impulso es seleccionar una en el patio de butacas, en la zona donde se colocan los violonchelos. Pero algo me dice que para verla mejor necesitaría situarme por encima del escenario, si no quiero acabar viéndole los calcetines al director... No puedo evitar reírme con mi pensamiento. No sé si escoger el primer anfiteatro o el lateral del primer anfiteatro. Aparentemente, la sala es grande, hay muchas localidades; así pues, me decido por el lateral, justo enfrente de donde hipotéticamente estará Olivia. Selecciono la butaca y efectúo el pago. Inmediatamente va tomando forma en mi cabeza cómo le contaré quién soy y a qué me dedico cuando viaje a Madrid. Puede que el plan funcione, pero requiere de cierta discreción. Decido llamar a Ethan.

—Dime, Sean —contesta.

—Ethan, necesito que organices un miniconcierto en Madrid. El repertorio debe ir acompañado de piano y una pequeña orquesta de cuerda. Y algunos instrumentos de viento, ¿puedes hacerlo? —Veo que no contesta inmediatamente, está pensando.

—¿Para cuándo?

—Para el 1 o 2 de marzo.

—No tendrá esto nada que ver con Olivia, ¿verdad? Es bastante precipitado. Tengo que encontrar sala, preparar repertorio...

—Sí tiene que ver y sé que es precipitado, pero nada que no puedas resolver. En peores situaciones te he visto y has salido más que airoso.

—Lo sé, Sean, pero esto es totalmente distinto a lo que estamos haciendo...

—Por eso mismo quiero que contrates a la Orquesta Filarmónica de Madrid —contesto tajante— y que envíes la orquestación de los temas lentos y románticos del último disco y los más representativos de los anteriores. Debe ser una recopilación que abarque una hora y media y necesito que se materialice en una sala relativamente pequeña e íntima. Lo promocionaremos de manera especial entre los fans que hay en España, a modo de sorteo-regalo.

—Pero ¿tú sabes lo que me estás pidiendo? ¡Estamos inmersos en la gira y quieres que haga esto!

—Eso es. Tienes tiempo y es preciso que se haga así. ¿Podrás encargarte?

—Sí, claro, ¡cómo no! —responde de mala gana—. Doy por supuesto que se trata de un único concierto, ¿verdad?

—Sí, solo uno. Sencillo, pero extraordinario. Necesito que remitas las maquetas a la orquesta para que las vayan preparando. Haré tan solo un ensayo previo, el día antes. No te preocupes, son más que capaces de hacerlo. Solo necesitan las maquetas para saber lo que canto y en qué momentos deben acompañarme.

—Lo capto, Sean. Entiendo que Olivia toca en esta orquesta y que debe estar presente, ¿verdad?

—Lo has cogido a la perfección.

—Veo que quieres decirle a lo grande quién eres y lo que haces. Espero que funcione. Pongo al equipo manos a la obra.

—Perfecto, muchas gracias. Por favor, mantenme informado de todos los avances, y, sobre todo, es muy, pero que muy importante la estricta confidencialidad.

—De acuerdo, Sean. Te voy contando. Adiós.

—Adiós.

No sé cómo va a salir todo esto ni cuál será su reacción, pero ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa si quiero ir a por todas. Me entusiasma la idea de dar un concierto sorpresa para los fans españoles, y creo que, sorprendiéndolos con entradas gratis por sorteo, van a estar más que agradecidos. Confío en que Ethan pueda encontrar una sala adecuada; esto, sin duda, será lo más complicado a tan corto plazo.

Capítulo 23

Los ensayos para el concierto en el Auditorio se van sucediendo sin que sea consciente de que el tiempo pasa más rápido de lo que yo quisiera. No hay nada como tener actividad para mantenerme ocupada. Mi vida transcurre de forma absolutamente monótona: ensayos de lunes a viernes, toda la mañana, y trabajo individual por las tardes. Un día termina y da comienzo al siguiente, y enero da paso a febrero. Hace bastante frío en Madrid, por lo que agradezco tener tanto trabajo. Ya duermo casi todas las noches sin sobresaltos y me encuentro mejor. Aunque sigo echando de menos a mi familia, lo hago de manera sosegada.

Una tarde, mientras estoy concentrada con el estudio, suena el teléfono. El número es el de la orquesta.

—¿Olivia?

—Sí, soy yo —contesto extrañada.

—Hola, soy Alberto, de la parte de proyectos.

—Hola, Alberto.

—Te llamo porque nos han contratado para dar un concierto acompañando a un cantante. No vamos a ser todos, solo una representación de cámara.

—¡Ajá! De acuerdo. ¿Qué tipo de música es?

—Una mezcla de soul y jazz.

—Suena interesante, no todos los días surgen oportunidades de tocar música que no sea clásica. Cuenta conmigo. ¿Cuál es el plan?

—Tenemos el material adaptado para una orquesta de cámara con pianista, y una maqueta con la voz del cantante. Solo podremos hacer un ensayo con él el día antes, puesto que no se encuentra en España.

—Qué extraño, ¿no te parece?

—Pues sí, no te voy a mentir, pero es así como lo quieren. Por supuesto, está remunerado, y muy bien.

—Fenomenal —respondo, aunque en realidad el tema de la remuneración es lo que menos me preocupa. Gracias a Dios, no tengo estrecheces

económicas. Mi vida es muy sencilla y no he de hacer grandes gastos extraordinarios.

—Los ensayos comienzan mañana, por lo que haremos el primero a primera vista. Lo prepararemos los lunes, miércoles y viernes por las tardes, de cinco a ocho. Si vemos que es poco, ensayaremos más.

—¿Cuándo es el concierto?

—El domingo 2 de marzo, a las siete de la tarde, en el Teatro Armentil.

—Uff, todo se junta. Ese teatro no es muy grande, ¿no?

—No, será un concierto a pequeña escala, distinto y exclusivo.

—Vaya, bueno, Alberto, pues gracias por contar conmigo. ¿Carmen y Marcos también están? —pregunto con interés.

—Carmen sí, pero Marcos, en principio, no, tiene mucho trabajo con el concierto para violín. Le vamos a dejar descansar. No obstante, el director tiene la última palabra. Si cree que lo puede hacer, también participará.

—Sí, claro. Gracias.

—Adiós, Olivia, acuérdate de que mañana es el primer ensayo.

Después de colgar caigo en la cuenta de que no le he preguntado quién es el cantante. En realidad me es indiferente, y casi prefiero no saberlo para analizar su música sin ideas preconcebidas, ¡es todo un reto! Prosigo con el trabajo individual un rato más, hasta que vuelve a sonar el teléfono. ¡Vaya tarde que llevo de interrupciones! Si lo llego a saber, lo pongo en silencio.

—Hola, Carmen —contesto.

—¿Qué tal?

—Bien, ensayando, ya sabes, monotema.

—Me imagino. ¿Te ha llamado Alberto?

—Sí, hace un rato.

—A mí también. Me hace ilusión, es algo distinto.

—Sí, a ver qué tal es la música. Seguro que la experiencia resulta entretenida y enriquecedora —respondo con ciertas dudas.

—Va, así hacemos cosas diferentes. ¿Qué tal estás?

—Bien, Carmen, tranquila y centrada en lo mío.

—Oye, me ha llamado Marcos. Me dice que mañana se queda a estudiar su concierto mientras ensayamos esto nuevo, y luego salimos a tomar algo, ¿te parece?

—Pues sí, la verdad, para romper un poco la rutina y veros en ambientes más distendidos.

—Perfecto, pues nos vemos mañana. Si quieres, comemos juntas en mi casa y por la tarde vamos al ensayo.

—Me parece un plan perfecto. —Me río—. ¡Eres incorregible! Venga, mañana nos vemos. Besos.

—Chao.

El primer ensayo, siendo a primera vista, no sale mal, pero es raro, cuando menos, escuchar los acompañamientos sin la voz principal del cantante. Así debe hacerse para que todos nosotros estemos conjuntados. Al final tocaremos seis violines primeros, cuatro violines segundos, tres violas, dos violonchelos, un contrabajo, un piano, una batería, una trompeta, un trombón y un saxofón. En realidad, no es necesaria una gran orquesta para acompañar a una gran voz. Todos los temas tienen los arreglos necesarios para que podamos interpretarlos correctamente, teniendo en cuenta que han sido compuestos para una *big band* que solo cuenta con instrumentos de viento metal y madera junto con guitarras, bajo, piano y batería. He de reconocer que los temas son bien bonitos y algunos de ellos tan apasionados que los bailo con el violonchelo. Resultan ricos tanto en sus melodías como en el fraseo, el acompañamiento orquestal, el ritmo y la sonoridad. Aunque me falta conocer la letra, sin ella no sabemos con exactitud lo que el compositor quiere expresar, y esto es lo principal. Imagino que en los próximos ensayos podremos desvelar este secreto, a fin de poder interpretarlos a la perfección.

—¿Qué te parece? —me pregunta Carmen.

—Me ha sorprendido para bien, ¡estoy disfrutando de estos ensayos una barbaridad! Solo me falta saber quién ha compuesto los temas, ponerle cara y entender lo que quieren decir.

—Sí, supongo que nos lo dirán a su debido tiempo. El día antes tendremos el ensayo general con el cantante. ¡Estoy deseando que llegue ese momento!

* * *

La gira por Canadá está siendo un éxito; además, me siento pletórico tanto física como emocionalmente. Saber que en cuanto acabe me marchó a Madrid me da muchísima energía, ¡ojalá salga todo como tengo previsto! No hemos podido evitar que en las ruedas de prensa algunos periodistas pregunten por el fin de mi relación con Chloe. La respuesta ha sido siempre la misma:

«No haré ninguna declaración al respecto, ambos queremos proteger nuestra intimidad para poder rehacer nuestras vidas por separado».

Que sucedan estas cosas también da pie a que se presenten nuevas candidatas a compañera sentimental. Algunas son demasiado descaradas poniéndose en flagrante evidencia.

Mi fama me precede, eso es inevitable, pero ahora todo es bien distinto, rechazarlas no me cuesta nada. Además, estoy concentrado en los conciertos y en lo que vendrá más adelante. No puedo permitirme esa clase de distracciones ni las deseo. Olivia se ha colado en mi corazón y no hago más que pensar en ella, día y noche.

—Sean, ya tienes todo preparado para la gala de Madrid: vuelo reservado abierto en la fecha de regreso y hotel para cinco días con posibilidad de ampliación. Mismo hotel, misma habitación: la de siempre.

—¿Qué tal lleva la orquesta la preparación del concierto?

—Fenomenal, Sean, fenomenal. La verdad, son profesionales realmente buenos. Me quedo con el contacto por si más adelante nos planteamos hacer alguna grabación con ellos.

—¿Y las entradas para el teatro?

—Ya están todas repartidas. El sorteo se ha hecho a través de la página de fans y lo han agradecido enormemente. No ha habido publicidad en abierto para no levantar expectación. Si por lo que sea quieres dar una rueda de prensa o similar, dímelo, estamos aún a tiempo de montarla.

—Muchísimas gracias, Ethan, por el momento esto es todo.

Estoy francamente contento con sus gestiones. Lo ha preparado todo en tiempo récord. Realmente vale lo que le pago, y más. Además de mánager, es un buen amigo.

* * *

Los ensayos del concierto de violín me elevan, tengo que reconocerlo. La orquesta comienza con un compás de introducción que da inicio a una de las melodías más bellas y apasionadas que jamás haya escuchado. Es una forma novedosa de empezar un concierto, pues habitualmente suele haber una introducción más o menos larga de la orquesta y luego comienza la parte solista. Pero aquí es al revés. Ni que decir tiene que Marcos interpreta increíblemente bien, con un sentimiento verdaderamente exquisito, y me

emociono tanto escuchándole que se me ponen los pelos de punta. Como lo haga tan bien el día del concierto, va a ser todo un éxito. Terminamos el ensayo y decidimos quedarnos a comer de tapas en la cafetería-bar donde habitualmente desayunamos, ya que por la tarde tendremos que seguir.

—Marcos, ¿te quedas?

—Sí, me quedo. Yo por la tarde seguiré a lo mío. Me encierro en una sala y así no os molesto —contesta sonriendo.

—Ya veo, ya. Si lo tienes totalmente bordado...

—Bueno, hay que limar aún ciertos pasajes que están algo sucios y también falta expresividad en otros. —Así es Marcos, perfeccionista en lo suyo. Y hace bien, ha de aprovechar al máximo la gran oportunidad que se le ha presentado. Quién sabe si después de este concierto como solista podrá venir otro. Este mundo no es nada fácil, sobre todo si te dedicas a la música clásica. Para ser autosuficiente hay que luchar mucho, estudiar más y tocar más aún. Conozco bastantes compañeros que, aun con talento, no consiguen plazas en orquestas sinfónicas que puedan proporcionarles un sueldo fijo al mes con el que subsistir. Hoy en día, el mercado es global y, cuando salen plazas, hay que competir con músicos brillantes que vienen de otros países. Por tanto, conseguir una es muy complicado y, además, en muchas ocasiones hay que compatibilizar el trabajo en la orquesta con la docencia en conservatorios o escuelas de música. Es verdad que no tenemos que madrugar, porque es imprescindible un buen descanso. Y que el horario de ensayos no es excesivo, pero luego hay que dedicarle horas al trabajo individual. Y también es cierto que gran parte de los conciertos son los fines de semana, aunque también los haya entre semana. Así pues, este es un oficio sin horarios fijos que, en la mayoría de los casos, necesita complementarse con otros ingresos. Además, existe una altísima competencia y rigor profesional. Podríamos decir que se trata de un mundo pequeño en el que todos nos conocemos.

Llegamos a la cafetería-bar y pedimos algunas tapas típicas: patatas con alioli, croquetas, espárragos trigueros con jamón, chopitos y huevos estrellados con beicon y patatas fritas. Para los que somos es más que suficiente. Pasamos una comida entretenida que nos ayuda a relajarnos, ya que el concierto será dentro de una semana, ¡nada más y nada menos!

—¿Cómo te va todo, Olivia? —me pregunta Marcos, que se ha sentado a mi lado desde el inicio de la comida. Se ha girado hacia mí y me habla en tono bajo.

—Todo bien, no me puedo quejar —contesto sin saber muy bien qué decir. No sé por dónde va.

—Me alegro. Estoy centrado en el concierto y no me he dado cuenta, en todo este tiempo, de preguntarte. La última vez que hablamos a solas tuvimos una conversación un tanto *tensa*.

Vaya, quiere volver a aquello. No creo que sea el momento. Mejor pararlo.

—Bueno, no te preocupes, fue un malentendido. No pasa nada, de verdad.

Le miro con expresión dulce y él se queda observándome. Veo por el rabillo del ojo que Carmen está atenta a lo que nos decimos. Desvío la mirada a los largos dedos de sus manos, que, por cierto, están bien proporcionados y cuidados. Cuando la alzo para prestarle atención, me contesta.

—Pues si tú estás bien, yo también. —Y sonrío.

Sé que no es eso lo que quiere decirme, pero a una semana del concierto no le conviene meterse en aguas turbulentas. Me doy cuenta de que esta charla queda inconclusa; más adelante la tendremos. Debería ir pensando qué responderle.

Regresamos para el ensayo de la tarde y Marcos sube a una de las salas individuales, que está insonorizada. Saco el violonchelo del estuche y me siento junto a Carmen, dispuesta a afinar.

—Marcos te mira de una forma muy especial —me dice.

—Lo sé. —Aprieto los labios, no quiero dar más explicaciones en este momento. La miro y hablo en voz muy baja—: Pero no hay nada, ni quiero que lo haya. Además, ahora no es momento de enredarse en berenjenales, a una semana del concierto. Así que he aplazado toda conversación como buenamente he podido.

—Mejor así.

Procedemos a afinar cuidadosamente. Nos dan el la en este preciso momento y la charla finaliza. La disciplina y el respeto en los ensayos son fundamentales para realizar un buen trabajo en equipo. Es imprescindible que cada uno acuda con su parte minuciosamente estudiada para luego trabajar los matices tanto a nivel interpretativo como técnico; ambos van de la mano. Ensayamos nuevamente los temas escuchando la voz del cantante que aparece en la maqueta: ahora todo cobra sentido. Algunos tienen ritmos muy bailables; otros, sin embargo, son baladas románticas que llegan al corazón. El estilo es una sorprendente mezcla de soul y jazz bastante curioso, diría yo. He de decir que me gusta, y el hombre que la canta es un barítono de voz aterciopelada. Su

registro de voz es amplio y potente, y es capaz de dar un barniz de sensualidad a lo que canta cuando es necesario. Sencillamente, me ha impresionado.

—Me gusta mucho este concierto; es algo distinto, y tanto los temas como la voz me han sorprendido —le comento a Carmen una vez terminado el ensayo, mientras enfundo el violonchelo.

—Además, la orquestación es bastante rica; de hecho, incluso tenemos pasajes virtuosos, ¿no te parece?

—Sí. No viene mal de vez en cuando cambiar de estilo musical para desintoxicarnos de tanta música clásica.

Marcos nos está esperando en el vestíbulo con una amplia sonrisa. Su ensayo debe de haber sido fructífero. Madre mía, como siga estudiando tantas horas se va a quedar sin dedos con los que acariciar su precioso violín.

—Ese concierto tiene muy buena pinta —afirma—. ¿Cuándo vamos a saber quién es el cantante?

—El misterio se desvelará el día antes, cuando hagamos un ensayo general en el teatro con él —afirma Carmen.

—¿Y por qué tanto misterio? —pregunta Marcos.

—En realidad, no lo sabemos muy bien; parece ser que se trata de un concierto sorpresa para sus fans —respondo.

—En fin, entonces de nada sirve especular. Aunque lo adivinemos, no podríamos decir ni *mu*. —Carmen pone punto final a la conversación.

—¿Os habéis traído el coche? Porque, si queréis, os puedo acercar a alguna a vuestras casas —indaga Marcos.

—Sí, lo hemos traído —contestamos las dos al unísono, y empezamos a reírnos a carcajada limpia.

—De acuerdo, pues vamos entonces, supongo que lo tendréis calle abajo, como de costumbre. Venga, os acompaño —se ofrece Marcos.

Y bajamos la calle charlando de lo humano y lo divino, o sea, de nada trascendente. Estamos muy cansados; llevamos casi todo el día tocando, y los dedos nos están pidiendo un respiro. Además, mañana nos espera más, solo que esta vez haremos el ensayo para el concierto en el Auditorio; está ya prácticamente montado, a falta de ciertos detalles. Supongo que seguiremos ensayando el concierto para violín, que es realmente extraordinario. Desde que empezamos no puedo quitarme de la cabeza la exquisita melodía de los primeros compases que inicia el violín; suena y resuena y no paro de tararearla. ¡Creo que incluso la canto en sueños!

Nos despedimos en cuanto llegamos a los coches y cada uno se dirige al suyo. En pocas horas volveremos a vernos.

Capítulo 24

La gira por Canadá ha sido un gran éxito, tanto para los fans como para los críticos más exigentes. Los comentarios más positivos, aparte de elogiar los temas del disco, se han referido a mi buen estado de ánimo pese a la ruptura sentimental.

Los días previos a la gala de Madrid me dedico a repasar el programa; algunas canciones pertenecen a este último álbum, otras son grandes éxitos de anteriores discos. Aunque la parte vocal es la misma, escucho una y otra vez la maqueta con la nueva versión de la orquestación hecha *ex profeso* para este concierto. El resultado final me gusta. Si sale todo bien, la idea podrá llevarse a otros escenarios. La concentración que necesito es máxima, porque se trata de un viaje no solo personal, sino también profesional. Obviamente, no voy a dejar de cantar con la *big band* que me ha catapultado al éxito y con la que me siento plenamente realizado, pero de vez en cuando es bueno probar cosas distintas, sobre todo si funcionan. Por tanto, este será un experimento controlado ante mis fans, sin una promoción musical al uso de por medio y sin periodistas especializados. Grabaremos el concierto y lo viralizaremos por las redes sociales, a ver qué acogida tiene.

Llevo dos días concentrado y sin hablar prácticamente nada, para cuidarme la voz. Procuero descansar lo suficiente, beber mucha agua y permanecer relajado, cosa que no siempre consigo, pues el hecho de pensar que en breve veré a Olivia me pone eufórico y siento que la ansiedad se apodera de mí sin más dilación. Estoy perdidamente enamorado, si no, no arriesgaría mi carrera profesional con este tipo de experimentos, decididos de manera conscientemente impulsiva, ¿conscientemente impulsiva?...

Creo sinceramente que tras conocerla he empezado a convertirme en una versión mejor de mí mismo, o al menos estoy recuperando mis orígenes y centrándome más en lo esencial de la vida. Me impresiona la rapidez con la que se ha producido el cambio, y no hago más que reafirmarme en que no se trata tan solo de un capricho o un apasionado deseo sexual que viene acompañado de un sentimiento de posesión, sino de algo más, algo muy profundo. Cuando me levanto, lo primero en lo que pienso es en Olivia, ¿cómo

estará?, ¿qué hará?, ¿pensará en mí? El hecho de que estemos implicados en un mismo proyecto, aunque ella no lo sepa, me llena completamente; es como si fuese este el camino que debiéramos seguir juntos. Para mí, ella es toda una inspiración que me lleva a experimentar una verdadera comunión de almas. Puede sonar pedante, pero es un sentimiento pleno.

De una cosa estoy seguro al cien por cien: si ella no es feliz conmigo, dejaré que siga su camino, libremente, sin rencores ni tachaduras. Esto no va de obligar a nadie a hacer algo si no lo siente con el alma y el corazón. Mi intención es ser respetuoso en todo momento y, sobre todo, esperarla, esperarla hasta que esté preparada. Presiento que algo tiene que sentir por mí, sus gestos y su forma de conducirse así lo dicen, pero ¿qué será lo que la aprisiona? Tengo la sensación de que se halla dentro de una férrea cárcel de la que no es capaz de salir por sí misma. Intentaré acompañarla con mi música y con todo mi amor y respeto. El camino es claro; ante todo, sinceridad.

Aunque he querido retrasar este momento, ha llegado la hora de mostrar las cartas boca arriba, tal cual son. Sé positivamente que no le va a gustar que le haya mentido o haya omitido la verdad sobre mi persona, sé que mi mundo la atosigará, e incluso la ahogará en cierta medida, sé que nos separan demasiados kilómetros, distintas culturas, distintos caminos. Me dolería demasiado que sufriese por dejar aparcada su profesión en Madrid, aunque podría seguirla en Toronto, en mis conciertos o en alguna de las orquestas sinfónicas que hay en la ciudad.

De todas formas, todos estos hipotéticos planes no servirán de nada si Olivia no muestra verdaderos sentimientos hacia mí. Esto es lo que tengo que averiguar en los próximos días, dispongo solo de unos pocos; a finales de marzo comienza la gira por Estados Unidos y debo estar en mi país con tiempo suficiente. No puedo parar todos mis compromisos, ni siquiera por ella.

* * *

Llegado el día de partir rumbo a Madrid, cojo el vuelo con normalidad y sin ningún retraso a las once menos cuarto de la noche, hora de Toronto. Prefiero los vuelos nocturnos porque me permiten descansar durante el trayecto. Ethan viene conmigo, naturalmente, para supervisar todo.

Con la diferencia horaria, aterrizamos en Madrid un poco más tarde del mediodía, hora local. Tras recoger los equipajes, nos dirigimos al hotel de

siempre. Acto seguido tomamos un almuerzo ligero y ponemos rumbo al teatro donde se va a celebrar el concierto. Comprobamos que todo está preparado tal y como dijimos. El escenario es lo suficientemente amplio; las sillas, los atriles y el equipo de sonido y la iluminación están listos, e incluso el piano. Respiro hondo, no puedo evitar los nervios, no solo por el concierto, sino por la reacción de Olivia mañana, durante el ensayo.

Saludamos a las personas que han hecho posible montarlo todo en tiempo récord y al gerente del teatro, que está indudablemente agradecido por haberles elegido, a pesar de los cambios que ha debido hacer en la programación para que nuestro concierto pudiera hacerse realidad. El aforo está completo y los equipos de grabación estratégicamente ubicados. Después de esta exhaustiva supervisión, regresamos al hotel para descansar un poco y me recuesto un rato en la cama. Me siento expectante, no puedo evitarlo, no hago más que darle vueltas a la situación, hasta que el cansancio se apodera de mí y me duermo.

Al rato suenan golpes en la puerta de la habitación y me despierto repentinamente.

—Sean, abre, soy Ethan... ¿Sean?

—Ya voy..., estaba descansando.

—Vamos, arréglate —me apresura nada más abrirle la puerta—, en breve llegará el taxi que te llevará al Auditorio Nacional. Hay que estar puntuales, si no, tendrás que esperar a que haya una pausa para poder entrar; lo llevan a rajatabla.

—Voy enseguida.

—Aprovecharé para ponerme en contacto con el jefe de proyectos de la orquesta y ultimar algunos detalles. Quiero tenerlo todo atado.

—Magnífico —comento mientras me voy preparando.

Llevo una barba de tres días que repaso con mimo y me pongo un traje azul oscuro, de corte clásico, y una camisa blanca desabotonada por el cuello, lisa; descarto la corbata para dar un toque más informal. Me calzo unos zapatos de vestir de piel de color marrón y cierre con hebilla en el lateral. Y en pocos minutos estoy listo.

—Ya tienes el taxi abajo. —Ethan me mira—. Estás perfecto. Disfruta de la velada. Irás a verla después, ¿verdad?

—Gracias. —Pongo mi mejor sonrisa pícaro—. Iré a verla en cuanto acabe. ¡Deséame suerte!

—La necesitas, ¡que vaya todo bien!

Salgo del hotel y cojo el taxi que me está esperando. En quince minutos llegamos al Auditorio. Se trata de un edificio relativamente moderno que ocupa toda una manzana. El taxi me deja en la puerta principal y accedo al interior del recinto. Subo las escaleras hasta llegar a la puerta de acceso del primer anfiteatro lateral. Una vez que el acomodador me muestra mi butaca, quedo asombrado por la grandeza de la sala. Hay dos anfiteatros situados por delante del escenario y luego una serie de laterales que lo rodean. Yo me encuentro en uno de ellos. En la parte de atrás se sitúan los bancos del coro, que dan paso a un enorme y espectacular órgano de tubos, que me deja sin aliento, colocado en el eje central de la sala, realmente sorprendente. A ambos lados hay más localidades. Me siento en mi butaca y observo a la gente de alrededor. Por suerte, de momento paso desapercibido.

Pongo el teléfono móvil en silencio y disfruto con la decoración, a la vez que presiento que la sala se va a llenar. Es buena señal. Faltan unos quince minutos para que comience el concierto, y antes de leer el programa me fijo en el techo, realizado en madera con diversas formas geométricas que supongo que se habrán diseñado especialmente para que la música envuelva la sala. Del techo cuelgan cuatro enormes lámparas doradas y redondas que parecen cuatro platillos volantes y que sostienen innumerables focos. En su conjunto diría que es una sala diseñada *ex profeso* para escuchar música clásica, elegante y moderna, y con capacidad al menos para dos mil personas.

Poco a poco se van ocupando todas las butacas. La mía está situada en la fila uno; a mi derecha hay pasillo y a mi izquierda se extiende el resto de las butacas de la fila. Puedo ver perfectamente el escenario; prácticamente estoy encima, a la altura donde se sitúa el director. Por tanto, disfrutaré viendo interpretar a los músicos..., sobre todo a Olivia. Sonrío. Y por fin los intérpretes empiezan a salir al escenario; ellos visten traje negro, camisa blanca y pajarita blanca, y ellas elegantes y sobrios vestidos negros de largo hasta los pies. El corazón me da un vuelco cuando la veo, y se acelera sin remedio. Siento hormigueos en el estómago y la emoción me embarga. Tengo que reconocer que se me humedecen los ojos..., ¡está preciosa! Lleva un vestido negro entallado a la cintura, sin mangas y de escote redondo, con una pequeña abertura y una falda con vuelo, no exagerado, solo el suficiente para poder colocar el violonchelo entre las piernas cuando se siente. Se ha hecho un moño bajo, como el que le he visto en otras ocasiones, y calza zapatos negros de salón con bastante tacón. Sencillamente elegantísima. Permanece de pie mirando al público situado en el patio de butacas y el primer y segundo

anfiteatros centrales, sosteniendo el violonchelo con ambas manos y el arco con una de ellas, en posición vertical. Inmediatamente se sienta, saca la pica y coloca el violonchelo en su sitio.

Mantiene la espalda recta y las manos sensiblemente recostadas sobre las rodillas, sujetando el arco con la mano derecha como si fuese una prolongación de su propio brazo. Agradezco la intuición que he tenido para elegir la butaca, porque la veo perfectamente, cerca, muy cerca, casi puedo alcanzarla con las manos. Está detrás del violonchelo principal, en segunda fila, en el exterior, esto es, pegada al público, pero de tal forma que puedo observarla entera. Solo tengo ojos para ella, es como si la mirara a través de un telescopio y solo estuviese ella, siempre atractiva, siempre elegante.

* * *

Entramos en el Auditorio muy pronto, a las tres y media de la tarde, para una prueba acústica antes del concierto. El director quiere saber si hace falta rectificar matices con la inconfundible acústica de la Sala Sinfónica. Llevo ropa cómoda; unos vaqueros azul claro y un jersey de punto color crema, y zapatillas de cordones de color azul. Carmen se sienta a mi lado y ambas afinamos los instrumentos con precisión. Mientras repasamos ciertos pasajes, me siento tranquila y relajada, aunque no por ello pierdo la concentración. Una vez corregidos matices y dinámicas, revisamos el concierto para violín. Marcos aparece en escena y se coloca entre el director y el concertino. Se le ve confiado en sí mismo y ciertamente la ejecución es brillante. Y otra vez repiquetea en mi memoria la melodía inicial.

—Qué pesadilla, Carmen, no soy capaz de quitarme de la cabeza esta melodía —susurro aprovechando un parón que ha hecho el director.

—Shhh, no hables —me reprende.

En los ensayos se requiere silencio absoluto cuando el director para la música con el fin de corregir lo que no le haya gustado. Reconozco que Carmen tiene razón, pero no he podido aguantarme. Cuando finaliza Marcos, todos le aplaudimos de forma entusiasta; la interpretación ha sido brillante. La acústica del auditorio es ciertamente maravillosa y envolvente. Finalizado el ensayo, salimos del escenario hacia los camerinos, guardo el violonchelo y aprovecho para beber agua.

—Funciona bien la calefacción, ¿verdad? —pregunta Carmen.

—Brrr..., ni me hables, menos mal que no tenemos que salir al escenario con trajes de chaqueta. Si no, no sé qué sería de nosotras. ¡Pobres hombres!

Marcos tiene un camerino particular, por ser el solista. Entra y guarda el violín, y cuando regresa los compañeros de la orquesta le van parando para felicitarle; se le ve contento. Confío en que el concierto le salga, al menos, igual de bien, y que los nervios no le jueguen una mala pasada; estar alterado es lo más normal porque te conviertes en el centro de todas las miradas, que se clavan en ti como miles de alfileres. Por tanto, se hace imprescindible canalizar esa energía en concentración. Sobre el escenario no hay obras sencillas que interpretar, todo tiene su dificultad, y obviamente no sale tan perfecto como cuando tocas tranquilo, en tu sala de ensayo. Por eso, cuanto mejor consigas que suene en privado, mejor sonará en el escenario. Y no perdamos de vista lo que realmente se persigue, que es conectar con la concurrencia a través de la música.

—Marcos, ¿quieres tomar un sándwich con nosotras? —le pregunto cuando los demás ya le han dejado.

—Sí, claro, por supuesto, algo ligero con agua, nada más.

—Estupendo, siéntate, hemos traído de sobra.

Nos sentamos en unas sillas alrededor de una mesa que hay en un lateral de la cafetería para los artistas, y disfrutamos de unas risas en buena compañía, recordando divertidos momentos. Marcos está aparentemente normal, aunque sé que siente un inmenso respeto por la gran oportunidad que se le ofrece. El director ha confiado en él en lugar de traer a un gran solista porque tiene un potencial excepcional. Cuando acabamos, se levanta y se retira a su camerino a falta de veinte minutos para el comienzo del concierto, con la intención de concentrarse. Aunque no actúa en la primera obra, sino en la que va a continuación, necesita este tiempo para él y su violín. Nosotras nos retiramos al camerino femenino para cambiarnos. Carmen, que se da buena maña, me hace un bonito recogido en un moño bajo, que sabe que me sienta bien.

—Vamos, Olivia, que te maquillo un poco.

—Bah, no es necesario.

—¿Cómo qué no? Aunque sea mínimo, tienes que acompañar este elegante vestido con una buena cara.

Me sienta y Carmen me pone base de maquillaje, colorete, carmín rojo en los labios y me maquilla los ojos con un discreto ahumado en tonos verdosos y suaves. El resultado es formidable, según me veo en el espejo. Lo que menos

me gusta es el color del carmín, pues no estoy acostumbrada a llevarlo tan fuerte, pero decido dejarlo. Total, ¡qué más da!, ahora relativizo mucho más las cosas materiales que antes.

Dejamos los camerinos con nuestros instrumentos en mano; las partituras se han quedado en los atriles tras la prueba acústica. A la señal del personal asistente de la sala, se abren las puertas que dan al escenario y comenzamos a salir, en silencio. Los aplausos de recibimiento se oyen con ese eco tan característico que solo se escucha en el Auditorio Nacional, y que tengo grabado en mi memoria. A mi modo de ver, son muy especiales y emotivos; en ninguna otra sala se oyen de forma tan redonda y con tanto empaque. Una vez sentada en la silla, saco la pica del violonchelo y me fijo en la sala, que está prácticamente llena; da mucho gusto verla así. En unos pocos segundos, las luces que alumbran al público se apagarán, quedando únicamente encendidas las que enfocan directamente al escenario. Solo alcanzo a ver a los asistentes de las tres primeras filas, el resto se confunde con la oscuridad que se alza frente a mí. Respiro hondo y me preparo mental y físicamente.

Capítulo 25

El concierto ha comenzado con la *Obertura Las Hébridas*, de Mendelssohn. Me quedo estupefacto con la acústica de este auditorio. La orquesta suena redonda y conjuntada, los armónicos explotan por la sala y los matices se escuchan con brillantez. Me fijo en la sección de viento metal por analogía con la *big band*; tocan fenomenal, sin desmerecer a los que lo hacen conmigo. Pero mi mirada se centra en ella, hacia ella y solo en ella. Aunque me hubiese gustado contemplarla tan de cerca como en aquella iglesia, reconozco que en la distancia es elegante a más no poder. En los pequeños momentos en los que la cuerda de violonchelos no toca nada, la veo concentrada mirando al director y al resto de la orquesta. La obra transcurre con un continuo movimiento que imita a las olas del mar. Cuando finaliza, aplaudo con verdadero entusiasmo, al igual que el resto del público que ha acudido a la sala.

El director abandona el escenario mientras siguen los aplausos, que, poco a poco, se van mitigando. Acto seguido sale de nuevo acompañado del violinista solista, y toda la orquesta se levanta para recibirles. El oboe le da la nota la para que afine al mismo tono que los demás. En breves segundos veo una mirada de complicidad entre solista y director; el protagonista está preparado. El director levanta los brazos para iniciar la segunda pieza del programa, el *Concierto para violín en mi menor* opus 64 de Felix Mendelssohn. Desde los primeros compases, quedo totalmente hipnotizado por la melodía inicial que interpreta el violín y que luego toma la orquesta. Es sencillamente un canto al alma desde el alma. Consulto el programa; se llama Marcos y veo todo su historial profesional: estudios profesionales en Madrid, máster de perfeccionamiento y becas en el extranjero, concursos en los que ha quedado como finalista, clases magistrales recibidas y profesores que las impartieron, conciertos y obras realizadas como solista y repertorio musical que abarca.

Me llama la atención que es el concertino de la orquesta; ahí está la explicación de por qué se conocen él y el director. Por lo demás, entiendo que su currículum es bueno, aunque no estoy especializado en este ámbito.

La orquesta acompaña al instrumento solista dando una verdadera lección de saber cuándo tienes que estar, sonar y sobresalir y cuándo *desaparecer* tocando pianísimo, pero con sonido, vibrato e intención, porque estás acompañando armónicamente al concertista. El gran error de muchas orquestas consiste en tocar demasiado fuerte cuando realmente hay que *mecer* al concertista. En pocas palabras, se le *molesta*.

Me maravilla ver la facilidad con la que el violinista toca el instrumento; como si fuese tan sencillo que apenas requiriese esfuerzo alguno. Estoy seguro de que no debe ser precisamente fácil. Desvío la mirada hacia Olivia y veo que está muy pendiente de él, quizás demasiado pendiente para mi gusto. Incluso me parece ver que sonrío con una pequeña mueca en su rostro después de cada pasaje que él ejecuta. ¿Cómo será capaz de aprenderse de memoria las notas, los matices, el golpe de arco en cada nota? No puedo imaginar la cantidad de veces que tendrá que haber repetido todo para aprendérselo así, y además tocarlo de una forma tan expresiva y exquisita. Al fin y al cabo, con la música lo que se pretende es a contar una historia que llegue al público, y creo que lo está consiguiendo ampliamente. Marcos capta completamente mi atención y me quedo atónito, admirándole.

En los pasajes que interpreta sin ningún tipo de acompañamiento, proyecta un sonido que envuelve toda la sala con una claridad absoluta. Cuando acaba el concierto, el público salta con vítores y aplausos; sinceramente, no me extraña. Marcos tiene que entrar y salir varias veces del escenario debido a la cantidad de aplausos, sin pausa alguna. Saluda al director, al concertino y también a la orquesta. Todos le aplaudimos con verdadera emoción. Olivia está encantada, puedo notarlo en su expresión; se la ve totalmente radiante y con una sonrisa que denota orgullo.

Su emoción es mi emoción, su alegría es la mía, y sonrío al verla. Acto seguido, todos los músicos abandonan el escenario para hacer el oportuno descanso.

Aprovecho y salgo de la sala para estirar las piernas, y contemplo lo que sucede a mi alrededor: gente que va al servicio, gente que se conoce y comenta su parecer, gente que aprovecha para chatear con sus móviles..., de todo un poco. Es curioso lo que se aprende observando a los demás. Al poco rato suena el aviso de que el concierto se va a reanudar y me dirijo nuevamente a mi butaca. En la segunda parte, la orquesta va a interpretar la *Sinfonía número 4* de Tchaikovsky. Es interesante conocer los acontecimientos que rodearon al compositor en el momento de crear su obra, porque esta

refleja sus vivencias y estados de ánimo. Según leo en el programa, poco antes de componer la sinfonía, Tchaikovsky había puesto fin a un matrimonio tortuoso que casi lo llevó al borde del suicidio. Después conoció a una dama con la que mantuvo una relación muy especial en la distancia, únicamente por correspondencia, y que fue fundamental en su vida. Al parecer, compartieron muchas intimidades y ella se convirtió en su mecenas, pero nunca llegaron a verse personalmente. El músico le dedicó la sinfonía por entero a ella, y plasmó esas vivencias en la obra. El primer movimiento lo dedica al destino, un destino monstruoso que nos atrapa y del que no podemos escapar. Observo que es un movimiento cargado de fuerza y melancolía. En cambio, el segundo, a ritmo de vals, nos conduce hacia la luz dentro de ese destino que se desarrolla impecablemente en el tercer movimiento. Al final, en el cuarto y el último, la música es explosiva y triunfal.

Finaliza el concierto y el público se levanta y aplaude entusiasmado. Yo hago lo mismo. Y como es de rigor, da comienzo nuevamente el paseíllo del director que entra y sale del escenario. Cuanto más se prolonga, más indica que se ha conquistado al público. Olivia está contenta, no dejo de mirarla, pero ella no me ve. Y repentinamente sucede lo inesperado, su compañera de atril sí me reconoce y me observa, atónita.

Se acerca a Olivia y probablemente se lo dice al oído, porque ella busca entre el público hasta que me encuentra. ¿Cómo podría explicar lo que sucede en ese momento? Cuando nuestras miradas se cruzan, siento como si flotara en el aire, mi alegría dibuja mi rostro y sonrío ampliamente. Olivia permanece al principio con la boca abierta, sorprendida y paralizada, y enseguida me saluda con la mano, un saludo pequeño pero lleno de significado.

* * *

—¡No me lo puedo creer! —le comento a Carmen, totalmente pasmada.

—Yo tampoco —me dice.

Saludamos nuevamente al público y comenzamos a salir del escenario, poco a poco, entre vítores, palmas y alabanzas.

—¿Cómo es posible? —me pregunto conforme entramos en los pasillos que nos conducen al camerino.

—¿Has tenido algún contacto reciente con él?

Hago memoria...

—No —contesto—, nada desde Nochevieja.

—Pues se nota que no te ha olvidado. Aquí le tienes. Seguro que te espera a la salida, ¡venga!, prepárate para saber qué le vas a decir.

—¿Y qué le digo, Carmen? No sé qué contar, estoy asombrada y al mismo tiempo me siento fuera de lugar.

Llegamos a los camerinos y nos desvestimos para ponernos más cómodas. Estamos muy contentas, nos abrazamos y nos damos la enhorabuena. Cuando acabo, echo el violonchelo a la espalda con la intención de salir de allí lo antes posible; el calor y el ambiente me están asfixiando por momentos. Carmen me acompaña, consciente de mi situación, y no me deja ni un segundo sola.

* * *

Haber mantenido la mirada de Olivia durante unos segundos me ha causado una gran emoción. Al principio estaba totalmente atónito, pero luego nos hemos sonreído, y eso es lo mejor que podía esperar después de dos meses sin ningún tipo de contacto. Mi vida ha cambiado de forma radical, mi escala de valores, mis sentimientos... Ahora me queda averiguar los de ella.

Recojo mis cosas del guardarropa y abandono el edificio lo más rápido que puedo, no sin antes preguntar a tres personas distintas por dónde salen los artistas. Al fin, una mujer me entiende y me lo indica en inglés.

Rodeo el edificio desde la puerta principal, a mano izquierda, hasta que llego a otra entrada al recinto. Unas cuantas personas se han concentrado allí, pero no diviso aún a los músicos, que entiendo que llevarán sus instrumentos. Quito el modo silencio del móvil y miro si tengo algún mensaje. Ninguno de ella. Guardo el teléfono y espero pacientemente. En pocos minutos empiezan a salir; son inconfundibles. Se esperan unos a otros o bien reciben visitas de familiares o amigos. Otros se marchan como deben de haber venido: solos. Me acerco más a la entrada, a una distancia prudencial como para no pasar desapercibido. Y entonces la veo en compañía de su inseparable amiga, Carmen. Nuestras miradas se vuelven a cruzar y en ese preciso instante ya no hay nada a nuestro alrededor, solo ella y yo. Se queda tan paralizada como yo, a escasos metros, incapaz de avanzar; la emoción me retiene, me cautiva. Está tan guapa..., la noto tan indefensa, frágil, delicada... Entonces siento que un delgado pero a la vez resistente hilo nos une sin remedio. Un escalofrío

recorre mi cuerpo y el corazón late desbocado. ¿Cuánto tiempo estamos quietos, consumiéndonos con la mirada?, ¿una eternidad, unos instantes? Sigo esperando su señal para acercarme, incluso me armo de valor cuando me sonrío. Decido hacerlo con cautela, aunque ahora mismo me la comería; sé que lo nota por cómo las dos se fijan en mí, y me aproximo al fin hasta que nos quedamos uno enfrente de otro, separados por medio metro de incómoda distancia, sin saber muy bien qué hacer o decir...

—Hola, Olivia —pronuncio con cautela—; hola, Carmen.

—Hola, Sean —contesta Olivia. Le doy un par de besos, uno en cada mejilla. Hummm... ¡qué bien huele! Cierro los ojos evocando su dulce aroma y los vuelvo a abrir de inmediato.

—Hola, Sean —saluda Carmen con una amplia sonrisa—, qué sorpresa verte por aquí.

—Sí, tengo un compromiso profesional en Madrid y he aprovechado para venir a veros. —Me fijo en Olivia. Está impresionante, se ha maquillado suavemente y su aspecto es fantástico. Pero ¡se ha quedado muda!

—¿Te ha gustado el concierto? —acierta a preguntar Carmen mientras da un leve empujón a su amiga para que espabile; está abstraída, totalmente ajena, mirándome, sin saber muy bien qué decir. Ni siquiera pestañea... Es como si no pudiese reaccionar.

—Sí, claro, ha sido espectacular, me ha entusiasmado todo, la obertura, el solista de violín y la sinfonía. El repertorio es sencillamente extraordinario —respondo.

—Me alegro, Sean. —Carmen mira a Olivia, no sé qué le pasa. Siento una tensión de alto voltaje entre nosotros dos—. Bueno, os dejo, he quedado y tengo un poco de prisa. No me gusta que me esperen —añade, y me da un par de besos de despedida—. Olivia, ¡despierta!, ha venido a verte desde muy lejos —oigo que le susurra a Olivia en el oído—, mañana nos vemos en el teatro. Sé puntual.

—¡Adiós, Carmen! —se despide Olivia.

Y nos quedamos solos, separados únicamente por medio metro de distancia. Olivia no sabe muy bien dónde fijar su vista, dirige su mirada a todo lo que hay alrededor menos a mí.

—Estoy aquí, Olivia, he venido a verte —señalo muy bajito, pero con firmeza. Y sostengo su barbilla con mi mano, levantándola para obligarla a mirarme. Permanecemos prendados unos cuantos segundos, fascinados, hasta

que varios compañeros de la orquesta interrumpen la magia y la saludan. Ella desvía su mirada y les dice adiós educadamente.

—Perdona, Sean..., no sé qué me ha pasado. Seguramente será agotamiento con tanto ensayo y la típica relajación tras la tensión del concierto. Suele ocurrirme a menudo.

Creo que miente, está en estado de *shock*. Respiro hondo y vuelvo a oler su perfume. Es embriagador.

—¿Quieres que nos sentemos un poco?

Me ofrezco a coger el violonchelo.

—De acuerdo.

Hay un banco de madera a unos pocos metros y nos dirigimos allí. Cargo con su instrumento como si realmente fuese una hoja de papel. En alguna ocasión me dijo que pesa unos pocos kilos..., unos ocho con estuche incluido, aproximadamente. El estuche es de fibra de carbono y observo con sorpresa que pesa menos de lo que aparenta; engaña su tamaño.

—Pensaba que iba a ser más pesado —le digo.

—Sí, es lo habitual, pero en realidad no lo es tanto —contesta mirando a la gente; está buscando a alguien.

—Me alegro mucho de verte.

Dejo el instrumento al lado del banco y nos sentamos. Estamos a unos veinte o treinta metros de la salida de artistas, en una plaza circular empedrada que cuenta con varios bancos de madera enganchados al suelo. Hay varios arbustos a modo decorativo y unas cuantas farolas alrededor. Ahora se ve más gente que está esperando, y también músicos que entran... Seguramente serán los de la siguiente sesión: me pareció ver que había otro concierto a las diez y media de la noche.

—Creo que yo también —susurra Olivia.

—¿Cómo que crees? —pregunto con gracia, y alzo las cejas en señal de sorpresa.

—En realidad estoy un poco desconcertada.

Me mira nuevamente, y vuelve a contemplar a la gente. No consigo captar su atención como me gustaría. Tomo su mano izquierda con suavidad. Noto que la cojo desprevenida, pero no la aparta. ¡Cuánta paciencia he de tener...!

—¿Te duelen los dedos? —Noto su turbación.

—No, claro, están más que acostumbrados.

Doy la vuelta a su mano y con la otra le acaricio la palma, suavemente. Ella empieza a respirar de forma entrecortada, no sé si por ansiedad. Aparto

mis manos y desvió la mirada hacia donde ella ha fijado la suya.

Supongo que conocerá a bastantes personas de las que hay ahora en la plaza. No sé muy bien cómo reaccionar. Me esperaba cualquier cosa menos esto. De repente me aturde su reacción porque se le ilumina el rostro.

—Un momento, Sean, ahora vengo. ¡No te vayas!

Y se va andando deprisa hacia un grupo de gente que está cerca. Hay un corrillo de unas cuantas personas alrededor de alguien. Cuando Olivia llega, el corrillo se abre y entonces veo a Marcos, el violinista, que sale a su encuentro; se dicen algo al oído y se abrazan durante unos cuantos segundos que me parecen infinitos. Me quedo boquiabierto. Y yo aquí, sentado en el banco, esperando, después de haberme hecho seis mil kilómetros solo para verla, ¡esto es absurdo! Olivia está de espaldas a mí, y puedo ver el rostro de Marcos, muy contento de abrazarla y con una mirada que me preocupa, para ser sinceros. ¿Celos?, es posible. No los había experimentado hasta ahora, y me percató de lo poderoso que es el sentimiento de pertenencia y posesión. Afortunadamente, el abrazo y las felicitaciones duran menos de un minuto. Cuando se despide, él se queda mirándola unos instantes. La mirada me resulta familiar..., ¿deseo, admiración? Ese tipo está enamorado de Olivia.

—Estaba felicitando a Marcos por su actuación, ha sido verdaderamente extraordinaria —comenta ella cuando regresa conmigo.

Está muy sonriente, nada que ver con su actitud de hace unos instantes. Los celos empiezan a ser demasiado dolorosos y siento que soy incapaz de dominarlos.

—Estoy de acuerdo contigo. —Y no hago más comentarios. Me reservo lo que pienso de él. Claramente va a por Olivia, y las alertas se disparan como verdaderos resortes.

—¿Qué te parece si te invito a cenar? No sé, algo ligero, en algún sitio por aquí cerca. —Ella que se queda pensativa unos segundos, y por fin reacciona.

—Bien, vamos. Hay bares en los alrededores, pero demasiado cerca del Auditorio, ahora estarán llenos de gente. Si quieres, podemos ir a uno que conozco, a una manzana andando, seguro que estaremos más cómodos.

—Perfecto.

Cojo el violonchelo como gesto de cortesía y la sigo. Caminamos unos cinco minutos, no más, que aprovechamos para hablar de cosas meramente triviales: el tiempo en Toronto, el tiempo en Madrid... Llegamos al bar y entramos. Efectivamente, hay menos gente.

Capítulo 26

Entramos y rápidamente encontramos una mesa vacía en un lateral, algo apartada y con espacio alrededor suficiente como para dejar el violonchelo. Nos sentamos uno enfrente del otro.

—¿Sabes lo que son las tostas? —le pregunto a Sean.

—¿Qué exactamente?

—Es una rebanada de pan un poco ancha que suele tostarse. Sobre ella se ponen los ingredientes que te gusten. ¿Quieres que elija por ti?

—Por supuesto —responde juguetón.

—¿Te gusta el jamón ibérico?

—¡Me encanta!

Cuando el camarero se acerca, pido una tosta de jamón ibérico con tomate rallado y aceite de oliva virgen para Sean, y otra de ventresca de bonito con pimiento rojo para mí. Y de beber, una cerveza tostada para Sean y una clara para mí. Con esto cenamos de sobra, pues el tamaño de las tostas es considerable y suelen llenar bastante.

—¿Tienes trabajo en Madrid? —investigo.

Parece que me estoy recomponiendo. Ver a Sean por sorpresa me ha impactado sobremanera. No sé por qué, pero no era capaz de articular palabra ni mostrar sentimiento alguno. Felicitar a Marcos me ha devuelto a la realidad, a partir de ese momento ya he sido consciente de la situación y me he empezado a poner nerviosa. Lo estoy ocultando todo lo que puedo, me da vergüenza mostrarme tan vulnerable. Sé que siento algo por Sean, pero no es muy profundo. Todo este tiempo no me he acordado de él más que en contadas ocasiones, pues daba por sentado que no volvería a verle. Encontrármelo de sopetón ha sido demasiado. Mi cuerpo ha quedado paralizado por completo, como si un gran peso le impidiese articular cualquier músculo.

—Sí, estaré unos pocos días. Depende de cómo evolucionen las negociaciones me iré antes o después.

—¿No me vas a contar nunca a qué artistas representas? —exijo.

—Es secreto de Estado. —Esboza una traviesa sonrisa que me encanta. Cuando sonrío está realmente guapo, con su cuidada barba de tres días.

—¡Buaaa!, veo que no confías en mí —miento para sonsacarle información. En realidad, poco sé de él.

—¿Cómo? —se sorprende con gracia— ¡No es por eso!, lo sabes.

Sonríó y miro mi tosta, que aún no he comenzado, y aprovecho para darle un pequeño bocado. La ventresca es una parte exquisita del bonito del norte muy apreciada por su sabor y su textura laminada. Además, disfruto enormemente con su aroma. Sean hace lo mismo.

—¡Mmmm!, ¡está buenísimo! Creo que no había probado nunca el jamón ibérico en una tosta y con tomate rallado. Es sencillamente delicioso.

Le observo con interés. Me alegro y sonrío con la mirada.

—¿Te apetece probar la ventresca? —Le acerco mi tosta y él se queda pensando, dubitativo, hasta que acepta.

—Sí, por favor —Le da un bocado y me mira sorprendido después de saborearlo—. En España la comida es extraordinaria, muy variada, sana y rica.

—Eso suelen decir. —No sé qué decirle, y mientras se me ocurre algo doy un trago a la clara, que está bien fresquita, da gusto—. ¿Qué tal el fin de año por tu tierra? —pregunto por curiosidad algo.

—Lo pasé estupendamente, en familia y rodeado de mis mejores amigos, ¿y tú?

—Bueno, yo... —Miro nuevamente la tosta sin saber muy bien si decirle la verdad o no—. En verdad, no me apetecía pasarlo con nadie, me quedé en casa, sola. —Madre mía, suena más bien patético—. Tuve una semana muy completa de ensayos y estaba cansada.

—Ya veo. —Me escruta, sospecho que no se lo ha creído—. ¿Ni siquiera cenaste con tu familia o alguna amiga?

—En realidad, no; pero cuéntame, ¿cómo lo pasaste tú?

—Bueno, todas las comparaciones son odiosas... Estuve en una fiesta en un buen hotel —no quiero decir que era de lujo—, disfrutando de los amigos y la familia, como te he dicho, y fue totalmente entrañable. Después de pasar fuera tanto tiempo, tenía ganas de verlos.

—Tienes dos hermanas, ¿verdad?

—Sí, qué bueno que lo recuerdes. Las quiero un montón.

—¿Tus padres?

Quiero saber más de él. Advierto que es bastante hogareño, aunque mi pregunta le incomoda...

—Fallecieron ambos —contesta con expresión seria.

—Vaya, lo siento mucho, Sean.

Y como si fuese un acto reflejo, acaricio con ternura su mano derecha, que es la que tiene más cerca de mí, apoyada suavemente sobre la mesa. Él coloca su mano izquierda sobre la mía y la sujeta con cariño. Me estremezco al sentir el contacto, levanto la mirada y vuelvo a encontrarme con la suya.

Otra vez siento esa llama que me corroe. Y posa un beso tierno sobre mi mano. No sé qué hacer, si quitarla o dejarla..., decido quitarla con decisión. Y me quedo mirando mi tosta; la mitad sigue aún en el plato. Madre mía, siento temblores, palpitaciones, y la respiración se me acelera por momentos. Seguro que me estoy poniendo roja, el rostro me quema. Le vuelvo a mirar..., su mirada es apasionada y profunda, arde, me consume, no hace falta que me diga nada con palabras, me lo está diciendo todo solo con la expresión de sus ojos. Se fija en mis labios, peligrosamente. Las mesas de este bar son rectangulares y estamos sentados uno enfrente del otro en los lados más largos, la longitud de los más cortos es muy pequeña. Por tanto, estoy a muy pocos centímetros de él. Veo que se acerca lentamente e inclina su rostro... y me besa. Su beso es suave, cálido, romántico, y muy muy íntimo. Termina delicadamente. Miro nuevamente la tosta sin saber muy bien qué hacer. Estoy muy nerviosa, mucho, respiro de forma agitada.

—Olivia —me llama.

Sigo mirando la tosta. Es evidente que mi respiración va a mil por hora.

—Olivia —vuelve a repetir mi nombre levantando un poco el tono de voz. Evito sus ojos.

—¡Olivia! —solicita de forma más intensa.

Entonces le miro... y todas las barreras físicas se desploman, una a una, pero no las psicológicas..., sigo sintiendo que estoy mintiendo a Juan.

—Olivia, estoy aquí, contigo, ¿dónde estás?

No respondo, y dirijo mi mirada al vacío.

—Olivia..., te amo, te amo de una forma tan profunda que ni siquiera puedo explicar.

Otra vez más y más palpitos..., a este paso me va a dar un infarto.

—No es un capricho o una obsesión momentánea, te amo desde la primera vez que te vi.

Madre mía, no sé dónde meterme ni cómo salir de esta situación.

—Olivia, mírame, por favor.

Reúno todas las fuerzas de que soy capaz y me fijo en él. Desprende sensualidad, calidez, pasión.

—Si pudiese gritarlo a los cuatro mares, lo haría. Confieso que te admiro, que quiero amarte, desearte, protegerte, que seamos uno. Quiero compartir mi vida a tu lado, quiero que seas mi compañera de viaje en lo bueno y en lo malo. Me has transformado y me has hecho volver a mis valores como no te imaginas. Nunca antes había sentido tanta intensidad de amor, es tan ardiente que se me hace completamente imposible vivir mi día a día sin pensar en ti y sin tenerte a mi lado. Soy consciente de tus miedos y defensas, lo sé. Iré todo lo despacio que necesites, pero, por favor, dime que no me vas a rechazar, porque tu mirada expresa lo que tu corazón y tu alma sienten por mí, y sé que hay algo. Déjame demostrarte que soy merecedor de ti.

Estupefacción... El corazón parece que se detiene... Madre mía, jamás me habían hecho una declaración de amor como esta. Me he quedado literalmente de piedra, impactada hasta lo más profundo de mi ser. Reconozco que no me lo esperaba en absoluto. Con solo pensarlo, me pongo a temblar, tengo aún demasiados impedimentos y ataduras emocionales que me frenan, lo sé... Una parte de mí dice que lo intente, ¿por qué no? Otra, la más racional, que no tiene ningún sentido.

—Vaya, Sean... —me estremezco—, no sé qué decir. Me has dejado sin aliento. —Intento que salgan las palabras—. La profundidad de tus sentimientos me embarga tanto que no creo ser merecedora de ellos. Te agradezco tu sinceridad, tacto y cariño.

—Pero... —me interrumpe.

—No hay un pero. —Se queda descolocado; sin duda, no esperaba esa respuesta por mi parte—. No sé qué decir..., quiero y no puedo, puedo y no quiero, no sé si logro explicarme. —Entonces creo que ha llegado el momento de decirle la verdad—: En realidad, Sean, mis límites son emocionales y nada tienen que ver contigo. ¡Todo lo contrario! Me haces sentir bien, contigo olvido muchas cosas, cosas que me frenan sin remedio. —Le miro; por su expresión, sé que no me entiende. Tendré que ser más explícita—. Sean..., hace poco más de un año enviudé y perdí a mis dos amados hijos.

Un mazazo cae sobre los dos. Su expresión cambia de repente y siento por primera vez en mucho tiempo que mi dolor es su dolor. ¿Me está liberando? Me coge las dos manos y las acaricia con ternura. La profundidad de su mirada desnuda mi alma y mi ser.

—Sucedió en un accidente de tráfico. —Apenas me salen las palabras y las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas—. Los tres iban en el

coche cuando un vehículo que circulaba en sentido contrario invadió su carril en una curva...

No puedo seguir hablando, no puedo dejar de llorar. Afortunadamente, me he sentado de cara a la pared. La angustia se apodera de mí y no quiere abandonarme.

—¡Shhh!, tranquila, Olivia, tranquila. Aquí estoy, no estás sola. Puedes compartir conmigo tu desconsuelo.

Sus palabras me relajan. Saco un pañuelo del bolso y seco mis mejillas. Seguramente se me habrá corrido el rímel...

—Siento mucho este espectáculo, Sean. —Tiemblo sin remedio.

—No es ningún espectáculo, de verdad, me sienta bien escuchar lo que hay en tu interior. Ahora todo tiene sentido y puedo comprenderte. Yo no he sufrido una desgracia como la tuya; he perdido a mis padres, y sé que el desconsuelo ante la pérdida es algo que nunca se supera. Solo aprendes a vivir con ello, hasta que, poco a poco, y con mucho tiempo, el dolor se apacigua conforme los recuerdos más bonitos y significativos toman partido. Si tienes que llorar, llora, aquí tienes un hombro. —Y aprieta mis manos con ternura mientras nuestras miradas vuelven a encontrarse.

—No puedo darte una respuesta ahora. Tengo que aclarar mis sentimientos hacia ti. Indudablemente, sé que hay algo, pero con eso no basta. Ahora mismo carezco de la fuerza suficiente como para empezar una relación. No puedo decirte otra cosa distinta, lo lamento, respondo a tu sinceridad con la mía. Espero que me comprendas y respetes mis tiempos.

Miro la tosta..., solo he tomado la mitad, el estómago se me ha cerrado y no me entra más. Sean prácticamente ha acabado la suya. Espera pacientemente a que continúe hablando. Respiro hondo varias veces e intento serenarme. Mi ánimo está ahora mismo por los suelos.

—Lo siento, Sean, tengo que irme, no me encuentro bien y necesito caminar. —Abro el bolso para sacar dinero y dejárselo. En cuanto ve lo que quiero hacer, me detiene con la palma de su mano.

—No es necesario, pago yo. —Y pide la cuenta—. Espera, te acompaño.

Sean le da al camarero un billete de cincuenta euros, que obviamente excede con mucho el importe de la cuenta. Hoy está generoso. Se levanta y me ayuda ponerme el abrigo. Coge el violonchelo y salimos fuera. El aire fresco golpea en mi cara y lo agradezco. Necesito serenarme, el corazón sigue latiendo a gran velocidad.

Comenzamos a andar lentamente, Sean deja que yo lleve el ritmo y la dirección, sin preguntar a dónde voy. Con tacto, me rodea con su brazo por encima de mi hombro. Eso me hace sentir protegida, cobijada y extrañamente querida. Conforme avanzamos, en silencio, noto que empiezo a relajarme. Exhalo el aire fresco que entra hasta lo más recóndito de mis pulmones mientras seguimos caminando como si fuésemos una pareja de novios. Un momento..., ¿de qué? En realidad no somos nada y hoy por hoy no sé si empezaremos a ser algo. Afortunadamente, la calle está medio desierta y pasan muy pocos coches; nada me fastidiaría más que encontrarme con alguien conocido. No en estos momentos.

Entonces veo a escasos metros un grupo de personas saliendo de un local de moda y me parece reconocer a Marcos entre ellas. Madre mía, justo a quien no querría encontrarme. Debe ir con el agente que propuso a la orquesta la celebración de este concierto y con varios amigos. Habitualmente se hace este tipo de festejos al finalizar un concierto de solista, a modo de agradecimiento. Cuando quiero dar la vuelta y cruzar la calle para evitarle, me ve y se queda paralizado. Al principio no reconoce a Sean, pero enseguida se da cuenta de quién es por las veces que coincidimos antes de las Navidades. Me interroga con la mirada, yo pongo cara de «tierra, trágame», y Sean, que se ha percatado de lo que está sucediendo, le observa con autoridad, *marcando su territorio* como macho alfa. ¡No me lo puedo creer! La situación, cuando las palabras no son necesarias, es de lo más incómoda y embarazosa. Marcos ve que Sean me tiene abrazada, y sé positivamente que eso no le gusta en absoluto, porque alberga ciertos sentimientos hacia mí. De repente, una de las personas que va con él le distrae con alguna conversación y tiene que dejar de mirarnos. Sean y yo cruzamos en cuanto el semáforo se pone en verde para nosotros y nos dirigimos hacia mi coche.

—Un encuentro poco afortunado, ¿verdad? —puntualiza él.

—Sí, la verdad —suspiro—, aunque desearía que no fuese así. Marcos y yo somos compañeros y estamos muy unidos en lo profesional.

—Pero no en lo personal —me corta tajante. Supongo que querrá saber si salgo o no con alguien...

—Ciertamente, no en lo personal que va más allá de la amistad y el compañerismo —respondo.

—Entiendo, ¿estás al corriente de sus sentimientos? —Vaya, qué perspicaz es, se ha dado cuenta de la situación.

—Sí, lo estoy. No ha llegado a ser tan explícito, pero indudablemente siente algo por mí. Su expresión ha sido de lo más elocuente, ¿no te parece?

—Estamos de acuerdo —responde con tacto.

—Te estás preguntando qué siento yo por él, ¿verdad?

—Pues no quisiera ser tan directo en estos momentos, pero ya que lo preguntas..., sí, claro que me gustaría saberlo.

—Puedes estar tranquilo —finalizo toda conversación.

Enmudezco y siento cómo Sean me estrecha contra él por unos instantes. Es evidente que se ha quedado más tranquilo.

Llegamos a mi coche. Lo abro y Sean introduce el violonchelo en el asiento de atrás junto con la funda que contiene mi vestido y los zapatos del concierto, que he estado transportando yo. Me suena el teléfono, lo miro. Es un mensaje de Carmen. ¡Ay, por Dios!, seguro que está ansiosa por conocer las últimas novedades. No estoy ahora mismo de humor para contestarle. Sean se ha colocado delante de mí y yo estoy de espaldas al coche, recostada sobre él. Se acerca dejando muy poco espacio entre los dos y baja su rostro lo justo para que sus ojos y los míos se encuentren a la misma altura, y también lo hagan nuestros labios. Nos contemplamos perdiéndonos el uno en la mirada del otro hasta unir alma contra alma, cuerpo contra cuerpo. Coloca sus dos manos alrededor de mi rostro, una a cada lado, y un torbellino de emociones me embarga. Se inclina y posa sus labios sobre los míos, dulcemente. Al principio es un beso tímido, y luego se hace cada vez más apasionado. Sostengo su nuca en mis manos y le atraigo hacia mí. En ese mismo instante retira las suyas de mis mejillas y me abraza bajando una de ellas y presionando mi cintura contra la suya. La sensación es, sencillamente, arrebatadora. Y así permanecemos unos cuantos segundos más que me parecen una eternidad. No me reconozco a mí misma, siento que mis barreras emocionales se resquebrajan por momentos. Estoy con él, solo con él, y todo lo demás se vuelve irrelevante.

Admito que me gustan las sensaciones y cómo responde mi cuerpo a su cálido abrazo y su dulce beso, que dura más de lo que hubiese podido imaginar. Cuando acaba, apoyo mi rostro en su pecho y le abrazo. Sí, le abrazo conscientemente, con firmeza y ¿deseo? Todo mi mundo se ha desintegrado de forma radical. Lo que pensé que nunca me volvería a suceder ha ocurrido sin yo quererlo ni desearlo.

Sencillamente, Sean es maravilloso: su tacto, su paciencia, su equilibrio emocional, su firme decisión, su enorme sensibilidad. Empiezo a sentirme

viva otra vez y eso me deja parada ante un gran precipicio que dudo que sea capaz de atravesar. ¿Un salto de fe? No lo sé, lo ignoro en absoluto. Ahora vivo el día a día sin plantearme cómo será el mañana y si podré sobrellevarlo con dignidad. Juan... Juan sigue estando en mi recuerdo, un recuerdo demasiado cercano como para que no duela. Sigue lastimándome, pero con Sean parece que se disipa, comienzo a sentir *mariposas* y me gusta. He sufrido tanto, he estado tan profundamente conmocionada por la situación que me parece increíble volver a sentir algo por otro hombre.

Pero así es y no quiero ocultarlo, por primera vez en mucho tiempo deseo dejarme llevar, dejar de sufrir, empezar de nuevo. Querido Padre, si Sean es mi camino, permíteme seguirle sin dudas ni sentimientos de culpabilidad.

Capítulo 27

Olivia se ha ido a casa en su coche. No he querido forzar más la situación, mañana nos espera un encuentro que Dios sabe cómo acabará. De repente tengo miedo, un miedo atroz a perderla. Necesito estar con ella, protegerla, amarla y sentir que formo parte de su vida, respetarla... No sé qué sería de mí si la perdiese ni como enfrentaría mi existencia. De pronto me acuerdo de la gira. Estoy dejando que los sentimientos la pongan en peligro. ¿Con qué estado anímico la afrontaré si algo sale mal? Si Ethan supiese esto, como poco se tiraría de los pelos. Hago por serenarme. Llego a la habitación del mismo hotel de siempre, me pongo ropa deportiva y salgo a correr. Los dos besos que nos hemos dado han sido fascinantes; el primero, tierno y conmovedor; el segundo, apasionado y, por qué no decirlo, erótico. Por Olivia me entregaría en cuerpo y alma, por ella... ¿sería capaz de dejarlo todo y abandonar lo que he conseguido hasta ahora? Es una pregunta interesante que ahora mismo no puedo responder. Mi vida, una vida con ella, una vida sin ella..., todo me da vueltas. Me siento perdido, loco de amor y entrega.

Mientras recorro las calles de Madrid, empiezo a calmarme. Las cartas están echadas. Mañana sabrá quién soy y me preparo mentalmente para lo que voy a decirle. Además, la gala del domingo debe salir bien; es un experimento que, si funciona, podré incorporar perfectamente a las promociones. No puedo defraudar a las fans españolas. Continúo mi marcha hasta que termino exhausto; he forzado la máquina a fondo. Subo a la habitación y me doy una ducha fría que me ayude a calmarme del todo. Cuando salgo, me pongo cómodo y enciendo el ordenador para revisar correos y comunicaciones varias. Al menos me sirve para centrar mi cabeza en otras cosas. Y así continúo durante un buen rato.

No hay mensajes importantes en el teléfono, así que apago la luz y me dirijo a la ventana. Observo a los viandantes, los coches y la decoración urbanística. Ya no están las típicas luces navideñas de la última vez que me alojé en esta habitación. Ahora todo se muestra tal como es, sin decorados, sin maquillaje, sin aparentar ser lo que no es. Me quedo mirando al vacío, totalmente sereno, y respiro con normalidad. Mañana me conocerá sin

edulcorantes: yo y mi vida personal y profesional. Me tumbo en la cama, agotado, ha sido un día largo: avión, teatro, concierto, cena, sentimientos a flor de piel... Y me quedo profundamente dormido.

* * *

Mientras conduzco a casa me reprocho mi comportamiento con Sean. Esto es una locura, tengo que terminarlo cuanto antes, no tiene ningún sentido, ¿a qué diablos estoy jugando? Siempre le he sido fiel a Juan..., ¡no puedo hacer esto! Freno el coche y me aparto al arcén sollozando sin parar. Juan ya no está, por tanto no le puedo ser infiel, pero mi mente continúa pensando en él como si siguiese aquí conmigo. Me apoyo en el volante y lloro sin consuelo alguno, lloro tanto que hasta hipo. Noto que un incipiente dolor de cabeza y de ojos se empeña en campar a sus anchas. Al cabo de unos minutos, me inclino para mirarme al espejo. Madre mía, todo el rímel se ha esparcido por debajo de los ojos y las mejillas... Abro la guantera, saco un pañuelo de papel e intento limpiarme sin demasiado éxito. Ya lo haré en casa. Cuando veo que soy capaz de reiniciar la marcha sin peligro, arranco el coche y prosigo mi camino. Está claro que, aunque quisiera, no estoy preparada para empezar ninguna relación. ¿Y por qué pienso ahora en esto?, me reprendo. Me encuentro demasiado cansada como para seguir pensando. Mañana será otro día...

Llego a casa, coloco el violonchelo en su sitio y voy al baño a lavarme los dientes y a desmaquillarme. Mi respiración se ha ralentizado y me siento más tranquila. Me desvisto y me dejo caer sobre la cama, y el agotamiento físico y mental consiguen que me quede dormida al instante.

Al día siguiente me despierto intranquila, como si no hubiese descansado en toda la noche. Me miro al espejo... Bufff, ¡qué ojos más hinchados tengo! Voy a la cocina y caliento un poco de agua en el microondas. Sumerjo dos sobres de manzanilla en el agua hirviendo y los dejo ahí un rato mientras preparo un café bien cargado. Cuando la cafetera italiana deja de sonar, apago la placa de inducción, saco los sobres de manzanilla y los envuelvo en una toallita húmeda. Me tumbo en el sofá y los coloco sobre los párpados para que hagan su efecto, y entonces el inoportuno sonido del móvil me interrumpe. Tendrá que esperar. Después de unos minutos, retiro los emplastos de

manzanilla, los guardo en el congelador y me tomo el café. Por suerte, sigue caliente.

Lo bebo con verdadera ansia, lo necesito como el respirar, y lo acompaño con unas pocas galletas. Cuando acabo, me pongo nuevamente la manzanilla en los ojos y procuro no pensar en lo que sucedió anoche, hoy tengo un compromiso profesional y no puedo dejar que los sentimientos me influyan negativamente. Suena el teléfono y me sobresalto a más no poder. Lo cojo. Es Carmen.

—¿Sí? —contesto con voz gangosa.

—¿Olivia...? ¿Estás bien?

—No mucho, pero dime. —La voz me tiembla.

—¿No has visto todos los mensajes que te he mandado? —Está realmente exaltada.

—Pues no, la verdad, no he mirado el teléfono desde antes del concierto.

—¿Qué te pasa?

No sé qué decir...

—No me encuentro bien, Carmen, tiene que ver con Sean.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿a dónde fuisteis?

—Fuimos a tomar algo por ahí cerca, y, bueno..., nos besamos y... y... y... —No me salen las palabras.

—¿Y qué? —pregunta ella con impaciencia.

—¡Ay, Carmen! Esto es muy difícil. Me declaró su amor tan intensamente como no lo ha hecho nadie jamás. Me quedé sin palabras.

—Vaya, me lo imaginaba. ¿Y por qué apareció por sorpresa?

—Bueno, tiene un compromiso profesional en Madrid.

—Ya —me corta tajante—. ¿Y qué le dijiste? Me lo puedo imaginar...

—Le he pedido tiempo. Estoy muy confundida, siento como si engañara a Juan. Creo que no estoy preparada aún para esto. Verás, cuando caminábamos hacia el coche, Sean me estaba abrazando tiernamente y nos topamos con Marcos y más gente. No veas qué situación más embarazosa... Se quedó perplejo, mirándonos. Nos fuimos lo más rápidamente que pudimos.

—¡Madre mía! No me lo puedo creer.

—Sí, así fue, y, bueno, cuando llegamos al coche, nos dimos un beso muy apasionado... y sentí algo, algo muy hermoso. Me da vergüenza decirlo, pero me gustó mucho. Y ya está.

—Bufff, aparte de lo sucedido con Marcos, en cierta forma me alegro mucho, Olivia, tienes que salir adelante. No sé si Sean es la persona indicada,

eso deberás averiguarlo tú. Es normal que estés conmocionada, la situación no es nada fácil. Yo te recomendaría que siguieras tus sentimientos en la medida de lo posible, no tienes que negarte al amor para el resto de tu vida, lo sabes, y no creo que tu marido quisiera que estuvieras sola, ¿no?

—Pues no lo sé, Carmen, ahora mismo no sé qué pensar ni cómo actuar. Sé que Sean me gusta, pero hay algo que me impide lanzarme a la aventura.

—Bien, es el tiempo el que puede curar esta situación. Te aconsejaría que te quitases los prejuicios de la cabeza lo antes posible.

—Tienes razón... Hemos quedado a las cuatro de la tarde, ¿no? — Cambio de tema.

—Sí, en el teatro.

—OK, nos vemos, te tengo que dejar. Chao. —Cuelgo y reparo en que esta tarde voy a ver a Marcos. Estará en el concierto, resulta que ha estado ensayando... Madre mía, qué situación tan complicada... Prefiero no pensar demasiado en ello y reviso los mensajes. Hay unos cuantos insignificantes..., pero veo dos, uno de Marcos y otro de Sean. Leo primero el de Marcos.

Marcos (23:24)

No pasa nada. Tranqui.

Decido no contestarle y abro el de Sean.

Sean (09:13)

Buenos días, amor. Pase lo que pase de ahora en adelante, recuerda que te amo. No lo olvides, pase lo que pase. Besos.

¿Qué querrá decir...? Este hombre es todo un misterio. No le contesto. Me pongo ropa deportiva, las zapatillas de correr y conecto los auriculares al teléfono. Salgo sin pensar en nada más y escucho música *rock* para entonarme. Necesito tener la mente en blanco para el evento de esta tarde.

Las horas del día transcurren lentamente hasta que emprendo el camino hacia el teatro. Nada más llegar, Marcos me saluda afablemente, como si nada hubiese sucedido, y me da un tierno beso en la mejilla. La verdad, las cosas así son más sencillas. Sacamos los instrumentos y procedemos a afinarlos. Tenemos las partituras preparadas y esperamos, mirándonos con cierto

nerviosismo. Se oye el ruido de una puerta al abrirse y escuchamos unos pasos que se acercan.

De repente no puedo creer lo que veo... Al principio pienso que se trata de una equivocación, no sé cómo ha conseguido averiguar que estaría aquí ahora mismo, ¿será el del concierto de hoy el cantante al que representa? Sin embargo, él es quien que se acerca primero... Algo no va bien, no cuadra en absoluto. Mi corazón empieza a palpar de forma acelerada y decide correr los cien metros lisos en tiempo récord. No puede ser lo que ven mis ojos. Se para justo enfrente de los músicos, nos dedica una amplia sonrisa y nos saluda efusivamente. Nuestras miradas se encuentran; yo estoy en plena conmoción; él, aparentemente relajado y alegre. Rápidamente se dirige a todos.

—¡Bienvenidos! Mi nombre es Sean y soy quien os ha contratado. Disculpad que os hable en inglés, apenas conozco vuestro idioma.

¡Ay, Dios mío! Mis ojos se salen de sus órbitas por momentos. Sean saluda a todos y cada uno de nosotros dándonos la mano, de forma afable y muy sonriente, incluso a Marcos, que no sale de su asombro.

—No sé si me conocéis, soy un cantante canadiense y mi estilo de música se encuentra entre el *jazz* y el *soul*, como habréis podido ver en las maquetas.

Le escucho completamente atónita... Carmen me mira, Marcos también... No doy crédito a mis ojos, ¿no sé dónde meterme!

—He preferido mantener mi identidad en el anonimato hasta este momento porque esta es una gala muy especial dedicada a mis fans españoles. Además, queríamos probar algo distinto en cuanto a orquestación; en lugar de cantar con una *big band*, como solemos hacer habitualmente, haremos la gala con todos vosotros. —Su tono de voz es tranquilo, claro y firme, y transmite convicción y serenidad absoluta—. Quiero agradecer vuestra disponibilidad para este proyecto, que es único, y, sobre todo, me pongo en vuestras manos para cualquier sugerencia que queráis hacer. Os respeto como profesionales de la música que sois, y todas vuestras aportaciones serán bien recibidas.

Nos mira a todos por igual y muestra plena seguridad en todo lo que dice y en cómo lo dice. No contempla a nadie en especial, ni a Marcos ni a Carmen ni a mí. Mientras habla, me fijo en la persona que lo acompaña; es un hombre de mediana edad, bien parecido, de cabello moreno y rizado, que nos examina con confianza.

—Les presento a mi agente, Ethan. —Se dirige hacia él y prosigue—: Es de mi entera y absoluta confianza y quien ha estado y está más de lleno en los detalles. Cualquier cuestión técnica, por favor, no dudéis en consultarle.

Ethan nos observa detenidamente y nos saluda con elegancia. Me pregunto si conoce mi existencia y quiere saber quién soy.

—Bien, damas y caballeros —continúa Sean—, eso es todo. Tenemos toda la tarde por delante para repasar la gala, así pues, cada uno a su puesto, que vamos a comenzar. Y por favor, cualquier duda o aclaración será bien recibida. —Da unas cuantas palmadas de ánimo—. ¡Vamos!

Carmen y Marcos siguen observándome con ojos de incredulidad y yo no sé a dónde mirar; mi cara de asombro lo debe decir todo. Siento agitación, nervios y mucha tensión. Doy media vuelta y me dirijo a mi sitio. Cojo el violonchelo y me preparo. No quiero mirar a nadie, ni a Sean. Conforme comienza el ensayo, en lugar de concentrarme, las palpitaciones regresan acompañadas de temblores y cierta tensión muscular; me estoy oliendo una contractura... Carmen está muy pendiente de mí y se da cuenta de mi estado en cuanto empiezan a aparecer los sudores en mi rostro, que va tornándose cada vez más blanquecino. Empiezo a sentir náuseas que consigo reprimir cerrando los ojos y concentrándome en lo que hago todo lo que puedo, aprovechando los compases de espera. Gracias a Dios, paramos cuando terminamos el primer tema; Sean se acerca a Ethan y consultan algunas cosas en privado. Juro no haberme enterado de nada, ni de lo que él ha cantado ni de lo que yo he hecho ni de si me ha gustado o no... He tocado como una auténtica autómatas, sin prestar la más mínima atención. Carmen aprovecha para hablarme en un murmullo apenas audible.

—Tranquila, Olivia, respira hondo, no pienses en nada. —Me pasa una botella de agua—. Bebe.

—¡Ay, Carmen!, esto me está sobrepasando. Ahora mismo no sé qué pensar. Solo me pregunto por qué —le digo mientras doy pequeños sorbos al agua. Miro a Sean mientras habla con Ethan, pero observo que está pendiente de mí. Sabe perfectamente lo que ha hecho; lo tenía calculado a la perfección. Ahora entiendo el mensaje que me envió esta mañana... Su expresión es de total preocupación.

—Yo también me he quedado impresionada, si te soy sincera —apostilla Carmen.

Me fijo en Marcos, le tengo ligeramente enfrente de mí. Nos hemos dispuesto como en la orquesta, pero formando un semicírculo mucho más abierto, para darle la cara al público sin perder la referencia visual entre nosotros. Marcos sostiene mi mirada con expresión recelosa.

—Carmen, sigo aquí sentada porque hay un contrato por medio y porque soy una profesional; si no, te aseguro que ya me habría ido —susurro.

—¡Shhh!, se reanuda el ensayo. No deberíamos estar hablando y lo sabes. Solo te voy a decir una cosa: no te precipites.

Continuamos con algunas correcciones puntuales repasando todos los temas para luego detenernos en las cuestiones que así lo requieren. No volvemos a comentar nada. Conforme pasan los minutos, gracias a las respiraciones profundas y a que no hago más que beber agua, me voy tranquilizando. En este preciso instante no soy capaz de darle demasiadas vueltas a la cabeza, casi mejor, pero no dejo de pensar en el hecho de que me ha engañado conscientemente. Y casi sin quererlo empiezo a albergar un sentimiento de desconfianza. ¿Cómo voy a creer ahora lo que me ha estado diciendo?, ¿habrá omitido solo esto o habrá sido todo una mentira? Sinceramente, considero que en absoluto merezco algo así, y la rabia empieza a apoderarse de mí..., mal asunto. La rabia nunca es buena consejera.

Hacemos un pequeño descanso, dejo el violonchelo lo más rápidamente que puedo y me dirijo, entre bastidores, a buscar el aseo. Necesito estar sola. Saldría a la calle a respirar aire fresco, pero prefiero no hacerlo, seguro que me encontraría con la gente que fuma, entre ellos, Marcos. Cojo la tableta que he traído y me refugio en el aseo. Toco el icono del navegador y tecleo «Sean» + «Canadá», y empiezo a ver bastantes resultados de búsqueda. En la parte derecha, unas cuantas fotos tuyas, una pequeña descripción de quién es, su fecha de nacimiento, una relación de canciones más conocidas y los álbumes que ha publicado. A la izquierda hay resultados de la Wikipedia, de su página web, sus perfiles sociales y noticias varias en distintos medios de comunicación... Me quedo totalmente impresionada y desconcertada a la vez. ¿Cómo es posible que no me haya dicho esto antes? Sin duda lo habría descubierto. Pulso sobre «imágenes» en la barra de navegación del buscador y observo fotografías tuyas; en unas aparece solo, pero en bastantes otras con mujeres, más mujeres, y más y más..., todas ellas hermosas, guapísimas y delgadísimas. Me fijo en una en particular con la que se sale en más fotos, ambos sonrientes y muy felices. Al pulsar sobre una de ellas leo su nombre...: Chloe.

Todo lo que estoy averiguando me hace cuestionarme no solo el futuro, sino el presente e incluso el pasado. Apago la tableta, abro el grifo del lavabo y me refresco la cara y el cuello. Contrariamente a lo que podría ser normal, no siento ira hacia Sean, supongo que habrá tenido sus motivos para no

desvelarme su verdadera identidad y, por ende, su estilo de vida. No quiero entrar en ellos porque no son de mi incumbencia. Lo que no puedo dejar de pensar, y lo que me está provocando un verdadero estado de ansiedad, es que su forma de vida y la mía son del todo incompatibles. Yo no quiero que las cámaras se fijen en mí, no deseo tener a la prensa, a los periodistas y a los *paparazzi* en mi vida..., detesto estar expuesta públicamente tanto como se aborrecen el agua y el aceite.

Me gusta mi vida ordenada, tranquila, con mi monotonía..., y con Sean algo así sería completamente imposible. No, esto no puede seguir adelante, por el bien de los dos. No necesito admiración ni reconocimiento, ni ir siempre perfectamente peinada, maquillada y vestida, no deseo andar siempre pendiente de mi alimentación ni pasarme la semana entera en el gimnasio, no viviría tranquila leyendo permanentemente noticias mías en redes, en medios de comunicación..., sobre todo si cuentan mentiras. No quiero fotos, portadas de revistas, periodistas. Quiero poder ir al supermercado sin que nadie me persiga, quiero poder ir al cine y al teatro en libertad, quiero pasear por las calles sin que me paren, y, por supuesto, no estoy dispuesta a renunciar a mi pasión por el violonchelo por nada en el mundo... Quiero vivir mi vida tal cual la estoy viviendo y no deseo un cambio radical. Por tanto, esto lo tengo que cortar de raíz antes de que me sienta más vinculada emocionalmente.

Suenan varios golpes en la puerta de entrada al aseo.

—Olivia, ¿estás ahí? —No contesto, la voz de Carmen me devuelve a la realidad. Estamos en medio de un ensayo importantísimo.

—Sí, ya salgo.

—Pensaba que te habías colado por la taza del váter —me dice con ironía.

Abro la puerta. Carmen me mira con detenimiento hasta convencerse de que no he llorado y de que tengo mejor color de piel que antes.

—Estoy mejor. Necesitaba tiempo para mí.

—Me lo he imaginado, te vi entrar en los aseos, pero no quería importunarte —me explica con cariño—. Vamos, se reanuda el ensayo.

Nos acercamos al escenario y busco a Sean con la mirada. Afortunadamente no le veo, así pues, me siento en mi sitio. Marcos observa que ya estamos y se levanta para darnos el la que ha afinado previamente con el piano. Su expresión es seria..., supongo que no le habrá gustado la sorpresa. Los instrumentos de viento metal han afinado ya con el piano y solo falta por hacerlo la cuerda. Cuando todos tenemos ese la como referencia,

afinamos el resto de las cuerdas. Me estoy frotando los ojos con los dedos de la mano izquierda cuando oigo la voz de Sean, que me paraliza.

Capítulo 28

—Señores, continuamos con el ensayo. Hasta ahora todo ha salido de fábula, no podemos estar más contentos. Creo que la gala de mañana será un antes y un después en este tipo de conciertos y con este sonido. Os estoy muy, pero que muy agradecido. Solo necesitamos regular la intensidad del micro para que se ajuste con la orquesta. Mañana tendremos un completo éxito, estoy convencido. Así pues, ¡a seguir con la misma concentración y con la expresividad tan extraordinaria que habéis conseguido! —Aplaudes con entusiasmo. Miro a Ethan, él también lo hace y fija su mirada en mí durante unos segundos que me parecen un siglo y la retira... Ya estamos, seguro que sabe quién soy.

Conforme continúa el ensayo, por fin soy capaz de meterme en la música y centrarme en la interpretación de Sean. He de reconocer que me gusta mucho, en la vida pensé que podría tener una voz tan apasionada. Su música me sorprende y me agrada, los ritmos son muy pegadizos; el fraseo y las estrofas, también.

Y empieza a suceder algo verdaderamente curioso; estoy conociendo a Sean el profesional, Sean el cantante, Sean el artista. Su empaque en el escenario engatusa, cautiva, embruja. Indudablemente, es un experto atrayendo a las masas. Es quien es y está ahí porque vale lo que es. Imagino que mañana será todo un espectáculo verle y oírle. Voy a tener la exclusiva de poder constatarlo. Sin embargo, nada cambia en mi decisión de alejarme de él y de su vida. No le guardo rencor, solo quiero proteger mi intimidad y mi salud física y mental. E indirectamente protegerle también a él, pues al final nuestra relación atraería tensiones que no tiene por qué soportar y que podrían afectar a su carrera. Por el respeto que le tengo, no debemos seguir intentando crear algo juntos.

Cuando finaliza el ensayo, me doy prisa en recoger. Quiero salir cuanto antes de ahí, pretendo evitar todo contacto que no sea profesional con él. Observo que se ha quedado hablando con Ethan, así que me despido de mis compañeros, de Carmen y de Marcos, y me voy lo más rápidamente que puedo. Es de noche y hace bastante frío por las calles de Madrid. Me abrazo a

mí misma para entrar en calor y compruebo que sale vaho por mi boca. Camino con premura hacia la parada del metro.

Esta vez no he venido en coche, el transporte público me resulta muy cómodo, tan solo tengo dos paradas hasta el intercambiador de Príncipe Pío. Llego enseguida y espero un rato a que venga el autobús que me lleva a casa. Miro al vacío, pensando en todo lo sucedido desde ayer. Demasiadas emociones, demasiadas sensaciones, demasiados descubrimientos. Suena el teléfono, es Sean, no sé si cogerlo..., por fin respondo.

—¿Sí?

—¿Olivia?

—Hola, Sean —no sé qué más decir. Se hace un incómodo silencio. Espero a que lo interrumpa.

—Hola, Olivia. Siento mucho no haberte contado la verdad hasta hoy. ¿Cómo estás? —pregunta con mucha cautela. No respondo.

—Lo cierto es que no lo has hecho; la he visto con mis propios ojos —digo al fin, molesta.

—Tienes razón. Por eso te llamo. Me gustaría hablar contigo en persona, si tú quieres.

Me quedo pensativa, dudo en si darle o no la oportunidad. En este preciso instante llega el autobús.

—Espera un momento Sean, ahora estoy contigo.

Como a estas horas suelen ir bastante vacíos, el conductor no me pone ningún problema por llevar el violonchelo, y subo. Me quedo en la zona central, de pie, y lo amarro a la barandilla para que no se caiga ni moleste a ningún viajero.

—Ya —respondo entonces.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Yendo a mi casa, Sean, en el autobús —Su insistencia empieza a impacientarme—. ¿Qué quieres?

—Me gustaría hablar contigo en persona, ¿puedo ir a verte?

El autobús se pone en marcha. Respiro hondo, muy hondo. No quiero estar con él.

—No —contesto secamente. El silencio regresa.

—Quiero explicártelo personalmente...

—¡No! —le corto. Me cuesta mucho pronunciar esta palabra. Pero ahora mismo lo que menos necesito es tener una conversación que me pueda

provocar más ansiedad de la que he sufrido esta tarde—. Lo siento mucho, pero hoy no, de veras, necesito serenarme.

—Olivia, ahora es el momento de hablar las cosas, no dejes que pasen sin más, sin una explicación. Estás huyendo —Reconozco que tiene razón, otra vez estoy siendo una cobarde—. Dame la dirección.

Y no sé cómo, pero se la doy sin pensarlo. No me entiendo ni yo misma, pensaba que lo tenía todo claro, pero veo que no. ¿Cómo es posible?

—En seguida estoy allí..., muchas gracias por tu confianza.

Me estoy empezando a arrepentir, los sudores y los palpitos vuelven otra vez sin que pueda remediarlo. Cierro los ojos y procuro respirar profundamente, poner la mente en blanco. Escucho el rugir del motor del autobús y las conversaciones totalmente intrascendentes de algunos pasajeros. Consigo serenarme, y cuando llego a mi parada me bajo, abatida. Camino hasta mi domicilio como si fuese un auténtico robot, y cuando llego dejo el violonchelo y me desmorono en el sofá. «Querida Madre, ayúdame..., yo sola no puedo...», repito una y otra vez hasta que el sonido del timbre me sobresalta. Abro y ahí está, tan guapo como siempre, su semblante refleja prudencia y reserva. Me echo a un lado y le dejo entrar, cierro la puerta y le invito a quitarse el abrigo, que guardo en el armario que tengo en el recibidor. Me mira con ternura, se acerca, doy un paso hacia atrás y desvío mi mirada hacia otro lado. Vuelve a acercarse y me encuentro nuevamente arrinconada entre la pared y él.

—¿Puedo? —Me pide permiso para abrazarme mientras permanecemos de pie, uno frente a otro. Al no encontrar ningún tipo de rechazo por mi parte, me rodea con sus brazos y apoya su rostro junto al mío. Es un abrazo tierno y expresivo, cariñoso. Yo no lo hago, no quiero hacerlo.

Pero no puedo evitar sentir amor, entrega... y mucha ilusión, y noto que mis barreras flaquean de nuevo. Tenía muy claro que no volvería a verle, tenía muy claro que seguiría mi camino alejada del suyo, tenía muy claro que no le permitiría abrazarme..., pero soy frágil, demasiado frágil... En el fondo sé que ha vencido mi debilidad. Permanecemos así hasta que por fin me decido a abrazarle yo también y aprovecha para estrecharme más fuerte, si cabe. Sabía que esto sucedería si nos volvíamos a ver..., porque soy incapaz de controlarme, porque me atrae. Separa su rostro del mío y me da un beso en la mejilla, y acto seguido vuelve a juntarlo. Nos separamos unos centímetros, los justos para mirarnos cara a cara, y se decide a hablar.

—Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento..., no quiero hacerte daño ni deseo que lo pases mal por mí. De verdad, te respeto demasiado, Olivia, solo quiero que sepas que, aunque sabía que este momento iba a llegar, lo he provocado deliberadamente aun sabiendo lo que iba a suceder. No podía soportar que vivieras en una mentira.

—Ya —contesto secamente. Me obligo a mantener el poco autocontrol que me queda...

—Verás, siempre he estado rodeado de mujeres que se acercaron a mí atraídas por mi fama, mi físico, mi dinero, verdaderas bellezas a las que poco les importaba mientras tuvieran su ego satisfecho —me habla confiado, quizás un poco atropelladamente—. Pocas, muy pocas me han querido realmente por lo que soy. Y cuando de repente te conozco y veo cómo eres y cómo te comportas conmigo..., me sentí incapaz de confiarte la verdad.

Bufff, resoplo, estoy hiperventilando... Vaya..., menuda declaración de amor...

Me quedo muda unos instantes, hasta que respiro muy profundamente tratando de llenar mis pulmones con ese aire que se resiste, intentando poner orden en mis pensamientos. Madre mía, este hombre se expresa tan bien, tan tiernamente que se me hace imposible no escucharle. A los pocos segundos decido contestar, muy nerviosa.

—Sean, lo entiendo, de veras, no son necesarias más explicaciones. Lo he entendido desde el primer momento en que te he visto esta tarde. Y en absoluto te guardo rencor, créeme.

Intento distanciarme algo más. Entiende lo que quiero hacer y se echa a un lado, sin perderme de vista. ¡Ah!..., esa mirada ardiente... Antes de que me hipnotice, me dirijo a la cocina, necesito beber agua. Me pongo un vaso y le ofrezco otro.

—Gracias, lo necesitaba —responde.

Termino el agua de mi vaso y lo dejo en el fregadero. Nos dirigimos al salón y nos sentamos en el sofá, uno al lado del otro, sin rozarnos, y permanecemos en silencio.

* * *

Ya está todo dicho. Me he quedado tranquilo, se lo ha tomado mucho mejor de lo que podía esperar. Ella necesita silencio y se lo doy. Me fijo en el

mueble del salón que hay enfrente del sofá. Es funcional, moderno, en madera de color claro tirando al grisáceo. La parte inferior parece de una sola pieza y alberga la mesa de la televisión. A la izquierda hay otra mesa, también integrada en el mueble, que contiene una imagen de la Virgen con el Niño, rodeada de velas, un crucifijo y algún que otro símbolo cristiano. En la parte superior veo estanterías con libros y un pequeño armario. Hay algunas fotos: la boda de Olivia, sus dos hijos —eso creo—, ella con sus hijos y ella con él.

Entonces observo que no lleva el anillo de casada, me doy cuenta de que no se lo he visto nunca desde que la conozco, aunque sigue teniendo sus fotos con él en el salón. Ignoro el motivo. Es guapo, lo era, y sus hijos también. Se me encoge el corazón al pensar por todo lo que tiene que haber pasado. Tomo su mano y entrelazo mis dedos con los suyos para darle ánimo, de forma inconsciente.

—¿Tu marido y tus hijos? —pregunto señalando las fotos.

—Sí —susurra, y asiente con la cabeza.

—Lo siento, de veras —comento en voz baja.

Olivia no contesta, en su lugar se queda contemplando los cuadros. Se suelta de mi mano y se seca algunas lágrimas que han rodado por sus mejillas. No puedo imaginar tanto dolor... Cierro los ojos. Me quedo mudo.

—Se va saliendo poco a poco, pero es insoportablemente doloroso. Tanto que he tenido que vender la casa familiar y comprar este piso, más adecuado para mí, para que los recuerdos sean únicamente los que hay en mi mente, algunas fotos que he querido conservar y algunos pocos enseres que guardo celosamente, y con mucha nostalgia.

—Espero que no te sienta mal lo que te voy a preguntar... —Me mira, extrañada—. ¿Os amabais? —La sorpresa que refleja su rostro me confirma la respuesta.

—Sí, por supuesto. El amor que sentíamos era mucho más intenso que cuando nos conocimos, más maduro, más sereno, aunque no habíamos perdido la pasión. ¿Sabes? La atracción que sentíamos el uno por el otro hacía que nos entregásemos hasta lo más profundo de nuestro ser. La intimidad a la que llegamos era tal que, cuando sucedió..., creí morirme con él. Claro está que hubo discusiones, y tras ellas reconciliaciones. Con respeto, amor y entrega se puede con todo. Sean, es algo más que la pura atracción física de los comienzos de toda relación. —Me mira enfatizando esta última frase. Siento cierta envidia.

A mi izquierda hay un balcón a través del cual se puede ver la calle, y a la derecha de los sofás, una mesa de comedor cuadrada, de madera, del mismo color que el mueble del salón, con cuatro sillas a juego. No es demasiado grande, pero sí muy acogedor. En la pared contigua al mueble veo una serie de cuatro fotos en blanco y negro de Olivia tocando el violonchelo, cuidadosamente enmarcadas. En la primera llama la atención su rostro sonriente, pleno de felicidad, tras el que se esconden parte del mástil y del clavijero. La segunda enfoca sus manos, una con el arco en mano, la otra reposando sobre las cuerdas, y por debajo la tapa armónica del violonchelo por la parte de las efes. En la tercera, Olivia está sentada en una silla interpretando una obra, concentrada, con expresividad. Lo realmente bonito es el punto de luz cenital, con el que se ha conseguido un juego caprichoso de luces y sombras. Y en la cuarta aparecen el violonchelo apoyado, en posición horizontal, sobre el suelo, y ella detrás, recostada, mirando fijamente al objetivo de la cámara. Una foto muy sensual.

—¡Qué fotos tan fascinantes! No son nada corrientes. Además, el blanco y negro les da una fuerza y una carga emocional especial.

—Son muy buenas, ¿verdad?

—Son magníficas —digo maravillado. Ahora que estamos más serenos, aprovecho para hacerle una proposición.

—Olivia, me gustaría que escuchases lo que he venido a decirte —le explico en tono serio, para llamar su atención. Ella me mira, pensativa—. No podré estar en Madrid más que un par de días o tres; ya sabes quién soy. Acabo de terminar una gira por Canadá y comienzo otra por Estados Unidos que durará hasta finales de julio —hablo con cautela, ahora viene lo más importante—. Me gustaría, me encantaría, me harías increíblemente feliz si me acompañases.

Se hace un silencio, quizás un silencio demasiado incómodo. Nos miramos a los ojos, yo con súplica, ella intentando comprender, sin duda conmocionada por la situación.

—Así tendríamos un tiempo precioso para conocernos mejor, un tiempo del que ahora no disponemos. De otra forma, no podríamos vernos hasta agosto..., y esta idea, sinceramente, se me hace insoportable.

Olivia fija la mirada en sus manos, que ahora tiene entrelazadas.

—Muchas gracias por la invitación, Sean. La agradezco de todo corazón. Sé que estás siendo muy cauto y cariñoso conmigo, y eso me gusta. Pero esto que me ofreces no puedo tomarlo a la ligera y tengo que meditarlo. —Mira las

fotos de su familia—. La situación no es fácil para ninguno de los dos y te pido tiempo. Ahora no puedo decirte ni sí ni no. He de madurar lo que siento por ti y comprobar si es lo suficiente como para dejarlo todo y seguirte.

—No es una decisión definitiva, Olivia, solo quiero que de alguna forma podamos coincidir para conocernos mejor y ver qué puede depararnos el futuro. Yo te espero con los brazos abiertos, la decisión es tuya.

Asiente con detenimiento y vuelve a mirarme.

—Pues ya está todo dicho —concluye.

—Creo que debería irme y dejarte descansar. Tienes cara de estar agotada.

—Sí, muchas gracias Sean, te lo agradezco. Buenas noches.

Me levanto y cojo mis cosas, no sin antes darle un beso en cada mejilla, absorbiendo su aroma, por un instante. Me encanta cómo huele. Y salgo por la puerta con aire esperanzado.

Capítulo 29

Cierro la puerta, me doy la vuelta, apoyo la espalda y recuesto la cabeza sobre la madera. Suspiro y expulso el aire lentamente. Ahora mismo no puedo pensar más. Mi mente está colapsada, al igual que mi cuerpo. No tengo ganas ni de cenar..., y caigo en que no le he ofrecido nada a Sean, ni una copa ni un pequeño aperitivo..., qué mala anfitriona soy. De todas formas, mejor, se hubiese alargado más la visita. Apago las luces y marchó directamente a mi habitación, me desvisto, me pongo el pijama sin ni siquiera encender la luz y me meto en la cama antes de que comience un verdadero dolor de cabeza.

A la mañana siguiente me despierto algo más despejada, pero como si tuviera sobre mi cabeza una losa que me oprime. Me preparo mi tan necesario café, zumo de naranja y tostadas. Aprovecho el tiempo de que dispongo para arreglar la casa, poner una lavadora y planchar algo de ropa, mantenerme activa para pensar lo menos posible..., aunque sin éxito. Los recuerdos me sobrevienen por momentos. Tiempo atrás, en casa había que poner lavadoras y planchar a diario... La nostalgia de tiempos felices me embarga y me desanima. Cuando acabo de desayunar, reviso las partituras de la gala e inevitablemente comienzo a pensar en él. Me encuentro serena y totalmente convencida de la respuesta que le tengo que dar. Saco el violonchelo del estuche y repaso algunos pasajes clave, pero decido dejarlo y almorzar pronto para ir al teatro con tiempo y revisar allí lo que haga falta. Así pues, me preparo una ensalada variada y un filete de ternera. Llego al teatro y, afortunadamente, está abierto. Hay camerinos donde puedo ensayar, pero prefiero echar un vistazo al escenario. Cuando compruebo que está vacío, no me lo pienso dos veces, me coloco en mi silla y saco el violonchelo del estuche. Tenso el arco y le pongo resina, de abajo arriba y de arriba abajo, con insistencia.

Coloco la minilámpara sobre el atril y con sus dos brazos flexibles enfoco directamente las partituras. Afino con la aplicación específica para ello que tengo instalada en el móvil y empiezo a repasar. Me recreo en obtener el mejor sonido posible teniendo en cuenta las características sonoras de la sala, y en repasar algún pasaje complicado. Faltan tres horas para el

concierto, por tanto tengo tiempo más que de sobra para disfrutar de este ensayo en total y completa soledad. En estos momentos me transformo y expreso todo lo que llevo dentro. Al cabo de un rato, todo está a punto. Aún no ha llegado ninguno de mis compañeros ni nadie ha aparecido por aquí. Se me ocurre tocar algunos pasajes del *Kol Nidrei*, de Max Bruch.¹⁰ No sé, mi estado de ánimo me pide interpretarlo. En realidad, se trata de una oración que se reza al inicio del Yom Kipur, festividad judía dedicada al perdón. Max Bruch compuso una música increíble para esta plegaria y eligió el timbre tan especial del violonchelo para expresar arrepentimiento, expiación... al fin y al cabo para pedir misericordia, imprimiendo en la obra una gran carga espiritual y personal. Al interpretarlo, sin poder evitarlo, exteriorizo toda la vorágine de sentimientos por la que estoy atravesando en este momento, que se traduce en un profundo desgarró y un penetrante lamento.

Los primeros compases son de gran dramatismo y solemnidad y, en cierta forma, durante toda la obra, el violonchelo reza al son de la música, una música que llega al alma y que no deja indiferente. Es íntima, sobrenatural, de gran expresividad y carga emocional. Esta obra tiene un sutil acompañamiento de piano o de orquesta de cuerda, según sean las circunstancias. Yo hoy la interpreto sin compañía alguna.

* * *

Entro con Ethan al teatro y cuando nos acercamos al escenario escuchamos un sonido suplicante y doloroso que nos llama la atención. Nos acercamos con precaución para no hacer ruido, y cuando nos asomamos, la estampa que vemos no puede ser más bella.

Ahí está Olivia, apenas iluminada por la tenue luz del atril, completamente rodeada de la oscuridad más absoluta, tocando una música que inunda mi corazón. La interpreta con enorme desgarró, la pieza es realmente hermosa, y el timbre del violonchelo, profundo. Permanece todo el rato con los ojos cerrados, concentrada, ignorando que hay dos espectadores asombrados con su interpretación.

Ethan me mira sorprendido y yo le sonrío, ¡esta es mi Olivia! Decide dejarnos solos, ella feliz con su música, yo soñando con hacerla mía. La melodía termina *muriendo* hasta que el instrumento deja de emitir sonido alguno. Espero que transcurran unos cuantos segundos, en los que respiro

profundamente disfrutando aún de lo que han escuchado mis oídos. Entonces me acerco aplaudiendo lentamente, y al verme ella reacciona con sorpresa, ajena a mi presencia.

—Lo siento, no quería interrumpir..., te he estado escuchando. Me parece una música increíblemente suplicante y hermosa —digo con empaque.

—Hola, Sean..., lo siento yo también —la noto nerviosa—, debería estar ensayando tu música.

Guarda rápidamente la partitura, como si le diese vergüenza haberle dedicado tiempo a su pieza en lugar de al concierto.

—No..., no, no te preocupes, me ha encantado —expreso con confianza.

Olivia deja el violonchelo en el suelo y se frota las palmas de las manos con nerviosismo.

—Había terminado de ensayar los temas de la gala y me he puesto con esto, dura unos pocos minutos, pero ¡qué bonita es con tan corta duración!

Se le ilumina la cara por momentos.

—Los grandes temas no siempre tienen por qué ser los más largos, ¿no crees? —hablo con convencimiento.

—Tienes razón. —Sonríe.

* * *

Empiezan a hacer acto de presencia el resto de los músicos y el personal de sonido, iluminación y ambientación del escenario. Ethan está ultimándolo todo para que salga perfecto.

—Tengo que prepararme, ya sabes, calentar la voz, vestirme..., me marcho al camerino.

—Buena suerte —le deseo—, seguro que es todo un éxito. —Vuelvo a sonreír.

—¡Claro que sí! —responde él contundente. Y sale del escenario con paso firme.

Espero a que desaparezca y me voy al camerino que nos han reservado. Decido ponerme el mismo vestido que utilicé en el concierto del hotel Ritz. Empiezo a maquillarme cuando entra Carmen.

—¡Hola! —Me examina con detenimiento.

—Hola, Carmen.

—Menuda sorpresa, ¿no? —La miro extrañada—. Me refiero a Sean. ¡Quién lo diría en su momento!

—Creo que a todos nos ha sorprendido, ¿no?

—A mí me ha sorprendido para bien, pero no soy yo la que tiene que decidirlo.

Me quedo unos instantes en silencio mientras intento delinear el ojo.

—¿Sabes? A pesar de lo confundida que estuve al verle entrar en el escenario, creo que empiezo a entender los motivos por los que hizo lo que hizo —le digo. Carmen me mira esperando una aclaración—. Sencillamente quiso que le conociera por quién es y no por lo que representa.

—Bueno, es un buen motivo, pero él no es solo *lo que es*, también es quien es por todo lo que hace y le rodea, ¿no? —puntualiza Carmen.

—Exactamente. Por ese motivo ha organizado esta gala, para mostrar abiertamente quién es. Ha sido muy valiente; de hecho, no la tenía prevista en su calendario y la ha buscado precisamente por mí. Le dolía demasiado mentirme.

—Pues ya podía haberte dicho la verdad desde el primer momento, ¿no te parece?

Dejo de intentar delinear el ojo..., es imposible con esta conversación. Me giro y le hablo directamente a Carmen.

—Quiere que me vaya con él y probemos por un tiempo si somos capaces de... ¡no sé de qué!, ¡esto es absurdo! —Me lleno de ira y suelto el lápiz de ojos con fuerza, golpeando la mesa.

—¡Ajá!, le entiendo perfectamente. Por lo que veo, él tiene muy claro lo que siente por ti y lo que quiere. La cuestión es si tú sientes lo mismo y estás dispuesta a seguirle, ¿es así?

Carmen siempre es la voz de mi conciencia. Tiene la facilidad de captar las cosas tal y como son, sin edulcorantes. Juan también tenía la misma virtud. Apoyo ambos codos sobre la mesa y sostengo la cabeza con las dos manos.

—¿Lo harías? —indaga Carmen—. Sabes que puedes pedir una excedencia en la orquesta.

—Tengo miedo, mucho miedo e inseguridad —acierto a decir—, no sé si lo que siento es lo suficientemente profundo como para dejarlo todo. Además, yo no quiero una vida expuesta al público, eso lo tengo meridianamente claro, lo entiendes, ¿verdad?

—Olivia, hay bastante gente famosa que no expone su vida privada. No sé cómo será la de Sean en su país, pero desde luego aquí ha pasado

totalmente inadvertido. Tómate tu tiempo para reflexionar, pero si aceptas un consejo, a mi modo de ver, si no vas y no pruebas, nunca podrás saber si todo lo que sientes por él vale la pena.

Qué verdad tan grande ha dicho Carmen. No lo había visto desde esa perspectiva. Más bien tenía decidido no ir con él, pero ahora me surgen dudas. ¿Será posible que esto me esté pasando? Cambiamos de tema de conversación conforme nos vamos maquillando. Además, ya ha llegado el resto de la orquesta y no tenemos la intimidad suficiente como para hablar en confianza. Salimos del camerino y nos encontramos con Marcos. ¡Está pletórico!

—Hola, Marcos —saludo sonriente.

—Hola, chicas, ¿nerviosas?

—Nerviosas, no, pero sí concentradas y con mucho respeto por esta gala —responde Carmen.

—¿Qué tal estás, Marcos?, ¿cómo fue después del concierto? —Sé que la pregunta es un poco peligrosa, pero en realidad estoy interesada en su porvenir profesional.

—Increíble, chicas, fue fantástico —fija su mirada especialmente en mí —, es posible que próximamente me salga algún concierto de solista. ¡Estoy muy interesado!

—¡Esa es una fantástica noticia! —exclama Carmen.

—Sí, es un buen momento profesional, chicas. Las cosas están muy complicadas, ya lo sabéis, hay muy buenos violinistas por el mundo.

—¡Claro que sí, pero siempre hemos creído en ti! —afirmo. Y permanecemos un rato charlando, sé que me observa detenidamente; sabe que hay algo con Sean, pero no su alcance.

Nos avisan para que estemos preparados entre los bastidores anexos al escenario; el público está ya accediendo al recinto y en pocos minutos empezará la gala. En ese momento, Marcos se acerca a mí y me habla en susurros.

—Vaya sorpresita nos ha dado Sean. ¿Sabías algo?

—Pues, la verdad, no, ¿y tú? —pregunto con cierto sarcasmo.

—A mí me sonaba su cara, pero no sabía de qué y no le presté atención.

—A mí ni me sonaba...

—Veo que le prestaste atención... ¿Merece tu confianza después de todo? —Le miro con irritación, no me gusta que se meta donde no le llaman. —Lo siento, no quería inmiscuirme en tus asuntos —continúa al ver mi reacción.

—Mira, Marcos, te admiro profesionalmente y siempre me he llevado muy bien contigo. Por favor, no hagas que esto cambie.

—En realidad me gustaría que cambiase sobre todo en lo personal, y lo sabes.

Vaya..., ¡va directo al grano!

—Siento no poder seguirte en la dirección que deseas. —Esta vez soy yo la que contesto con mordacidad, y le sonrío con cinismo.

Nos desafiamos con la mirada, la tensión sube por momentos entre los dos... Carmen, que nos está observando, se acerca sigilosamente.

—¡Eh!, ¡vamos! No discutáis, dejadlo ya. Me entristecería demasiado veros así. Siempre habéis sido buenos amigos.

Comienzo a mirar hacia el suelo..., tiene razón, esto se nos está yendo de las manos por una tontería.

—Lo siento, Olivia, no es de mi incumbencia —se disculpa Marcos.

—Lo siento yo también, estoy un poco irritable últimamente y tú no tienes la culpa —respondo.

Nos llaman para salir y, conforme nos dirigimos a nuestros sitios, el público aplaude. Cuando me siento, ahora ya con la luz sobre nosotros, aprovecho y observo a las personas situadas más cerca del escenario. Casi todas son mujeres, jóvenes o adultas, pero mujeres. ¿De qué me extraño? Unas más elegantes, otras vestidas de manera informal, unas más provocativas, otras más recatadas, ¿cierto? Bueno, de esto último más bien poco. Mientras vamos afinando, el público espera con impaciencia que Sean salga al escenario. Nos cuesta afinar un poco con semejante ruido, pero así sucede en este tipo de conciertos. Una vez que todo está preparado, se apagan las luces del teatro, incluidas las del escenario; nosotros vemos las partituras con las pequeñas luces de los atriles. El público brama, ansioso, hasta que empezamos a tocar una pequeña fanfarria que comienza en *sotto voce* y va aumentando en tensión, y justo en el punto más álgido aparece Sean en lo alto de una escalinata. Comienza a bajarla hasta que llega al escenario, iluminado por los focos que le persiguen en todo su recorrido. Se oye el griterío del público, totalmente embriagado, y comienza a cantar. En ese momento, se encienden las luces del escenario.

Va impecablemente vestido con un pantalón de vestir recto en tonos grises, un elegante cinturón marrón oscuro y una camisa blanca bastante ceñida y desabotonada por el cuello, que deja adivinar su buena musculatura. Lleva unos zapatos de serraje con cordones, también muy elegantes. Confieso que su

estilo me cautiva, ¿irá así en todos los conciertos?, ¿será su seña de identidad? Luce una bonita barba de tres días que complementa con un corte de cabello que realza sus facciones; corto por los laterales, algo más largo por la parte central. Reconozco que está de escándalo y ese aire sofisticado cautiva. No me extraña que las mujeres se pongan a gritar cual verdaderas posesas.

En ciertos momentos en los que la orquesta toca y él no canta, baila sobre el escenario de una forma bastante sexi y provocativa que anima aún más, si cabe, al público, ya de por sí exaltado. A nivel vocal me parece arriesgado por su parte cantar en vivo y en directo, eso me llama la atención. También se trata de un concierto íntimo en el que el público está sentado y bailotea desde su butaca. Cuando finaliza el primer tema, da la bienvenida y hasta bromea sacando su vertiente más cómica. Me río a carcajadas y disfruto escuchándole; me parece un perfecto *showman* por la forma en que interactúa con sus fans mientras canta, mientras guarda silencio, mientras juguetea, mientras baila. Descubro a un Sean divertido y desenfrenado, ¡me encanta! Y así se suceden unos temas tras otros, con bromas de por medio, buena música y una cálida voz que encandila, sobre todo en los momentos en los que se acompaña tan solo del piano.

La iluminación sobre todos nosotros va variando de color, del morado al azul oscuro, del verde al amarillo. Me maravilla cómo conecta y transmite con su música; es sencillamente genial. Sabe cómo hacernos pasar un rato estupendo y emocionante, en el que olvidamos los problemas, el estrés de la vida diaria, y disfrutamos, simplemente disfrutamos.

De repente veo que baja del escenario y empieza a corretear entre el público abrazando a las mujeres, que le besan. ¿Qué puñetas hace? Se deja hacer fotos y sonrío, sobre todo sonrío continuamente, transmitiendo energía positiva. Y ahí permanece durante unos minutos mientras nosotros tocamos música de fondo... muy sugerente. Está todo totalmente calculado y medido, pero no por ello deja de ser sorprendente. Y saboreo cada instante porque, aunque no le veo más que la espalda, me puedo imaginar las caras que pone.

Hacia el final del concierto, el público se levanta y corea sus canciones encendiendo velas virtuales en sus móviles. Y en ese momento empieza a presentarnos. Es impresionante que se acuerde de los nombres de todos los que estamos allí tocando; nos cita uno a uno y nos hace levantarnos. Cuando llega mi turno, nos miramos, seducidos el uno con el otro, seducidos por el momento. La conexión entre nosotros se hace más que evidente.

Al concluir, saluda desde el escenario y sube por las mismas escaleras por las que bajó, conforme la iluminación palidece, hasta que nos quedamos prácticamente a oscuras. La gente no para de vitorearle, llamarle, aplaudirle... emocionada, porque sobre todo ha disfrutado de buena música y de un gran espectáculo..., al igual que lo he hecho yo.

Capítulo 30

—¡Guaau, Olivia!, ¡ha estado fantástico! —Carmen está como loca.

—Sí, me lo he pasado fenomenal, he disfrutado muchísimo..., sencillamente apasionante. ¿Te has fijado en el tipo de público? Casi todo mujeres y más mujeres —acierto a decir.

—Pues la verdad, no me extraña; es muy guapo, se mueve seductoramente en el escenario, viste elegante y sus canciones son románticas. ¿Qué más quieres? Además, transmite una imagen de buena gente, ¿no?, ¡vamos, que sería el yerno ideal para cualquiera de nuestras madres!

—Supongo que sí. —Río.

Nos cambiamos en los camerinos para irnos cómodas a casa. Todos hemos pasado un momento muy especial en la gala. Sean nos ha sorprendido, a mí sobre todo; su energía, su positividad y su capacidad de conectar con el público son grandes; además, entretiene con las bromas que hace continuamente. Se le nota que tiene muchas tablas y sabe cómo manejar este tipo de eventos.

Particularmente he disfrutado por lo íntimo que ha sido; en estadios de fútbol o palacios de deportes muy grandes hubiera perdido ese aire de privacidad, esa sensación de estar en familia.

Salgo del camerino pensando en ello y me topo repentinamente con Ethan. Nunca he cruzado una palabra con él.

—¿Miss Olivia? —pregunta.

—Sí, soy yo —cambio nuevamente al inglés. Creo que de esta terminaré siendo bilingüe...

—Traigo un mensaje de Sean. —Me mira a los ojos, le noto nervioso, mira al suelo, levanta la cara para mirarme otra vez y finalmente prosigue—: Me ha pedido que te diga que le esperes en la puerta trasera del teatro.

—Ya, ¿y sabes cuánto tiempo voy a tener que esperar? —pregunto con cinismo.

—Sinceramente, no, pero creo que no más de diez o quince minutos. Después hay una cena en el hotel a la que estáis todos invitados.

—Dile a Sean que, si no está en quince minutos, me iré directa al hotel con mis compañeros, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Da media vuelta y se retira. Siento haber sido un poco brusca. Considero que esta es su fiesta y tiene que ir a celebrarlo con su gente, a nosotros no tiene por qué incluirnos, pero si es así, me gustaría no llamar la atención. Me dirijo a la puerta trasera del teatro y espero.

Olivia (21:25)

Carmen, voy a esperar a Sean. Supongo que querrá que vayamos juntos a la cena. Nos vemos allí.

Carmen (21:26)

OK. Allí te esperamos. Besos

Apenas acabo de escribir a Carmen cuando oigo unos pasos decididos que vienen a mi encuentro. Alzo la mirada y veo a Sean sonriente, eufórico, sencillamente feliz. Y me transmite todas esas sensaciones.

—¡Querida Olivia! —Me abraza con energía y me besa en los labios—. Estoy muy ilusionado con el resultado de la gala. Este sonido me ha encantado.

—Me alegro muchísimo, tú lo has hecho espectacular. ¡He disfrutado como una enana!

Se ríe.

—Yo también. Esa era la idea. ¿Nos vamos? El coche espera. —Me apremia mientras me conduce hacia la salida del teatro.

—¿Quieres que vaya contigo?, ¿no debería ir Ethan?

—Él también viene, está dentro del coche, ¡vamos!

Salimos a la calle y un coche oscuro de alta gama, con cristales tintados, nos espera junto a la acera. Afortunadamente para mí, aquí no hay nadie más. El chófer introduce el violonchelo en el maletero —¡madre mía, qué grande es!—, y enseguida nos ponemos en marcha. Ethan va sentado en el asiento del copiloto; Sean y yo, en los traseros. Durante el trayecto los oigo hablar sobre los detalles del concierto, lo que ha salido bien, lo que podría mejorarse, en fin, comentan pormenores técnicos. Yo escucho, algo distraída y ajena a esa conversación, y miro a través de la ventanilla del coche. Es normal que quieran hablar de sus cosas. Algunos términos específicos me cuesta

comprenderlos, así pues, mejor estoy a lo mío, observando las calles de Madrid.

Doy un respingo cuando siento la mano de Sean sobre la mía, acariciándola con ternura, hasta que entrelaza sus dedos con los míos. Sigue hablando con Ethan, con normalidad, mientras mi corazón empieza a palpar a ritmo frenético, ¿será posible? Procupro aparentar normalidad sin conseguirlo, porque ya no veo ni lo que miro a través de la ventana. En apenas cinco minutos pasamos por delante del hotel; aparentemente no hay nadie esperando en la puerta, por lo que el coche se detiene y Ethan sale en primer lugar. Revisa los alrededores y abre la puerta para que salgamos. Una vez fuera, observo que una persona se acerca a Sean, le pide un autógrafo y un selfi. Él se lo firma con una amplia sonrisa y se deja fotografiar mientras yo permanezco detrás, sin saber muy bien qué hacer, con Ethan junto a nosotros. Cuando termina, me coge de la mano nuevamente e inicia el paso hacia la entrada del hotel.

Y sucede lo que tanto temía; aparecen unos *paparazzi* como salidos de la nada y nos fotografian juntos. Sus *flashes* no paran de deslumbrarme hasta que Ethan se interpone y entramos rápidamente. Estoy muy nerviosa, muchísimo, y sé que el semblante me ha cambiado por completo.

—¡Shhh!, no te preocupes, es solo una foto. —Intenta tranquilizarme.

—¡Sean, yo no quiero esto! —Levanto la voz y me suelto de su mano bruscamente.

—¡Es solo una foto, Olivia! Seguro que no es la primera vez que te la hacen en público, por amor de Dios. —Eleva el tono de voz.

—No, no es la primera vez, obviamente, pero sí es la primera vez con alguien famoso. ¡No quiero salir en portadas de revistas y redes sociales contigo!, ¿lo entiendes?

Estoy que me salgo de mis casillas. Sean se queda parado delante de mí, sin comprender mi reacción. La situación me tiene muy molesta, más bien exaltada. Marcos nos está mirando desde la sala, sin quitarnos ojo. ¡Lo que me faltaba!

—Te entiendo muy bien, Olivia, es un pequeño precio que hay que pagar, nada comparable con la felicidad que viviremos juntos —intenta explicarme. Pero yo estoy enfadada, muy enfadada, y no quiero escuchar. Me fijo en Marcos, que desaparece con cautela.

—Sean, que yo sepa todavía no he contestado a tu propuesta —le recrimino con aspereza.

Doy media vuelta y me alejo sin darle opción a réplica. Entro en el salón; está toda la orquesta y parte del equipo que ha venido con él. Encuentro una silla en mi zona de confort, es decir, con mis compañeros, y me siento, malhumorada. Busco a Marcos con la mirada hasta que le encuentro mirándome, con discreción, como suele ser él, cauteloso, ante todo, pero con el semblante muy serio. Carmen distrae mi atención.

—¿Qué pasa? —me habla bajo.

—He discutido con Sean.

—¿Por qué motivo, si se puede saber?

—Hemos venido en coche privado y al salir unos *paparazzi* nos han hecho una foto, cogidos de la mano —explico de mal genio—. No quiero que mi vida aparezca publicada en redes y en revistas, esté o no con él. Siempre he llevado mucho cuidado con estas cosas; nunca he subido fotos de mis hijos ni siquiera de Juan junto a las mías.

—Entiendo...

Todo el mundo empieza a levantarse y a aplaudir cuando Sean hace acto de presencia junto con Ethan. Se le ve contento, a pesar de lo sucedido. Nos levantamos y hacemos lo mismo, lo cortés no quita lo valiente, como suele decirse.

—Muchas gracias a todos. —Sean habla alto y hace gestos con los brazos para que dejemos de aplaudir y le escuchemos—. Un día, no muy alejado en el tiempo, tuve la oportunidad de escuchar a esta maravillosa orquesta en un concierto que guardo en mi memoria. Desde el primer momento, me quedé cautivado por vuestro sonido y vuestra calidad interpretativa. —Me busca con la mirada hasta que me encuentra. Hace una breve pausa y prosigue—: Un poco más tarde, ya en Canadá, durante la gira que estuve haciendo por mi país este último mes, una idea empezó a rondarme por la cabeza, no me dejaba tranquilo. Tenía que dar un concierto con otro timbre, con el vuestro, y no he parado hasta hacer realidad mi deseo, dentro de mi apretada agenda y de la vuestra.

Vuelve a mirarme con esos ojos penetrantes que me fascinan y sigue hablando, esta vez prestando atención a todos.

—Así pues, en primer lugar, os agradezco vuestra disponibilidad y profesionalidad para duplicar los ensayos tanto para el concierto del viernes, que disfruté con emoción, como para el de hoy. En segundo lugar, tengo que deciros que ¡ha sido un gran éxito!, el público ha saboreado este nuevo sonido y ha quedado seducido. Por tanto, os doy nuevamente las gracias por haber

hecho esto posible. —Aplaudimos con entusiasmo—. Y, en tercer lugar, y no menos importante..., ¡callad..., dejadme terminar...!: ¡que empiece la fiesta! Estáis todos invitados a esta cena y a las copas que vengan después. ¡No os cortéis, chicos, os lo habéis ganado! Muchísimas gracias a todos.

Los aplausos y vítores continúan con fuerza. Me quedo mirándole con interés. Sabe controlar este tipo de situaciones, reconozco que está en su salsa. Se sienta en la cabecera de la mesa, con Ethan a su derecha y junto a otros colaboradores suyos. Los camareros empiezan a sacar comida y más comida, bebida y más bebida: jamón ibérico de bellota, croquetas de jamón, chupitos de salmorejo, tortilla de patata, tostas de *foie* con cebolla caramelizada, surtidos de canapés, tiras de pollo crujiente... En fin, todo buenísimo y delicioso. Y para beber, refrescos, cerveza, agua y vinos. Carmen se vuelve a mí y me habla con cautela, en voz baja.

—Olivia, si decides estar con él, lo sucedido hoy va a ser el pan nuestro de cada día. Tendrás que convivir con ello. Y si no eres capaz, no continúes con esto.

—¡Qué manía! No he empezado nada con él —alego.

—¡Venga ya, Olivia! Solo hay que veros, se palpa la tensión. A lo mejor no hay nada formal, pero habéis salido juntos a cenar, a pasear, habéis venido juntos aquí..., demasiado que hasta ahora no haya salido nada a la luz, ¿no crees?

Me quedo pensativa... Todo esto me está abrumando, no estoy preparada para que mi vida se haga pública, no estoy preparada para estar siempre perfecta, no estoy preparada para abandonar mi rutinaria y tranquila existencia... ¡No estoy preparada para estar con otro hombre!

—Gracias, Carmen, por tus consejos. Creo que no voy a cambiar mi modo de vivir por él.

—¿Sabes qué?, me encanta Sean, es un tipo educado, muy guapo, con estilo, elegante, con una brillante carrera por delante..., y lo más importante, está absolutamente enamorado de ti. Te quiere y te respeta, y hará lo posible por tu bienestar, estoy segura de ello. Puede que ahora no sea el momento, Olivia, pero yo que tú no le dejaría libre mucho tiempo... Plantéate a corto plazo coger una excedencia en la orquesta y vete con él.

La miro fijamente... Madre de Dios, tiene toda la razón del mundo. Respiro hondo, muy hondo, y observo el techo del salón. ¿Por qué me resisto?, ¿por qué me cuesta tanto tomar una decisión? Salir de la zona de confort cuesta, hay que ser valiente y yo no lo soy.

—Hola, chicas, ¿cómo vais?, la fiesta está fantástica, ¿no?

Me sorprendo al escuchar la voz de Marcos.

—La verdad, sí. Ha sido todo un detalle por parte de Sean y su equipo — respondo.

—Claro que sí. Lo he pasado estupendamente en el concierto; me ha sorprendido. —Coge una silla y se sienta a mi lado.

—Chicos, os dejo un momento, voy a por una copa, ¡ahora vengo! — anuncia Carmen, que se levanta de la silla y nos deja solos para que charlemos con intimidad.

Se hace un silencio entre los dos. No sé muy bien qué decirle y me imagino que a él le sucede exactamente lo mismo.

—Olivia, te pido perdón por las incómodas conversaciones que hemos tenido estos últimos días. He dado rienda suelta a mis sentimientos y no debería haberlo hecho —dice mientras me mira fijamente—. Siempre nos hemos llevado fenomenal y quiero que siga siendo así.

De una cosa estoy segura, de otra no tanto: es evidente que Marcos no es el hombre del que me enamoraría y no creo estar enamorada de Sean. En cualquier caso, Marcos es estupendo, un gran profesional y una buena persona, aunque no siento absolutamente nada por él. Me encantaría seguir conservando su amistad y dando conciertos juntos. En un momento dado, me doy cuenta de que Sean nos está mirando con expresión un tanto seria. Habla con Ethan mientras nos observa, y nuestras miradas vuelven a cruzarse. Un escalofrío recorre mi cuerpo y nuevamente noto que aumentan mis pulsaciones. Soy incapaz de detener y evitar estas emociones...

—¿Qué hay entre vosotros? Perdona que te haga esta pregunta, si no quieres, no hace falta que contestes.

—Todo y nada, Marcos, todo y nada. Él lo quiere todo y, hoy por hoy, yo no estoy dispuesta a dárselo.

—Vaya..., es más de lo que pensaba.

—En realidad, has de saber que no ha sucedido nada porque yo no he querido —puntualizo.

—Bien, en ese caso, y como creo que ya te has dado cuenta, me retiro. Ya sabes por dónde voy.

—Te lo agradezco enormemente. Me gustaría seguir conservando tu amistad como hasta ahora —le digo mientras le tomo la mano con cautela y busco sus ojos—. Marcos, eres genial, te admiro tanto en lo profesional como en lo personal. No rompamos esto que tenemos juntos los dos; conservémoslo.

—Que así sea —contesta él con una sonrisa—. Hay una persona en la sala que no para de mirarte... Además, no le ha gustado en absoluto que me hayas cogido de la mano. ¡Vamos, ve con él!

Marcos se levanta y me deja sola. Mientras se aleja, le observo con detenimiento y me quedo pensativa, ¿podríamos haber llegado a algo más si Sean no se hubiese cruzado en mi camino? No lo sé..., quizás con el tiempo, pero me extrañaría, porque, por más que lo pienso, mis sentimientos no van por ese camino.

—¿Bailas conmigo? —Sean me sorprende y me tiende su mano. Ya hemos terminado prácticamente todos de cenar y hace un rato que empezó a sonar la música, por primera vez a unos decibelios lo suficientemente adecuados como para poder mantener una conversación sin tener que vociferar.

—¿Por qué no?

Me levanto, nos dirigimos a la pista central y comenzamos a bailar uno enfrente del otro, rodeados de más gente que está bailoteando también. La música es movidita, tipo pop, y reconozco que Sean se mueve perfectamente. Supongo que practicar coreografías y algo de baile entrará en sus obligaciones, a juzgar por cómo se ha desenvuelto en el concierto y cómo lo hace ahora. Se ha remangado las mangas de la camisa y la lleva más desabotonada de lo normal. Reconozco que está muy sexi...

—¿Estás mejor? —indaga.

—¿Por qué iba a estar mejor? —replico con cinismo.

—Oh, vamos, Olivia —y se ríe fijando su mirada en el techo con mucho garbo—, tenemos una conversación pendiente que no me gustaría dejar a medias.

Finaliza la canción y comienza otra más lenta. Nos quedamos parados, cara a cara, sin saber muy bien qué hacer, y Sean toma la iniciativa, como siempre, y me rodea por la cintura con su mano derecha. Con la izquierda sostiene la mía; no me queda más remedio que apoyar mi mano izquierda sobre su hombro. Y comenzamos a movernos lenta y suavemente al ritmo de la música.

Procuró que haya una distancia adecuada entre los dos, que nuestros cuerpos no se junten, mientras miro lo que sucede a nuestro alrededor. La gente está a lo suyo y no parece darse mucha cuenta de que estamos aquí, bailando. No nos decimos absolutamente nada, solo bailamos. Cuando estoy más segura con la situación, me atrevo a mirarle a los ojos, y me quedo

cautivada por completo. Mi cuerpo se estremece, siento una especie de corriente que me envuelve y que no me deja quitarle la mirada de encima. Y sonreímos; remamos juntos hacia un mismo puerto. ¡Hummm!, me encanta su perfume, sin duda debe de ser caro. Seguimos en silencio. ¿Es posible que esté empezando a sentir erotismo y sensualidad? Comienzo a pensar que Carmen tiene razón cuando dice que hay mucha química entre nosotros. Sin decirnos nada, noto esa seducción que no se consigue con las palabras, y la atmósfera que se crea tan solo con el contacto visual y físico es apasionada, delirante y tan excitante que me da miedo. Miedo a lo nuevo, a romper con mi rutina, a sentir que estoy siendo infiel a Juan, a lo que nos pueda deparar el camino..., y el pánico se apodera de mí.

—Lo siento, Sean, no puedo continuar con esto.

—¿Qué te pasa?, ¿cómo puedo ayudarte?

—Lo siento de veras, Sean, necesito mi espacio.

Le suelto y salgo deprisa del salón, sin despedirme de nadie, después de coger mi abrigo y el bolso.

Sean da unos pasos detrás de mí, pero se da cuenta de que no quiero que me siga y se queda paralizado mientras abandono el hotel a toda velocidad. Tengo suerte y en unos pocos segundos subo a un taxi y pongo rumbo a mi casa sin mirar atrás. Cuando llego, me doy cuenta de que mi vestido y el violonchelo se han quedado en el hotel... ¡Horror! Le envío un mensaje a Sean, espero que lo lea..., el violonchelo es lo máspreciado para mí.

Su valía sentimental es incalculable, y su valor económico tampoco resulta nada desdeñable. Obviamente, hay instrumentos muchísimo más caros, y yo tengo lo que mi economía me ha permitido; los casi treinta mil euros que me costó los tengo grabados a fuego. ¿Qué lo justifica? Casi todos los violonchelos están contruidos con los mismos materiales: la tapa suele ser de madera de abeto, y el fondo, aros, cabeza y puente de madera de arce, pero está claro que no todos los abetos ni todos los arces son iguales, ni por su procedencia ni por las condiciones climáticas a las que han estado sometidos. Y, por supuesto, la composición del barniz y la manera de aplicarlo son fundamentales para el sonido; además de proteger la madera, también debe permitir que vibre. Para mí es uno de los instrumentos de cuerda más versátiles y expresivos, y adoro la calidez de su sonido.

Afortunadamente, Sean me contesta asegurándome que lo tiene, y que me lo hará llegar mañana por la mañana. Me quedo tranquila.

Capítulo 31

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Ethan—. La he visto salir con rapidez y me ha extrañado.

—Quiere y no puede, puede y no quiere, ¿me explico? —Me desespero.

—Está muerta de miedo, Sean. Se le nota al instante. Creo que siente algo por ti, pero hay algo mucho más fuerte contra lo que no puede luchar. Según me has contado y he podido ver, es sencilla, discreta, inteligente y responsable, además de muy atractiva. Y no estoy seguro de que encaje en tu estilo de vida.

—Son dos motivos fundamentales, Ethan, uno de ellos es lo que comentas, cuestión de gran peso, y otro, no menos significativo, que es viuda.

Ethan se queda boquiabierto...

—¿Cómo viuda? Es muy joven, ¿no?, ¿qué edad tiene?

De repente soy consciente de que no sé su edad... ¡Cuántas cosas ignoro de ella aún!

—No lo sé exactamente, pero seguro que es más joven que yo. Y sí, es viuda, hace algo más de un año que perdió a su marido y a sus dos hijos en un accidente de tráfico. Por lo visto estaban muy enamorados, por eso le cuesta tanto abrirse a una relación. Y, efectivamente, mi forma de vida y los kilómetros que nos distancian no ayudan.

—Vaya, vaya..., pobrecilla. Ahora todo tiene sentido... ¿Estás realmente enamorado o es un capricho del momento? Perdona que te haga esta pregunta...

—Esto es real y profundo, muy muy profundo. Lo que siento por ella no lo he sentido por nadie hasta ahora.

—Bien, ¡pues ármate de paciencia!

Recibo un mensaje suyo preguntando por el violonchelo. Es verdad..., tras consultarlo con Ethan, confirmo que está a buen recaudo junto con el vestido. Una vez que termina la fiesta, me dirijo a la habitación. Allí están el violonchelo y la funda con su vestido. La abro e inhalo su dulce aroma..., me encanta cómo huele. Me quedo inmovilizado sosteniendo el vestido entre mis manos.

Parece tan pequeño, tan frágil. Cierro los ojos, me lo llevo a la cara y respiro su fragancia..., me lleva a momentos de felicidad. Lo dejo sobre la cama y me siento a su lado. Acaricio suavemente los bordes de la tela, la visualizo mentalmente con él, ¡está preciosa! Un escalofrío recorre mi cuerpo. Lo que daría por tenerla ahora mismo a mi lado... Lo doblo cuidadosamente y lo introduzco dentro de su funda. Me incorporo y abro el estuche del violonchelo. Reconozco que me impresiona; es un instrumento precioso, una verdadera obra de arte. Lo saco del estuche y lo sostengo con mucho cuidado. La madera tiene una textura delicada y el color del barniz es marrón rojizo, un poco oscuro. Parece mentira que pueda obtenerse un sonido tan hechizante como el que escuché en el escenario, cuando Olivia interpretaba aquella obra, en la intimidad. Paso mi mano por todo el mástil imaginando sus delgados y ágiles dedos sobre él, y recuerdo los pocos momentos que ha acariciado mi rostro con ellos, tan delicadamente... Vuelvo a cerrar los ojos y revivo esos pequeños instantes de felicidad plena. Respiro hondo y lo devuelvo con sumo cuidado a su estuche.

Apago las luces, como tantas otras veces; me asomo por la ventana y contemplo las mismas vistas que me han seducido en anteriores ocasiones. Introduzco las manos en los bolsillos del pantalón y me recuesto sobre el cristal. Con todo a oscuras y en silencio, puedo pensar fríamente. Aquí no tengo mucho más que hacer, no quiero presionarla más. Ella conoce de sobra mis intenciones y es quien debe dar el siguiente paso, cuando se encuentre preparada. Me duele tomar esta decisión, siento que me desgarró lentamente, pero si algo he aprendido es a saber retirarme a tiempo. Me quito la ropa, me lavo los dientes y deshago la cama. El día ha sido largo y estoy cansado, aunque contento con el resultado.

* * *

A la mañana siguiente me despierta el timbre de casa... ¡No me lo puedo creer! Son las nueve y media. ¿Quién llamará tan pronto? Me levanto y me pongo la bata. Cuando abro la puerta, me quedo de piedra; es Ethan.

—Buenos días, Olivia —saluda mientras me mira con detenimiento—, siento haberte despertado.

¿Tan mal aspecto tengo?

—Buenos días, Ethan. ¿Quieres un café?

Me retiro para dejarle pasar. Se queda pensativo unos instantes y luego entra.

—Te traigo el violonchelo y el vestido del concierto —anuncia, y los deja en el recibidor—, y también un pequeño obsequio de parte de Sean.

Me entrega un ramo de flores precioso.

—¡Oh! —exclamo llevándome la mano a la boca, totalmente asombrada—. ¡Son lirios!

—¿Te gustan?

—¡Me encantan! —Los lirios combinan colores delicados, que van del rosa palo al blanco, con amarillos suaves, y mezclados con el verde oscuro de las hojas componen un conjunto extraordinario—. Mmmm, qué bien huelen. —Se me ponen los ojos vidriosos de la emoción. Miro a Ethan totalmente emocionada—. ¡Muchas gracias!

—No es a mí a quien se las tienes que dar, sino a Sean.

—Lo sé.

Sonrío y saco una tarjeta que hay en el interior del ramo y la abro.

Querida Olivia. Es sabido que los lirios son el símbolo de la virtud, la sencillez y el decoro, cualidades muy tuyas. No cambies por nada ni por nadie..., ni por mí. Sé tu misma.

Te estaré esperando.

Sean

La guardo en el sobre y lo dejo sobre la consola del recibidor. Hago entrar a Ethan a la cocina y cierro la puerta de la casa. Cojo un jarrón de cristal, lo lleno de agua hasta la mitad y pongo cuidadosamente el ramo en su interior. Ethan no pierde detalle de lo que hago. Doy media vuelta y lo llevo al salón. Lo coloco sobre la repisa donde tengo el cuadro de la Virgen con el Niño. Respiro hondo mientras rezo una pequeña oración en silencio y regreso a la cocina. Comienzo a preparar el café, que falta me hace.

Ethan es un hombre cuarentón, bastante bien parecido, moreno y muy alto. Su rostro es agradable en conjunto, y sus preciosos ojos, de un color azul intenso. Debe de ser la mano derecha de Sean y por ese motivo merece mi respeto. Además, tiene que haber madrugado bastante para llegar a mi casa a estas horas, ¡un domingo!

—¿Cómo te gusta el café? —pregunto.

—Expreso, por favor —contesta. No sabe muy bien qué decir. Creo que le ha sorprendido que le haya invitado.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Sean? —me intereso.

—Bastantes años, unos siete u ocho. Empecé con él cuando aún no era muy conocido. ¿Sabes?, ha trabajado muy duro todo este tiempo, y nadie, nadie —enfatisa— le ha regalado nada. Ya conoces este mundo, puedes hacer un disco con toda tu ilusión y que al público no le guste. Es muy difícil llegar adonde él ha llegado, pero lo es más mantenerse una vez que lo has conseguido.

—Eso me suena a algo... Mi mundo también es así, pequeño, pero muy competitivo. Los concursos para obtener plaza en las orquestas son globales, viene gente del Este: rusos, polacos, ucranianos, alemanes..., gente de España y hasta asiáticos: chinos, japoneses..., ya no es como antes, cuando una plaza en orquestas españolas la peleaban solo españoles. Ahora, cuando surge una, se presentan doscientos violonchelistas, a cual mejor, procedentes de todos los rincones del mundo.

Ethan me escucha con mucho interés mientras sirvo el humeante café. Su aroma me estimula.

—¿Azúcar?

—No, gracias. —Se lleva el oscuro líquido a sus labios—. Está delicioso, y apetece mucho en esta fría mañana.

—Me alegro. —Sonrío—. ¿Te apetece una pasta? —Saco una caja metálica y redonda del armario y le ofrezco—. Son de mantequilla, danesas. Pruébalas, están deliciosas.

—Está bien. —Coge una y la saborea—. Tienes razón, son muy buenas.

En ese momento recibo un mensaje en el móvil, que tengo encima de la mesa. Veo que es de Carmen y lo abro.

Carmen (09:43)

Abre el siguiente enlace.

Pulso sobre el enlace y leo una noticia que me aterra.

El titular dice: «¿Ha encontrado Sean de nuevo el amor?», y la entrada: «El famoso cantante canadiense de la mano de una joven atractiva y desconocida, después de la gala ofrecida a sus fans en Madrid». Y me encuentro una foto bien grande donde se nos ve agarrados de la mano y sonrientes, a la entrada del hotel. Suelto el teléfono sobre la mesa, con fuerza,

y doy dos pasos hacia atrás. Me apoyo en la pared de la cocina y me llevo las manos a la cara.

—¿Qué pasa? —pregunta extrañado Ethan, y al ver que no contesto, prosigue—: ¿puedo? —Señala mi móvil.

Lo cojo y le enseño la noticia. Pone cara de no entender..., claro, está en español. Y se lo traduzco mientras le observo con detenimiento.

—Supongo que no estás preparada para esto, ¿verdad?

—¡No! —respondo con enfado. Permanecemos los dos callados unos instantes.

—Siento mucho lo sucedido, no se puede evitar. Sean no es así, siempre intenta pasar desapercibido, no ofrece entrevistas fuera de las promociones de los discos. Su vida fuera de los conciertos, giras y demás es de lo más sencilla, te lo aseguro. Es un hombre muy familiar que disfruta con los suyos siempre que puede, y créeme, no tiene las típicas rarezas estrafalarias de los famosos.

—¿Te ha mandado aquí a que me cuentes todo esto? —pregunto con sarcasmo.

—Todo lo contrario —contesta algo molesto—, solo quería que te entregase tus cosas y volviese. Además, no tenemos mucho tiempo. Nos vamos al aeropuerto a mediodía.

—Entiendo... —No sabía que se marchaba tan pronto..., y un sentimiento de tristeza empieza a apoderarse de mí—. Tú no tienes la culpa. Me he encontrado con esta situación sin quererlo ni desearlo y, francamente, no estoy cómoda.

Ethan se acaba el café y deja la pequeña taza sobre la encimera.

—Tengo que irme, muchísimas gracias por el café y las pastas.

Le acompaño a la salida y abro la puerta.

—De nada, Ethan, ha sido un placer charlar contigo.

—Olivia, los sentimientos de Sean son sinceros. Nunca le he visto así. De hecho, rompió con Chloe, su prometida, nada más regresar a Canadá, después de conocerme, sin saber si tú le ibas a corresponder o no. Sencillamente porque se había enamorado tanto de ti que no podía estar con otra persona y no ser fiel a sus sentimientos. Tan solo tienes que profundizar en los tuyos. Si te decides, te esperará con los brazos abiertos. Si no, habrás sido un bello e irremplazable recuerdo que nunca borrará de su memoria. Pero ahora tiene que regresar y proseguir con sus compromisos profesionales.

—Lo sé, Ethan. Gracias por tu visita y tu punto de vista, y perdona si me he enfadado contigo por la noticia..., entenderás también el mío.

—Por supuesto que lo entiendo, y es de lo más comprensible. Nadie nace siendo un experto en afrontar la fama. Recuérdalo.

Después de que Ethan se marche, me siento en el sofá y medito sobre la conversación que hemos mantenido. Me ha parecido una persona agradable y con buen juicio. Comparto su punto de vista, sé que si no lo intento no voy a saber nunca si puede o no puede ser. Pero a veces te sientes mecida por el viento, tanto que percibes cuándo sopla a tu favor y cuándo lo hace en contra, y ahora mismo lo está haciendo en contra. ¿Por qué tengo que ser yo la que cambie radicalmente mi vida y vaya tras él?, ¿por qué no puede él establecerse aquí, grabar aquí y luego desplazarse cuando tenga que hacer giras y demás promociones? Supongo que eso le supondría traerse al equipo, a Ethan y a los demás colaboradores..., y no le compensa. En cualquier caso, aún no me siento lo suficientemente libre como para acompañarle. Lo lamento mucho, pero así es. Solo me plantearé una nueva vida cuando me libere de las ataduras de mi pasado.

Sostengo el marco con la foto de Juan, Martín y Javier, y sigo el contorno de sus formas con los dedos, como si pudiese aún tocarles y sentirles a mi lado.

Me encuentro tan sola...

¿Puede el amor vencer la soledad? ¿Podría Sean sustituirles? Abrazo la foto como si los estrechara a ellos, fuertemente. Y los siento conmigo, y recuerdo su olor, el sonido de sus voces, sus miradas de ternura..., hasta que mi corazón se desgarrá lentamente. El dolor es tan profundo, tan intenso que sollozo de amargura y melancolía. Me tumbo en el sofá y al poco rato me quedo dormida, abrazada a mi familia.

Capítulo 32

Llegamos al aeropuerto con tiempo suficiente. Ethan me ha contado la conversación que ha mantenido con Olivia. Sin embargo, no tengo respuesta por su parte... nada de nada. No sé qué más puedo hacer, de hecho, había pensado en quedarme algunos días más aquí, con ella, pero me he dado cuenta de que ahora mismo no conseguiría nada más que presionarla y provocar su rechazo de forma automática. Y aunque mi corazón la desea con fervor y mi alma siente que se separa de la suya, sé que he de partir y esperar, esperar que un día supere su dolor y mi presencia pueda llenar su inmenso y profundo vacío.

Me han llegado mensajes con nuestra foto en la puerta del hotel y la guardo en mi teléfono; es la única que tengo con ella, y, la verdad, es de buena calidad. Me fijo en mí y la miro a ella, y veo dos personas relajadas y a gusto, no sé si felices, pero sí disfrutando con la compañía. Y me regocijo recordando los momentos en los que nos acariciamos y bailamos juntos, como si no existiese nada más que nosotros y los demás permaneciesen a oscuras y desdibujados. Sin embargo, las dudas sobre lo que pueda decidir y cuándo lo hará me corroen hasta tal punto que no sé cómo afrontar los próximos días. No sé si llamarla o escribirle, si no hacer nada, si esperar o no esperar, si viajar nuevamente a Madrid o no ir este verano. Necesito tantas respuestas que creo que me estoy volviendo loco, y en estos momentos la incertidumbre no es buena compañera de viaje. Me falta esa chispa de alegría que he tenido durante la gala, lo sé, pero solo saber que Olivia estaba conmigo y participaba del espectáculo me ha transformado. De hecho, he leído algunas críticas y todas resaltan mi buen humor, la alegría y el optimismo que transmito... Ethan también me ha dicho lo mismo; ella te sienta bien, te hace ser mejor y feliz.

De regreso a Toronto, me preparo concienzudamente para la nueva gira. Aunque todo está ya previsto, la idea de repetir el formato de la gala de Madrid me sigue rondando; más adelante lo incorporaré.

Transcurren tres semanas y no he recibido noticias de Olivia, tampoco tengo el teléfono de su mejor amiga, Carmen, por lo que no me queda más remedio que seguir esperando con la expectativa de que la situación cambie.

En este tiempo no me he puesto en contacto con ella; le estoy dando el espacio que necesita. Mis hermanas me llamaron en cuanto vieron la famosa fotografía en la que salimos juntos, y me mostraron todo su apoyo nada más contarles lo sucedido. Tengo que reconocer que la he impreso en papel fotográfico y ocupa un lugar preferente en mi dormitorio. No he querido ponerla en el salón para evitar comentarios, no deseo llamar la atención sobre algo que, sinceramente, empiezo a pensar que no irá a ningún lado.

Esta mañana, paseando por un centro comercial, me encontré con quien menos esperaba...

—¡Hola, Sean!

—Vaya, qué sorpresa, hola, Chloe, ¿qué haces por aquí?

—De compras, ya sabes —me dijo sonriente. Estaba increíblemente guapa, como siempre—. ¿Y tú?

—Pues más de lo mismo.

—¿Te apetece acompañarme a tomar un café?

Acepté, ¿por qué no?, y entramos en una cafetería donde sirven uno de los mejores cafés de Toronto. Nos sentamos y esperamos a que nos tomaran nota.

—¿Qué tal la promoción de tu álbum?

—Va fenomenal, Chloe, realmente fenomenal —respondí—. Estoy muy contento con el resultado. Está teniendo una acogida que no me esperaba.

—Los temas son muy buenos, Sean, a mí me encantan. —Y entonces cambió de tema—: Por cierto, me llegaron noticias de una gala un tanto especial en Madrid que no estaba prevista.

—Sí, quise probar un nuevo sonido con una orquesta de cuerda e instrumentos de viento metal. Los fans disfrutaron muchísimo y creo que organizaremos algo parecido más adelante.

—Vi una foto tuya con una mujer...

Interrumpió la frase, tímidamente. Afortunadamente, el camarero llegó a nuestra mesa y cortamos la conversación.

—¿Qué quieres tomar, Chloe, lo de siempre?

Ella asintió.

—Dos expresos, por favor —le dije al camarero. Él tomó nota y se retiró silenciosamente.

—¿He de felicitarte por tu nueva conquista española?, porque es española, ¿verdad? —continuó, lanzándome una mirada de deseo.

—No y sí —respondí secamente. Chloe se quedó pensativa, procesando la información que acababa de darle.

—Entiendo. Quedará quizás fuera de lugar, Sean, pero te sigo queriendo —confesó.

—Yo guardo un grato recuerdo de lo nuestro, pero ahora las circunstancias son distintas y estoy bien con mi estado actual.

—Celebro que estés bien. Sin embargo, tu mirada me confirma que te falta algo.

—Estoy bien, de veras. De todas formas, no es un asunto de tu incumbencia —contesté bruscamente. Chloe permaneció en silencio. En ese momento nos traían los dos expresos, que comenzamos a degustar.

—Yo no estoy con nadie, Sean, y no es porque no haya tenido oportunidades. Cuando miro a otro, no dejo de pensar en ti.

—Lo siento —confesé—. Dejarás de hacerlo cuando pase algo más de tiempo.

Chloe me miró los labios con deseo.

—Eso espero. ¿Vas a seguir por aquí o empiezas ya la gira por Estados Unidos?

—No, me voy ya. La gira empieza en pocos días.

—Bien, espero que vaya fenomenal.

Se levantó para irse, aunque no se había terminado el café. Era evidente que se sentía incómoda. Yo también me incorporé para despedirla. Ella me abrazó y me comió con los ojos. Y así, sin pensarlo, nos dimos un beso en los labios que solo duró tres segundos, el tiempo justo para darme cuenta de lo que estaba ocurriendo y separarme de ella.

—Chloe, no, por favor.

Sonriendo, se dio media vuelta en dirección a la salida del café. La miré irse con tristeza.

En vista de lo sucedido, he comenzado a preguntarme si hice bien en dejarla; el tiempo que estuvimos juntos nos amamos y fue bonito. Y me cuesta asumir que terminé con nuestra relación básicamente por una cuestión de conciencia. A veces siento que las fuerzas y mi conciencia me flaquean... Mis padres me enseñaron a ser honesto, y no podía serlo con Olivia en mis pensamientos día y noche. Ahora es cuando, en momentos de soledad, echo de menos la compañía de Chloe.

Tras marcharse Chloe, terminé mi café, pagué y salí en dirección al aparcamiento. Se me habían quitado las ganas de ir de compras. Entré en el coche y puse rumbo a casa.

Al llegar he revisado los mensajes del móvil. No hay nada de Olivia... Y no sé qué hacer. ¿Espero a que ella mande algún mensaje?, ¿le envío uno yo? Por más vueltas que le doy, no me decido. Finalmente, me convengo de que un mensaje le servirá para saber que sigo aquí. Al fin y al cabo, no puedo pretender ser lo que no soy, una persona que no persigue sus metas. Escribo con la intención de mantener el contacto.

Sean (13:40)

Hola. Preparado para empezar la gira por Estados Unidos. Va a ser intensa, pero confío en que sea un completo éxito. Te echo de menos. Un beso.

Dejo el teléfono en la mesa y preparo la comida. Hoy estaré solo y en silencio; necesito calma y tranquilidad para empezar, lleno de energía, todo lo que me espera en los próximos meses.

* * *

En Madrid los días empiezan a alargarse, son más soleados y con temperaturas suaves. Observo que la gente pasea por las calles con los abrigos desabrochados conforme disminuye el frío de la mañana. El calor del sol calienta mi rostro y cierro los ojos; ¡me encanta percibir su tierna caricia! Estamos ya a finales de marzo..., el tiempo pasa volando, cada vez más rápido.

Seguimos con la programación prevista en la orquesta, hago recitales por aquí y por allá cuando nos contratan, salgo de copas de vez en cuando, y por lo demás, todo sucede como de costumbre. A nivel personal me encuentro bastante mejor, más animada y con ganas de vivir la vida.

Camino hacia el camposanto. En la acera, junto a la entrada, hay una gitana vendiendo ramos de flores. La verdad, nunca las he comprado, pero no sé por qué hoy lo hago. Me decido por las margaritas blancas, que asocio irremediabilmente con la pureza. Pago a la gitana y entro con paso firme. Por el camino contemplo las diversas esculturas que embellecen y dan un aire más humano y sentimental a este lugar. Algunas representan niños en actitud orante; otras, mujeres mirando al cielo, hermosos ángeles con alas desplegadas o

personajes bíblicos como la Verónica, que en el viacrucis ofreció un trozo de tela a Jesucristo para que secara su sudor y su sangre. Hay también representaciones de la *Piedad*, de Miguel Ángel, con la Virgen María sosteniendo con pena el cuerpo sin vida de su Hijo.

Me llama la atención especialmente una de ellas por su belleza y carga emocional; se trata de una pieza tallada en mármol que representa el busto de una mujer cubierto por un fino y transparente velo. Para mí es una verdadera obra de arte, ¿cómo conseguirán los escultores recrear tan fino velo, que bien podría asemejarse a la seda? Sencillamente me impresiona tanto como la tristeza que emana del rostro de la estatua. Sigo caminando hasta llegar a la sepultura de Juan, Martín y Javier, cuyos restos reposan junto con los de los familiares de mi marido. La lápida, sencilla y sin ornamentos, es de granito muy oscuro, casi negro. En las inscripciones aparecen nombres, fechas de nacimiento y fallecimiento, tanto de ellos como de sus antepasados. Respiro hondo, quiero mantener la calma que tantas veces me falta cada vez que vengo a visitarles. Sin pensarlo, recojo las flores artificiales que hay en la jardinera a los pies de la lápida y coloco con cuidado las margaritas que acabo de comprar. Saco el teléfono del bolso y busco una pequeña oración que rezo con aplomo, en el más absoluto silencio, solo interrumpido por el incómodo sonido del viento.

Cierro los ojos, les siento a mi lado, les veo rodeados de una luz que me deslumbra. Se encuentran en un campo repleto de flores silvestres. Casi me parece oler su embriagador aroma: madreselva, lavanda, campanillas, jacintos, gardenias, margaritas..., flanqueadas de hierba de un intenso color verde. Las figuras de los tres sobresalen en este vibrante y colorido espectáculo: verdes insultantes, amarillos vibrantes, intensos rojos, azules cielo, blancos relucientes, lilas..., mezclados bellamente entre sí. Visten pantalones y camisas de lino blanco resplandeciente, casi brillante, y caminan hacia mí, agarrados de las manos. Me observan con detenimiento y comienzan a sonreírme mientras se abrazan con ternura, sin dejar de fijar su mirada en mí. Me parece incluso escuchar sus risas; están tan felices y sonrientes... Quiero abrazarles, tocarles, sentirles, y avanzo con premura hasta que me doy cuenta de que, conforme lo hago, en lugar de estar más cerca se alejan cada vez más...

Me desespero y empiezo a correr hacia ellos, ilusionada por tenerles nuevamente a mi lado, pero no logro alcanzarles. Cuanto más quiero acercarme, más lejos están de mí. Hasta que de repente comienzan a

despedirse, sonriendo, lanzándome besos con sus manos, levantándolas y moviéndolas con energía, hasta que desaparecen. Entonces abro los ojos y comienzo a sentir paz, mucha paz y serenidad, y las lágrimas brotan sin descanso; no quiero despedirme de ellos, deseo con todas mis fuerzas continuar apegada a su recuerdo, los regalos que me está ofreciendo la vida no me interesan... Entonces, ¿qué ha significado todo esto? No soy capaz de interpretarlo... Me abandono en actitud de escucha y cierro los ojos nuevamente. Pasan los minutos hasta que una voz recorre mi mente: «ya has llorado demasiado, es hora de empezar a dar gracias por todo lo vivido y proseguir tu camino». De repente me sobresalto, abro los ojos y, no sé cómo, leo el mensaje que Sean me ha enviado:

Sean (13:40)

Hola. Preparado para empezar la gira por Estados Unidos. Va a ser intensa, pero confío en que sea un completo éxito. Te echo de menos. Un beso.

No me puedo creer lo que está sucediendo, me he quedado totalmente atónita... Decido marcharme, no sin antes despedirme de ellos con cariño. Conforme avanzo, me da la sensación de que todas las esculturas me miran como si quisieran decirme algo, y comienzo a ponerme nerviosa. Recorro el camino hacia la salida del cementerio con cierta angustia hasta que atravieso la puerta y me detengo, sobrecogida y con la respiración entrecortada. Continúo a la parada del autobús. Una vez dentro, me siento y empiezo a reflexionar sobre lo ocurrido.

Cuando llego a casa cojo el coche y conduzco en dirección a la pequeña capillita. Necesito poner en manos de la Virgen todo esto y entregárselo como un acto de amor. Sentada en el último banco, el de siempre, inspiro hondo. Aquí me siento protegida y profundamente amada, Ella cuida de mí con verdadero afecto. En este preciso instante no hay nadie más, estoy cómoda en mi soledad, y me abandono en un bálsamo de consuelo que me embarga. Me pregunto entonces qué significado tendrá lo que he vivido en el cementerio, su conexión con el mensaje de Sean. ¿Ha sido mi subconsciente?, ¿ha sido autosugestión? Necesito saber si lo obvio es el camino y si el camino es él.

Una señora mayor entra en la capillita y me despoja de mis pensamientos. Avanza hasta el pequeño retablo y enciende una vela. Se arrodilla y emite unos

gráciles sonidos continuos que parecen plegarias. Acto seguido, se sienta y el silencio vuelve a reinar. Cierro los ojos y me pongo en actitud de escucha. El tiempo pasa y cuanto más avanza, más sosegada me siento, hasta que miro el reloj y me sorprendo: llevo más de media hora aquí y me ha parecido apenas unos pocos minutos. Aunque no he obtenido respuesta, decido irme. Los tiempos del Padre no son los nuestros. En el camino hacia la salida del recinto me encuentro con la hermana Isabel, lo cual me llena de ilusión. Hace tiempo que no la veo y siempre ha sido para mí fuente de inspiración.

Lleva su vestimenta habitual, traje azul oscuro hasta los tobillos y toga del mismo color. Se acerca con su andar peculiar, muy sonriente.

—¡Olivia!, ¡qué alegría verte!

—Sí, hermana, yo también me alegro mucho de verla —digo con sinceridad.

—¿Qué tal te encuentras?

Su mirada es profunda, como si pudiera leerme el pensamiento. De nada sirve intentar eludir una respuesta que no sea la verdad.

—Me encuentro mejor, hermana, bastante mejor. Estoy más serena y con menos dolor, pero me cuesta proseguir con mi vida, sobre todo si hay otra persona de por medio.

—Ya veo. Tienes que pensar que Dios quiere que continúes tu camino, un camino lleno de amor, y esto no significa que no experimentes sentimientos de culpa cuando sientes que, al continuar, le estás traicionando u olvidándote de él. Todo lo contrario, él seguirá ocupando un lugar privilegiado en tu recuerdo, junto con lo que vivisteis y lo que fuisteis, en familia. No se trata de una competición ni de una comparación, recuérdalo.

—Seguiré su sabio consejo, hermana.

—Y yo rezaré mucho.

—¡Me vendrá muy bien! Me alegro muchísimo de verla. —Le doy un abrazo. Ahora mismo no puedo entretenerme más, pero en otro momento vendré a hablar con ella más profundamente—. Adiós, hermana.

Reanudo mi camino mientras ella sigue el suyo, en dirección a la pequeña capillita.

Capítulo 33

El tiempo... Es cierto que el tiempo mitiga el dolor, aunque no el recuerdo. También es igual de cierto que ayuda a aceptar la nueva realidad. Pero lo que no se olvida nunca son esos vínculos que nos unieron emocionalmente al otro. Pasaron los días, y con los días, las semanas, y con las semanas, los meses. Y el frío y lluvioso invierno se llevó la tristeza, el desánimo y la pena, y la floreciente primavera dio paso a la esperanza, la paz y el optimismo; los melancólicos crepúsculos se transformaron en cálidos y sosegados amaneceres. Siempre he disfrutado de la primavera más incluso que del verano, y ahora es cuando empiezo a tener claro qué camino seguir. Atrás ha quedado un aciago y doloroso año y medio del que jamás creí que podría recuperarme. Comienzo a disfrutar abiertamente de las pequeñas cosas, de mis amigos, de la música, de mi vida, y presto atención a los acontecimientos con la certidumbre de que algo bueno me espera. Estamos acabando la temporada y pronto tendremos las tan merecidas vacaciones estivales. Aún no he pensado qué voy a hacer, si me quedaré en Madrid o me iré a la playa con algunos amigos. No tengo ningún compromiso y puedo decidir lo que realmente me apetezca. Quizás estaría bien salir adonde sea y saborear nuevas experiencias; el verano pasado fue horrible y ahora tengo ganas de empezar de nuevo.

Reviso los correos en el ordenador y navego un rato por la red, buscando acontecimientos musicales o culturales en el extranjero a los que asistir. Y entonces aparece ante mis ojos una noticia sobre la gira de Sean por Estados Unidos que me deja pensativa. El artículo habla de lo bueno que es el último disco y anima a asistir a alguno de los pocos conciertos que aún quedan antes de que finalice. Lo describe como «emocionante, íntimo y divertido». Sonrío al saber que las cosas le van bien, creo que se merece lo mejor.

Y una idea maravillosa revive mi alma. ¿Y si comprase una entrada y fuese a verle, por sorpresa? Reviso las fechas en su página web y veo que encajan. Pulso sobre el enlace para comprar entradas en el TD Garden de Boston. ¡Caray!, ¡sí que son caras! Aún quedan unas cuantas y selecciono butaca en una zona donde podré estar cómodamente sentada. Confieso que estoy nerviosa e ilusionada al mismo tiempo, y pienso que, si las cosas

marchan bien, siempre podría quedarme allí unos días. Empiezo a buscar vuelos y hoteles, una ardua tarea dada la cantidad de ofertas que encuentro, ¡es para volverse loca! Creo que lo más apropiado sería elegir uno de ida con la fecha de regreso abierta, así que decido acudir a una agencia de viajes para formalizarlo. Finalmente, todo son facilidades con ellos y hago la reserva de vuelo y hotel para tres noches; luego, Dios dirá. Llegaré a Boston dos días antes del concierto, para hacer algo de turismo.

En todo este tiempo apenas he mantenido contacto con Sean; unos pocos mensajes de texto y nada más. En realidad, poco sé de él, tan solo su cumpleaños y su edad, porque son públicos en internet. Pero él no conoce el mío, ni mi edad... Esta situación me produce mucho respeto. El poco tiempo que hemos estado juntos ha sido muy bonito; el modo de conducirnos con toda cautela me gusta, pero nunca hemos vivido el día a día, no sé lo que le gusta, lo que no, cómo pasa el tiempo libre, su manera de entender la vida, la pareja, sus amigos o su familia, si tiene a alguien allí, si el trabajo es lo primero. No conozco sus rarezas, su forma de vida, sus defectos..., son demasiadas incógnitas, muchos kilómetros de distancia y dos profesiones muy exigentes.

Unas semanas después, hago las maletas y pongo rumbo a lo desconocido. No sé qué me deparará la vida, lo único que tengo claro es que, si no lo intento, nunca lo sabré. Y no quiero quedarme con la incógnita. Dejo el violonchelo en Madrid; no me puedo permitir pagar otro pasaje de avión para llevarlo conmigo y tampoco deseo facturararlo. En todo caso, no tengo previsto estar allí más tiempo del razonable; ni llevo equipaje suficiente ni creo que sea conveniente.

El viaje se me hace un poco pesado. Ocho horas y media interminables en una butaca bastante estrecha y con escasa distancia de separación con la de delante. La dificultad para mover las piernas y cambiar de postura es un fastidio añadido al viaje si no quiero dejarme el sueldo en clase preferente. Al menos he podido elegir un asiento junto al pasillo y puedo levantarme a estirar las piernas con frecuencia, sin molestar a nadie. Siempre me han dado envidia las personas que pueden conciliar el sueño en un avión..., yo no lo consigo, es imposible, ni escuchando música relajante ni con una cómoda almohada de cuello ni llevando ropa comfortable (voy con ropa deportiva), ni siquiera reclinando el asiento lo justo para no molestar a la persona que viaja detrás de mí. Además, la excitación por el momento no me deja tranquila.

Por fin aterrizamos, recojo el equipaje y subo al autobús que me lleva a la estación sur. Una vez allí, un taxi me deja en el hotel, en pleno centro de la

ciudad y a una cómoda distancia que me permitirá ir andando al concierto. De estilo moderno y funcional, pero no por ello poco acogedor, me proporciona todas las comodidades que necesito, que no son muchas. Tiene wifi gratis, lo cual es de agradecer, y una cafetera, ¡genial! En el baño hay champú y gel, además de secador para el cabello. No me hace falta nada más. Son las cuatro de la tarde y estoy cansada, pero en lugar de tumbarme en la cama decido ir a dar una vuelta por los alrededores. Al poco rato me fijo en unas líneas rojas que encuentro por casualidad en el suelo y comienzo a recorrerlas. Me llevan a distintos lugares que entiendo que merecen una visita, y disfruto del paseo con una temperatura muy agradable; veinte grados, ¡igualito que en Madrid!

La tarde es soleada, aunque con algunas nubes dispersas. Por lo que he podido ver, la puesta de sol es en torno a las ocho de la tarde, así pues, tengo tiempo de sobra aún. Me acerco al TD Garden, hay carteles del concierto de Sean..., y me da un vuelco al corazón al ver su imagen. Inspira confianza, fuerza, frescura. Me entra pánico cuando soy consciente de la decisión que he tomado, no puedo controlarlo, y por un momento pienso si debería echarme atrás o seguir con mis planes.

Me encuentro muy sola y con poca energía para soportar lo que pueda venir. La incertidumbre se va apoderando de mí hasta tal punto que doy media vuelta y empiezo a caminar deprisa y sin rumbo, hasta que veo una iglesia. Me acerco y por suerte está abierta. Decido entrar y sentarme en un banco para serenarme y poner mis ideas en orden. Respiro profundamente y me impregno de la paz que allí se palpa. Apenas hay gente, imagino que está cerca la hora de la cena. Mi presentimiento me dice que debo continuar según lo programado; aún tengo un día y medio para ver la ciudad y prepararme para el encuentro. Salgo de la iglesia y me dirijo al hotel, prefiero cenar allí, mejor que en cualquier otro restaurante; además, estoy cansada y quiero acostarme pronto, el cambio horario empieza a afectarme.

Cuando entro en el restaurante del hotel, me doy cuenta de que tengo bastante hambre. Desde que tomé el liviano almuerzo que nos ofrecieron en el avión, no he probado bocado. Así pues, elijo una deliciosa crema de almejas y un sándwich de bogavante, al parecer muy típico de aquí. El resto de los clientes parecen ser hombres de negocios, por su forma de vestir, aunque también hay algunos turistas. Nadie está solo; esta condición me permite observarles con detenimiento e incluso escucharlos.

Además, el acento inglés de Boston me resulta bastante sencillo de entender; es parecido al de Gran Bretaña, con el que estoy más familiarizada.

En otra época de mi vida me hubiese sentido cohibida estando sola, pero en todo este tiempo he aprendido a saborear la capacidad de observación que la soledad me ha proporcionado. Me resulta curiosamente entretenido, y disfruto de la cena como nunca desde hace tiempo. Cuando acabo, subo a la habitación, me lavo los dientes, me desvisto y me meto en la cama. Estoy agotada y dormir con edredón en pleno mes de julio me da verdadero placer.

* * *

—Ethan, ¿todo preparado para Boston? —pregunto, sabiendo de antemano la respuesta.

—Por supuesto. —Me mira con aire de superioridad mientras nos dirigimos al TD Garden para comprobar que todo esté en orden. El día es precioso, soleado y con una temperatura agradable.

—Lo sé —contesto, de buen humor—. ¡Solo quería escucharte!

—Te veo a tope, Sean.

—Claro que sí, ¿por qué no? —Sabe perfectamente por qué me lo pregunta y yo también. Hace tiempo que no hablamos de Olivia. En realidad, no hay mucho más que decir. Apenas hemos tenido contacto desde la última vez que nos vimos en Madrid y la sigo echando de menos como si fuera el primer día que estoy sin ella. Pero me he centrado al cien por cien en la gira, y no debo distraerme con pensamientos que seguro que me llevarían por el camino de la melancolía. Y eso no es bueno; cuando todo acabe dentro de unos pocos días, veré qué hago. Probablemente viaje de nuevo a Madrid, aunque no sé bien con qué pretexto. Si ella no me ha dicho nada es porque todo sigue igual por su parte...

—La promoción del concierto en las redes sociales ha sido un éxito y el regalo del paquete de entradas muy bien recibido, como era de suponer. La difusión del evento ha corrido como la espuma.

—Sí, hoy en día se mueven demasiadas cosas por las redes sociales, ¿no crees?

—Sean, hay que estar donde estén tus fans.

—Por supuesto.

—En un par de horas tenemos que estar en la firma de autógrafos, ¡ponte elegante!

Le observo detenidamente y nos echamos a reír... ¡Como si nunca fuese elegante!

Ethan es un *crack* para animar los eventos, y tiene una sensibilidad especial para detectar mi estado de ánimo en cada momento con solo mirarme. Hubiera sido un buen psicólogo.

—Mañana por la mañana descansa la voz, el concierto es pronto, a las siete y media de la tarde —me aconseja.

Estar rodeado de tus fans, firmar autógrafos, camisetas, pósteres... da mucha energía, pero con lo que más disfruto es con la expresión de sus rostros el día del concierto, totalmente encendidos e iluminados por la emoción. En esos momentos experimento tanta fuerza y una conexión tan increíble que no puedo evitar contagiarles: es pura pasión y sentimiento lo que traspasa las letras de mis canciones y las propias partituras. Pero, sobre todo y ante todo, conservo la humildad y los pies en el suelo. Al fin y al cabo, con tu música compartes parte de ti mismo, de tu alma, de lo que eres, con absoluta sinceridad.

Cuando termino de firmar, me siento agradecido por la inmensa suerte que he tenido a lo largo de mi camino. Los comienzos no fueron nada fáciles. Hasta que, por fin, me dieron la oportunidad de sacar mi primer disco, pensé muchas veces en dejarlo todo, pues no podía financiar mi carrera ni con mi dinero ni con el que me prestaban. Y cuando se presenta la ocasión de grabar tienes que continuar con los ojos cerrados y coger el tren, porque, una vez que ha pasado, quizás no vuelva otro.

A la mañana siguiente aprovecho para hacer ejercicio y caminar con ropa informal por las calles de Boston. Al principio no me reconocen, hasta que un grupo de fans me asalta y me pide autógrafos. Con la más amplia de mis sonrisas disfruto con su ilusión y doy rienda suelta a sus peticiones. ¡Reconozco que me encanta!

En un momento, una algarabía de gente se concentra a mi alrededor. Mientras firmo y charlo con ellos me parece ver a Olivia paseando al otro lado de la acera, ajena al ruido de semejante alboroto. ¿Es posible que sea ella? No, no puede ser... Intento fijarme más, pero está de espaldas. Mi subconsciente me está jugando una mala pasada, sin duda. Enseguida gira tras la esquina de un edificio y sale de mi campo de visión. Me quedo fascinado. Es absurdo, sin duda todo es producto de mi imaginación y del deseo de tenerla a mi lado. La añoro demasiado, la necesito, solo pienso en ella y nada

más que en ella, sencillamente, Olivia..., ¡ella lo es todo! Inmediatamente regreso a la realidad y continúo hablando con mis fans.

* * *

Paseando por las calles de Boston, encuentro por casualidad un local de un lutier¹¹ y entro. Me encanta admirar las verdaderas obras de arte que construyen con sus propias manos y que hacen realidad los sueños de todo músico profesional. Los considero unos verdaderos artesanos del alma. Es realmente fascinante ver con qué pasión fabrican un violín, desde que eligen la madera más adecuada hasta que le dan el acabado de barniz. Todo el trabajo y el esfuerzo que se requieren, que no es poco, lo compensa la satisfacción de escuchar el maravilloso sonido que se desprende de su creación una vez finalizada; se puede ver en sus rostros. Pruebo un violonchelo que me llama la atención y me quedo maravillada con su sonido. Hummm..., ¡cuánto echo de menos tocar! Desgraciadamente, mi bolsillo no puede pagarlo. Después de charlar animadamente con el lutier, me despido, con mucho gusto.

Al salir de la tienda observo un tumulto de gente emocionada en la otra acera, a unos pocos metros de distancia. Me pregunto qué estará pasando, pero al ver que no es nada de lo que preocuparse, doy media vuelta y continúo mi paseo matutino en dirección al puerto deportivo, mientras disfruto de las sorprendentes vistas de los rascacielos que conforman el *skyline* de Boston. Mi idea es almorzar pronto y dormir un poco de siesta. En dos días escasos no da tiempo a ver esta ciudad que tanta historia encierra, aunque sea reciente, pero al menos estoy contenta porque he respirado su ambiente y disfrutado de rincones con verdadero encanto, desde lo más antiguo a lo más moderno.

Ya en el hotel, preparo la ropa que me pondré para ir al concierto. ¿Se viste mucho en estos eventos? No lo sé, pero no voy a pensarlo ahora... Me meto en la cama, cierro los ojos y procuro descansar, contenta porque finalmente no estoy arrepentida de la decisión que he tomado. Solo Dios sabe qué puede salir de todo esto.

Pongo el despertador dos horas antes del evento y sueño con un día soleado, un campo lleno de cereales por el que camino mientras siento la tierna caricia de las espigas en las palmas de las manos. Avanzo con rumbo fijo, serena y sin ataduras, mientras el sol calienta mi piel.

Capítulo 34

Suena la alarma del teléfono, ¡he dormido plácidamente! Me levanto y preparo un café en la cafetera que el hotel ha tenido el detalle de poner en las habitaciones. El delicioso aroma inunda la habitación y despierta mis sentidos.

Me pongo unos tejanos ajustados de color azul claro con un top blanco con manga tres cuartos y escote en uve. Lo acompaño con un *blazer* azul oscuro y zapatos de salón negros, de punta y con un tacón intermedio, tan solo seis centímetros, lo justo para estilizar mi figura y no terminar la noche aquejada de un tremendo dolor de pies. Me maquillo de forma natural. No me gusta parecer lo que no soy, solamente busco tener buena cara, por eso suelo utilizar bases de maquillaje fluidas y con poca cobertura. Añado un poco de rubor en las mejillas, mucha máscara de pestañas y una barra de labios con un suave matiz rosado. Por último, me pongo mi perfume favorito ¡y ya estoy preparada!

Salgo del hotel y me dirijo a pie al TD Garden. Conforme avanzo, empiezo a ver bastante gente apelotonada alrededor de la entrada. Confieso que estoy bastante nerviosa..., espero relajarme en el concierto. Tras unos cuantos minutos, por fin consigo acceder. Localizo mi butaca y me siento, ansiosa, a esperar. El escenario está dispuesto de una forma muy parecida al de Madrid, aunque con una notable diferencia: donde había atriles para orquesta de cámara, hay ahora un plató preparado *ex profeso* para la *big band*: trompetas, trombones, saxofones y clarinetes. Y a su lado han colocado el piano, el bajo, la guitarra, el contrabajo y la batería. En esta ocasión no hay escaleras que bajen al escenario, por lo que entiendo que Sean accederá a él desde otro sitio. Poco a poco se van llenando las butacas, diviso a muchas mujeres, aunque también hay público masculino, ¿las acompañan o realmente van por puro placer?

He elegido una buena butaca: me encuentro lo suficientemente cerca, pero a una distancia prudente de los músicos; podré observarle con total libertad y complementemente desapercibida, porque los focos que le alumbran no van a permitirle ver al público con facilidad.

Pasan los minutos y los músicos comienzan a entrar en el escenario, el público aplaude y grita de emoción. No hay nada comparable a escuchar un concierto en directo, ver a tu cantante favorito moverse por el escenario, sentir la energía que transmite, y todo ello alentado por un increíble juego de luces y sonido. Suena la música y Sean aparece muy sonriente y saludando con entusiasmo. Me gusta ver cómo disfruta y creo sinceramente que es un gran profesional en lo suyo; además de cantar fenomenal, ¡es todo un *showman*! Lleva el mismo conjunto que en Madrid; imagino que será su seña de identidad: pantalón azul oscuro de corte clásico y una camisa blanca desabotonada por el cuello, lisa y sin corbata, para dar un toque más informal.

Comienza el primer tema, que por cierto me encanta desde el punto de vista musical, pero ahora disfruto mucho más con su capacidad para comunicar emociones y llegar al público con gran sensibilidad. Sabe cómo hacerlo y lo borda: sus gestos, sus sensuales movimientos, su expresividad, todo desborda dinamismo. Mientras le observo, no hago más que especular en lo que podría suceder a partir de este momento; esta es mi última noche en el hotel y aún ignoro lo que va a ser de mí. Tengo confianza en sus palabras... «Te esperaré...», dijo, pero ¿lo habrá hecho?, ¿no estará con alguien después de todo este tiempo? Sería lo más normal... Sé de buena tinta que vive rodeado de hermosas mujeres que darían lo que fuese por pasar tan solo una noche con él, y eso me da que pensar. ¿Estaré haciendo lo correcto? Empiezo a sentir pavor. De todas formas, me digo, si no lo averiguo, no lo sabré, y si no lo sé, no podré vivir tranquila pensando que no lo intenté.

Acaba de presentar a sus músicos, bromea, charla, disfruta..., es increíble. Lo estoy pasando fenomenal, saboreando cada momento como si fuera único e irrepetible.

De vez en cuando escucho comentarios un tanto eróticos de las mujeres que hay a mi alrededor y me sonrojo por momentos. Mejor no transcribirlos... Eso sí, canturrean con cierta desafinación sus canciones. Si ellas supieran... En este preciso instante, Sean nos regala un tema lento que acompaña exclusivamente con unos pequeños acordes al piano. No lo conozco, pero soy consciente del espectacular chorro de voz que tiene y de lo excelente que es el pianista que le acompaña. Cuando acaba, los fans irrumpen en elogios y aplausos mientras corean su nombre, y yo me siento orgullosa y contenta por él.

Después de casi dos horas, el concierto finaliza con la algarabía de todo el público allí concentrado. Nos hemos puesto en pie y aplaudimos mientras

Sean se despide, completamente emocionado. Me impresiona verle así y me conmueve ver a tanta gente aclamándole. Cuando sale del escenario, empezamos la ardua tarea de intentar salir del recinto en el menor tiempo posible, y lo hacemos de forma gradual, como buenamente podemos. No conozco la salida trasera, por lo que decido quedarme en la entrada, un poco apartada, y observar lo que allí acontece. Poco a poco, los grupos se van disolviendo, aunque unas cuantas personas se resisten a marcharse, probablemente con la ilusión de verle salir, pedirle un autógrafo o hacerse una foto con él. Yo también aguardo ilusionada que aparezca por esa puerta. Si no logro verle, no me quedará más remedio que llamarle y estropear la sorpresa.

De repente, algo bonito e inesperado sucede; Ethan sale y mira a diestro y siniestro, supongo que para comprobar si la salida es segura. Y detiene su mirada en mí. Su cara de sorpresa lo dice todo. Le saludo con una amplia sonrisa que él no tarda en devolverme. Su teléfono suena y contesta con premura, sin apartar la vista de mí, mientras me hace un gesto para que me acerque. Le hago muecas para que no desvele mi identidad, si es con Sean con quien está hablando; cuelga rápidamente y me saluda.

—¡Olivia!, ¡qué sorpresa!, ¿has estado en el concierto?

—Sí —contesto con ilusión—. ¡Y me ha encantado!

—Me alegro. Estás esperando a Sean, ¿verdad?

—Sí, claro. No sé por dónde va a salir. ¿Me puedes ayudar?

—Por supuesto, en un par de minutos lo tienes aquí.

—Por favor, no le digas nada. Es una sorpresa.

—Entiendo, ¡no te preocupes!

Ethan desaparece en el interior del recinto. El corazón me late a mil por hora y mi nerviosismo crece por momentos. Ha llegado la hora de la verdad, ¿cómo se lo tomará?, ¿qué pasará de aquí en adelante? Me alejo un poco para situarme detrás de unos fans que siguen esperando a su ídolo. Y entonces lo veo salir por la puerta, ignorando completamente mi presencia. Saluda con entusiasmo y se deja fotografiar sin ningún reparo. ¡Qué guapo está y qué bien se maneja con las personas! Le observo detenidamente, esperando a que levante el rostro y me vea, pero sigue atento a sus admiradores. Espontáneamente sucede lo que tanto estaba esperando. Su cara de *shock* lo dice todo, su mirada y la mía se funden en una sola, la nuestra, y le sonrío. Guardo en mi memoria la emoción que nos cautiva.

Sean se acerca a mí y me abraza con fuerza, muy intensamente. Los dos permanecemos unidos, muy cariñosos, y estrechamos los brazos en la cintura

del otro. Mi pecho se une al suyo, nuestras frentes se juntan y nuestras mejillas se rozan con ternura. Mis ojos derraman unas pocas lágrimas de emoción y Sean me habla en susurros.

—Olivia, mi amor, tú aquí, ¡no me lo puedo creer!, ¡no vuelvas a separarte de mí jamás! Te amo, te amo, te amo..., no sabes cuánto te he echado de menos, cuantas veces he suspirado por este momento... hasta dolerme.

Se separa un instante mientras sujeta mi rostro con sus dos manos y me mira profundamente. Sus ojos lo dicen todo. Cuando un hombre está verdaderamente enamorado, su mirada es pura, brillante, chispeante, y se nota porque te come con ella. Así es como Sean me mira.

—¡Sorpresa! —contesto.

No sé qué más decir, me siento en una nube de la que soy incapaz de salir. Me doy cuenta de que algunos fans nos miran atónitos, sin comprender, incluso alguno nos fotografía... Sean se percata de la situación al advertir en mis ojos que algo no va bien. Me suelta, se da media vuelta y se dirige a sus fans.

—Muchísimas gracias por haber venido al concierto. Estoy realmente emocionado, ha salido fantástico y he disfrutado. Ahora es hora de retirarme. Espero que lo entendáis.

Les saluda con la mano, me coge con fuerza con la otra y nos adentramos en el coche que nos está esperando.

—Así pues, ¿eras tú?

—¿Perdón?

—Te vi paseando esta mañana..., dudé si eras tú, estabas de espaldas. Pensé que era mi subconsciente, que me engañaba. —Alzo las cejas sin comprender...—. ¡No pasa nada!, ¿has estado en el concierto?

—Sí, por supuesto, no me lo perdería por nada del mundo.

—¿Y has pagado la entrada? —pregunta con enfado.

—Bueno, sí, la pagué hace tiempo, ¿hay algún problema?

—No tenías que haberlo hecho.

—¡Oh, Sean!, ¡por el amor de Dios!, si no lo hubiera hecho, se habría estropeado la sorpresa, ¿no es así?

—Pero podías haber contactado con Ethan.

—¿Cómo? No tengo su número. Pero es igual, tú también has pagado para ver los míos, ¿no? —Sonrío abiertamente.

Sean no para de mirarme, sigue sin creer lo que ve... Ladea su rostro hacia el mío, se acerca despacio y nuestros labios se juntan en un apasionado

beso que recibo abiertamente. Y me sorprende rodeándole el cuello con mis manos mientras las suyas me abrazan con firmeza.

—Me alegro mucho de estar aquí contigo, Sean. No las tenía todas conmigo. No hemos tenido contacto últimamente y no sabía si..., bueno, si...

—¿Si te había olvidado?

—Eso... eso es, o si estarías con otra mujer —contesto bajando la mirada. Él sostiene mi barbilla y la levanta.

—¡Mírame, Olivia, y recuerda esta mirada! No te he dejado de lado, ¿cómo puedes pensarlo? Cada día que ha pasado ha sido uno menos para volver a verte; planeaba otro viaje a Madrid en cuanto mis obligaciones profesionales me lo permitiesen. Te dije que te esperaría y así es, aún sigo esperando... con ciertas expectativas. ¿Estás convencida de lo que haces?

—Si no fuera así, no estaría aquí.

Él sonríe con la mirada.

—Vamos a la fiesta, con los músicos. Quiero que te sientes a mi lado, ¿podrás hacerlo?

Le observo detenidamente. Si estoy aquí es porque sé lo que hago, porque estoy segura de dar este paso que me está pidiendo que dé. Pero no respondo. Y no por falta de confianza en él, es mi timidez la que me planta barreras que sé a ciencia cierta que debo superar.

—¿Lo harás? —insiste, interrumpiendo mis pensamientos.

—Lo haré —respondo, no sé si categóricamente, pero lo hago. Y él me abraza, esta vez con ternura.

—¿Dónde te alojas?

—En un hotel al lado del TD Garden.

—Esta noche estarás conmigo —afirma con autoridad.

—Si me lo permites, esta noche la pasaré en la habitación de mi hotel, con mis cosas —contesto retándole—, y mañana será otro día, ¿de acuerdo?

Sé que no lo está, pero me mantengo firme en mi decisión. Así lo tenía pensado y así lo haré.

—De acuerdo, Olivia. Tú ganas. Pero me gustaría que estuvieras a mi lado hasta que acabe la gira. ¿Cuánto tiempo has pensado quedarte?

—Tengo pagado el hotel hasta mañana por la mañana, y mi billete de avión de regreso está abierto... —afirmo, y al ver la sorpresa en sus ojos continuo—: He venido un poco a la aventura, más bien a encontrar respuestas —confieso.

El coche se detiene y dejamos la conversación en un punto y aparte, que no en un punto final. Salimos, Ethan nos está esperando, y entramos en el hotel.

No he prestado atención al trayecto y no sé dónde me encuentro, pero intuyo que estaremos en algún lugar en las afueras de Boston, o al menos algo alejados del casco urbano. Nos dirigimos directamente a la sala donde ya están los músicos, que aplauden cuando Sean hace acto de presencia. Yo me quedo un par de metros detrás de él, discretamente, pero enseguida me coge de la mano y me pone a la vista de todos.

—Os presento a Olivia. Ha venido desde muy lejos a verme y nos acompañará en la parte final de la gira —me mira fijamente y sonrío para que coja confianza—, es una excelente violonchelista.

Todos me dan la bienvenida animosamente, se les ve contentos, no sé si porque el concierto ha sido un éxito o por la copita de más que deben llevar. Permanecen sentados alrededor de una mesa larga y en la cabecera hay sitio para dos..., para Sean y para mí. Por suerte, Ethan se sienta a mi lado. Apenas he hablado con él, pero desde el principio me dio buenas vibraciones, y creo que el sentimiento es mutuo. En este momento, todo es vitalidad y alegría; no he contado cuántas personas hay allí, pero al menos seremos veinte. Algunos son mayores, otros más jóvenes, pero todos comparten el mismo gremio y un mismo fin: la música.

Una vez que estamos sentados, la comida empieza a llegar a las mesas. Es un poco extraña para mí, pero está rica: minisándwiches de langosta; chupitos de crema de almejas; minisándwiches de ternera, pimiento verde y queso; pastelitos de cangrejo; langosta a la parrilla; calamares rebozados; mejillones al vapor..., en abundante cantidad y regada con cervezas exquisitas y un delicioso vino blanco afrutado y algo espumoso. Aunque tengo bastante hambre, soy incapaz de probarlo todo. Observo a unos y a otros, afortunadamente ellos apenas reparan en mí. Sean no para de hablarles, se levanta, vuelve a sentarse y apenas charlamos. Le veo sorprendentemente dicharachero y, sin embargo, confieso que ignoro si este es su estado natural. Confirmando lo que ya sabía: no nos conocemos lo más mínimo, y todo lo que acontece es un aprendizaje para mí.

—¿Cuánto tiempo llevas en Boston? —Ethan interrumpe mis pensamientos. Creo que se ha percatado de lo incómodo de mi situación entre tanta gente desconocida.

Además, el idioma me cuesta; sigo perfectamente la conversación cuando somos pocas personas, pero aquí hay demasiado jaleo y muchos acentos

distintos que no identifico y que no acierto bien a entender. La tensión, la inseguridad y la algarabía empiezan a darme dolor de cabeza.

—En realidad, este es mi tercer día. Vine un poco antes para conocer la ciudad y acostumbrarme al cambio —comento mientras le examino fijamente. Él también lo hace, y dirige su mirada a Sean.

—Está disfrutando muy especialmente esta cena.

—¿En serio? —le pregunto mientras observo a Sean.

—Sí. Tiene chispa. Antes no la tenía —responde, mirándome de tal forma que me cohíbe y me obliga a bajar la mirada hacia mi plato, que sigue lleno de comida.

—Ethan, en realidad no sé si este es su estado natural o no. Apenas nos conocemos —confieso. Sean continúa charlando animadamente a dos metros de nosotros—. Empiezo a tener dudas de todo... —Y nada más decirlo, me arrepiento de haberlo hecho.

—Tenéis un punto en común, ¿no? Él ha ido a Madrid por algo y tú has venido aquí por lo mismo. A partir de ahora, deberéis comenzar a construir vuestra historia entre los dos, y solo el tiempo os dirá si encajáis o no.

Las palabras de Ethan me dejan pensativa, y las medito un momento.

—Sí. Solo Dios lo sabe —zanjo al fin la conversación. Me siento bastante incómoda—. ¿Sabes dónde puedo encontrar los servicios?

—Por supuesto. Saliendo del salón, a mano derecha.

—Muchas gracias, Ethan.

Me levanto y me encamino hacia allí. Miro a la derecha y reconozco el símbolo de los servicios. Cuando entro, me miro en el espejo. ¿A qué estás jugando, Olivia?, ¿realmente quieres esto? Mi subconsciente me habla apelando a mi tranquila vida en Madrid. Y empiezo a sentir un hormigueo por todo el cuerpo que se transforma en mareo, mi respiración se vuelve superficial y me entran sudores fríos... Abro el grifo y me echo agua en la nuca y en la frente, bebo unos pequeños sorbos y miro de nuevo al espejo.

No me gusta lo que veo..., esa mirada de pánico. Abandono apresuradamente el baño sin saber hacia dónde me dirijo. De repente me encuentro en el vestíbulo del hotel. Salgo a la calle, necesito respirar aire fresco, que aspiro a bocanadas mientras me apoyo en la pared y miro al cielo. No sé el tiempo que he permanecido así cuando veo salir a Sean del hotel, bastante alarmado, buscándome desesperadamente.

—¡Olivia! —exclama desalentado—. ¡Por fin te encuentro! —Se acerca a mí y me rodea con sus brazos—. ¡Estás helada!

Se quita la chaqueta y la coloca sobre mis hombros. Soy incapaz de articular palabra. Hasta este momento no había sido consciente de que me encontraba en la calle, sin el *blazer*, únicamente con el top de manga corta; la temperatura en estos momentos no debe de superar los quince grados.

—Vamos, Olivia, hace fresco. Entra en el hotel.

Sean me conduce hasta el vestíbulo, nos detenemos frente a unos sofás y nos sentamos.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta verdaderamente alarmado.

—Nada, Sean, me he sentido acalorada y he salido a tomar un poco de aire fresco. —Miento muy mal, lo sé, y lo veo en su mirada.

—¿Necesitas tranquilidad?

—Sí —respondo con total franqueza.

—¿Te llevo al hotel?

—Sí, por favor.

—Bien, quédate aquí, voy a avisar al chófer y vuelvo enseguida. ¡No te muevas!

Y se va caminando rápidamente mientras llama a alguien por teléfono. En apenas unos minutos regresa con mi *blazer* y mi bolso.

—Vamos, el coche nos está esperando.

Llegamos en unos minutos. Salimos del coche y nos adentramos con rapidez en el hotel. Sean me lleva de la mano, que me agarra con fuerza, y a gran velocidad.

—Es en el tercer piso —apunto. Aprieta el botón de llamada del ascensor, que no tarda en llegar. Cuando salimos al pasillo, me adelanto hasta llegar a mi habitación. Saco la tarjeta del bolso y abro. Me vuelvo hacia Sean y le miro con franqueza.

—Muchas gracias, Sean, por todo. Ahora necesito estar sola. —Evito que entre. Noto su contrariedad, no sabe muy bien si hacerme caso o no—. Mañana nos vemos.

—Bien, Olivia. Mañana te llamo. —Tarda unos segundos en contestar.

—De acuerdo. Buenas noches.

Le doy un beso en la mejilla, entro y cierro la puerta. Apoyo en ella la espalda, muy desanimada. Creo que he tenido demasiadas emociones por hoy, necesito descansar. Me desvisto, me desmaquillo y me meto en la cama.

Capítulo 35

Estoy parado como un verdadero estúpido, delante de una puerta cerrada, sin saber muy bien qué hacer. Lo que prometía ser un encuentro emocionante se ha desvanecido, me he quedado solo y desamparado. ¡Qué difícil está siendo todo!, es un constante tira y afloja..., un momento de felicidad, otro de desesperación. Apoyo mi mano sobre la puerta y miro al suelo. Me detengo a pensar por unos instantes, sin llegar a ninguna conclusión, y me voy.

Cuando llego al hotel aún queda gente celebrando la fiesta. Entro en el salón, les doy las gracias por el increíble concierto y me retiro. Ethan sale conmigo, me estaba esperando.

—Esto no va a salir bien, Sean. No está hecha para esta vida. Me cae fenomenal y creo que es una bellísima persona..., pero esto la supera.

—Puede que tengas razón, pero no voy a parar hasta que se decida, por mí o por su vida en Madrid.

Nos quedamos callados mientras el ascensor nos lleva a la planta séptima, donde está mi habitación.

—No conviene que esto te distraiga de la gira —continúa Ethan—. Deberías estar pletórico y, mírate, estás abatido.

Me limito a callar. No es un buen momento para comenzar una discusión.

—Mañana a media mañana salimos para Portland, ¿crees que vendrá con nosotros? —me pregunta.

—No lo sé, Ethan, no lo sé —contesto mientras abro la puerta de la habitación y comienzo a quitarme la ropa. Tengo ganas de ponerme cómodo.

Él se acerca a la terraza y mira al exterior a través de los cristales. Con una mano se echa el cabello hacia atrás y permanece callado. Cojo un botellín de *whisky* del minibar y lo sirvo en un vaso de cristal. Necesito una copa.

—En mi opinión le ha entrado pánico, Sean, pánico de ver que tu vida no encaja con la suya. Y aunque es loable el esfuerzo que ha hecho por venir, sinceramente no creo que continúe más tiempo aquí.

—¿Sabes?, cuando la vi al salir del concierto me pareció que al fin había puesto muchas ilusiones en nosotros. Este encuentro ha sido lo mejor que me ha sucedido en muchísimo tiempo. Creía haber perdido la esperanza, y de

pronto ahí estaba: quieta, sonriente, vestida tan elegante y sin quitarme ojo. He vivido un momento de felicidad único. Verla a mi lado en el coche y durante la cena es todo lo que puedo desear, todo por lo que he soñado.

—Estás realmente enamorado de esa mujer, ¿verdad?

—Es algo muy intenso y muy fuerte, sí, desde el primer momento que la vi.

—Sin embargo, ¿qué lugar ocupas tú en su corazón?, ¿acaso lo sabes?, ¿se lo has preguntado?

—Ethan, ahora mismo hay demasiados interrogantes que no tienen respuesta. Por favor, no me acoses. Necesito calma para pensar —respondo mientras doy un sorbo al líquido ámbar que recorre mi garganta y me tranquiliza.

—De acuerdo. Solo quiero asegurarme de que estás bien. Si quieres, te dejo solo. Mañana debes estar preparado a las once de la mañana para salir a Portland.

—Gracias, Ethan. Eres la voz de mi conciencia.

—Hasta mañana —se despide sonriendo.

Apago la luz y me acerco a la terraza para pensar en todo lo sucedido. Esto no está siendo fácil, pero tengo que conseguir que Olivia se sienta cómoda e integrada. Creo sinceramente que nos debemos una oportunidad. Probablemente mañana se despierte viendo las cosas de otra forma, o al menos en eso confío y espero. Cojo el teléfono y empiezo a leer los múltiples mensajes de felicitación por el concierto; ha sido fantástico. Y veo uno de ella que abro con agitación.

Olivia (23:40)

Perdóname. Siento mucho mi comportamiento. No lo mereces.

¿Qué plan hay para mañana?

Sonríó con entusiasmo, ¡ojalá lo hubiese visto antes! Me hubiera llenado de optimismo. Ignoro si estará conectada ahora mismo..., aparentemente, no.

Sean (23:58)

¿Confías en mí?, ¿conoces Portland, Maine?, ¿me harías el honor de acompañarme? Mañana te recojo en tu hotel a las 10.30, ¿de acuerdo?

Suelto el teléfono. Si no me contesta a primera hora de la mañana, la llamaré. Mientras tanto, un plan va tomando forma en mi mente. Debo conseguir que Olivia se integre y vea mi mundo con más normalidad. Creo que ese debe ser el camino, y escribo a Ethan con la idea, para que la vaya preparando, por si Olivia se decide a venir.

Me acuesto con ilusión ante un nuevo camino que se abre; lo que empezó maravillosamente y continuó de forma confusa, termina con optimismo. Estoy completamente enamorado, loco de amor, tanto que duele, y duele mucho, demasiado, cuando ella sufre. Y es pleno cuando es feliz a mi lado. Jamás he llegado a sentir una conexión tal junto a otra mujer, nunca he deseado vivir el resto de mi vida con alguien que no sea Olivia, tampoco he imaginado formar una familia con nadie más que con ella..., ¿formar una familia?

* * *

La alarma del teléfono me despierta, tengo la sensación de haber descansado durante toda una eternidad. La apago y me desperezo... Ha amanecido hace un buen rato y la claridad ilumina la habitación. Me levanto y enciendo la cafetera mientras voy al baño. A continuación, me sirvo el café con un poco de leche que compré en un supermercado y que guardo en el minibar. Son las nueve y cuarto y me dispongo a tomar una relajante ducha, pero antes reviso el teléfono. ¡Ohhh, veo el mensaje de Sean! Tengo poco más de una hora para prepararme y hacer la salida, le contesto enseguida.

Olivia (09:17)

Me encantaría acompañarte. Te espero en la recepción a las 10.30.

Me doy una ducha rápida y a continuación empiezo a hacer la maleta. En realidad, no tardo mucho; me he traído pocas prendas y aún menos enseres. En algo más de media hora está todo empaquetado y yo arreglada. Me dirijo a la recepción del hotel y entrego la tarjeta-llave. Como tenía todo pagado y no he hecho uso del minibar, termino rápidamente. En ese preciso momento me doy cuenta de que estoy hambrienta..., vaya, no había pensado en ello. Me quedan

diez minutos escasos para que llegue Sean, por lo que decido esperar en el vestíbulo, ya desayunaré en otro momento. Me siento en un sofá y hojeo una revista que reposa sobre una mesita sin prestarle demasiada atención, y de pronto la voz de Sean me sorprende.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —contesto con alegría.

Y me levanto para darle un beso en la mejilla. Me acerco a él, que ágilmente ladea su rostro y me da un beso muy tierno y sensual en los labios mientras me agarra de la cintura y me acerca a su cuerpo. Me pilla totalmente por sorpresa y respondo sin saber muy bien cómo. El beso dura apenas unos segundos que me parecen una eternidad y me siento en las nubes.

—No sabes lo que me alegra verte tan bien y que vengas conmigo. Te prometo que no te vas a arrepentir.

—No prometas algo que no sabes si podrás cumplir —puntualizo.

—Al menos haré todo lo posible para que así sea —responde, y sonrío ampliamente—. ¿Está todo en orden?

—Sí, solo que no me ha dado tiempo a desayunar.

—Vaya..., eso tiene fácil arreglo, pero no debemos perder el tiempo, vamos justos.

Me agarra de la mano y tira de mí hacia el exterior del hotel. A pocos metros hay una cafetería típica de la zona y entramos. Huele maravillosamente bien a pan recién horneado y a bollería casera. Me preparan un café expreso y elijo un *muffin* de chocolate y crema, todo para llevar.

Sean me invita, y en el momento de pagar algunas personas de la cafetería le reconocen. En apenas unos instantes, un remolino de gente se agolpa en torno suyo, le piden autógrafos y se fotografían con él... Yo sigo a su lado y me separo discretamente. Me mira, contento, y sonrío mientras nuestras miradas se entrelazan y lo dicen todo. Me coge de la mano unos segundos, la aprieta en señal de confianza y luego me suelta, y charla con los allí presentes mientras yo aprovecho, me siento en una silla, un poco alejada, y disfruto del *muffin*, que, por cierto, está delicioso. Lo acompaño con el café y, mientras lo acabo, Sean se despide de sus fans con mucha paciencia. Se dirige a mí, vuelve a agarrar mi mano y salimos juntos en dirección al hotel, bajo la mirada escrutadora de los viandantes, que también le han reconocido.

Al contrario que en la noche anterior, me siento segura y protegida a su lado, y contenta de estar con él. El coche nos espera y subimos enseguida. El chófer se encarga de guardar mi maleta en el maletero y partimos rumbo a

Portland. Nuestras miradas vuelven a enredarse, nos besamos con pasión y nos fundimos en un apasionado abrazo. Cuando nos separamos, no existen palabras que decir ni reproches que escuchar, me siento feliz y apoyo mi rostro en su pecho. En ese preciso instante levanto los ojos y me fijo en él; es realmente guapo... y apenas he sido consciente en todo este tiempo. Su semblante es relajado y su mirada refleja ilusión y confianza.

Permanecemos abrazados durante todo el trayecto que nos lleva a un nuevo comienzo, hacia lo desconocido, con confianza, pero sin pausa. Tardamos poco en llegar a Portland-Maine, al hotel que ha reservado Sean.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —pregunto con interés mientras salimos del coche.

—Tres noches. El concierto es pasado mañana.

Entramos en un hotel de cinco estrellas... El majestuoso vestíbulo, decorado en estilo antiguo, pero renovado, alberga preciosos muebles en maderas nobles que le confieren un aire elegante y sofisticado. Fusiona de forma original el estilo clásico con tonos crema y mezcla muy hábilmente la madera con el cristal y la forja. El resultado es muy acogedor y especial. Me encuentro totalmente fuera de lugar; en mi vida he estado en un sitio tan distinguido.

—Sean, quiero una habitación individual para mí, que, por supuesto, pagaré yo.

Él alza las cejas y sonríe.

—Olivia, ¿estás de broma? Has venido aquí por mí y ni siquiera te puedo dar a elegir otro lugar distinto donde alojarte. Me gustaría que aceptaras que todo corra de mi parte, ya que esta situación es totalmente extraordinaria y debe tratarse como tal. No aceptaré un no por respuesta.

—Pero, Sean, no quiero ser una carga para ti, estas son mis vacaciones y puedo pagarlas.

—Shhh —y me tapa la boca con sus dedos al mismo tiempo que me hechiza con su mirada—, no insistas, por favor.

Acepto; no merece la pena malgastar energías en discusiones que no van a ir a ninguna parte. Entregamos toda la documentación en la recepción y Sean se encarga de pedir una habitación individual. Mientras tanto, observo lo que hay a mi alrededor; la recepcionista, muy guapa y servicial, obviamente ha reconocido a Sean y le sonríe con verdadera admiración. ¡Ay, Dios mío!, me doy cuenta de la atracción que despierta entre las mujeres. Su uniforme es tan

pulcro como sus maneras y su forma de conducirse. No se ve ni una mota de polvo en el mostrador, perfectamente encerado.

Echo una ojeada y me fijo en el tipo de personas que entran y salen, por lo general elegantes no solo en el vestir, sino también en la gracia y nobleza con la que caminan. Algunos señores están sentados en lo que parecen cómodos y estilosos sofás que van a juego con el entorno, mientras leen revistas o periódicos. Los botones van de un lado a otro llevando maletas, ataviados con sus uniformes. Todos llevan un perfecto corte de cabello, y hay frondosos y delicados ramos de flores naturales de distintas tonalidades pastel a juego con la decoración, colocados en diversos jarrones, que confieren un olor especial que me encanta y tranquiliza mis sentidos: lirios en colores anaranjados y amarillos, hortensias, petunias y claveles en tonos lila, y centros de plantas distribuidos estratégicamente. Resulta sencillo disfrutar de los olores, las texturas y los colores maravillosamente combinados.

—Olivia..., Olivia..., ¡Olivia! —Sean interrumpe mis pensamientos—. Ya está todo arreglado. Vamos al ascensor.

—¡Ohhh!, perfecto —es lo único que me atrevo a decir. El botones coge mi equipaje—. ¿Y el tuyo? —pregunto, señalando mi maleta.

—Lo trae Ethan, no te preocupes. Entretanto, te acompaño a tu habitación.

Entramos en un elegante ascensor que huele a las mil maravillas. Se detiene con extrema suavidad en el tercer piso. Enseguida llegamos a mi habitación, que Sean abre con la tarjeta-llave. ¡Hummm!, ¡qué aroma tan especial!, huele a flores silvestres. La habitación está decorada con el mismo estilo sofisticado de la recepción. En su interior diviso la cama de matrimonio y una mesita de noche de madera con una elegante lámpara. Enfrente hay un escritorio con un amplio espejo en la pared y un jarrón con las flores silvestres. A continuación, una refinada mesa de madera sostiene un enorme televisor, y al otro lado veo un butacón con reposapiés que da acceso a un gran ventanal con dos caídas de cortina sobre un riel. La decoración en su conjunto transmite optimismo; curioso, ¿no es cierto? Creo que nunca he estado en un sitio como este. Entro en el cuarto de baño... ¡Ohhh!, ¡qué majestuoso es y cuánta luz tiene! Las superficies son de mármol con ribetes gris claro sobre fondo blanco. Hay amplios espejos y dos zonas totalmente aisladas para la ducha, acristalada y separada del resto de las piezas que lo componen.

Las mullidas toallas están suavemente apoyadas en sus correspondientes toalleros, con detalles de flores secas sobre ellas.

—¡Olivia! —llama mi atención Sean mientras le da una propina al botones, que sale de la habitación.

—Sí..., perdona, me he quedado sin palabras..., la habitación es increíble.

Él sonríe.

—Por supuesto, no te mereces menos.

Le miro aturdida.

—Sabes que no es así.

Salgo del cuarto de baño y me dirijo al balcón. Entra un sol maravilloso que acaricia mi rostro. Respiro hondo y cierro los ojos, y atiendo a los sonidos de la calle..., pájaros, el rugir de los coches, una suave brisa que mece, el dulce vibrar de las ramas y las hojas de los árboles que hay cerca, el ladrido de un perro..., ¡me encanta! Disfruto de estas pequeñeces como nunca cuando de repente siento el abrazo de Sean sobre mi espalda, que me hace abrir los ojos y estremecerme. Sus brazos me rodean y sus manos me sujetan firmemente la cintura. Siento sus tiernos y diminutos besos sobre mi cuello y mi respiración empieza a acelerarse conforme avanza con sus caricias. Mis manos se detienen sobre las suyas, cierro los ojos nuevamente y empiezo a mecarme sobre su abrazo, mientras él continúa recorriendo mi cuello con sus sensuales besos. Está muy cerca, demasiado, y decido parar... girándome en sentido contrario a sus caricias.

—Lo siento, Sean —acierto a decir entrecortadamente.

—¿Qué es lo que sientes?

Con sus brazos y sus manos me hace dar la vuelta para que me sitúe frente a él. Me quedo boquiabierta contemplando su intensa mirada. Y me besa con pasión. Mis sentidos se desbocan y le correspondo por unos segundos, hasta que le detengo.

—Siento mi comportamiento de ayer, me entró pánico —hablo en voz baja, nunca me ha gustado pedir perdón, me cuesta mucho hacerlo.

—Acostumbrarse a mi modo de vida no es fácil, Olivia, al fin y al cabo, aquí estamos para averiguar si esto puede seguir adelante, ¿no es así? —Sonríe mientras posa su mano en mi nuca y me da un beso muy tierno.

—No termino de ver que esto sea para mí. —Fijo mi mirada en el interesante cuadro que dibujan las vistas de las calles y las casas que hay alrededor del hotel—. Me encuentro perdida.

—Acabas de venir, date un poco de tiempo. Danos un poco de tiempo a los dos.

Asiento, no muy convencida.

—¿Comemos?, ¡tengo mucha hambre!

—Sí, claro, por supuesto.

—Genial.

Me coge de la mano y nos vamos.

Caminamos hasta que llegamos al *downtown* de la ciudad, atravesando callejuelas estrechas con firme adoquinado que se entremezclan con antiguas casas de ladrillo rojo. Llegamos a un pequeño restaurante. Afortunadamente, nadie reconoce a Sean, por lo que charlamos más animadamente sin ser el centro de atención. No tardan mucho en darnos una diminuta mesa para dos, y ni siquiera necesitamos la carta. Sean sabe bien qué pedir: una cazuela con langosta, almejas, pulpo y calamar con una salsa deliciosa, acompañada con vino blanco. Confieso que disfruto enormemente de la intimidad de la comida; todo un acierto. Y charlamos y charlamos, sin parar.

Capítulo 36

Sean se ha ido con Ethan al auditorio donde se celebrará el próximo concierto. Aunque me ha invitado a acompañarlos, he preferido no aceptar para que mi presencia no llame la atención. Aprovecho la tarde para pasear por el centro de la ciudad. También visito la zona del Old Port y recorro todos los muelles; me encanta ver el mar, me relaja, y disfruto de esas maravillosas vistas durante un buen rato, sentada en un banco. La temperatura es estupenda, entre 27-28 °C ahora mismo, y el cielo está despejado. Tras caminar unos veinte minutos, llego hasta el Observatorio de Portland, una enorme torre marítima de ladrillo rojo con forma octogonal. Por lo que veo, antiguamente había aquí un telescopio para ver e identificar los buques de alta mar. Seguro que alberga muchas e interesantes historias... De vuelta al hotel, aprovecho para conectarme a la red wifi y, mientras preparo la bañera con agua bien caliente, dispuesta a relajarme, reviso los mensajes que tengo en el móvil. Nada importante salvo los de Carmen. ¡Bufff!, está preocupadísima. ¡Si no doy señales de vida acabará enviando a la guardia civil a buscarme, ja, ja, ja!

Olivia (19:37)

¡Hola! Todo bien. Estoy en Portland, Maine, alojada en un maravilloso hotel, con Sean. Nos reencontramos en Boston y fue francamente bonito, aunque tuve un miniataque de pánico... ¡Qué mal lo pasé! Ahora estoy tranquila, aunque reconozco que esta vida que lleva no es muy para mí. Intentando acostumbrarme. Te echo de menos. Besos

Dejo el teléfono y me meto en el baño... ¡Hummm!..., ¡qué placer! Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de tanto sosiego.

Coloco una toalla sobre mi nuca, a modo de almohada, y la apoyo en la superficie de la bañera, me sumerjo y escucho música suave. No estoy acostumbrada a caminar tanto y mis doloridos pies lo agradecen. Cierro los ojos y pasan los minutos, el agua se empieza a enfriar, así que salgo y me

pongo un sencillo chándal. Creo que tendré que comprarme ropa si me quedo aquí algún tiempo, lo cual, a día de hoy, es una incógnita.

Escucho unos pequeños golpes secos y consecutivos sobre la puerta de la habitación que interrumpen mis pensamientos.

—¡Hola, Sean! —le saludo mientras abro la puerta.

—¡Hola! —Me da un tierno beso en los labios—. ¡Tienes el cabello mojado!

—Sí, he tomado un baño, lo necesitaba, ¿qué tal ha ido?

Entra en la habitación y se acomoda sobre el confortable butacón. Le veo cansado.

—Tenemos que ajustar unos temas de sonido, como siempre, pero todo está prácticamente a punto. Mañana lo dejaremos preparado. —Se pasa ambas manos por el cabello y dirige su mirada al suelo—. Las giras son así.

—Necesitas descansar. ¿Por qué no te das una ducha, pedimos algo para cenar y vemos una película juntos? —propongo. Por la expresión de su rostro veo que la idea le atrae. Se fija en mí, pensativo.

—¡Me encanta!, pero mejor la vemos en mi habitación; estaremos más cómodos y tiene servicio de videoclub incluido. ¿Me acompañas?

—Con mucho gusto. —Sonríe—. ¿Puedo ir así? —Me fijo en la ropa que llevo puesta.

—Claro que sí, Olivia, ¡vamos! —Se levanta y tira de mí.

Cojo la tarjeta de la habitación, el teléfono móvil y salimos. La suya se encuentra un piso más arriba; es una *suite*, ¡cómo no!..., no quiero ni pensar lo que le puede estar costando. Entramos y me quedo completamente fascinada; es elegante y sofisticada. Calculo que debe de tener al menos sesenta metros cuadrados; hay una zona de estar claramente diferenciada del resto.

Las paredes son blancas, revestidas de molduras del mismo color, y el suelo, de madera noble en marrón oscuro, a juego con el gris oscuro de las caídas de las cortinas. La mesita, de estilo moderno, acompaña a un cómodo y refinado sofá con suaves cojines en tonos cálidos. Hay dos jarrones con flores silvestres sobre la mesa, del mismo estilo que los de mi habitación, y, ¡hummm!, huelen maravillosamente. En las paredes cuelgan hermosos cuadros con grabados de lo que parece ser el *downtown* de la ciudad hace al menos un siglo: son delicados y distinguidos. A un lado de esta salita se ve el dormitorio..., nunca en mi vida he visto una cama tan grande; no puedo ni imaginarme las medidas..., ¿un metro ochenta por dos metros? Hay cinco

grandes almohadones y una elegante colcha con finos motivos de ramas de árboles blancos sobre fondo marrón.

Dos mesitas de noche del mismo estilo que la mesa que hay en la salita de estar flanquean la cama a ambos lados, y sobre el cabecero veo dos sutiles apliques de pared con dos puntos de luz, uno en un extremo de la cama, otro en el opuesto. En la pared de enfrente hay un inmenso televisor de diseño plano y pantalla curva. Y recuerdo el plan que tenemos..., ver una película... No queda más remedio que verla sobre la cama. La idea no me apetece en absoluto. Sin querer aparentar lo incómoda que la situación me hace sentir, paso al cuarto de baño. Es bastante espacioso y con una decoración similar a la de mi habitación. Tras echar una rápida ojeada, salgo de la zona del dormitorio y me siento en el sofá. Sé que ha estado observando todos mis movimientos y a dónde he dirigido mi mirada en cada momento.

—Ponte cómoda, me doy una ducha rápida y salgo. Aquí tienes la carta del restaurante, échale un vistazo y cuando acabe pedimos, ¿te parece? —Me da un tierno beso y se dirige al cuarto de baño.

Me quedo inmovilizada analizando la situación y comienzo a respirar aceleradamente. Decido cerrar los ojos para relajarme. Empiezo a revisar la carta..., sinceramente, me parece todo muy sofisticado y tampoco conozco los gustos de Sean. Prefiero esperarle antes de decantarme por algo.

Rápidamente sale del cuarto de baño, muy sexi, ataviado tan solo con una toalla que le cubre desde la cadera hasta las rodillas. Se acerca a mí, sugerente, y coge la carta. La revisa detenidamente mientras yo le observo con interés... Tiene unos brazos bien musculados y un torso hermosamente esculpido. Nunca me imaginé que pudiese ser así, y soy incapaz de desviar mi mirada de esas zonas de su cuerpo... Estoy embelesada..., y noto que él sabe exactamente dónde están puestos mis ojos. Con los finos dedos de su mano en mi barbilla, levanta mi rostro hasta que mis labios quedan a escasos centímetros de los suyos... y me besa. Un beso largo, profundo y apasionado que me hace estremecer por completo. Huele fantásticamente bien, no sé qué marca de perfume utiliza, pero es seductora. Me rodea con sus brazos y yo acaricio su nuca con mis manos. Permanecemos unos cuantos segundos perfectamente enroscados el uno con el otro mientras seguimos besándonos, cuando noto sus manos recorriendo suavemente mi espalda, bajo la tela de mi chándal, abriéndose camino sobre mi piel hasta que acarician mis nalgas. Ahí es cuando dejo de besarle y le interrumpo. Me separo unos centímetros de él.

—Lo-lo-lo siento —tartamudeo con voz queda, mirando al suelo—, es culpa mía, te he dejado seguir demasiado.

Sean me mira con expresión de no entender nada. Sus ojos expresan ardor, deseo..., siento que lo he fastidiado todo. Y de repente su expresión cambia.

—De acuerdo, Olivia, iremos a tu ritmo, perdóname. Te noté muy receptiva. Me he equivocado. —Me observa detenidamente—. Deseo tenerte, eso es todo. Ya lo sabes.

—No estoy preparada. Por favor, perdóname tu a mí. Debí cortar a tiempo. —Bajo mi mirada y aprieto los labios—. Será mejor que dejemos la velada para otro momento. Me voy a mi habitación.

Sean me observa sin comprender mientras alza sus manos en señal de sorpresa. Se separa de mí y me deja vía libre en dirección a la puerta. Salgo de la habitación todo lo deprisa que puedo, no sin antes desearle las buenas noches.

Mientras camino por el pasillo en dirección al ascensor, empiezo a sentir arrepentimiento y remordimientos por haberle dado a entender algo más... Me he dejado llevar por los sentimientos y, sinceramente, algo dentro de mí no me deja entregarme por completo a él. Enseguida llego a mi habitación... ¡Mierda!, me he dejado la llave en la de Sean. Por Dios, ¿qué hago? Me llevo las manos a la cabeza y respiro hondo, y doy media vuelta. Cuando llego a su puerta llamo con unos suaves y pequeños golpes. Sean abre. Me mira con sorpresa y se aparta para que pueda entrar.

—Me he olvidado la llave aquí..., no puedo entrar en mi habitación.

—Bien, pasa, cógelas y vete —me dice con sarcasmo, muy tajantemente.

¿Qué mosca le ha picado? Realmente le ha sentado muy mal que haya parado. Entro y las veo en la mesa del sofá, junto a mi teléfono. Recojo ambas cosas, las guardo en el bolsillo de mi chándal y me giro para salir, pero de repente él me cierra el paso.

—No puedo vivir sin ti. Te deseo, estoy perdidamente enamorado y quiero estar contigo el resto de mi vida. ¿Me permites estar a tu lado?

¡Ay, Dios!, no sé qué responder en estos momentos. Respiro hondo y contesto.

—Sean, eres lo mejor que me ha pasado desde que... —Vaya, no sé cómo decirlo.

—Lo sé —contesta con ternura.

—Soy consciente..., sabía que esto podría suceder cuando decidí venir aquí contigo... Sean, me atraes mucho, muchísimo, pero ahora no es el momento. Lo lamento, de veras. Lo último que quiero es hacerte sentir de esta forma, porque te respeto, te valoro y no creo que seas merecedor de ello. Lo último que deseo es hacerte daño, créeme.

—¡Shhh! —Me hace callar posando sus dedos sobre mis labios—. Lo sé, Olivia, lo sé. Perdóname tú a mí si he ido demasiado rápido. Intentaré que no se vuelva a repetir hasta que estés preparada y me lo pidas. —Y me da un tierno beso.

—Bien, creo que me vuelvo a mi habitación, ahora mismo es lo mejor para los dos. Buenas noches. —Me despido y salgo con paso firme y decidido.

* * *

Me quedo abatido. No imaginaba que esto pudiera suceder. Al estar aquí y verla tan contenta, pensé que estaba preparada para iniciar algo más serio. Ahora me doy cuenta de que debí estar más atento a las señales que me ha ido dando estos dos días; en ningún momento he percibido por su parte esa entrega total que tanto anhelo. Me he dejado llevar por mis sentimientos sin fijarme en los de ella. Quiero hacerla feliz, quiero estar junto a ella, quiero ser feliz a su lado, ¿qué más puedo hacer?, ¿por qué le cuesta tanto? Si reviso mi pasado, jamás me ha sucedido algo similar, por lo general siempre ha sido sencillo comenzar relaciones con mujeres ávidas de popularidad, fama y dinero. Sin embargo, con Olivia todas estas reglas no sirven de nada, ella ni quiere popularidad, ni desea fama ni ansía mi dinero. Está aquí simple y llanamente por mí, solo por mí, arriesgando su tiempo y su dinero por algo incierto. Es totalmente loable, ¿o no?

A estas alturas ya me habría acostado con ella, como siempre ha ocurrido en las relaciones que he mantenido, pero aunque deseo a Olivia, el sexo es una parte del amor que siento por ella, y no la más importante. Con otras quizás este componente era lo más interesante y llamativo, por eso acabaron pronto mis relaciones, no había un sostén que hilara y tejiera un vínculo real de corazón a corazón, de alma a alma, la esperanza en un proyecto común, un futuro, un nexa eterno. Con Olivia mis emociones están a flor de piel, pero la pasión no lo es todo, aunque el deseo sea poderoso y exista. Por ella esperaré,

porque a su lado me siento pleno, feliz, sé que ella es lo mejor para mí y yo soy lo mejor para ella. Cojo el teléfono y le mando un mensaje:

Sean (21:40)

Otra vez tengo que pedirte perdón. Parece que se está convirtiendo en una costumbre... 😊 En serio, te quiero, no lo olvides. Buenas noches.

Suelto el teléfono y me pongo ropa cómoda para irme a descansar. En realidad, necesito dormir, la gira prácticamente ha terminado y acumulo ya demasiado cansancio. Después de Portland, la última ciudad será Búfalo, al norte del estado de Nueva York. Y de ahí a Toronto la distancia es pequeña; en una semana habremos regresado a casa. Ahí es cuando realmente podremos convivir. Deseo intensamente que llegue ese momento.

Apago la luz y me voy a la cama. Me doy cuenta de que al final no hemos cenado nada, pero estoy tan cansado que lo perdono. Y, como hago siempre, me acuesto y disfruto con las formas caprichosas que las farolas de la calle proyectan sobre el techo y las paredes de la habitación, hasta que caigo rendido.

Capítulo 37

Llego a mi habitación y me enfrento a mis sentimientos encontrados. Por un lado quiero estar más íntimamente con Sean. Por otro, y aunque cuando estoy con él ya raras veces pienso en Juan, sé que no ha llegado el momento. Reconozco que, al margen de estas cuestiones tan privadas, no sé cómo manejar la situación. Me encuentro totalmente desubicada, fuera de mi entorno, sin una rutina, sin saber qué voy a hacer mañana o pasado mañana, o cuándo volveré a Madrid, si podré soportar retomar mi rutina y dejarle aquí. Tampoco me veo en su mundo, que a mi modo de ver es caótico y con más incertidumbres de las deseables. No me gusta andar viajando de aquí para allá, de ciudad en ciudad. Sé que he traspasado la línea de mi zona de confort y me está costando demasiada energía. No soy capaz de controlar mi mundo ni lo que me rodea. Me siento insegura, inestable y vulnerable, lo cual detesto con todas mis fuerzas.

Sin embargo, y a pesar de todos estos inconvenientes, sé que no debo mostrarlos cuando esté con Sean; ahora mismo su gira es lo primero. Por este motivo me hago la firme promesa de no interferir en su concentración y esperar a llegar a Toronto, cuando todo se habrá normalizado y podremos convivir razonablemente. ¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? No lo hemos hablado, pero supongo que tendremos esta conversación una vez que finalice la gira. Mi hoy por hoy y mi presente son acompañarle y conseguir que su mundo sea lo más normal posible, contribuir con todo mi ser a su bienestar y tranquilidad.

Oigo golpes en la puerta de la habitación que interrumpen mis pensamientos. Pero no es Sean, lo hubiese dicho.

—¿Sí? —contesto.

—Traigo un obsequio para la señorita Olivia —responde una voz masculina.

—Un momento, por favor.

Estoy en ropa interior y corro a ponerme el chándal. Abro la puerta y me encuentro un precioso ramo de flores que me entrega un chico.

—Firme aquí, por favor —me dice. Firmo donde me indica.

—Muchas gracias.

—¡Adiós!, señorita —se despide, y se va.

¡Menudo ramo! Está compuesto de rosas en tonalidades rosáceas y lo que creo que son lirios en las mismas tonalidades, adornado con nubes blancas y ramas verdes.

¡Hummm!, huele fenomenal, y además viene con un jarrón de plástico incluido. La verdad, todo está magníficamente pensado. Sonrío con ilusión mientras cojo la tarjeta que trae; estoy tan contenta como una niña con zapatos nuevos, como diríamos en España.

Las rosas rosáceas expresan agradecimiento, afecto y cariño. Olivia, me cautivas con ese coraje que muestras tomando tus decisiones, y debes saber que para mí eres un claro ejemplo de admiración. Me inspiras un profundo respeto y cariño por todo lo que representas. Deseo que permanezcas a mi lado el tiempo que tú quieras, no pediré nada a cambio. Te pertenezco por completo y anhelo compartir todo lo mío contigo, porque eres lo mejor que me ha pasado en mi vida, porque en ningún momento he sentido este amor incondicional que todo lo puede. Porque para mí tú lo eres todo. Te espero con los brazos abiertos.

Sean

¡Madre mía!, estoy temblorosa y abrumada por semejante declaración de amor, tan inesperada. Con unas simples palabras ha desarmado todo sentimiento de rechazo e incertidumbre. Estoy sencillamente emocionada. Me siento y cojo el teléfono. Y entonces leo el mensaje que me envió ayer:

Sean (21:40)

Otra vez tengo que pedirte perdón.
Parece que se está convirtiendo en una
costumbre... J En serio, te quiero,
no lo olvides. Buenas noches.

Y no puedo más que contestar con dos sencillas palabras mientras tiernas lágrimas recorren mis mejillas:

Olivia (09:17)

Te quiero.

Me cambio de ropa lo más rápidamente que puedo y salgo a toda prisa de la habitación para dirigirme a la suya. En cuanto llego, golpeo la puerta.

—¿Sean?, soy yo.

Enseguida abre y le doy un abrazo tan intenso que creo romperle en mil pedazos.

—No tengo palabras para agradecer todo lo que haces por mí.

—Es al contrario, Olivia, justo al contrario. Soy yo el que se siente agradecido.

—Las flores son preciosas..., la dedicatoria es... ¡increíble! —Sollozo de emoción. Aunque intento que no se note, es imposible. Me obliga a mirarle fijamente y me besa en la frente.

—No derrames más lágrimas, amor.

Me coge fuertemente de la mano y me conduce por el pasillo hacia los ascensores.

—¿Dónde vamos?

—¡A desayunar!, ¿no estás hambrienta? —Sonríe.

Me doy cuenta de que llevamos bastantes horas sin probar bocado. Ciertamente, el estómago está rugiendo, pide ser aplacado. Entramos en el comedor del hotel y un camarero nos acomoda en una elegante mesa para dos. Nos trae dos humeantes cafés con un servicio de leche, ¡me encanta! Miro a mi alrededor, el bufé es extraordinariamente variado, y me inclino por fruta fresca que tienen preparada para consumir: pelada y cortada.

Cojo además un cruasán recién hecho, ¡son mis preferidos!, con mermelada de frambuesa. Regreso a la mesa, me sirvo el café con leche y espero a que Sean regrese para empezar a desayunar. Cuando llega, veo que ha escogido una especie de panqueque de arándanos, ¡tiene una pinta estupenda!

—Quiero que me acompañes al ensayo.

—Bueno, prefiero que vayas tú solo, ya sabes, no quiero interferir.

—Insisto —me mira fijamente—, por favor.

—De acuerdo —contesto tras meditarlo unos segundos—. Si es lo que quieres, iré contigo. ¿Cuándo es?

—En cuanto acabemos el desayuno. Ethan debe de estar esperándonos fuera.

—Pues no vamos a hacerle esperar, ¿no? ¡Vamos, desayuna!

Damos cuenta del desayuno en tiempo récord; entre las prisas y el hambre, lo acabamos en apenas quince minutos. Salimos del hotel y, efectivamente, ahí está Ethan, paciente, como siempre, esperándonos.

—Buenos días, Ethan —saludo con una amplia sonrisa.

—Buenos días, Olivia; buenos días, Sean, ¿habéis descansado?

—Maravillosamente —respondo. Y subimos al coche, que conduce él mismo. Nos acomodamos en los asientos traseros mientras Sean y Ethan entablan una conversación relacionada con la agenda de hoy. Yo desconecto y miro por la ventanilla las calles por las que pasamos, observando a las gentes que deambulan por ellas. Sean toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos. Me hace sentir querida, viva y amada; hacía mucho tiempo que no experimentaba sensaciones parecidas. El efecto es dulce, embriagador y muy bonito. Cierro los ojos y disfruto del momento. Cuando llegamos, veo algunos fans que aguardan pacientemente a su ídolo. ¿Cuánto tiempo llevarán ahí? Salimos del coche. Sean firma unos pocos autógrafos y les habla afablemente. Hacen fotos y más fotos e incluso selfis con él, y él se deja hacer, amablemente y con la mejor de sus sonrisas.

Cuando acaba, me busca con la mirada. Yo estoy a unos pocos pasos, guardando la distancia que necesita. Ethan permanece a mi lado y me sonrío; es un buen tipo. Después entramos en el edificio, no sin antes ser fotografiados..., es el precio que hemos de pagar, asumo, no muy convencida. Al llegar al escenario veo caras conocidas entre los músicos, que están preparándose para la prueba de sonido. Les saludo y me dispongo a bajar los cinco escalones que separan el escenario del patio de butacas para observar el ensayo cómodamente sentada, pero Sean me llama.

—Olivia, no te sientes, ¡ven!

Doy media vuelta y le miro sin comprender.

—¿Sí?

—Tu sitio no es ese —mira hacia el patio de butacas—, tu sitio está aquí, conmigo.

Señala una silla en el escenario con un atril a su lado. Junto a ella hay un estuche de violonchelo..., no entiendo nada.

—¿Qué es esto? —pregunto, totalmente descolocada.

Se acerca a mí, me coge de la mano delicadamente y me conduce al lado del violonchelo.

—Quiero que toques en el concierto. Ethan ha preparado partituras adaptadas al violonchelo. Muchos de los temas ya los conoces, y otros seguro que puedes interpretarlos a primera vista. Deseo que compartas mi mundo conmigo. ¿Querrás hacerlo?

Me quedo impresionada mientras cojo fuerzas para abrir el estuche. ¡Oh!, tiene una pinta estupenda. Noto cómo se ilumina mi rostro, he echado tanto de menos tocar... Lo saco y lo reviso con cuidado; las cuerdas son buenas, de solista, y la madera está finamente trabajada. Con los nudillos doy pequeños golpecitos sobre la caja para comprobar si hay fisuras, ya que parece bastante antiguo. Compruebo la altura del puente, que es la correcta, y miro a través de las efes el interior, buscando la etiqueta. Es del año 1879 y proviene de Alemania. Está en perfectas condiciones. Saco el arco del estuche y lo reviso... Magnífico, no podría ser de otra forma. Doy media vuelta con lágrimas en los ojos y me encuentro con su mirada, que se mezcla caprichosamente con la mía.

—¡Oh..., por Dios! Sean..., no, no tengo palabras... —susurro emocionada—, esto es demasiado...

No puedo contener la emoción. ¿Cómo es posible que esté atento hasta al más mínimo detalle, siempre pensando en qué me puede hacer feliz, qué puede faltarme...?

—Olivia, te amo, tu felicidad es la mía, ya lo sabes. —Sus ojos queman, me abrazan.

—Gracias, muchísimas gracias, ¿de dónde lo has sacado? —Le observo maravillada—. Es un violonchelo excelente.

—Se ha encargado Ethan, lo hemos alquilado para este concierto y para el último de la gira. ¿Quieres acompañarme?

Observo fijamente a Sean y después a Ethan, que nos mira silenciosamente, como es él. Pienso unos instantes...

—¡Por supuesto! —respondo y sonrío, emocionada—. Solo necesito que me deis un la para afinarlo con la banda.

—¡Perfecto! Todo el mundo preparado. ¡Vamos a afinar!

Afortunadamente, el suelo es de madera envejecida y puedo sujetar el violonchelo perfectamente con la pica, encajándolo en alguna de las irregularidades. Tenso el arco y compruebo la afinación tocando dobles cuerdas al aire; está prácticamente perfecto. Compruebo dónde tiene las posiciones y escucho un sonido vibrante y potente, muy hermoso. Estoy sentada al lado de un contrabajista al que saludo cortésmente dándole la mano. Me sonrío y yo hago lo mismo. Coloco las partituras en el atril y afinamos con la *big band*. Acto seguido se acerca el técnico de sonido y nos pone un pequeño micro. Tocamos un poco para ajustar el volumen y nos preparamos para empezar.

Comenzamos el ensayo y lo sigo perfectamente. En realidad, no es muy complicado y, efectivamente, bastantes piezas ya las interpretamos en el concierto en Madrid. Me sorprende comprobar que en ciertos pasajes llevo la melodía y se me escucha sobradamente. Sean no para de observarme, emocionado. Se le ve feliz y yo también lo estoy. Me transformo tocando el violonchelo, me emociono y exteriorizo con él todo mi mundo interior, toda mi pasión, mi sensibilidad, mi espíritu. Además, este estilo de música me apasiona, y me viene bien para tomar distancia con la música clásica en su más pura acepción. Estoy descubriendo otro tipo de composición, no sin encanto, reconozco.

Entre parón y parón para ajustar tempos y sonido, aprovecho para amoldar algunas cosillas de las partituras, anotándolas firmemente con el lápiz que me presta mi compañero, el contrabajista. Y así continuamos durante casi dos horas en las que mi mundo regresa y todo empieza a encajar. Las dudas que tenía anoche se van disipando y la muralla férrea que había construido empieza a desmoronarse. Me emociona acompañar a Sean en su música y siento que he encontrado un proyecto común junto a él, ¿qué más puedo pedir? ¡Qué inteligente ha sido haciéndome partícipe de su vida profesional! Sin duda alguna, es muy listo, sabe perfectamente que me cautivará con la música.

—¡Señores! —Sean se dirige a todos nosotros—. Vamos a parar un rato más para estirar las piernas mientras los técnicos de sonido terminan de ajustarlo todo. En veinte minutos nos vemos aquí. Les recomiendo que aprovechen para beber agua fresca o refrescos. También hay algo para picar.

Un murmullo de aprobación recorre la sala mientras dejamos los instrumentos y nos dirigimos al *backstage*, donde la tan ansiada bebida nos espera. Prefiero compartir estos momentos con los músicos y dejar a Sean su parcela para que no tenga que estar pendiente de mí. Charlamos un poco y agradezco lo bien que me acogen, se sienten cómodos con mi presencia y yo con ellos. Conocen perfectamente mi relación con Sean y la aprueban. En mayor o menor medida, llevan años tocando con Sean. Percibo que ha hecho una excelente labor para que cada uno asuma su función como responsable de su papel, y a la vez sientan una fuerte conciencia de trabajo en equipo. Sin todo esto, las ejecuciones serían un fracaso o, en todo caso, no conectarían con el público para que vibre en sus conciertos. Además, me felicitan sinceramente por mi pequeño aporte al conjunto, a pesar de haber llegado la última. Noto que sienten la misma admiración por mí que yo siento por ellos;

son músicos excelentes y muy experimentados. Supongo que Sean buscará lo mejor de lo mejor para su trabajo, es lo más normal.

Charlamos amigablemente mientras observo cómo Sean comenta con Ethan ciertos ajustes. De vez en cuando se fija en mí, para comprobar si estoy o no a gusto. Yo le sonrío para tranquilizarle. Todo está bien y en orden. El detalle que ha tenido conmigo es increíble; ha dado totalmente en el clavo. Espero saber y poder corresponder a tanta generosidad, pienso que cuando uno se esfuerza y el otro no le corresponde, la relación comienza a cojear y no fructifica. Pero es algo que ha de surgir de forma natural y espontánea, y con amor, como un acto de entrega incondicional hacia quien amamos. En realidad, se trata de pequeños sacrificios que hacemos por la persona amada. De nada sirve forzar las situaciones para que encajen; deben venir por sí mismas y abrazarlas sin esperar nada a cambio.

Sean aparece con Ethan a los pocos minutos, me da un tierno beso en la mejilla y me coge de la mano. Noto cómo me voy poniendo roja por momentos, conforme sube la temperatura de mi cuerpo.

—Has estado fantástica —me dice al oído—. ¿Cómo te ves tú?

—Bien, en líneas generales, bien. Repasaré los pasajes más comprometidos, pero no te preocupes, los he marcado en la partitura y los tengo controlados. Por cierto, el violonchelo es fantástico; me encanta su brillante sonoridad en los agudos y sus potentes graves. Es muchísimo mejor que el mío.

—¡Vaya! —suelta a carcajada limpia—. Me alegro de que tengas todo tan controlado y de que te guste el violonchelo. Ethan ha hecho un excelente trabajo encontrándolo.

—Sean, me siento... —titubeo—, ¿abrumada? —Le miro con aire reflexivo. Me estrecha entre sus brazos, dándome ánimos con su gesto.

Le veo pletórico, demasiado, quizás, espero que todo esto no se vuelva contra nosotros. Nos separamos y regresa con los músicos. Yo me acerco a Ethan.

—Ethan, muchísimas gracias por encontrar este maravilloso violonchelo. Me he quedado sin palabras. No sé cómo agradecerte...

—Olivia, es un placer. Creo sinceramente que aportas más de lo que tú misma piensas. Noto a Sean optimista e irreconocible. Jamás le he visto tan enamorado, ni tan vulnerable cuando no estás. Sencillamente es increíble, de veras.

—Vaya..., creo que estás haciendo que vuelva a sonrojarme. No estoy acostumbrada a tanto halago.

—Lo sé, no es propio de ti. Eres como un libro abierto, sin dobleces. Reflejas tus pensamientos y anhelos bajo esa fachada de timidez.

—¿Tanto se me nota? Estoy saliendo de una etapa de mucho sufrimiento y esta situación me sobrepasa.

—Lo sé, algo me ha comentado Sean. —Me transmite calma y serenidad con su mirada.

—Sean tiene mucha suerte de haber dado contigo, Ethan. Eres extraordinario, ¡muchas gracias por todo lo que haces!

Regresamos al ensayo. No puedo evitar sentirme fascinada. Tendré que madurar tranquilamente todo lo que me está ocurriendo. La conversación con Ethan me ha recordado a Juan, Martín y a Javier, y no puedo evitar sentir tristeza y melancolía, que procuro guardar en mi interior.

Capítulo 38

Cuando acabamos el ensayo, me doy cuenta de que no tengo ropa que ponerme para el concierto, ¡y es mañana! Supongo que habrá que vestirse de negro. He traído un pantalón negro de vestir, pero ninguna blusa. No me va a quedar más remedio que salir mañana de compras.

Llegamos al hotel. Son las cuatro de la tarde cuando entro en la habitación. Sean se ha ido a la suya a descansar. Voy al cuarto de baño y me quedo asombrada ante el hermoso vestido negro que hay colgado de la mampara de la ducha. Es entallado hasta la cadera, con escote en uve, sin mangas y largo hasta los pies. Nunca he visto un vestido tan sencillo y a la vez tan elegante. Además, la falda tiene un poco de vuelo, perfecto para tocar el violonchelo. Me fijo en la etiqueta y me tapo la boca con la mano para ahogar una pequeña exclamación. Es de Ralph Lauren, y en el suelo descubro los más bonitos zapatos de salón que he visto en mi vida. Tienen puntera afilada y tacón de aguja de unos ocho o nueve centímetros. Son de la firma Latouche.

Me quedo pensativa ante semejante dispendio que no merezco ni necesito. Sé que la intención de Sean no es *comprarme* con un hotel de cinco estrellas, un violonchelo que sabe Dios el dinero que le estará costando, un vestido y unos zapatos de firma. Pero lo cierto es que estoy empezando a sentirme incómoda con la situación. Mi existencia es de lo más corriente y no quiero estos lujos porque no van con mi esencia, y si renuncio a ella, me perderé a mí misma, justo lo que no quiero ni ahora ni mañana. Ignoro si Sean estará de acuerdo con mi plan de futuro, pero desde luego este estilo de vida no va conmigo. Siempre he sido fiel al dicho «cuanto menos bulto, más claridad» y no estoy dispuesta a contradecirlo. Ya que he decidido venir, pasaré esto por alto hasta que finalice la gira.

Abro la ventana de la habitación y una suave brisa acaricia mis mejillas. Me acomodo en el sillón que hay junto a la cama y cierro los ojos, respiro hondo, muy hondo, y me dejo llevar por las emociones del momento. En mis pensamientos recuerdo a mis dos hijos, Martín y Javier, y a Juan, pero en lugar de sentir tristeza vienen por mi mente imágenes y situaciones de felicidad: cumpleaños, celebraciones..., es como si estuviesen aquí, a mi lado, como si

podiera alcanzarles con los dedos de mis manos. Son tan reales y permanecen tan cercanos que me parece increíble que hoy este aquí, en Portland, con un completo desconocido. ¿Acaso es comparable el profundo amor que sentíamos Juan y yo con lo que siento por Sean? Esta pregunta me pone entre la espada y la pared..., pero indudablemente no tiene nada que ver, ¿por qué comparar? No tiene ningún sentido, ellos son completamente diferentes, tienen vidas diferentes y me han acompañado en momentos distintos de mi existencia. Juan lo ha sido todo para mí desde muy joven. Era compañero de un chaval de mi grupo de amigos del conservatorio, salíamos de vez en cuando de fiesta, al cine...; empezó a venir con nosotros y fue así como nos conocimos. Entonces yo estaba terminando la carrera superior de violonchelo, que compaginaba con la de Musicología en la Universidad Complutense de Madrid, y dedicaba muchas horas al instrumento y al estudio; tenía veinte años. Juan estudiaba Administración y Dirección de Empresas y hacía las prácticas en el departamento financiero de una gran multinacional farmacéutica; tenía veintidós. No hubo flechazo, el amor surgió poco a poco entre nosotros.

Hablábamos de nuestras vidas y nos sentíamos cómodos el uno con el otro, hasta que, durante una excursión de un fin de semana a una casa rural, nos quedamos una noche en el jardín charlando animadamente, solos, bajo la luz de la luna. Recuerdo perfectamente el momento, olía maravillosamente bien a jazmín, los grillos nos acompañaban con su inconfundible canto nocturno y allí estábamos, sentados uno enfrente del otro.

Permanecemos en silencio y nos miramos fijamente como si nada existiese a nuestro alrededor. Empecé a notar que un dulce calambre recorría mi cuerpo de arriba abajo y el calor y las palpitaciones me llevaron a desearle con locura. No sé bien por qué, pero nuestros cuerpos se mezclaron entre sí y nos besamos apasionadamente. Más tarde, Juan me confesó que llevaba tiempo detrás de mí y que había buscado ese encuentro en solitario. Me caía muy bien, y de lo uno llegó lo otro. Me conquistó con su sinceridad, el gran amor que sentía por mí, su saber estar y su gran sentido del deber, su determinación en la toma de decisiones y aquellos proyectos de futuro que hacía míos.

Juan y yo nos compenetrábamos a la perfección, pues yo era bastante alocada en aquella época y él consiguió que me centrara. Nos hicimos inseparables, fue mi fiel seguidor y mi apoyo para acabar las dos carreras a los veintidós años. Para entonces, él ya tenía veinticuatro y había conseguido un puesto de cierta responsabilidad en la misma empresa donde hacía las

prácticas, por lo que en tan solo tres años ahorramos lo suficiente como para dar la entrada de la casa que queríamos... y nos casamos.

El día de nuestra boda fue realmente especial. Aunque la preparamos con sencillez, no faltó el más mínimo detalle. Nuestros familiares y amigos nos acompañaron. Recuerdo especialmente el camino hacia el altar; él me esperaba junto a su madre, con semblante apasionado, y yo caminaba lentamente del brazo de mi padre, sin ojos nada más que para él y solo él. Todo lo que sucedía a nuestro alrededor era una auténtica nebulosa. No dejamos de mirarnos y de cogernos de la mano en toda la ceremonia; nos atraíamos como imanes y cualquiera que nos viera podía percibir esa tensión sensual entre nosotros. Aquel sentimiento no se apagó en los años que estuvimos juntos. Él me hizo feliz y yo le hice feliz. Y cuando sucedió el accidente..., creí morir también. Oh, Juan, ¡cuánto te echo de menos!

Las lágrimas comienzan a salir a borbotones y otra vez me encuentro sin poder dejar de llorar y llorar. ¡Cuánto daría por volver a verle, por volver a sentir su piel, su cuerpo, su sonrisa, sus ojos enamorados, su sugerente voz que me encandilaba! Sollozo de manera incontrolada.

Me abrazo a mí misma, con fuerza, y me voy serenando poco a poco... En cierta forma, abrazarme me reconforta. Y de repente me sobresalta el sonido de unos golpecitos en la puerta; Sean me llama.

—Hola, Olivia, soy yo. —Espera a que le abra.

Me levanto del sillón dando un bote y me seco las lágrimas como buenamente puedo mientras me dirijo a la puerta y la abro lentamente.

—Hola, Sean, pasa.

Dirijo mi mirada hacia al suelo para que no note mi rostro sonrojado mientras me aparto para dejarle entrar. Lo hace y me mira fijamente; yo no sé dónde esconderme, me siento pequeña y desvalida.

—¿Estás bien? —pregunta con verdadero interés. Levanta mi rostro con su mano, me mira con detenimiento, seca alguna lágrima con sus suaves dedos y me besa en la frente.

—Ya ves que no... no estoy en un buen momento. Lo siento mucho, Sean. Estás teniendo demasiada paciencia conmigo. Pero no es lo que parece, de veras, ahora no estoy derrumbada, solo emocionada.

—¿Quieres que lo hablemos? —Permanece de pie, delante de mí, con el semblante serio.

—No es nada..., recuerdos antiguos... de Juan —hablo entrecortadamente. No sé cómo se lo va a tomar.

—Ya, entiendo. ¿Le sigues echando de menos?

—A veces, pero muchísimo menos que hace unos meses —Dudo si decirle la verdad—, llevaba varios días sin acordarme y bueno, ahora estaba tranquila, contenta de estar aquí contigo, cuando me han venido pensamientos de él, no sé muy bien por qué. No sois comparables ni quiero hacerlo, pero cuanto más estoy contigo, más me asaltan los recuerdos.

—Olivia, es natural. Será inevitable que, inconscientemente, compares toda nueva situación en la que nos encontremos con otras similares que hayas vivido con Juan. —Me quedo perpleja—. Estoy convencido de ello.

Me separo unos centímetros y entro en el cuarto de baño para beber un poco de agua. De repente veo el precioso vestido negro... Sean no se merece esto en absoluto. Lo está intentando por todos los medios y no me ha puesto nunca una mala cara ante mis reticencias.

—Qué vestido tan espectacular, Sean, ¡es fabuloso! —Salgo del cuarto de baño—. ¿Lo has visto?

—Sí, claro..., lo he elegido yo. Espero que puedas tocar bien con él. ¿Te encuentras mejor? —Sigue preocupado, es normal.

—Sí —miento, aunque procuro que no se me note—, tengo que vivir el presente y he de centrarme en ello—. Sonrío mientras le observo y nuestras miradas se encuentran.

Transcurren unos pocos segundos que a mí me parecen eternos cuando noto sus cálidos labios sobre los míos, y nos besamos. Lo que empieza como un beso tímido, indeciso y suave termina siendo profundo, apasionado y ardiente en cuanto nos abrazamos, sin más.

—Gracias, muchas gracias —agradezco mientras me separo—, haces demasiado por mí y no necesito tanto, de veras. Ya sabes que mi vida es de lo más corriente.

—¡Shhh!, lo sé, pero déjame que te cuide mientras estés aquí conmigo. Aún tenemos mucho por construir juntos. Cuando llegemos a Toronto, empezarás a sentirte como en tu casa.

—Bien..., ya me encuentro mejor, disculpa. —le observo mientras mis palabras hacen su efecto. Antes, al pronunciar el nombre de mi marido, noté una pequeña mueca incómoda en su rostro. Sus facciones se pusieron rígidas. ¿Será verdad que los celos están haciendo mella en él?

—Entiendo. —Se separa de mí—. ¿Salimos a cenar?

—Claro que sí.

Salimos de la habitación en dirección a los ascensores. Esta vez no me coge de la mano ni hace el más mínimo comentario. Aunque ha empleado amables palabras, es obvio que saber que no estoy al cien por cien con él le ha descolocado. Creo que es lo más lógico y natural, sobre todo ahora que estamos empezando a conocernos y a estar más tiempo juntos. Llegamos a la recepción y se detiene para hablar con la recepcionista. No sé exactamente lo que quiere, pero decido dejarle espacio.

Los ojos se me van hacia unas revistas que hay en la tienda de prensa, junto a la puerta del hotel. Y lo que veo no me gusta; en un par de portadas, similares a las de las revistas del corazón españolas, aparece una foto nuestra, juntos, ¡ay, Dios!, que nos hicieron en Madrid, en la puerta del hotel donde se celebró la cena, después del concierto. Los titulares vienen a decir algo así como: «Sean encuentra un nuevo amor», y luego: «¿Quién será la desconocida?».

Abro la revista con nerviosismo hasta llegar a la página donde se desarrolla la noticia. Ahí aparecen un par de fotos más de estos días en Boston, ¡e incluso en Portland! No han tardado nada en sacarlas a la luz. Cuando empiezo a leer, Sean cierra la revista bruscamente.

—Es mejor que no te creas todo lo que ponen. Siempre son meras conjeturas que pueden hacerte daño. —La devuelve al expositor de la tienda, me coge del brazo y tira de mí hasta que salimos del hotel.

Estoy contrariada; por un lado, quería satisfacer mi curiosidad y, por otro, la reacción de Sean, sin duda para protegerme, no me ha gustado. ¿Quién se cree que es para decidir qué leo o dejo de leer? Frunzo el ceño mientras comenzamos a andar.

—¡Sean!, ¡ya está bien! —le zarandeo con rudeza para que me suelte y me paro en seco—, ¡no soy una cría!

—¿Podrías comportarte cuando estemos en la calle? —me recrimina con dureza—. De esta manera evitaremos molestas fotografías.

—¡Vale ya, Sean!, ¡yo no he escogido esto! —digo sin pensarlo—. ¡Me estás haciendo daño!

—Desde el momento en que elegiste venir conmigo, estás expuesta, mi reputación lo está y yo también, así pues, ¡compórtate como es debido! —Sus crudas palabras me dejan helada y acto seguido le desafío con la mirada. Es la primera vez que me levanta la voz y eso es algo que no soporto, nunca he podido soportarlo y no tengo por qué hacerlo ahora. Intento calmarme para no estropear más la situación.

—Bien, de acuerdo, en cierto modo he elegido estar aquí y ahora; nadie me ha obligado, pero tampoco nadie me obliga a permanecer junto a ti, ¿no? —bajo el tono de voz, aunque el matiz con el que le hablo es absolutamente desafiante.

Permanecemos uno enfrente del otro, retándonos, hasta que me doy media vuelta y camino en dirección al hotel, apresuradamente. No quiero mirar hacia atrás, aunque ahora daría cualquier cosa por ver su cara. Pero de una cosa estoy segura, no me lo ha impedido, y casi mejor que no lo haya hecho, pues en estos momentos me siento muy furiosa y no quisiera montar un numerito en la calle, sobre todo teniendo en cuenta lo importante que para él resulta su reputación.

Cuando llego a la entrada del hotel, decido pasar de largo. Necesito caminar y pensar. Me siento fatal por lo sucedido y porque no he sido capaz de controlarme. Me había hecho el firme propósito de no entorpecer su gira y precisamente he conseguido todo lo contrario. Me arrepiento de ello, pero también estoy enojada por su reacción; no entiendo el porqué de su comportamiento. ¡Nunca pensé que esto fuese tan complicado! Somos tan distintos y provenimos de mundos y culturas tan diferentes que si queremos hacer un proyecto en común tendremos que poner mucho de nuestra parte. Continúo andando a ritmo rápido hasta que empiezo a tranquilizarme, y conforme avanzo por las calles de Portland me voy arrepintiéndome más y más de mi comportamiento. Pongo rumbo al hotel, tengo que hablar con Sean.

Capítulo 39

Estoy apesadumbrado. Toda mi paciencia no es suficiente y esto se me está poniendo muy cuesta arriba. Sinceramente, no sé qué más puedo hacer. Jamás ha sido tan difícil, nunca me he sentido tan perdido. Cada paso que avanzo se convierte en dos que retrocedo, cada instante de felicidad se evapora efímeramente para convertirse en un momento de intenso dolor. Estoy maltratando mi corazón y cada vez me siento más ahogado; no bulle, no florece. ¿Será esta la prueba que debemos superar para encontrar la felicidad que tanto ansiamos? Porque de una cosa estoy seguro, estoy perdidamente enamorado de Olivia y sé a ciencia cierta que ella siente algo grande por mí. Sin embargo, su tragedia la mantiene encarcelada y no le da vía libre para intentar algo serio conmigo. Todo esto era más que previsible; el tiempo que ambos necesitamos se nos escapa. A lo mejor Ethan tiene razón, no está hecha para este estilo de vida, pero quiero intentarlo, mi deber es no dejarlo extinguir. No me lo perdonaría por nada del mundo.

Cuando estoy a su lado no necesito nada más ni a nadie más, cuando estoy lejos de ella no paro de desear que esté junto a mí..., estoy desgarrado. Sé que he sido brusco en mi afán por protegerla de los chismorreos y cotilleos; conocía la existencia del artículo y de las fotografías, era cuestión de tiempo que empezaran a salir a la luz. Al menos por ahora no ha trascendido su identidad, y eso nos dará un tiempo precioso.

A medida que paseo me encuentro mejor, al menos más tranquilo y con las cosas claras. El camino sigue siendo el mismo y yo continúo en él. En absoluto pensé que desearía tanto terminar una gira..., pero daré todo lo que tenga para acabarla con éxito. Ethan me ha comentado que ciertos medios se han puesto en contacto con él para obtener noticias de Olivia. Por el momento no diremos nada, no es necesario hacer más presión.

Mañana por la mañana tengo un acto con los fans en el hotel para promocionar el disco, y por la tarde, el concierto. Necesito tranquilidad y calma, así que decido regresar al hotel. Intentaré contactar con Olivia más tarde. Ella también necesita su tiempo.

Cuando llego al pasillo que da acceso a mi habitación me encuentro a Olivia apoyada en la pared, esperándome. Solo su presencia me hace sentirme aliviado y contento. Es curioso, ¿verdad? Conforme avanzo la ansío más y más, hasta el punto de volverme absolutamente paranoico.

—Hola —saludo conciliador.

—Hola —me dice con voz baja—, ¿puedo estar contigo un rato?

—Sí, claro, por supuesto.

Abro la puerta y entramos. Dejo la llave en el aparador, me quito la chaqueta y la miro, la miro con deseo, con esperanza, con sed de ella. Permanecemos en un incómodo silencio mientras la tensión se palpa entre nosotros. Si tuviésemos un cuchillo, podríamos cortar el aire fácilmente, sin ningún esfuerzo. Ella permanece callada, observa el suelo y levanta su mirada, que aprisiono intensamente con la mía. Veo perdón, veo magnanimidad, veo ternura, veo ilusión. Y las palabras son totalmente innecesarias; nuestras miradas expresan lo que nuestros corazones y nuestras almas anhelan. Pero no quiero dar el primer paso, tiene que hacerlo ella.

Se acerca poco a poco hasta que nos separan unos escasos centímetros. Nuestras miradas se han fundido en una sola, incapaces de seguir adelante la una sin la otra.

Siento escalofríos por todo mi cuerpo, siento el corazón ardiente, mi alma ansía la suya. Todo mi ser le pertenece, todo yo soy suyo.

—Lo siento, Sean. —Por fin da el primer paso—. Lo siento inmensamente. Te he fallado, lo reconozco. Mi corazón se ha fragmentado en mil pedazos y necesito que tú lo repongas.

Vaya..., me esperaba de todo menos esto...

—Olivia, te amo. —La abrazo, la abrazo fuertemente, la siento mía, me estremezco solo con su presencia—. Te amo como no he amado a nadie jamás. Perdóname tú también.

Con mis brazos rodeo su cuello mientras le acaricio suavemente el cabello con los dedos, hasta que la estrecho junto a mí. Nuestros cuerpos y nuestros rostros son uno solo; noto su respiración, el palpitar de su corazón, su dulce aroma..., todo me embriaga. No sé el tiempo que permanecemos así, pero me parece eterno, ¿el tiempo pasa? Juraría que se ha detenido y que nos quedaremos perpetuamente en este abrazo.

—Sean..., tú eres lo mejor que me ha pasado desde que..., bueno, ya lo sabes. No tengas en cuenta lo sucedido esta tarde, por favor.

—Lo sé, Olivia, lo sé. Para mí lo más importante es lo que sentimos el uno por el otro; eso está por encima de todo. Y solo si lo conservamos así podremos crear algo juntos, algo realmente bonito. ¿Quieres hacerlo?

—Sí —responde.

—Sabía que la revista había publicado el artículo, es más, se habían puesto en contacto con Ethan para confirmar la relación. Nuestra postura es no decir nada; procuro mantener mi vida personal separada de la profesional todo lo que puedo. Lamento no haberte tenido al tanto... Con el afán de protegerte, al final te he hecho daño. Prometo no volver a hacerlo.

—¿Tienes hambre? —Cambio de tema a la vez que nos separamos.

—¡Sí, muchísima!

—Bien, pues vamos a terminar lo que anoche no fuimos capaces de rematar. ¿Te importa que pida por ti?

—Deseo que pidas por mí.

Y pasamos la tarde-noche juntos disfrutando de una agradable velada, mientras observamos las pocas estrellas que las luces de la ciudad nos dejan ver.

* * *

A la mañana siguiente me pongo en contacto con Ethan. Me facilita el acceso al teatro y dedico varias horas a estudiar tranquilamente las obras que conozco menos. Conforme avanzo en el estudio, me enamoro del sonido de este violonchelo..., me va a costar desprenderme de él. El escenario está prácticamente a oscuras, salvo por un pequeño foco que me ilumina. Tengo la sensación de que alguien me observa, pero no logro saber quién es..., supongo que algún miembro del equipo. Hago un breve receso y doy gracias a Dios por estos momentos tan extraordinarios que estoy experimentando. Nunca me hubiese imaginado vivir algo parecido..., yo, que siempre busco el anonimato. Prosigo con el ensayo totalmente concentrada y después de más de dos horas lo doy por concluido. Guardo el violonchelo y el arco y salgo del teatro en dirección al hotel. Alguien de mantenimiento cierra la puerta detrás de mí y disfruto de un agradable paseo en un día soleado.

Cuando llego al hotel hay una algarabía de gente reunida en los alrededores, con cámaras de televisión y fotográficas y objetivos telescópicos. Entiendo que el acto no ha finalizado, así que decido bordear el edificio y entrar por el

acceso de atrás. Avanzo hasta la zona donde se sitúan los salones y adivino rápidamente en cuál se está organizando la firma de discos, tanto por la cantidad de gente que veo allí como por la música de fondo que emerge de la sala..., reconozco los temas de la gira. Entro sigilosamente y me quedo al fondo del salón. Al otro lado está Sean firmando discos y más discos, dejándose fotografiar y besar por sus fans.

Se le ve en su salsa, todo hay que decirlo. Sonrío al verle feliz y me dispongo a salir del salón cuando unos periodistas, literalmente, me asaltan. ¡Horror!, me han debido de reconocer.

—Por favor, ¿me puedes decir tu nombre?, ¿eres la nueva amiga de Sean?
¡Amiga!..., no puedo creer cómo categorizan a la gente...

—No sé a qué te refieres, la verdad, he venido a que me firme el disco, nada más —miento.

—¡Oh, vamos!, eres la mujer que sale junto a Sean en las fotografías que se han publicado, ¿cuánto tiempo lleváis juntos?, ¿eres de Madrid?

—Lo siento, te estás equivocando, de veras, no soy esa mujer —insisto y sonrío con amabilidad—, si me puedes dejar salir, te lo agradezco.

—¿Cómo surgió todo?, ¿cuánto tiempo lleváis juntos?

—¡Vaya!, ¡es increíble!, ¡qué tenacidad! Si me permites...

Salgo de allí como puedo, seguida de otros periodistas que continúan haciéndome preguntas similares, y consigo alcanzar el ascensor. Me han hecho multitud de fotografías en apenas unos segundos, lo cual no me gusta en absoluto. Supongo que en la siguiente edición saldrán publicadas..., ¡qué pesadilla! Subo a mi habitación y me tumbo en la cama, agotada. Al cabo de un rato llaman a mi puerta y oigo la voz de Ethan. Le abro.

—Hola, Ethan.

—Hola, Olivia. —Entra con semblante serio—. Siento lo sucedido con los periodistas, me he enterado tarde y no he podido evitarlo. No te hacía en la firma de discos.

—No pensaba estar, regresé pronto del ensayo y al ver que seguía el evento me asomé y es cuando debieron reconocerme. No te preocupes, Ethan, he negado todo y les he tratado con educación.

—Lo sé, me han preguntado a mí también, y a Sean. Ahora mismo está con la prensa, en el hotel, pero descuida, sabe cómo manejar la situación. La gira está a punto de concluir, así pues, espero que toda esta expectación disminuya una vez que regresemos a Toronto.

—Eso espero yo también, de veras —contesto con cierto alivio—. Muchas gracias por preocuparte. Voy a almorzar un poco en la habitación y descansaré antes de dirigirme al teatro. ¿A qué hora salimos del hotel?

—A las seis de la tarde. Tienes tiempo de sobra.

—Gracias, Ethan.

Y sale de la habitación. ¡Qué agradable es! Al poco rato llaman de nuevo a la puerta. Es Sean.

—¡Hola! —saludo con ilusión cuando abro.

—Hola, amor. —Me besa en los labios y me aparto para dejarle entrar.

—¿Qué tal ha ido la firma?

—Fenomenal, como siempre, disfruto mucho con los fans. —Sonríe.

—Voy a pedir el almuerzo para que lo sirvan en la habitación, ¿me acompañas?

—Me parece una idea excelente —contesta mientras se quita la chaqueta. Le veo cansado.

Comemos unos sándwiches acompañados de ensaladas variadas de ahumados y cuando acabamos nos tumbamos en la cama, boca arriba, y descansamos con nuestras manos entrelazadas. Hago memoria de la última vez que he compartido cama con un hombre... aunque sea de esta forma... y solo recuerdo a Juan hace año y medio. Intento que la nostalgia que siento no arruine este dulce momento y, sin apenas darme cuenta, me quedo dormida.

El sonido de un teléfono nos despierta bruscamente. Es el de Sean. Cuelga y se levanta rápidamente.

—¡Olivia!, ¡nos hemos dormido!, ¡vamos, tenemos que irnos en quince minutos!

Está totalmente sobresaltado. En lugar de saltar de la cama a toda prisa, me entra la risa tonta y no paro de reírme a carcajadas.

—¡Olivia!

Sigo riéndome y le contagio. Me levanto y preparo la ropa para llevarla al teatro. Me vestiré allí. Solo tengo que coger el vestido, los zapatos y las pinturas para maquillarme. Me cambio rápidamente en el cuarto de baño y me pongo unos pantalones y una sencilla blusa. Recojo mi cabello en una cola de caballo y salimos a toda prisa.

—¿Tus cosas? —pregunto alarmada.

—Ethan se encarga de llevarlas, no te preocupes. Siempre es así.

Cogemos el coche que nos lleva al teatro. Nos miramos y empezamos a reírnos sin remedio. Le abrazo y apoyo mi rostro en su pecho.

—Eres genial, Olivia, acabas de sacarme una sonrisa cuando debería de estar de los nervios.

—¡Pero si vamos a llegar a tiempo!, ¡tranquilo! Además, así liberamos tensión.

En realidad, no vamos mal de tiempo, pero si Ethan no nos llega a avisar... ¡Al menos vamos descansados! Cuando llegamos al teatro nos separamos, él se dirige a su camerino y yo al de la *big band*. Me desvisto con premura y me pongo el vestido nuevo.

Ahora me doy cuenta de que ni me lo había probado, ¿y si no me valiese? Pero observo que me sienta como un guante, supongo que habrá averiguado mi talla de alguna manera. Los zapatos me quedan perfectos y no me hacen daño. Se nota que son de buena calidad y buena piel. Me recojo el cabello en un moño bajo, como suelo hacer para los conciertos, dejando unos pequeños mechones delanteros sueltos que dan cierto aire desenfadado a mi *look*. Comienzo a maquillarme; como siempre, una base fluida y ligera y con un poco de rubor en tonos malva en las mejillas, algunos toques de iluminador en la zona alta de los pómulos y, para los párpados, un ahumado en los mismos tonos que resaltan el color marrón de mis ojos. Los marco con un delineado en negro al ras de las pestañas superiores y me pongo mucha máscara. Finalmente, escojo un carmín en un tono acorde con el maquillaje y me perfumo sutilmente. Y solo falta la prueba de fuego; saco el violonchelo del estuche, me siento y me coloco con él entre las piernas... ¡El vestido tiene la caída perfecta para poder tocar!... ¡Es genial!

Salgo del camerino con el violonchelo y el arco en mano y me dirijo al *backstage*, donde están los músicos. Me ruborizo al ver sus miradas recorriéndome de arriba abajo, sorprendidos por mi transformación. No es para tanto...

—¡Olivia!

Me doy la vuelta y veo a Ethan. Sonrío.

—¡Hola!, ¿todo bien?

—Sí, no sé qué has hecho, pero Sean está pletórico.

—Me alegro —respondo con franqueza—, se lo merece.

—Sí, se lo merece —afirma mientras me examina.

—Estás impresionante.

—Gracias —él sonrío, muy atento a mis movimientos—, el vestido es precioso.

—Lo elegimos a la primera. Pero, sin duda, lo luces de forma espectacular —afirma, y da un giro a la conversación—. ¿Cómo vais?

No sé muy bien qué contestar. No logro saber de qué lado está, si realmente cree que lo nuestro puede resultar bien o si quiere que no sigamos porque no me ve con Sean. Decido responder con otra pregunta.

—¿Tú cómo nos ves?

Su reacción me confirma que mi pregunta le sorprende.

—Olivia, Sean está perdidamente enamorado de ti. Si vas a ser capaz de seguirlo con todas las consecuencias, adelante. Pero si en el fondo tu estilo de vida no va con esto, no lo alargues más. No dudo que puedas amarle con más o menos intensidad, solo quiero que entiendas bien a qué me refiero.

Da media vuelta y se va, dejándome con la palabra en los labios. Reconozco que me he sentido ofendida y me han sentado muy mal el tono y el trasfondo de lo que ha dicho, pero tiene toda la razón. Ethan es el hombre más cabal que he conocido en mi vida. Respiro hondo, muy hondo, y me apoyo en la pared, pensativa. La *bofetada* que me acaba de dar me pone sobre aviso. Tengo mucho en lo que pensar, pero ahora no es el momento, ahora tengo que centrarme en este concierto que en pocos minutos dará comienzo y, sobre todo, en Sean, que no debe percibir mi preocupación. Cierro los ojos y me concentro en la respiración.

Capítulo 40

El aforo está completo. Nos avisan para que salgamos al escenario. En ese preciso instante, Sean se acerca a nosotros.

—¡Vamos, chicos!, ¡a por Portland! Disfrutemos y hagamos que el público conecte con nosotros y pase la mejor noche de sus vidas, ¡adelante! —dice, y me mira, o más bien diría que me come con la mirada. Me recorre de arriba abajo y de abajo arriba. Su cara lo dice todo, le he dejado asombrado—. Olivia, ¡estas deslumbrante! —me habla en voz baja, lo suficiente como para que nadie pueda escucharnos—, bella, sexi, majestuosa..., sinceramente, sensacional. Has sacudido todo mi mundo y lo has llenado de alegría, esperanza y ganas de vivir.

—Oh, vamos, Sean, me estoy sonrojando...

—Olivia, te amo —me interrumpe, y se acerca mucho a mí.

Su mirada refleja deseo, amor, admiración..., es ardiente y apasionado, tórrido y abrasador. No puedo dejar de mirarle y la turbación inunda mi pequeña existencia. Sus pupilas se dilatan y presiento que las mías también lo hacen.

Noto cómo me desea con una indomable ansia, y la poderosa atracción que se crea entre los dos nos envuelve en un círculo mágico del que ninguno queremos salir. Y por primera vez siento que quiero más de él, ya no me vale con lo que teníamos hasta ahora..., me acerco y le beso con pasión sin darle tiempo a reaccionar. Me estrecha contra él y me abraza, y empieza a recorrer con sus manos toda mi espalda hasta que llega a la zona de las nalgas, donde se detiene, deja de besarme y me da dos palmaditas.

—Vamos, hay que salir al escenario. Ya han salido todos.

—Ya voy —respondo aturdida, y regreso a la realidad.

Salgo y me coloco en mi sitio. Saco la pica, la introduzco en una irregularidad del piso y tenso el arco. Mi compañero me da el la que ha cogido de la *big band* y afinó el violonchelo.

Las partituras están colocadas por orden, en su sitio; el espectáculo empieza. La banda comienza a tocar, yo con ellos, y el juego de luces anuncia la entrada de Sean en el escenario. Está pletórico y muy guapo. Lleva unos

pantalones de color gris marengo con una camisa blanca, sin corbata, y el cuello desabotonado, como es habitual en él. El público se levanta, aplaude, corea, grita..., es increíble la energía que se siente; se me ponen los pelos de punta. Por un instante, la emoción que me embarga hace que pierda la concentración, afortunadamente sin mayores consecuencias. Lo que estoy presenciando no lo he vivido nunca en ninguno de mis conciertos; sus gestos y movimientos expresan vitalidad y optimismo. Al fin y al cabo, la gente quiere pasar un buen rato, disfrutar y evadirse de sus problemas, y eso es exactamente lo que él logra a la perfección.

Comienza a cantar..., qué voz tan bonita y sensual tiene, ha debido de recibir clases de canto en algún momento de su vida. Además, se mueve por el escenario como pez en el agua y conecta con el público como si conociese a todos y cada uno de los que están allí. Me fascina lo que estoy viviendo en este concierto, es inaudito, y desde luego un gran aprendizaje para mí. Repite más o menos lo mismo que en los anteriores, gasta bromas, e incluso en un momento determinado hace subir al escenario a una persona del público para charlar con ella, contar algún chiste y cantar juntos. Arranca sonrisas y carcajadas y la buena sintonía se palpa con las yemas de los dedos.

Las casi dos horas que dura se me pasan volando, de pronto empieza a presentarnos. Al llegar mi turno, avanza hacia mí y me da la mano, haciendo un ademán para que me levante, mientras pronuncia mi nombre. Le hago caso, me pongo de pie mientras sostengo el violonchelo con la mano izquierda, me abraza y me da un tierno e inocente beso en los labios. Sonríe y se aleja para presentar al siguiente músico. Un aluvión de *flashes* se dispara en este momento...; indudablemente, en los próximos días aparecerán fotografías en la prensa. Y la pregunta es: ¿por qué lo ha hecho?, ¿ha sido premeditado o no?

Al finalizar el concierto, me cambio de ropa y me pongo cómoda para ir a la tradicional cena con los músicos, que tendrá lugar en el hotel. Me siento eufórica y extrañamente entusiasmada, a pesar del beso en el escenario. Salgo del teatro con el violonchelo a la espalda y el portatrajes que me ha prestado Ethan para llevar el vestido y los zapatos. En la entrada hay algún músico de la banda, periodistas y fotógrafos. En cuanto los veo, me giro para que no me vean la cara, pero lamentablemente es tarde; con el violonchelo soy fácil de reconocer. Algunos empiezan a comparar mi rostro con el de las fotografías que se han tomado, y que estarán corriendo como la pólvora por las redes sociales.

En pocos segundos me rodean y me hacen incómodas preguntas; quieren saber mi nombre, de dónde soy, cuánto tiempo llevo con Sean, si soy su *novia* oficial..., y los *flashes* no paran de parpadear. En un alarde de autocontrol, sonrío y contesto que no tengo nada que decir. Afortunadamente, Sean hace su aparición y atrae la atención de todos. En apenas unos instantes me dejan sola y Ethan sale a mi encuentro y me lleva hasta el coche que hay aparcado a pocos metros. Apenas logro ver a Sean, está rodeado de fotógrafos y oigo su voz, pero no logro comprender lo que dice. Decido no mirar hacia fuera del coche y comienzo a respirar profundamente mientras espero; estoy nerviosa solo de pensar que la intimidad de la que siempre he gozado se resquebraja por momentos.

En un par de minutos, Ethan y Sean entran en el coche y ponemos rumbo al hotel. Le descubro contento, quizás porque esta situación para él no sea tan novedosa como para mí. Me abraza y me observa detenidamente.

—¡Enhorabuena por el concierto!, ¡ha sido increíble! —le felicito, quizás sin el convencimiento necesario.

—Sí, ha sido genial, ¿has visto la conexión con el público?, ¡esto me da la vida! —Le veo realmente feliz, por lo que evito preguntar por el encuentro con los periodistas y sonrío.

—Eres genial, Sean, me encanta la forma que tienes de llevar tus conciertos. Hoy he aprendido mucho de ti.

—¿De veras? —pregunta con cierto cinismo.

—De veras, lo digo en serio.

Durante el trayecto charlamos tranquilamente. De vez en cuando miro hacia los asientos delanteros; conduce un chófer y Ethan está a su lado, callado, escuchando. Me vienen a la mente las duras, pero certeras palabras que me dijo hace unas horas... y me pregunto si realmente me siento cómoda con este estilo de vida, si lo que siento por Sean es suficiente como para dejarlo todo y emprender algo juntos, si mi camino se debe cruzar con el suyo. Pero no soy capaz de responder, solo sé que estoy viviendo el día a día y que me gusta estar con él. En cuanto a todo lo que le rodea..., prefiero no pensar en ello y centrarme en lo que toca: disfrutar de la cena tras el concierto y dejar brillar a Sean por sí mismo, sin llamar la atención.

Llegamos al hotel. Gracias a Dios, no hay ni fans ni periodistas del corazón cerca, o al menos así me lo parece. Subo a mi habitación y Sean se dirige a la suya. Dejo el violonchelo en un rincón y dudo si ponerme nuevamente el vestido, pero decido no hacerlo. Hoy no quiero llamar la

atención. Lo guardo cuidadosamente en el armario y rebusco entre la poca ropa que me he traído. ¡Madre mía!, como sea así su ritmo de vida voy a necesitar comprarme cuatro armarios. Elijo algo discreto; un pantalón de corte recto de color burdeos y tobillero que combino con una blusa blanca entallada, con manga recta tres cuartos. Me pongo los zapatos de salón negros que me ha regalado y me suelto el cabello. Cuando bajo al salón donde dan el cóctel, los músicos están charlando. Busco a Sean con la mirada y le veo totalmente relajado, junto a Ethan. No tarda mucho en encontrarme, sus gestos y su rostro lo dicen todo; está plenamente enamorado de mí. Y cuando él me mira, mi corazón se para.

Viste los pantalones gris marengo y la camisa blanca bien entallada que ha llevado en el concierto, desabotonada hasta la mitad del pecho, que deja entrever la trabajada musculatura de su torso, hombros y brazos. Me acerco hasta él y nos damos un pequeño beso en los labios.

—Te estábamos esperando para empezar —me dice.

—Vaya, no teníais por qué hacerlo.

Los camareros empiezan a pasar bandejas y más bandejas de comida y también de bebida.

—Estamos entusiasmados con el resultado del concierto; tu actuación ha acompañado maravillosamente bien, en su justa medida. Creo que ha sido una buena idea que podemos desarrollar en el futuro —apunta Ethan.

—Sí, estoy totalmente de acuerdo. Lo incluiremos en Búfalo y luego ya veremos —añade Sean.

—Oye, estás preciosa —me dice Ethan al oído, en un murmullo casi inaudible con la música y el ruido ambiente—, pensaba que ibas a bajar con el vestido negro.

—Bueno, he pensado que ahora no era el momento de llamar la atención. Por eso me lo he quitado, aunque confieso que me hubiera gustado llevarlo.

—Por ahora hemos llegado a un buen entendimiento —bromea.

—¿Solo eso? —le recrimina Sean sorprendido, pero a la vez alegre—. De veras, ¡ya nos ves!, estamos contentos, pero con todo el camino por hacer.

—Yo os veo en sintonía —apunta él. No sé si lo dice o no en serio, pero desde luego suena contundente—. Seguid así, os sienta bien a los dos. Voy a ver a los chicos. ¡Disfrutad!

Y se marcha con el resto de la gente, no solo los músicos, sino también los encargados de mantenimiento, audio, luces, etcétera. Más personas a las que no conozco, pero que van bien vestidas, se acercan a saludar a Sean.

Deben de estar relacionadas con el mundo de la música. Prefiero dejarle solo y me disculpo con la típica excusa de ir al servicio, lo cual es cierto. Salgo del salón y me dirijo a los cuartos de baño. Me miro al espejo..., se me ve bien, con buena cara.

No puedo evitar pensar en el abismo que se está abriendo delante de mí, y empiezo a tener pánico a lo desconocido. En cuanto acabe lo de Búfalo, ¿cómo serán nuestras vidas? Me refresco la nuca, bebo un poco de agua y salgo en dirección al salón. Cuando llego a la puerta, me llama la atención una mujer rubia y despampanante, muy alta, con un cuerpo espectacular enfundado en un vestido rojo entalladísimo y pegado a su piel. Está hablando animadamente con Sean, aunque a él no le veo la cara porque se encuentra de espaldas a mí. Me parece haberla visto en otro momento. Reparo en que Ethan se ha dado cuenta de la situación y viene hacia mí con paso firme.

—¿Olivia?, ¿qué pasa? —Debe de haber visto mi expresión boquiabierta y confundida.

—¿Quién es? —Señalo sutilmente a la mujer de rojo. Ethan los mira y se vuelve hacia mí.

—Es la exprometida de Sean, la mujer a la que dejó por ti el pasado mes de enero —contesta rotundamente.

Ahora recuerdo dónde la he visto..., en internet, justo en el momento en que supe que Sean era *Sean*. No sé qué decir ni qué hacer. Mirándolos advierto que hacen una muy buena pareja, son guapos y estilosos. En cierto modo, no hago más que admirarla, es imponente, y Sean está hablando animadamente con ella. ¿Seguirá sintiendo algo?

—¿Ha venido al concierto?

—En realidad, no, estaba por la ciudad. Se ha enterado por las redes sociales y me ha llamado para preguntarme en qué hotel estamos alojados. Supongo que querrá saludarle, ¿no crees? Se conocen desde hace bastante tiempo.

En ese preciso instante, Sean se vuelve y me ve. Hace un gesto para que me acerque, y voy con paso algo inseguro.

—¡Olivia!, ven, te presento a una vieja amiga, Chloe. Chloe, ella es Olivia.

—¡Hola, Olivia!, encantada de saludarte —dice muy resuelta.

—Hola, Chloe. —Sonrío, pero no puedo decir que sea un placer conocerla.

—Sean me ha comentado que estás aquí pasando unos días, acompañándole en la gira, y que tocas maravillosamente bien el violonchelo.

—Muchas gracias, no es para tanto... —contesto con modestia.

—¿Regresas a tu país en cuanto acabe la gira? —me interrumpe. En el fondo está buscando información. Sean y yo nos miramos.

—En realidad, aún no lo hemos decidido —resuelve él, y me coge de la mano de forma evidente. Está marcando el terreno.

—No tengo prisa, estoy de vacaciones. Y con tiempo por delante antes de regresar —añado.

—Pues entonces me alegro por los dos, tendréis tiempo para vosotros después de la locura que suponen las giras, ¿verdad, Sean?

Claramente está dando a entender que ella o lo ha acompañado o lo ha esperado. Está muy sonriente y no parece afectada porque Sean la haya dejado hace medio año. Quizás ha reconducido su vida.

—¿Quieres tomar algo, Chloe? —la invita Sean.

—Pues sí, te lo agradezco.

Él llama al camarero, que se acerca. Chloe coge una copa de vino blanco y yo hago lo mismo.

Y comienza a hablarle sobre personas y acontecimientos pasados que desconozco. Escucho pacientemente y observo. Sean conversa sin aparentar estar incómodo con la situación, como lo estoy yo, no puedo evitarlo. La veo tan guapa, tan estilosa..., ¿por qué la dejaría si en enero no tenía nada conmigo? Tendré que enterarme en otro momento. Después de mirarlos y escucharlos durante unos minutos, me siento fuera de juego y totalmente ajena a la conversación, por lo que decido dejarles y entretenerme con los chicos de la *big band*.

—Disculpadme —les digo en voz alta.

Les doy la espalda y me voy con el resto de los músicos. Ethan está muy atento a todo y noto que me sigue con la mirada. Yo procuro estar siempre de espaldas a Sean, no quiero que se noten mis más que recelosas miradas hacia la mujer más bella que hay esta noche en el salón. Al rato empiezo a notar el cansancio, sobre todo me duelen los pies después de toda la velada sin poderme sentar. Creo que los demás son conscientes de ello, pero finjo no darme cuenta, o al menos no darle demasiada importancia. No haciéndolo, no doy credibilidad a la larga charla de Sean con Chloe. Desearía irme a mi habitación y desaparecer, pero paso la fiesta con los músicos, que, por otro lado, me divierten. De ellos aprendo a valorar a Sean desde el punto de vista

profesional. Es interesante escuchar de primera mano los notables elogios hacia su música, su persona y sus actos, y me llena de orgullo ser testigo de algo que conforma su personalidad. Estoy satisfecha de poder contar con su cariño y su afecto más profundo; es un gran hombre con cualidades tan nobles como generosas.

—Olivia, perdona que te haya desatendido todo este tiempo. —Me encanta escuchar su voz y oler su sensual perfume, tan masculino. Me doy la vuelta y le sonrío.

—No te preocupes, estoy muy entretenida con tus músicos. ¡Son alucinantes! —Miro a mi alrededor y no veo a Chloe—. ¿Dónde está *tu amiga*? —Enfatizo las dos últimas palabras.

—Ya se ha ido. Estaba de paso y tenía cosas que hacer. Solo nos hemos puesto al día de amistades comunes. —Inspecciona mis ojos—. ¿Estás celosa?

—¡Oh, por supuesto que no! —miento, aunque intento ser lo más convincente posible—. Oye, todo esto es impresionante. ¿Lo haces después de cada concierto?

—Sí, lo hago siempre, es una forma de celebrar que ha terminado, hacer equipo y ¡llenar los estómagos vacíos!

Apuro mi copa de vino blanco..., se me está subiendo a la cabeza. No estoy acostumbrada al alcohol, y aunque he picoteado de los exquisitos canapés que nos están sirviendo, no puedo evitarlo. Permanecemos allí un rato más hasta que decido retirarme; el dolor de pies se está volviendo insoportable.

—Sean, voy a subir ya. Espero que no te importe. Estoy cansada y además estos zapatos me están matando.

—Por supuesto, te acompaño.

Capítulo 41

Subimos a mi habitación. Cuando llegamos, saco la llave del bolso para abrir la puerta. No sé cuáles son sus intenciones, pero hoy no tengo ganas de más encuentros.

—Muchas gracias por todo, Sean, hasta mañana. —Zanjo cualquier intento de continuar la velada. Por la expresión de su rostro, adivino que tiene en mente otro plan muy distinto.

—¿No me dejas pasar? —Su tono bajo de voz suena muy sugerente. Esa mirada... me atraviesa por completo. Ardiente, apasionada e irresistible.

—Estoy cansada...

—Tus ojos no dicen lo mismo.

Tiene razón, me ha cogido desprevenida. Le dejo entrar y cierro la puerta. Enciendo la luz de la lámpara que hay sobre el escritorio. El resto de la habitación está a oscuras y en silencio. Me quedo de espaldas a él, mirando hacia a la ventana, por donde entra el reflejo de la luz de las farolas de la calle. Se acerca y me abraza por la espalda estrechándome contra él, con sigilo. Me envuelve con sus brazos alrededor de mi cintura y apoya su mejilla sobre la mía. Disfruto de este momento de intimidad al mismo tiempo que mi corazón late a un ritmo desenfrenado. Pero lo que más siento es ternura y una cierta afinidad, a pesar del calor que se está apoderando de mí. Poco a poco experimento algo más, y mi mente viaja año y medio atrás... Juan... Noto que me aprieta suavemente y me estrecha más hacia él, y sus dedos me rozan los labios buscando introducirlos en el interior de mi boca... Juan... Nuestras respiraciones van al compás, cierro los ojos mientras levanto el brazo y acaricio su nuca... Juan... Y de repente siento las manos de Sean acariciando mis senos con erotismo... Juan... Respiramos agitadamente mientras esperamos ansiosos lo que queda por llegar... Juan... Abro los ojos y me separo bruscamente de él. Me apoyo en el sillón mientras espero a que mi corazón recupere su ritmo normal.

—Lo siento..., no sabes cuánto lo siento, pero no puedo seguir. No estoy preparada. —Me giro y le miro a los ojos. Veo pasión, veo ira, veo deseo, veo irritación. Pero no contesta, se limita a posarlos en mí. Respira

aceleradamente y se lleva las manos al rostro—. Por favor, no te enfades conmigo, no quiero que esto suceda.

—Podrías haber sido más explícita —contesta secamente mientras gesticula con sus manos—. Para mí esto es una consumación de todo lo que siento por ti. Si no hay caricias ni hay deseo, ni siquiera contacto íntimo contigo, me falta lo fundamental para sentirme plenamente tuyo, para sentirte plenamente mía, para sentir una conexión espiritual que va más allá del sexo. No es solo sexo por puro placer, Olivia, ni un calentón; es plenitud, es unión, es TODO. ¿Podrías decirme qué te impide estar conmigo?

No tengo mucho más que reprocharle, más bien nada. En toda mi vida me habían dicho algo así. Me he quedado sin palabras, ¿qué puedo decirle? Es tan bonito lo que siente, tan honesto, que me veo como una verdadera idiota a su lado, incapaz de ponerme a su altura, por más que lo intento. Lágrimas de impotencia ruedan por mis mejillas sin que pueda controlarlas.

—Sean..., me siento horriblemente mal, de veras... —Carraspeo—. Esto que me dices es tan hermoso..., me has dejado sobrecogida. Soy una estúpida, pero créeme, no estoy jugando contigo. —La voz me tiembla conforme las lágrimas se apoderan de la poca entereza que me queda. Me siento en el sillón y cojo unos pocos pañuelos de papel que hay en la mesilla para secarlas e intento controlar mis sollozos.

—Entonces ¿qué pasa? Siento que tu cuerpo está aquí, conmigo, me responde, pero tu mente sigue tan lejos... ¿Dónde estás?

—Estoy con Juan —respondo con temor—, no puedo evitar ese sentimiento de pertenencia a él...

Y un mazazo cae con todo su peso sobre los vigorosos hombros de Sean. Su rostro cambia radicalmente, noto distanciamiento y rechazo. Se está alejando tanto de mí que me da miedo, mucho miedo.

—Olivia —respira hondo para serenar su voz y aclarar sus ideas—, ya sabes lo que siento. Soy todo tuyo, tanto que cuando estoy contigo me olvido de mí para convertirme en nosotros. Deseo estar dentro de ti, deseo tu cuerpo, deseo tu alma, deseo tus defectos y tus virtudes, deseo pasar mi vida a tu lado tanto que hasta me duele. —Se da pequeños golpes en el corazón conforme su voz suena temblorosa—. Pero indudablemente, si uno de los dos no puede darse por completo, para mí la relación está coja y es incompleta.

—Sean, por favor... —Lloro y lloro sin poderlo remediar.

—¡Déjame terminar! —me corta con rotundidad. También se ha emocionado, sus ojos comienzan a ponerse vidriosos, sin duda está a punto de

llorar—. Olivia, he esperado y aguantado, he tenido paciencia hasta donde pensaba que no la tenía, he hecho muchos kilómetros para verte sin saber qué podía salir de esto... Me siento exhausto, sin fuerzas y sin una visión de lo que el futuro pueda depararnos, viviendo el día a día.

Su voz tiembla y mi corazón no va a resistir mucho más tiempo sin romperse en mil pedazos.

—Olivia —continúa—, mi alma, mi cuerpo y mi corazón son tuyos, ya no me pertenecen. Haz con ellos lo que quieras. Solo te pido una cosa..., hazme saber el momento en que estés preparada para entregarte a mí. Hasta que no sea así, te ruego que no te acerques más, porque no sé si saldría vivo después de un nuevo rechazo. Lo siento mucho, pero me voy, si me quedo aquí más tiempo me volveré loco. —Su tono de voz es severo, firme e incluso un poco hiriente.

Se da media vuelta y sale de la habitación. En cuanto cierra la puerta, me derrumbo y caigo al suelo totalmente abatida, sollozando sin parar hasta que no me quedan más lágrimas que derramar. Instintivamente, mi cuerpo se coloca en posición fetal, estoy hundida, devastada, y con un incipiente dolor de cabeza y de ojos. Tan deshecha como hace año y medio; los temblores se apoderan de mí y siento un fino dolor en el pecho. Me mareo y me cuesta respirar.

No sé el tiempo que estoy así en el suelo cuando oigo que alguien llama a la puerta, pero los mareos me impiden hablar y soy incapaz de levantarme. Vuelven a llamar, y yo sigo en el suelo. Oigo las voces de varias personas que por fin han entrado en la habitación. Encienden la luz y lo último que escucho antes de desmayarme es a alguien vociferando para que llamen a una ambulancia.

* * *

—Está tranquila y durmiendo. El electro ha salido bien y sus constantes vitales son estables.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto asustado.

—Ha tenido un ataque de ansiedad grave. Le he suministrado un medicamento que la hará descansar toda la noche. No es necesario nada más por el momento, solo controlar su evolución. Hasta mañana no se despertará. Es importante alejarla de la fuente que le haya provocado el ataque.

—Muchas gracias. Avisaré para que el médico del hotel la vea a primera hora.

—Bien. Que pasen buena noche.

Me giro y me quedo mirando a Olivia. Los servicios de emergencias han aparecido en un tiempo récord. Me alegra que todo haya quedado en un desagradable susto. Me quito la ropa y me acuesto con ella, en su cama.

Es lo suficientemente grande como para que podamos dormir juntos sin rozarnos, perfectamente separados. No quiero dejarla sola, lo importante es que descanse. Apago la luz y procuro conciliar el sueño.

A la mañana siguiente me despierto temprano y contemplo a Olivia, que duerme tranquilamente. Quizás la he presionado demasiado..., me arrepiento de pedirle más de lo que ahora está dispuesta a dar. ¡Necesitamos tanto tiempo para los dos! Está serena y, por qué no decirlo, preciosa. Acaricio suavemente su rostro y se me encoge el corazón al pensar cómo he podido dejarla en tal estado.

Gracias a Dios, Ethan me estaba buscando y al verme tan alterado no tuve más remedio que contarle lo sucedido. Me desfogué con él y a los pocos minutos bajamos a la habitación de Olivia para ver cómo se encontraba. Lo que vieron mis ojos me dio verdadero pánico; no soportaría perderla. Ahí estaba, desplomada en el suelo, inconsciente. Ethan llamó a urgencias y en apenas cinco minutos ya estaban atendiéndola.

Me levanto al escuchar el sonido de mi teléfono y contesto:

—¡Ethan!

—Hola, Sean, buenos días. ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Dormida. Aún lo está.

—Bien, al menos solo ha sido un susto.

—Sí, tan solo un susto.

—Bien, ¿cómo quieres que arregle lo de Búfalo? El concierto es dentro de cuatro días.

—Id vosotros, id preparándolo todo. Por ahora no cambiamos la hoja de ruta. Llévate el violonchelo y la maleta de Olivia; la preparo en unos minutos. Búscanos un pasaje en primera clase en el primer avión que salga a mediodía. Te voy contando.

—De acuerdo.

Cuelgo y busco la maleta de Olivia. Está dentro del armario. La saco y empiezo a guardar su ropa, tratando de que todo vaya bien doblado. Compruebo los cajones, el cuarto de baño y el armario. Creo que lo tengo

todo. Dejo sobre el sillón la ropa interior, unos vaqueros, una camiseta de manga corta, una chaqueta y los zapatos más cómodos que veo. ¡Qué poca ropa se ha traído!, tendremos que remediarlo cuanto antes. Ethan entra en diez minutos y se lo lleva todo, no sin antes echar un vistazo a Olivia.

—Parece que está bien —comenta.

—Sí, en eso confío.

—Bien, salgo con el equipo para Búfalo. Aquí tienes los billetes.

—Muchas gracias, Ethan, te agradezco todo lo que haces, como siempre.

Cuando se marcha, pido que suban el desayuno a la habitación; café bien caliente, leche, zumo de naranja natural y diversos panecillos con mantequilla. Mientras tanto, aprovecho para darme una ducha y vestirme.

* * *

El olor a café recién hecho me despierta. Miro a mi alrededor y no veo a nadie. Estoy un poco aturdida..., no recuerdo nada de lo que sucedió anoche, después de irse Sean. Me pesan los brazos, las piernas..., ¿por qué estoy así? Me cuesta levantarme y solo consigo sentarme en la cama. Escucho ruido en el baño, ¿quién estará ahí? Me giro y veo la calle a través de la ventana. El sol entra abriéndose camino entre las caídas de las cortinas y me quedo absorta contemplando el cielo.

—Buenos días, Olivia. —Es Sean. Me giro y le veo tan guapo como siempre, con esa bonita sonrisa que tan bien le sienta.

—Buenos días, Sean. —Empiezo a recordar la discusión de ayer y no sé qué decirle. Decido esperar a que él hable primero.

—¿Tienes hambre? —Se acerca a la cama y empieza a servir una taza de café; después añade leche—. ¿Azúcar?

—No, así vale —contesto titubeante. No sé como tomarme esto...

—¿Pongo mantequilla en los panecillos...? Olivia, ¿me oyes?

—Sí, sí, gracias. Perdona, estoy un poco aturdida hoy. No sé qué me pasa..., me cuesta razonar.

—Debe de ser el medicamento que te dieron para dormir.

—¿Qué medicamento? No recuerdo nada... —Bebo un sorbo de café que me sienta a las mil maravillas.

—Después de salir de la habitación me fui a la mía. Ethan nos estaba buscando y cuando dio conmigo me vio en tal estado que, en fin..., insistió en

venir a verte. Bajamos a tu habitación y te encontramos en el suelo, inconsciente. Los servicios de urgencias te atendieron aquí mismo. A pesar de que recuperaste el conocimiento, te administraron un medicamento para que descansaras toda la noche.

Le estoy mirando sin creerle..., no recuerdo absolutamente nada..., mi cara de asombro lo debe de decir todo.

—Olivia, has tenido un ataque de ansiedad —prosigue todo lo objetivamente que puede. No me está recriminando nada a mí..., ni a sí mismo —, debes descansar. A mediodía nos vamos a Búfalo en avión. Tienes un par de horas para recuperarte. ¿Querrás venir conmigo?

No está siendo fiel a las últimas palabras que recuerdo..., es de las pocas cosas que me vienen a la mente con total claridad: «Solo te pido una cosa..., hazme saber el momento en que estés preparada para entregarte a mí. Hasta que no sea así, te ruego que no te acerques más, porque no sé si saldría vivo después de un nuevo rechazo...».

Decido mantener las distancias.

—¿Mi ropa? —Cambio de tema.

—He preparado tu maleta y recogido todos tus enseres. Se los ha llevado Ethan, junto con el violonchelo. He dejado algo para que te lo pongas hoy.

Le miro extrañada..., me siento confundida..., tanto que no sé qué hacer o cómo continuar. Me entran ganas de regresar a Madrid, muchas ganas.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy, Sean. ¿Dónde has puesto mi billete de vuelta a Madrid?

Pánico, sobresalto, hundimiento..., eso es lo que me transmite su mirada. Se ha quedado agarrotado y tenso con mi pregunta y veo que no es capaz de articular palabra alguna.

—¿Dónde está mi billete de regreso? —insisto.

—¿Quieres irte? —pregunta con mucha cautela.

—Deseo poner tierra de por medio y alejarme de todo lo que me ha provocado la crisis de ansiedad —respondo secamente.

Le dejo sin palabras, lo sé. Pero es lo que ahora mismo siento, he estado muy muy cerca de volver a caer en el abismo y, sinceramente, con todo lo que me costó salir de él, continuar con Sean me parece lo menos recomendable ahora mismo. Ha puesto mi vida patas arriba... Pero ¿de verdad me quiero separar de él? Mi mente y mi consciencia son las que hablan; ahora bien, mi corazón...

—Lo siento de veras. El billete se lo ha llevado Ethan; está en tu maleta. Pero si es lo que quieres, podemos arreglarlo en alguna agencia de viajes — contesta abatido.

—Bien, déjalo de momento. Te acompaño a Búfalo.

Decido que es mejor pensar las cosas con calma. Tal vez tomar este tipo de decisiones en caliente no sea lo más aconsejable. Noto que respira hondo y se empieza a relajar. El pánico que he visto en sus ojos ha sido enternecedor. Continúo desayunando hasta que se acaban todos los panecillos. Intento levantarme de la cama, pero me cuesta horrores. Lo consigo por fin, con su ayuda. He de hacerlo si quiero ir al aeropuerto.

—Quiero darme una ducha.

—¿Podrás sola?

—Creo que sí. —Dudo.

—Te acompaño al baño; estaré en la puerta esperando.

Consigo andar torpemente y comienzo a desnudarme con cierto aturdimiento; mis reflejos, mis movimientos son pesados. Me miro al espejo..., alguien debió de quitarme el maquillaje que, sin duda, estaría horrible después de todo lo que lloré anoche. Afortunadamente, la ducha cuenta con varios agarradores donde sujetarme. Me lavo el cabello y permanezco unos segundos bajo el agua tibia, necesito espabilarme. Salgo y me seco. No veo mis cosas, ni el desodorante, ni la colonia, ni las cremas para el rostro... En fin, no me cabe la menor duda de que sabe recoger perfectamente... Quito la humedad del cabello con el secador y salgo del baño enfundada en un albornoz. Sean está en la puerta, como ha prometido. Le noto nervioso, sin saber muy bien cómo actuar.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias —respondo secamente—. ¿Me acercas mi ropa, por favor?

—Sí, claro. —Se dirige al sillón, la coge y me la tiende con suavidad.

Regreso al baño y me visto. Cuando entro de nuevo en la habitación, Sean está contestando algunos mensajes en su teléfono. Le noto algo más tranquilo. Llamen a la puerta y abre. Aparece un señor de mediana edad con una maleta. No sé quién es. Se dirige hacia mí con mucha calma.

—Buenos días, señorita Olivia, soy el doctor Morris. El hotel me ha avisado para que te visite a primera hora. ¿Qué tal estás? —Toma mi mano y comienza a medir el pulso.

—Me siento muy lenta de movimientos, pero me encuentro bien.

—Perfecto, es una excelente señal. Ahora vamos a tomar la tensión, revisaré la vista y te auscultaré.

* * *

Les dejo solos unos minutos, apartado en el extremo opuesto de la habitación. Miro a Olivia con mucho nerviosismo..., es tan frágil... Si le pasara algo, no me lo perdonaría. El doctor le hace diversas pruebas y charla animadamente con ella. Al finalizar se dirige a mí.

—¿Es usted su marido?

—Eh... No...

—¿Tiene alguna relación de parentesco con la señorita?

—Pues en realidad, no... —me observa con precaución—, su familia está en Madrid. Ella ha venido a visitarme —aclaro.

—De acuerdo. Está bastante bien, quizás un poco aturdida por la medicación que le hemos suministrado. Debería estar tranquila hoy, sin nada que la pueda alterar. Por lo demás, no es necesaria más medicación. Me ha comentado que hace año y medio sufrió diversos episodios de pánico y depresión. Sería aconsejable que visitase a un psiquiatra que pueda hacer un seguimiento de su situación.

—Muchas gracias, doctor. —Le tiendo la mano y nos despedimos.

Me he quedado algo alarmado con lo último que ha dicho, pero prefiero no comentarlo con Olivia. Lo haré más adelante. Me acerco a ella.

* * *

—¿Quieres salir a que te dé un poco el aire? —me consulta—. Te vendrá bien. El doctor ha dicho que estás recuperada y que te irás sintiendo mejor conforme pasen las horas.

Sonrío.

—De acuerdo —respondo.

Salimos de la habitación en dirección al ascensor. Hay un parque anexo al hotel al que nos dirigimos lentamente. Poco a poco noto que mis músculos van respondiendo y puedo andar algo más acompasadamente. Sean camina a mi lado, agarrándome firmemente del brazo mientras permanecemos en un

incómodo silencio. Ninguno de los dos se atreve a pronunciar palabra, así pues, los minutos transcurren paulatinamente.

A lo lejos divisamos un banco de madera y, sin necesidad de ponernos de acuerdo, nos dirigimos hacia él. Cuando llegamos, nos sentamos y agradezco hacerlo. Suena el teléfono de Sean.

—Sí —contesta secamente—... Poco a poco... No cambiamos nada, todo sigue exactamente igual... ¿Cuándo llegaréis?... Perfecto... Bien... Gracias.

Cuelga la llamada. Imagino que sería Ethan.

Miro a una pareja que pasea por el parque con sus dos hijos pequeños y me quedo prendada de ellos. Sean se percata perfectamente de la situación y le oigo respirar hondo y exhalar rápidamente el aire. No dice nada. El incómodo silencio se está volviendo cargante y pesado al mismo tiempo.

—Olivia..., con respecto a lo de anoche...

—No tienes que decirme nada, Sean, no quiero saber nada —le corto abruptamente.

—Oh, vamos, no sigas por ahí, te estás comportando como una verdadera extraña, ¿lo eres acaso?

—Estoy siguiendo al pie de la letra tus últimas instrucciones, ¿las recuerdas?

—Por supuesto que las recuerdo —está perdiendo la paciencia—, y no me arrepiento en absoluto de haberlas dicho.

Un mazazo cae sobre mí al confirmarse mis peores sospechas: debo mantenerme alejada de él hasta que pueda tomar una decisión en firme. A mi modo de ver, hemos llevado lo nuestro a un extremo tan peligroso que su órdago me hiere como si me hubiesen clavado una daga en el corazón.

—Entonces, ¿por qué estás conmigo? ¡Vete!, ¡no deseo tu compasión!

—Oh, vamos, Olivia, sabes bien que no estoy aquí por compasión. Esta conversación me está pareciendo totalmente surrealista y completamente fuera de lugar. —Se pasa la mano por el cabello. Su teléfono vuelve a sonar—. ¡Mierda!, ¿no me van a dejar tranquilo ni un minuto? No me lo puedo creer... ¡Sí! —contesta irritado—. Ho-hola. —Su tono de voz se suaviza—. Sí, estoy bien, solo que me has pillado en un mal momento... No, estoy ocupado... No te preocupes, nada importante... Sí, está conmigo... Me encantaría, pero te confirmo en cuanto acabe en Búfalo... Sí... De acuerdo... ¡Adiós!

Cuelga. No tengo ni idea de quién ha podido llamarle. Tampoco me importa.

—Olivia, creo que comprendes exactamente a qué me referí ayer sobre lo de no acercarte. Hablaba del plano sexual. —Su mirada es sincera—. Por nada del mundo quiero que te vayas, ¿entiendes?, ¿podemos por favor normalizar nuestra relación?

—¿Relación?

—Sí, relación, ¿acaso crees que no hemos empezado algo? Porque si es así, dímelo, más que nada para estar en la misma sintonía. A ver si yo me estoy perdiendo algo...

—Déjalo, Sean, estoy cansada.

—¿Cómo quieres que lo deje? ¡Me estás volviendo loco! Ahora mismo no sé en qué punto nos encontramos, ¿me lo puedes aclarar? —Está enojado—. Porque ya no sé qué pensar.

Sigo mirando a la pareja que pasea con sus hijos en el parque. Y empiezo a acordarme de Juan, Martín y Javier. Mi respiración se acelera por momentos sin que pueda evitarlo. Cierro los ojos y empiezo a respirar profundamente, necesito controlarme. Aparto la mirada de ellos y me fijo en Sean. Está totalmente confundido.

—Bien, démonos una tregua —le digo—. Voy contigo a Búfalo, toco en el concierto y decido qué hacer, ¿de acuerdo? Necesito tiempo.

—Olivia, yo estoy completamente seguro de mis sentimientos hacia ti, que, por cierto, no han cambiado ni un ápice, más bien se han acrecentado. Me gustaría que pensaras en mí como hombre y no solo como artista.

Capítulo 42

El avión es muy confortable; no hay nada como viajar en clase preferente, me da la oportunidad de mantener las distancias y pensar con más detenimiento. Creo firmemente que he llevado las cosas demasiado lejos, y en absoluto se lo merece. Los remordimientos no me dejan tranquila y comienzo a sentirme incómoda. Le miro..., está sereno, leyendo una revista. ¿Cómo es posible que se lo haya puesto tan difícil? Me sorprende mi mecanismo de autodefensa. Le vuelvo a mirar..., se ha recostado y ha cerrado los ojos. No sé si duerme, observo su rostro ahora que está relajado, está guapo, demasiado guapo. Me fijo en sus manos; tiene los dedos largos y las uñas bien cuidadas. Que esté arrepentida por mi comportamiento no significa que haya una verdad de fondo en nosotros, aún no estoy preparada para entregarme a él por completo. Es obvio y ambos lo sabemos, y a pesar de ello sigue a mi lado sin el menor tipo de duda.

Me gustaría poder estar tan segura como él, admiro su equilibrio emocional, la firmeza de su carácter, su prudencia y la inquebrantable seguridad que tiene en sí mismo. Comienzo a pensar que no le merezco completamente.

—Lo siento tanto..., espero que puedas perdonarme —le susurro al oído sin saber si me está escuchando. Instintivamente sujeto su mano con la mía y entrelazo mis dedos con los suyos. Siento calor y tranquilidad y recuesto mi asiento. Cierro los ojos y me relajo hasta que noto que el avión empieza a descender.

—¡Olivia!, despierta, dormilona, vamos a aterrizar, tienes que colocar tu asiento en posición vertical.

—Hummm, ahora voy. —Mi mano sigue sujeta a la suya..., sin ella no puedo recostar el asiento. Le observo fijamente—. Sean, siento mucho todo esto, de veras.

Él sonríe, se acerca a mí y me besa en los labios, hasta que una azafata se aproxima.

—Disculpenme..., señorita, debe poner su asiento en posición vertical.

—Oh, sí, por supuesto, perdóneme.

Separamos nuestras manos y coloco mi asiento. En cuanto la azafata se da media vuelta, nos volvemos a besar, de forma juguetona.

—No sabes cuánto me alegro de verte relajada. Te quiero.

Llegamos al hotel y la rutina comienza de nuevo... Habitaciones separadas, ensayos, paseos por la ciudad... Pero no todo ha vuelto a la normalidad, sigo manteniendo las distancias lo justo como para que no se repitan las circunstancias que dieron lugar al ataque de ansiedad. Necesitamos tiempo, y se me hace complicado darme por completo cuando quedan cuestiones por resolver; en primer lugar, y la más importante, la imposibilidad de entregarme a él, y, en segundo lugar, la incertidumbre con respecto a mi vida a su lado. ¿Seré capaz de dejarlo todo por él? Mientras no las resuelva, no tendré ninguna certeza sobre lo que pueda depararnos el futuro. Y además, ¿cuánto tiempo va a poder esperarme? En estos tres días se ha distanciado, no ha vuelto a darme un beso apasionado ni ha entrado en mi habitación. Está dejándome espacio, a pesar de que su mirada siga siendo ardiente.

La tarde antes del concierto cogemos el crucero histórico por el río Búfalo y me deleito con la suave caricia del sol sobre mi rostro. Cierro los ojos y me relajo. La sensación es maravillosa. Escucho el sonido del agua chocando contra el casco del barco, las conversaciones de las personas que hay alrededor, el graznido de las gaviotas, aspiró el olor a algas y agua dulce... Borro de mi mente cualquier pensamiento que no sea la admiración que siento por todo lo que me rodea. Sean viaja a mi lado. Permanece callado. Ignoro si me está observando o si disfruta del momento como lo hago yo. Toma mi mano y la sostiene entre las suyas mientras la acaricia con afecto. Me produce una sensación de entrega total por su parte, ¿qué emoción me transmite?, ¿me siento bien o me molesta?, ¿estoy cómoda?, ¿busco más o, por el contrario, con esto me basta? Inquietantes reflexiones que desencadena su simple gesto de tomar mi mano y que resuenan en mí como incesantes resortes.

Confieso que con él me siento querida, amada, cuidada y respetada. Sabe cómo tratarme en cada momento y cuándo debe parar. Su respeto y admiración hacia mi trabajo y mi forma de vida me tocan muy en el fondo. Ningún reproche ha salido de su boca, todo lo comprende esté o no de acuerdo. Pelea por todas sus metas y por todo aquello que desea. Sabe estar en distintos ambientes, sabe cuándo tiene que sobresalir y cuándo debe acompañar. Entonces ¿qué hago? Abro los ojos y le miro. Está contemplando el paisaje.

Al darse cuenta de que estoy con él en este instante, hace un sutil gesto para besarme, pero se contiene a unos pocos centímetros de mis labios. Los

admira con verdadero deseo, pero no los acaricia. Me concede la libertad que tanto ansío, ¿o no?, la libertad de elección, la libertad de permanecer a su lado o la de irme, la libertad de hacer su vida la mía, ¿la quiero?, ¿tengo la valentía de intentarlo? Termino bajando la mirada y perdiéndola en el mar mientras continúa acariciándome la mano. Cobardía, eso es lo que siento. Considero que en muchos aspectos de mi vida he sido un cobarde, pero quizás porque siempre estuve bajo el amparo de hombres dominantes; mi padre lo era y Juan también. Sean, en su justa medida, lo es. Luego, en mi profundo yo, ¿soy lo suficientemente cobarde como para que los demás tomen decisiones por mí? Esta reflexión me lleva a la siguiente: ¿soy capaz de decidir por mí misma lo que quiero?, ¿por qué estoy aquí?, ¿cuál es el verdadero motivo?, ¿cuáles son mis sentimientos?

En ese preciso instante, una suave brisa sopla grácilmente; me siento mecida por el viento y, como un resorte, algo cambia en mi interior. Dirijo mi rostro hacia el de Sean hasta casi toparme con él. Suelta mi mano rápidamente y me rodea colocando su brazo por encima de mis hombros, y me estrecha contra sí, en señal clara de protección. El contacto físico me produce sensación de bienestar y apoyo mi mejilla sobre su pecho. Toma mi barbilla con su mano y la alza para que le mire, y la magia nos envuelve por completo otra vez. La suave brisa ha soplado en dirección a Sean, ¿será una señal?

Soy totalmente incapaz de desviar mi mirada de la suya y nos besamos suavemente. Siento esa libertad para elegir, para elegirle... Cuando nos separamos, me sonrío con inmensa alegría. Le envidio; sabe lo que quiere, no tiene dudas y lucha incesantemente por conseguir sus objetivos.

Si confío en los acontecimientos, parece que me están hablando a gritos para que permanezca a su lado y sea la compañera con quien comparta su vida. ¿Qué más necesito saber? He de dar el salto al vacío; si no lo hago, creo que me arrepentiré toda la vida. Acaricio su rostro con ternura y pasión.

—Tómame —susurra en mi oído—, no tengas miedo. —Y besa mi cabello...

«Olivia..., si no lo intentas, ¿cómo vas a descubrir lo que está escrito para ti?», suena una voz en mi interior.

Cuando el crucero acaba, nos levantamos y esperamos pacientemente para salir una vez que lo haga el resto de los pasajeros. Una vez en el muelle, una persona reconoce a Sean, le pide un autógrafo y un selfi. Yo me aparto para no salir, pero ella nos invita a hacernos una foto juntos. Sean me mira pidiéndome permiso y yo accedo. Saca su teléfono del bolsillo y se lo da para

que tome la instantánea. Sonreímos y nos hacemos la foto. Después ella se hace otra con nosotros. Se arma un pequeño revuelo en cuanto se corre la voz de que estamos aquí. Me siento observadora y partícipe de la situación y disfruto con lo que veo; los fans le admiran, ¿quién no lo haría?

Sean habla con ellos y les pide con educación que nos permitan seguir nuestro camino, ¡qué elegante es! Decidimos ir a cenar las tradicionales alitas de pollo, muy típicas de aquí, a un restaurante de comida rápida de los alrededores.

—¿Te va el picante? —pregunta.

—Uff, no demasiado, no estoy acostumbrada.

—Si no pruebas las alitas con la salsa picante especial, te perderás un manjar.

—¡No sé si me perderé un manjar o mi estómago! —Nos reímos.

—Bueno, entonces vamos a ser comedidos y las pediremos con una salsa picante media.

—Me parece una idea excelente.

Me encuentro genial con él, ¡es un hombre tan divertido! Parece como si nada hubiera sucedido días antes, pero sé que, en el fondo, entre ambos se ha interpuesto una barrera infranqueable. Y en mi bondad está derrumbarla o mantenerla. Los dos lo sabemos y somos conscientes del momento en que nos encontramos.

Sean coge su teléfono móvil para hacerme una foto.

—¿Puedo...? Estás preciosa, relajada y sonriente. No quiero perderme este momento.

—¡Hazla! —Y asiento con la mirada.

Aprieta el disparador y suena el obturador de la cámara. En ese preciso instante nos traen las alitas de pollo. Las pruebo y, ¡horror!, ¡qué picantes están! Vuelvo a escuchar el sonido de la cámara.

—¡No me habrás hecho una foto!

—Pues sí —contesta juguetón—, estás graciosísima probando las alitas. —Y suelta una carcajada que me contagia.

—¡Pican un montón! —Bebo del tirón toda el agua del vaso que tengo delante.

—¡Pues menos mal que las hemos pedido con la salsa picante media! ¿Quieres otra bandeja con la salsa que menos pica?

—No, por favor, tengo que acostumbrarme a esto.

¿Estoy encarando la situación valientemente o he tomado una decisión precipitada? Dios sabrá..., pero ahí sigo, comiendo despacio mis alitas. Si bien, es cierto, escojo las que veo menos impregnadas de esa maldita salsa.

Por la noche me lleva a un bar de copas en el que tocan música en directo. Curiosamente, los temas son de lo más romántico..., y lo hacen bastante bien. De momento, Sean pasa desapercibido, cosa que agradezco. Hoy ya hemos tenido la sesión correspondiente de fans que puedo tolerar...

—¿Qué te apetece tomar?

—Creo que un *gin-tonic*.

Se levanta y se dirige a la barra. Al momento regresa con dos *gin-tonics*. Se sienta a mi lado y escuchamos la música tranquilamente.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunta con cautela.

—Tranquila —respondo.

Me observa intentando sacar algo más de mí, pero decido no hablar. Disfrutamos de la música y del *gin-tonic*, que, por cierto, está delicioso, con su filigrana de limón, cardamomo y bayas de enebro, ¡me encanta!

—¿Quieres bailar? —Extiende su mano hacia mí.

Dudo si hacerlo..., las canciones son todas lentas. Hay alguna pareja bailando, acaramelada. Al final accedo. Nos levantamos y nos quedamos quietos en la pista de baile. Es pequeña, pero hay suficiente espacio para bailar. Además, agradecemos la poca luz que nos ilumina, buscando precisamente esa intimidad que toda pareja anhela para seguir conservando el anonimato.

Nos colocamos uno enfrente del otro. Su mano izquierda sujeta firmemente mi mano derecha, que coloca en ángulo recto con respecto a mi cuerpo. Su brazo rodea con fuerza mi cintura dejando unos pocos centímetros de separación entre nuestros cuerpos. Apoyo mi rostro en su mejilla y nos movemos lentamente. Su aroma me encanta..., me siento segura..., aunque evito en todo momento mantener un contacto visual con él. Por mi cabeza no hacen más que repetirse todas las palabras que me dijo en el hotel. Sinceramente, ningún hombre me ha hecho semejante declaración de amor ni se ha mostrado tan vulnerable. Supongo que ese lado es difícil de enseñar, ¿verdad? A nadie le apetecería exteriorizar tan abiertamente sus sentimientos, sobre todo sus miserias... Observo a las mujeres que hay a mi alrededor, las que están sentadas, las que permanecen de pie esperando algún hombre con el que bailar, las que bailan con sus parejas..., ¿alguna de ellas habrá vivido semejante revelación? Nos miran con cierta apetencia. Sean llama mucho la

atención por su físico. Qué curioso que sea una cualidad suya en la que no me he detenido conscientemente más que en determinados momentos.

Es alto, es guapo, tiene un físico poderoso que supongo que cuidará a diario cuando no esté de gira, y posee una elegancia innata en su forma de andar y de bailar. De la misma forma, su voz emana sensualidad y erotismo; no me extraña que desate las más encendidas pasiones y deseos en las mujeres y fans. De todas ellas, solo me imagino a una en estos momentos. Chloe. Qué casualidad encontrarla en el hotel, ¿no?, ¿realmente estaba en esa ciudad o vino adrede? No entiendo cómo Sean llegó a dejarla... ¡por mí! Su belleza me fascinó, su sonrisa, su vitalidad, su arte de seducción, su manera de conducirse... Es una mujer tan excitante, tan provocativa, tan intrigante... ¡Es tan distinta a mí y tan acorde con el estilo de vida de Sean!

La música sigue sonando, los temas son conocidos, sensuales, y poco a poco siento cómo Sean acorta la escasa distancia que nos separa hasta que nuestros cuerpos quedan irremediabilmente pegados. Puedo notar su imponente torso, sus firmes manos sosteniéndome sin dejarme apenas respirar, su embriagador perfume que me hace enloquecer y su sensual voz que me habla mientras nos mecemos.

—¿Estás bien?

—Sí, contigo es imposible no estarlo. —Imagino que sonrías. Su sonrisa es lo que más me gusta—. Solo que me cuesta respirar...

—¡No me digas!

—Como sigas así, corro peligro de desmayarme otra vez...

Se separa unos milímetros y entonces sucede lo esperado; nos perdemos en nuestras miradas. Vuelvo a sentir esa atracción que irremediabilmente soy incapaz de evitar. La tensión crece por momentos, y nuevamente todo lo que sucede a mi alrededor desaparece. Solo estamos él y yo, y nadie más. La música nos embriaga, la pasión nos apresa, su mirada me quema por dentro y por fuera. Siento que me estoy poniendo roja y no puedo disimularlo. Se está dando cuenta y decide mantener el contacto visual, y yo no puedo mirar nada que no sean sus seductores ojos.

—Te amo. —Dos simples palabras que lo dicen todo. Nada más falta ni nada más sobra—. Disculpa mis palabras aquella noche en Portland. No quise forzarte.

—Sean, aquellas palabras fueron lo más bonito que me han dicho en toda mi vida. Abriste tu alma y tu corazón y yo..., yo no fui capaz de

corresponderte. Te vaciaste por completo ante mí y te mostraste tal cual eres. ¿Por qué he de disculparte? Al contrario, debes sentirte orgulloso.

—En realidad, no me arrepiento de nada de lo que he hecho por ti, no me arrepiento de lo que dije, fue verdadero y sigo sintiendo lo mismo. Me disculpo porque si te hubiese pasado algo peor..., no me lo habría perdonado. Eres lo más valioso en mi vida y nunca he pretendido ofenderte ni lastimarte.

—No sé qué decir..., me dejas sin palabras.

—No hables entonces, sigamos bailando. —No intenta besarme, aunque sé que lo desea con fervor. Su capacidad de autocontrol me abruma, es elogiabile. Agacho mi mirada y vuelvo a apoyar mi rostro en su mejilla. Mi corazón late apresuradamente y me siento flotar en las nubes. Me entran unas ganas enormes de besarle... ¿Lo hago?, ¿es sincero este sentimiento?, ¿qué pasará si quiere más? He de saber qué siento...

—Sean —separo mi rostro del suyo, le examino fijamente y me decido—, bésame.

Se lo piensa unos instantes mientras veo que poco a poco se desmorona, sus más intensos deseos le vencen, la firmeza de su carácter se desploma..., se acerca a mí y me besa. Primero es un beso sensual, luego se transforma en pasión. Dejamos de movernos, él suelta mi mano y sujeta enérgicamente mi nuca mientras sigue comiéndome con sus labios, hasta que me quedo sin respiración. Me separo como buenamente puedo.

—¡No me dejas respirar! —Jadeo con la respiración entrecortada.

—¿Nos vamos? —pregunta indeciso.

¡Ay, Dios mío! ¿Y qué le digo yo ahora? Ni siquiera sé cómo voy a reaccionar, si estoy preparada, si no... Estoy hecha un lío, más bien, esta situación me sobrepasa.

—Vámonos. —Me lanzo al vacío..., otro salto de fe.

Si no me pruebo, no voy a saber qué quiero. Salimos del local y cogemos un taxi que en pocos minutos nos deja en el hotel. Subimos a su habitación y abre la puerta rápidamente. Pasamos a su interior atropelladamente y cuando la cierra me acorrala contra la pared. Con su cuerpo, me inmoviliza, apoya fuertemente sus antebrazos sobre el tabique y me aprisiona entre ellos.

—Olivia, si quieres que pare, dímelo ahora, porque no creo que pueda controlarme si continuamos, y si lo consigo y me rechazas, me volveré completamente loco, ¿estás segura?

Pienso y pienso, y vuelvo a pensar. La emoción del momento me tiene embriagada y no distingo qué debo o qué no debo hacer. Si está bien o no, si

voy a ser capaz o no, si me voy a arrepentir o no.

—He intentado con todas mis fuerzas mantener las distancias, pero no puedo evitarlo. Eres superior a mí, soy todo tuyo, todo lo que tengo es tuyo, mi cuerpo, mi alma, mi corazón... todo mi ser.

Esto ya es demasiado..., siento que yo tampoco puedo resistirme, la poderosa atracción que ejerce sobre mí es imparable... ¡Dios mío!, protégeme, porque no soy capaz de contenerme.

—¡Sí, estoy segura!

Cuando una sola palabra lo dice *todo*, no es necesaria ninguna aclaración adicional. *Todo* es el infinito, es la plenitud, es la cohesión del cuerpo y del alma. Es saber que yo le pertenezco y que él me pertenece, que nada hay que se pueda interponer entre los dos, que somos el uno para el otro y el otro para el uno. Y no existe nada más... ¡ni nada menos! Me besa ardientemente como nunca lo ha hecho y empieza a quitarme la ropa despacio. No tiene prisa, yo tampoco, y me dejo llevar; estoy decidida a experimentar.

—Sean... ¡Sean!

—Dime. —Sigue quitándome la ropa—. ¿Quieres que pare?

—No —jadeo con el corazón a mil por hora—, es solo..., solo...

—¿Qué pasa?

—Que... —titubeo—, que hace tanto tiempo que... —las palabras no quieren salir de mis labios—, que ni me acuerdo...

—Tranquila, sígueme y déjate llevar—contesta decidido.

Capítulo 43

Me despierto. Veo su ropa desperdigada por el suelo y revuelta junto a la mía. Giro la cabeza hacia el otro lado de la cama. Sean duerme apaciblemente. Está tan sereno que apenas hay marcas de expresión en su rostro. Me fijo en su torso; es hermoso..., me lo comería a besos. ¿Cuántas habrán suspirado por una noche con él? Me doy media vuelta y pierdo mi mirada en el techo de la habitación. ¿Cómo describiría la noche anterior? Me entra una risa traviesa..., ¡ha sido mágica! Le deseo y empiezo a pensar que podría empezar a formar parte de mi vida. ¿Significa esto que albergo la esperanza de que esto continúe? No lo sé. Ahora mismo decido vivir el día a día, estar atenta y ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

De toda la ropa que hay en el suelo, su camisa es lo que tengo más a mano. Salgo de la cama, me la pongo y me dirijo al cuarto de baño. Cuando salgo, sigue tumbado en la cama, pero despierto. Me observa tan insistentemente que empiezo a tener vergüenza de mí misma.

—Buenos días. ¡Nunca pensé que pudieras estar tan irremediablemente sexy con mi camisa! ¡Ven aquí!

Me recuesto a su lado, tranquila, relajada. Me abraza y me da un tierno beso en los labios.

—¿Qué tal te encuentras?

—¿Sinceramente quieres que te lo diga? —contesto con semblante serio.

Me mira alarmado y empiezo a reírme a carcajada limpia hasta que me acompaña con una hermosa sonrisa.

—Estoy extrañamente bien..., y digo *extrañamente* porque en ningún momento pensé que podría sentirme tan... ¡plena! —remarco— con otro hombre distinto a...

—¡Bingo! —contesta—. Es un paso importante. Olivia...

—Dime.

Se arrima a mí y acaricia mi cuerpo con dulzura.

—¡Soy el hombre más feliz del mundo! Puede que suene a tópico, pero estoy pletórico. He sentido una unión profunda y muy muy personal contigo, hasta tal punto que me siento indefenso en el buen sentido de la palabra. El

vínculo que he experimentado contigo no lo he tenido con nadie, Olivia, con nadie.

Madre mía, no sé qué contestar..., más que nada porque yo no he llegado a sentirme unida a él con tanta profundidad, y no me gustaría estropear este momento tan especial. Pero ya que se está abriendo en una parcela especialmente importante, no puedo mentirle, no se lo merece.

—Sean..., es maravilloso todo lo que me cuentas. Me siento dichosa y feliz —otra vez las lágrimas recorren mis mejillas, ¡qué odiosa facilidad para llorar!—, y para mí ha sido una experiencia hermosa y plena. ¿Sabes?, todas las dudas se disiparon en cuanto entré en la habitación y supe que solo tú eres la persona indicada.

—¿De veras? Tus palabras me llenan de emoción —seca algunas de mis lágrimas—, pero hay un pero, ¿verdad?

—No es un pero, más bien es un *dame tiempo*. Sé que solo quiero estar contigo, sé que me he sentido seducida por ti..., pero necesito más tiempo para que mi entrega sea plena, total y absoluta.

—Tendrás todo el que necesites. Hemos avanzado un mundo desde que has venido y estoy seguro de que volaremos juntos. ¿Te apetece desayunar? —Da por finalizada la conversación.

—Claro que sí —sonríó—, ¿puedes pedir fruta? No sabes cuánto la echo de menos.

Me levanto de la cama y entro al baño nuevamente. Cierro la puerta detrás de mí y me quito la camisa mientras me observo en el espejo. Tengo muy buena cara y me siento revitalizada. Sin embargo, advierto ciertos remordimientos de conciencia, como si hubiese hecho algo incorrecto. No me arrepiento, pero no lo puedo evitar..., ¿por qué es tan difícil? Quizás debería haber esperado más, quizás no debería haber pasado la noche junto a Sean, quizás..., ¡me voy a volver loca! Empiezo a ducharme con la esperanza de sentirme mejor bajo el agua caliente. Cuando termino, salgo del baño y me lo encuentro sonriente y pletórico sirviéndome una taza de delicioso café.

—¡Vamos, que se enfría! ¡Siéntate!

—Sí, voy. Por cierto, tienes la firma de discos esta mañana, ¿verdad?

—Sí, dentro de muy poco. He de darme prisa.

—Bien, creo que voy a aprovechar para comprar ropa. El servicio de lavandería del hotel ya me ha lavado todo lo que traje, pero veo que no es suficiente.

—Perfecto. Te dejo dinero.

—No, por favor. Esto corre de mi cuenta. Necesito sentirme independiente.

Lo piensa un momento y asiente. Mientras desayunamos, me explica dónde está la zona comercial en Búfalo.

Aprovecho la mañana y me compro más pantalones, más ropa interior, más blusas y algunas camisetas. En realidad, no sé qué vamos a hacer en Toronto, así que decido comprar un solo vestido. Allí improvisaré sobre la marcha.

Almorzamos pronto, en cuanto regresa, y ponemos rumbo al teatro. Ethan ha debido llevar allí el violonchelo, ¡qué maravilla no tener que cargar con él! Recuerdo que mañana tenemos que devolverlo, lo cual me entristece. En cualquier caso, ha hecho un buen servicio. Cuando llegamos al teatro, Ethan se acerca, muy sonriente.

—¿Qué tal estás?

—Bien —contesto de forma escueta. Aún no sé de qué parte está y siento respeto por lo que pueda pensar de mí. Su opinión cuenta mucho para Sean y no me apetece tener problemas.

—Sean está pletórico. Me alegro muchísimo por él.

—Sí, lo sé, y yo también lo estoy.

Me observa con insistencia, como si quisiera averiguar si vacilo o le estoy contando la verdad. Entonces da un giro a la conversación.

—Ya se acaba la gira. Reconozco tu colaboración y valía, ha sido muy positiva.

—Muchas gracias, Ethan. He disfrutado muchísimo. Te agradezco las gestiones con el violonchelo, y también todo lo que haces, tanto por Sean como por mí.

—No te engañes, mi prioridad es Sean.

Madre mía, ya estamos....

—Lo sé. Eres parte fundamental en su vida profesional... y personal. No me cabe la menor duda de que está en las mejores manos.

—Procuro hacer bien mi trabajo, o al menos todo lo bien que puedo, teniendo en cuenta las circunstancias. —Me mira, serio.

—¿Qué circunstancias? —¡Ya está bien...!

—Desde que estás aquí, su carácter ha estado oscilando desde el mayor de los optimismos hasta el peor de los pesimismos, una y otra vez. Y no es bueno para él. Necesito que se mantenga estable.

¿Me está echando algo en cara? Respeto mucho a Ethan, pero su actitud conmigo empieza a molestarme.

—¿En serio? Bueno, ya sabes que estamos avanzando juntos. Quiero que sepas que respeto a Sean por encima de todo; él es lo único que importa ahora mismo; estamos en el mismo bando.

—Cierto, pero las consecuencias de vuestra relación influyen en su estado de ánimo. Olivia..., me caes bien, muy bien, pero necesito que en ese camino vuestro haya *menos curvas*.

—Lo sé, Ethan, lo sé. Yo también quiero que así sea, te lo aseguro.

—¿Le amas?

Esa es la cuestión...

—Es lo que estoy intentando hacer.

—¿Intentando?, ¿no estás segura?

—Ethan, es con Sean con quien tengo que mantener esta conversación, no contigo. Perdona que sea tan clara...

¿Cómo se atreve? Por fortuna, enseguida se da cuenta de que ha traspasado una delicada línea y cede ante mis palabras.

—Lo siento, a veces soy demasiado entrometido...

—Dejémoslo así, ¿vale? —Sonrío—. ¿Hacemos las paces?

—Sí, por supuesto —dice antes de darme un buen apretón de manos.

Me giro en dirección al camerino, he de tranquilizarme y prepararme para el concierto. ¡Qué listo es el condenado!

En el último ensayo, las miradas de complicidad que Sean y yo mantenemos expresan lo que sentimos el uno por el otro. Ethan está muy atento, buscando cualquier gesto de duda por mi parte, estoy completamente convencida. No puedo culparle de nada, hace su trabajo, aunque quizás se entrometa más de lo que debiera. En cualquier caso, lo encuentro hasta cierto punto lógico teniendo en cuenta que su relación profesional con Sean se extiende también al plano personal. Es algo que tendré que manejar también.

Una vez más, el concierto ha sido espectacular. Lo hemos dado todo y el público se ha entregado. El triunfo de Sean es también el nuestro y el de sus fans, que corean su nombre con verdadera pasión. Él se muestra tal cual es, sin dobleces. Creo que la sinceridad que transmite es una de las claves de su éxito, sin desmerecer su increíble talento musical y personal. Su capacidad de sacrificio, su vitalidad, su asombrosa empatía, su elevada inteligencia emocional, su incuestionable saber estar y su encomiable capacidad de comunicación dicen mucho de él. Todo ello unido a su gran voz, su dominio

del escenario y la exquisita elección de los temas que canta hacen que, en conjunto, sea un artista como la copa de un pino. Estoy convencida de que su carrera musical no ha hecho más que empezar, y el futuro que le espera es más que prometedor. ¿Cómo es posible que no supiese de su existencia? En ningún momento se me pasó por la cabeza que fuese quien realmente es...; probablemente, y mirando retrospectivamente, de haberlo sabido hubiera huido despavorida ante todo lo que representa. Incluso hoy me cuesta imaginar vivir a su lado..., es algo que ni me he planteado en serio, ¿o sí? De algo estoy segura: está conquistando mi corazón. He pasado de estar profundamente enamorada de Juan a empezar a estarlo de Sean. ¿Acaso esto es posible?, ¿puede haber dos personas tan importantes hacia las cuales albergue sentimientos parecidos?, ¿soy capaz de aceptar lo que ahora estoy viviendo?

A veces creo que me he bloqueado emocionalmente y por eso no puedo avanzar como quisiera. ¿Puede ser que en cierta manera me esté forzando a experimentar lo que quiero *sentir* por Sean?

Mis recuerdos con Juan no hacen más que perseguirme. Comparo lo que viví con él con lo que podría vivir con Sean, y no debo permitir que así sea, lo sé. Cada uno es como es; Juan, lamentablemente, es el pasado; Sean, el presente. ¿Podrá formar parte de mi futuro? Mientras no haga una desconexión clara entre los dos, no podré saberlo. He de trabajar este aspecto, pero ¿cómo?, ¿esa es la cuestión! Dejarme llevar tan solo por los acontecimientos no es precisamente la respuesta. He de trabajar emocional y personalmente lo que tengo entre manos para descubrir si mi camino es el de Sean. ¿Qué es lo que realmente siento? Y, por ende, ¿realmente he aceptado la muerte de Juan? Abismo, fobia, vértigo, negación de la realidad..., siento que me empiezan a sudar las manos, siento nerviosismo e intranquilidad. Sigo sin estar preparada..., ¡mierda!

Sean no se lo merece, ¿qué razón tiene Ethan! Parece que sea la voz de mi conciencia. ¡Dios mío, ayúdame! Por favor, no hagas que juegue con Sean, no podría soportar romperle el corazón...

—¡Olivia! —Alguien llama a la puerta del camerino femenino..., en el que solo estoy yo.

Iba a cambiarme para irnos a la cena después del concierto y, esta vez, también la última de la gira..., y no he hecho nada más que perderme en reflexiones que no me han llevado a ningún sitio.

—¿Sí? —Es Ethan.

—Olivia, te estamos esperando, ¿sales?

—Hola, Ethan. —Abro y pongo la mejor de mis sonrisas—. La verdad, no me he cambiado aún...

—No importa, puedes venir así. Seguro que a Sean le encanta verte tan elegante. —Alzo las cejas, sorprendida.

—Bien, como tú digas. Por cierto, coge el violonchelo para devolverlo; cuídalo, es magnífico.

Se queda pensativo, sin saber muy bien qué hacer. ¿Ethan sin saber qué hacer? ¡No me lo puedo creer!

—Sí, claro.

Veo que me sigue la corriente... ¡Qué extraño! Cojo la bolsa que contiene la ropa que quería haberme puesto y salimos del camerino.

Llegamos a la salida del teatro. Ahí está Sean, emocionado, sonriente, muy contento..., y me coge de la mano.

—Vamos, damisela, es hora de salir. El público nos espera.

Ay, Dios..., más exposición a la prensa, los fans..., no estoy preparada para esto. Nos marchamos del teatro por la puerta principal y, efectivamente, hay mucha gente allí congregada que espera ansiosa la salida de su ídolo. Quiero quedarme en segundo plano, yo no importo, pero Sean me lo impide tirando de mi mano hacia él.

—Sean, por favor, no, esto es para ti. Es a ti a quien esperan. Deja que me quede al margen.

—¿No quieres estar conmigo? —Se para en seco y exige de mí una respuesta.

—Bueno, no es que no te quiera acompañar, es que creo que deberías estar solo tú con ellos, es tu parcela.

—Desde anoche, mi parcela es tu parcela —contesta muy serio.

—Permíteme que no esté de acuerdo contigo. Yo no tengo nada que ver con tu público. Por favor, no hagas esto.

Y lo hace... Salimos juntos y un aluvión de *flashes* caen sobre nosotros como si fueran estrellas fugaces. Los fans nos acorralan y los periodistas del corazón nos acechan. Yo trato de respirar muy profundamente para serenar mi corazón, intento sonreír en todo momento. Pero ¿qué le pasa?, ¿no le gusta tanto proteger su intimidad?, ¿por qué nos expone tan abiertamente?, ¿no quería separar su vida personal de la profesional? Desde luego, así no lo consigue. Intento zafarme de su poderosa mano, pero es imposible, cuanto más lo intento, más fuerte me sujeta. Miro alrededor en busca de alguien que me pueda ayudar..., y me encuentro con la pensativa mirada de Ethan. Él sería la

última persona a la que acudiría, sin lugar a dudas. Así pues, le sonrío abiertamente, aunque sé que mis ojos denotan pavor.

Los fans hacen preguntas, piden autógrafos, quieren hacerse selfis con Sean... No le queda más remedio que soltarme para estar con ellos, y justo en ese momento los periodistas me asedian.

—¡Olivia!, ese es tu nombre, ¿verdad?, ¿desde cuándo eres la novia oficial de Sean?

Me colocan el micrófono delante de mis labios, que no pronuncian sonido alguno.

—¿Cuándo os conocisteis?, ¿vivís juntos?

—¿De dónde eres?, ¿dónde aprendiste a tocar el violonchelo?

—¿Vais a iros juntos a Toronto?, ¿cómo es tu relación con los músicos de la *big band*?

Dios mío, qué presión... Esto no hay quien lo soporte. La sonrisa tan artificial que mantenía hasta este momento empieza a desaparecer de mi rostro

—Olivia, por favor, haz unas declaraciones, ¿estáis enamorados?

—¿Dejó a Chloe por ti?, ¿le pusisteis los cuernos cuando aún estaba con Sean?, ¿fue ese el motivo?

Hasta aquí hemos llegado... Empiezo a sentir ira y, justo cuando estoy dispuesta a contestar con alguna que otra inconveniencia, Ethan viene a mi encuentro y me rescata elegantemente.

—¡Caballeros! —dice para atraer a los periodistas hacia él—. Por favor, no incomoden a la señorita. Ahora mismo lo importante es Sean y su gira. No contestaremos a ninguna otra cuestión.

En ese momento, Sean regresa a mi lado, me coge de la mano y me besa en los labios. De esta forma lo deja todo dicho. Nos abrimos paso y entramos en el coche que nos espera. Sean pasa su brazo por mis hombros y me arrima a él.

—¿Por qué lo has hecho? —Me separo enrabieta— ¡Te odio!

—Ya tienen lo que quieren. A partir de ahora, nos dejarán más tranquilos.

—¡Ja!, ¿y tú te lo crees? —protesto alterada.

—No sé cómo funcionará esto en tu país, pero aquí se respetan las relaciones personales. Ellos tienen lo que perseguían, ahora nos dejarán en paz, te lo aseguro.

—Sean, no vuelvas a obligarme a hacer algo en contra de mi voluntad, ¿has oído? —exijo con vehemencia mientras le señalo con mi dedo índice a modo de advertencia. Me mira sorprendido—. ¡Dios!, ¡las diferencias

culturales! —Me siento lo más alejada de él que puedo mientras me llevo las manos a la cara.

—Olivia, ni se te ocurra dejarme en evidencia en público —me recrimina sarcásticamente.

¡Impresionante! No me lo puedo creer. Este no es el Sean que creo conocer. ¿No vamos a ser capaces de tener una estabilidad en lo que diablos sea que hay entre nosotros? Intento morderme la lengua, pero no puedo.

—Sean, ahora mismo no tenemos nada, ¿me oyes?, ¡nada! Por favor, deja que me vaya. No quiero estar más contigo.

Y nada más hablar me derrumbo. ¡Maldita sea mi lengua! No he querido ser tan brusca, mis palabras son producto del enfado y la ira. ¡Ay, Dios!, ya me estoy empezando a arrepentir...

—¡Para el coche! —Sean se dirige al conductor, que reduce la velocidad y aparca a un lado. Abro la puerta y salgo a toda velocidad después de cerrar con un portazo. Y empiezo a andar hacia no sé dónde.

Capítulo 44

—¡Joder, Sean! ¿Qué haces?, ¿te has vuelto loco? —Ethan sale del coche y va en mi busca. Me alcanza rápidamente.

—¡Olivia! ¡Para!

—Ethan, déjame en paz.

—Escucha, no se lo tengas en cuenta.

—¿Que no se lo tenga en cuenta? ¡Tú eres un cachondo, ¿no?! Mira, Ethan, hay comportamientos que no tolero, ¿sabes?, y este, ¡este! es uno de ellos. ¡Dile que se vaya a la mierda!

—Olivia, por favor, ¡escúchame!

—Ethan, ya he perdido la confianza en ti, últimamente me has estado poniendo muchos impedimentos, me has vigilado buscando algún fallo, alguna duda por mi parte, y creo que en el fondo nunca me viste con buenos ojos. Así que, por favor, regresa con Sean y dile de mi parte que, si no es lo suficientemente hombre como para enfrentarse a mí, no quiero verle nunca más.

—¡Olivia! —Me zarandea fuertemente—. ¡Escúchame!

—¿Qué más quieres?

—Cálmate, no hagas ahora nada de lo que te puedas arrepentir.

Tiene razón, estoy fuera de mí por completo. Furiosa, colérica, rabiosa. Respiro hondo..., muy hondo..., y me obligo a no decir nada más. Sé que mis palabras son duras, excesivamente duras. Pero él no tiene la culpa, en realidad, no tiene culpa ninguna. No sé qué me ha pasado, definitivamente he perdido los papeles y no me reconozco ni yo misma. Y rompo a llorar de desesperación; sollozo tanto que me entra hipo. Ethan se coloca justo detrás de mí y me agarra fuertemente con sus brazos, estrechando los míos, buscando inmovilizarme. Por fin lo consigue mientras me susurra al oído palabras tranquilizadoras para que me calme. Poco a poco noto que me sereno por la imposibilidad de moverme.

—Ethan, no hay forma de poder ser yo misma, intento por todos los medios acoplarme a este estilo de vida, pero me supera. Es demasiado para mí. No hago más que forzarme, y cuanto más lo hago, más desubicada me

encuentro. Amo a Sean, pero creo que no soy capaz de darle lo que necesita, me estoy mintiendo a mí misma y me estoy comportando como una verdadera hipócrita.

Giro la cabeza y veo a Sean justo delante de mí; no le he sentido venir... ¡Ay, Dios!, estoy segura de que ha escuchado mis palabras con claridad.

—Suéltala, Ethan, y déjanos, por favor. —Ethan hace lo que él le pide y se aleja. Cuando está a cierta distancia y no puede oírnos, Sean continúa—: He oído lo que has dicho.

—Lo siento... —No quiero más peleas. Hablo en tono bajo, aunque con suficiente nitidez.

—¿Qué ha significado lo de anoche para ti?

La pregunta es más que obvia. Cierro los ojos..., la he fastidiado...

—¿Podemos dejar esta conversación para otro momento? Creo que la situación no es la más adecuada...

—Te he hecho una pregunta —me corta tajantemente—, espero de ti una respuesta sincera, nada más.

Me abrazo a mí misma como buenamente puedo y me froto los brazos, empiezo a tener frío. ¿Qué debo contestarle?

—Lo de anoche ha sido verdadero, mis palabras de esta mañana también lo han sido, jamás te he mentado...

—¿Pero? —me interrumpe con autoridad.

—Me cuesta acostumbrarme a esta forma de vida —le miro a los ojos—, y te agradezco todo lo que estás haciendo para que me sienta mejor. Disfruto mucho contigo, de veras, y como bien dijiste, hemos avanzado mucho..., pero todo esto me sobrepasa y lo sabes.

—¿Y no estás siendo fiel a ti misma?, ¿eres una hipócrita contigo misma?

—Mira, Sean, de verdad, no tengas en cuenta mis palabras al pie de la letra. Todo ha sido producto de una situación de máxima tensión y estoy arrepentida.

—¿Podrías contestar, por favor?

Sigo frotándome los brazos, empiezo a temblar, no sé si de frío o de pánico.

—Es cierto.

Su mirada de sorpresa y enfado lo dicen todo. ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué tiene que pasar todo esto? Estoy constantemente fuera de mi zona de confort y los nervios me han jugado una mala pasada.

—Recoge las cosas y vete mañana, Olivia, no quiero volver a verte. Hablaré con Ethan para que arregle el tema de tu billete de vuelta.

Da media vuelta y me deja aquí, helada de frío y sin saber muy bien a dónde ir... No me lo puedo creer..., este Sean que me habla no es el Sean que conozco..., ¿o es así en realidad? Nunca me he sentido tan desvalida, desamparada y devastada, tan humillada y avergonzada, tan dominada y doblegada. Pero me alegro, porque por fin he visto su lado oscuro, al Sean que no es todo amabilidad y caballerosidad. Empiezo a caminar no sé en qué dirección. No tengo ni idea de dónde me encuentro, no tengo el bolso para pagarme un taxi ni el móvil que pueda guiarme con el GPS. Pero me digo a mí misma que no voy a volver a llorar, seré fuerte y me marcharé con dignidad.

Escucho unos pasos detrás de mí que se acercan velozmente. Es Ethan, trae una chaqueta que coloca sobre mis hombros.

—Llévame al hotel, por favor, recojo las cosas y me voy ahora mismo a Madrid. No quiero estar más tiempo aquí.

—Olivia...

—Ethan, de verdad, estoy muy cansada. Solo quiero irme. Aquí ya no hago nada.

—Creo sinceramente que os deberíais dar una oportunidad cuando estéis calmados los dos.

—Ethan, Sean me acaba de echar de la forma más deshonrosa posible. Deseo irme ya.

—Ven, te llevo al hotel. El tema del vuelo no lo podemos arreglar a estas horas. Iremos mañana a la agencia de viajes. Hazme caso, ven al hotel y procura descansar esta noche.

—De acuerdo. —No tengo otra alternativa posible, así pues, cedo.

En cuanto llegamos, se oye el ruido de la fiesta que está dando Sean. Me asomo y le veo rodeado de bellas mujeres. Que las disfrute. Ethan y yo subimos directamente a la habitación y él entra detrás de mí.

—¡Qué lástima haberme comprado tanta ropa esta mañana...!

Me siento en la cama y Ethan lo hace a mi lado. Me apoyo en su hombro y empiezo a llorar de desesperación, ¡qué vergüenza!, ¿qué pensará de mí? De repente noto su abrazo, intenta hacer que me sienta mejor, pero yo continuo llorando y llorando hasta que, al cabo de unos minutos, ya no me quedan lágrimas que derramar.

—¿Estás mejor?

—Si te refieres a que ya no me siento humillada ni ultrajada..., no, pero al menos he podido dejar de llorar... ¿Le has visto en la fiesta, con tanta mujer a su lado?, ¿de dónde han salido? ¡Ay, qué mal lo estoy pasando, Ethan!, sobre todo aquí, contigo..., no sé qué pensaras de mí, seguro que crees que no soy digna de Sean.

—¡Chsst! —me hace callar—, no digas eso. Olivia, Sean es una persona con mucho carácter. Quizás hasta ahora no lo había dejado salir. Estoy convencido de que mañana estará otra vez comiendo de tu mano. Y no te preocupes por esas mujeres.

—Eso es lo que menos me angustia ahora mismo... ¿Pero tú has visto y escuchado lo que me ha dicho?

—Sí, Olivia, sí. ¿Y sabes por qué lo ha hecho?

—Porque se ha cansado de esperarme.

—Estás muy equivocada, todo lo contrario, porque está completamente enamorado de ti, tanto que no soporta que no puedas ser tú misma con él.

—Creo que no te has enterado bien, Ethan.

—¿Quieres escucharme? Le conozco desde hace muchos años, le he visto salir con multitud de espectaculares y hermosas mujeres que solo se han interesado por su cuerpo, su fama y su dinero. Creo poder contar con los dedos de la mano las que se han enamorado realmente de su persona.

—¿Chloe?

—Chloe vino al olor del dinero y luego no quiso perder el estatus social que había conseguido. Se engañó a sí misma pensando que estaba enamorada de él cuando realmente lo estaba de todo lo que le rodea.

—¿Y eso lo sabe Sean?

—No creo que se haya dado cuenta, pero sea como fuere, regresó completamente cambiado tras conocerte en Madrid. No te puedes imaginar de qué forma. Jamás le había visto tan impresionado por una mujer..., una mujer cuya belleza, y perdona mis palabras, no proviene tanto de su exterior como de su interior. Él me ha contado cuánto has sufrido, cuánto has peleado por salir del pozo tan profundo en el que estabas. Olivia, a pesar de no estar del todo convencida, lo has dejado todo y le has seguido hasta aquí. Te he visto mirarle con pasión y admiración. Y estás haciendo un esfuerzo sobrehumano por entender y aceptar y compartir un estilo de vida que no tiene nada que ver con el tuyo, ni contigo. Eres luchadora e inteligente, no deseas ni necesitas su fama ni su dinero. Eres educada, culta, tienes un corazón noble y sabes cuándo debes dejarle su espacio sacrificando el tuyo. Te estás entregando sin pedir

nada a cambio... Sinceramente, Olivia, eres tan especial que ojalá tuviese yo la suerte de encontrar a una mujer como tú, que me mirara con los mismos ojos con los que le miras a él.

Ethan me ha dejado sin palabras. Me separo de él y le respondo al cabo de unos segundos.

—No imaginaba que tuvieras esa opinión de mí..., más bien creía lo contrario.

—Lo sé, Olivia. Y lo siento. Mi actitud contigo tiene una explicación. Necesitaba saber de qué pasta estabas hecha. Y me he encontrado con lo mejor que le ha pasado a Sean en toda su vida, ¿me oyes?

—Pero, entonces, ¿por qué se ha puesto así? No entiendo tu argumento.

—No se trata de mi argumento, sino de la verdad con mayúsculas, Olivia. Sean me contó esta mañana lo sucedido ayer. —*Vaya patada* a la intimidad..., ¿habrá algo que este hombre no sepa de nosotros?—. Créeme cuando te digo que en todos los años que le conozco jamás ha expresado tal felicidad después de acostarse con una mujer. Está perdidamente enamorado, tanto que ya no piensa en él, sino en ti y en los dos. Su transformación es total y absoluta, ha encontrado su alma gemela, de verdad, créeme.

—¿Y por qué ha forzado la situación con los periodistas, sabiendo cómo soy?

—La situación se le ha descontrolado un poco, es cierto, pero creo que quería dar una imagen contundente de lo que tú significas para él, deseaba expresar al mundo lo feliz que se encuentra contigo. Nunca ha salido ante los fans y la prensa con una mujer después de dar un concierto, y tal vez tenía en mente anunciar algo que probablemente nos hubiera sorprendido a ambos. Te ama tanto que le ha enfurecido escuchar tus palabras, simplemente porque se ha vuelto loco con la sencilla idea de verse sin ti. De veras, Olivia, le conozco muy bien y hablamos mucho.

—Ya, y supongo que te ha contado *todo* de mí...

—Me ha contado muchas cosas de ti, es cierto, pero no te puedes imaginar la veneración con que lo hace. Olivia, si yo fuera tú, no me marcharía mañana. Te aseguro que en breve le vas a tener aquí pidiéndote perdón. Solo espero que sepas perdonarle; estáis hechos el uno para el otro.

—Ethan, si Sean se expresase tan bien como tú ahora mismo, no dudaría ni un solo momento en pasar el resto de mis días con él.

—Olivia, cada uno se expresa como sabe, él lo hace con la música, yo, quizás, con las palabras. ¿O acaso no te expresas tú también con la música

cuando tocas el violonchelo?

Qué razón tiene... Le abrazo con ternura como lo haría con mi hermano. Y doy gracias a Dios por tenerle a mi lado en estos momentos y, sobre todo, porque esté junto a Sean.

—Ethan, eres un buen hombre, un excelente compañero, te agradezco todo lo que me has dicho y solo espero que sea la verdad, porque me has tranquilizado cuando he creído morir de desazón.

—Te he contado la verdad, en absoluto mi punto de vista, si así fuese, te diría que eres la mujer que siempre he imaginado que amaría hasta la muerte, bella por dentro y por fuera, valiente, entregada y generosa con quien ama. ¡Ojalá fuese yo ese hombre!

¡Madre mía!, no salgo de mi asombro. Me separo de él para mirarle a los ojos y adivinar si dice la verdad..., y eso es lo que me parece. Jamás imaginé que fuera el tipo de mujer que Ethan amaría...

Le abrazo una vez más para darle las gracias. Él me lo devuelve con verdadero sentimiento, sin apretujarme, como si fuese una delicada copa de cristal de Bohemia a la que acariciar. Nos separamos sin dejar de mirarnos.

—Ethan, nunca podré devolverte el inmenso favor que me has hecho. Aquí tienes a una amiga, para lo que necesites.

Le doy un tierno beso en la mejilla.

—De nada, Olivia. Sé que puedo contar contigo. Eres sincera y amable. Estoy muy orgulloso de haberte conocido, y más de que Sean te haya encontrado y le ames tanto como él te ama a ti. No perdáis esta maravillosa oportunidad que se os está dando, por favor.

Se levanta y sale de la habitación.

Estoy perpleja y confundida, intento guardar en mi interior todo lo hermoso que me ha dicho. Ha sido, sencillamente, impresionante. Solo pido que no suceda con cierta frecuencia si no quiero que, con tanto sobresalto, mi corazón estalle en mil pedazos.

Me desmaquillo rápidamente... Madre mía, qué cromo estoy hecha con tanto lloro... Después me doy una ducha rápida y me pongo el pijama y colonia fresca, apago todas las luces de la habitación y me siento en el banco que hay bajo la ventana. Sobre él reposa un almohadón de lo más cómodo que agradezco con entusiasmo. Y me dedico a pensar mientras veo a la gente caminar por la calle, aprovechando la ventaja que me ofrece ser la espectadora invisible de todo lo que acontece. Doblo las rodillas y las rodeo con mis brazos, apoyo la barbilla en ellas e intento relajarme. La conversación

con Ethan y la ducha empiezan a hacer su efecto y mi enfado se desvanece a la misma velocidad que empiezo a sentirme optimista. Pensando en las emociones de estos últimos días, me doy cuenta de que tras un año y medio *muerta* comienzo a florecer. Casi hubiese preferido no hacerlo... No sé qué es mejor, si esta vitalidad que me invade ahora o mi tranquila y anodina vida anterior; temo que mi corazón no salga vivo con tanta emoción. Un poquito menos sería deseable..., pero tan solo un poquito menos.

Bromas aparte, si son ciertas las palabras de Ethan, ahora solo falta que Sean y yo nos sinceremos, en el caso de que verdaderamente quiera volver a verme. Me hubiese dado mucha rabia volver a Madrid sin haber conocido su casa y sus cosas en Toronto, a sus amigos, su vida en el día a día..., he estado esperando ese momento con tanta ilusión que no podría soportar haberlo perdido; jamás me lo perdonaría, y estoy segura de que él tampoco.

Miro el teléfono y abro los mensajes. No hay nada interesante, o nada de Sean, aclarémoslo. Y decido mandarle exactamente el mismo que le envié hace algún tiempo.

Olivia (23:17)

Te quiero.

Capítulo 45

¿Me estoy volviendo loco?, ¿cómo he podido tratar a Olivia de esta manera tan ordinaria y poco elegante? No sé qué me ha pasado, no tengo palabras ni para disculparme. Miro el reloj, son cerca de las once de la mañana. Con suerte se habrá ido ya a Madrid..., no merezco ni su mirada.

¡Qué dolor de cabeza tengo...! Culpa de la resaca, sin duda. Ayer ahogué mis penas en alcohol; bonita forma de finalizar la gira. Me tomo una pastilla y me doy una ducha rápida que no evita que me siga sintiendo horriblemente mal. Qué comportamiento tan bochornoso... Si corro al aeropuerto, ¿llegaré a tiempo de convencerla para que vuelva? He de intentarlo. Cojo el teléfono para llamar a Ethan y entonces veo el mensaje que Olivia me envió anoche.

¡Dios mío! ¿Cómo es posible, ¡después de todo lo que le he dicho!? Enseguida subo a su habitación, con la esperanza de que aún siga aquí. Llamo a la puerta, nadie contesta. Bajo corriendo a la recepción del hotel para comprobar si ha hecho la salida. Afortunadamente, no ha sido así... ¿Dónde se habrá metido? Me he olvidado el teléfono en la habitación, ¡mierda!, ¿será posible?, ¿cómo puedo ser tan estúpido? Me merezco todo lo que me está pasando, ¡y más! Recorro todo el recibidor con verdadera desesperación y de repente ahí está, tan sencilla y bonita como siempre. Se ha parado frente al estand de los periódicos y está hojeando una revista. Me acerco lo más tranquilamente que puedo y me detengo a su lado. Está tan absorta leyendo que ni se da cuenta... ¿Qué mira con tanto interés? Cuando lo descubro, me quedo de una sola pieza: está leyendo un artículo que habla sobre nosotros. Hay unas cuantas fotos con bastante buena resolución de los últimos días... La más bonita de todas es una en la que aparecemos juntos, de la mano, en el concierto de Portland. Estamos muy sonrientes, muy guapos, y se nos ve felices. Al lado veo una foto similar..., nos estamos besando. Tendré que comprar esta revista solo para guardarlas; la literatura sensacionalista que las acompaña es lo de menos.

—Estamos muy bien en estas fotos.

—¡Ah! —Mis palabras la asustan y se estremece dando un pequeño salto —. ¡Sean!

—Hola, preciosa..., tengo tanto por lo que pedirte perdón... —le digo en voz baja.

—Hola, Sean... —Baja su mirada al suelo, como suele hacer cuando se avergüenza de algo—, yo también he de disculparme.

—¡Ven! —Ella deja la revista y me sigue por todo la entrada del hotel—. Vamos a mi habitación.

Subimos en el ascensor, en silencio. Entramos en la *suite* y nos quedamos de pie, mirándonos fijamente. Cierro la puerta y me lanzo para fundirme con ella en un romántico abrazo... ¡Esto vale más que mil palabras! Aprieto muy tiernamente hasta que mi torso, su pecho y nuestro abdomen se unen sin remedio. Coloco mis brazos alrededor de su cintura y ella coloca los suyos rodeando mi cuello. Ladeo el rostro lo justo como para que nuestras mejillas se acaricien y permanecemos quietos y muy juntos, aspirando el aroma del otro.

—Pensé que te había perdido para siempre —susurro.

—Y yo que tampoco querrías volver a verme —confiesa.

—Olivia, te amo tanto... —la oprimo más—, ya no llevo la cuenta de la cantidad de veces que he tenido que pedirte perdón.

—Sean, soy yo quien debe disculparse por no haber sido sincera contigo.

—No, Olivia. Mi comportamiento de ayer fue del todo reprochable, nada es peor que eso. Aún no logro comprender el ataque de locura que me entró en ese preciso instante. Solo saber que podía perderte me hizo volverme loco de furia. Lo siento tanto... Olivia, si quieres irte, eres completamente libre, lo entenderé.

La abrazo aún más fuerte. Si pudiera, en mi vida me separaría más de ella.

—Ya que nos hemos disculpado los dos, ¿por qué no decidimos qué vamos a hacer a partir de ahora?

—¡Me encanta tu optimismo! —Sonríó—. Solo quiero saber una cosa: ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Di mejor *quién*...

—¿Ethan? —Ella asiente—. Hummm..., ese agente tan mezquino que tengo... —Los dos nos reímos.

—Ese granuja me hizo ver la realidad desde tu punto de vista y no desde el mío. Ahora todo encaja. Sabía de sobra que te ibas a arrepentir, pero no estaba seguro de lo que haría yo, así pues, me acompañó y estuvimos

charlando un largo rato. Consévalo todo el tiempo que puedas, ¡es lo más grande!

—Ethan es todo..., incluido mi confidente.

—Y el mío ni te cuento. —Ríe, y me fijo más detenidamente en sus ojos risueños que descubro ligeramente hinchados, debió de llorar mucho ayer.

—Olivia, si alguna vez me vuelvo a poner tan impertinente y mezquino, por favor, no lo consientas. No permitas que vuelva a hablarte de esa forma.

—Sean, yo también estoy enormemente arrepentida. En ningún momento pensé que podría estropear tu fiesta de fin de gira de esa forma.

—No te preocupes, di buena cuenta del alcohol —le informo sonriendo—. ¿Has hecho ya la maleta?

—Sí, claro.

—La mía también está lista. ¿Alquilamos un coche y nos vamos juntos a Toronto? Si quieres podemos hacer una parada en las cataratas del Niágara. Si nos entretenemos allí, estaremos casi todo el día de viaje, pero no hay prisa, el tiempo es nuestro.

—¡Me parece una idea excelente! —exclama dando saltitos como si fuese una cría..., y eso me desarma por completo, ¿cómo es posible que lo consiga con tanta facilidad?

Me acerco nuevamente y nos besamos con pasión..., y lo que podía empezar de nuevo acaba repentinamente porque alguien llama a la puerta.

—¡Sean!, ¿estás ahí?

Es la voz de Ethan. Abro y le estrecho entre mis brazos.

—Gracias, compañero, muchas gracias.

—¿Qué diablos te pasa, Sean?

Mira hacia el interior y descubre a Olivia. Su expresión cambia; no se pone serio, tampoco sonrío. Más bien se trata de melancolía, ¿qué le pasa? Presto atención a Olivia, que le sonrío con complicidad.

—Ethan, eres maravilloso, ¡bravo!

—Gracias, Olivia, tú eres genial.

—Bueno, bueno, a ver qué pasa aquí, que al final me voy a poner celoso —bromeo.

* * *

Dejamos que Ethan se encargue de todo lo relativo al regreso a Toronto. Alquilamos un coche y ponemos rumbo a las cataratas del Niágara. Admito que estoy nerviosa. Las he visto en varias películas, pero disfrutar de ellas *in situ* me emociona. Mientras Sean conduce yo contemplo el bello paisaje natural que rodea ambos lados de la carretera. Vamos cogidos de la mano en los momentos en que no hay peligro, aprovechando la comodidad del coche automático. Charlamos de todo un poco, totalmente relajados y sin la presión de tener un horario ajustado durante las próximas horas..., ¡incluso días!

Llegamos al Niágara y aparcamos en el lado estadounidense. Recorremos varios miradores desde los que disfrutamos de una de las más bellas vistas que jamás he tenido la oportunidad de admirar; el agua pulverizada emerge incansablemente del río y se alza como si quisiera alcanzar el cielo y confundirse con las nubes. Además, el día nos acompaña con un precioso sol y una temperatura agradable. Aprovecho para inmortalizar cada momento con la cámara de mi teléfono móvil. Sean me hace muchas fotografías y en todas salgo sonriente y relajada. Elegimos hacer una excursión a la Cueva de los Vientos, bien pertrechados con los típicos impermeables amarillos, y caminamos por unas pequeñas plataformas de madera que nos llevan hasta la catarata Bridal Veil. El paisaje es sumamente bello; disfruto del delicado contraste entre el insultante verdor de la maleza que hay a nuestro alrededor, el inconfundible color rojizo del sendero de madera y el blanco espumoso de las aguas que caen salvajemente por la catarata, delimitando una armoniosa senda que nos conduce hacia intenso azul del cielo.

Conforme avanzamos, nos envuelve la neblina que produce la caída del agua, que choca fuertemente contra las rocas; a ratos creo atrapar el enorme chorro con las yemas de mis dedos. Saboreo la dulce caricia de miles de diminutas gotitas de agua que se detienen sobre mi rostro dejándolo como si fuese un mosaico, ¡es de lo más excitante! El enorme bramido de las aguas al caer silencia cualquier comentario; es ensordecedor, pero me encanta escucharlo, ¡qué alucinante experiencia!

Una vez finalizado el recorrido, nos dirigimos al embarcadero del Maid of the Mist, que nos lleva hasta la base de la catarata Horseshoe. ¡Madre mía!, ¡es espectacular! Como hemos accedido de los primeros, nos situamos en la mejor zona de proa para contemplar el paisaje. He de decir que me quedo totalmente atónita; menos mal que nuevamente nos han dejado impermeables, esta vez de color azul, pues si no, nos habríamos calado hasta los pies. Conforme nos acercamos a la catarata, el sol va desapareciendo como si se

hubiese difuminado tras la inmensa cortina de agua vaporizada, que emerge sin descanso. A pesar de que el ruido es tanto o más abrumador que en la Cueva de los Vientos, disfruto plenamente de las maravillas que la naturaleza salvaje nos brinda. Aguzo todos mis sentidos para absorber cada instante y guardarlo en mis recuerdos. Esto es, sencillamente, asombroso.

Tras media hora de apasionante recorrido, regresamos al punto donde embarcamos y caminamos tranquilamente hacia el coche.

—Esto es realmente hermoso, Sean —estoy muy emocionada—, muchísimas gracias por este viaje.

—Gracias a ti por acompañarme —sonríe—, es un lugar del que no puedes escapar; su brutal, salvaje y genuino encanto no dejan indiferente.

—Cierto. Nunca había visto algo tan espectacular. Aunque la verdad es que no he viajado demasiado... ¿Ahora qué hacemos?

—Vamos a cruzar la frontera de Estados Unidos con Canadá por el puente Rainbow. Este puente se levanta unos sesenta metros por encima del río, ¡no te pierdas las vistas panorámicas! Ahí pasaremos el control de pasaporte. Lo llevas encima, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes.

El control resulta un poco lento, porque, aunque no hay demasiado tráfico, es un trámite que lleva su tiempo. Aprovecho para admirar el precioso y multicolor arcoíris que emerge de la niebla que hay sobre las cataratas. Tonalidades malvas, azules, amarillas, naranjas y rojas caminan surcando el agua y las rocas, trazando el inconfundible arco de medio punto que tanto nos maravilla. Observo el río y me impresiona la vertiginosa velocidad de las corrientes de agua que lo surcan en dirección a las cataratas. También se forman aparatosos remolinos que convulsionan en rápidos movimientos circulares. ¡En verdad no me gustaría estar ahí abajo!

Por fin pasamos el control de pasaporte.

—¿Te apetece que comamos en algún restaurante? —sugiere Sean—. Después podemos ver una panorámica de las cataratas desde el lado canadiense, antes de salir hacia a Toronto.

—Me parece perfecto. —Es un plan maravilloso, pienso.

Nos dirigimos a Fallsview Boulevard, una gran avenida con todo lo necesario para disfrutar de una estancia de diez: hoteles caros, románticos, para la familia, restaurantes por doquier, diversas atracciones turísticas..., todo a lo grande, aquí tienen terreno de sobra. Sean está disfrutando del momento como si fuera la primera vez que viene, aunque obviamente no es así,

descubriendo nuevos rincones, nuevas vistas, nuevas experiencias. Para mí esto es sencillamente único, fantástico y extremadamente excitante; una golosina para la vista y los sentidos.

—Sean, ¿estamos entrando en el hotel Hilton? —pregunto sorprendida.

—Sí, hay un restaurante con unas vistas espectaculares a las cataratas, ¿te apetece almorzar disfrutando de ellas?

—Ya, bueno, claro que sí, pero será carísimo..., y ya hemos disfrutado de las vistas, ¿no te parece?

—¡Ay, Olivia!, aprovecha estas oportunidades. Nunca sabes cuándo volverán a presentarse.

Claro que no, pienso, mi economía no se lo podría permitir...

—De acuerdo, vamos —accedo.

Subimos a la planta treinta y tres y se abre ante mí un sofisticado restaurante con una decoración exquisita; paredes y techos blancos con enormes ventanales que van desde al suelo hasta el techo, salpicado de mesas impolutas con manteles blancos, vajilla blanca como la nieve, cristalería azul marino y servilletas en el mismo tono. Las mesas están dispuestas en distintos niveles para que todas tengan acceso a las maravillosas vistas a las cataratas. El suelo, *pintado* en distintas tonalidades verdes, azul cobalto y turquesas, haciendo aguas como si fuera el mismo río Niágara. Las sillas, de madera y tapizadas en blanco, son de diseño moderno y parecen muy cómodas. Tenemos suerte y nos acomodan en una mesa pegada a los ventanales... ¡Oh!, ¡qué vistas! Me quedo absorta disfrutando de la hermosa naturaleza que se puede contemplar desde la altura a la que nos encontramos.

El río Niágara es muy ancho, a un lado y otro de la orilla predomina el verdor del bosque, y entre medias el agua se desliza agitadamente hasta caer enérgicamente por las cataratas. Sin duda, es todo un espectáculo admirarlo.

—Sean, voy a ir al baño, ¿OK?

—De acuerdo, yo miraré la carta, ¿tienes mucha hambre?

—¡Sííí!

El cuarto de baño tiene una decoración minimalista con lo justo y necesario para relajarse en él. Me siento abrumada con tanto lujo. No sé si podré acostumbrarme a esto. No tengo ni idea de cuánto puede ganar Sean, pero desde luego no debe de ser poco.

En mi mundo, los músicos no ganan tanto, ni mucho menos. Sí viven holgadamente, pero no para poder permitirse esto. Y empiezo a pensar que no es sano para mí, a pesar de lo fácil que resulta acostumbrarse a lo bueno; me

niego a sucumbir, por mi propio equilibrio interior. En realidad, todo me sobra, con un simple almuerzo en un restaurante normal y corriente habría bastado. Sé que Sean lo hace con toda su buena intención, pero creo que no me ha calado lo suficiente. Salgo del cuarto de baño y cuando llego a la mesa le escucho hablar por teléfono.

—Sí, todo estupendamente... Muy contento... Estamos en Niágara y nos disponemos a almorzar. Te lo agradezco... Sí... Me parece una idea excelente... Yo creo que una hora y media... Fenomenal... Te quiero... ¡Adiós! —cuelga y deja el teléfono encima de la mesa—. ¿Todo bien? —me pregunta.

—Todo fantástico. ¿Era Ethan?

—No, no, qué va. He revisado la carta. —Cambia de tema—. Podemos pedir un carpacho de pulpo en salsa verde para compartir y luego un plato cada uno.

—Bien... —examino la carta—, tomaré el bistec de ternera.

—Estupendo, yo las costillas. Pediremos también un buen vino tinto, pero solo para ti; yo tengo que conducir.

—¡Ehhh!, pero no una botella, no es necesario, con una copa será suficiente.

La velada transcurre con normalidad; llevamos un día sin altibajos, cosa que agradezco. Parece que últimamente pasábamos del blanco al negro con demasiada frecuencia, tal vez por culpa de la presión por la gira, los nervios, la expectación y el estrés para intentar encajar las costumbres de cada uno. El choque cultural es grande e irremediablemente complicado. Esto es algo que tenemos que *cocinar* juntos, *a fuego lento*. Veremos ahora cómo acontece el día a día en su casa... ¿En su casa? ¡Ay, Dios mío!, ¿voy a alojarme en su casa?, ¿en su habitación?, ¿o lo haré en otra distinta? No se me había pasado por la cabeza ni sé qué ha pensado Sean, aunque después de haber dormido juntos supongo que tiene poco sentido hacerlo ahora en habitaciones separadas.

¿Estoy preparada para pasar con él todas las noches? Bufff, creo que no he asumido aún esta situación. Y no paro de darle vueltas a la cabeza sobre qué es lo mejor para ambos. Desde luego, si se me ocurre plantearlo, me mata..., y con toda la razón. Mejor dejar las cosas como están.

Capítulo 46

El viaje a Toronto en coche es de lo más bonito, aunque reconozco que me he quedado dormida en algún momento..., ¡qué bochorno! Lo poco que he visto me ha encantado. Bordeamos el lago Ontario con sus preciosas aguas brillantes, rodeados de verdor y más verdor del campo; atravesamos comarcas boscosas..., ¡qué distinto es de Madrid! Los paisajes aquí son maravillosos y confieso que me cautivan. No me puedo ni imaginar el intenso colorido que tendrá esta zona en otoño, debe de ser, sencillamente, delicioso. Atravesamos diminutos pero adorables pueblos, y también una gran ciudad, Hamilton.

—Olivia... Olivia..., ¡despierta! Ya hemos llegado.

—¿Ya?

Abro los ojos con pesadez..., estoy algo desorientada. He debido dormir tan profundamente que ni me doy cuenta de dónde me encuentro. Me estiro y bostezo.

—Sí, venga, ¡espabila! —Sean me habla con tranquilidad, aunque con cierta premura, sin duda tiene muchas ganas de entrar en su casa.

—Siento mucho haberme dormido, de veras.

—Eso es porque lo necesitabas. No pasa nada.

Quita la llave del contacto y salimos del coche.

Observo el exterior de la casa de Sean. Me sorprende lo bonita que es y, sobre todo, lo pequeña que resulta comparada con la que imaginaba. Pensé que viviría en una gran mansión, y es todo lo contrario. Se trata de una casa unifamiliar de estilo clásico, de una sola planta y revestida de piedra de color gris claro. Dispone de amplios ventanales con carpintería de aluminio blanco. La entrada es muy llamativa, porque sobresale del conjunto, está enmarcada por dos columnas de piedra y un frontón semicircular. Tiene el garaje anexo a la casa, en un extremo. Alrededor de la parte frontal hay un jardín con césped muy bien cuidado, zonas con plantas y flores y un precioso árbol.

La parcela está rodeada por una valla exterior, supongo que por una cuestión de privacidad, dado que las casas colindantes no tienen.

—¡Vamos, Olivia! ¿Te has quedado pegada al suelo o qué?

—Sean, esto... esto es precioso. No puedo más que recrearme con tu casa.

—¡Ja, ja, ja! —Sean explota en una estrepitosa carcajada—. Vamos, entra.

Me cede el paso para que entre primero y él lo hace a continuación, detrás de mí. Como no sé dónde está la luz, avanzo a oscuras, con pasos poco decididos, y cuando Sean la enciende, oigo una cálida ovación de bienvenida de un montón de personas a las que no conozco. Mi cara de sorpresa lo dice todo; me quedo atónita ante tanta admiración y derroche de cariño. Sean se acerca a ellos y empiezan a fundirse en enormes abrazos y besos, yo me quedo quieta, no soy capaz ni de avanzar ni de retroceder contemplando el bello espectáculo. Han colocado una guirnalda con banderines de tela donde se lee «Welcome, Sean & Olivia», y no paran de lanzar confeti. Flotan globos de helio con formas de corazón, redondas y de diversos colores. En fin, una bienvenida totalmente inesperada para mí, a la vez que cálida y acogedora.

—¡Ey!, ¡cuánto os he echado de menos!, ¡qué recibimiento tan estupendo!, ¡Sylvie!, ¡Catherine! —Sean está que no cabe en sí mismo de tanta alegría y dicha—. ¡Esperad!, ¡esperad, por favor! —Se gira hacia mí—. Os presento a Olivia. —Y luego fija su mirada en mí con verdadera profundidad, pasión y respeto—. Olivia, te presento a mis queridas hermanas, Sylvie y Catherine.

—Encantada de conoceros.

Le doy un beso a cada una. Ignoro si en Canadá se dan la mano, un beso, dos, o simplemente se saludan si más, sin contacto físico.

—Ellos son los hijos de Sylvie: Justin y Bryan, de 14 y 12 años, y su marido, David. La hija de Catherine, Mia, de 9 años, mi ahijada, y su esposo, Noah.

—Mucho gusto en conoceros.

Saludo a todos. Madre mía, con lo que me cuesta poner cara a tanto nombre extraño... En cinco minutos ya no me acordaré de quién es quién. Sonríe con entusiasmo; conociéndolos a ellos, sabré más del Sean familiar que aún no he descubierto.

—Por favor, no la abruméis demasiado, porque no se esperaba este recibimiento.

—¿Cómo qué no?, ¿acaso no se lo has dicho? —pregunta Catherine con tono de enfado.

—¡Pero si te hemos llamado para anticipártelo! —añade Sylvie.

—Ya, ya lo sé, pero no he querido ponerla nerviosa antes de tiempo; ¡si llega a saber esto, habría hecho cualquier cosa para no venir!

—Sean, por favor —le ruego... Creo que debo de estar, sonrojada no, lo siguiente, a juzgar por el intenso calor que noto en mi rostro.

—Olivia, querida, eres un poco introvertida, ¡no me digas que no estoy en lo cierto! —Y me tiende su mano para hacerme sentir *cobijada*. Yo sonrío, pero no digo nada, me he quedado muda.

Qué familia tan agradable, se les ve muy cariñosos unos con otros. Contemplo el precioso cuadro familiar que tantos recuerdos me trae de la mía... «Juan, Martín, Javier..., con vosotros en casa también se oían risas y jolgorio... ¡cuánto os echo de menos!, ¡cuánto os quiero!», pienso.

—¿Todo bien? —Sean se ha acercado hasta donde estoy sentada, le ha debido preocupar esta mirada mía al vacío...

—Sí, todo bien, ¡pero qué sorpresa tan bonita, Sean!, bueno..., sorpresa para mí, pero, de todas formas, estoy disfrutando un montón viendo cuánto os queréis. Tienes un tesoro de familia, consérvalo.

—Así es, los quiero con locura y la relación es francamente buena —me da un beso muy tierno en la mejilla—, y algún día me gustaría que tú y yo formáramos una familia también..., tener hijos...

Me quedo atrapada en sus palabras sin saber muy bien qué decir... En mis planes de futuro desde luego no entra volver a casarme, ¿o sí? Formar una familia, tener hijos..., ¡oh, vamos! ¡Si no tengo un solo plan! Y, efectivamente, la idea de recuperar tiempos pasados me produce sentimientos encontrados..., ilusión y recelo, anhelo y pánico...

—¡Olivia!, ¿me sigues?

—Oh, sí, por supuesto —salgo de mi repentino aislamiento—, es solo que me has sorprendido, no me esperaba algo así..., no hemos hablado nada de esto...

—Entiendo que puedas pensar que quiero ir muy deprisa contigo..., pero sí, confieso que me encantaría tener una familia y que tú fueras mi compañera y madre de mis hijos.

Me quedo sin respiración. Este tipo de confesiones así, de repente, delante de toda su familia, aunque me lo ha dicho tan bajito que no creo que nadie lo haya escuchado, me descolocan por completo.

—Vaya, Sean, vamos de sorpresa en sorpresa. Como sigas así, no sé si sobreviviré —le digo, y sonrío con ternura. Sylvie se acerca a nuestro lado.

—¿Qué tal estás, Olivia? —me pregunta cariñosamente—. Espero que no te asuste esta familia tan bien avenida. Adoramos a Sean y no se merece menos después de tanto tiempo sin verle.

—No, por favor, Sylvie, todo lo contrario. En realidad en España somos muy familiares también, por lo que no me asustan estas situaciones, todo lo contrario, me encanta poder disfrutar de ellas —afirmo. De hecho, las anhele, aunque este comentario lo guardaré para mí.

Catherine también se aproxima.

—Bueno, veo que toca reunión de mujeres, os dejo para que charléis de mí todo lo que queráis —anuncia Sean, que me deja sola con sus hermanas... ¡Ay, Dios mío!, espero caerles bien.

—Olivia, ¡por fin!, Sean no ha parado de hablarnos de ti desde que regresó de España. ¡Teníamos muchas ganas de conocerte! —dice Catherine con entusiasmo.

—Vaya, no tenía ni idea. Llevamos tan poco tiempo juntos que apenas hemos tenido la oportunidad de hablar de vosotras. Para mí todo esto es una novedad, espero no decepcionaros.

—Y aunque así fuese, lo que verdaderamente importa sois vosotros dos, ¿no? —apunta Sylvie—. ¿Quieres algo de beber? —pregunta con una amplia sonrisa.

—Sí, gracias, tomaré agua.

—¿No quieres una copa de vino o un refresco? —pregunta Catherine sorprendida.

—No, no, solo agua mineral.

—Perfecto. ¡Mía!, ¿puedes por favor traer agua para Olivia?

—¡Sí, mami, ahora mismo! —contesta la pequeña, con voz bailarina.

—Es sencillamente preciosa —afirmo—, se parece mucho a ti, Catherine.

—Es verdad, a su edad era igual que ella, no solo en el aspecto físico sino también en lo vivaracho —contesta ella agradecida.

—Sean nos ha dicho que eres violonchelista, ¡qué interesante!, ¿y de verdad tocas en una orquesta sinfónica? —pregunta Sylvie.

—Sí, eso es —contesto—, mi vida es la música y vivo por y para ella.

—Vaya, pues tenéis algo muy importante en común —afirma Catherine—, la mayor parte de las novias anteriores que ha tenido Sean no estaban demasiado interesadas en su música, o al menos no compartían ese oficio.

—Oh, vaya... —No sé qué decir.

—Sean nos ha contado que has tocado en los últimos dos conciertos —interviene Sylvie.

—Sí, y la experiencia ha sido única. Jamás hubiese creído que iba a disfrutar tanto, y menos aún pensé que participaría en ellos. Además, Ethan consiguió un violonchelo impresionante para que pudiera tocar.

—¡Suenan fenomenal!

—Aquí tienes el agua, Olivia. —La bella Mía me trae un buen vaso.

—Muchísimas gracias, ¡dame un beso! —Ella se acerca y, para mi sorpresa, se deja abrazar y besar sin poner ninguna objeción—. Eres guapísima.

—Eso me dice el tío Sean, y también que tenga cuidado con los chicos que no quieran ser mis amigos —responde con gracia.

—¡Ja, ja, ja! —Me río a carcajada limpia. Sylvie y Catherine también se ríen con espontaneidad. Y Mía se da media vuelta con mucho desparpajo y se va a jugar con sus primos.

—¡Qué viva es! —dice su madre.

—Realmente, sí. Me encanta ver su desparpajo —afirma Sylvie.

—¿Y vivís cerca? —les pregunto mientras aprovecho para dar unos sorbos de agua..., tengo la boca completamente seca.

—No, qué va, yo vivo a doscientos sesenta kilómetros de Toronto, en una ciudad llamada Kingston —responde Catherine.

—Yo un poco más cerca, en Brampton, a unos cincuenta kilómetros de aquí —añade Sylvie.

—Oh, vaya, pues os habéis dado un buen paseo, y habéis dejado tan bonita la casa con el confeti, los globos y la guirnalda..., y sobre todo con la familia al completo. ¡Sean es muy afortunado de teneros a todos!

—Y nosotras de tenerle a él. Tiene los pies muy en el suelo teniendo en cuenta la carrera musical que lleva a sus espaldas —dice Catherine.

—Es cierto, me he percatado de ello estos días. Cuando nos conocimos no me dijo quién era. Nunca hubiera sospechado que acababa de conocer a un cantante famoso con renombre internacional, viendo su forma de conducirse y de pensar.

Por la cara que pone Sylvie, adivino que no tenía ni idea, así que decido no desvelar más detalles de nuestro encuentro. En realidad, no sé cómo maneja Sean sus relaciones sentimentales con sus hermanas. Pero ella no sale de su asombro y pregunta.

—¿No sabías quién era?

—Pues realmente no —respondo—, no le reconocí ni creo que lo hubiera hecho más tarde. Quiero decir, me sonaba alguna canción suya, pero nada más, ni siquiera le ponía cara a su nombre. —Y menos mal, pienso, porque si no, habría salido corriendo para alejarme de él lo antes posible.

—Vaya, pues esto sí que es toda una sorpresa —continúa ella—, no puedo imaginar tu reacción cuando supiste quien era.

—Pues sí... fue todo un bombazo, y de hecho mi primera reacción fue alejarme de él; prácticamente le eché de mi lado.

—¿En serio? —Sylvie no da crédito a lo que escucha.

—Tal como os lo cuento, ¡preguntádselo a él! —En ese momento veo que Sean viene directo hacia mí. Por favor, que me rescate...

—Bueno, bueno, observo que estáis tan a gusto charlando —está muy muy contento—, pero permitidme que me lleve a Olivia un momento.

Me levanto para seguirle, en cierto modo, aliviada.

—¡Familia! —dice, y golpea varias veces la copa de vino que está en sus manos con una cucharilla pequeña—. ¡Atenderme, por favor!

Me coge de la mano, pero en esta ocasión, en lugar de entrelazar sus dedos con los míos, la mantiene entre las suyas. Siento un profundo amor sincero por su parte, que me conmueve. Confieso que empiezo a pasar vergüenza al sentirme el centro de atención de tantos ojos. Una vez que todos se callan y atienden, prosigue:

—Querida familia, muchísimas gracias por este recibimiento tan cálido. Estoy disfrutando de todos y esto me llena de esperanza. Ilusión es lo que también tengo, porque Olivia está aquí conmigo, con vosotros, y la amo profundamente. —Todos aplauden, silban y dejan escapar exclamaciones de entusiasmo—. ¡Shhh, callaos, por favor, que no he terminado! —Carraspea y se dirige a mí—: Olivia, te amo. Aquí tienes a mi familia, aquí me tienes a mí. Solo deseo que este profundo amor que sentimos el uno por el otro nos haga dichosos.

Me besa tiernamente, y los aplausos y vítores vuelven. Madre mía, qué situación tan comprometida; en cuanto se vayan, le voy a dar su merecido por hacerme pasar este mal trago.

—Sean, a todos vosotros, os agradezco esta acogida tan maravillosa. Sois todo un ejemplo.

Mientras aplauden, le devuelvo el beso. Él me mira completamente sorprendido, y en ese momento nos fundimos en un apasionado abrazo que dura unos pocos segundos, los suficientes como para que me derrita entre sus

brazos. Nos separamos y empezamos a dar cuenta de algunos pequeños aperitivos que han traído. Procuro no separarme de él; prefiero sentirme arropada a su lado. Sus hermanas me han caído bien, pero ahora mismo necesito estar amparada por él.

Al final de la tarde nos despedimos. Ellos aún tienen camino por delante hasta llegar a sus casas. Catherine, Noah y Mía dormirán en casa de Sylvie, y pondrán rumbo a Kingston por la mañana.

Capítulo 47

—¡Qué bonita la acogida de tu familia, Sean! —comento mientras les decimos adiós. Estoy agotada, sobre todo mentalmente.

—¡Qué alegría que te encuentres tan a gusto con ellos! —Sean posa su mirada en mis ojos, y de ahí la desliza hasta mis labios. Cierra la puerta de la casa y me acorrala tiernamente con su cuerpo apoyando los brazos sobre ella. Empiezo a pensar que esta postura le encanta... Estamos frente a frente y apenas queda espacio para respirar—. Te amo.

Y me besa con pasión y verdadero ardor. Al notar que le correspondo de la misma forma, intensifica su beso y con una mano acaricia mi cabello y con la otra mi pecho. Sin pensar, yo le abrazo y acaricio su espalda.

—Te amo, Olivia.

Su profunda y excitante mirada me hechiza por completo, hasta tal punto que soy incapaz de no corresponderle. Me conduce a lo que creo que es su habitación mientras empieza a desnudarme torpemente, sin dejar de besarme. Yo hago lo mismo... Su camiseta, su pantalón, su ropa interior caen de forma desordenada sobre el suelo. Dejamos de besarnos para tomar un poco de aire y justo en ese momento nos fundimos con la mirada; le siento plenamente mío, y me siento plenamente suya. Me conmuevo y no soy capaz de parar, es más, no quiero parar, no puedo negarme porque mi cuerpo y mi alma le desean y por fin van de la mano. Me lleva a la cama y comienza lo que ambos tanto anhelamos.

Levanto los ojos y me desperezo. ¡Hummm!, tengo la sensación de haber dormido una eternidad. Me doy media vuelta y veo la cama vacía. No tengo ni idea de dónde puede estar Sean ni de en qué parte de la casa estoy yo... Pestaño rápidamente porque entra demasiada luz por el gran ventanal, mide al menos dos metros desde el suelo hasta el techo, del que cuelgan dos caídas de cortinas en tono marfil.

Me giro y empiezo a fijarme en la decoración de la habitación; he de decir que me gusta, su estilo es moderno y muy masculino. La pared está pintada en liso en un tono gris ceniza y la cama es muy grande, aproximadamente de un metro ochenta o dos. Enfrente hay una pared sobre la

que descansa un sencillo y moderno escritorio del mismo tono que las cortinas y a juego con las mesillas de noche, de concepción minimalista y líneas geométricas. Ahí tiene un ordenador portátil y algunas fotos. Me levanto para verlas con detenimiento; en una de ellas hay un primer plano de él con sus hermanas, otra es una foto de familia y en otra aparecen sus padres, supongo, no estoy segura. Veo un pequeño cubilete con lápices y un cuaderno para tomar notas. Y, ¡oh!, sobre la mesa hay también una foto de nosotros dos, sin enmarcar. No atino a situarla en el tiempo, pues solo se nos ve de cintura para arriba y poco más, y muy sonrientes. Quizás nos la hicieron en Madrid, probablemente al finalizar su concierto. Tenemos cara de ¡sorpresa!, ¡os hemos pillado!, pero al mismo tiempo transmitimos conexión. Reconozco que me encanta el detalle y manifiesta el gran afecto que ya sentía por mí antes de comenzar la gira por Estados Unidos.

Doy media vuelta y observo el cabecero que enmarca la cama; está tapizado en un gris muy oscuro, casi negro, y acolchado. Tiene forma rectangular y sobresale bastante por los bordes. En la pared hay un conjunto de cuatro grandes cuadros abstractos con fondo claro y trazos en tonalidades grises combinadas con color azabache. Me dirijo al enorme vestidor anexo a la habitación, pulcramente ordenado por tipo de ropa y complementos, ¡qué maravilla! Junto al vestidor está la puerta que da acceso al cuarto de baño. Entro y aprovecho para asearme un poco. Las piezas son de líneas modernas, ángulos rectos, y está escasamente decorado. El espejo es enorme, sin adornos, y la ducha lo es mucho más, ¿tal vez cuatro metros cuadrados? Tiene una mampara de cristal totalmente transparente y paredes revestidas de un material que imita el estuco, en los mismos tonos que la pared de la habitación.

Me doy cuenta de que estoy desnuda y no tengo ni idea de dónde habrá puesto mi maleta con todas las cosas.... Decido darme una ducha rápida y cuando acabo salgo del cuarto de baño y me pongo la misma ropa que llevaba ayer. Miro el reloj, ¡bufff!, son las once y media de la mañana, tardísimo.

Salgo de la habitación, ¿dónde está Sean? Toda la casa permanece en silencio. Atravieso un amplio pasillo que da acceso a otras tres habitaciones más; dos de ellas son dormitorios, la tercera debe de ser su despacho. En su interior veo bastantes fotos suyas enmarcadas y colocadas en las paredes; parecen portadas de sus discos. Hay dos cuartos de baño más..., ¿para qué tantos?, me pregunto, y por fin llego al salón donde estuvimos ayer con toda su familia. Es muy grande, debe de tener más de cincuenta o sesenta metros

cuadrados. Me sorprende al ver que todo está en orden y recogido..., ¿quién lo ha hecho? El gran sofá, de al menos nueve o diez plazas, en color crema y con forma de L, está impoluto; los cojines en tonos tierra y gris ceniza, cuidadosamente colocados; la gran mesa baja de cristal que hay entre los sofás, perfectamente limpia. En la pared frente a los sofás hay una gran chimenea moderna y sobre ella un televisor de pared enooooorme.

Toda la pared del salón es un completo ventanal..., espero que la carpintería de aluminio sea de buena calidad, porque aquí tiene pinta de hacer mucho frío en invierno. En la otra pared hay un inmenso mueble con estanterías llenas de libros. Con todo el lío que había ayer apenas pude fijarme... ¿Dónde diablos está Sean? Aquí no se oye nada ni a nadie. Me acerco a la librería, quiero saber qué tipo de libros lee. Debe gustarle mucho el mundo del cómic, porque veo bastantes. También hay guías de viaje de diferentes países, así como libros de narrativa histórica. Pero lo que predominan son los libros relacionados con la música: *jazz*, *soul*, de diversos compositores e intérpretes... Biennn, aparte de la música parece que le atrae conocer países y lugares distintos, los cómics y las novelas históricas, ¡qué interesante!

Del salón parte otro pasillo, me acerco y veo que da acceso al garaje y, ¡guaau!, a una piscina climatizada estrecha y larga, pensada exclusivamente para nadar. También hay diversos aparatos típicos de gimnasio: una cinta para correr y varios bancos de pesas para musculación. Repentinamente oigo mis tripas rugir y soy consciente de que tengo hambre. Me dirijo hacia lo que creo que es la cocina, ¡bingo!, ¡lo es! Me quedo boquiabierta al descubrir su tamaño. Aquí hay muchos armarios, y la nevera y lavavajillas deben de están panelados, porque no los distingo del resto de los muebles. En una isla de al menos cinco metros cuadrados están el fregadero y la cocina, y el horno y el microondas en una columna. En un lateral de la isla veo tres taburetes de líneas sencillas y modernas, y, un poco alejada, una gran mesa de comedor de cristal con un gran aparador a juego con el mobiliario de la cocina. ¿Dónde habrá una cafetera...? Tendré que abrirlo todo para encontrar algo..., ¡qué fastidio!

Afortunadamente, descubro una gran taza con café, una jarra con leche y a su lado una campana de plástico para tapar alimentos. Al levantarla encuentro bollería y un kiwi pelado y cortado. ¿Quién ha preparado todo esto?, ¿dónde está Sean? Al tercer intento consigo poner en marcha el microondas para calentar el café. Y me siento en uno de los taburetes junto a la isla. Mientras

saboreo el tan deseado café, me fijo en un gran ventanal que da al jardín, igual que el salón y su dormitorio, supongo que para conferir a estas estancias la intimidad deseada. Silencio..., solo silencio..., solo escucho el ruido de mi mandíbula al masticar la bollería y el kiwi. ¿Dónde puse ayer el móvil? Supongo que seguirá en mi bolso..., ¿y dónde está? ¡Ay, Dios mío!, me siento perdida... ¿Qué planes tendremos para hoy?, ¿qué haré los próximos días, sin ninguna obligación especial?, ¿cuánto tiempo voy a quedarme aquí? Tengo que hablar con Ethan para que arregle el tema de mi vuelo de regreso; lo había preparado todo para salir desde Estados Unidos, no desde Canadá. Ya que tengo tiempo, aprovecho para reflexionar sobre lo ocurrido. Las dos veces que he tenido intimidad con Sean las he disfrutado y no me he acordado de Juan.

Me encuentro a gusto con él, me gusta su forma de ser, creo que me estoy enamorando profundamente... Después de más de una semana con sus altibajos, pero también con sus cosas buenas, percibo que Sean me sienta bien en ciertos momentos, pero no en otros en los que me desestabiliza a más no poder. Por ejemplo, este estilo de vida con tanto dispendio y dinero despilfarrado en cosas innecesarias, cuando para mí la sencillez es fundamental. Sin embargo, ayer tuve la oportunidad de compartir un rato con su familia, y confieso que me gustó, sus hermanas me causaron una buena impresión, sobre todo su ahijada, Mía, es preciosa. Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos... poco a poco.

—¿Olivia?

Oigo cerrarse la puerta de la casa. Me asomo desde la cocina y le veo.

—Hola, Sean, ¡por fin! —No le pregunto dónde ha estado porque viene acalorado, con la cara sonrojada, ropa y zapatillas de deporte.

—Buenos días, amor. —Me da un beso tierno en los labios—. ¿Has descansado bien?

—Demasiado bien. —Me ruborizo.

—Me alegro, yo también. He ido a correr. Me voy a dar una ducha y vemos qué hacemos hoy, ¿te parece?

—De acuerdo..., ¿dónde está mi maleta?

—Colocada en el armario de la segunda habitación que hay en el pasillo —responde.

«Vaya... excelente...», me digo a mí misma con sarcasmo, todo organizado. Aquí debe de haber un duende mágico que cocina, lava, plancha y lo ordena todo...

Me acerco a esa habitación y abro el armario... ¡Ohhh!, mis cosas están cuidadosamente colocadas y los productos de higiene sobre una mesa. Cuando Sean salga del baño, los pondré allí mismo. A estas alturas creo que no tiene mucho sentido que me instale en otra habitación y ocupe con mis cosas un baño distinto. Veremos cómo avanzamos; aunque me gusta compartir mi intimidad con él, quizás vamos demasiado deprisa, a veces tengo el presentimiento de que algo no funciona como debiera.

Mientras me cambio de ropa, oigo que ha terminado de ducharse. Voy corriendo a su habitación y cuando entro le veo desnudo.

—Creo que deberías hacer algunos abdominales más —me burlo. Él se da media vuelta, sorprendido.

—¿De veras? —me mira tentador.

—Para estar perfecto.

—¿Acaso no lo estoy ya? —pregunta juguetón, y se acerca a mí. Me abraza y me besa con pasión rodeándome fuertemente con sus musculosos brazos.

—Sean..., no me dejas respirar. —Me separo como puedo.

—Lo siento. —Me suelta rápidamente y continúa vistiéndose—. ¿Te apetece pasear por el *downtown*?

—Me parece una idea excelente. —Sonrío y salgo de la habitación para ponerme calzado cómodo—. Por cierto —comento en tono alto—, ¿quién ha limpiado, organizado y preparado el café?

—¿Por qué motivo crees que no he sido yo?

—¿Acaso lo has sido? —Alzo una ceja burlonamente.

—No, claro que no. Se llama Lily, viene todos los días un par de horas. Habrás comprobado que es muy silenciosa.

—Pues sí. ¿Colocó ella mis cosas?

—Sí, seguro que lo hizo ayer, en cuanto Ethan llegó con el equipaje.

«Así da gusto», pienso.

Salimos de casa en su automóvil y mientras nos dirigimos al *downtown* observo la zona donde vive Sean. Es un barrio residencial, y por el tipo de viviendas que diviso parece muy exclusivo. Hay verdaderas mansiones unifamiliares de diversos estilos arquitectónicos y periodos de construcción. También pequeñas lomas y muchos parques repletos de frondosos árboles y cuidados jardines con flores coloridas. Debe de ser un lugar muy tranquilo para vivir; no quiero ni imaginarme el precio del metro cuadrado de una vivienda aquí. Según salimos de la zona, veo tiendas y escuelas.

¡Oh, vaya! Lo tiene todo en el mismo sitio, ¿tal vez para no mezclarse con los demás? Esto sucede también en Madrid, no sé de qué me extraño. En cualquier caso, es muy apacible.

Dejamos el coche en un aparcamiento en el propio *downtown*; ahí se encuentra el distrito financiero, y con él los típicos rascacielos. Subimos a la CN Tower, la torre más alta de Toronto. Es muy parecida al famoso Pirulí de Madrid, pero mucho más alta. Y me quedo impresionada ante las vistas del lago Ontario, que por cierto me parece enorme. También distingo unas pequeñas islas enfrente de Toronto, los majestuosos rascacielos del distrito financiero y una gran extensión de terreno lleno de naturaleza, edificios bajos y casas.

—¿Quieres vivir una experiencia única?

—¿De qué se trata? —pregunto.

—Del Edge Walk.

—¿Y eso qué es?

—Tienes que caminar a través de una pequeña pasarela, fuera del edificio, sin barandillas, amarrada con arneses especiales.

—Bufff, creo que no, Sean, tengo miedo a las alturas.

—¡No me digas!

—Que sí, de verdad, no quiero, lo paso francamente mal.

—OK, entonces vamos a la planta donde se encuentra el piso de vidrio, un suelo transparente que te permite ver la ciudad bajo tus pies, pero desde el interior.

—¡Eso suena mejor!

Pasamos el resto de la mañana paseando y almorzamos comida rápida en un restaurante apropiado para ello. Vemos la plaza Nathan Phillips, Dundas Square y el curioso Distrito de las Destilerías. Visitamos una de ellas, que ahora mismo es una atracción turística. Resulta, cuando menos, curioso de ver. Por los alrededores hay edificios industriales de ladrillo rojo reconvertidos en restaurantes, cafés, tiendas de ropa, etcétera. Y por último visitamos también el mercado de Saint Lawrence, de estilo clásico, que alberga puestos de carne, pescado, frutas, verduras y alimentos típicos canadienses.

Confieso que me gusta el paseo, me gustan las explicaciones que da Sean, y me encanta caminar con él sin ningún tipo de presión de horarios, de fans, de nada en absoluto. Pero, claro, este es un mundo ideal; ahora debemos convivir con nuestros defectos y virtudes..., lo veo demasiado complicado a pesar de

que me estoy enamorando él. No obstante, es pronto aún; tendré que pasar por aquí más tiempo para hacerme una idea clara de por dónde va nuestro camino.

Capítulo 48

Cuando llegamos a casa, ya de vuelta, aprovecho para conectarme a la red wifi. Multitud de mensajes empiezan a sonar en mi móvil, que por momentos parece una feria de tonos y más tonos.

—Sean, tengo bastantes mensajes en el teléfono. ¿Te importa que les dedique un rato?

—Por supuesto, yo voy a hacer exactamente lo mismo.

Se dirige a su despacho y yo me siento tranquilamente en el sofá. Carmen está preocupadísima por mí.

Carmen (17:05)

Toc, toc, toc... ¿dónde estás?

Olivia (20:17)

¡Recibido!, estoy viva.

Ya es tarde en Madrid, así que no verá mis respuestas hasta mañana, cuando despierte.

Olivia (20:18)

Ya hemos llegado a Toronto después de unos días en Boston, Portland y Búfalo. Sean me sorprendió con un estupendo violonchelo que alquiló y ¡toqué en sus conciertos! ¡Fue súper emocionante! La gira ya ha terminado y ahora estamos de vuelta en Toronto. En el camino visitamos las cataratas del Niágara, una pasada. Besos.

Contesto a unos cuantos mensajes más de otros compañeros de la orquesta, de mi hermano y de mi hermana, que también están preocupados.

¡Madre mía!, cuánta gente preguntando por mí. Me siento afortunada desde la distancia y empiezo a echarles de menos; ellos forman parte de mi

mundo. Abro los ojos y miro hacia la mesa de cristal, sin fijarme en nada en concreto. Anhelo mi vida corriente, la del día a día. Anhelo a mis amigos, aquellos que han estado pendientes de mí este último año y medio. Anhelo la comida española con su rica variedad en frutas y verduras y platos de cuchara. Anhelo la orquesta, el violonchelo, el cuarteto de cuerda. Empiezo a reflexionar, son demasiadas cosas, ¿lo que tengo aquí con Sean es más valioso?, ¿puedo empezar una vida con él?, ¿estoy dispuesta a dejarlo todo?, ¿qué siento realmente?, ¿soy capaz de vivir en su mundo sin menoscabo del mío?

Me gusta estar con él, me estoy enamorando, no puedo negarlo. Me gustan mucho su forma de ser, su forma de tratarme, su faceta artística, su familia..., pero sigo sin sentirme cómoda con todo lo que le rodea, y quizás tampoco estaría a gusto llevando su estilo de vida. ¿Amarlo es suficiente como para arriesgarse? No lo sé, no tengo una respuesta aún. He de averiguarlo mientras esté aquí. Justo ahora me acuerdo de mi billete de vuelta a Madrid, no quiero dejarlo pasar más tiempo y decido escribir a Ethan.

Olivia (20:45)

Hola, Ethan, soy Olivia. Necesito que me ayudes a arreglar mi billete de regreso a Madrid para que sea válido desde Canadá. Por el momento, que siga abierto. ¿Podrás ayudarme?

Sean entra en el salón, esta guapísimo con una camiseta ceñida de manga corta y unos tejanos azul muy oscuro. Su barba de tres días le sienta fenomenal y se le ve relajado y muy a gusto.

—¿Cómo vas? —Se sienta a mi lado y me besa en los labios.

—Bien, ya casi al día. Tenía demasiados mensajes que contestar después de casi tres días sin mirar el móvil.

—¿Algo interesante?

—Bueno, aparte de mis amigos, que quieren saber de mí, tengo ya algunas programaciones para septiembre con el cuarteto de cuerda.

—¿Tocas en un cuarteto?

—Sí, pensaba que lo sabías. Tenemos una programación más o menos permanente.

—¿Con quién tocas?

Sospecho que quiere saber si Marcos está implicado.

—Marcos y Cecilia son los violines y Xavier la viola. Todos tocaron en tu concierto, pertenecen a la orquesta.

Como presentía, hace un gesto extraño cuando nombro Marcos, ¿estará celoso?

—Ya veo...

—¿Pasa algo? —¡Vamos, sácalo ya! Le observo con detenimiento y él también lo hace, con semblante serio—. ¿Qué sucede?

—He visto con qué ojos te mira Marcos. Tengo miedo de perderte el día que regreses a Madrid.

—¡Ajá!, ¿importa algo lo que yo opine?

—Lo que tú pienses es lo primero, desde luego.

—Puedes estar tranquilo. Soy plenamente consciente de lo que Marcos siente por mí y, créeme, no va a ser correspondido. Mi relación con él es muy buena, pero estrictamente profesional y no sobrepasa la amistad.

—Estoy tranquilo por ti, pero no por él. He visto demasiado deseo e interés en sus ojos.

—No va a pasar nada, Sean —me reafirmo.

¡Vaya! Sí que se ha dado cuenta..., supongo que será innato en él detectar las intenciones de un rival que desea lo mismo. Al fin y al cabo, y aunque con ciertos convencionalismos, los instintos más primarios son difíciles de ocultar. ¿Estoy descubriendo a un Sean alarmado por perderme o a un Sean posesivo? No quiero renunciar a mi yo, a mi vida, solo compartirla con él, pero me aterra que pueda albergar algún deseo que coarte mi libertad.

—Bien —cambia de tema—, vamos a recibir visita en un rato. Espero que no te importe.

—No, claro, ¿quiénes son?

Miento. En realidad, no me apetece en absoluto, pero entiendo que sus amigos quieran venir a verle después de la larga temporada que ha estado fuera de su casa.

—Son viejos amigos, apenas ninguno relacionado con el mundo de la música. ¡Ah!, viene Ethan.

—Genial. ¿Tengo que vestirme mucho?

—No, no es necesario. Son de confianza.

Me alegro de que venga alguien conocido, y más si es Ethan. A pesar de haber tenido nuestros más y nuestros menos, me valora muy positivamente y hemos sido capaces de llegar a un buen entendimiento. Me retiro a la habitación donde tengo mi ropa y estreno unos pantalones de corte recto y

ajustados, color *camel*, que me compré en Búfalo, y una blusa de manga corta, blanca, con escote en forma de uve. Me recojo el cabello en una coleta alta y me maquillo suavemente: un poco de rubor, un color beis en la cuenca de los ojos y máscara de pestañas. Calzo unas bailarinas en color metálico. Me miro al espejo..., estoy elegante, pero informal. Salgo de la habitación y me encuentro a Sean esperando en el salón. Viste los mismos tejanos que ha llevado hoy, pero ha cambiado la camiseta por un ajustado polo de manga corta en gris claro que marca su musculatura. Está guapísimo.

—Bella. Estás muy bella —me besa nuevamente—, pero te falta algo para completar el conjunto.

—¿El qué? —Reviso mi atuendo sin comprender...

Se acerca y coge algo del bolsillo de su pantalón. Es un pequeño estuche del tamaño de la palma de su mano. Lo tiende hacia mí.

—Olivia, acepta este pequeño detalle. Es fruto de todo lo que siento por ti.

¡Ay, Dios mío! Empiezo a temblar..., ¿qué será? Lo contemplo con cautela sin decidirme a abrirlo. El corazón comienza a latir precipitadamente.

—Tómalo.

Lo cojo con nerviosismo y lo abro... ¡Ohhh! Abro los ojos, atónita. Son unos pendientes preciosos, elegantes, discretos y sencillos. Tres pequeñas circunferencias entrelazadas: una de oro blanco, otra de oro amarillo y otra de oro rosado rellena de puntas de diamante. Se entrelazan como lo hacen nuestras vidas, juntas, pero no revueltas.

—Sean..., me dejas sin palabras. Son realmente hermosos. Pero, de veras, no tienes por qué hacerlo, no necesito todo esto. Me basta contigo.

—Vaya, me alegra que pienses así. No obstante, quiero hacerte este regalo; es muy especial para mí, es un símbolo, mi forma de expresar todo lo que siento por ti. Eres realmente especial, muy especial.

Su mirada se vuelve profunda y rebosante de ternura. Me pone los pendientes y me observa.

—¡Te quedan genial! Parecen hechos especialmente para ti.

Me miro en un espejo que hay en la entrada y asiento.

—Son muy elegantes.

—Son para ti.

Acaricia mi barbilla lentamente hasta que me besa ardientemente, tanto que me estremezco. Me abraza con pasión y palpa mi espalda de forma sensual, mientras seguimos entrelazados hasta que casi desfallecemos por falta

de aire. Tras darnos unos instantes para respirar, me estrecha contra él y apoya su mejilla sobre la mía.

—Te amo, te amo como nunca lo he hecho. Te necesito para vivir, para poder respirar, para levantarme todos los días.

Permanezco callada mientras seguimos abrazados. El corazón me late más deprisa de lo normal y la emoción cautiva todo mi ser. En estos momentos me quedaría con él para siempre..., por la manera como me trata, por cómo me adora y mi cuerpo y mi alma responden ante él.

Sean es maravilloso a pesar de su fuerte carácter, quiere hacer siempre las cosas como a él le gustan; la iniciativa y la batuta habitualmente son suyas, ¿hasta cuándo?

El sonido del timbre de la puerta nos sobresalta. Deben de ser los amigos de Sean. Espero estar a la altura de las circunstancias. Abre y entran dos parejas y, después, Ethan. Yo estoy un par de metros detrás de Sean, esperando que nos presente.

—¡Hola, Sean! —Se oyen voces de alegría.

—Pasad, por favor. —Les da la mano con energía—. Ella es Olivia, ha venido de Madrid y es violonchelista profesional.

—¡Hola a todos! —contesto muy sonriente.

—Olivia, ellos son Emma y Matthew, y Michael y Maya. Son muy buenos amigos míos, de la universidad. Y, bueno, a Ethan no hace falta que te lo presente.

Una vez hechos los saludos, pasamos al jardín, a la zona *chill out*, donde hay un sofá de al menos dos metros de largo; dos sillones a juego, de dos plazas cada uno, dispuestos todos en forma de C, y, en el medio, dos mesitas bajas redondas, todo en color beis claro y acompañado con diversos cojines de rayas blancas y azul marino, combinados con otros enteramente del mismo color azul marino. También hay luces de ambiente por todas partes, estratégicamente situadas para dar al espacio la iluminación justa y necesaria. Nos acomodamos y empezamos a charlar sobre la última gira de Sean. Él comenta algunas curiosidades y los demás escuchan maravillados. Los observo con mucho detenimiento; parecen agradables y muy interesados en todo lo que Sean cuenta. Percibo que Ethan me presta atención de vez en cuando, y le devuelvo la mirada con una amplia sonrisa. Si lo que más le importa es el estado de ánimo de Sean, ahora podrá comprobar que está relajado y disfrutando de la velada.

—¿Qué queréis beber? —pregunta Sean—. ¿Sacamos cervezas?

Todos asienten unánimemente y Ethan y Sean se van a la cocina. Yo hago un gesto para acompañarlos, pero Sean me detiene para que me quede con sus amigos.

* * *

—¿Qué tal os va? —pregunta Ethan.

—Llevamos un par de días muy buenos —respondo.

—Bueno, eso es toda una novedad, me alegro. Necesitabais calma para estar los dos juntos.

—Sí, es cierto. Ya sabes los momentos tan tensos que tuvimos...

—Por un momento pensé que la cosa se iba a romper.

—Yo también. Tenemos personalidades muy distintas, pero creo que ahora estamos en buena sintonía. ¿Sabes? Hemos tenido intimidad, por fin.

—¿Por fin?

—Sí, y ha sido la experiencia más placentera de mi vida. He sentido una conexión muy especial con Olivia, no concibo estar así con ninguna otra mujer. Jamás había sido de esta forma, ¡jamás!

—Pensé que antes ya...

—¿Eh? No, qué va... Creí que te lo había contado. En mi vida me habían rechazado tantas veces.

—Bueno, una cura de humildad no te habrá venido nada mal. —Ríe y me da un codazo—. Por cierto, tengo que contarte algo. Olivia me ha escrito esta mañana para que cambie su billete de regreso a Madrid para volver desde Canadá. No he querido mover nada hasta decírtelo. —Se hace un incómodo silencio—. No te alarmes, no me ha dicho que quiera hacerlo ya. Y es normal que prefiera tenerlo arreglado para cuando decida regresar.

Sigo en silencio, pensativo. En ningún momento hemos hablado de su regreso, aunque está claro que es una decisión que tendrá que tomar antes o después, y he de estar preparado.

—Sean, tranquilo, os veo bien.

—Lo sé, solo que no me lo esperaba. Sé que no va a estar aquí indefinidamente, por mucho que yo lo desee.

—Tiene que pensar en volver, es lógico, ha dejado momentáneamente su vida en Madrid. Veo normal que quiera tenerlo todo arreglado. No sabemos qué va a pasar mañana.

—Arregla su pasaje —contesto con desgana, pero con decisión.

* * *

—Cuéntanos, Olivia, ¿cómo os habéis conocido? —pregunta Emma.

—Bueno, en realidad nos conocimos en Madrid, en un concierto.

—¿De Sean? —pregunta Maya muy interesada.

—¡Oh, no!, en uno mío, en una iglesia. Las circunstancias hicieron que estuviese a escasos dos metros de mí, sentado en un banco. Le gustó tanto que me buscó a la salida..., no sé muy bien por qué, pero ahí estaba. Quizás tengáis que preguntarle a él qué vio en mí.

—Vaya, tiene pinta de ser un flechazo en toda regla.

—Sí, además en esos momentos aún estaba con Chloe.

Me siento tensa por momentos..., con solo escuchar su nombre la envidia me corroe y me pongo alerta. Ella es tan guapa, tan llamativa, tan seductora..., ¡tan *todo* lo que yo no soy...!

—¡Oh, disculpa! —dice Emma.

—No os preocupéis —les tranquilizo—, la conozco.

—Ah, ¿sí? —pregunta Matthew.

—Bueno, vino a verle a una de las fiestas después del concierto, no recuerdo si en Boston o en Portland.

Se miran entre ellos con cara de circunstancias. Y eso me hace pensar que el contradictorio encuentro no tuvo nada de circunstancial.

—¿Y qué pasó después del concierto de Madrid? —pregunta Michael.

—Nos fuimos a tomar unas copas con los compañeros de la orquesta y ahí empezó todo. Nos vimos otra vez a los pocos días y a su regreso de la gira europea... y, bueno..., alguna ocasión más en que vino a Madrid. ¡Y aquí estoy! —concluyo, tampoco quiero darles más detalles.

En ese momento aparecen Ethan y Sean con las cervezas y algunos embutidos y patatas fritas para acompañar. Mientras lo dejan sobre la mesa, Emma continúa preguntándome.

—¿Y cómo es tu vida en Madrid?

—Bueno..., es sencilla —acerto a decir—, practico violonchelo, ensayo con la orquesta, damos conciertos..., también toco con un cuarteto de cuerda..., en fin, no hay mucho más.

—Es una excelente violonchelista, os lo aseguro —interviene Ethan.

—Vaya, no es para tanto —respondo sonrojándome.

—¿Y no tienes uno aquí, para darnos un pequeño concierto?

—Oh, no, estoy de vacaciones. —Sonrío.

Y de repente sucede lo inesperado. Sean desaparece y vuelve cargado con un estuche de violonchelo que me resulta familiar... ¡No me lo puedo creer!

—Querida, he vuelto a alquilarlo, para que puedas tocarlo todo lo que quieras y te sientas como en casa.

Todos me observan con detenimiento y yo me he quedado paralizada, sin saber muy bien qué hacer o decir. No me esperaba esto por nada del mundo. Siento la *presión* de las miradas de los demás. Hiperventilo por momentos. Sean abre el estuche y saca el violonchelo, el arco y la correa y me los entrega.

—¡Oh, vamos!, esto es una reunión de amigos, no habéis venido a escucharme, por favor. —Le miro con expresión de súplica—. Por favor...

—Toca algo, solo un poco.

Accedo, algo avergonzada. Cojo el violonchelo, saco la pica, me coloco como puedo y tenso el arco, pero me encuentro incómoda, no se puede tocar bien con los reposabrazos del sillón sobre el que estoy sentada. Sean me lee el pensamiento y me acerca una silla.

—Vamos, aquí estarás mejor.

Capítulo 49

Afino el instrumento y me concentro. Respiro hondo para relajar tanta tensión y dejar vía libre al aire que entra en mis pulmones, y comienzo a tocar los primeros compases del *Concierto para violonchelo y orquesta en mi menor*, de Elgar,¹² uno de mis favoritos. Me parece muy íntimo y especial; siempre me ha cautivado la fuerza de los acordes iniciales. Tras ellos las primeras notas describen un profundo lamento hasta que la música renace tenuemente, dando paso a una melodía tan dramática y conmovedora que te embauca sin remedio. Creo que instintivamente lo he elegido porque en estos momentos es lo que expresa mi corazón, ese desgarró entre mi vida en Toronto junto a Sean y mi vida en Madrid, con mi música y mis amigos. Toco prácticamente el primer movimiento completo, saltándome las partes de la orquesta; unos ocho minutos más o menos. Cuando finalizo, me aplauden con verdadero entusiasmo, pero también con admiración. Sean está boquiabierto y se acerca para besarme.

—Olivia, ¡es maravilloso! Estamos asombrados.

Los aplausos continúan. Noto que Ethan me observa con detenimiento, su mirada es..., ¿cómo podría describirla?, ¿enigmática?, ¿intensa?, ¿abrasadora? Evito mirarle y me centro en los demás, sobre todo en Sean.

—Muchas gracias, de verdad, no tenéis por qué.

Me levanto para guardar el violonchelo. Detesto ser el centro de atención de los amigos de Sean.

—Qué sonido tan bonito tiene el violonchelo —expresa Michael—, es como un lamento, o al menos así me lo ha parecido.

—Bueno, esta obra es muy apasionada —le explico—, pero este violonchelo es verdaderamente especial y conmovedor. Me encanta la profundidad de su sonido.

—¿Lo quieres? —pregunta Sean.

Le observo sin comprender. Y se hace un incómodo silencio. Todos enmudecen y le miran también.

—En realidad ya no está alquilado —confiesa.

Miro intensamente a Sean, temiéndome lo peor.

—Olivia, es para ti. Es un regalo hecho con mi corazón. Te lo mereces.

Y de pronto me hundo y soy incapaz de pronunciar una palabra. Me siento aprisionada, como en una cárcel, cautiva y sin salida. Mi rostro evidencia mi enorme tensión. Respiro hondo y me muerdo la lengua, no es cuestión de montar un numerito delante de sus amigos.

—Acéptalo, por favor. No tengo mejor forma de expresar lo que siento por ti que ofreciéndote lo que más aprecias.

—Sean..., tenemos que hablar de esto..., no puedo aceptarlo, de verdad, no me puedo imaginar lo que puede costar..., ¿cien mil dólares? ¡Oh, por el amor de Dios!

—Vamos a hacer una cosa. Quédatelo el tiempo que estés aquí en Toronto y luego lo piensas, ¿de acuerdo?

—Di que sí, Olivia, es maravilloso. Parece mucho dinero, pero créeme, para Sean no lo es. Él no valora las cosas por lo que cuestan, sino por su valor real —interviene Ethan.

—Bueno, acepto el trato —respondo para no armar más lío con sus amigos presentes, que por cierto deben estar alucinados con el precio, pero desde luego esto no ha acabado aquí. ¡No pienso aceptarlo!

Un aluvión de aplausos zanja la cuestión. Termino de guardarlo y cierro el estuche. Afortunadamente, la conversación se mueve hacia otros derroteros, cosas triviales de los amigos de Sean. Yo permanezco callada mientras me tomo mi cerveza más rápidamente de lo habitual y deseable, estoy de los nervios. Observo a Sean, parece cómodo, contento, relajado. Ríe con sus amigos. Y Ethan no para de observarme, ¡qué fastidio de hombre cuando quiere, no pierde detalle! Me siento tan incómoda que finalmente me levanto con la típica excusa de que he de ir al baño. Necesito serenarme.

Una vez en el baño, hago respiraciones profundas, me miro al espejo y me digo a mí misma que esto no puede seguir así; primero los pendientes, después el violonchelo..., ¿qué será lo próximo? Yo no quiero esto, no quiero cosas tan caras ni aun tratándose de un violonchelo, estoy perdiendo mi esencia y esto me está provocando tensión, mucha tensión y demasiado nerviosismo. Cada vez me reafirmo más en que su vida no es para mí, en que perderé mi naturaleza, mi alma. Quiero demasiado a Sean, me vuelve loca, lo reconozco, pero constantemente me siento al borde de un precipicio al que me veo forzada a saltar, y no por mi propia iniciativa. Tengo que hablarlo con él seriamente y lo antes posible.

Al salir tropiezo abruptamente con Ethan. No puedo evitar asustarme. Rápidamente me sostiene con sus fuertes brazos y me equilibra.

—¡Por Dios, Ethan! Un día vas a terminar conmigo de un susto.

—Lo siento, Olivia, no era mi intención.

—Anda, vamos. —Intento reanudar la marcha hacia el jardín, pero él me agarra con fuerza de una mano.

—No tan rápido.

—Ethan, o me sueltas o empiezo a gritar —le amenazo—, ¡quítame la mano de encima!

Él me suelta, pero me obliga a permanecer frente a él.

—¿Se puede saber qué te pasa, Ethan?

—Hablemos mejor de lo que te pasa a ti.

—Ya estamos. Lo que deba hablar sobre mí lo hablaré con Sean ¿de acuerdo?

Intento librarme de él.

—Olivia, espera un momento.

—Di rápido lo que tengas que decir. —Algo malo me espero...

—El tema de tu billete de regreso está arreglado. Puedes hacer uso de él cuando quieras a partir de mañana. Te llegará hoy, a lo largo del día.

—Vaya, ¿me estás echando ya? —le encaro con cinismo.

—No pienso contestar.

—De acuerdo, Ethan. —Debo alejarme de él lo antes posible.

—No quiero que te sientas forzada a quedarte más tiempo aquí si no lo deseas —continúa con sarcasmo.

—Ethan, por favor —estoy de los nervios—, límitate a dar consejos a Sean, que para eso te paga.

Huyo de él como si fuera el demonio. ¿Será posible? No puedo creer el sexto sentido que tiene el condenado Ethan..., parece que me leyera el pensamiento.

Cuando regreso al jardín, todos están charlando animadamente. Me uno a ellos y procuro disfrutar del momento. Y digo *procuro* porque mi mente está en otro lugar, echando de menos mi vida pasada de hace un año y medio. Oigo risas, las voces de los niños, ruidos de los juegos con los que se entretienen..., y entre medias la voz de Juan... Juan... Juan..., ¡no sabes cuánto te echo de menos en estos momentos! Quiero a Sean, pero la compenetración que tenía contigo era tal que muchas veces sobraban las palabras. Evito mirar a Ethan durante la velada, aunque siento su presencia en

todo momento. Parece tranquilo y charla animadamente, pero me tiene en el punto de mira constantemente mientras Sean, sentado a mi lado, aprisiona mi mano, totalmente ignorante de la situación.

La tertulia se prolonga durante unas horas más, no hay ninguna prisa y yo no hago más que beber cerveza hasta que empiezo a notar el típico mareo provocado por el alcohol. Procuero hablar lo menos posible, no sea que diga alguna palabra irreverente. Cuando por fin se van todos, voy a la habitación, me desnudo y me desmaquillo. Y entonces, frente al espejo, presto atención a los hermosos pendientes que he recibido esta tarde, ¡vaya día de regalos! Espero que esto no continúe. Me pongo una camiseta de tirantes y voy al dormitorio de Sean. Me quito los pendientes, los dejo junto a nuestra fotografía y me deslizo bajo las sábanas. Intento relajarme, aunque la cabeza me da vueltas y vueltas por la cantidad de cerveza que he bebido y por la tensión de la tarde.

A los pocos minutos entra Sean. Lo escucho desvestirse y meterse en la cama. Las luces están apagadas. Me abraza con ternura.

—¿Estás dormida? —me pregunta

—No —es lo único que acierto a decir.

—Siento que te hayas sentido molesta con el tema del violonchelo.

—Me he sentido muy incómoda, Sean. —Me doy la vuelta para colocarme frente a él—. No me hacen falta todas esas cosas, solo te quiero a ti y nada más que a ti, ya te lo he dicho. No me importan los pendientes, no me importa el violonchelo. No necesitas hacer todo esto, de verdad.

—Entiendo —contesta—, es mi forma de agradecer que estés aquí conmigo. No quiero que te lo tomes como una forma de comprar tu tiempo.

—Sean —quiero ser sincera—, no me encuentro cómoda con tu estilo de vida.

Oigo silencio, más silencio..., solo silencio.

—Pues esto es lo que soy, este es mi mundo.

Su respuesta es breve y sencilla. No tengo más que añadir. Me giro para darle la espalda e intentar dormir, o al menos eso es lo que pretendo. Siento la mano de Sean acariciando mi espalda, descendiendo hasta la cintura, sin pretender más. Lo hace varias veces hasta que se da media vuelta.

—Buenas noches, Olivia.

—Buenas noches —respondo.

A la mañana siguiente, de nuevo estoy sola en la habitación. He dormido bastante mal y tampoco he podido avanzar en mis pensamientos. Miro la hora

en el teléfono móvil. Son las diez y media. Recuerdo que me traje un bikini por si acaso..., ya se sabe, no abulta ni pesa en la maleta. Decido levantarme, ponérmelo e ir a la piscina climatizada a nadar. Necesito relajarme. Al cabo de algo más de media hora sin parar, salgo, me seco, me quito el bikini y voy a la cocina envuelta en una toalla. Huele a café..., ¿dónde está la misteriosa mujer que hace la casa y no se deja ver? Me dirijo a mi habitación para ponerme algo de ropa. Elijo un atuendo deportivo y cuando termino voy a desayunar. Por el camino veo el estuche del violonchelo, que descansa en el salón. No puede ser que lo haya comprado. Desayuno fruta y un panecillo con mantequilla que me sientan fenomenal, y café. Descubro un cuenco lleno de arándanos y doy buena cuenta de ellos... Hummm, están buenísimos. Son casi las doce y no tengo noticias de Sean. La casa está tan silenciosa como cuando me levanté. Cojo el móvil y reviso los mensajes. No hay ninguno de Sean. Bueno, quieres distancia, yo también. Entonces leo uno de Carmen, como siempre tan certera.

Carmen (05:43)

Me cuentas lo que haces, pero no lo que sientes. ¿Cómo te encuentras?

No sé muy bien cómo resumirlo en un mensaje: mis inquietudes, mis miedos, mis inseguridades, pero lo intento.

Olivia (12:04)

Confieso que me he enamorado de Sean, pero no encajo en su forma de vida, sus lujos, sus extravagancias. Me encuentro desgarrada porque no sé qué hacer. Lo quiero, pero no me identifico con su estilo de vida, y esa es su esencia, lo que lo define. ¿Qué hacer...?

Dejo el móvil, hago la cama y decido salir a pasear por las encantadoras calles de Lawrence Park. Aunque está nublado, la temperatura es agradable, ronda los 26 °C. Este es un maravilloso clima para el verano, pero no me imagino pasando aquí el invierno...

Tras una hora caminando, regreso a casa. Sigue vacía, y no tengo ningún mensaje de Sean. No sé qué pensar, no está dando señales de vida. Me dirijo al salón y abro el estuche... qué violonchelo tan espectacular. No me voy a ver en otra como esta, pero no puedo aceptarlo.

Lo cierro y lo dejo en el mismo sitio. ¿Por qué estará poniendo distancia?, ¿quiere que lo eche de menos?, ¿quiere darme tiempo para pensar? Decido cocinar algo para distraerme. Empiezo a abrir armarios y armarios para ver qué encuentro y descubro unas cuantas patatas. En la nevera hay al menos una docena de huevos y cebolletas. Pues ya está, haré una tortilla española de patata. Busco y rebusco aceite decente..., supongo que no cocinará con mantequilla, ¿o sí? ¡Bingo!, hay un par de botellas de aceite de oliva español, ¡no me lo puedo creer! Ahora solo me falta encontrar la sal y las sartenes. Después de un buen rato consigo reunirlo todo y comienzo la tarea. Cuando acabo, separo un pedazo y me lo tomo con un poco de lechuga y tomate.

Son las cuatro de la tarde y sigo sin noticias de Sean. No sé qué hago en casa, me estoy ahogando... Vuelvo a salir a caminar, pero esta vez en sentido contrario. Al cabo de un rato veo un edificio robusto de piedra gris que resulta ser una iglesia. La fachada principal está en lo alto de una escalinata que se divide en dos tramos. No parece que la construcción tenga muchos años, e imita el estilo románico. El módulo central alberga una gran puerta de cuatro hojas de madera bajo un arco de medio punto con una pintura de Jesucristo resaltando su sagrado corazón, apareciéndose a una monja que está en estado de contemplación. Por encima de la puerta se ve una gran vidriera de varios metros de alto. Decido acceder, y para mi sorpresa me encuentro con una orquesta de jóvenes ensayando frente al altar algo que me resulta familiar..., la *Sinfonía del nuevo mundo*, de Dvořák.¹³ Decido entrar a poner en orden mis ideas mientras escucho el ensayo. La iglesia es bastante grande, aparentemente de planta rectangular. A la derecha y a la izquierda hay unos cuantos arcos de medio punto sobre los que diviso preciosas vidrieras por las que entra una luz preciosa y colorida. Conforme camino hacia la zona del altar, la nave se ensancha levemente. Me siento a una distancia prudente.

Alzo la mirada al techo y contemplo la bóveda de crucería adornada con colores ocres. Las enormes vidrieras, distribuidas por todo el perímetro, dejan entrar bastante luz. El altar parece realizado en mármol, al igual que el sencillo retablo, flanqueado por dos enormes columnas y con una imagen de Jesucristo tallada en madera como único ornamento. Y cómo huele..., mmmm,

a incienso. Me santiguo y cierro los ojos con la intención de serenarme, pero me cuesta un poco... Escucho algunas desafinaciones y al director parando el ensayo cada dos por tres para dar instrucciones.

Abro los ojos y los observo, quizás se trate de la orquesta de algún conservatorio de música. Permanezco en silencio; me encanta esta sinfonía, a pesar de la interpretación. Es, sencillamente, maravillosa. Interpretan el segundo movimiento, el largo, delicado, hermoso, con temas tomados del folclore de los indios nativos norteamericanos. De repente, el director para el ensayo, abro los ojos y observo que está hablando con el violonchelo principal, un chaval joven. Por los movimientos, creo que se queja de la mano izquierda..., mal asunto. Por puro instinto me levanto y me acerco.

—¿Puedo ayudarles? Tengo experiencia en este tipo de lesiones, soy violonchelista.

Ellos me miran de forma extraña, pero al final el chico me tiende la mano.

—No puedo apoyar, el dolor es insoportable.

La expresión de su cara es de verdadero suplicio. Realizo pequeñas presiones con mucha cautela y muy despacio sobre los dedos y la muñeca de su mano izquierda. En reposo parece que no le duele, buena señal. Sin embargo, si apoya y pisa las cuerdas con ellos, el dolor comienza de nuevo. Le doy un suave masaje a base de pequeñas pulsaciones lentas y controladas..., sí, creo que sé lo que tiene, probablemente se deba a tensiones en la colocación de esa mano.

—Parece una tendinitis. No te queda más remedio que hacer reposo. Deberías dejar de tocar ahora mismo, hasta que te vea un médico.

—¡Pero si el concierto es dentro de tres horas! —se lamenta.

—Andrew, no te preocupes, nos las apañaremos —le consuela el director—. Siéntate ahí, en el primer banco.

Me doy la vuelta y vuelvo a mi sitio cuando escucho la voz del director.

—Señorita..., ¡señorita! —Me doy la vuelta—. Señorita, ¿ha dicho usted que es violonchelista?

—Sí, claro.

—¿Tiene usted algo que hacer esta tarde? —Está preocupado, se acaba de lesionar el violonchelista principal...

—Bueno, en realidad, no...

—¿Le importaría ensayar con nosotros? Nos hemos quedado escasos de violonchelos. —Sonríe.

Eran seis, ahora cinco. Sí, son muy pocos para esta obra. Miro al pobre chaval, al director, al resto de los chavales de la orquesta..., creo que todos están deseando que les ayude.

—¿Ha tocado alguna vez esta sinfonía? —me pregunta el director.

—Sí, unas cuantas... —respondo sonriendo, es una obra famosa y muy interpretada.

—¿Podría entonces...?

No me lo pienso mucho...

—Pues claro, estaré encantada.

El director sonríe y me tiende su mano en señal de saludo.

—Mi nombre es Brian.

—El mío, Olivia. —Le tiendo la mía.

Él señala el violonchelo del chaval para que lo coja. Lo miro pidiéndole permiso para utilizarlo y contesta afirmativamente. Lo recojo del suelo, me siento en su lugar y cojo el arco. Reviso la afinación y lo retoco sensiblemente. Vuelvo a mirar al chico joven y le guiño un ojo con cariño. El pobre se ha quedado sin tocar..., seguro que ha ensayado muchísimas horas y se va a perder el concierto. ¡Eso sí que es mala suerte!

Capítulo 50

Miro el teléfono. Ningún mensaje de Olivia. Ahora mismo siento dolor, un intenso y agudo dolor. Vivir con ella es como navegar en el mar; hay momentos donde todo está en calma y es perfecto, pero cuando el viento sopla, las olas van y vienen trayendo consigo inestabilidad. Y no hay forma de que el barco se quede fijo en un sitio si no hay un ancla a la que amarrarse, un ancla que aún no hemos encontrado, o, si lo hemos hecho, no es lo bastante fuerte como para asegurarnos un equilibrio. Hoy he decidido darle su espacio y he aprovechado para hacer unas gestiones con Ethan; aunque descanse durante el verano, proseguiremos con la promoción del disco en septiembre.

—Bien, Ethan, todo controlado. Me parecen buenas ideas. Las iremos desarrollando.

—Creo que va a ser fantástico. ¿Almorzamos?

—Sí, por supuesto —respondo algo dubitativo—. No he llamado a Olivia en toda la mañana, ni ella a mí.

—Vamos, tienes que darle su tiempo.

Salimos hacia uno de mis restaurantes favoritos. Afortunadamente nos atienden rápido y conseguimos una mesa en una zona discreta. Mientras elegimos lo que vamos a tomar, Ethan retoma la conversación.

—Ayer estuve observando a Olivia durante todo el tiempo.

—Lo sé, me di cuenta.

—Es una mujer increíble.

—Me siento encadenado a ella de tal forma que no concibo otra forma de vivir si no está a mi lado.

Observo la expresión de sorpresa en el rostro de Ethan.

—Estás totalmente irreconocible, ¿quién te viera hace un par de años!

—Ella me ha cambiado.

—Ella es tu problema —afirma Ethan rotundo, y reconozco que me sienta mal, muy mal, porque quizás haya dado en el clavo.

—Yo no lo llamaría *problema*, pero sí, confieso que mi vida entera gira en torno a ella hasta el punto de que está tomando el control sobre todas las cosas.

—Ella no lo está tomando, Sean, tú te estás dejando. Creo que es la primera mujer en mucho tiempo que está contigo y no quiere nada de tu mundo ni de tu ambiente. Ese es el problema real, no sois capaces de controlar esa parcela.

—Soy consciente de ello, Ethan. Estoy intentando que lo descubra y lo contemple con total normalidad, pero ya ves los resultados. Llevo todo el día pensando en ella y soy incapaz de quitármela de la cabeza.

—A pesar de que Olivia merece la pena, no la termino de ver en tu espacio. Es, sin duda, la mejor mujer que ha pasado por tu cama, no la más bella, pero sí la mejor.

Vaya, este último comentario me deja impactado.

—Tenemos que darnos más tiempo.

—No sé si es cuestión de tiempo o de vuestras personalidades. En cualquier caso, te animo a pelear por ella, porque si no lo haces tú, lo haré yo.

Le miro extrañado. Me sorprende lo que acaba de decir.

—¿Perdón?, ¿he escuchado bien? —Necesito que se reafirme en lo que ha dicho.

—Era solo una forma de hablar —dice, y baja la mirada. De repente, una alarma se dispara como un resorte, ¿sentirá algo por ella?—. Lo que creo firmemente, Sean, es que con ella debes olvidarte de tantos regalos caros. No los necesita y la estás incomodando. Ayer, mientras la observaba después de que le ofrecieras el violonchelo, noté su rechazo, mucho rechazo al aceptar ese regalo que para ella debe de ser lo máspreciado del mundo. Si con ello has provocado un enfrentamiento, no sé de qué otra forma la puedes engalanar, ¿me entiendes? Ella no quiere el violonchelo porque no lo necesita, ya tiene uno, aunque pueda ser inferior. Sean, Olivia no necesita más cosas materiales de las que ya tiene en su vida. Por primera vez te enfrentas a alguien a quien no puedes obsequiar como has hecho hasta ahora. Ella solo te quiere a ti, nada más, su mejor regalo eres tú mismo, tu alma, tu corazón, tu amor, tu interior.

* * *

El director hace una pequeña interrupción cuando noto que vibra el teléfono. Lo cojo un instante y leo el mensaje.

Sean (17:25)

Hola. Tengo muchas ganas de verte. ¿Dónde estás?

Observo al director. Está dando explicaciones a los violines, así pues, aprovecho y le mando mi ubicación actual. Si quiere venir, que venga... El ensayo se reanuda; ya vamos por el cuarto movimiento. Aprovecho y le doy algunos consejos al chaval que está a mi lado, y *le llevo* con mis gestos, mis movimientos y mi expresión. Es listo y lo capta muy rápido. Recuerdo cuando era pequeña y venía algún refuerzo al ensayo general y a los conciertos; para mí esas personas eran una fuente de inspiración, y ellas me hacían sacar más de lo que llevaba dentro. Tocar con alguien al lado que sabe mucho más que tú es una suerte, una clase magistral, un apoyo, una seguridad. Incluso aprendes expresividad y resolución. Por este mismo motivo exagero un poco la intencionalidad con la que toco para que él me siga, al igual que sus compañeros, que están detrás. Veo algunos arcos anotados en la partitura que no están del todo bien puestos; creo que el resultado mejoraría si los cambiase, pero no voy a modificar nada a estas alturas; lo han trabajado así y corregirlo podría resultar contraproducente.

Ensayamos un buen rato, y mientras escucho algunas indicaciones del director, me parece ver por el rabillo del ojo que Sean está sentado en un banco, cerca de mí. Cuando nuestras miradas se cruzan, siento ese nerviosismo que me recorre de arriba abajo. Y un fuego abrasador se apodera de mí. No puedo apartar mis ojos de él, Sean me mira con deseo y soy incapaz de atender al director. Una ligera mueca surge de mis labios y se transforma en una sonrisa cargada de ternura. Lo saludo con la mirada y retomo el ensayo.

* * *

Cuando recibo su ubicación y me acerco, no puedo creer que esté en una iglesia. Todo esto me trae recuerdos gratificantes. Al entrar la veo tocando el violonchelo con una orquesta juvenil. Es como si todo comenzase de nuevo, como si la vida nos brindase otra oportunidad. Es tan especial, tan expresiva, guarda tanto en su interior... De repente me fijo en un chaval que está sentado en el primer banco, mirándola sin pestañear; unos instantes después, una pareja se sienta a su lado y le besa. Probablemente son sus padres. Y me empieza a picar el gusanillo de la paternidad, ¿cómo es posible? Observo cómo le protegen, la ternura con que le tratan..., y no puedo evitar desear tener

familia, pensar que he elegido a Olivia, sin duda, para que sea la madre de mis hijos. Nada me haría más feliz.

El ensayo finaliza. El director se acerca a Olivia y charla con ella. ¿Cómo se habrá colado en la orquesta? Ella asiente y le da la mano. Se levanta, guarda la pica, destensa el arco y recoge la correa. Se dirige al chaval y se lo entrega con sumo cuidado.

* * *

—Muchas gracias por prestármelo. —Sonrío con complicidad—. ¿Qué tal te encuentras?

—Mientras no fuerce la muñeca, no me duele. ¡Oye, qué pasada verte tocar el violonchelo! He aprendido mucho de ti, de veras. Te voy a presentar a mis padres.

—¡Oh!, no es necesario...

—Sí que lo es. —Se da la vuelta y se dirige a ellos—. ¡Papá, mamá, os presento a esta gran violonchelista!

—Encantada de conocerles —digo mientras les tiendo la mano—. Mi nombre es Olivia. Su hijo es un chaval estupendo. Creo que tiene una tendinitis en la muñeca izquierda, se le quitará con reposo, pero es mejor que lo vea el médico.

—Ha sido un placer —responde la madre—. Sí, eso haremos, muchas gracias por ayudarle.

—Oh, no ha sido nada, conozco muy bien este tipo de lesiones, las he sufrido en más ocasiones de las que me hubiera gustado.

—¡Papá, mamá! —interrumpe el chaval con mucho entusiasmo—. ¿Habéis visto lo bien que toca? ¡Espero poder sacar algún día ese mismo sonido de mi violonchelo!

—¡Seguro que con el tiempo lo harás! —le animo—. El secreto es articular mucho con la mano izquierda y dominar la técnica del arco; tienes que practicar y practicar, y hacer al pie de la letra los ejercicios para coger técnica, ya sabes..., aunque musicalmente sean un rollo.

De pronto, un murmullo interrumpe nuestra conversación. Los chavales han debido reconocer a Sean y están rodeándolo, pidiéndole autógrafos y haciéndose fotos. Vaya, me sorprende que su música guste a chavales adolescentes. Él me llama para que me acerque, pero gesticulo negándome; es

su momento. Advierto que insiste y los muchachos empiezan a mirarme... No sé dónde meterme... y no tengo más remedio que acercarme. Cuando llego, me coge de la mano, me acerca a él y me da un tierno beso en la mejilla ante la admiración de todos los presentes. Yo pongo la mejor de mis caras por él, aunque reconozco que ante este público no me importa. El director se aproxima y saluda con entusiasmo a Sean, ¡menudo revuelo se ha montado!

—Encantado de conocerle, es todo un honor.

—El honor es mío —responde Sean con una amplia sonrisa.

—Me gustaría hacer uso de su amabilidad y pedirle algo importante para nuestra orquesta. Verá, esta tarde damos un concierto aquí y Olivia se ha ofrecido a tocar con nosotros —se dirige a mí, para que le confirme que será así—. Si pudiera asistir y ser nuestro invitado especial, le estaríamos muy agradecidos. Tan solo tendría que leer un pequeño texto al inicio del concierto, que naturalmente podrá redactar usted. También, si lo prefiere, podemos preparar un boceto para que le dé su aprobación. La idea es apoyar con su presencia la finalidad didáctica de este concierto.

—Por supuesto, no hay ningún problema —responde Sean—, nada me gustaría más. El plan me parece muy acertado; la música clásica debe promocionarse.

—¡Fenomenal!, muchísimas gracias, se lo agradecemos enormemente. El concierto empieza a las siete y media de la tarde, en unos minutos le pasaré el texto para que modifique o añada lo que quiera.

—Perfecto.

Salimos de la iglesia como buenamente podemos y nos dirigimos a casa. Tengo que ponerme algo negro y llevar el violonchelo. Qué curioso. Más bien diría que es algo providencial que lo tenga conmigo, a pesar del enfado que me supuso ayer la noticia de su compra. Al menos va a servir para algo bueno.

Me pongo unos sencillos pantalones negros de vestir, una blusa negra de manga corta con cuello en forma de uve que compré en Búfalo y unos zapatos negros de salón. Mientras me arreglo, escucho a Sean, que habla por teléfono con Ethan, pero no logro saber el tema de la conversación. En apenas veinte minutos estamos de regreso. Como es pronto, preferimos quedarnos en el coche, charlando.

—¡Vaya, cuántas sorpresas hoy! —revelo.

—Sí..., me encanta dejarme llevar por los acontecimientos cuando no tengo mi vida programada por las giras. Además, me parece una fantástica

labor apoyar a estos chavales para que puedan labrarse un futuro profesional en el mundo de la música...

—¿Sabes?, te he echado de menos hoy. —Cambio de tema. Él me mira con esos ojos que parecen comerme.

—Yo también te he extrañado, ¡no sabes cuánto!, Olivia, te amo. —Se acerca a mí y me acaricia el cuello. Yo me aproximo y nos damos un beso apasionado, muy apasionado, mientras sostiene mi rostro con sus dos manos.

—Sean... siento mucho lo de ayer, ya sabes, el numerito del violonchelo... No me gusta sentirme acorralada ni que controlen mi vida y mis movimientos.

—Y yo siento haber provocado esos sentimientos.

—¿Hacemos las paces?

—¿Qué paces?

—Nos perdonamos mutuamente y seguimos intentando esto —lo digo con el corazón abierto.

—Cariño, soy todo tuyo. Me tienes a tu merced —susurra con voz ronca, y vuelve a besarme con ímpetu, tanto que noto que mis labios se sonrojan.

Me separo un poco, veo que faltan veinte minutos para que empiece el concierto.

—Vamos, Sean, no vayamos a llegar tarde.

Salimos del coche y accedemos a la iglesia por una puerta lateral. Sean se dirige al director para leer el breve discurso que ha escrito y yo me acerco a los violonchelistas.

—Hola a todos. Chicos, todo lo que teníamos que hacer lo hemos hecho; os habéis dejado los dedos estudiando esta preciosa obra, así pues, ahora toca salir al escenario y hacerlo todo lo bien que sabéis. Salid tranquilos, ¡fuera nervios!, y disfrutad, sobre todo disfrutad de esta música tan maravillosa. ¡Adelante!

Me aplauden con entusiasmo, lo cual me sorprende. Hacía mucho tiempo que no trabajaba con chavales; en concreto, desde los inicios de mi matrimonio con Juan, cuando daba clases en la escuela de música. Reconozco que disfruto enseñando y me produce cierto sentimiento de nostalgia. Hacerles sentir con pasión la música clásica, motivarles y guiarles es una experiencia bien bonita, y a la vez reconfortante. Entonces se acerca el chaval que ocupaba el puesto de violonchelo principal.

—*Hi*, Patrick! —lo saludo—. ¿Qué tal te encuentras?

—Hola, Olivia, estoy mejor, al menos más tranquilo. Aún no hemos podido ir al médico, pero si no fuerzo la muñeca, no me duele.

—Me alegro, entonces no será nada grave. No te preocupes. Sé que es un fastidio no poder hacer este concierto después de haber estudiado tanto, pero míralo de otra forma, seguro que lo repetís en breve y tú ya lo tendrás bien trabajado. Todo el esfuerzo realizado siempre suma para abarcar nuevos proyectos, así pues, no te desanimes. Dentro de poco podrás seguir tocando tan maravillosamente bien como lo has hecho esta tarde.

—¿De veras? —Se le ilumina la cara por momentos y le doy un abrazo maternal.

—¡Estoy completamente convencida!

Nos llaman para salir al *escenario*: daremos el concierto en el lugar situado entre el altar y el primer banco de la iglesia, que por cierto está llena a rebosar. Por lo visto ha circulado el rumor de que Sean va a hacer la presentación. Nos sentamos en nuestros asientos y nos colocamos. Acto seguido aparece en escena el director del conservatorio y se escucha una gran ovación.

—Buenas tardes a todos. En primer lugar, y en nombre del conservatorio de música Franz Schubert, quiero darles la bienvenida al último concierto de todos los que organizamos cada curso académico. Agradecer a la iglesia del Sagrado Sacramento que nos dé esta oportunidad. También a la junta directiva, por todo el esfuerzo que realiza para que podamos celebrarlos, y a los chavales, que los preparan con tanta pasión y entusiasmo. Como todos sabéis, queremos formar verdaderos músicos que puedan desarrollar su carrera profesional en un futuro muy cercano, e intentamos transmitirles valores como la honestidad, el trabajo bien hecho, el esfuerzo y, sobre todo, la pasión por la música. Además, hoy tenemos a un invitado especial, uno de nuestros vecinos más famosos por su buen hacer como músico profesional, como cantante internacional y como persona. Señoras y señores, con todos ustedes, ¡Sean!

Se escucha un grandísimo aplauso y Sean sale al escenario, saluda de forma entusiasta y se acerca al micrófono. Hace gestos para que le dejen hablar, amablemente. Y cuando lo consigue, da comienzo su discurso:

—Queridos alumnos, querido público. Muchas gracias por haber venido. Agradezco vuestra invitación para apadrinar este concierto. Estoy verdaderamente orgulloso de estar aquí. Como sabéis, mis inicios en el mundo de la música no fueron fáciles: tuve que dar muchos recitales en pequeños locales hasta que alguien se fijó en mí.

»No por ello me desanimé, es más, cada vez me sentía más motivado y convencido de que algo bueno me esperaba al final del camino. Tuve que trabajar muy duro, recibí clases de canto, de lenguaje musical..., y eduqué mi voz con mucho esfuerzo. Pero, ¿sabéis?, ¡lo conseguí! Por eso quiero animaros a no desfallecer, a perseguir vuestros sueños y metas, a trabajar duro, porque todo esfuerzo tiene su recompensa si se tienen voluntad, rigor y talento.

Todos aplauden con entusiasmo. Cuando se hace nuevamente el silencio, Sean continúa.

—Y para que vuestro desarrollo como músicos profesionales sea un camino algo más sencillo, he decidido donar la cantidad de treinta mil dólares para destinarlos a vuestra formación.

Estalla una gran ovación y muchos aplausos, tanto por parte del público como de los chavales. Es increíble el carisma de Sean; estas mismas palabras dichas por otra persona distinta no hubieran calado así, estoy segura de ello.

—*Ladies, gentlemen...* —se interrumpe y espera hasta poder hablar—, no quiero entretenerles más, hoy sus hijos, nietos y sobrinos son lo más importante. Les dejo con la orquesta, que va a interpretar la maravillosa *Sinfonía del Nuevo Mundo*. Estoy seguro de que disfrutarán escuchándolos, porque lo hacen fantásticamente bien. ¡Un fuerte aplauso para ellos!

El público aplaude una vez más. Sean se retira rápidamente y se sienta en un banco en el extremo de la sala, donde podrá disfrutar del concierto con algo de intimidad. Puedo verle con facilidad, no quita la vista de mis ojos. Me ha sorprendido con la donación del dinero..., ha sido una idea increíble; toda ayuda para la formación de estos muchachos es poca. Le sonrío y me concentro. El director ya ha salido al escenario, se coloca en su sitio y extiende los brazos; el concierto va a empezar ya.

Capítulo 51

Me siento en el banco que me han asignado y me dispongo a disfrutar de la música. Olivia me ha estado hablando de la obra para que pueda saborearla mejor.

Dvořák la compuso en 1893 en Nueva York, en la época en que dirigía el conservatorio de música de esta ciudad. En los cuatro movimientos que la componen se aprecia la influencia del folclore indio y del checo, país del que era originario, así como de la música espiritual negra. Toda esta riqueza, magistralmente orquestada por un genio de la composición, revierte en una obra original de una belleza tal que seduce a todo el que la escucha; las melodías son ricas en matices y sencillas en su estructura, y, sin embargo, al escucharlas impactan y fascinan. De hecho, la cantidad de veces que se interpreta constantemente en el mundo entero habla por sí misma de su trascendencia musical y de su popularidad.

Nunca me cansaré de ver a Olivia tocando el violonchelo; su estilo y su expresividad me seducen y me hipnotizan al mismo tiempo. Vuelvo a recordar el concierto en aquella iglesia, la primera vez que la vi. Mi alma quedó tan encadenada a la suya que agonizaría si la perdiese. ¿Existe el amor a primera vista?, ¿el flechazo? No me había pasado hasta ahora..., definitivamente creo que sí. Conforme avanza el concierto, reflexiono sobre todo lo que nos ha sucedido y llego a la conclusión de que debo volver al origen de aquello que me enamoró de ella. Los objetos materiales no alimentan su alma, me he equivocado tremendamente y debo enmendar mi error. Olivia debe ser libre para escoger, actuar, organizar su mundo, si quiero que esté junto al mío. Así como la música fluye por sí misma sin ningún encorsetamiento, así debe sentirse ella para que mane su naturaleza, su propio yo interior.

Porque la amo con todo mi ser y toda mi alma, con sus fortalezas y debilidades, tal cual es, no quiero que cambie ni un ápice, tan solo deseo amarla como ella se merece, entregarme en cuerpo y alma y hacerla feliz. Si ella es feliz, yo también lo seré. Y creo que algo muy positivo que tenemos en común es la capacidad de entregarnos a los demás; si no, no estaríamos aquí hoy, en este concierto, ni ella tocando ni yo escuchando, dando un pequeño

discurso y donando fondos. Podríamos estar paseando, visitando algún lugar, cenando en un restaurante de lujo o simplemente viendo una película en casa. Pero no, hemos venido a escuchar a unos chavales tratando de darles un buen ejemplo. Y no me refiero nuestro talento, sino a nuestro deseo de regalarnos a ellos sin esperar nada a cambio. Sus caras de emoción, su pasión por hacer las cosas bien, sus gestos expresan admiración por lo que hacemos por ellos y también por lo que somos. Y ese es el mejor testigo que podemos transmitirles.

Para ser una orquesta tan joven reconozco que han dado un buen concierto; no es una obra sencilla de interpretar, y el público agradece su esfuerzo en cuanto finaliza. Se ponen de pie, aplauden y vitorean; la mayoría son padres, hermanos, tíos, abuelos... Pero también hay más personas que han venido a verlos, gente de la parroquia, y no pierden detalle de todo lo que acontece. El director felicita al concertino, como es de rigor, y también al primer violín, la primera viola y el primer contrabajo. Cuando se dirige a Olivia, además de darle la mano, le hace una pequeña reverencia que me engrandece, porque sus éxitos también son los míos y los disfruto igualmente. Empieza a levantar a los chavales que tocan los instrumentos de cuerda, viento y percusión para que reciban también su merecido aplauso, ¡claro que sí! En cuanto comienzan a salir del escenario, observo que los chicos que han tocado con Olivia la saludan con verdadera admiración. Y ella les devuelve el saludo con la más generosa sonrisa y les felicita con entusiasmo. Cuando ya no queda nadie en el escenario, entro en la sala interior donde están los músicos. Quiero que nos vayamos pronto para no levantar expectación; hoy es la noche de todos estos chavales.

En el momento en que la encuentro, la sorprendo agarrándola por detrás, por la cintura, y le hago cosquillas.

—¡Ja, ja, ja! —Se ríe al mismo tiempo que se gira sobre mí—. ¡Vale ya, Sean!, chsst, ¡que estamos a la vista de los muchachos!

Le doy un tierno beso en los labios sin poder evitarlo.

—Te quiero. —Disfruto con su mirada.

—Yo también, ha sido todo un detalle la donación, ¡qué calladito te lo tenías!

—Lo decidí en el último momento. Todo sea por apoyar su carrera en este mundo tan exigente. ¿Nos vamos?

—¡Espera que guarde el violonchelo!

Antes de irnos nos despedimos del director, que está emocionadísimo con el donativo y nos agradece amablemente nuestra presencia esta noche. Conseguimos salir de la iglesia más o menos desapercibidos y ponemos rumbo a casa. Estoy muy cariñoso y me prodigo dando tiernos besos sobre la mano izquierda de Olivia, que tengo recluida entre mis dedos.

Después de aparcar el coche en el garaje, empiezo a comérmela con besuqueos y más caricias, con auténtica ansia. Olivia me sigue y se deja hacer. ¡Oh, por Dios!, ¡la deseo tanto! La necesito como el respirar. La acorralo sobre la pared y la desnudo con desesperación; ella hace lo mismo conmigo, y en menos de un minuto nos encontramos desnudos el uno frente al otro, respirando con pasión e imperiosa codicia.

—Olivia... Olivia... Olivia —acierto a decir al mismo tiempo que la poseo.

Terminamos ambos sobre el suelo del pasillo, exhaustos y satisfechos. Pero hoy ha sucedido algo muy distinto, hoy la he sentido mía, la he recibido tal cual ha querido entregarse, y lo ha hecho hasta lo más profundo; en cuerpo y alma. Su cuerpo, su sensibilidad y sus ojos han expresado una canción hermosa sin igual, una canción de amor verdadero jamás escrita. Y me siento el hombre más dichoso del mundo.

No soy capaz de comprender cómo he podido creer alcanzar la felicidad con todas las mujeres con las que he mantenido relaciones. Esto no tiene nada que ver con lo experimentado hasta ahora, esto es lo más penetrante e impactante que he sentido en toda mi vida.

—Amor, no te alejes nunca de mí. Quiero estar a tu lado el resto de mis días. Lo eres todo, y todo es... ¡TODO!

—Te amo —contesta ella en voz baja. Y nos fundimos en un tierno abrazo del que no queremos separarnos.

Suena mi teléfono móvil y mi intención es no cogerlo, me encuentro tan a gusto que no quiero moverme. Pero el tono es tan persistente que acabo levantándome y buscándolo por el suelo, entre las ropas revueltas. Por fin lo encuentro. Es Catherine.

—¿Sí? —contesto mientras intento acomodarme nuevamente entre los brazos de Olivia.

—Sean... Es Mia... —Escucho su voz, temblorosa—. Está muy mal, Sean.

—¿Qué pasa? —Me alarmo.

—Estamos en el Memorial Hospital... —No dice nada más y comienza a llorar.

—¡Catherine!, ¡dime qué ha pasado!

—Un accidente de tráfico..., está muy grave. ¡Ven, por favor!

Cuelgo la llamada.

—Vamos, Olivia, vístete, tenemos que irnos ¡ya!

—¿Qué sucede?

—Es Mia, han tenido un accidente de tráfico y está muy grave, en el hospital.

—¡Dios mío!

Recogemos y nos vestimos a toda prisa. Tenemos más de dos horas de trayecto. Sacamos el violonchelo del coche y salimos. Activo la conexión por manos libres y llamo a Catherine. Salta el buzón de voz. Marco el teléfono de Noah, su marido.

—¡Sean!

—Noah, vamos de camino, cuéntame qué ha pasado.

—La estaba trayendo a casa la mamá de una amiga, en su coche. Cuando circulaban por una rotonda, otro vehículo se ha incorporado a gran velocidad y ha chocado contra ellos, en el lado donde se encontraba Mia... Ha sido horrible, Sean, horrible.

—¡Joder! —Doy un golpetazo sobre el volante—. ¿Cómo está?

—Debido al impacto se había quedado atrapada dentro del coche. Ahora está inconsciente... —la voz le tiembla—, ahora mismo le están haciendo pruebas para determinar la gravedad de las lesiones internas. Tiene el brazo derecho roto por varios sitios, y también un par de costillas y la pierna derecha.

—¿Y la mamá?

—Tanto ella como su amiga iban en el lado izquierdo y tienen contusiones fuertes, pero poco más... —Su voz se apaga—. Menudo cabrón...

—Llegaremos tan pronto como podamos. Por favor, llámame con cualquier novedad. Chao.

—¿Ethan?

—Hola, Sean, ¿qué tal ha ido el concierto?

—Ha ido fenomenal, pero te llamo por otra cosa... Escúchame, voy conduciendo en dirección a Kingston, mi sobrina ha tenido un accidente de tráfico y está muy grave. Suspende lo que teníamos programado para los próximos días. No sé cuándo voy a regresar... ¿Ethan?

—Lo siento mucho, Sean, de veras. No te preocupes por las reuniones, las cancelo hasta nuevo aviso. ¿Necesitas que haga alguna gestión?

Me quedo pensando...

—Por el momento no, gracias, Ethan. Te avisaré si hay novedades.

—De acuerdo... Dale un abrazo a tu hermana, espero que Mia se recupere. Ten confianza, es una chica muy fuerte.

—Gracias, Ethan.

Hacemos todo el camino sin parar y en silencio, nos hemos quedado tan impactados que no nos salen las palabras. Olivia me toma la mano derecha las veces que puede hacerlo, para no correr peligro, y se lo agradezco. Afortunadamente apenas hay tráfico y llegamos al hospital en poco más de dos horas y cuarto.

Preguntamos en la recepción de urgencias y enseguida nos conducen a la sala de espera, donde Catherine y Noah permanecen abrazados, llorando.

—¡Catherine!

—¡Sean!

Nos fundimos en un abrazo. Olivia los saluda con cariño.

—¿Cómo está?

—Estable, dentro de la gravedad. Sigue inconsciente. Al parecer no hay lesiones internas importantes, los médicos no temen por su vida.

—¡Gracias a Dios! —respiro hondo.

—Habrá que esperar las próximas veinticuatro horas para a ver cómo evoluciona.

—Sí, por supuesto.

—Estamos destrozados —comenta Noah.

—Lo siento mucho, de veras. Confío en que Mia salga adelante —acierta a decir Olivia.

Sylvie llega al poco rato, está muy asustada también. Nos abrazamos y la ponemos al día. David se ha quedado en casa con los niños, esperando noticias. Pasamos la noche a la expectativa de partes médicos en la sala de espera del hospital. Sus padres entran a verla cuando los médicos lo permiten. Está entubada, inconsciente, con un collarín y el brazo y la pierna derecha escayolados. Afortunadamente no ha necesitado ninguna operación. La mamá que conducía y su amiga se encuentran también en observación, pero si todo transcurre con normalidad, mañana les darán el alta. El conductor del otro vehículo ha salido ileso y está detenido. Por lo visto ha dado positivo en las

pruebas de alcoholemia. La justicia se ocupará él, ahora lo importante es que Mia salga adelante.

La máquina de café nos dispensa la cafeína que necesitamos para no caer dormidos, aunque cuando empieza a amanecer todos estamos agotados tras una noche en las incómodas sillas de la sala de espera. Al rato se acerca el médico para darnos el parte.

—Sus constantes vitales están normalizadas y las lesiones del brazo y la pierna irán curándose poco a poco. Ahora la máxima preocupación es que pueda despertar por sí misma.

—Doctor —pregunta Catherine—, ¿podemos entrar a verla?

—Sí, pero solo de dos en dos.

—Muchísimas gracias por todo.

Vamos entrando poco a poco. Olivia lo hace conmigo durante unos minutos.

—Se la ve tan serena... —Me tiende la mano y me la estrecha para consolarme.

No puedo evitar sentirme muy cerca de ella en estos momentos. Enseguida abandona la habitación para que pueda entrar Sylvie.

Capítulo 52

Necesito respirar. El hospital, ver a Mia, a sus padres, a Sean, a Sylvie, todo me trae recuerdos tremendamente dolorosos. Se me acelera el corazón y empiezo a sentir sudores fríos. Salgo del hospital en un intento por tranquilizarme y me recuesto sobre la pared de la fachada. Noto que empiezo a temblar..., me acuerdo de Martín y de Javier..., y un dolor agudo aparece en mi pecho. Inspiro hondo, muy hondo, y cierro los ojos. Me obligo a serenarme, Sean no puede verme en este estado, me necesita fuerte en estos momentos.

Después de unos minutos entro de nuevo. Los padres de Mia están con ella en la habitación, y Sean y Sylvie charlando, tristes, aunque esperanzados.

—Voy a la cafetería a por café, siempre es mejor que el de la máquina, y también a por algo sólido. Tenemos que comer algo —dice. Ahí está el Sean controlador de las situaciones.

—Te acompaño —le pido.

—No, cariño, quédate aquí con Sylvie.

—De acuerdo —contesto, aunque no demasiado contenta..., no tengo muchas ganas de estar a solas con ella.

Al principio no decimos nada. En realidad, no sé de qué hablar, hasta que por fin ella rompe el silencio.

—Confío en que todo salga bien.

—Estoy segura de ello —respondo con calidez.

Intento mantenerme serena, pero no sé cuánto tiempo podré seguir así sin derrumbarme. El pensamiento sobre mi familia me entristece y Sylvie lo nota.

—¿Te encuentras bien, Olivia? No sé, hay algo muy triste en tu mirada. Puedes contármelo si lo deseas, aunque si prefieres no hacerlo lo entenderé.

De pronto, y sin saber bien por qué, siento la necesidad de compartirlo con ella, a pesar de que todavía es casi una desconocida para mí.

—No sé si Sean te ha comentado algo sobre mi familia... —¿Por qué estoy diciendo esto?

—Bueno, en realidad no nos ha dado detalles, pero dijo algo sobre una tragedia —pronuncia esta última palabra con sumo cuidado.

—Perdí a mi marido y a mis hijos en un accidente de tráfico hace un año y medio —confieso con voz temblorosa.

—¡Dios mío, Olivia! —exclama, y me abraza como muestra de apoyo.

—No puedo evitar que todo esto revuelva la herida —añado, gesticulando con las manos.

—Claro, es inevitable. No puedo llegar a imaginar por todo lo que has tenido que pasar..., ¡es horrible!

—No sabes cuánto. —Se me salta una lágrima. Saco un pañuelo del bolso y me la seco—. Todo este tiempo ha sido una nebulosa tal que he creído morir.

—Pobrecita... Olivia, eres muy fuerte, aunque no lo parezca, y muy valiente.

—Me ha costado muchísimo abrirme a Sean, él lo sabe. Para mí no es nada fácil esto. Compartir mi intimidad está siendo bastante complicado, Sylvie, créeme. Yo estaba muy muy enamorada de mi marido. Y qué decir de mis hijos, no te puedes imaginar el sentimiento de abandono y de vacío tan grande en el que he estado sumida. Pero también te digo que Sean me ha ayudado a salir adelante y me ha devuelto las ganas de intentar crear algo nuevo, único y distinto junto a él.

—Esto que dices es el comienzo, Olivia. Sigue explorando tu corazón y tu alma, él te dará la respuesta que buscas. Siéntete libre para hablar conmigo de lo que quieras. Aquí estoy para lo que necesites.

Se lo agradezco y ella estrecha mi mano en señal de apoyo.

En ese momento, Sean aparece con varios cafés colocados en una bandeja portavasos de cartón y algo de bollería. Se sienta a mi lado y me ofrece un café, que tomo con gusto.

—Vamos, come algo sólido —me dice.

—No, no tengo hambre.

—Vamos, Olivia, no has cenado nada. Inténtalo. —Me besa en la mejilla mientras me tiende un pequeño bollo. Sylvie nos observa con mucho detenimiento.

—Gracias —agradezco mientras lo tomo.

—¿Tenemos noticias? —pregunta Sean.

—Nada nuevo —responde Sylvie.

Desmenuzo el bollo poco a poco. Tengo un nudo tremendo en el estómago por los recuerdos que esto me está trayendo y la conversación con Sylvie.

En ese momento vemos a Catherine, que avanza con pasos acelerados por el pasillo, llorando y llorando. A todos se nos corta la respiración cuando la vemos venir. Y entonces es cuando empieza a sonreír.

—¡Ha despertado!, ¡se ha despertado!

Nos abraza hecha un mar de lágrimas, lágrimas de esperanza y de optimismo. Nos contagia y acabamos todos llorando.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Sylvie.

—Estábamos con ella en la habitación y la hemos visto abrir los ojos... Lo primero que ha dicho ha sido: «¡mamá!».

—¡Es una fantástica noticia! —celebra Sean.

Rápidamente vamos a la habitación. Entramos de sopetón y la vemos despierta, con su padre emocionado a un lado y la enfermera al otro.

—¡Tío Sean, tía Sylvie!, ¡qué alegría veros!

Yo me he quedado junto a la puerta, contemplando la escena y alegrándome de que toda la pesadumbre, la tristeza y la desolación se hayan transformado en una fiesta. El doctor entra y nos pide que salgamos unos instantes para examinar a Mia. Abandonamos la habitación y Sylvie, Catherine y Sean se funden en un cariñoso abrazo. Noah se une a ellos. Me hace feliz verles así. Un padre y una madre podrán seguir disfrutando de su hija; son muy afortunados. Un tío y una tía continuarán viéndola crecer, sana y salva; han sido agraciados también.

Otros, en cambio, tendremos que conformarnos con la intensidad de los sentimientos vividos, con las buenas acciones que hayamos realizado y con lo que hayamos compartido entregándonos gratuitamente a los demás. Ha sido un susto enorme que ha terminado felizmente en unas ganas desmedidas de vivir. Sean me mira y se acerca. Me abraza tanto que creo que me va a partir en dos. Y nos reímos y disfrutamos de la buena noticia. Sylvie no pierde detalle. Mientras regresa con su familia, al pie de la cama de Mia, aprovecho la ocasión para salir de la habitación y dejarles intimidad.

Entre todos deciden ir a casa de Catherine para ducharse y descansar un poco. Noah se quedará con Mia. El viaje es tan distinto al que hicimos la noche pasada... Sean está pletórico, Mia se encuentra fuera de peligro y pronto volverá a casa, a recuperarse con su familia.

La casa de Catherine tiene una distribución parecida a la de Sean, quizás no tan grande, no tiene piscina ni gimnasio, pero es igualmente acogedora. Mientras se duchan, me siento en un banco que hay en el jardín y pienso en mis cosas. Observo el dulce avanzar de las aguas del río San Lorenzo, que está en

calma. Doy gracias por la recuperación de Mia y confío en que no le queden signos de lo sucedido.

Al poco rato llega Sylvie y se sienta a mi lado.

—¿Qué tal estáis Sean y tú? —Reconozco que su pregunta me sorprende. No sé muy bien qué decir. Y la reformulo—. Supongo que la vida aquí es muy distinta de la que llevas en Madrid, ¿verdad?

—Durante la gira todo fue muy complicado para mí. No estoy acostumbrada a la fama, a ir de hotel en hotel, a los periodistas, las fotos..., y bueno, en Toronto todo es más tranquilo, aunque muy distinto. —No quiero mirarla a los ojos.

—Sí, la vida de Sean es así, y tienes que vivir con ello si crees que merece la pena estar junto a él. —Vaya..., qué directa.

—Lo sé.

—La cuestión es si estás preparada para ello, ¿lo estás?

—No lo sé —contesto después de meditarlo—, no te quiero engañar.

—¿Le amas?

—Creo que sí.

—Quizás no sea suficiente, Olivia, si no le amas de verdad, no podrás aceptar su forma de vida. Tarde o temprano lo abandonarías. —Me observa con interés y no puedo evitar mirarla a los ojos. Al final desvío mi mirada.

—¿Por qué he de cambiar yo?, ¿acaso no es algo de dos? Yo tengo mi vida en Madrid, mis amigos, mis conciertos... Sylvie, esto me cuesta mucho, muchísimo. Cuando estoy con él me siento bien, pero no sé si es pretencioso por mi parte intentar forzar esta situación si no lo hago de todo corazón.

—Olivia, Sean te ama tal cual eres. Créeme si te digo que nunca le he visto tan enganchado a alguien. Dejar a Chloe sin saber si te iba a tener dice mucho de él. Confió en su instinto, en lo que siente por ti, y decidió que no podía vivir una mentira con ella cuando solo albergaba una mínima esperanza de poder empezar algo contigo.

—Todo esto me halaga, no puedo decir más. También reconozco que resulta más sencillo cuando lo que pretendes es que la otra persona empiece su vida de cero contigo. Sylvie, no quiero hacerle daño, de hecho, me está tratando muy bien y me encanta como persona. Nunca se me pasaría por la cabeza engañarlo, pero él ya sabe la situación en la que me encuentro.

—Tienes una decisión difícil y complicada por delante, solo tu instinto y tus sentimientos hacia él te podrán decir cómo actuar. Sé tú misma.

Vaya..., esto último también me lo dijo Sean en una ocasión...

Sylvie regresa a la casa y me deja sola con mis pensamientos. Respiro hondo, muy hondo, hasta que mis pulmones no admiten más oxígeno.

Sean aparece en ese momento.

—Vamos, Olivia, ve a ducharte. Yo iré después de ti —me dice tiernamente—. Muchas gracias por haberme acompañado. Tu ayuda me ha dado fuerzas para ser optimista.

—Oh, vamos, Sean, no es nada. ¿Cómo no voy a estar contigo en algo así? —Le brillan los ojos cuando me mira y siento que su corazón es mío. Esto me preocupa, hará las cosas más difíciles.

—Voy a ducharme —Sonrío.

Me cruzo con Sylvie, que vuelve al jardín; me huelo que va a tener lugar una intensa conversación sobre mí.

* * *

Sylvie aparece y nos fundimos en un abrazo.

—¿Qué tal estáis Olivia y tú?

Sabía que esta conversación llegaría en algún momento.

—¿Sinceramente?

—Sinceramente.

—Ella es increíble, la amo con locura, quiero que sea mi esposa y la madre de mis hijos. —Detengo mi mirada en los ojos de mi hermana. Le ha impactado lo que acabo de decirle.

—Es una mujer increíble, Sean, te hace mucho bien. La cuestión es qué siente ella. ¿Crees que será capaz de dejarlo todo por ti?

—No lo sé —contesto abatido—, veo en sus ojos que me quiere, pero me pregunto constantemente si está preparada para compartir su vida conmigo. Ha sufrido demasiado y hemos avanzado increíblemente desde que está aquí. En verdad, lo nuestro comenzó cuando vino a Boston; hasta ese momento yo la perseguí, pero ella me rechazó. Llevamos muy poco tiempo juntos con dos realidades bien distintas.

—No vas desencaminado del todo. Al menos esa misma impresión me ha dado a mí —responde con franqueza—, creo firmemente que siente algo profundo y sincero por ti, mucho más de lo que se imagina. Pero no sé si será capaz de abandonarlo todo.

—Iremos poco a poco. Aún tenemos muchas cosas en las que avanzar juntos. ¿Sabes? Me he dado cuenta de que no le atraen los lujos, ni los regalos caros, ni los mejores restaurantes; simplemente no los valora, no son importantes.

—Vaya, esto sí que es una novedad.

—Sí, y reconozco que me he equivocado actuando como lo he hecho otras veces. Sé que puede dar mucho más, la presión de mi vida es lo que más le cuesta. Pero si no vive esta realidad conmigo, nunca podrá elegir.

—¿Cuándo regresa a Madrid?

—No lo hemos hablado. En teoría tiene el mes de agosto libre. Mi intención es que esté aquí todo el tiempo posible.

—No la agobies —me recomienda.

—Intentaré no hacerlo —sonríó—, la quiero, Sylvie, la quiero tanto...

—Salta a la vista..., nunca te he visto así, Sean, estás... ¿pletórico?, ¡rebasas alegría! Tus ojos son los más centelleantes que he visto en mi vida.

—Eso mismo me dice Ethan, pero no te creas, hemos tenido nuestros más y nuestros menos; somos tan distintos... Créeme si te digo que siento que ES ELLA, y no estoy dispuesto a renunciar.

—Una última cosa, Sean... Olivia me ha contado su historia. Escucha. Tienes que controlarte. Esa herida está sangrando aún. Su pérdida es tremendamente dolorosa. No puedo ni pensar lo que hubiera pasado si Mia...

—No digas eso, Sylvie. No ha pasado. Disfruta del momento.

* * *

Salgo de la ducha y me siento revitalizada. Me miro al espejo del baño y me hablo a mí misma. El final feliz de este triste suceso me ha llenado de optimismo y confieso que me gusta el lado familiar de Sean; venera a su familia y se preocupa por ella casi más que por sí mismo. Es fantástico, realmente fantástico. Soy consciente de la inmensa suerte que he tenido al conocerlo. Creo que si viviese en Madrid, no dudaría en seguir con él... ¿Tiene tanto peso todo mi ambiente como para que decida no quedarme con él en Toronto? Si él no es el problema, ¿por qué tendría que serlo lo que le rodea?, ¿es tan determinante?, ¿mis sentimientos son lo suficientemente profundos como para abandonarlo todo por él?, ¿acaso tengo miedo a lo desconocido, a salir de mi zona de confort?, ¿acaso tengo pánico a arriesgar,

dudo ante un compromiso?, ¿siento temor por comenzar algo y que termine en el más absoluto fracaso?

Me visto y salgo al jardín. En cuanto Sean me ve, se acerca y me estrecha en sus brazos.

—Te quiero —me dice.

—Te quiero —le digo.

Solo queda él por ducharse. Cuando acabe regresaremos al hospital. Me quedo en el jardín y al rato aparecen Catherine y Sylvie.

—Me alegro muchísimo de que todo esté resultando bien —le digo a Catherine—. Ha sido un susto horrible, pero Mia responde perfectamente. Es una chica muy fuerte y valiente —hablo con total sinceridad.

—Muchas gracias, Olivia, a ti y a Sean, por dejarlo todo y venir. —Se la ve cansada, pero algo más relajada después de la tremenda noche que ha pasado.

—Lo hemos hecho de todo corazón, creedme. La familia debe estar unida siempre, y más en estos momentos. Y aunque yo no forme parte de ella, he de daros las gracias porque en todo momento me he sentido como una más de vosotros —afirmo con delicadeza y ternura, mirándolas a las dos.

—Gracias, Olivia.

Las tres nos abrazamos.

—¡Qué imagen tan tierna, chicas!, ¡me encanta! —escuchamos decir a Sean, que acaba de llegar de la ducha y nos ve abrazadas.

—¡Qué rápido has sido!

—Ya sabes, los hombres somos más simples —dice, con una carcajada.

Cuando llegamos al hospital, Mia está recostada sobre la cama, despierta, y sonrío cuando nos ve aparecer. Noah nos comenta que poco a poco se está espabilando, pero que sigue en estricta observación; le van a repetir el TAC para confirmar que no haya hemorragias internas que hayan podido formarse desde el último que le hicieron, la madrugada pasada. Charlamos con ella animadamente. Realmente su estado de salud es una verdadera bendición. Disfruto observando las reacciones de todos y por fin me acerco a Mia.

—¡Eres muy valiente y muy fuerte!, ¡vales un montón! Te recuperarás antes de que te quieras dar cuenta —susurro en su oído, y le doy un tierno beso en la frente.

Una hora más tarde, Sean y yo salimos del hospital para tomar un poco de aire fresco.

—¿Cómo te encuentras? —Quiere saber.

—Estoy bien —afirmo.

—¿Cansada?

—Sí, un poco. —Bostezo—. ¿Cuánto tiempo crees que estaremos aquí?

Me mira con aire inquisitivo. Creo que no le ha gustado mi pregunta.

—¿Quieres irte ya?

—No, no lo digo por eso. No trajimos ropa para cambiarnos, es por si necesitamos comprar.

Se queda pensando unos instantes.

—Mia está fuera de peligro, si los resultados del TAC son favorables y le dan el alta pronto, volveremos a casa.

—Claro.

—¿Cuánto tiempo has pensado quedarte conmigo? —pregunta entonces, muy cauteloso y en voz baja.

—No lo sé, no lo he decidido aún. ¿Crees que es momento de hablar de ello?

—Vamos, paseemos, hay un parque en la parte de atrás del hospital.

—Veo que quieres que lo hablemos —le digo mientras avanzamos tranquilamente.

—Quiero saber cómo te encuentras, si deseas... irte o prefieres estar aquí, conmigo.

—Sean, aún no tengo las cosas claras. Todo transcurre muy deprisa y siento que yo no voy a la misma velocidad.

—Estás evadiendo la respuesta.

—Así es. Pero si quieres la verdad, te la diré. Me encuentro muy bien y muy a gusto contigo, y siento algo... profundo por ti. Verdaderamente profundo. Si no, no seguiría a tu lado. —Trago saliva, no sé cómo explicar exactamente lo que quiero decir—. Eres genial, tu familia también lo es.

—¿Y?

—Sean... —bajo la mirada hasta el suelo, pero él me obliga a levantarla hasta que nuestros ojos se encuentran—, lo que me pides es mucho, y creo que ahora mismo, hoy por hoy, no estoy preparada. No me siento segura dejándolo todo, no me siento cómoda abandonando la orquesta, mis amigos, mi casa. Y no es que no te quiera, todo lo contrario, estoy aprendiendo a amarte muy intensamente y con gusto, pero no puedo; no en este momento.

Veo cómo se desmorona conforme recorre su cabello con la mano. Desvía la mirada y la fija lejos, muy lejos de mí.

—Lo siento... —No sé qué más decir.

Capítulo 53

Observo detenidamente a Sean a lo largo del día. A pesar de que muestra interés y parece contento con la evolución de Mia, sé que no está bien. La alegría de su mirada se ha transformado en desconsuelo y desolación. Verle así me hace sentir verdaderas punzadas de dolor, pero intento por todos los medios ser fiel a mí misma. Sus hermanas se han dado cuenta, lo intuyo, pero fingen ignorarlo; ahora mismo, Mia es la gran prioridad.

Esta noche Catherine se quedará en el hospital, y los demás nos podremos ir a descansar. Menos mal que tienen sitio de sobra. Tras despedirnos de ella nos vamos a casa, y al llegar nos retiramos a nuestras habitaciones. Sean me ignora por completo; delante de su familia ha seguido mostrando cierto acercamiento hacia mí, que se ha evaporado nada más cruzar el umbral de la habitación. Tampoco me habla. Se limita a quitarse el calzado y los pantalones y se mete en la cama que vamos a compartir, ¿he dicho bien?

Sí, a compartir, aunque no estaremos juntos. Me siento en mi lado y me quedo mirando a la pared, dándole la espalda.

—Sean..., no sé qué decir...

—Pues mejor no digas nada —responde secamente, casi mostrando la irritación y la furia que debe estar sintiendo.

—Esto no es un no.

—¿Y entonces qué es? A mí sí me lo ha parecido. A ver si el problema va a ser que no sabes explicarte adecuadamente en inglés. Deberías ir a una academia y aprender más.

Su sarcasmo me desgarró en lo más profundo. Me doy la vuelta y le lanzo una mirada asesina. Pero me contengo; cuando uno de los dos no quiere discutir, no hay discusiones que valgan. Al verme se gira y me da la espalda. Respiro todo lo hondo que pueden mis pulmones y comienzo a contar hasta diez..., uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis...

—Si todo va bien, mañana regresaremos a Toronto. Nada más llegar deberías hacer tus maletas e irte. Cuanto antes lo hagas, mejor. Por cierto —se da la vuelta para mirarme con crudeza—, le diré a Ethan que te haga llegar un

acuerdo de confidencialidad, para que lo firmes. Creí que no iba a ser necesario contigo, pero me quedo más tranquilo si tus labios están sellados.

Nunca me han humillado, avergonzado, insultado y ofendido de una forma tan directa y grosera como acaba de hacerlo él. Confieso que tiene la increíble facilidad de actuar así sin levantar el tono de voz. Su acritud me deja por los suelos. Decido salir de la habitación e irme al jardín, necesito aire fresco o me volveré loca de rabia. Afortunadamente, la familia está acostada y me siento en una tumbona. Puedo ver algunas estrellas, no demasiadas, pero sí unas cuantas; las suficientes como para lograr calmarme. Apoyo los brazos sobre mis rodillas y me llevo las manos a la cara, intentando concentrarme en mi respiración. En otro momento hubiera cogido el bolso y me hubiera ido por mi cuenta a Toronto, pero no quiero hacerlo, por su familia.

¿Cómo es posible que pase de la noche al día en tan solo un instante? No es la primera vez que ocurre, no, pero la otra vez tuve cerca a Ethan para templarme. ¿Será posible?, con Sean no hay puntos intermedios, o estás con él al cien por cien o no lo estás, pero las medias tintas no valen, y esto inevitablemente trae sus consecuencias. Al menos Ethan lo arregló todo para que pueda coger el avión de regreso. Solo tengo que acercarme a la agencia de viajes para que me busquen un vuelo a Madrid. En cuanto lleguemos a Toronto, será lo primero que haga.

Transcurridos unos cuantos minutos, regreso a la habitación con la esperanza de que esté dormido. Cuando entro escucho su respiración; es profunda y constante. Me quito la ropa y las zapatillas y me acuesto. Nunca agradeceré tanto que las camas en Canadá sean lo suficientemente anchas como para no encontrarte con la persona que duerme a tu lado.

Al día siguiente regresamos al hospital para que Catherine pueda irse a descansar, pero al final decide no hacerlo, pues el parte médico es muy favorable; le darán el alta en unas horas, aunque tendrá que regresar a hacerse revisiones durante los próximos días. Sean aprovecha para anunciar que hemos de regresar enseguida a Toronto alegando cuestiones de trabajo que nadie se cree; nuestra ruptura es más que evidente y ensombrece la alegría tras la buena noticia de la recuperación de Mia. Así pues, me despido de todos con la mejor de mis sonrisas y nos marchamos.

En el trayecto de vuelta no hablamos absolutamente nada. Ni si quiera me ofrece la posibilidad de parar en algún sitio para ir al baño. Sencillamente actúa como si yo no existiese. Siento que ya he tirado la toalla y no quiero exponerme a otra humillación recalcitrante como la de anoche. Aunque

materialmente nos separan unos centímetros, en realidad estamos a muchos kilómetros de distancia.

Llegamos a media tarde a Toronto, sin tiempo para pasar por la agencia de viajes, pero miro por internet cómo llegar. Mi idea es acercarme a primera hora de la mañana y buscar el primer vuelo que haya. Oigo cerrarse la puerta de la entrada, me asomo al salón y no veo a Sean. Debe de haberse ido. ¡Caramba!, ¡es como si no existiese! El dolor tan punzante que siento en el corazón me llena de tristeza y desesperación. Aprovecho la poca energía que me queda y, bajo el amparo de la soledad, me dispongo a preparar la maleta.

No me cabe todo lo que he comprado estos días más el vestido que me regaló Sean..., por tanto, decido dejar aquí su ropa, junto con el violonchelo y los pendientes. No quiero nada de él, ni una foto ni un regalo. Ya tengo suficiente con el recuerdo que me va a quedar. Y viendo cómo está actuando, decido salir de la casa y buscar un hotel donde pasar la noche. Así será todo más sencillo. Por suerte, encuentro uno bastante cerca de la agencia de viajes.

Una vez instalada, miro el teléfono. No tengo noticias de él, aunque sí bastantes mensajes de Madrid que ni leo. Sinceramente, no tengo ganas. Me acuesto en la cama, y doy por finalizada mi aventura canadiense de algo que pudo ser bonito y no llegó a serlo.

A la mañana siguiente me despierto con bastante hambre; mi estómago no hace más que rugir y rugir. Desayuno copiosamente en el comedor del hotel. Y cuando termino, me marcho en dirección a la agencia de viajes. Sigo sin recibir ni un mensaje de Sean, ni una llamada. Cuando llego a la agencia, las gestiones no pueden ser más sencillas. Ethan es un *crack*. Por suerte hay un vuelo que sale esta misma noche. Como tengo toda la mañana libre, aprovecho para dar una vuelta por Toronto. A lo lejos diviso un gran centro comercial y decido ir a distraerme con las tiendas. El día es soleado y el camino se me hace más llevadero a pesar del desánimo que invade mi corazón. Tampoco imaginé que tendría que marcharme de esta forma tan deshonrosa.

Entro en el centro comercial e intento engañar a mi maltrecho estado de ánimo mirando escaparates. Al llegar al área de restauración compro un bocadillo para llevármelo al aeropuerto. A unos cuantos metros de mí hay un pequeño tumulto de gente, ¿qué estará pasando?

Me acerco por puro aburrimiento, pero cuando descubro de qué se trata me quedo atónita. Mis ojos no dan crédito a lo que ven, ¿cómo es posible? Una mujer rubia y despampanante abrazada al hombre más guapo que jamás he conocido, o eso me parece; son Sean y Chloe. Ambos sonríen, ella más que él.

¿Pero qué diablos pretende con esto?, ¿acaso es un numerito para que la prensa sepa que lo nuestro ha acabado?, ¿no tiene otra forma de hacerlo más que con ella?

Mi corazón empieza a latir como si de un caballo desbocado se tratase y noto que me cuesta respirar... ¡Oh, no!, otro ataque de ansiedad no... Y en ese preciso instante sucede lo que no tenía que haber ocurrido: nuestras miradas se cruzan, la mía presa del pánico, la suya, sorprendida. Una avispada Chloe a la que no se le escapa absolutamente nada se percató de lo que está pasando y le da un beso apasionado en la boca que todos fotografían. Ya me estoy imaginando los titulares: «Sean abandona a Olivia y regresa con su amada Chloe, de quien no debería haberse separado».

No puedo más, mi corazón está roto en mil pedazos a pesar de mis reticencias a intentar compartir la vida con él. Me marché antes de que Sean vuelva a posar su liviana mirada sobre mí. Sencillamente me niego a creer lo que mis ojos han visto, es de lo más violento. La indignación y la vergüenza hacen presa de mí mientras avanzo con rapidez en dirección al hotel. Con lo grande que es Toronto, ¿por qué he tenido que coincidir con ellos?, ¿qué gran lección he de aprender de todo esto? Cuando llego y me conecto a la wifi, me entra una llamada. Es Ethan. No tengo ganas de hablar con él, así que la ignoro. Acto seguido vuelve a insistir... ¡Jolines!, ¿qué puñetas quiere? Decido responder.

—Ethan, no es buen momento —contesto secamente.

—¡Olivia, no cuelgues!

—Te repito que no es buen momento, no quiero hablar con nadie. ¡Quiero olvidarlos a todos!

—Lo sé, te pido perdón por la parte que me toca. Y también por la de Sean.

—¡Ja! —me entra una risa irónica—, no es necesario que te disculpes por él. Ethan, de verdad, lo siento. Dile a Sean de mi parte que lo que ha hecho no tiene nombre. O, pensándolo bien, no le digas nada, mi indiferencia será mejor que el placer de conseguir que me sienta ultrajada. ¿Será cabrón?

—Olivia..., él te ama.

—Mira, Ethan, se acabó. Mándame por correo electrónico no sé qué acuerdo de confidencialidad. En cuanto lo reciba, lo firmo y te lo devuelvo.

Cuelgo. Esto es lo que me faltaba después del numerito Sean-Chloe. Vuelve a llamarme, pero no contesto.

Ya ha pedido disculpas por sí mismo y por el sinvergüenza de su amigo. Es todo lo que estoy dispuesta a aguantar.

Hago la salida del hotel y pido un taxi que me lleve al aeropuerto; prefiero esperar allí las horas que hagan falta antes que encontrarme de nuevo a Sean con su amiguita. Por el camino empiezo a serenarme un poco, tan solo un poco... ¡Vaya veinticuatro horas que llevo! No necesito que Ethan me llame para decirme que él me ama..., sé que sus actos son consecuencia de la rabia y la impotencia, ¡claro que sé que me ama! Lo que no puedo soportar son los tremendos cambios de humor que se apoderan de él, pasamos del negro al blanco y del blanco al negro en milésimas de segundo, es completamente impredecible e inestable. Debería controlar ese pronto que tiene o no parará de provocarle disgustos. Miro el móvil de nuevo.

Ethan (17:25)

No te vayas aún, ha sido un malentendido.

Vaya, qué sorpresa, pues no lo va a conseguir, ya he tenido más que suficiente y lo que menos necesito ahora es calentarme la cabeza y dudar. No, por ahí no pienso pasar.

Olivia (17:26)

Lo siento, Ethan. Ya es tarde. Un placer conocerte. Adiós.

Guardo el teléfono en el bolso, no quiero estar mirándolo a cada instante. Tengo la urgente necesidad de calmarme. Comienzo a respirar profundamente y cierro los ojos. El camino al aeropuerto no es demasiado largo y al poco rato llegamos. Pago al taxista y accedo por la terminal de salidas internacionales. Aún falta un buen rato para que abran el mostrador de facturación, así que me siento en una cafetería y pido un café bien cargado.

Por suerte hay prensa local para matar los minutos y me entretengo leyéndola. Algo me sorprende..., un reportaje a doble página cuyo titular es:

«Sean y su nuevo amor, Olivia».

Y la entradilla dice:

«Ella es violonchelista y actúa en la orquesta de Sean, ¿volveremos a verle sonreír?».

El reportaje habla de los conciertos de Portland y Búfalo y de las fiestas de después. Las fotos son bien bonitas, incluso hay algunas de los paseos que dimos por las calles de Portland y en las cataratas del Niágara, ¿de dónde las habrán sacado? Leyendo y releendo cualquiera pensaría que somos felices. Al menos no han captado los momentos delicados por los que atravesamos. Menos mal. En una última foto me enfocan tocando el violonchelo, aparezco muy concentrada y con estilo. Se me ve de frente, lógicamente, y con el precioso vestido que me regaló Sean. A pesar de lo recientes que son las fotos, siento nostalgia y melancolía. Y una gran aflicción se apodera de mí cuando hace unos minutos la frustración y la ira consumían mi corazón. El sonido del teléfono me saca de mis pensamientos. Es Sean..., ¿lo cojo?, ¿no lo cojo? Por un lado, deseo hacerlo con todas mis fuerzas, por otro necesito tranquilidad. Y contestando desde luego que no la tendré. Pero soy incapaz de evitarlo.

—Dime.

—¿Olivia? —Parece calmado.

—Sí —contesto de forma muy tajante.

—¿Dónde estás?

—¿Acaso importa? Llevas ignorándome casi un par de días. Dime qué quieres.

—Me gustaría verte...

—Lo siento, es tarde —le corto.

—Por favor, vuelve.

Me demoro unos segundos en contestar.

—Ya es demasiado tarde —repito.

—Soy un perfecto idiota, lo sé, solo quiero hablar contigo. Hemos dejado algo sin terminar.

—Querrás decir *has*; para mí está más que concluido.

—Olivia, dime dónde estás. —Aguarda mi respuesta.

—¿Qué parte de «lo siento, es tarde» no entiendes? No quiero saber nada más de ti. Me has hecho demasiado daño estas últimas veinticuatro horas, y creo sinceramente que no me lo merezco.

—No, no te lo mereces —añade al cabo de unos segundos.

—Bien, me alegro de que al menos en esto estemos de acuerdo.

—No estarás en el aeropuerto, ¿verdad?

—¿Y qué si lo estuviera? —Mierda, ya le he dado una pista.

—No te vayas, te lo pido por favor.

—Es tarde. —Mis barreras están empezando a flaquear..., a pesar de todo, le quiero.

De repente el teléfono se me cae encima de la mesa provocando un estrepitoso ruido que llama la atención de las personas que hay a mi alrededor. Nuestras miradas se cruzan entre la gente que viene y va en la terminal. Veo que se acerca rápidamente y yo me quedo petrificada, soy incapaz de mover un solo músculo. Y siento que el corazón empieza a latirme a mil por hora. En unos pocos segundos se planta delante de mi mesa.

—¿Puedo? —Y señala la silla que hay a mi lado. Mi cara de incredulidad debe de ser más que evidente.

—No —respondo, pero él se sienta, ¿para qué demonios me pedirá permiso? Me toma de la mano sin darme tiempo a apartarla.

Bajo la mirada y me quedo mirando nuestras manos, con la vista perdida. Percibo sus ojos persuasivos sobre mí, pero no quiero mirarle. Como siga así, me desarmaré sin más remedio. Intento zafarme de su mano, pero no lo consigo, tiene mucha más fuerza que yo.

—¿Mirando la prensa del corazón?

—Oh, por Dios, Sean, ¡vale ya! —Le desafío con la mirada—. Me voy a Madrid y nada ni nadie va a hacer que cambie de opinión. Lo siento, no aguanto más tus cambiantes estados de ánimo. Y para rematar te abrazas y fotografías con Chloe... Si querías hacerme daño, no podías haber elegido mejor forma de hacerlo.

—Ha sido ella.

—Y veo que te ha divertido.

—Olivia, solo existes tú.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Por fin consigo apartar mi mano de la suya.

—Sean, estoy cansada, muy cansada de tu inestable comportamiento. No soporto más estar en la cresta de la ola y bajo el mar, arriba y abajo, desprecios, aprecio. No puedo más con esto. Sé que no ayudo en nada, que soy la causante. Por eso debo irme. Ahora no es nuestro momento. Dios dirá si podrá serlo en un futuro.

—Olivia, no te vayas, no podré soportarlo.

—¡Oh, Sean!, ¡por el amor de Dios! —respondo con sarcasmo—. Enseguida tendrás una cama caliente donde olvidarte de mí; será más rápido de lo que tú te crees.

Creo que me he pasado..., le observo y veo dolor en su rostro. Se queda callado, pensativo.

—Aún no has entendido de qué voy.

—Lo he entendido perfectamente. Por eso soy yo la que se va. Porque no soy capaz de darte lo que necesitas.

—Mira estas fotos —señala nuestro reportaje—, esto es real. Y mientras esto exista podremos con todas las barreras. Es cuestión de tiempo.

—Sean, deja que me vaya. Es la única forma de saber si estoy preparada o no para abandonar mi vida en Madrid.

—¿Te vas con Marcos?

¡Por Dios!, sí que es un hombre posesivo y celoso.

—No más que tú con Chloe.

Acabo de herirle en lo más profundo. Pero, por mucho que me duela, si no lo hago, no conseguiré que me deje. Aprovecho para levantarme, cojo el bolso, la maleta y empiezo a caminar hacia el mostrador de facturación. No oigo sus pasos detrás de mí ni siento su aliento en mi espalda.

Sigo caminando sin mirar atrás, convencida de que lo que estoy haciendo es lo mejor, o al menos lo correcto, mientras derramo lágrimas de impotencia, lágrimas que recorren mis mejillas y que soy incapaz de frenar. Antes de llegar al mostrador me desvíó y entro en los baños. Me seco las lágrimas, me lavo la cara y salgo.

Miro alrededor y no le veo por ningún lado. Parece que por fin me ha dejado marchar, aunque me duela y me desgare. Esta situación es muy difícil para mí, porque sé que le amo, pero no lo suficiente como para intentarlo otra vez. Quizás soy una cobarde. Sé que es uno de mis rasgos más característicos que no logro superar. Cuando el miedo se apodera de mí, me controla con tal intensidad que empequeñezco sin remedio.

Alcanzo el mostrador de facturación y enseño mi pasaporte, mi billete, y entrego la maleta. De repente me fijo en que me han dado un billete de primera clase..., ¡no puede ser!, esto es obra de Ethan. Sonrío y se lo agradezco a la señorita que me ha atendido, aunque ella poco o nada haya tenido que ver.

Capítulo 54

Desgarro, eso es lo que siento. Caída al vacío, abatimiento, desesperación, angustia, desazón... No sé cómo describirlo. En estos momentos saltaría del avión y regresaría junto a Sean sin ningún tipo de vacilación. ¿Quién me mandaría a mi enamorarme nuevamente? Al menos ahora me siento viva, aunque también herida, muy herida, ¿acaso herida de muerte? Conforme los kilómetros nos separan, mayor es el desgarró. Pongo el asiento en horizontal y procuro serenarme, aunque no lo consigo.

Cojo una de las revistas que hay en mi asiento con el fin de pensar en otras cosas. Leo que la grulla de cola blanca, un ave originaria de la India, es fiel a su pareja incluso más allá de la muerte; cuando una de ellas fallece, la otra se deja morir de inanición. Impresionante, ¿no? Pues, aunque yo no haya muerto de inanición, he estado vagando sin vivir en mí desde que Juan se fue. Entiendo perfectamente lo que debe sentir esta ave tan singular cuando pierde a su pareja, porque yo creí morir, no de inanición, sino más bien de pena y desesperación. Sin embargo, ese sentimiento no es tan profundo en estos momentos; no tiene nada que ver lo vivido con Juan con lo poco que he compartido con Sean, pero confieso que hay bastantes similitudes y de hecho me sorprende encontrarme tan afligida. Es como si algo o alguien me estuviera partiendo en dos, literalmente. Una parte de mí regresaría con Sean sin vacilar, otra necesita virar en redondo hacia Madrid para comprobar si soy capaz de dejarlo todo por él. Sé que es un proceso por el que forzosamente tengo que pasar, tenemos que pasar los dos, aunque él ahora mismo no lo entienda. ¿Qué nos deparará el futuro? No lo sé, lo ignoro, y voy a dejarme sorprender por lo que tenga que venir, lo que esté pensado para mí.

* * *

—¡Tengo que coger el siguiente vuelo a Madrid! —No puedo resistirlo.
—No lo hagas —contesta Ethan.
—Sí, pienso hacerlo. —Estoy nervioso, muy nervioso.

—Si lo haces, terminarás por fastidiar la situación. ¡Por una vez en tu vida contrólate y entiende de qué va esto! Olivia necesita respirar para saber qué va a hacer con su vida. No pienses en un punto final, sino más bien en un punto y aparte. Dale su espacio.

—¡No soporto estar más tiempo separado de ella, me estoy hundiendo por momentos!, ¡no aguanto esta situación! —Siento que caigo a un vacío del que no voy a poder salir.

—Chsst, ya, Sean, ¡ya! Vámonos a hacer deporte, te hará ver las cosas de otra forma.

—No he tenido la ocasión de explicarle lo sucedido con Chloe, me manejó increíblemente bien, y creo que eso fue lo que le dio el empujón final para marcharse.

—Bien, se lo explicarás más adelante. Venga, ¡vamos a correr!

Después de más de media hora de intensa actividad, regresamos exhaustos, aunque con la mente más despejada. Estoy más tranquilo, sé que tengo que dominar estos arrebatos de mi temperamento, y lo logro en la mayoría de las ocasiones. Ahora bien, la batalla la tengo perdida en todo lo relacionado con Olivia, simplemente me supera. Siento la necesidad de estar con ella tan profundamente que no soporto su lejanía.

Es como si un elástico y delgado hilo conectase nuestros corazones y al separarnos nos desgarrara, y sangrara. Sangrar tan intensamente hasta casi morir. Sé positivamente que ella está enganchada a mí y precisamente esto es lo que me hace perder la cabeza y el corazón. ¡Ah!, desearía que se sintiese tan segura como para vivir aquí, conmigo, pero no sé qué más hacer para que lo esté. Ella es quien debe dar el siguiente paso..., lo que no sé es si moriré por el camino. Necesita tiempo, le daré tiempo. Por mucho que me cueste, prometo no viajar a Madrid hasta que ella lo pida. Si por mí fuese, ya estaría allí, pero Ethan tiene razón, Olivia necesita espacio y estoy dispuesto a dárselo..., pero ¿hasta cuándo?

* * *

Cuando llego a Madrid, soy incapaz de contarle a nadie que he vuelto. Me encuentro tan desanimada y abatida que prefiero no tener que dar explicaciones, al menos hasta que el tiempo y la distancia empiecen a hacer su trabajo. Vuelvo a refugiarme en la música, poco a poco empiezo a tener

conciencia de todo lo que le amo..., con sus cosas buenas y sus defectos. Pero aún he de decidir si merece o no la pena dejar todo mi mundo por él..., lamentablemente aún no tengo respuesta a esta cuestión.

Aprovecho para reencontrarme con mi rutina diaria, correr, estudiar violonchelo, comer, practicar un poco más y salir de paseo o al cine o donde sea que me impida pensar más en él. Durante los primeros días no hago más que reflexionar sobre lo sucedido, sobre mis errores y aciertos, sobre si volverme ha sido una decisión acertada o no. Pero no encuentro ni consuelo ni respuesta alguna. Tampoco he tenido noticias ni de Sean ni de Ethan, por supuesto. No quiero mirar la prensa internacional, no quiero revisar su página web, no quiero tener noticias tuyas. Necesito alejarme totalmente para encontrarme a mí misma. Por fortuna, Marcos me envió las partituras de la programación con el cuarteto de cuerda. Así pues, me pongo manos a la obra.

Los días del mes de agosto transcurren lentamente, quizás demasiado despacio, hasta que una mañana me siento con las fuerzas suficientes como para llamar a Carmen.

—¡Olivia!, ¡pero qué ilusión tan grande escucharte! —Mi llamada le sienta de fábula—. ¿Cuándo has llegado?

—En realidad hace ya más de dos semanas —respondo con cautela esperando lo que está por llegar.

—¿Cómo que hace dos semanas?, ¿por qué no me has avisado? Supongo que las cosas no habrán ido todo lo bien que quisieras... —Ahí está su reacción.

—No, no ha ido bien. Lo he pasado fatal, me tuve que venir; la situación era insostenible...

—Dame más detalles —me corta.

—¿Por dónde empezar...? Creo que estoy enamorada, Carmen. Sé que me ha costado reconocerlo, pero así es. Lo malo de todo esto es la vida con él... Es maravillosa, pero intensa, muy intensa, hasta tal punto que sin quererlo me presiona más y más para vivirla junto a él. Y bueno, yo..., yo no estoy preparada —comento con voz temblorosa.

—Vaya, cuántas novedades.

—Sí, además, cuando se sale de sus casillas es tremendamente hiriente y humillante. ¡Ay, Carmen!, con él he vivido momentos de gran intensidad, pero también de gran decepción. No es capaz de controlarse, y eso me hace daño, mucho daño. Sé que la culpable de sus enfados soy yo, por no poder darle lo que quiere. No sé, es complicado.

—¿Crees que eso es así? Entiendo que él tiene más que claro que solo desea estar contigo. Y tú estás bien con él mientras no te pida más de lo que estás dispuesta a dar. Y si durante el tiempo que habéis estado juntos no habéis conseguido llegar a un punto en el que ambos estéis cómodos, la separación es evidente.

—Es un buen resumen. Necesito entender qué quiero.

—Apuesto a que desea que te marches a vivir con él, ¿verdad?

—Supones bien.

—Él siempre lo ha tenido muy claro.

—Y esa claridad es precisamente lo que más me ha agobiado; sufrí un ataque de ansiedad tan fuerte que tuvieron que llamar a los médicos para que me atendiesen, perdí el conocimiento. Además, me hizo obsequios demasiado caros, que no me he traído, por supuesto.

—¿Qué?, ¿un ataque de ansiedad? Dios mío, Olivia, ¿estás bien?

—Sí, sí, me recuperé al día siguiente.

—¿Y qué te ha regalado, si se puede saber?

—Bueno, me sorprendió con un precioso violonchelo para que actuase en los dos últimos conciertos. ¡No veas qué violonchelo, Carmen! Una pasada. Lo alquiló para esos días.

—Pero ¿qué me dices? —No da crédito a lo que oye.

—Sí, como te digo, y luego, al llegar a Toronto, me lo regaló. No sé su precio, pero seguro que cuesta más de cien mil dólares.

—Jolines, Olivia, no me extraña que te sintieras sobrepasada por la situación. A mí me hubiese sucedido lo mismo..., creo incluso que me habría desmayado.

—Además, me compró un precioso vestido para los dos conciertos con unos zapatos a juego, de una firma cara.

—Vaya...

—Y unos pendientes preciosos en oro blanco, oro amarillo y oro rosado con puntas de diamante. En fin..., no sabes qué apuro pasé cuando me los dio, pensé que iba a proponerme algo más...

—Si hubiese sido un anillo, seguro, ¿no?

—Afortunadamente fueron unos pendientes, pero seguro que en su cabeza hubiera preferido un anillo.

—¿Y dices que no te has traído nada?

—No, nada suyo, ni regalos ni fotos..., solo la ropa que tuve que comprarme, pagada con mi dinero.

—Sí que has tenido días intensos...

—Ni te lo imaginas. Estábamos constantemente como en una noria, en las nubes y en el infierno. Hemos tenido de todo. Y la verdad es que yo no estoy acostumbrada a nada de esto.

—Visto lo visto, que hayas tenido una crisis de ansiedad es quizás lo menos que te podría haber sucedido.

—Así es. —Suspiro.

—¿Y cuáles son los próximos pasos?, ¿habéis quedado en algo?

—En realidad, no, le dije que ya es tarde y me vine. No hemos tenido ningún contacto desde entonces —lamento.

—¿Le echas de menos?

—Pienso en él día y noche.

—¿Estás colada por él?

—Sí —reconozco.

—Bueno, pues entonces poco a poco. Solo tú puedes saber si vas a estar o no preparada para regresar, porque entiendo que él no está dispuesto a vivir en Madrid, ¿no?

—Obviamente, no.

—¿Si viviese en Madrid seguirías con él?

—Lo intentaría, sí —afirmo convencida.

—Vaaayaaa, cuántas novedades. ¿Sabes que tenemos un concierto en el extranjero? —Cambia de tema para distraerme.

—¿Sí?, ¿cuándo?, ¿dónde?

—En el puente de diciembre, Praga, en el Rudolfinum.

—¡Qué bien!, ¿y el programa?

El Rudolfinum es la sala de conciertos por excelencia de la ciudad, y su acústica es, indudablemente, la mejor, a mi modo de ver.

—*Sinfonía número 5* de Bruckner, la *Católica*.¹⁴

—Bueno, qué sorpresa tan buena, ¡me encanta!

Esta sinfonía es larguísima, unos setenta minutos de duración, y bastante compleja, no solo por lo larga que es, sino también por la dificultad que entraña su ejecución. Al mismo tiempo, es majestuosa, solemne y sorprendente. Se la llama *la Católica* quizás por su abrumadora sonoridad, que puede asemejarse al profundo sentimiento de inmensidad que te embarga en el interior de una gran catedral. Las grandes dimensiones hacen que uno se sienta pequeño y, por ende, que alabe su grandeza. También se dice que mediante esta sinfonía Bruckner expresó su amor a Dios como *un Todo*. Por

eso se dice también de ella que es una verdadera explosión de espiritualidad. Sea como fuere, supone un importante reto para la orquesta; el director quiere marcar un gran hito, sin duda alguna. Creo que me va a venir bien su estudio e interpretación para sacar lo que llevo dentro.

—Los ensayos empiezan la semana que viene. Nos acaban de mandar las partituras, ¡ponte a ello!

—Eso haré —sonríó—, tengo también telita con el cuarteto...

—Ten cuidado con Marcos.

—¿Y eso?

—Me ha preguntado demasiadas veces por ti durante este verano.

—He recibido algún mensaje de él, pero no he podido ni contestarle. Seguiré tu consejo.

—Bueno, nos vemos pronto. ¿Te apetece que salgamos a tomar una caña?

—Sí, claro, así hablamos más detenidamente. ¡Adiós, y gracias!

Los días empiezan a ser más cortos y las temperaturas se moderan, por fortuna. Agosto pasa sin pena ni gloria por mi vida y da paso a septiembre, un mes intenso musicalmente. Sigo echándole de menos, pero me encuentro más serena, centrada en mi mundo, en mi música, en mis amigos. Reconozco que la vida junto a Sean es más intensa, con más chispa, y me llena mucho más. Pero necesito anclarme en algo para no sentirme arrastrada hacia el vacío. Su tremenda personalidad me lleva por caminos por los que no quiero ir. Si esto me hubiese pasado cuando tenía veinte años, me habría quedado con él sin pensarlo. Ahora bien, las consecuencias las habría sufrido con el transcurso del tiempo; habría perdido mi propio yo para amoldarme al de él. Y eso es lo que no quiero, tener que defenderme constantemente para ser yo misma. Creo que me asfixiaría sin remedio. Si no conservo mi originalidad, acabaré marchitándome. En todo este tiempo no nos hemos mandado ningún mensaje ni hemos hablado. Solo recibí uno hace tiempo, pero de Ethan, en el que me comunicaba que Mia se había recuperado completamente, cosa que agradecí oportunamente. ¿Se habrá olvidado de mí?, ¿habrá otra persona en su corazón? Confieso que la curiosidad me carcome, pero no quiero mirar en internet, no quiero saber nada que pueda dañar mi corazón, que ya está hecho añicos.

Hemos empezado los ensayos con el cuarteto; en octubre interpretaremos el *Cuarteto de cuerda número 6*, de Mendelssohn,¹⁵ en el Círculo de Bellas Artes. Me encanta esta obra por su gran carga emocional y la energía que desprende, pero hacen falta un gran equilibrio y fuerza mental para interpretarla como se merece. ¡Ya puedo ponerme las pilas!

—¡Bienvenida, Olivia! —Marcos me abraza y me da un par de besos. Se le ve realmente contento.

—¡Hola, Marcos!

Me alegro de verle, aunque parezca increíble. Cecilia y Xavier me abrazan también con verdadero entusiasmo.

Y comenzamos los ensayos con muchas ganas. A pesar de que he tocado muy poco en Toronto, he tenido más de dos semanas en agosto para *engrasar* mis dedos. Al terminar el primero, nos vamos a tomar unas cañas para contarnos todas las novedades.

—Tenemos que anunciaros algo muy importante —dice Xavier con ilusión.

—¡Que os cambiáis de casa nuevamente! —responde Marcos a carcajada limpia.

—Nooo, vale ya de cambios —añade Cecilia, y me mira con ternura.

—¡No!, ¡no me lo puedo creer!, ¿es cierto? —contesto esperanzada.

—Sí, lo es.

—¡Ahhh! —Salto de emoción. Marcos nos mira sin comprender.

—¡Vamos a ser padres! —le explica Xavier.

Marcos se queda petrificado y sin saber muy bien qué decir. Le doy un codazo para que responda.

—Vamos, Marcos, ¡es una excelente noticia!

—Enhorabuena..., es solo que no me lo esperaba. Me alegro un montón por vosotros. —Me mira con interés, y yo le devuelvo la mirada.

—¿De cuánto estás? —pregunto a Cecilia.

—De tres meses. Estamos realmente emocionados. Llevábamos tiempo buscándolo.

—Cuánto me alegro, ¿y sabéis el sexo?

—No, no se ha dejado ver aún, pero nos da igual, con tal de que venga bien.

—Seguro que sí —apostillo.

Charlamos durante un buen rato hasta que decidimos irnos. Cecilia y Xavier han aparcado cerca y se van en seguida. Marcos y yo hemos de ir algo más lejos y en la misma dirección, por lo que caminamos juntos.

—¿Qué tal el verano?

—Entretenido. —No quiero dar demasiados detalles.

—Me dijo Carmen que te habías ido a Boston..., con Sean.

Respiro hondo, muy hondo.

—Sí, hemos pasado tiempo juntos.

—¿Quieres hablar? —se ofrece.

—Pues, en realidad, Marcos, pasamos buenos momentos —miento, aunque no del todo.

—¿Y por eso has regresado? —Me paro en seco—. Siento si te estoy importunando.

—¡Para ya, por favor!, no quiero darte muchos detalles, comprenderás el porqué, pero ya que lo preguntas, he vuelto a mi vida, a mi ambiente.

—¿Para pensar?, ¿o porque no te gustaba tu vida allí?

Hay que ver con Marcos..., decido no contestar a su pregunta y continúo andando.

—¿Os vais a seguir viendo?

—Marcos, haces demasiadas preguntas.

—¿Acaso no teníamos antes la suficiente confianza? —pregunta con toda la razón.

—Sí, la teníamos..., hasta que sucedió lo que sucedió.

Me observa y parece no preocuparle lo que le digo.

—No me arrepiento —añade—, es más, lo seguiría intentando si viese un ápice de interés por tu parte. En cualquier caso, me alegro de que estés con nosotros.

Me quedo bloqueada. Pensé que lo suyo había sido pasajero, fruto del capricho de un momento, pero veo que no es así. Sus sentimientos están muy claros..., y los míos también. No sería capaz de traspasar la línea de la amistad que tengo con él. Sería una buena pareja, pero no ahora. Sigo enganchada a Sean..., no puedo desvincularme emocionalmente, y aunque el tiempo y la distancia apaciguan los sentimientos, no los apagan tan fácilmente cuando han sido tan intensos.

Capítulo 55

—¡Felicidades, Mia!

Todos cantamos el *Cumpleaños feliz*. Nos hemos reunido en casa de Catherine para celebrar su décimo cumpleaños. Gracias a Dios, está totalmente recuperada, muy feliz, y no han quedado secuelas físicas, tan solo algunas psicológicas que con alguna frecuencia le dificultan el sueño. Las pesadillas la despiertan más veces de lo deseable, pero la psicóloga está haciendo una gran labor con ella.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Sylvie. Respiro hondo antes de contestar.

—Lo voy sobrellevando, pero no consigo sacarla de mis pensamientos.

—Te ha calado muy hondo, ¿verdad?

—Estoy locamente enamorado de ella.

—¿Has tenido noticias estos últimos meses?

—Nada desde que se fue.

—¿No vas a ir a verla o a llamarla? —pregunta con suma cautela.

—No me corresponde a mí. Le estoy dejando el espacio que me pidió. Si no se pone en contacto conmigo es porque no quiere.

—Ya. Y tú ¿sigues igual?

—Peor, cada vez estoy más convencido de que es *ella*.

—Bueno, no quiero con esto decirte que la olvides, pero quizás te vendría bien conocer a alguna otra mujer que te anime.

—Lo he pensado más de una vez, pero no tengo ganas.

—¿Y la vas a esperar eternamente?

—Veo que no tienes interés en que siga así, ¿verdad? —La miro fijamente.

—Reconozco que me cayó genial, pero si no quiere nada de ti, pues bueno...

—Por ahora no, Sylvie, por ahora no. No estoy de humor.

—¡Vamos!, ¡a tomar la tarta! —nos avisa Catherine. Se acerca a nosotros y con solo mirarnos sabe exactamente de qué hablamos.

—¡Ay, hermanito!, siento mucho que estés así. Te voy a tener que presentar a alguna amiga... Vale, es una broma —contesta al ver mi cara de incompreensión.

—No soy capaz.

—Lo sé, solo quería sacarte una pequeña sonrisa. Ella es perfecta para ti —dice Catherine—, ¿quizás fuiste demasiado deprisa?

—No creo que ese fuese el motivo, sencillamente no fue capaz de dejarlo todo por mí.

—¿Y no es un poco egoísta por tu parte?, ¿habrías dejado tú todo tu mundo por irte con ella a Madrid?

Me quedo mudo.

—¿Y en qué situación estáis? —pregunta Catherine.

—Pues realmente nos íbamos a dar tiempo, pero veo que conforme pasan los meses cada vez está siendo más complicado. No sé absolutamente nada de ella. Ya estamos en octubre y, en fin, ¿qué puedo hacer?

—¿Por qué no la llamas? —pregunta Sylvie.

Alzo los hombros, dudando.

—¿Y por qué no le mandas la maqueta de esa canción tan bonita que has compuesto?, ¿no está dedicada a ella?

—Lo he pensado muchas veces, Catherine, pero no sé si es prudente hacerlo.

—Inténtalo —insiste Sylvie.

—Bien, lo pienso. No os prometo nada.

Siendo sincero, lo que me pide el cuerpo es llamarla..., no..., me pide ir a Madrid y abrazarla, besarla, amarla. ¿Por qué no puedo quitármela de la cabeza? Quizás siga el consejo de Catherine y me busque a alguien solo para olvidar. Ethan me lo ha recomendado también, y no es que tenga problemas para encontrar a alguien, todo lo contrario. En este tiempo he podido pasar la noche con unas cuantas. Esa no es la cuestión..., simplemente no puedo. No soy capaz. Ojalá pudiese; Olivia ha dejado el listón demasiado alto.

* * *

Acabamos de terminar el concierto en el Círculo de Bellas Artes y ha sido todo un éxito. El público, entusiasta, no ha parado de aplaudir y

vitorearnos. Estamos muy contentos, demasiado quizás. Cuando salimos a la calle, unos *flashes* nos sorprenden.

—¡Una foto los cuatro juntos! —nos pide alguien. Nos juntamos y sonreímos.

—¿Pero esto a qué viene? —susurra Cecilia.

—No tengo ni la más remota idea —contesta Xavier.

Espero que no sea lo que me estoy temiendo..., un par de periodistas se acercan a mí. Yo estoy junto a Marcos y nos hacen otra foto.

—Ya es suficiente —dice Marcos—, no más fotos. ¿Quiénes sois?

—Olivia —se dirigen a mí en inglés—, ¿no vas a regresar con Sean?

Atónita, me he quedado simple y llanamente atónita. En la vida hubiera imaginado que nadie se interesaría por mí tras dejar a Sean. Han pasado casi tres meses desde que regresé de Toronto. ¿Cómo demonios me habrán encontrado?

—¿Cuándo vas a ir a verle? Sus apariciones públicas se han reducido a la nada. ¿Es por ti?, ¿se ha acabado definitivamente?, ¿has encontrado otro amor? —preguntan mirando a Marcos.

—Lo siento, no voy a deciros nada —contesto en inglés con toda la entereza que soy capaz de mostrar, que es más bien escasa o nula.

—Vamos, chicos, dejadlo ya —Marcos se pone delante de mí y les encara—, ¿no veis que no quiere hablar?

Pasa su brazo por detrás de mis hombros y me estrecha hacia él para protegerme. Nos hacen otra foto.

—Ya, por favor, no queremos más fotos.

Por fin nos dejan. Marcos siente que estoy nerviosa y me lleva rápidamente al acceso del aparcamiento. Bajamos, pagamos el importe que corresponde y vamos a su coche; hemos venido juntos por no traer dos coches al centro de la capital.

Recuesto el violonchelo en los asientos traseros y al salir Marcos me abraza y rodea mi cintura con sus fuertes brazos. Yo apoyo las mías en su pecho sin saber muy bien qué hacer.

Estoy nerviosa, mucho, por la situación con los periodistas y por este momento. Al final apoyo mi rostro sobre su hombro y me dejo abrazar con mucha ternura. Él está recostado de espaldas a su coche y yo sobre él.

—Chsst, *tranqui*, ya ha pasado.

Me besa el cabello mientras habla en susurros. Recorre con sus brazos mi espalda, de arriba abajo, para darme ánimos. Y lo que se convierte en un

instinto natural de protección se transforma en deseo; Marcos apoya su rostro sobre el mío buscando incansablemente mis labios. Desplaza sus dos manos alrededor de mi cuello y mis mejillas, me mira profundamente a los ojos y me besa. No sé por qué motivo le dejo, no puedo comprenderlo, si no siento nada por él, ¿cómo es posible? Y no sé cómo, pero acabo besándole.

—Lo siento —digo tras separarme súbitamente al cabo de unos segundos—, esto no tenía que haber pasado.

Marcos no contesta, pero me mira intensamente.

—Lo siento yo también, es mejor que nos vayamos. Anda, sube.

Ambos permanecemos en silencio todo el trayecto hasta llegar a mi casa.

—No se volverá a repetir, siempre que tú no quieras.

—Gracias por protegerme —me sincero, pero no contesto a su insinuación.

No sé en qué estaba pensando... Salgo del coche, cojo el violonchelo y le digo adiós con la mano.

Al subir a casa estoy confundida y arrepentida de lo sucedido. Y me doy cuenta de que en quien realmente estaba pensando era en Sean y no en Marcos. Con quien quería estar era con Sean, a quien quería abrazar era a Sean, a quien quería besar era a Sean..., y me enfado conmigo misma por dejarme llevar y dar falsas esperanzas precisamente a Marcos, no las merece en absoluto a pesar de haber buscando el momento.

* * *

—¿Ethan?

—Hola, Sean, buenas noches.

—Dime. Estaba preparándome algo para cenar.

—¿Has visto las fotos?

—¿Qué fotos? —Se queda callado sin saber muy bien qué decir—, ¿qué fotos?

—Vaya, pensaba que las habías visto..., déjalo.

—Ethan, ¿qué fotos? —Levanto el tono de voz mientras abro el ordenador y lo enciendo.

—Eh..., bueno, son fotos de Olivia a la salida de un concierto..., por lo visto han querido sacarle información sobre ti.

—¿Y?, ¿cómo han dado con ella? —Introduzco la contraseña y el ordenador arranca—. ¿En qué medio?

—Déjalo, Sean, dejemos las cosas así.

—Vamos a ver, Ethan, no me llames para decirme algo y te quedes mudo como una momia. ¡Dime dónde! —Cada vez levanto más el tono de voz, por pura impaciencia.

No hace falta que me diga dónde, en cuanto busco en Google «Sean y Olivia» aparecen en el primer resultado de búsqueda. Me quedo perplejo, pues reconozco a ese Marcos al lado de Olivia y a otras dos personas de la orquesta. Supongo que serán del cuarteto. Se la ve contenta, sonriente..., y abrazada a Marcos. La ira me está entrando por momentos según veo esa foto y, a continuación, un par más de ellos dos juntos, y en una abrazados.

—¿Será cabrón?, ¿sabía que esto iba a suceder! —grito con ira.

—¡Vale ya, Sean!, ¡ella se fue! —intenta calmarme Ethan, que sigue al teléfono.

—¡Nos estábamos dando tiempo para nosotros, no para que jugase entre medias con ese tal Marcos que no hace más que meterse donde no le llaman! —Arrojo el teléfono con fuerza al suelo, y se rompe.

¿Será posible? Menos mal que se ha roto, si no, la habría llamado para decirle un par de cosas bien dichas. Así pues, ¡esas tenemos, Olivia!, ¡qué pronto te has olvidado de mí!

Suena el teléfono fijo de casa. Es Ethan.

—¡Sí! —contesto malhumorado.

—¿Me necesitas?

—No, no es necesario —recorro mi cabello con la mano que tengo libre —, organiza una fiesta para mañana, invita a cuantas más mujeres mejor. Yo también me quiero divertir.

—No, Sean, no lo hagas.

—Ethan, ¡organiza esa fiesta!

Cuelgo totalmente fuera de mí mismo. Si eso es lo que quiere, tendrá más de su misma medicina.

* * *

Al cabo de varios días me encuentro mejor. No he querido llamar a Marcos, prefiero mantener las distancias. No puedo seguir así, no se lo

merece. Y casi impulsivamente enciendo el ordenador y busco en medios de prensa amarilla de Canadá. En varios de ellos aparecen las fotos con Marcos y a continuación otras de Sean en una fiesta, rodeado de mujeres, a cuál más hermosa. Se le ve muy contento, abrazado a ellas y disfrutando. Lo apago y cierro los ojos... ¿Cómo hemos llegado a esto? Y empiezo a llorar amargamente... Cojo el teléfono, busco la web del medio, copio el enlace, lo pego y escribo dos simples palabras.

Olivia (20:05)

¿Es verdad?

Él lo lee enseguida y contesta.

Ethan (14:07)

¿Es verdad lo tuyo?

Vaya, contesta a una pregunta con otra pregunta... Decido ser yo quien empiece a explicarse.

Olivia (20:07)

No hay nada.

Ethan (14:08)

Tampoco hay nada... Me alegra saber de ti. ¿Qué tal te encuentras?

Olivia (20:09)

Lo siento. No tenía que haberte escrito. Perdóname.

Dejo el teléfono. ¡Menudo ataque de celos! No quiero ponerme en evidencia más. Decido vestirme con ropa deportiva y salir a correr. Esto no puede estar pasando. Sigo enamorada de Sean, acabo de darme cuenta. Recorro endiablada las calles que hay alrededor de mi casa hasta que acabo extenuada, con el corazón a mil por hora. Noto que vibra el teléfono. Es un

mensaje de Ethan. Me envía un enlace y tan solo cuatro palabras: *Está dedicada a ti.*

Lo abro y encuentro un audio en una página a la que me ha dado acceso. Pulso sobre el enlace. Es una canción de Sean, una balada, escucho la letra con interés... Y empiezo a sollozar desconsoladamente, tanto que casi no puedo respirar. Resbalo sobre la espalda apoyada en la pared hasta que acabo en el suelo y abrazo mis rodillas. Vuelvo a escuchar el tema una y otra vez, no me canso de hacerlo. Es sencillamente rompedora, desgarradora..., esperanzadora.

*Y esperaré, esperaré a que vengas
porque sin ti no hay luz en el camino
sin ti mi vida no tiene sentido
sin tu amor mi alma se quiebra.*

La melodía engancha, te atrapa y no te abandona. Jamás he escuchado balada tan hermosa con la que me haya sentido plenamente identificada. Sean me conoce bien, muy bien. Me aprendo la canción de memoria y la canto, y la vuelvo a cantar hasta que caigo dormida, mecida por él. Me despierto pronto, incómoda por la postura, y me levanto con los ojos hinchados. Los lavo y los vuelvo a lavar, pero no tienen remedio. Cojo el móvil y escribo a Ethan.

Olivia (08:17)

No tengo palabras. Me parece lo más bonito que he escuchado nunca. Es maravillosa.

Envío el mensaje y me preparo el tan ansiado café. Hoy, especialmente, me resulta imprescindible. He de aparcas ahora estos sentimientos y centrarme en el concierto de Praga; queda poco más de un mes y tengo matices que corregir aún. Así pues, después del desayuno saco el violonchelo del estuche y empiezo a buscar un sonido *redondo* con escalas. Y de repente me paro en seco. Me encanta mi violonchelo, pero aquel que toqué este verano era una auténtica maravilla. En cualquier caso, no me lo podría permitir ni tampoco aceptaría un regalo de similares características. Continúo con el estudio procurando obtener la mejor calidad de sonido posible. Tengo muchísimo trabajo por delante.

Y, como se suele decir, después de la tempestad viene la calma. Los días propios del otoño traen consigo el frío, la lluvia, la niebla, y el esplendor de las hojas coloreadas de los árboles. Los verdes van dando paso a distintas tonalidades marrones, rojizas y amarillentas, y todas se entremezclan entre sí. Me encanta caminar y escuchar el tenue crujir de la hojarasca al pisar, disfruto del olor a tierra mojada, saboreo cada rincón de estos bellos paisajes semiboscosos que hay cerca de casa. El otoño me permite comenzar algo nuevo con optimismo, dejar atrás todo lo que no quiero, sentirme cobijada al abrigo de la ropa, de la manta, del calor del hogar mientras disfruto de una buena película. Sí, me encanta el otoño. Pienso en lo bonitos que deben estar los bosques en Canadá y en lo que me gustaría poder disfrutar de ellos en primera persona. Pero las cosas tienen su momento y aún no ha llegado el mío.

No he tenido noticias ni de Sean ni de Ethan. Yo tampoco les he escrito. Paso los días en actitud de espera, aguardando que alguna señal arroje luz sobre mi futuro.

De momento estoy ocupada con lo que hago, pero confieso que me falta esa chispa, ese sentimiento que exalta mi alma. Es como si vagase por un camino yermo y baldío que no se detiene en ningún puerto seguro.

Indudablemente, esa alegría que viví junto a Sean se ha difuminado como los colores del otoño, y, como el año pasado, me refugio en mi mundo interior, en la música y en mis amigos. Me falta él, lo sé, lo reconozco. Nadie me hace sentir tan completa ni tan en la cresta de la ola. Con frecuencia reviso el teléfono por si hay algún mensaje, en vano. Después de aquella foto en la que Sean disfrutaba de demasiada compañía femenina decidí no intentar contactar con él. Y aunque mi corazón lo desea, mi mente me lo impide interponiendo un sólido muro entre los dos. Además, ¿qué le diría cuando me pidiese regresar a Toronto? Mientras no tenga respuesta, será inútil cualquier contacto.

Los ensayos de la orquesta son rigurosos, pero los resultados merecen la pena. Hacía tiempo que no escuchaba esta maravillosa sinfonía de Bruckner y reconozco que me cautiva. Me da vergüenza reconocerlo, pero en todos y cada uno de los ensayos miro siempre en dirección al vestíbulo, esperando ver a Sean ahí. Pero no, su figura nunca aparece, por más que la anhele.

Capítulo 56

—¿Qué tal te va con Julie?

—Vamos bien —miento.

Conocí a Julie en una fiesta y me llamó la atención; tiene una preciosa media melena de color castaño oscuro, sus ojos son marrones, es alta y esbelta, pero no tan atractiva como Chloe. En realidad, es muy similar a Olivia. No siento con ella lo que sentí con Olivia. No tiene nada que ver. Y en otros aspectos es más parecida a Chloe: le encanta aparecer en los medios de comunicación conmigo. Salgo con ella para olvidar, pero también con la esperanza de hacer borrón y cuenta nueva algún día. Al menos lo estoy intentando, porque pensé que me volvería loco. ¿Ella me ama? Yo creo que le atrae poderosamente mi físico y así me lo demuestra en la cama, le gusta la buena vida, le gusta la fama y le encanta mi música. Tal vez es algo superficial. En cualquier caso, está cumpliendo su función: ya no pienso en Olivia cada minuto, solo cada hora... No pude soportar verla con Marcos en aquella foto y rápidamente conocí a Julie, me acosté con ella pensando que lo hacía con Olivia. Soy débil y despreciable, lo sé, pero ¿acaso tenemos algo ahora mismo? Ella me abandonó con todas las consecuencias.

—¿Seguro? —Ethan levanta las cejas y me mira con sorpresa. Sabe que le estoy mintiendo; es más listo que un zorro.

—Ethan, ya sabes que nunca va a ser como... —Miro hacia otro lado, nombrarla aún me emociona a pesar de los más de tres meses que han transcurrido desde que se marchó.

—Lo sé, pero te estás engañando. Y a ella también.

—¿Y qué quieres que haga? Tengo el corazón roto en mil pedazos, y Olivia es la única persona que puede recomponerlo. Necesito estar con alguien para olvidarla. No me humilles y menosprecies más de lo que ya lo hago yo.

—En ningún momento lo he pretendido... ¿Sabe Julie algo de Olivia?

—Lo justo, que fue mi anterior pareja y poco más...

—Tu mirada no es brillante ni apasionada, Sean. Piensa bien qué quieres hacer con esta mujer. Con Chloe fuiste noble..., deberías serlo también con

Julie.

Sé que tiene razón, estoy utilizando a Julie y me desprecio por ello, pero ahora no tengo fuerzas para hacer lo correcto.

* * *

Facturamos las maletas, pero no los instrumentos musicales; la presión y la temperatura en las bodegas de los aviones puede llegar a ser tan extrema y variable durante el vuelo que probablemente resquebrajaría cualquier instrumento de cuerda que se precie. Así pues, la orquesta no tiene más remedio que sacar billetes extra para los violonchelos y contrabajos, y además con la antelación suficiente para asegurarnos de que haya espacio para ellos en el avión. Durante el trayecto aprovecho la intimidad y la libertad que ofrece el pensamiento y recito mentalmente la maqueta que compuso Sean. Le echo tanto de menos..., sobre todo su sonrisa, esa sonrisa que me cautiva y me da vida.

Aterrizamos en Praga y enseguida nos recogen los dos autobuses que nos llevan al hotel. No es muy céntrico, pero está a escasas cuatro manzanas del tranvía que nos llevará al corazón de la ciudad. Tiene tres estrellas y su diseño es funcional y moderno. En las habitaciones dobles hay un buen armario y baño completo con ducha. En cuanto dejamos los instrumentos y el equipaje, aprovechamos para salir a dar una vuelta. Nos quedaremos cinco días, los dos de las funciones en el Rudolfinum y tres más para pasear por las zonas más representativas de la ciudad. Caminamos por el famoso puente de Carlos y admiramos las múltiples estatuas que lo adornan, sin perder de vista las majestuosas aguas del río Moldava. Me gusta detenerme en el puente y admirar las vistas del castillo de Praga, que son fabulosas, mientras la humedad del río cala mis huesos.

Supongo que mañana, con luz, podremos callejear más rato. Ahora está anocheciendo y hace bastante frío, así pues, buscamos alguna cervecería típica. Entramos en una y nos acomodamos. La decoración es de lo más peculiar; las paredes están revestidas de tablones de madera bastante oscuros hasta una altura media, y por encima hay cuadros antiguos que recrean el arte de hacer cerveza. Las lámparas son de araña, de un material similar al bronce, y, si bien no dan demasiada luz, confieren al lugar un aspecto bohemio. Y cuando me fijo en el techo me doy cuenta de lo bonito que es; tiene un

artesonado de madera maciza con dibujos geométricos distribuidos de forma caprichosa. En conjunto se respira un aire antiguo que va a juego con la bebida y la comida que se ofrece. La carta tiene tal cantidad de cervezas que decido no entretenerme mirándolas todas y pido una de las más famosas, la Pilsner. Nos traen jarras de medio litro acompañadas con una especie de tostas rellenas de puré de patatas y salchichas con distintos tipos de quesos, salmón ahumado y algo parecido a queso frito..., vamos, todo muy ligero. Pasamos un buen rato contando chistes y riendo y, sobre todo, entramos en calor, que es lo que más necesitamos. La cerveza, además, contribuye a crear un clima alegre y achispado.

Una vez terminada la cena, regresamos al hotel para descansar, pues mañana tenemos ensayo pronto, por la mañana.

—¡Qué romántica es esta ciudad! —comenta Carmen mientras nos preparamos para irnos a la cama.

—Sí, estaría bien si hubiéramos venido mágicamente acompañadas, ¿no te parece?

Me observa con detenimiento.

—Sigues enganchada, ¿verdad?

—Sí —confieso mientras respiro profundamente.

—¿Por qué no le escribes o le llamas?

—Bueno, no sé si estará con otra persona..., ya sabes, los artistas siempre andan muy bien rodeados.

—Yo creo que si le llamas lo dejaría todo por ti. Un amor como el que él ha sentido no se apaga fácilmente.

—Efectivamente, *ha sentido*, hablas en pasado y ahora estamos en el presente. Además, no iba a sacar nada en claro, Carmen, no estoy decidida a dejarlo todo por él.

—A lo mejor si le vieras sabrías en ese preciso instante si todo merece la pena. Además, seguro que en Toronto hay orquestas de sobra donde puedas tocar o escuelas de música donde dar clase.

—Tal vez. —En este momento me vienen imágenes del concierto con los chavales..., fue un momento bonito de entrega generosa, tanto por mi parte como por la de Sean.

—En mi opinión estuviste muy poco tiempo, apenas pudiste seguir una rutina.

—¿Una rutina?, ¿con Sean?, ¡imposible!

—Seguro que no está todo el año por ahí fuera, ¡oh, vamos!, Olivia, piénsalo.

—No sé, Carmen, han pasado cuatro meses y no hemos tenido el más mínimo contacto.

—Bueno, pues a lo mejor ahora es el momento.

—¿Con qué cara me presento ante él sin saber si puedo amoldarme a su ritmo de vida? No, Carmen, solo seré capaz de hacerlo cuando tenga una respuesta.

—¿Y cuándo la vas a tener si no lo intentas?

Me quedo pensativa... En parte tiene razón, podríamos intentarlo nuevamente con más serenidad. Esa noche me cuesta dormir. Todo mi mundo se revuelve cuando aparecen los recuerdos; son tan nítidos y reales que me devuelven a su casa, a la intimidad vivida con él, a su familia, a Mia..., ¿cómo estará?

* * *

A la mañana siguiente, el despertador de mi móvil suena temprano. Tenemos que estar preparadas a las diez en punto en la entrada del Rudolfinum. Al ir a apagarlo, veo un mensaje de Ethan y lo abro para leerlo.

Ethan (23:48)

Hola, Olivia, ¿cómo estás? Tengo que contarte algo. Ha salido una plaza de profesora de violonchelo aquí, en Toronto, en el Conservatorio de Música Franz Schubert. Quizás te pueda interesar. También he visto plazas libres en unas cuantas orquestas locales. Piénsalo.

Me quedo estupefacta. Jamás pensé que se me presentaría una oportunidad así, es como si hubiera leído mis pensamientos de anoche.

No puedo contestar ahora. Y lo primero que se me ocurre es decírselo a Carmen, que está en el baño duchándose. Pero no puedo esperar y golpeo en la puerta, impacientemente.

—¡Carmen! ¡Carmen!

—¡Olivia! ¿Qué pasa?

Sale enseguida, alarmada, envuelta en la toalla.

—¡Mira este mensaje!

Se lo enseño, y se queda tan petrificada como yo.

—¡No puedo creerlo! ¡Es una fantástica noticia!

Sigo sin saber qué decir, aún soy incapaz de reaccionar.

—¿Por qué no lo intentas, Olivia? —me anima—. Puedes pedir una excedencia en la orquesta, lo sabes, si después quisieras volver, siempre tendrás tu plaza guardada.

—No sé, Carmen, no sé... —dudo, pero finalmente contesto a Ethan.

Olivia (08:35)

Hola, Ethan, muchas gracias por la información. Voy a pensarlo, aunque de momento no estoy interesada. No sé nada de Sean y no creo que sea oportuno intentarlo, ¿no crees?

Ethan (02:37)

Sean sigue enamorado de ti. Piénsalo, ¿vale? Un beso.

«¿Este hombre no duerme nunca?», pienso, y le enseño de nuevo los mensajes a Carmen. Estoy nerviosa, lo reconozco.

—Ahí lo tienes. ¿Por qué no lo intentas? Además, ese tipo me cae bien. ¿Por qué no me lo presentas? —dice guiñándome un ojo—. ¡Escríbele! —insiste.

Me quedo pensativa, y ella me apremia.

—¡Vamos, Olivia! ¡No te entretengas, tenemos que salir en diez minutos!

—Voy, voy, ¡qué prisas!

Llevo la ropa más cómoda que me he traído; mis deportivas, vaqueros de color azul oscuro, un jersey marrón de cuello alto y mi abrigo gris tres cuartos, abotonado y con capucha. Caminamos con la rapidez que nos permite llevar el violonchelo a la espalda, y llegamos justo a la hora.

El Rudolfinum es un precioso edificio de planta rectangular neorrenacentista que, además de albergar dos salas de conciertos, tiene una sala de exposiciones de arte. Accedemos a la sala principal, la sala Dvořák, elegantemente decorada y presidida por un hermoso órgano de tubos. Mientras nos colocamos en nuestros sitios, me fijo en el techo, ricamente decorado y colorido, del que cuelga una gran lámpara central. A lo largo del primer

anfiteatro hay múltiples columnas que rodean todo el perímetro donde se sienta el público y le confieren un aire majestuoso. Visto desde el escenario, el patio de butacas tiene mayor inclinación de lo habitual, supongo que para permitir una buena visibilidad. En resumen, es sencillamente espectacular, ¡me encanta!, aunque la decoración me parezca algo recargada en algunos momentos. Pero, ¡oh!, ¡qué acústica tan extraordinaria tiene! Es todo un privilegio poder actuar aquí.

Después del largo ensayo, en el que ajustamos unos cuantos pasajes, salimos a buscar un sitio donde almorzar. El Rudolfinum se encuentra pegado a la *ciudad vieja* o centro histórico, por lo que la distancia a algún restaurante típico es mínima; después de comer podremos pasear por sus preciosas calles medievales. Encontramos un pequeño local con el techo abovedado de ladrillo que nos gusta por la intimidad que ofrece.

El tiempo es frío, apenas 2 °C a mediodía que invitan a degustar los platos típicos de la tierra, especialmente preparados para combatirlo: sopa calentita de puré de patatas, ¿sopa de puré?... , o sopa de albondiguillas, y luego compartimos platos más contundentes, como el típico *goulash*, un guiso hecho con carne, verduras, caldo y patata, y también algún plato de carne asada. En esta ocasión pruebo otra de las famosas cervezas, la Budweiser Budvar.

—¡Bufff!, ¡hemos comido tanto que me iría a dormir la siesta! —exclama Cecilia.

—Cuidate, que aunque se dice que en el embarazo hay que comer por dos, no es cierto —Sonrío.

—Pero hace tanto frío que entra de maravilla, sobre todo la cerveza —apunta Marcos.

—Venga, va, chicos, vamos a pasear. Tenemos que bajar la copiosa comida que nos hemos metido entre pecho y espalda —propone Xavier, con sentido común.

Paseamos por las angostas calles hasta llegar a la plaza de la Ciudad Vieja. A pesar del frío, el día es soleado, lo cual agradecemos. Me encanta disfrutar de las bonitas casas que rodean la plaza, de tres o cuatro alturas, coloreadas en tonos pastel: verdes, amarillos, salmón, beis..., todas ricamente decoradas con frisos sobre ventanales altos, la mayoría de ellos con cuarterones.

Nos detenemos frente al ayuntamiento y contemplamos el famoso reloj astronómico medieval, especialmente la esfera inferior y la superior, que

marcan los meses del año, unos curiosos signos del zodiaco y la órbita del Sol y la Luna, respectivamente. En ese momento desvíó mi mirada para contemplar a las gentes que pasean y me quedo helada con lo que veo. No puede ser, no ahora mismo, no en esta ciudad, ¿qué probabilidad tengo de encontrarme con Sean aquí?, ¿qué maquiavélica casualidad hay en todo esto? Oh, vamos..., además está guapísimo, como siempre, me derrito contemplándole. Viste unos tejanos elásticos y con pinta de desgastados y una parka larga con capucha, en color azul. Lleva unas deportivas blancas de marca, y un gorro de lana gris sobre su cabello.

Viene caminando hacia nosotros, abrazado a una mujer... No puedo explicar lo que siento en estos momentos. Mi corazón empieza a latir atropelladamente. Incapaz de controlarlo, me quedo sin habla y clavada al suelo como una estaca, totalmente paralizada. Carmen, que está pendiente de todo, se da la vuelta y mira en la misma dirección.

—Olivia, ¿estoy viendo lo mismo que tú?

—Sí, lo es-tás vien-do... —contesto de forma atropellada.

Estoy nerviosa, muy nerviosa, mientras observo su relajado caminar con esa mujer. La lleva agarrada del hombro, con mucho afecto. No puedo evitar imaginarme los momentos en los que era yo la que estaba a su lado. Frío..., experimento entumecimiento, parálisis...

—Por favor, cambia esa cara, te has quedado totalmente blanca.

—No sé..., có-mo ha-cer-lo...

No consigo reponerme de la conmoción que ha agarrotado todo mi cuerpo, incluso mi pensamiento. No soy capaz de reaccionar, el *shock* emocional es demasiado intenso como para poder controlarlo. Se me corta la respiración y en un intento por inhalar mi cuerpo reacciona hiperventilando por momentos. No puedo evitar los temblores y los calambres.

Y sucede lo que tenía que suceder. Sean me reconoce y se para en seco. Deja de charlar con su acompañante y me mira, me mira con asombro al principio y después de forma intensa y penetrante. Cuando mis ojos se encuentran con los suyos, experimento un flechazo increíblemente profundo que me deja descolocada. Me es imposible esquivar la ardorosa mirada que aviva todo mi ser como nadie lo ha hecho ninguna vez, y siento una increíble unión que nos funde a ambos. ¿Lo estará sintiendo él? Se acerca a nosotros hasta que nos separa un metro escaso. En ese preciso instante, retira su brazo de los hombros de ella y lo deja caer junto a su costado. ¿Podré soportar que

su corazón esté ya ocupado?, ¿cómo podía pretender que aguardara mi decisión sin compañía? ¡Qué ilusa he sido!, ¡qué pronto ha calentado su cama!

Siento un pinzamiento de dolor agudo en el corazón..., tocado, está tocado, agonizando, quizás ya marchito. ¿Por qué no acepto que pueda estar con otra mujer? Al fin y al cabo, le dejé y no hemos vuelto a tener contacto. Tonta de mí si creí que me esperaría. ¿Esperar?, ¿a qué? Si no he sido capaz de ponerme en contacto con él en todo este tiempo..., ¿de qué me extraño?, ¿y por qué no lo soporto? La excitación inicial se convierte en tristeza más rápido de lo que puedo imaginar, siento mucha tristeza y desolación al verle con otra.

Capítulo 57

—¡Olivia! —Hummm, qué placer escuchar su voz nuevamente—. ¡Pero qué sorpresa!

Su rostro refleja, cuando menos, asombro. Su ardiente e intensa mirada quema por momentos mi cuerpo ya congelado.

—Ho-la.

Carmen me da un pequeño golpe en la espalda para que reaccione. Y nos saludamos con un par de besos, como es costumbre en España. Ninguno de los dos sonreímos o mostramos ilusión por el accidental encuentro, más bien nos quedamos sin saber qué decir. Puesto que las palabras no fluyen, Carmen rompe el hielo.

—Hola, Sean, ¡qué casualidad verte por aquí!

Los demás se han dado cuenta de lo sucedido y saludan con cierto punto de entusiasmo; todos guardamos un fantástico recuerdo del concierto que dimos en Madrid con él. Sin embargo, el que se pone en guardia es Marcos. Se saludan cortésmente, pero noto cierta mirada de rivalidad entre ellos. ¿Cómo es posible captar tantos detalles en décimas de segundos?

—Os presento a Julie —dice, pero no añade nada más.

No sabemos si es su novia, prometida, ligue, acompañante con derecho a roce... En fin, nada de nada. Julie sonríe con cierto aire de superioridad, como si estuviese por encima de todos nosotros.

—Hola, Julie. —Le doy la mano. Supongo que es canadiense, y prefiero guardar las distancias.

—Julie, son unos magníficos músicos con los que tuve la oportunidad de hacer un concierto en Madrid; ellos son de allí.

—Ah, qué curioso —contesta con interés. La veo bastante suspicaz.

—¿Qué hacéis por aquí?, ¿tenéis algún concierto? —pregunta sin despegar su mirada de la mía.

—Vamos a dar dos conciertos, uno esta noche y otro mañana por la noche —contesta Marcos.

—¡Qué estupendo!, me alegro por vosotros. Oye, Marcos —y en ese momento no tiene más remedio que mirarle—, te doy otra vez la enhorabuena

por tu extraordinario concierto de solista..., me dejaste sin palabras.

—Muchas gracias, Sean, es todo un halago viniendo de ti —responde él, y mientras lo hace pasa su brazo sobre mis hombros..., ¿por qué?

Yo estoy petrificada, impactada por la situación, y soy incapaz de reaccionar, pero noto un gesto de disconformidad en Sean. Vamos, que no le está gustando nada lo que está viendo.

—¿Y dónde es el concierto? —pregunta con interés. Vuelve a mirarme con pasión.

—En el Rudolfinum —contesta Carmen, sabedora del estado de excitación en el que me encuentro—. Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Viaje de placer, chicas, nada de compromisos profesionales. Mi vida tiene también momentos de holgazanería. Pero qué casualidad, ¿no?

Julie ha debido de darse cuenta de la fuerte atracción que hay entre nosotros dos, porque decide intervenir y zanjar la conversación.

—Muy bien, pues nos alegramos especialmente de veros, chicos. Espero que os salga un fantástico concierto. Nosotros continuamos con nuestro camino. ¡Que os vaya bien!

Tira de Sean para llevárselo lo antes posible.

—Me alegro de verte —acierto a decirle a modo de despedida.

—El gusto es mío —contesta con cierto tono sugerente y sensual que me desarma por completo. Y prosiguen su camino.

Lo miro durante unos segundos con la esperanza de que se gire hacia mí, pero no lo hace. Poco a poco, los latidos de mi corazón van recuperando su ritmo normal.

—Vamos, Olivia, ¡reacciona! Te has quedado patitiesa —escucho decir a Carmen.

—Ya está, Olivia, ya ha pasado, *tranqui* —susurra Marcos en mi oído. Sigue agarrado a mí y no me suelta.

—¡Va!, sigamos caminando —acierta a decir Xavier.

Los demás se vuelcan en mí e improvisan temas intrascendentes para charlar y que yo consiga olvidar lo ocurrido. Todos son amigos cercanos, aunque no tengo con todos la misma confianza, y sospechan que mi repentino regreso de Toronto el pasado verano se debió a que la historia no funcionó. Pero, pese a sus intentos, no puedo evitar seguir dándole vueltas a nuestro encuentro, a la imagen de Sean junto a esa mujer, que irremediablemente me hiere y entristece. Tengo la sensación de haberme quedado atrás, de haber

perdido mi oportunidad. Carmen, que me conoce muy bien, intenta animarme, pero todos sus esfuerzos son en vano.

Al anochecer cogemos el tranvía para regresar al hotel y descansar un poco antes de ir a la sala de conciertos.

—Siento que estés así, Olivia. No entiendo por qué ha tenido que pasar esto, pero indudablemente tiene su sentido —reflexiona Carmen una vez que estamos en la habitación, tumbadas boca arriba sobre nuestras camas.

—Tiene todo el sentido del mundo —respondo con tristeza—. Ahora que empezaba a pensar que tal vez podríamos volver a intentarlo... De hecho, le estaba dando vueltas al mensaje de Ethan sobre la plaza vacante en el conservatorio de Toronto. Pero en fin, ya está con esa tal Julie, me puedo ir olvidando de cualquier remota posibilidad de regresar junto a él.

—Oh, vaya, pobrecita —se acerca a mí y me abraza.

Y entonces rompo a llorar de impotencia. ¿Por qué? No hago más que preguntármelo. Siento mi corazón aprisionado y afligido.

—Si quieres que te diga la verdad, Olivia, he notado muchísima tensión entre los dos, tensión ardiente, ¿me explico? Olivia, saltan chispas entre vosotros; estáis hechos el uno para el otro, créeme.

Empiezo a dudarle todo, no sé por qué la providencia ha hecho que me encuentre con él, ¿quizás para dar por zanjada la relación?, ¿o más bien para que comprenda definitivamente cuánto le quiero? En estos momentos el recuerdo de Juan aparece con fuerza. Quizás sea mejor que las cosas se queden tal cual están, Sean con su nuevo amor, yo guardando la memoria de Juan. Me giro hacia la ventana y miro a través de ella el reflejo de las luces de la calle; es noche cerrada. Ahora mismo me quedaría tranquila en la habitación, pero tenemos que prepararnos para ir al concierto. Como me he traído el portatrajes solo tendré que recogerme el cabello y maquillarme; me vestiré en el Rudolfinum. Al cabo de un buen rato, Carmen me avisa.

—Vamos, Olivia, es hora de prepararse. ¿Qué tal te encuentras?

—Estoy un poco más serena.

—Ha sido un encuentro muy complicado.

—Sí, ahora que ha concluido ya sé a qué atenerme, Carmen.

—No pierdas la esperanza. —Me transmite quietud con su tono de voz.

—Yo creo que todo está más que aclarado. Doy la relación por concluida —le digo con tristeza.

El concierto sale espectacular, realmente extraordinario. Reconozco que la virulencia de los sentimientos de esta tarde me ha ayudado a meterme más

en el papel y a dar más intensidad a las partes que lo requieren. Me siento absolutamente unida a mi violonchelo, como si verdaderamente fuésemos uno solo. El público aplaude entusiasmado y me emociona. Con los sentimientos a flor de piel, soy consciente de que tiendo a distorsionar la realidad.

Cuando se encienden las luces del patio de butacas y del primer anfiteatro, busco y rebusco en balde una cara conocida entre las personas allí congregadas. No ha venido. ¿Estará fuera, en la calle? Aunque sé que no va a suceder, no puedo evitar tener la esperanza de volver a verle, y sé que debería olvidarme, pero mis emociones me traicionan. Como no puede ser de otra forma, nadie conocido aguarda en la salida de artistas.

—No busques a nadie, no está —corroborra Carmen.

—¡Ay, Carmen!, desearía que hubiera venido, pero la realidad es tozuda. He dado por finalizada la relación, pero sigo esperándole. ¿Me estoy volviendo loca?

—No, para nada, es lo más normal, porque sigues enamorada de él, y créeme, no se quién lo está más, si tú o él. Si es fiel al afecto que siente por ti, volverá.

—¡Chicas!, ¿queréis que nos vayamos a bailar por ahí? —pregunta Xavier.

—Pues no me apetece nada, la verdad...

—Sí, Olivia y yo vamos —responde Carmen al instante.

—Pero ¿por qué? —murmuro dirigiéndome a ella.

—Necesitas evadirte y nada mejor que bailando desenfrenadamente en un local de moda. Venga, ¡va!, dejemos los instrumentos en el hotel y salgamos de marcha.

Entramos en una discoteca de la zona nueva de la ciudad. El tipo de música es del que yo denomino *chumba, chumba*, esto es, mucho bajo, mucha batería y poca melodía. Me pido un *gin-tonic* y decido desinhibirme por completo, dar rienda suelta a mis emociones y bailar. Marcos está a mi lado, no se despega ni un instante; debo de ser un imán que le atrae irremediabilmente. Xavier, que tiene mucho ritmo, no para de bailotear, y Carmen también. Cecilia es algo más tranquila y disfruta mirándonos desde la barra mientras saborea una cocacola junto a Antonio, que en esta ocasión ha venido con nosotros.

A ratos me da por bailar de forma sensual y provocativa delante de Marcos, que no aparta sus ojos de mí. Creo que el segundo *gin-tonic* se me ha subido a la cabeza y estoy perdiendo el control. Soy consciente de que la

culpa de ello es el desengaño que acabo de sufrir, pero no soy capaz de parar, hasta que Carmen me llama la atención.

—Olivia, ¡déjalo ya! Como sigas te vas a meter en un buen lío con Marcos del que seguro que te vas a arrepentir. Por favor, ¡déjalo! —Me grita al oído, la música está tan alta que no hay forma de comunicarse más que de esta forma.

—Tienes razón, lo sé, ¡acompañame al baño!

Y ahí es donde consigo recomponerme. Me echo agua en la nuca, un poco en las mejillas y en el cuello, para refrescarme.

Cuando salimos, me siento en la barra con Antonio y Cecilia, a mirar cómo bailan los demás, y hablo poco. Afortunadamente todo ha quedado en un baile con el que Marcos y yo nos hemos reído, cómplices. Si hubiese habido algo más, no me lo habría perdonado por nada en el mundo.

* * *

Nunca hubiese creído que iba a encontrarme con Olivia así, tan de sopetón, nada más y nada menos que en Praga. Estoy bastante alterado y todos los recuerdos con ella se amontonan atropelladamente en mi memoria, y los siento y los recuerdo tal cual los he vivido, como si fuesen el ahora y no el ayer o el antes de ayer. Durante más de cuatro meses la he recordado todos y cada uno de los días, mientras le daba el espacio que me pidió, y cuando por fin pierdo la esperanza de volver a verla, ¡zas!, el destino me la pone delante. Sigo tan perdidamente enamorado de ella como antes, o quizás más, porque en la distancia he tomado conciencia plena de lo que la amo y necesito en mi vida. He percibido una conexión fuera de lo normal, y sé que ella también; se ha quedado totalmente paralizada al verme, no era capaz de articular palabra; la situación la ha impactado tanto o más que a mí. Sé que me quiere, si no, me habría ignorado. ¡Por Dios!, tengo que volver a intentarlo, no me puedo quedar así. Empiezo a idear un plan.

—Sean, ¿esa Olivia es tu ex? —Julie interrumpe mis pensamientos nada más entrar en la habitación del hotel.

—Sí —respondo de forma escueta.

—Qué casualidad, ¿no?

—Pues sí, es la última persona que hubiera pensado encontrar aquí.

—Te he visto, Sean, me he fijado muy bien. He oído hablar mucho de ella..., creí que la habías olvidado. Pero veo que no es así —me recrimina con crudeza—, ¿y bien?

No contesto, prefiero no hacerlo. El silencio es más que evidente. Julie no es lo que necesito ni estoy enamorado de ella..., me divierto, disfruto, olvido..., pero no hay nada profundo. Ella es el ahora, pero desde luego no la mujer con la que querría casarme y formar una familia. Sé que le estoy haciendo daño y he de parar esto ya. Al igual que hice con Chloe, ha llegado el momento de sincerarme con Julie. He intentado olvidar a Olivia, pero es imposible, ella ha vencido en todas mis batallas.

—¿Sean?, ¿quieres responder?

La observo detenidamente.

—Julie, no hagas que te conteste ahora, no te gustará la respuesta.

¡Plaf!, resuena en mi mejilla el sonido de una buena bofetada que me obliga a mover la cara de forma brusca hacia el lado contrario.

—¡Maldito! Has dejado que esté contigo cuando siempre la has amado a ella. —Levanta el tono hasta convertir su voz en un gruñido de ira.

Me toco la mejilla dañada, el guantazo ha sido bueno. Parece que últimamente las mujeres se han aficionado a manosearme la cara...

—Julie, por favor, recoge tus cosas y coge el primer avión que salga a Toronto. Ahora mismo escribo a Ethan para que lo arregle todo.

Salgo de la habitación y del hotel. Necesito aire fresco.

Paseo a buen ritmo por las frías calles de Praga mientras observo el vaho que sale de mi boca al expulsar el aire. Saco el teléfono y llamo a Ethan. No me importa la hora que sea en Toronto, debo solucionar esto lo antes posible.

—Sean, ¿qué pasa? —pregunta extrañado.

—Saca un vuelo de vuelta a Toronto para Julie, ¡ahora mismo! —bramo. Son las siete de la tarde en Praga, calculo que será alrededor de la una del mediodía para Ethan.

—¿Perdón?

—Ethan, hemos tenido una discusión. Ella se larga —contesto muy tajantemente—, ¡hazlo!

—¿Puedo preguntar por qué?

Solamente a Ethan le permitiría una pregunta como esta.

—He visto a Olivia.

—¿Cómo?

—Me la he cruzado en Praga, en la mismísima plaza del Ayuntamiento. Está aquí con la orquesta; tiene un concierto.

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué tal se encuentra?

—No lo sé, ha sido un encuentro totalmente circunstancial. Se ha quedado paralizada al verme. Ethan, tengo que intentarlo de nuevo.

—De acuerdo, Sean, me hago cargo del vuelo. En cuanto lo tenga te aviso y envío los datos a Julie.

—Sí, por favor, lo necesito ya, la he dejado haciendo las maletas.

—Perfecto, no te preocupes.

—Gracias, Ethan, te debo una...

—Sean —me interrumpe.

—Sí.

—Nunca me gustó Julie para ti. Gánate a Olivia, es lo mejor que te ha pasado en la vida, ella hace una versión mucho mejor de ti, te beneficia, y te he visto feliz a su lado.

—En ello estoy, gracias, Ethan.

Cuelgo y sigo caminando a paso rápido, intentando ordenar mis pensamientos, dando vueltas por cualquier rincón, cualquier calle, cualquier plaza, sin importarme dónde estoy.

Pienso en Olivia, y entonces recuerdo que justo hace un año que nos conocimos. Durante este tiempo hemos estado juntos apenas tres semanas. ¿Cómo es posible que siga tanto o más enamorado de ella que aquel primer día?

Suena el teléfono, es un mensaje de Ethan. Ha reservado un vuelo a las nueve y media de la tarde, hora de Praga. En breve, Julie estará de camino al aeropuerto. Se lo agradezco enormemente, como siempre. Y sigo caminando sin rumbo fijo.

Capítulo 58

Me detengo ante la puerta principal del Rudolfinum, donde se anuncia el concierto de la Orquesta Filarmónica de Madrid, que debe de estar a punto de terminar. Busco la salida de artistas, aún vacía. Espero bajo un árbol, al amparo de la oscuridad. Confío en que no tarden mucho o moriré por congelación. Me froto las manos con energía y echo vaho sobre ellas en un intento de mantenerlas calientes, y muevo las piernas todo lo que puedo. Apenas noto los pies... ¡Vamos, Olivia, sal ya!

Al cabo de unos minutos veo a los músicos. Olivia está con su amiga Carmen, ambas sonrientes. Como hace frío, enseguida se marchan y suben al tranvía. Yo decido viajar en otro vagón, para no ser descubierto, y me bajo en la misma parada que ellas. Están charlando tranquilamente, ignorantes de mi presencia. Al llegar al hotel entro detrás de ellas y me quedo en un rincón del lateral de la entrada y anoto el nombre del hotel y la dirección. Decido quedarme un rato, sentado cómodamente en un sillón, y entonces veo salir al grupo de los ascensores y dirigirse a la calle. Me incorporo y camino a unos cuantos metros de distancia; llevo mi gorro de lana y la bufanda a juego enrollada sobre el cuello y la mitad del rostro, con la intención de que no me reconozcan si miran hacia atrás. Entran en una discoteca, yo me quedo fuera. Miro el reloj..., prefiero regresar al hotel y descansar. Mañana será un día de emociones, mejor pensar en ello tranquilamente, en la habitación del hotel.

Al entrar en la habitación encuentro toda mi ropa, mi calzado y mis efectos personales esparcidos por el suelo. Incluso hay varias camisas rotas, y el frasco de perfume está hecho añicos en el suelo, parece haber impactado sobre el espejo de la entrada.

Esto sí que no me lo esperaba de Julie... Mientras recojo todo, pienso que, en cierta forma, me merezco esto y más. No he sido sincero con ella en ningún momento. Afortunadamente guardé mi pasaporte y el dinero en la caja fuerte. Respiro hondo. Todo lo demás es superfluo. Lo importante es que ahora tengo un tiempo precioso para idear un plan, un plan para ver a Olivia mañana...

He mirado la hora del concierto. Lástima que no queden entradas; esta vez me lo perderé...

Me lavo los dientes, me quito la ropa y me acuesto. Apago la luz y me quedo observando, como ya es costumbre, las formas caprichosas que las luces de las farolas de las calles dibujan en el techo y las paredes de la habitación al atravesar la ventana y chocar con las cortinas y los amplios ventanales. Y me duermo soñando con ella.

A la mañana siguiente me despierto pronto y me ducho con rapidez mientras el camarero entra en la habitación con el desayuno. Reviso el teléfono móvil..., ningún mensaje de Olivia. Decido escribirle; no sé qué planes tiene para hoy, pero yo he de verla.

Sean (09:06)

¡Buenos días!

Me gustaría verte hoy. ¿Cuándo tienes disponibilidad?

Disfruto del desayuno mientras espero una respuesta. Abro el ordenador y reviso los correos para hacer tiempo. Me entretengo algo más de lo debido y vuelvo a mirar el teléfono..., ¡bingo!

Olivia (09:43)

Buenos días. ¿Qué quieres? No sé si es buena idea. Creo que no podría soportar verte otra vez... sabiendo que estás con otra.

Sean (09:45)

Tenemos que hablar precisamente de eso. ¿Paso a buscarte a tu hotel en media hora? No me digas que no, por favor.

Olivia (09:48)

De acuerdo, te espero en el vestíbulo. Te paso mi ubicación.

¡Fenomenal! Me siento esperanzado, no puedo negarlo.

Llego pronto al hotel y la espero en la entrada, aún faltan cinco minutos para nuestra cita. Reviso mentalmente todo lo que quiero decirle..., quizás

demasiadas cosas que solo se traducen en una sola. Mi intención es no abrumarla.

Se me enciende el corazón cuando la veo acercarse a mí. Lleva unos tejanos pitillo azul muy oscuro y un jersey de manga larga en color lila, con el cuello ajustado y ligeramente elevado. Se ha recogido el cabello en una elegante cola de caballo y calza unos botines negros de piel, sin apenas tacón. Sujeta el bolso y un abrigo gris en el brazo. Cuando nos vemos, se acerca con paso decidido.

—Buenos días, Sean.

No sonrío.

—Buenos días, Olivia. —Me levanto para estar a su altura y darle un beso en cada mejilla. Reconozco que estoy un poco nervioso. Ella, guapísima, muy elegante y discreta, como siempre.

—¿Dónde está Julie? —me corta. Va al grano.

—Espero que haya llegado ya a Toronto —respondo juguetón.

—¿Se ha ido por propia elección? —pregunta extrañada.

—Digamos que la invité a marcharse —contesto. Ella no dice nada—. ¿Paseamos? —sugiero inquieto.

—De acuerdo. —Sigue callada...

Al poco rato llegamos a un precioso jardín barroco llamado Vrtba. A lo largo del camino de tierra por el que paseamos hay setos cortados con formas caprichosas que le dan un aire recargado pero elegante. Hoy la mañana es fría y está totalmente nublado. Aun así, las gentes de esta ciudad siguen su rutina diaria sin que los 2 °C de temperatura que hay en estos momentos parezcan afectarles.

No me atrevo a cogerla de la mano, aunque lo deseo con toda mi alma. Ella tampoco me invita a que lo haga; pasea a una distancia prudente de mí, con las manos en los bolsillos de su abrigo.

Supongo que tendríamos muchas cosas que decirnos, pero las palabras hoy están perezosas y no salen de nuestros labios. Por fin me decido con algo trivial.

—Me gustaría ver el concierto de esta tarde, pero ya no queda ni una sola entrada.

—Ya, lo sé. Se acabaron hace algunos días.

—¿Qué tal salió el de ayer?

—Precioso, Sean, realmente magnífico. Es una pena que no puedas escucharlo. La sinfonía de Bruckner es realmente impactante.

Y sonrío viéndola encenderse cuando habla de su música. Siente verdadera pasión por su mundo y eso hace que empiece a relajarse poco a poco.

—Te veo bien, ¿cuánto tiempo vas a estar en Praga? —me intereso.

—Pasado mañana regresamos a Madrid. Mañana aprovecharemos para hacer un poco de turismo. Ya sabes, esta ciudad es bien bonita y tiene bellos rincones por descubrir. Disfruto mucho paseando por sus calles, conociendo los cafés, observando a las gentes...

—Yo también, no es la primera vez que vengo.

—Yo también he venido otras veces —afirma.

Me cuesta centrar la conversación hacia donde quiero que vaya, la noto incómoda y no sé cómo hablarle sin hacerle daño, ¿estoy tan a gusto con ella!

—¿Qué tal está Mia? —Su pregunta me sorprende.

—Se ha recuperado casi del todo, no hay secuelas físicas, aunque algunas noches tiene pesadillas. En fin, poco a poco.

—Me alegro, Sean, no se merecía lo que le pasó. Es tan guapa, tiene tanta alegría y tanta vida por delante...

—La adoro —confieso—, es mi debilidad. ¿Has tenido muchos conciertos estos meses? —pregunto, sin atreverme aún a ir al grano.

—No, solo este y, bueno, otro con el cuarteto de cuerda.

Me acuerdo de las fotos que publicaron los periodistas del corazón en las que aparecía abrazada a Marcos. No puedo evitar sentir envidia, ¿estará saliendo con él?

—¿Y Marcos? —pregunto con precaución.

—Bien, bien, como siempre. Está intentando que le salga otro concierto de solista. No es fácil, la competencia es muy dura, ya sabes.

—Tiene mucho talento —añado con franqueza. Es cierto, es inevitable decirlo—. ¿Tenéis algún concierto en Navidad? —Poco a poco voy centrando el tiro.

—No, descansamos. Hay mucho que trabajar para enero, la programación continúa. ¿Y tú?

—Yo sigo promocionando el disco, pero en eventos muy concretos y controlados en televisión, entrevistas..., ahora estoy más centrado en componer y elegir nuevos temas para el próximo álbum.

Seguimos caminando sin rumbo fijo, como si fuésemos dos perfectos desconocidos que se han encontrado de manera circunstancial. No demuestra

la alegría que descubrí en Niágara y los primeros días en Toronto. Está... ¿cohibida? Decido cambiar de estrategia.

—Hay un bonito café por aquí cerca, ¿te apetece que vayamos? Al menos entraremos en calor.

—Sí, vamos, hace frío.

Los cafés en Praga son dignos de disfrutar. La alta sociedad de finales del siglo XIX y bien entrado el XX se reunía en ellos; escritores, artistas y políticos los frecuentaban con asiduidad. Hoy en día son lugares muy agradables de encuentro donde saborear un buen café acompañado de deliciosas porciones de tartas caseras que seducen hasta al más exigente. Entramos en uno de ellos y nos sentamos alrededor de una bonita mesa de madera. Las paredes están pintadas en tonos pastel con molduras blancas que resaltan la decoración. La barra es de color crema, al igual que el techo, del que cuelgan hermosas lámparas de araña. A través de los amplios ventanales, la luz del día entra insultante e ilumina el interior y a los que allí nos encontramos. El mostrador que hay a continuación exhibe una amplia exposición de tartas hechas a mano, *strudels*, panqueques e incluso helados en esta época del año.

—¿Qué quieres tomar? —pregunto.

—Un capuchino con un pastel de manzana y nueces.

El camarero se acerca y pedimos. Yo tomaré un café vienes con tarta de frambuesa.

Olivia se frota las manos para entrar en calor, pero no me mira. Yo sí contemplo su rostro y tomo su mano con suavidad, está fría y la acaricio para calentarla. Lentamente me la llevo a los labios y la beso muy suavemente, sin desviar mi mirada de ella. Embrujado, me siento completamente embrujado... Y voy al grano.

—Te he echado mucho de menos, te di tiempo para que pensaras, pero no imaginaba que acabarías con Marcos...

«Primer asalto...», pienso.

—No, por Dios, no estoy con él ni lo he estado nunca —responde sorprendida.

—Aquellas fotos...

—Sean, entre Marcos y yo no hay nada, créeme.

Una inmensa satisfacción se apodera de mí. Estaba convencido de que tenían algo.

—Te creo —le digo, y cojo aire para lo que voy a decir—. Olivia, ven conmigo a Toronto. Intentémoslo una vez más.

Segundo asalto...

—Oh, ¡por el amor de Dios, Sean!, ¿por qué habría de funcionar ahora?

—Porque he aprendido a cambiar las reglas si quiero vivir contigo. Porque no puedo respirar si no estás a mi lado, porque eres la única mujer a la que quiero y deseo, porque me gustaría que algún día pudieras ser mi esposa y la madre de mis hijos... y, sobre todo, porque sé que tú me amas de todo corazón. —Presiono levemente la palma de mi mano sobre mi pecho—. Te amo, Olivia. Ven a pasar las Navidades conmigo y mi familia.

Se queda pensativa, muy pensativa, mirando mis manos. Mientras, el camarero nos ha traído lo que pedimos y lo deja sobre la mesa. Cuando se marcha, Olivia alza las cejas, su rostro no expresa emoción ninguna. Respira hondo antes de contestar.

—Sean..., no sé qué decir...

—Di que sí, ¡arriégate! Creo que ambos nos merecemos esta segunda oportunidad. Te prometo que buscaremos juntos una orquesta donde puedas tocar. El violonchelo te sigue esperando en casa.

—Ese violonchelo..., ¿por qué lo compraste?

—Ese violonchelo lo compré para ti, mi amor, con la intención de hacerte feliz. En todo este tiempo he aprendido que tengo que darte tu espacio y dejar que seas tú misma. ¿Sabes? Reconozco que cometí demasiados errores al intentar mantenerte a mi lado a toda costa por miedo a perderte. Ahora sé que no necesitas rodearte de objetos valiosos y que con ellos solo consigo abrumarte. Si me das esta oportunidad, me gustaría que comprobaras por ti misma que soy capaz de empezar de nuevo y respetar lo que eres. Olivia —énfasis—, deseo conocerte, poco a poco, y aspiro a seguir haciéndolo.

Tercer asalto..., y añadido:

—Tú eres lo que más me importa en este mundo, lo sabes.

Se lleva las dos manos a su rostro y lo acaricia con aire pensativo. Finalmente, me observa con atención.

—¿Sabes que Ethan ha contactado conmigo?

—¿Sí?, ¿y eso? —pregunto con sorpresa. No tenía ni idea.

—Primero me mandó una maqueta de una composición tuya..., espero que no te moleste y que no le reprendas por ello. Creo que lo hizo con la mejor de las intenciones.

—¿Qué?, ¿qué maqueta?

—De una canción que habla de mí...

Empiezo a notar que me sonrojo.

—No debería haberlo hecho, no está terminada aún, si saliese a la luz...

—Descuida, puedes confiar en mí. Lo que te quiero decir es que me dio mucho que pensar y me abrió tu corazón. Me llegó en un momento en el que me encontraba un poco perdida y me centró. Me hizo reflexionar mucho sobre ti y analizar mis sentimientos.

—Vaya, ¿y qué conclusión sacaste?

—Que te sigo queriendo.

Me mira con tal intensidad que noto su quemazón en todo mi cuerpo.

—Olivia...

—Y la segunda vez que se puso en contacto conmigo fue para decirme que hay una plaza vacante de profesora de violonchelo en el conservatorio de aquella orquesta con la que toqué en Toronto, ¿te acuerdas?

—Sí..., ¿y? —Casi no me atrevo a preguntarle.

—Lo he pensado mucho... y, bueno, aún no he tomado una decisión, pero creo que podría intentarlo.

Cuarto asalto..., KO...

Me quedo sin palabras, esto sí que no lo esperaba.

—Ethan también me dijo que hay plazas de violonchelo en un par de orquestas de Toronto.

—¡Bravo por Ethan! Entonces... Olivia..., ¿te vienes conmigo? —pregunto con ilusión.

—No sé..., por un lado creo que sería una buena idea..., pero he sufrido tanto que me da miedo intentarlo. Escúchame, Sean, sé que tú también lo has pasado fatal, pero envidio tu determinación a la hora de tomar decisiones, tu firmeza y lo claras que tienes tus ideas. Yo no soy así. Me cuesta mucho lanzarme... y, sinceramente, me da pavor volver a equivocarme, por ti y por mí.

—Olivia, estoy convencido que nuestro deber es embarcarnos de nuevo en esta aventura. De los errores se aprende, los he asimilado, y tengo claro que solo tú eres lo que quiero. Si tú también me amas, ¿por qué no proseguir donde lo dejamos? No tiene sentido rompernos el corazón si no luchamos los dos.

Se queda pensativa, ¿estaré rebatiendo su reticencia con determinación? Yo lo tengo tan claro..., claro como el agua.

—Sean, de verdad, no me presiones ahora —ruega.

—¿No crees que es demasiada casualidad habernos encontrado aquí sin haberlo planeado? Piénsalo.

—Es evidente que no es normal...

—Ven conmigo —la interrumpo—, a mi lado estarás segura. Vamos, Olivia, ¿acaso no sientes esa poderosa atracción que nos une? No puedes negarlo.

—Lo sé...

—Puedes regresar cuando quieras, no pondré ningún tipo de impedimento, pero emprendamos esto juntos..., con calma.

Sigue indecisa y no sé qué más decir. Estoy seguro de que mi vida está a su lado y no entiendo cómo ella no lo ve así de claro. Todo lo que nos ha sucedido, el arduo pero apasionante camino que hemos recorrido juntos no puede quedar en nada. Sinceramente, creo que no podría soportarlo... Quinto y último asalto...

—¿Quieres una respuesta? Bien, te la doy. Acepto. Intentemos esto de nuevo. Yo también cometí errores y quiero enmendarlos. Hagamos que esto sea único, que nuestra historia sea un fiel reflejo de lo que sentimos el uno por el otro. Te amo...

Salto de alegría sobre la silla. Me apodero de sus manos con intensidad y las beso..., a ella no puedo, porque la mesa me lo impide, si no, desde luego que lo haría.

—Olivia, ¡me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo!

Estoy emocionado, simplemente emocionado y conmovido. Por nada del mundo había imaginado que la conversación llegaría a este punto, ¡ni en el mejor de mis sueños entraba este final! Y nos reímos los dos, satisfechos y entusiasmados, mientras probamos las exquisiteces de la repostería checa.

—¡Mmmm, está delicioso este pastel de manzana!

—Y ni te imaginas la tarta de frambuesa, ¿quieres probarla? —Y pongo en su plato un pedazo generoso.

—¡Oye!, ¡que me voy a poner como una vaca si sigo comiendo de esta forma!

—No te preocupes, aún te falta mucho para llegar a eso.

Pasamos el resto de la mañana charlando como dos viejos enamorados, que además son amigos, cómplices y sienten que tienen por delante un camino común. No será fácil, pero juntos superaremos todos y cada uno de los obstáculos que se presenten.

Capítulo 59

—Pero ¿qué me estás diciendo, Olivia? ¡Me dejas de piedra!

—Sí, Carmen, vamos a intentarlo de nuevo. No voy a negarte que estoy un poco reticente y nerviosa, pero por una vez en mi vida voy a escuchar a mi corazón..., y, bueno, si sale mal..., siempre puedo regresar.

—Me alegro tanto, Olivia... Has sufrido mucho últimamente, sobre todo cuando le viste con aquella mujer...

—Es cierto, sí, pero al final esa relación no ha hecho más que acercarle más a mí, ¿te lo puedes creer?

—Claro, ha comparado y has ganado. —Se ríe con emoción—. Te voy a extrañar mucho, ¿sabes? Todos vamos a echarle de menos.

—Yo también a vosotros —afirmo con tristeza. Y nos abrazamos con emoción e inmenso cariño.

—¿Cuándo te vas? —pregunta con cuidado.

—Bueno, primero hemos de regresar a Madrid y prepararlo todo. Sean vendrá conmigo para ayudarme.

—Querrás decir para cerciorarse de que te vas a ir con él —estalla en risas—, ¡no me dirás que no es precavido!

—Es verdad, no lo había visto de esta forma. —Río yo también.

—Pedirás una excedencia, supongo.

—Sí, de momento de tres meses. Me volví demasiado pronto de Toronto, me equivoqué.

—Bueno, creo que la experiencia también ha servido para reafirmaros en vuestra ilusión por estar juntos. ¿Quién iba a pensar que os reencontraríais en la ciudad más romántica de Europa?

—Es cierto..., parece que el destino nos está uniendo en los sitios más insospechados. Creo que las cosas suceden por algo, mi camino está trazado, solo tengo que escuchar y prestar atención a los acontecimientos..., ¡y seguirlos!

—Esperarás a que te hagamos una fiesta de despedida, ¿no?

—Sí, claro, ¡pero organízala pronto!

Reímos, lloramos, nos emocionamos, pero en el fondo siento tristeza por dejarla en Madrid. Es mi mejor amiga, mi incondicional amiga, la que tanto me ha cuidado desde que perdí a Juan y a mis hijos. Ha derrochado conmigo tanta generosidad y entrega que nunca podré devolvérselas, porque en mí y más profundo no hay tanta magnanimidad. Carmen es un ejemplo de bondad y abnegación, y es y será mi mejor y más entusiasta amiga.

* * *

El segundo concierto fue espectacular y el público lo premió con multitud de aplausos y ovaciones. Conseguí que Sean pudiera asistir, aunque entre bastidores, y nos escuchó y nos vio desde los monitores de televisión que hay en el interior del Rudolfinum. Al acabar, le presenté a la mayoría de los colegas, que le saludaron con verdadero entusiasmo, unos porque habían tocado en el concierto de Madrid, otros porque conocían su trayectoria musical. Y me sentí halagada al observar las divertidas reacciones de los demás al saludarle.

Finalmente, celebramos la fiesta de despedida en un local de moda en Praga; no iba a ser fácil encontrar otro momento en que pudieran estar todos presentes. Marcos se alegró por mí, aunque sé que en el fondo le dolió mi decisión. Se comportó como un hombre, reconoció valientemente su derrota y nos felicitó sin rencor. Sean y él se dieron un buen apretón de manos. Fue un bonito gesto por parte de ambos.

Después de bailar, reír y disfrutar a lo grande, Sean y yo regresamos a su hotel. Acababa de invitarme a pasar la noche con él, suavemente, esforzándose para no hacerme sentir presionada, y yo accedí sin dudarle. A la mañana siguiente amanecemos tarde, muy tarde. Al fin habíamos descansado, y sobre todo nos encontrábamos muy a gusto el uno con el otro. Él estaba emocionado, yo viviendo nuestro reencuentro con verdadera ilusión y ganas de construir a su lado algo realmente bonito y profundo.

En cierto modo, Sean me ha salvado, me ha devuelto la alegría de vivir algo nuevo, algo distinto y genuino. Cuando le conocí, él estaba inmerso en su gira y en su relación con Chloe. Y yo, hundida en mi dolor y sin voluntad para salir del pozo en el que me encontraba, incapaz de hacerlo por mí misma. Cada vez estoy más convencida de que Dios lo ha puesto en mi camino por algo, y cuando me alejo me lo trae de nuevo, como diciendo: «¿No te das

cuenta de que él ahora es tu vida?»). Ciertamente me habla a gritos, y aunque yo no le escuche ni le oiga ni le haga el más mínimo caso, Él insiste y vuelve a insistir.

Siento que tengo que perdonarme a mí misma, perdonar mi orgullo, que me lleva a querer tener siempre la razón. ¿Por qué insisto en seguir anclada a mis recuerdos, al pasado, al dolor sufrido? Juan y mis hijos seguirán conmigo, pero eso no debe impedirme rehacer mi vida junto a Sean. Mientras no supere mi pasado, no podré avanzar, no podré amarle con el corazón, y todo el esfuerzo que él está haciendo por mí habrá sido en vano. Sean es fiel a sus convicciones y no vacila en seguir adelante cuando está plenamente convencido de que algo es bueno no solo para él, sino también para mí. He de aprender de su generosidad y su capacidad de entrega, y abrazar sin titubear su forma de vida tanto como su yo más profundo.

En un par de días viajaremos a Madrid y reemprenderemos una nueva vida que no sabemos lo que nos va a deparar. Yo la inicio dispuesta a perdonarme a mí misma, a encontrarme con Sean, con su alma, con sus talentos y sus defectos... y con su estilo de vida. Empiezo a sentirme libre de las cadenas que me ataban al pasado y que yo misma me negaba a romper....

* * *

Después del desayuno ponemos rumbo a mi hotel para recoger mi maleta.

—¿Qué tal os va, par de tórtolos? —Sonríe Carmen cuando nos ve llegar. Se obliga a hablar en inglés, por Sean.

—Muy bien, muy esperanzados por el paso tan importante que hemos dado —contesto con franqueza—. ¡Ay, Carmen!, ¡cuánto te voy a echar de menos! —La abrazo y comienzo a llorar de la forma más tonta, pero es lo que siento. Una parte de mí se queda con ella.

—Eyyy, vamos, Olivia —interviene Sean—, no la vamos a perder para siempre. ¿Por qué no vienes a pasar unos días con nosotros, a Toronto, esta Navidad? Nos haría mucha ilusión, ¿verdad? —dice, y me mira pidiendo mi consentimiento.

—¡Oh, sí, por favor, Carmen, ven con nosotros! La casa de Sean es muy grande y cabremos de sobra. ¡Di que sí!

—Vaya, qué sorpresa tan grande. Lo pienso y os digo, ¿vale? Estaré con mi familia estas fiestas, pero seguro que puedo arreglarlo para pasar con

vosotros unos días.

—¡Fenomenal! —Salto de emoción—. Muchas gracias, Sean, por tu generosidad.

—Olivia, tu felicidad es la mía, ya lo sabes —responde.

¡Qué verdad más apabullante! Él sí lo tiene claro, desde luego.

Pasamos el último día en Praga visitando sus hermosas calles y plazas en compañía de Carmen, Xavier y Cecilia. En cierta forma me apena no contar con la presencia de Marcos, pero lo entiendo perfectamente. Una cosa es aceptar la derrota de forma tan elegante como lo ha hecho, y otra muy distinta castigarse a sí mismo; ha preferido estar con otros compañeros de la orquesta.

A la mañana siguiente, el despertador se encarga de levantarnos de la cama; no podemos perder tiempo. A la salida del hotel, unos fotógrafos nos esperan empeñados en obtener una exclusiva. Empiezo a agobiarme, más por lo inesperado de la situación que por lo que significa en sí misma. Pero Sean se dirige a ellos con mucha tranquilidad.

—¡Chicos, por favor!, no atosiguéis a Olivia. Venid conmigo y responderé a vuestras preguntas. —Y se los lleva a un extremo de la acera.

Me hace una señal para que me acerque después de dejar el equipaje y el violonchelo en el taxi que nos llevará al aeropuerto. Cuando estamos los dos juntos, me coge de la mano y atrae su atención para que se fijen en él.

—Buenos días. Nos gustaría, a Olivia y a mí —dice mientras me mira para infundirme confianza—, que respetéis nuestra intimidad. Este viaje es de placer, por tanto, solo voy a hacer una declaración, hacéis unas fotos y ya está, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestan varios fotógrafos, que aprovechan para sacar las grabadoras de sus bolsillos y ponérselas en la boca.

—Como bien sabéis, Olivia y yo hemos pasado por momentos de más acercamiento, cuando estuvo en los últimos conciertos de mi gira por Estados Unidos, y momentos de separación estos últimos meses. Nos acabamos de reencontrar y queremos que esto funcione, por tanto, os pediría respeto en los próximos días. Estamos muy contentos y enamorados —me mira con intensidad— y trabajaremos juntos para que esto siga adelante.

Oigo *flashes*, *flashes* y más *flashes*..., qué agobio...

—Olivia, ¿qué tal te encuentras? —Me sorprende que se dirijan a mí, pero decido contestar.

—Estoy muy contenta con Sean. Le quiero mucho. Muchas gracias. —Y me separo de la grabadora con una amplia sonrisa.

—Bueno, chicos, ya tenéis lo que queréis. Tenemos que irnos. Muchas gracias a todos. —Les despide con educación y firmeza.

Entramos en el taxi y nos damos la mano. Respiro hondo. Me encuentro tranquila, extrañamente tranquila.

—Gracias por tu paciencia. A veces puede llegar a ser insoportable, ya sabes —agradece Sean.

—No pasa nada, lo he hecho con total naturalidad. Tengo que poner de mi parte para que esto vaya bien.

Me besa con pasión mientras nos dirigimos al aeropuerto por las románticas calles de Praga. Facturamos rápidamente, pasamos el control de pasaporte y paseamos por las tiendas libres de impuestos.

Capítulo 60

—¡Ethan!

—Hola, Sean. ¿Está todo controlado?

—Sí, gracias de nuevo por cambiar mi pasaje. Estaremos unos días en Madrid, ¿puedes buscarnos vuelo a Toronto? Para nosotros dos y un pasaje para el violonchelo, en cabina.

—Descuida, te aviso cuando lo tenga. ¿Te vale en dos o tres días?

—Yo creo que sí. Espera. —Y pregunto a Olivia—: ¿Crees que en dos o tres días nos podremos ir a Toronto? Es Ethan, necesita saber cuándo tiene que reservar el vuelo.

—Sí, con dos o tres días vale, ¡tampoco me voy a llevar tantas cosas!

—Ethan, perfecto.

—De acuerdo, me pongo con ello.

—Oye... —me cuesta decir esto—, muchas gracias por los mensajes que le has mandado a Olivia durante todo este tiempo..., creo que han sido claves, de veras.

—Bueno, no pasa nada, lo he hecho porque creo sinceramente en vosotros. Os merecéis otra oportunidad.

—Eres grande, muy grande, Ethan. Nos vemos en cuanto llegemos, ¿OK?

Me siento..., ¿feliz? No sé si lo describiría de esta forma, pero, desde luego, cuando inicié el viaje a Praga junto a Julie, de ningún modo hubiera imaginado que iba a regresar nada más y nada menos que con Olivia. La vida no hace más que sorprendernos; solo debemos dejarnos impresionar y tener la mente y el corazón abiertos a lo que pueda depararnos.

Una vez en Madrid, ayudo a Olivia a preparar su maleta, no sin antes comprar otra bastante más grande con suficiente espacio para que quepa la ropa de invierno, que ocupa bastante, y el resto de los efectos personales. Me siento cómodo en su casa, no es muy grande comparada con la mía, pero sí lo suficiente para ella sola. Su gusto por la decoración es exquisito.

Tenemos un par de días para empaquetar todo y disfrutar de nuestra mutua compañía. Pasamos la mayor parte del tiempo en casa viendo películas,

charlando y saboreando cada instante. Olivia cocina fenomenal, así pues, preferimos no salir fuera a comer o cenar y acabar toda la comida que le queda en el frigorífico que, aunque no es demasiada, sí es suficiente para los dos. Disfruto mucho de platos de cuchara, como el tradicional cocido madrileño.

* * *

«¡Ufff!, ¡qué locura!», pienso mientras reviso el armario y los cajones. Decidir qué me llevo es más complicado de lo que parece. El calzado es lo que más abulta, tendré que escoger lo imprescindible y luego ya veremos allí. Mientras busco y rebusco, me sobresalto al encontrar la cajita con la alianza de boda de Juan junto a la mía, escondida bajo unas camisetas. Mi semblante cambia por completo, la respiración se desboca y noto cómo todo mi cuerpo tiembla. Intento calmarme, pero es imposible. Miro hacia la puerta de mi habitación para comprobar que Sean no esté presente; ahora no deseo su compañía. Me armo de valor y la abro delicadamente. Ahí están, en oro amarillo, sencillas y relucientes, como el primer día, el de nuestra boda. Mirándolas me asaltan los recuerdos que tenía guardados con tanto cariño. Las saco con sumo cuidado, las tomo entre mis manos, cierro los ojos y me conmuevo.

—Juan —hablo en voz alta—, mi amor, mi gran amor, mi esposo, te he amado como a ninguno y siempre ocuparás una posición de honor en mis recuerdos. Ahora comprendo todo lo que me diste y lo feliz que me hiciste, pero debo seguir adelante con mi vida. Espero que lo comprendas.

Permanezco unos minutos con las dos alianzas entre mis manos hasta que decido guardarlas con sumo cariño. Termino de meter todas las prendas y enseres en las maletas y regreso al salón. Sean está escuchando las noticias en inglés por los canales internacionales. Pasamos nuestra última noche abrazados, sintiendo esa seguridad que otorga el pleno convencimiento de haber encontrado a la persona con la que quieres pasar el resto de tus días.

A la mañana siguiente llega el momento de cerrar la casa. Estoy tranquila, porque Carmen tiene un juego de llaves y el código de la alarma en caso de que necesite algo. El vehículo que reservamos ayer para ir al aeropuerto ha llegado a su hora; es lo suficientemente grande como para transportar mis dos

maletas: la que voy a facturar y la que llevaré en cabina, la de Sean y el violonchelo.

—Buenos días —saluda sonriente el conductor.

—Buenos días —respondo mientras él coge las maletas y las introduce en el interior del coche.

—Vamos al aeropuerto —le explico—, pero antes me gustaría que nos llevase a esta dirección.

Le entrego un papel con los datos completos.

—De acuerdo, señorita —contesta él después de revisar mis anotaciones.

Sean permanece a mi lado, totalmente ignorante de la conversación. Confieso que estoy nerviosa por lo que me espera. Pero tengo la obligación de hacerlo. En pocos minutos llegamos a nuestro destino; miro al horizonte y diviso la pequeña capillita a lo lejos.

—¿Dónde me has traído? —pregunta Sean—. ¿No vamos al aeropuerto?

—Sí, cariño, pero después de visitar un hermoso lugar, ¡ven conmigo!

Subimos por el camino con nuestras manos entrelazadas; en estos momentos necesito sentir la fortaleza y el aplomo de Sean. Camina pacientemente a mi lado sin hacer más preguntas. Ha captado perfectamente lo que para mí supone este momento, y me acompaña.

—¿Te gusta? —señalo la capillita.

—Sí, parece muy acogedora —responde mientras la recorre con su mirada—, ¿qué lugar es este?

—Un lugar por el que tengo que pasar antes de partir a Canadá. Es muy muy especial para mí, y me gustaría que me acompañases.

—Pues entonces, vamos. —Sonríe, y su sonrisa me infunde valor.

Entramos y nos sentamos en el último banco, justo donde solía hacerlo con Juan. Me santiguo y me apoyo, de rodillas, sobre el reclinatorio. Afortunadamente, estamos solos.

—Querida Madre —hablo en voz alta—, gracias por haberme cuidado tanto en todo este tiempo. Me has ido meciendo suavemente, aunque haya sido cabezota en muchos momentos. Te entrego mi vida pasada con todo lo bueno y lo malo, y te presento a Sean, la persona que ahora mismo me hace feliz y con la que quiero formar una familia.

Saco del bolsillo de mi abrigo la cajita que contiene las dos alianzas de boda. Me levanto, camino hasta el pequeño retablo y enciendo tres velas, como siempre hago, y las dejo con delicadeza junto a una de ellas. De esta forma entrego todo lo que simboliza el pasado para poder proseguir con el

presente y caminar hacia el futuro. ¿Qué nos deparará? Ni Sean ni yo lo sabemos, solo el Padre lo conoce, pero de algo estoy segura: Sean estará conmigo.

—Ayúdame a no caer en los errores cometidos en el pasado y guíame con suave violencia hacia mi felicidad.

Hago una reverencia, me santiguo y doy media vuelta hasta que alcanzo a Sean. Me siento a su lado y le cojo de la mano. Nos miramos con esos ojos que ahora mismo reflejan como un espejo nuestras almas, con esos ojos que denotan admiración, amor y respeto por el otro, con esos ojos de profunda complicidad y pasión. Nos levantamos y abandonamos la capillita. Cuando llegamos al coche, antes de proseguir la marcha en dirección al aeropuerto, nos abrazamos tiernamente; me siento tan suya y le siento tan mío que sospecho que algo bueno nos traerá el futuro. ¿Hijos?, ¿familia? Aún somos jóvenes, podemos tenerlos. Nada me haría, sin duda, más feliz.

FIN

Epílogo

—Sean, ¡por favor!, coge a Laura, ¡no puedo tenerla encima y tocar a la vez! ... ¿Sean?, ¿me oyes?

—Claro que sí, amor... ¡Ven aquí, Laurita, deja a mamá! Tiene que repasar para el concierto de mañana. Sabes que es muy importante.

—¡No, papi, no quiero! ¡Ahora me toca a mí! Sé hacerlo muy bien, ¿a que sí, mama? —lloriquea.

—Princesa, tú también lo sabes hacer muy bien, pero ahora le toca a mamá, ¿de acuerdo? En cuanto termine podrás hacerlo tú.

—Noooo. —Sigue llorando.

—Ven, Laura, vamos a la habitación a comprobar si Matthew está bien. Ahora eres la mayor y nuestra obligación es cuidarle. ¡Venga, vamos!

—Graaaacias —agradezco a Sean, y nos damos un beso apasionado.

—Te amo, Olivia, lo sabes.

—¡Vamos, Laura, vamos con Matthew!, ¿OK?, ya es hora de ir a la cama!, ¡estás muerta de cansancio!

—Pero, papi, si ya soy mayor... ¿No puedo quedarme un poquitín más?

—No, cariño, ¿no ves que no paras de bostezar? ¡Venga!, ¡vamos!, ¡a la cama!

Salen de la habitación y mi mirada se detiene en la fina alianza que enmarca mi dedo; es de oro blanco, mate, y su exterior es plano. Sencilla en su configuración, no posee ningún adorno, piedra preciosa o diamante alguno. Simboliza la sobriedad, la franqueza, el respeto y la confianza sobre los que hemos fundamentado nuestras vidas, nuestra familia. En ese preciso instante recuerdo a Juan y a mis dos hijos con ternura, pero con el convencimiento de saber que están velando por nosotros, estén donde estén. Y sonrío..., soy feliz junto a Sean. Adoro su entrega plena y generosa, su fidelidad, la intensa y profunda pasión que siente por mí. Esto es amor en su más pura acepción. ¡Sí!, me hace sentir única, querida y amada por completo.

Laura ya tiene dos años y medio, Matthew tan solo uno. Nuestras vidas se han normalizado, han conseguido ese equilibrio que todos anhelamos, y caminamos con rumbo fijo y con verdadero convencimiento de saber que

somos el uno para el otro y el otro para el uno. Conseguí la plaza de profesora de violonchelo en el conservatorio de música de aquella orquesta de chavales con la que tuve el placer de colaborar, y además actúo en una de las orquestas sinfónicas de Toronto en sus ciclos de conciertos en la ciudad. De momento, con los niños tan pequeños, no me planteo ir a los conciertos que se celebran fuera. Por ahora ambas actividades las puedo compaginar con relativa facilidad, y Sean continúa con la promoción de sus discos, aunque ha espaciado las giras al extranjero de forma calculada y precisa. Su carrera sigue subiendo como la espuma y yo le apoyo en todo; su felicidad es la mía.

Al cabo de unos minutos y una vez concluido el estudio, veo a Sean a través del espejo del tocador. Se detiene detrás de mí a escasos dos metros de distancia, y nuestras miradas de complicidad se entrelazan. Está tan guapo, tan atractivo, tan varonil, tan pasional..., me vuelve loca y le amo con todas mis fuerzas; no puedo decir más.

—¡Estás espectacular! —me dice con voz ronca.

—Tú también —respondo.

Doy media vuelta y me acerco hasta que nuestros cuerpos se funden en un ardiente beso. Mi respiración se desboca y decide ir a su propio ritmo, no precisamente al que debería. Sean sigue provocando en mí los más apasionados deseos.

—Te amo —confieso.

—Te amo —admite, y oímos el timbre de la casa—. ¡Vamos, Olivia!, ¡ya están aquí!

Abrimos la puerta para dar la bienvenida a nuestros dos mejores amigos.

—¡Carmen, Ethan, entrad!, ¡estáis en vuestra casa!

Carmen vino a pasar unos días aquellas Navidades tras nuestra reconciliación, y desde entonces viene a visitarnos siempre que puede. Ella y Ethan comparten una bonita amistad..., ¿o hay algo más? Quién sabe lo que puede suceder en un futuro...

Agradecimientos

A mi marido. Sin la paciencia, el respeto y el amor con el que has mimado esta historia no hubiera sido posible fraguarla; has sido fuente de inspiración en todo momento. Sin ti, sencillamente, esta historia no existiría. Te quiero.

A mis hermanos, Lourdes y Ángel, por estar siempre ahí y animarme a lanzarme a esta loca pero maravillosa aventura.

A Schoenstatt, por su maravillosa pedagogía, que me ha ayudado a encontrar a ese Dios Padre que tanto nos ama.

A Adelaida Herrera, mi editora, y a todo su equipo, por confiar en mí.

Notas

1 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
<https://youtu.be/ZIY3L4Cw8ms>.

2 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
<https://youtu.be/dVAM8rBmY38>.

3 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
https://youtu.be/yiIG7nID_qs.

4 Mt 11, 28-30.

5 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura: <https://youtu.be/zcogD-hHEYs>.

6 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
<https://youtu.be/rAotb3P4VPg>.

7 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
<https://youtu.be/MTrHDNU6lpg>.

8 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
https://youtu.be/xVw2v_TnHz0.

9 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
https://youtu.be/ayJqMmd9_8A.

10 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
<https://youtu.be/i91RX2LhY8s>.

11 Artesano que construye instrumentos musicales de cuerda.

12 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura: <https://youtu.be/HZ-6GPxtgsg>.

13 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura: <https://youtu.be/QXAv-NGppFw>.

14 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
<https://youtu.be/81wErVZq7mI>.

15 Si quieres escuchar mientras continúas con la lectura:
<https://youtu.be/G9zqg52aaEc>.



Nacida en Madrid, **Laura Toves** está casada y es madre de tres hijos. Profesionalmente se dedica al mundo del *marketing online* y, como *amateur*, es violonchelista, actividad de la que disfruta formando parte de una orquesta sinfónica. Desde pequeña siempre ha sido una lectora empedernida, especialmente de novela histórica y romántica. En el año 2016 la relación entre Olivia y Sean brotó de su interior con tal intensidad que sintió la necesidad de plasmarla. En ese momento encendió el ordenador y, frente a una hoja en blanco, comenzó a escribir. Su estilo es rico gramaticalmente y de gran fluidez en su interpretación y lectura. Es inteligente y creativo, y sumerge al lector con facilidad gracias a su expresión, estructura y ambientación.

Redes sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/laura.toves>

Instagram: https://www.instagram.com/laura_toves/?hl=es

Mecida por el viento

Laura Toves

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Laura Toves, 2019

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20487-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

El algoritmo del amor

Diana Al Azem

Tu te lo pierdes

Isa Quintin

Una NoMo del montón

Elena Garralón

Tú eres lo que deseo

Moruena Estríngana

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una nueva vida

Nora Alzavar

Y te quedas a mi lado

Judith Priay

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

